

LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

INTRODUCCION.

Al tomarnos el trabajo de escribir la obra que lleva por título *Los secretos del Pueblo,* solo hemos tenido en vista el mejoramiento de éste en todas las esferas sociales; porque no hemos de llamar pueblo únicamente á los desheredados de la fortuna, a los que tienen por obligado patrimonio el dolor y la ignorancia, sino tambien a los que gozan de comodidades y de privilejios, pues el error y el vicio se encuentran tanto en unos como en otros.

Colocados por nuestra educacion y por las distintas peripecias que hemos tenido en el curso de nuestra vida, en una posicion escepcional, hemos podido mediante ella ponernos en contacto con las clases obreras y con las clases superiores, siéndonos, por consiguiente, fácil apreciar tanto los defectos como las virtudes de unos y otros; pues no teniendo tropiezos para penetrar en la pajiza choza del proletario, en el suntuoso palacio del rico y en las moradas de nuestra aristocracia, hemos podido palpar los inconvenientes que obran contra el engrandecimiento de las diversas categorias que nos dividen; hemos podido darnos cuenta de lo que paraliza nuestra marcha, de lo que impide el desarrollo social, de lo que degrada tanto a unas como a las otras esferas; en una palabra,

de lo que pierde y esclaviza al hombre, siendo este descarnado y triste estudio, porque es la anatomia de las miserias humanas, lo que nos hizo concebir el plan y lo que nos indujo a escribir el libro que presentamos hoi a la vista de nuestros conciudadanos.

Dotados de cierto espíritu de observacion y de análisis, amargada gran parte de nuestra propia vida por los distintos sinsabores que lleva consigo la pobreza en nuestra manera de ser actual, y teniendo por escuela práctica el infortunio, que las mas veces pierde al hombre, pero que en algunas ocasiones enjendra la filosofia, nos dedicamos, en fuerza de nuestro sufrimiento propio, a investigar el oríjen de los males que aquejan a la humanidad; y aun cuando nuestro punto de comparacion y nuestro punto de partida sea la sociedad chilena, es, sin embargo, un hecho positivo que existe un contacto entre todos los individuos, que hai una cadena que une a todos los pueblos, un hilo conductor que liga todos los dolores y todas las miserias de la especie en jeneral, sin hacer distinciones de nacionalidades ni aun de continentes.

Así es como, de induccion en induccion, y analizando los sufrimientos de un pequeño círculo, nos hemos elevado hasta la jeneralidad absoluta; ¿y por qué no? ¿El hombre no es acaso el mismo en todos los paises? ¡No existen en la América como en la Europa, en el Asia como en el Africa, miserias idénticas? ¿No hai en todas partes amos y siervos, reyes y pueblo, opresores y oprimidos? ¿No se ven tanto aquí como allá desigualdades que hieren las conciencias y la personal dignidad? ¿No hai individuos que mueren faltos de alimento para el cuerpo y faltos de alimento para el alma? ¿No hai intelijencias que se apagan y cuerpos que se estinguen antes de su lejítimo y natural desarrollo? ¿No hai un desquilibrio tal que perturba las relaciones, que destruye los

lazos sociales, desfigurando y trastornando la verdadera conveniencia de la especie y por consiguiente la voluntad manifiesta de Dios?

Pues bien, en vista de este mal órden de cosas, en vista de esta perturbacion en que nadie encuentra la felicidad que ambiciona, hemos desechado la estraña enseñanza, para interrogar solo a nuestra conciencia, hemos desechado toda otra luz que no sea la amorosa y humanitaria palabra de Cristo, y, descendiendo a nuestro yo, nos hemos preguntado muchas veces: ¿es éste por ventura el destino del hombre? La miseria, ¿es acaso su condicion obligada? ¿Es la pobreza, es la degradacion, es la ignorancia, es la carencia de todos los goces, es la herencia de todos los vejámenes y de todos los sufrimientos lo que corresponde a las nueve décimas partes de la humanidad? ¿Es ésta la obra del Creador o la obra del hombre? ¿Es éste el defecto de las leyes del mundo o el defecto de las leyes sociales?

Y despues de un largo exámen, de un exámen prolijo, de una induccion lójica, de una conciencia equitativa, de un juicio basado en la caridad, podemos decirlo, sin mucha presuncion, hemos hecho nuestras deducciones, sacando por resultado que Dios no puede haber condenado a la gran mayoria de la especie a ser esclava, pobre, ignorante y miserable.

Ahora bien, convencidos de esta verdad y guiados por nuestro buen deseo, hemos tratado de investigar el oríjen de nuestros defectos, de nuestras preocupaciones, de nuestros errores y por consiguiente de nuestros males, como tambien de los medios que puedan aliviar unos, correjir otros y curar éstos, sin que por ello tengamos la pretension de presentar nuestra obra como un dechado o como una enseñanza, porque en realidad no es otra cosa que un ensayo que

talvez sirva a nuestra juventud de estímulo, apartándola de improductivos, tanto como inmorales, absorventes y perniciosos hábitos; pues es indudable que en mui poco tiempo sigan nuestras aguas las intelijencias que nacen, sobrepujándonos en todo y por todo.

No es, de consiguiente, nuestro ánimo hacer la apolojia de nuestro trabajo, pues lo dejamos al análisis y al juicio de los otros. La obra que vamos a publicar puede tener defectos de gran trascendencia, talvez errores crasos; y por qué no? ¿Quién es el que puede tener la audacia de decir: "Yo estoi en la posesion de la verdad?" Que juzguen y que decidan nuestros conciudadanos: ellos están en su derecho de anatematizarla si en realidad merece el anatema.

Sin embargo, lo confesamos: nuestra pobre personalidad no seria indiferente al juicio público; sentiriamos, no la severidad de su fallo, sino su acrimonia, porque en realidad nuestros propósitos y nuestra voluntad por el nacional adelanto, no la merecen; pero estamos resueltos a hacer abstraccion completa de nuestro yo; ¿y qué importa, por otra parte, el individuo? Qué contacto, qué relacion puede tener éste con la idea? El pensamiento es mas alto que la persona, y no es nuestro propósito, por mas mancomunidad que haya entre el uno y la otra, hacerlo solidario de un ser tan pequeño, tan transitorio y tan miserable; porque la idea, en nuestro concepto, no tiene, si nos es necesario espresarnos así, humano oríjen; no tiene jerarquias, no tiene nombres, no tiene dueños, no tiene lugares, no tiene épocas, no tiene nacionalidades; pues la idea es el éter que se esparce por todos los mundos, es la luz que a todos alumbra, es el aliento divino que a todos sostiene y vivifica, siendo ésta talvez la causa porque aquellos individuos en quienes se encarna pertenecen a toda la especie y no a tal o cual determinado

recinto... Zoroastro, Moises, Confucio, Sócrates, Platon, Wutemberg, Newton, Rousseau, Fulton, no son individuos chinos, indios, griegos, europeos o americanos, sino que son hombres superiores, y por esto se les venera y aun se les deifica en todos los lugares, en todos los paises, en todas las lenguas y aun en todas las jeneraciones.

Mil veces, cien mil veces fuera de nosotros la presuncion de querernos parangonar con hombres que ocupan, con sobrada justicia, el primer puesto en las categorias humanas. Tenemos la conciencia de nuestra nulidad y la confesamos, porque estamos convencidos de ella, y porque en realidad la sentimos. No se nos oculta que somos los mas humildes e insignificantes proletarios en la grande obra de la civilizacion; ¿pero seria esto un motivo para ser cobardes? ¿Seria una razon para no emitir nuestro pensamiento bueno o malo? La persuasion de nuestra insuficiencia ¿debia bastarnos para detenernos? ¿Acaso el gusano, el molusco y aun el mineral, no tienen su mision? ¿Por qué entonces avergonzarnos de la nuestra, que talvez, y sin talvez, es mas importante que la de ellos? Sigamos, pues, nuestro curso, obedezcamos a la lei que nos empuja y que nos gobierna, y sin presuncion, como sin temores, demos a luz nuestras pobres pájinas, escasas de talento, pero llenas de voluntad por el mejoramiento humano.

Vamos mas adelante: en el libro que damos al público, no nos hemos ocupado solamente de los estudios sociales, sino que los hemos tratado como incidentes, si bien nos hemos detenido algo en virtud de su importancia; pero principalmente nos hemos empeñado en investigar las leyes del corazon, que indudablemente gobiernan y dirijen nuestros afectos, siendo ésta la causa porque, dando la forma de romance a nuestro trabajo, nos hemos detenido en una gran

pasion: el amor... No sabemos decir si esto será un mérito o una falta de que adolezca nuestra obra; pero, en nuestro concepto, no hai nada en el mundo que pueda compararse a la influencia que ejerce ese sentimiento, influencia que lo domina todo, que lo abraza todo, que se estiende a todo, siendo ese el motivo porque hemos pretendido idealizarlo y hacerlo durable, demostrando que no concluye con la posesion de la mujer, sino que va mas allá, acompañándonos con toda su enerjia, su ardor, su sublimidad hasta el hielo de la vejez, y aun hasta la inanimada frialdad del sepulcro.

El matrimonio, condicion de desgracia en nuestra manera de ser actual, es, sin embargo, la lei santa, la lei bienhechora de las sociedades; y a pesar de los vicios que hoi reinan y por los cuales se dirije, él es siempre la base del progreso, la salvaguardia del mundo cristiano, pues es la causa inmediata de la lejítima supremacia que los pueblos donde está establecido ejercen en el orbe.

Hai escritores que han preconizado el divorcio y que, en vista de nuestras miserias, no han vacilado en aconsejar y aun en lejitimar la desunion de los cónyujes; empero, esos hombres, permítasenos decirlo, no han ido al fondo de las cosas, y, seducidos por las apariencias, han fulminado su anatema contra la institucion mas lejítima, mas progresista y mas natural, bastando para probarlo, a pesar de todos nuestros actuales defectos, como ya lo hemos dicho, la gran diferencia que existe física y moralmente entre los pueblos que se sujetan a esta lei y aquellos que no la tienen.

Ahora bien, siendo ésta la fé que tenemos, la persuasion en que estamos y el convencimiento que nos gobierna, no hemos vacilado en ensalzar el amor, en dar todo su desarrollo a esta pasion universal, encaminándola a la virtud, para que sea eterna a la vez que provechosa, a la vez que fecunda

en goces, en placeres, en perfecciones y aun en heroicidad, porque ella y solo ella es capaz de hacer nacer los grandes sentimientos, y de consiguiente los grandes hombres y los grandes pueblos.

Asi es como, investigando la causa de los males en el curso de nuestra obra, nos hemos propuesto ir todavia mas allá, porque hemos tenido en vista procurar a cada uno los medios de dicha de que su naturaleza sea susceptible, trazando para ello lecciones y ejemplos que se lo faciliten; pero ejemplos que estén al alcance de todos y que se amolden a todas las circunstancias, que entren en todos los hábitos y en todas las condiciones, porque no hai nadie que no sea susceptible de modificarse y de elevarse, pues esta es la condicion del hombre, impuesta por las leyes de Dios para la felicidad de la especie.

Talvez, al tratar de tan altas cuestiones, es una mala forma la que hemos dado a nuestro libro; sin embargo, hemos tenido en cuenta al pueblo y al espíritu de las sociedades actuales, que necesitan de lecciones que se hagan palpables y de ejemplos que, divirtiendo la imajinacion, instruyan al entendimiento y aclimaten en el pecho del hombre las saludables nociones de la virtud, que son las únicas que pueden hacer la felicidad y llevar adelante el progreso: hé aquí el motivo por que hemos adoptado el romance... y como tambien asi podiamos poner en relieve nuestras costumbres nacionales, lo preferimos a cualquier otro. ¿Es esto un mal? ¿Es esto un bien? El pueblo dará su fallo.

Ahora, pues, ¿será la nuestra una pretension desmesurada, una utopia, una de aquellas aberraciones del espíritu humano, una locura?—No lo sabemos, porque lo dejamos al juicio de nuestros lectores; pero, lo que podemos afirmar es: que ese es el espíritu, la tendencia y el fin de nuestro libro,

que se consagra por completo a examinar nuestras costumbres con el propósito de mejorarlas, nuestros vicios para correjirlos, nuestras virtudes para ensalzarlas, yendo de lleno contra nuestras preocupaciones, contra nuestros desaciertos, contra nuestros errores sociales y políticos, contra nuestros malos hábitos, para plantear la dignidad e independencia del hombre, es decir, la democracia en su forma mas elevada y mas lejítima: para buscar el medio de destruir la miseria, es decir, que todo individuo encuentre su alimento físico y su alimento moral, o lo que es lo mismo, la satisfaccion ámplia de sus necesidades, sin verse obligado a prostituirse, a degradarse, a venderse, como acontece actualmente. Este es el propósito de nuestro libro; ojalá encuentre benévola acojida.

DEDICATORIA.

Valparaiso, mayo 1.° *de* 1869.

Sr. D. LUIS COUSIÑO,
Paris.

Mi querido y jeneroso amigo:

¿Será un crímen que aproveche de la ausencia de usted para sorprender su modestia? ¿Habré hecho mal en no consultar su voluntad para dedicarle una obra cuyos principios estarán talvez en oposicion a los suyos? ¿Pero cómo resistir a la tentacion? ¿Cómo, aun temiendo disgustarlo, no dar la debida espansion a mis afectos? ¿Cómo no aprovechar la única circunstancia que se me presenta para poder revelar cuanto mi alma encierra de gratitud, de aprecio y de cariño? Discúlpeme usted, pues, mi imprudencia en obsequio de mis intenciones, dignándose recibir, sin desden, mis pobres e insignificantes pájinas.

Yo habria querido que mi libro fuera digno de usted, que no chocase con sus ideas y que hubiera estado a su altura; pero ¿cómo hacerlo? En este terreno no bastan los esfuerzos de la voluntad, sino que son indispensables los del talento; y aun cuando tengo lo primero, no me lisonjeo de poseer lo segundo, y lo que es mas, no quiero tampoco sacrificar mi conciencia a ninguna consideracion humana; de consiguiente no mire en el escrito que me tomo la libertad de dedicar-

le, otra cosa que la sincera espresion de un no menos sincero afecto y el sincero deseo del adelanto rápido de nuestra comun patria.

Con el anterior párrafo podria haber terminado mi dedicatoria, ella estaba concluida; ¿pero he querido solo esto? No, amigo mio, mi propósito ha ido mas lejos: he querido rasgar ese velo de modestia que cubre a don Luis Cousiño para que lo estimen en lo que vale, para que sirva de ejemplo a nuestra sociedad, para honrar y hacer revivir la memoria de su noble padre con las virtudes del hijo, para destruir los malos conceptos forjados por la envidia, aceptados por la ignorancia y propalados por la calumnia, para hacer pública y patente, no solo mi gratitud, sino tambien mi entusiasmo, ese entusiasmo que solo arrancan las buenas acciones y que solo puede conservar intacto el verdadero mérito.

Los grandes servicios que usted me ha prestado y me presta todavia, pueden haber creado mi gratitud y haber hecho nacer mi cariño, pero jamas la admiracion; porque la admiracion proviene de causas ajenas al favor, pues solo nace de ese conjunto de cualidades que forman al hombre superior, que lo hacen apreciar y que lo revelan a despecho de su modestia y talvez a causa de esa misma modestia.

Yo no tengo, a Dios gracias, una alma villana para arrastrarme hasta la adulacion, y poseo bastante enerjia para pararme de frente ante el vulgar sarcasmo que talvez provoque esta dedicatoria, porque no faltará quien diga que, por el hecho de ser usted poderoso, me manifiesto yo obsecuente, sin comprender que hai almas que hacen prescindencia de los favores de la fortuna como de las amarguras de la adversidad para reconocer en todo caso el mérito, acatando siempre la justicia y nada mas que la justicia; quien ha hablado en favor de los débiles y de los caidos, sin otra remuneracion que la de congratularse el odio de los fuertes, tiene el derecho de espresarse con sinceridad y puede resistir a los acerados y venenosos tiros de la calumnia, como tambien sobreponerse al pensamiento de ese vulgo que se

figura siempre encontrar envueltos en los pliegues de la adulacion los nobles sentimientos de la gratitud espresados con franqueza y dichos con injenuidad. Empero, júzguenme como quieran y piense el mundo lo que se le antoje, yo seguiré adelante, porque uno no debe escuchar otra voz que la de su conciencia cuando obra con rectitud y a impulsos solo del sentimiento que lo domina y de la delicadeza que lo guia.

Es verdad que mis apreciaciones pueden ser erróneas, que puedo talvez haberme equivocado, pero esto nada arguye contra mi veracidad, ni nada prueba contra mi intencion; sin embargo, no soi tan jóven para engañarme fácilmente, ni tan miope para no ver donde existe el mérito; de consiguiente mi manifestacion, señor don Luis, es franca, sincera, verdadera, lejítima; ¡y cómo no habria de serlo, cuando he sido testigo de tantos dolores aliviados, de tantas miserias socorridas, de tantas lágrimas enjugadas por el manto de su caridad!... ¿Y cómo no habria de serlo cuando he presenciado tantas manifestaciones espontáneas, cuando he llegado a apercibirme de tantos socorros silenciosos y por consiguiente ignorados, de tantas jenerosidades, estimadas las unas, echadas en el olvido las otras y en el saco de la ingratitud las mas!... ¡Y cómo no habria de serlo cuando jamas he visto abrir sus labios para decir: "he hecho este beneficio," y támpoco para narrar tales o cuales decepciones, tales o cuales negros procederes que no han podido quedar ocultos, a pesar de su prudencial silencio, pero que por esto mismo deben haber acibarado su pecho, haciendo brotar en él la triste desconfianza y el lóbrego escepticismo respecto a la sinceridad y gratitud humanas... desconfianza y escepticismo de que quizá proviene esa habitual melancolia que se nota en su semblante y que se revela en sus actos, a pesar de los halagos de la fortuna, de los goces de la opulencia y de los deseos apenas sentidos cuando inmediatamente satisfechos.

Al espresarme así, parece a primera vista que me habria cabido el honor de que usted hubiese tenido conmigo esas confianzas íntimas, esos desahogos dulces y peculiares a la

amistad; pero estoi mui lejos de hacer alarde de un título que no tengo, bien lo sabe usted, ni me avergüenzo de que lo sepan tambien los otros, pues que no he sido ni soi mas que uno de sus tantos favorecidos; sin embargo, este alejamiento no me ha impedido llegar al conocimiento pleno de su carácter, si bien he podido ignorar muchas de sus filantrópicas acciones; pero ¿de qué sirve la esperiencia adquirida, de qué el trato de mundo y de qué la intuicion propia del juicio, si uno, en vista de ciertos actos, no hace lójicas deducciones para que se le revele por completo el hombre? Esto es justamente lo que en mí ha sucedido, pudiendo asegurar que he encontrado en usted uno de esos seres que nos reconcilian con el resto de la humanidad, haciendo que se olvide el frio egoismo que, en jeneral, caracteriza a la gran mayoría de la especie; ¿qué tiene, entònces, de estraño mi cariño, mi gratitud y mi entusiasmo?...

Ahora, mi querido don Luis, el público y usted tendrán derecho de preguntarme: ¿es esta una dedicatoria o la simple manifestacion de sus sentimientos? ¿Es así como debe presentarse y encabezarse un libro?—Y bien, a estas justas interrogaciones no tengo otra cosa que dar sino esta sencilla respuesta: "Mis afectos no se sujetan a reglas establecidas; mis convicciones no reconocen pautas literarias, y mi desgreñado entusiasmo no tiene otro ídolo que el de la virtud..." Y puesto que la virtud no es mas que la caridad y usted la simboliza, déjeseme con mis errores y mis estravagancias, en cambio de conservar siempre la pureza de mis intenciones y de que usted se digne aceptar el humilde libro que hoi le dedica

Su agradecido servidor y sincero amigo,

MARTIN PALMA.

LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

El conventillo.

I.

Este es el nombre que da nuestro pueblo a cierto jénero de edificios o de habitaciones ocupadas jeneralmente por nuestras clases trabajadoras; y como en estos lugares viven los individuos en una especie de comunidad, sin conocerse y sin amarse, como sucede en un convento de frailes, esto talvez ha sido lo que ha dado oríjen a tal denominacion.

Para un europeo no tendria nada de estraño este jénero de vida, es decir, el ver reunidas a diferentes personas con gustos y ocupaciones diversas bajo un mismo techo, porque allí, a causa de la mucha poblacion, se ven obligados a habitar una misma casa distintas familias; pero entre nosotros, esta circunstancia merece una atencion particular, tanto por la existencia que se leva en esos lugares, y que nos es hasta cierto punto desconocida todavia, cuanto porque ese jénero de edificios es una innovacion moderna de la que, no ha mucho tiempo, no teniamos aun idea.

En las ciudades de la América del Sur, donde el terreno es estenso y barato, cada familia vive por separado, tiene

su hogar independiente y no se introducen en la casa sino los parientes y amigos de ella, siendo tan reservados a este respecto, que se considera como un favor especial y que difícilmente se obtiene, el permitir a un individuo estraño, aun cuando se conozca, habitar el mismo recinto.

Este aislamiento de las familias, al cual nos acostumbramos desde la infancia y que continuamos durante nuestra vida, contribuye quizá a arraigar los buenos o malos hábitos que ha contraido el individuo bajo el techo paterno, haciendo que las virtudes, asi como las preocupaciones, se sucedan de jeneracion en jeneracion, marcando de tal manera los caracteres y aun las fisonomías, que en nuestra sociedad santiaguina, a la vista de una persona, podemos casi, sin temor de equivocarnos, decir la familia a que pertenece.

No por esto se puede afirmar que no haya punto de contacto entre los individuos; pero este contacto roza apenas la superficie sin conseguir modificar el interior. Probablemente esta es una de las razones mas poderosas que determinan esa reserva que constituye el fondo de nuestro carácter nacional. Pero esta reserva está mui lejos de ser hipocresía, sino que es mas bien el noble límite de una franqueza inmoderada, por cuya razon el chileno es poco espansivo, reconcentra en sí mismo sus sentimientos y aparece de un temperamento flemático y frio a los ojos del observador poco diestro; sin embargo, en el recinto de la familia y de la vida íntima despliega los tesoros de una afabilidad sencilla, y esa franqueza natural y llena de atractivos es lo que hace el encanto irresistible que tiene nuestra sociedad cuando se ha llegado a penetrar en ella.

De esta reserva, mas bien aparente que real, de nuestro carácter, proviene la diversidad de opiniones emitidas sobre nosotros. Para unos somos tercos, frios, orgullosos, impolíticos; mientras que para otros aparecemos suaves, francos, jenerosos, cordiales y hospitalarios; pero estos conceptos tan opuestos nacen de que los unos no han consultado mas que las apariencias, juzgando al árbol por la corteza, mientras

que los otros han penetrado en el interior y saboreado el fruto.

No es nuestro ánimo, al escribir estas líneas, halagar el amor propio nacional. Tratamos de ser imparciales, y con la misma franqueza con que hacemos la apolojía de nuestras virtudes, descorreremos el velo que oculta nuestros vicios; porque el objeto principal que nos hemos propuesto es dar a conocer tal cual es nuestro carácter, con sus preocupaciones y errores como con sus cualidades, para que, si es posible, nos corrijamos de los primeros, impulsando mas las segundas.

II.

Los conventillos son, por lo jeneral, dos hileras de cuartos bajos divididos por una angosta calle y una gran puerta que los comunica con el esterior. En estas habitaciones sucias y malsanas por la carencia de sol y de aire, pues tienen regularmente poca ventilacion, es donde se albergan las clases pobres, halagadas por lo módico del alquiler. En estos lugares se ve la mayor diversidad de tipos, de caracteres, de condiciones y de industrias, no teniendo otra cosa de comun que la miseria. Allí se encuentran sastres, zapateros, albañiles, aguadores, cocineras, lavanderas, etc., que se ocupan en sus diferentes quehaceres y que forman el mas variado cuadro en estos centros de la vida del proletario. Hai tambien allí individuos sin profesion conocida y cuya existencia oscura se desliza en medio del misterio y quizá del crímen...

Mujeres desgreñadas y sucias van y vienen por la angosta calle, ocupadas en sus faenas diarias.

Niños semi-desnudos, escuálidos, flacos a causa de la intemperie y de las privaciones que esperimentan, corren tras sus madres llamándolas con los ayes de la necesidad o del dolor.

En todo el largo de la angosta calle del conventillo, se ven de distancia en distancia fuegos donde cada familia prepara sus respectivos alimentos, y las paredes ennegrecidas por el

humo demarcan el lugar de cada cocina particular. Tambien se divisan de trecho en trecho cordeles conteniendo algunas piezas de ropa, ya finas, ya ordinarias, y no pocas hechas jirones, que pertenecen al ajuar de esas pobres familias; pero lo que no escasean en aquellos lugares son los perros pertenecientes a distintas razas y tanto o mas famélicos que sus amos.

Cuando uno penetra en estos lugares se siente conmovido y disgustado a la vez, no pudiendo libertarse de una doble impresion: de la repugnancia que trae consigo el desaseo, y de la tristeza compasiva que esperimenta el alma en vista de la miseria y sufrimiento de su semejante.

Empero, en estas cloacas inmundas en que se anida la pobreza y la degradacion, suelen encontrarse algunas escepciones honrosas. Artesanos arreglados y laboriosos habitan tambien estos lugares a causa del bajo precio del alquiler, y no es estraño encontrar, de vez en cuando, alguna hermosa niña vestida con sencillez y elegancia, o algun jóven obrero que, con su traje del domingo, nos haria quizá tomarlo por un hombre de una clase mas elevada; pero esto, por lo comun, es raro, pues jeneralmente cuando han llegado a adquirir una pequeña posicion o un trabajo mas lucrativo que les permita una vida mas cómoda, abandonan estos sitios, que no están ya en armonía con sus gustos o nuevas aspiraciones...

III.

Es el 13 de setiembre de 1850 cuando en uno de estos conventillos situados en la calle de San Pablo, encontramos una honrada y laboriosa familia apellidada Lopez; pero antes de entrar en mas pormenores, llamaremos la atencion del lector sobre este barrio.

La calle de San Pablo, famosa desde tiempo atras por sus rencillas y lances sangrientos, es jeneralmente habitada por artesanos y algunos pobres propietarios. En aquella época, como desde tiempo inmemorial, casi no habia dia en que no

se viese un pleito y en que la policía no tuviese que intervenir. Toda ella está sembrada de pequeños despachos, cocinerías en que se da de comer a los pobres, e innumerables puestos de licor en donde se arman las rencillas, saliendo en seguida los atletas, puñal en mano, a batirse en medio de la calle.

En la época en que escribimos, se han modificado, es verdad, mucho las costumbres, y ya no se ven, sino de tarde en tarde, aquellos terribles lances que hacian a la vez el espanto y la diversion favorita de nuestro bajo pueblo; porque despues de la pelea, que regularmente terminaba en un asesinato, al que daban el nombre de DESGRACIA, seguian los comentarios, y las conversaciones rolaban sobre las diversas puñaladas, el lugar del cuerpo en que habian sido recibidas, la destreza y valor de los combatientes, la manera como habia muerto el vencido y el modo como habia escapado el vencedor, a quien siempre compadecian, pues lo único que decian de él era: *se desgració el pobrecito!* Compasion salvaje que solo prueba ignorancia y barbarie. . .

Pues bien, en esta calle de San Pablo, de tan peligrosa fama, era donde habia nacido y vivia Domingo Lopez, viejo sarjento retirado que habia militado en la época gloriosa de nuestra independencia. La familia de Lopez se componia de su mujer Marta Garrido, lavandera inmejorable, y de dos hijos, el uno era un jóven como de veinte años de edad, y el otro una niña de 15; el primero se llamaba Enrique y la segunda Mercedes.

Domingo y Marta representaban como unos cincuenta años. El sarjento era un hombre alto, fuerte, vigoroso y de una organizacion hercúlea. Los años parecia que no habian menoscabado en nada su fuerza, sino que por el contrario la hubiesen aumentado. Su semblante era severo, su frente ancha y despejada, los carrillos un poco prominentes demostraban que corria por sus venas la sangre araucana. Sus cabellos grises eran ásperos y abundantes como lo son jeneralmente los del indio. Un espeso y todavía negro bigote

cubria su labio superior y realzaba la virilidad del conjunto. En la frente se notaba una profunda cicatriz que habia recibido en uno de los encuentros con los españoles, pues Domingo Lopez habia militado en tiempo de los Carreras, y muchas veces su imponente fisonomía parecia animarse de un fuego marcial, cuando traia a la memoria su juventud o contaba sus campañas, o ya tambien cuando hablaba de aquellos famosos caudillos por los que conservaba una especie de culto que viene a ser como una segunda relijion en los viejos soldados. Pero lo que habia de mas estraño en este hombre era el raro contraste que presentaban sus facciones tostadas, severas y casi duras, con la dulzura inefable de unos ojos verdes tan grandes como tiernos y que la edad no habia aun despojado de su brillo, ni la vida de los combates de su mansedumbre. Su mirada suave y cariñosa estaba llena de bondad, dejándose apercibir en ella un fondo de ternura que nadie habria creido encontrar en aquellas facciones tan varonilmente acentuadas.

Marta Garrido, la digna compañera de este antiguo y honrado militar, tenia mas o menos su misma edad, y conservaba todavía los restos de una hermosura poco comun, pues su tez no estaba ajada, como sucede en las mujeres de nuestro pueblo, que, o no llegan a vivir tanto, o cuando alcanzan a esa cifra de años ya están tan viejas y arrugadas que parecen decrépitas; pero Marta, aunque entregada siempre a un contínuo trabajo, pues la escasa renta de sarjento retirado que poseia su marido no era suficiente para satisfacer las necesidades de la familia, aunque entregada a un contínuo trabajo, decimos, su existencia se habia deslizado tranquila y feliz, exenta a las amarguras y especialmente a los vicios que son jeneralmente el obligado patrimonio de nuestra clase obrera.

Esta escelente mujer, que habia recibido en sus primeros años una educacion un tanto esmerada, pues habia sido criada por una de nuestras aristocráticas familias, llevó tambien al seno de la suya los hábitos de moralidad, de economía

y de órden en que habia vivido, y con ellos, el bienestar de su marido y de sus hijos; pues aun cuando el sarjento Lopez estaba imposibilitado para el trabajo y habia sido retirado del servicio militar como inválido a causa de la fuerte herida que recibiera en la cabeza y que casi lo habia llevado al sepulcro, ella no desmayó, sino que al contrario se hizo mas económica y trabajadora; y con una prevision rara, y decimos rara, porque nuestros artesanos, con mui pocas escepciones, botan en un mismo dia lo que han ganado en él y talvez lo que han ganado en la semana, sin tomar en cuenta el futuro y sin pensar que pueden caer enfermos o faltarles el trabajo; y con una prevision rara, repetimos, Marta, satisfaciendo sus necesidades, conseguia hacer sus pequeñas economías, que reservaba para aquellas eventualidades a que está espuesta la existencia del proletario. Esta vida arreglada y tranquila la habia hecho feliz; y aunque esta pobre y virtuosa familia no habia saboreado los desahogos de la abundancia, tampoco habia esperimentado los sufrimientos de la indijencia, consiguiendo ademas, por el órden que reinaba en ese interior, dar a sus queridos hijos una educacion, si no esmerada, al menos superior a la que en jeneral reciben nuestros artesanos.

No limitaba a esto Marta sus cuidados, sino que, dotada de un carácter benévolo, atendia en cuanto se lo permitia la exigüedad de sus recursos, a las mas apremiantes necesidades de los pobres habitantes del conventillo; y como prodigaba sus consuelos o hacia sus favores con bondad y sin ostentacion, era considerada y querida de todos, estendiendo esta consideracion y este cariño hácia sus hijos y marido, que ejercia entre aquella jente una autoridad patriarcal, debida en gran parte a la pureza de sus costumbres mas que a su rango de sarjento de granaderos, que no dejaba de ser para los moradores del conventillo un gran título.

IV.

El jóven Enrique era alto y robusto como su padre. Los rasgos de su fisonomia anunciaban una mezcla de sensibilidad, fuerza e intelijencia, de un atractivo irresistible. Un naciente bigote sombreaba su labio, y sus cabellos, de un castaño claro, como sus grandes ojos verdes, velados por una larga pestaña, daban al conjunto un aire de resolucion y melancolia que revelaba los secretos de una organizacion enérjica y sensible, organizacion que parecia solo esperar un instante propicio para dar a luz los tesoros ocultos de la pasion, los ricos coloridos de la poesia y las obras de la voluntad.

Enrique tenia veinte años y habia sabido, por medio de la constancia, aprovechar su tiempo en el estudio, sin abandonar su trabajo, pues a esta edad era uno de los mas hábiles ebanistas de Santiago. Su padre, con el buen sentido que lo caracterizaba, se habia empeñado en proporcionar al jóven cuantos conocimientos le habia sido posible, en conformidad con sus escasos recursos. Desde temprano habia mandado al niño al colejio, y éste, de una intelijencia rara y de una aplicacion poco comun, habia aprovechado las lecciones de sus maestros, adquiriendo los conocimientos mas indispensables. A los doce años ya leia y escribia correctamente, sabia la gramática, hablaba su idioma con pureza y tenia nociones de jeografía, de historia y aun de música, a lo que lo inclinaba su naturaleza poética y sensible y que aprendia casi por sí solo. El árido estudio de las matemáticas tampoco lo habia arredrado, adquiriendo algunos conocimientos en aritmética y áljebra, y hubiera avanzado aun mucho mas si la pobreza de su familia no le obligase ya a trabajar para ganar la vida.

Viendo su padre que era indispensable que entrase a aprender un oficio, pues ya no podia satisfacer los gastos que demandaba su educacion, y creyendo, con razon, que esta

era la mejor herencia que le fuera dado legarle, consultó el gusto del niño y lo colocó en un taller de ebanisteria.

En los ocho años que habia permanecido Enrique en el trabajo consiguió llegar a un grado de perfeccion mui aventajado, pues era considerado por su maestro como el mejor oficial de la fábrica, tanto por su intelijencia cuanto por su exactitud, laboriosidad y honradez. Independiente de estas cualidades, tenia una modestia, sencillez y pureza de costumbres que lo hacian amar de todos y especialmente de su patron, que no lo miraba ya como un simple trabajador sino como un miembro de la familia, teniendo para con él atenciones mui marcadas, pues lo convidaba con frecuencia a comer a su mesa y no dejaba de pensar algunas veces que seria un partido ventajoso para su hija Maria, jóven de unos 18 años; pero el prudente ebanista no se habia abierto ni al uno ni al otro, sino que esperaba una ocasion propicia alhagado con la idea de que el sentimiento vendria por sí mismo, mucho mas cuando veia que su hija miraba a Enrique con cierta inclinacion; sin embargo, tambien notaba que éste aunque cortes y respetuoso con jovialidad, se presentaba indiferente, no respondiendo a los tímidos avances de la jóven sino con la franca y natural cordialidad de un alma que no está poseida de otro sentimiento que el de la amistad y el del aprecio; pero como de aquí es fácil pasar al amor, el viejo ebanista no dudaba que se realizasen sus paternales deseos, en los que habia su cierta dósis de egoismo, egoismo lejítimo y disculpable, pues se limitaba únicamente a pensar que su establecimiento, teniendo a Enrique a la cabeza, progresaria mucho mas.

Enrique, por su parte, vivia agradecido de su maestro, teniendo por él tanto respeto y cariño como si fuera su segundo padre, mirando a Maria como su propia hermana, pero con cierta deferencia, que tenia por oríjen, indudablemente, la desigualdad de situacion; pues el uno era dueño de una pequeña fortuna mientras él no tenia sino el trabajo de sus manos. Pero el jóven obrero en su ardiente deseo de

saber y de ser útil a su patron, habia, en sus ratos desocupados, aprendido el dibujo lineal y muchos rudimentos de arquitectura, de manera que, sin pensarlo él, su capacidad equilibraba las ventajas de la fortuna que poseia su maestro, el cual no se engañaba a este respecto, queriendo por la misma razon atraérselo.

V.

La vida activa y de trabajo que hasta el presente habia llevado Enrique, ponia una cota de malla a su sensibilidad, haciendo que no se despertase; pues el constante ejercicio del cuerpo adormecia sus pasiones demasiado escitables, preservándolo al mismo tiempo de los descarrios propios a esa edad y a la clase de jentes en medio de las cuales vivia. Ni el contacto de sus camaradas, ni el ejemplo pernicioso que, sin quererlo, tenia frecuentemente a su vista, obraba sobre esta naturaleza delicada y a la vez fuerte y sensible. Los placeres de sus otros compañeres le parecian groseros, permaneciendo a cierta distancia y como aislado, no por vanidad u orgullo, sino por el instinto propio de las naturalezas privilejiadas, instinto que muchas veces, sin pensarlo, les sirve de escudo y de guia. Quizá hubiera sido Enrique fácilmente arrastrado al vicio, si lo hubiese encontrado con el barniz del buen tono, porque su carácter era ardiente, apasionado e impresionable, pero era imposible que lo aceptase y que lo siguiese cuando se le presentaba con la repugnante fealdad de hábitos groseros. Esta moderacion no era, pues, efecto de su juicio sino de su temperamento; no la habia razonado, pero sí sentido: privilejio de las ricas organizaciones que obran bien por instinto, sin que el pensamiento tenga en ello la menor parte: especie de espontaneidad del organismo, cuyo secreto nos es imposible esplicar.

Los juegos de la infancia habian tambien contribuido a desenvolver en Enrique, si no su ser moral, al menos su ser físico. El viejo sarjento, acostumbrado a esa vida ruda de

los campamentos, y amante de todo aquello que ejercitase las fuerzas, le habia hecho una especie de jimnástico, complaciéndose en ver la ajilidad, destreza y vigor del niño, al que enseñaba tambien el manejo del sable como por juguete, pero diciéndose para sí mismo; "quién sabe si esto puede en alguna ocasion serle provechoso." De esta suerte se habia acostumbrado Enrique de tal manera a esos ejercicios, que los momentos que le dejaba libre el trabajo o el estudio, se ocupaba en ellos, aun cuando habia llegado a la edad de veinte años, siendo este el motivo por que era naturalmente ájil, diestro, fuerte, y su cuerpo flexible y delgado tenia músculos de fierro.

Pero este jóven no habia esperimentado todavia ningun sentimiento fuerte. Su alma vírjen no habiá pasado por ningun sacudimiento violento de aquellos que deciden de nuestras inclinaciones y que marcan un punto indeleble en la vida del hombre. El habia templado su cuerpo endureciéndolo, pero su espíritu estaba mas espuesto que el de ningun otro al fuego abrasador de las pasiones, fuego que obra de una manera mas intensa en las organizaciones enérjicas que en las débiles, cebándose con mas violencia y haciendo mayores estragos en esas naturalezas que han llegado a adquirir su completo desarrollo sin que las haya marchitado el vicio.

Las dulces afecciones que sentia por sus padres y hermana eran profundas, pero a la vez tiernas, apacibles y serenas. Los amaba y se complacia en su amor; los veia contentos y felices en su pobreza, y él participaba de la misma alegria. Para él la existencia estaba limitada a un estrecho pero venturoso recinto, y su ambicion no se estendia mas allá. Si de vez en cuando pasaban por su imajinacion confusas impresiones de placeres desconocidos; si la vista del mundo y de la riqueza despertaba algunos deseos; si presentia ciertos goces misteriosos, todo esto pasaba fujitivo cual nubes trasparentes que no alcanzaban a entoldar todavia el puro cielo de su pensamiento virjinal, custodiado por

su inocencia y por el trabajo, que al dia siguiente borraba de su poética fantasia esas sombras seductoras, que son el preludio de una nueva vida o la elaboracion oculta que se opera en nosotros y que cada cual ha esperimentado en sus tempranos años con mas o menos fuerza. ¡Leyes inmutables y eternas que se estienden a todos los seres de la creacion y sin las cuales el mundo no existiria o su aniquilamiento absoluto vendria a ser el término!

Enrique se hallaba, pues, en esos momentos de incertidumbre, de vaguedad, de deseos esperimentados y no definidos, de aspiraciones que no tienen nombre, de fantasias que no pueden clasificarse: en esos momentos en que el jóven siente sin darse cuenta de la sensacion, sin tener conciencia de sí mismo ni del móvil misterioso que lo hace obrar y que se desenvuelve entre nosotros sin que nos apercibamos de ello. ¡Situacion hermosa y terrible a la vez, de donde depende la felicidad o desgracia del porvenir! Primer surco abierto en el campo de la vida y que está llamado a producir, o los tristes abrojos del infortunio, o las perfumadas flores de la virtud y del deleite! Entusiasmo de la juventud, capaz de llevarnos hasta la idealidad del heroismo y capaz tambien de sepultarnos en las lóbregas cavernas del vicio y del crímen!...

Jamas los padres de familia deben mostrarse indiferentes cuando sus hijos están en aquella edad en que regularmente tienen que atravesar por este peligroso estado. Aquí es donde el padre debe tener el ojo atento y donde su vijilancia no pecará nunca de estremada, porque es aquí donde existe el mayor peligro, porque es aquí donde puede nacer la ventura o la desgracia eterna del ser que Dios ha confiado a sus desvelos. En estas circunstancias, un descuido, un paso dado en falso, puede precipitar al jóven en un abismo, del que le sea imposible salir, o en un error que le sea mui difícil correjir y cuyas consecuencias afecten su vida entera. La pendiente, colocado el jóven en esta elevacion, es estremadamente rápida, y las pasiones son las únicas que

deciden en estos supremos momentos de la existencia del hombre... El padre que cuida con el esmero necesario de la felicidad de sus hijos, tiene que recurrir a toda su sagacidad y esperiencia para guiar las pasiones que jerminan, sin combatirlas, pues el jóven no raciocina sino que siente, y sus actos no dependen del juicio sino del temperamento. Pretender ahogar las pasiones es un delirio: ellas renacerán a despecho nuestro, porque no dependen de nuestra voluntad sino de la naturaleza, cuyas ocultas y desconocidas leyes se han de cumplir para llenar el fin misterioso de la creacion; de consiguiente, nuestra sabiduria no está en combatirlas sino en dirijirlas al bien moral en que está basada la felicidad y progreso de la especie.

Pero Domingo Lopez no estaba a la altura de comprender estas verdades. Su educacion militar, su juicio poco cultivado, aunque sano y recto, era incapaz de apreciar los móviles que determinan nuestras acciones. Enrique podia perderse o salvarse: esto era efecto de la casualidad; y si bien la educacion recibida y los hábitos adquiridos eran un fuerte estímulo para conducirlo hácia el bien, no es menos cierto que con un temperamento ardiente y una inesperiencia completa, era tambien mui fácil de encaminarlo al mal; todo dependia de sus primeras impresiones y de las personas que obrasen en su imajinacion o en sus sentidos.

VI.

Al hacer el retrato de Enrique, estamos mui lejos de pretender que la jeneralidad de nuestros artesanos se le asemeje. Hemos tomado una escepcion y no es nuestro ánimo estraviar el juicio de nadie, ni tenemos el pensamiento de presentar a nuestro pueblo bajo un colorido que no le es propio; porque podrian talvez formarse una idea mas aventajada del estado real de nuestra civilizacion. Seremos, pues, francos, y las tristes verdades que daremos a luz, aun cuando nos ruboricen a nosotros mismos, pueden quizá contribuir

al mejoramiento de nuestras masas. Nuestros deseos se dirijen a ese punto y llamaremos santa y bien empleada la vergüenza que sentimos, si sirviera al correctivo de nuestros defectos.

El artesano en Chile! Triste es el cuadro cuyo velo vamos a descorrer; pero es necesario que seamos severos y verídicos para que, apreciando su situacion, aprendan a correjirse; pues antes de hacer aparecer tan lóbrega pintura, es preciso confesar que en medio de esa corrupcion, de ese abandono y de esa miseria en que por lo regular viven nuestros proletarios, hai muchas escepciones honrosas que dan un desmentido a nuestras palabras; pero lo que mas sentimos es que ellas no sean del todo falsas, pues prefeririamos pasar por embusteros, en cambio de que nuestro pueblo no fuera miserable.

Pocos paises hai en el mundo en que el pobre pueda ganar mas fácilmente su vida y gozar de mayores ventajas, y sin embargo hai tambien pocos en que la existencia del trabajador sea mas triste y desgraciada.

A un hombre en Chile le basta el deseo de ocuparse para encontrar siempre trabajo y para ganar un jornal mas que suficiente para satisfacer sus necesidades, sino que ademas aun pueden hacer economias; pero la falta de órden, de prevision, los vicios arraigados y su atraso en el sentido moral, hacen que estas ventajas desaparezcan, y lo que es peor, que contribuyan talvez a mantener al artesano en el estado de miseria en que actualmente vive. Quizá se nos haga esta observacion: ¿Cómo es posible que la abundancia traiga consigo la necesidad y que el hombre que puede adquirir su subsistencia sin mayor trabajo se halle en la indijencia? Pero el hecho es palpable, y, a nuestro juicio, esa misma facilidad de adquirir los hace imprevisores, gastándolo todo hoi por la seguridad que tienen de conseguir mañana.

Nuestros artesanos viven dia a dia y no piensan que pueden venir momentos en que las fuerzas desfallezcan, ya por la ancianidad o ya por un accidente desgraciado que los

imposibilite para el trabajo; pero esta falta de prevision no es la principal causa del malestar que lamentamos, sino que depende de la falta de dignidad de nuestro pueblo, y esta falta de dignidad consiste en que nuestros gobiernos no han hecho nada en bien del trabajador; ni aun siquiera han comprendido la influencia que ejercen en la moral y en las costumbres las ideas y prácticas democráticas; pues hasta hoi han dejado a los pueblos en ese vasallaje cercano al servilismo en que estaban en tiempo de la dominacion española; y si se nota alguna diferencia, no es debida a los desvelos de nuestros mandatarios, sino a la accion lenta del progreso, que invade las sociedades, aun a despecho de sus errores y preocupaciones.

Entre nosotros la soberanía reside en el pueblo; pero esto se dice en la constitucion: estas son palabras escritas en un libro, que la práctica desmiente a cada paso, porque no hai un solo hecho que poder citar, desde que nuestro pais se constituyó en república, que venga a comprobar esa ficticia soberanía, ese simulacro de autoridad con que se ha creido o talvez pensado investir al pueblo, pero que nunca se ha hecho.

Conseguimos, es verdad, sacudir el yugo de la metrópoli, pero no destruir su espíritu.

Echamos por tierra la esclavitud material; se dió la libertad física al hombre; ya no hubo amos y siervos con esos privilejios y derechos del señor feudal; pero quedó vijente la dominacion, quedó en pié el servilismo de las masas, continuando siempre el mismo réjimen.

Las familias que tomaron parte en nuestra emancipacion política se hicieron dueños del gobierno. Los empleos y distinciones no salieron de ciertos círculos, y nuestra república, desde entonces hasta la presente época, no ha sido mas que una oligarquia en la cual el pueblo no ha participado de ninguna especie de autoridad, ni aun siquiera conseguido las ventajas inherentes a la libertad, pues esta libertad solo ha existido tambien de nombre, pero nunca de hecho.

La democracia, que todo lo ennoblece porque todo lo eleva, que es la única que puede hacer grandes, prósperos e ilustrados a los países, porque es la que forma los verdaderos ciudadanos, esa democracia ha sido para nosotros una palabra vana, y tan vana, que ni aun comprendemos lo que es, lo que produce y lo que importa.

Entre nosotros no ha habido mas que un cambio de despotismo o de autoridad, como quiera llamarse. La dominacion antigua era española, la de hoi es hija de nosotros mismos, pero sus efectos son semejantes: hé aquí todo.

Los hábitos aristocráticos, cuyos funestos efectos los estamos esperimentando, han dominado en toda la América del Sud a las ideas republicanas; porque hemos preferido y hemos gustado mas de la obediencia pasiva del esclavo que de la libre actitud del ciudadano, diciendo que aquella era humildad y esta arrogancia, y que con una seria fácil gobernar, mientras que la otra nos llevaria a la anarquía. Esta manera de juzgar de hombres ciegos, preocupados, ambiciosos, ignorantes y estúpidos, ha hecho que nuestras masas carezcan de enerjia y de voluntad propia; pues esa presion despótica las ha degradado y envilecido hasta privarlas de la conciencia de sus actos, hasta quitarlas todo sentimiento de dignidad, que es lo único que engrandece y eleva al individuo y por consiguiente que eleva y engrandece a los pueblos.

Muchas veces lo hemos oido decir, y aun hemos esperimentado lo mismo cuando hemos permanecido por algun tiempo fuera del país: el estranjero que visita por primera vez nuestras ciudades queda tristemente impresionado al ver a nuestros artesanos, es decir, a la gran mayoría de la nacion, cubierta con un poncho que tapa su inmundicia o algunos harapos que ocultan sus carnes! Ese estranjero no puede menos de decir: "este es un país de miserables esclavos o de sucios pordioseros;" y por desgracia estaria mui cerca de la verdad! y por desgracia, la primera impresion que se recibe es la mas durable y aquella que con dificultad se modifica, aun despues de habernos desengañado!. . .

En corroboracion de lo que hemos dicho, entremos a observar esa gran mayoria que entre nosotros se llama pueblo, calificativo que envuelve en boca de nuestra aristocracia un sentimiento de inferioridad o de desprecio.

Sentimos detallar demasiado y aparecer quizá mui minuciosos en nuestras observaciones; pero esto es necesario para analizar nuestros defectos; y si las verdades amargas que escribimos hubieran de correjir nuestros vicios, las diriamos siempre con orgullosa satisfaccion, seguros que las personas sensatas no calificarian de imprudencia nuestra ruda franqueza, esperando que nos agradezcan nuestra intencion, en vez de ofenderse de nuestras espresiones.

El artesano no gana menos en Chile que 75 cts. a 3 ps. diarios; pues el peon, es decir, el hombre que no tiene profesion o arte alguno y que se emplea en los trabajos que demandan menos intelijencia o que son puramente mecánicos, tiene un jornal que varia de 37 a 62 cts. diarios. En un pais tan abundante como el nuestro, la última de estas sumas es mas que suficiente para hacer vivir a un hombre con las comodidades que exije nuestro actual estado de civilizacion; nos referimos a aquel confortable que necesitan las clases pobres; pues si pretendiéramos que con esto se llenasen todas las aspiraciones, hubiéramos dicho un absurdo; pero este último salario es mas que suficiente para proporcionar al individuo ciertas comodidades y ciertos alimentos que son necesarios para reparar las fuerzas perdidas en el trabajo; pero por desgracia esto no sucede entre nosotros, sino que todo el salario ganado en una semana se malgasta en un dia y en los demas se ayuna.. . criándose así débiles y perezosos, porque aun teniendo voluntad, les faltarian las fuerzas por la escasez del alimento.

Echemos una ojeada a esos conventillos que sirven de albergue a las clases trabajadoras. Vamos a descubrir el interior de sus habitaciones; y esperamos que no lo tengan a mal, porque nuestro propósito no es ofender al pobre, sino ver el modo de curarlo de sus defectos. Nuestro objeto no

es satisfacer una curiosidad vana, sino impugnar las faltas donde ellas se encuentren; y no tenemos la intencion de hacer recriminaciones estériles, porque sabemos bien dónde está el oríjen del mal de que el pueblo es la involuntaria víctima.

Veamos ahora el interior de un conventillo. ¡En la mayor parte de sus habitaciones no hai ni una mala cama en que reposar los fatigados miembros! Una estera, algunos pellejos de carnero, una manta agujereada, sirven de lecho y de abrigo al hombre que ha pasado el dia en un fuerte trabajo, y no pocas veces a la mujer y a los hijos! Y cuando llegamos a encontrar una habitacion que para aquellos lugares pudiera decirse confortable, se descubre apenas un colchon sucio, unas cuantas sillas rotas, una mesa sin forma ni color, unas ollas de barro y algunos que otros útiles indispensables; pero todo en un desórden, en un abandono, en una suciedad que causa a la vez repugnancia y compasion; porque en ese pequeño cuarto siempre hai pilas de basura conteniendo los restos de las comidas y otras inmundicias que se depositan en un rincon, de donde se exhalan emanaciones pútridas que es imposible que aspire por largo rato el que no está acostumbrado a aquella nauseabunda atmósfera! Lamentable estado, que mas bien se asemeja a la vida del salvaje que a la de un miembro de una sociedad culta! Pero esto no es todo: vénse allí mujeres desgreñadas, andrajosas y sucias, y niños desnudos, abandonados completamente a sí mismos y que parecen menos cuidados que los cachorruelos de una perra! Y todos estos seres hacinados en un estrecho recinto, duermen juntos, sin diferencia de edades ni de sexos! Hé aquí el principal oríjen de la poca decencia en las costumbres, y tambien la causa principal de las epidemias reinantes y de la sorprendente mortalidad de párvulos, como de la corta vida de que goza en Chile el hombre!.. Hé aquí lijeramente descrito el estado doméstico y las condiciones físicas en que nace, se desarrolla, vive y muere nuestro bajo pueblo!... Pasemos ahora a estudiarlo en lo concerniente a sus conocimientos, a sus creencias y a su moral.

VII.

La descripcion precedente nos ahorra casi el análisis que nos proponiamos hacer; pues, ¿qué instruccion, qué sentimientos de dignidad y de decencia es susceptible de adquirir el hombre que vive en esa repugnante miseria? La educacion de nuestro proletario es todavia mas triste que su estado físico. Si entramos por un momento en el interior de esas almas, veremos que las únicas nociones que tienen del bien y del mal consisten solo en ciertas prácticas de chocante supersticion. Ellos no conocen otra cosa que las esterioridades del culto, y toda su virtud consiste en el ejercicio de prácticas insignificantes que mas bien se asemejan al materialismo pagano que a la espiritualidad del cristianismo... Si se quiere afirmar que exajeramos, si alguno pretende desmentirnos, que se tome el trabajo alguna vez, aunque no sea mas que por curiosidad, de investigar los principios relijiosos que tienen nuestras masas, haciendo la anatomia de sus creencias; y entonces quedarán espantados de esa supina ignorancia, y mas espantados aun de los absurdos que profesan y confunden con la sublime doctrina del Evanjelio.

Todo esto lo saben nuestros sacerdotes mejor que nosotros; pero ¿qué hacen para llevar la luz de la verdad a esas intelijencias que viven en las tinieblas del error? Qué hacen para que la moral reemplace a la supersticion? Casi nada: ellos se contentan con que aprendan ciertas ceremonias, con grabar en su mente ciertas palabras, con que hagan jenuflexiones, con que adoren imájenes; y no se empeñan en mejorar las costumbres por la ilustracion del deber y por la enseñanza de la moral. Por esta razon nuestro pueblo es supersticioso y no creyente, fanático y no cristiano; pues la relijion que profesa es una especie de paganismo que nada tiene de comun con la doctrina de Cristo; y que en vez de levantar el espíritu hácia Dios, por medio de la virtud y la elevacion del pensamiento, lo estravia y materializa de tal

modo, que se ha llegado a persuadir que bastan esas frívolas e insignificantes esterioridades para complacer a la Divinidad y obtener el perdon de sus faltas; y así vemos con frecuencia cometer un delito e ir en seguida a arrodillarse delante de una *imájen;* y perpetrar un asesinato, sin dejar jamas de cargar un *rosario*, clasificando de malos e inmorales a los que no participan de esas creencias, aunque no hagan el menor perjuicio al prójimo; y de relijiosos y buenos a los que se santiguan a cada paso y que cargan *escapulários*, aun cuando claven el puñal en el pecho de su semejante! Un hombre de nuestro pueblo considera mas criminal y mas digno del fuego eterno a un hereje, como ellos llaman a los que no participan de sus preocupaciones, que a un parricida, con tal que éste se prosterne a los piés de un confesor!.... Asi es como se enseña la relijion entre nosotros, y asi tambien son los resultados que se obtienen!...

Nuestro pueblo no está menos ignorante en política que lo está en relijion. Nada sabe de sus deberes ni de sus derechos, ni nada de los principios constitucionales y del réjimen gubernativo en que vive, porque parece que nuestros gobiernos se han propuesto mantenerlo siempre en una *santa ignorancia*, que han creido ser mas provechosa para sus miras, pues a su amparo podia consolidarse el poder; ¡como si en la ignorancia de las masas consistiera la tranquilidad de los estados! Como si no pudiera haber órden donde hai ilustracion!... Este error, tan funesto para nuestras repúblicas, es justamente el que ha causado nuestro atraso y nuestras discordias intestinas. Una nacion no puede ser próspera y grande mientras los individuos que la componen no sean a su vez ilustrados y libres: esto es lo que nos conviene saber, enseñar y practicar; pero esto es lo que no se ha hecho.

Por otra parte, todo lo que hai de oneroso se ha hecho pesar sobre el pueblo, a quien se le ha tratado como una manada de siervos obligados a cumplir la voluntad del amo, sin mas recompensa que la fatiga y la humillacion. Nuestra guardia cívica es la prueba incontestable de lo que decimos;

y el desprecio con que se mira al artesano y la imposibilidad en que éste se encuentra para subir algunos grados en la escala social, es el testimonio mas irrefragable de los principios aristocráticos que nos han gobernado hasta el presente, haciendo nuestra actual miseria.

Cuando nuestros mandatarios se empeñen por levantar al pueblo de la postracion en que yace; cuando le hagan apreciar su dignidad y conocer su importancia; cuando se destruyan las cargas que lo agobian, mirando por sus necesidades, cuando el desprecio por el proletario deje de estar en nuestras costumbres, cuando pueda él levantarse hasta las mas altas posiciones sociales, que ahora son el patrimonio de un círculo; cuando haya adquirido la virilidad que da la independencia y la enerjia que emana de la libertad, entonces nos será permitido contemplar dias mas prósperos y bonancibles; entonces el artesano tendrá órden, porque será culto; tendrá economia, porque será sobrio; tendrá vergüenza, porque poseerá la conciencia de su yo; tendrá moderacion, porque comprenderá el deber que lo obliga y el derecho que le corresponde; tendrá industria, porque tendrá aspiraciones e intelijencia; tendrá elevacion en sus miras y moralidad en sus actos, porque tendrá libertad...

Esperamos que el lector nos perdone esta digresion. Nuestro objeto no es tan solo el narrar una historia, sino el fin de mejorar las costumbres; por esto nos veremos de vez en cuando obligados a separarnos un poco del hilo de los acontecimientos, para tomar el camino de las reflexiones que ellos mismos nos sujieran de paso.

Continuaremos, pues, el retrato de los miembros de la familia que va a desempeñar los principales roles en el curso de esta narracion.

VIII.

Mercedes, la hermana de Enrique, tenia, como ya lo hemos dicho, unos quince años. Su cuerpo delgado, flexible y esbelto, no habia llegado aun a su completo desarrollo: no

era la mujer en toda la belleza de sus formas, era solo el presajio de la hermosura. Se adivinaban ya sus hechizos futuros, pero no estaban del todo desenvueltos. No era la rosa que se admira y codicia; era sí el boton misterioso que todavia oculta sus encantos bajo tiernos y perfumados pétalos. Sus cabellos negros y sedosos realzaban mas la pálida blancura de su ovalado rostro, que tenia un aire de distinguida y atrayente dulzura que cautivaba a primera vista. En sus grandes ojos azules se veia la sensibilidad, la dulzura, la intelijencia y el candor. Al contemplar a esta niña no podia menos de esperimentarse cierta afeccion tierna y profunda, entusiasta y pura. Al ver su rostro virjinal podia uno sentirse seducido y subyugado, pero sin tener deseos, pues parecia envuelta en un perfume de castidad que alejaba de la mente todo pensamiento profano. Sus movimientos eran graciosos y sin la menor afectacion. Su mirada tierna y bondadosa parecia solicitar una sonrisa de aprobacion o pedir un favor. Su voz, su acento, tenia un no sé qué de sonoro, de persuasivo, de solemne, pues al oir sus palabras se sentia uno impresionado de una manera estraña: era una sensacion desconocida pero grata, una música melodiosa pero triste, seductora pero melancólica.

La fisonomia de esta niña reflejaba su interior. Su corazon, tan puro como la brisa de la mañana, exhalaba únicamente los perfumes de la caridad. Su pensar constante era buscar el medio de hacer bien a los que la rodeaban. Dotada de una sensibilidad profunda, se compadecia del infortunio ajeno sin averiguar su oríjen, y daba sus consuelos, uniendo sus lágrimas a las del desgraciado, sin pensar jamas en la mas lijera recompensa, ni aun siquiera la de la gratitud, haciendo por instinto lo que el Evanjelio ordena por mandato. Ella no conocia ni su mérito ni su superioridad, asi es que no levantaba una sola envidia y todos le acordaban lo que ella de nadie exijia: el amor y el respeto, agradándole talvez lo primero, pero no pasándosele, ni aun por la imajinacion, lo segundo.

Con sus padres era sumisa por cariño; jamas la habian castigado, pero tampoco los habia desobedecido; y el causarles un sentimiento cualquiera hubiera sido para ella un martirio insufrible y una culpa que no se habria perdonado. Cada vez que con sus economias, fruto de un intelijente trabajo, porque bordaba con mucha habilidad, hacia alguna obra de caridad, iba saltando de alegria a echarse en el seno de su madre, a quien besaba con ternura, y la vieja Marta lloraba de contento, estrechándola con efusion. Mercedes era, pues, considerada en el conventillo de la calle de San Pablo como una santa y en el interior de su familia como un ánjel que Dios, en su bondad infinita, les habia dado: estas eran las espresiones de que se valia el sarjento Lopez cuando hablaba con su mujer respecto de su hija...

IX.

Todo era próspero y risueño en esta humilde casa. El trabajo de Enrique daba mas comodidad a la familia, que ya gozaba al presente de cierto confortable, poco comun en nuestros artesanos. El jóven obrero ganaba sus dos pesos diarios y con esto habia podido ensanchar mas su pobre morada. Antes no tenian sino un solo cuarto, mientras que ahora poseian tres, con mas un jardincito que hacia los encantos de Mercedes y que cultivaba con particular esmero el viejo sarjento, que iba encontrando preferible el azadon y la pala al manejo del sable...

El jóven carpintero habia hecho de estas tres piezas varios departamentos que les proporcionaban cuantas comodidades podian apetecer en la modestia de sus aspiraciones y en la frugal sencillez de sus gustos. Hé aquí cómo habia arreglado Enrique el domicilio de sus padres. Las tres piezas que arrendaban las habia dividido por un tabique de madera y presentaban la distribucion siguiente: las dos alcobas primeras eran ocupadas por ambos hermanos, sin mas lujo que un aseo esmerado. El ajuar de estas habitaciones era

sencillo. El cuarto de Mercedes tenia un catrecito de fierro pintado de verde, exactamente igual al de Enrique, y a mas una pequeña cómoda y velador al lado de la cabecera, sobre el que se veia una imájen de nuestra señora de Mercedes y una pilita de loza representando a una Purísima, y que contenia agua bendita.

El cuarto del jóven no tenia mas adorno que un crucifijo de metal bronceado, y por trastos un baul, una silla de montar a caballo y una escopeta de dos cañones con sus arreos de caza, a cuya diversion era mui aficionado Enrique.

Contigua a esta pieza seguia la habitacion de Marta y su marido, la que, arreglada del mismo modo, formaba un dormitorio y un pequeño saloncito de recibo. Este saloncito, que era el cuarto de labor de Mercedes y de su madre, contenia seis sillas de madera y dos mesitas de arrimo, trabajadas por Enrique en los primeros tiempos de su aprendizaje de ebanista; ¡pobre y sencillo ajuar, que contenia toda una historia de ternura, un episodio de amor y de gratitud filial! pues era el fruto de sus primeras economias y de su primer trabajo, que habia dedicado al servicio de su madre y cuyo obsequio le habia procurado la alegria mayor que hasta entonces esperimentara su pecho infantil.

Sobre cada una de estas mesas se veia colocada una urna que contenia en su interior varias imájenes de santos, por los cuales la vieja Marta tenia una veneracion profunda. Cada noche, despues de ponerse el sol, se arrodillaba ella y su hija ante estos objetos de su culto, y en la sencillez de sus almas, les dirijian ardientes preces; y Dios oiria complacido las súplicas de la inocencia, porque él atiende a la pureza del corazon y no al órden u ornato de la palabra, desapareciendo la forma material del culto, cualquiera que él sea, ante la pura elevacion del alma, que es la única que puede llegar hasta el Creador. . .

Despues de practicar sus deberes relijiosos, los que jamas eran un impedimento para llenar dignamente las obligaciones domésticas, como sucede con tanta frecuencia entre

nuestras beatas; despues de su oracion de la tarde, decimos, se iban a preparar la cena para Domingo y Enrique; de manera que cuando el uno llegaba de sus escursiones por la vecindad y el otro de sus faenas, todo lo encontraban preparado sin tener ningun tiempo que esperar.

En la tercera pieza estaba el comedor, al mismo tiempo que la despensa. Enrique habia hecho igual operacion en este cuarto como en los anteriores, dividiéndolo por medio. En el primer costado estaba una mesa en que podian colocarse seis cubiertos, y a su lado un pequeño armario que contenia la vajilla de la familia. En el otro costado se hallaban las provisiones, de las que hacia Marta en tiempo de abundancia un suficiente acopio, teniendo cuidado de comprar siempre un poco mas de lo que estrictamente necesitaba, para procurarse la satisfaccion de ayudar a sus vecinos, los que, muchas veces, apremiados por la miseria y el hambre, recurrian donde ella, seguros de encontrar alivio.

La cena que Marta preparaba diariamente era mui sencilla y frugal, pero al mismo tiempo suculenta y nutritiva, tal como conviene a los trabajadores para recuperar las fuerzas perdidas en las faenas del dia. La mesa estaba siempre con su mantel ordinario, pero blanco como la nieve, y en el resto del servicio se notaba una limpieza estremada, único lujo que se permitia la familia del sarjento Lopez, y al que estaban tan acostumbrados, que les hubiera sido difícil, si no imposible, acomodarse a los hábitos de nuestra jente pobre, que vive en la inmundicia sin estrañarlo.

En derredor de esta mesa se colocaban seis cubiertos, y aun cuando ellos no eran mas que cuatro personas, siempre se ponian dos cubiertos mas por si venia a tiempo algun huésped, el que era cordialmente recibido y no se iba de la casa sin haber participado de la frugal comida que se servia. Esta costumbre patriarcal de la honrada familia se habia hecho una especie de obligacion o deber, que les hubiera sido doloroso dejar de cumplir, pues de otro modo hubieran creido faltar a las leyes de la hospitalidad.

Como hemos dicho, cada persona tenia su cubierto propio, su plato y su vaso limpio, sin necesidad de ocupar el del vecino. Señalamos esta circunstancia como una escepcion, porque nuestros artesanos no están acostumbrados a este método, sino que en jeneral se sirven a sí mismos en una fuente comun, puesta sobre una mesa, sobre una silla o sobre el suelo, y ahí se sientan al derredor y cada uno pesca con una sola cuchara o con la mano su presa de comida, y cuando esta comida contiene caldo, se pasan la misma cuchara los unos a los otros.

No podemos menos de creerlo; para los hombres de buena sociedad, para aquellos que nadan en la abundancia y que miran las cosas de los pobres con despreciativo desden, estos detalles les serán insignificantes y aun pesados; pero nosotros no nos ocupamos tanto de ellos como del pueblo, para quien escribimos especialmente y cuyas costumbres analizamos con el objeto de modificarlas.

La cena.

I.

Era la noche del 13 de setiembre de 1850. El sarjento Lopez, su mujer y su hija, puesta la cena, estaban sentados a la mesa. Una especie de inquietud se notaba en el semblante de todos, cuya inquietud provenia de que, siendo las ocho de la noche, no llegase todavia Enrique, pues jamas se habia demorado hasta tan tarde, teniendo costumbre de venirse a su casa inmediatamente que salia del trabajo, o cuando se quedaba en casa de su patron, lo que hacia rara vez, tenia el cuidado de mandárselo avisar a su familia.

Mercedes no estaba tranquila en su asiento: al menor ruido se paraba de la mesa e iba a la puerta para ver si no era su hermano quien llegaba.

Una hora habia trascurrido. Marta tomó la cena, que estaba servida y que nadie habia tocado, volviéndola a poner a orillas del fuego...

El reloj de Santa Ana dió las nueve...

—¡Cómo, dijo Mercedes rompiendo el silencio; las nueve y aun Enrique no llega!

—Es estraño, en verdad, murmuró el viejo sarjento.

—¡Si le habrá sucedido alguna desgracia! esclamó Marta, que ya no podia contener su sobresalto.

—No es probable, dijo Domingo. Habrá sido detenido por algunos amigos. La proximidad del *Dieziocho* hace ponerse a todo el mundo alegre, y quizá ha sido convidado por algun camarada.

—Pero, padre, contestó Mercedes; jamas habia sucedido, y Enrique sabe que le esperamos.

—Con todo, hija mia, yo no veo todavia motivo de alarmarse; apenas son las nueve, y cualquier pequeño accidente puede haberlo detenido hasta esta hora.

—El sale a las siete de su trabajo, y tú sabes que solo se detiene el tiempo que emplea en llegar de la fábrica a casa, le respondió Marta. Ademas, hoi a la hora de comer trajo unos libros, y no ignoras que, cuando tiene algo que leer, todo lo hace volando para aprovechar el tiempo: y esto sin tomar en cuenta que nunca falta a la hora de la cena, o cuando por casualidad lo hace, manda avisarnos. ¡No vaya a haberle sucedido alguna desgracia!

Mercedes palideció.

—No hai duda, dijo el sarjento, el caso es singular, pero no para alarmarse tanto; ¿por qué presumir que sea una desgracia? ¿no puede ser tambien algun asunto favorable?

Los ojos de Mercedes se animaron...

—Dice usted bien, padre mio; somos unas locas en tener tales ideas... Vamos, madre, no esté triste... y Mercedes acarició a su madre.

—Veo bien, dijo ésta, que es una locura y no debemos pensar mas en ello...

Domingo Lopez miró a su mujer y a su hija, y conoció que el aire de indiferencia que afectaban era para engañarlo y engañarse ellas mismas. La madre disimulaba para con la hija y la hija para con la madre; pero él notaba mui visibles los síntomas de una mútua inquietud.

El reloj de la misma iglesia dió las diez y media...

El diálogo fué como interrumpido por este sonido... Todos callaron.

El viejo sarjento se levantó de la mesa, tomó su gorra y dijo:—Voi a informarme a la fábrica.

Pero aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se sintieron pasos precipitados en la calle y Mercedes esclamó:—"Ese es Enrique!"

Su instinto no la habia engañado...

Enrique apareció en el dintel de la puerta, con la sonrisa en los lábios y un atado bajo del brazo.

—Me ha esperado usted, ¿no es verdad, madre mia? Dispénseme, pero...

Domingo le interrumpió, diciéndole con alguna severidad:—Hemos estado inquietos, Enrique, y me preparaba para irte a buscar.

—Lo que dice mi padre es cierto, replicó Mercedes; ¿por qué te has demorado? añadió la niña con cariñoso acento, poniendo una mano en el hombro del jóven obrero.

—Tuve una tentacion irresistible, querida mia, contestó Enrique.

—¿Cuál? dijo Mercedes.

—Cuéntanos tu tentacion y te perdonaremos, repuso Marta; pero, añadió lentamente, voi primero a servir la cena.

—¡Cómo! ¿no han cenado aun? esclamó Enrique.

—No, ciertamente, ¿te puedes figurar que lo hiciéramos sin tí?

—¡Madre mia! perdóneme usted... estoi suficientemente castigado con el sentimiento de haberles privado a todos de...

—Sí, le interrumpió el sarjento, entre serio y alegre, nos has hecho ayunar, y en castigo debiéramos privarte de tu racion; pero estoi seguro que Marta y Mercedes no lo permitirán y mi autoridad quedaria burlada... No quiero esponerme a esta prueba, y así, siéntate, añadió el veterano, sonriéndose con bondad.

—La fuente está servida, dijo Marta; y a esta voz, todos pasaron a sentarse a la mesa.

—Ahora puedes contarnos tu historia o la causa de tu demora, repuso Mercedes, dirijiendo una mirada cariñosa a su hermano.

—Es el caso, querida mia, contestó Enrique, que uno de mis compañeros, jóven económico y aprovechado y junto con el cual trabajo casi siempre, me dijo: "Voi a hacer un regalo a mi mujer y a mi madre; ¿qué te parecen estos ves-

tidos y estos pañuelos?" y desenvolvió un paquete que contenia dos trajes de seda para su mujer y otro para su madre, juntamente con dos lindos chales y otras cosillas que completaban tan rico obsequio. Yo me quedé abismado a la vez que contento, y no pude menos de decirle que me gustaba mucho su proceder, y que habia adquirido un mérito mas para mí, desde el momento que lo veia tan bueno y jeneroso con las personas que lo amaban. Entonces él me contestó: "Amigo mio, no sé si hai o no mérito en lo que hago, lo cierto del caso es que me gusta hacerlo y trato de economizar todo lo posible para que mi familia esté decente."—Pero hará mucho tiempo que guardas tus economias para haber llegado a juntar el dinero necesario para comprar todo esto, le contesté.—De ningun modo, me dijo, hé aquí como lo hago: tengo un comerciante conocido de donde saco cuanto necesito, obligándome a darle dos pesos por semana. Cuando he satisfecho mi compromiso primero, vuelvo a empeñarme de nuevo, y de este modo, sin faltar a las primeras necesidades de la casa, me permito algunas sorpresas, como la actual, que hacerle a mi mujer y a mi madre, sin que me sea gravoso el satisfacerlas.

La idea me pareció escelente, y no pude menos de decirle que a mí me gustaria hacer otro tanto.

—Eso es lo mas fácil, me respondió: como el comerciante tiene seguridad en mi honradez y yo la tengo en la tuya, puedo servirte de fianza y comprar lo que quieras.—Díle a mi amigo las gracias y quedamos convenidos que iriamos a la tienda en la noche, despues de salir del trabajo.

—Hé aquí mi historia, añadió alegremente Enrique, y el desenlace de ella es el paquete que traigo bajo del brazo; y diciendo y haciendo, puso el bulto sobre la mesa.

—¡Cómo! ¿Esta ha sido la causa de tu tardanza? esclamó Mercedes.

—Ni mas ni menos, mi querida hermana.

—¡Pobre Enrique! siempre jeneroso, siempre ocupado de nosotros.

La enferma.

I.

Al apuntar el alba del dia siguiente, la mayor parte de los moradores de este pobre y pequeño recinto estaban en pié. Hombres, mujeres, niños, todos se movian; los unos buscando sus herramientas, los otros disponiéndose para ir a sus trabajos y cada cual pensando en subvenir a sus necesidades propias.

La familia Lopez hacia otro tanto. Enrique se lavaba la cara en el patio y arreglaba su blusa para salir al trabajo. El sarjento estaba en su pequeño huerto regando y acomodando las plantas del jardin; Marta limpiaba los útiles de mesa y de cocina que habian servido el dia anterior y tenia ya preparada el agua caliente para servir el café a su marido y a su hijo; y Mercedes, con esa curiosidad de niña, reveia a la luz del dia el obsequio de la noche anterior. Despues de haber pagado al sexo, podremos decir así, este instintivo tributo de coqueteria, salió nuestra jóven para ir a visitar a una vecina pobre y enferma.

La persona a quien habia ido a ver Mercedes era la mujer de un zapatero, el que, completamente entregado a la embriaguez, no hacia caso de su familia, pasando la mayor parte del dia y de la noche en las tabernas, de manera que la pobre mujer se encontraba en la mas completa indijencia; pues, sin los oportunos ausilios de Mercedes, quizá habria perecido varias veces de hambre.

Teresa, este era el nombre de la mujer del zapatero, no

se quejaba nunca, tratando, por el contrario, de ocultar cuanto podia las faltas de su marido y el lamentable estado de indijencia en que se encontraba, y esta silenciosa resignacion, a los ojos de la familia Lopez, de quien recibia con frecuencia algunos socorros, la hacia mas recomendable.

Despues de haberse informado Mercedes de la salud de Teresa, con el tierno interes que la hacia adorable a todos, volvió a salir del cuarto tristemente conmovida por el grado de postracion en que veia a su amiga.

En efecto, Teresa se encontraba abatida y su semblante desfigurado anunciaba la proximidad de su parto, pues estaba mui en cinta...

Otra mujer mas esperimentada que Mercedes habria conocido el caso inmediatamente, porque los síntomas lo revelaban; pero ella no adivinaba la causa, atribuyendo el malestar de Teresa a su falta de alimento; asi es que cuando salió, fué únicamente con el objeto de calentar una taza de caldo que habia dejado preparada la noche anterior con este mismo fin.

Al entrar nuevamente, Teresa estaba bañada en lágrimas; entonces Mercedes la dijo:

—No se aflija, amiga mia, porque Dios no le ha de faltar. Su marido volverá pronto; y si esto no sucede, nosotras...

—Gracias, señorita, le contestó Teresa, interrumpiéndola, ya ha sido usted demasiado buena y bondadosa conmigo.

—¿Por qué me dice usted, señorita? ¿No somos acaso pobres? ¿Por qué no hablarnos entónces de igual a igual y con mayor confianza? Me dice usted que soi buena y bondadosa, ¿qué mérito hai en esto? ¿No haria usted otro tanto conmigo si me encontrase en un estado igual al suyo? Pues bien, yo obro ahora como usted lo haria mañana. Por otra parte, aun cuando nunca me devolviese usted mis pequeños servicios, ¿acaso no estamos siempre obligados a hacérselos a nuestros semejantes? Teresa, ¿quiere que le diga a usted la verdad? Yo mas bien le debo estar a usted agradecida...

—Cómo! de qué! cuándo le he hecho a usted el mas lije-

ro favor? Ah! ni he podido siquiera mostrarle mi gratitud!...

—Se engaña usted, amiga mia. ¡Si usted supiera los placeres que me ha proporcionado! Si supiera cómo ha palpitado mi corazon de gusto cuando me ha sido posible traerle a usted un plato de comida, alguna fruta o cualquier otra cosilla! Teresa! ¿Pueden compararse el valor de mis pequeñas dádivas al contento puro que ellas me proporcionan? Mire usted, amiga mia; cuando durante el dia he hecho por usted algo, en la noche estoi mas contenta, mi sueño es lijero y alegre y siento en mí una impresion de felicidad indefinida... pero tan suave! tan dulce! tan pura!... Ah! Teresa! Yo le soi a usted deudora de esta dicha; no me la quite usted... y Mercedes se echó llorando en brazos de su amiga....

¡Tierno y sublime cuadro! ¿Quién habia enseñado a esta niña, pobre, oscura, hija de un soldado y hermana de un artesano, a remontarse hasta el heroismo de la virtud, hasta la mas delicada espiritualidad del sentimiento, hasta la poesia sublime de la abnegacion y hasta la tierna humildad del Evanjelio?..

Teresa y Mercedes lloraban!.. pero esta última, desprendiéndose lijera, y con un ademan tan sencillo como encantador, enjugó sus lágrimas y dijo a su amiga:

—Yo soi una loca en aflijir a usted así! Usted está triste y enferma y yo vengo a hacerla llorar mas todavia! No me haga usted caso, Teresa .. soi una insensata!.. Tome usted esta taza de caldo antes que se enfrie, pues talvez le haga provecho.

Teresa tomó el caldo que le ofreció Mercedes, sin decir palabra... Sus pálidas mejillas estaban cubiertas de lágrimas...

—¿Se siente usted mejor, amiga mia? le preguntó Mercedes.

—¡Sí... mucho mejor!.. he llegado casi a sentirme completamente buena... casi a ser feliz!..

Teresa guardó silencio un momento, a manera de una persona que se reconcentra en sí misma para saborear mejor su felicidad, y en seguida continuó:

—Sí, Mercedes; en mi ignorancia no me sé esplicar, pues el efecto producido por sus palabras ha sido para mí una cosa nueva!.. Jamas habia sentido de esta suerte!..Yo no tengo espresiones, pero mi corazon rebosa!.. No sé si sufro o si soi feliz, pero mis lágrimas me alivian!.. ¿Llorará uno tambien de felicidad?

—Así es, Teresa. Las lágrimas sirven tanto de intérpretes a la dicha como al pesar. Ignoro lo que puede haber de comun en cosas tan opuestas; ¿pero no es cierto que muchas veces lloramos de felicidad?

—No me pregunte usted esas cosas, Mercedes. Yo no he recibido la misma educacion que usted; y si usted ignora algo, mal puedo yo saberlo...

—Mi educacion! Yo sé bien poco, casi nada, Teresa. El tiempo que he estado en el colejio lo he aprovechado cuanto he podido, es verdad; ¿pero qué es eso?

—Mucho; y usted sabe mas que algunas señoritas.

—Dejemos esta conversacion, Teresa. Hablemos de usted y no de mí. Dígame: ¿desde cuándo no ve usted a su marido?

—Hace como dos dias, respondió Teresa tristemente.

—Eso es mui malo de parte de él, sobre todo en el estado en que usted se encuentra, aunque quizá puede tener algunos motivos poderosos que lo detengan fuera; con todo, me parece que no se deberia obrar así.

—Mercedes, yo no acuso a mi marido. Es verdad que su ausencia me hace sufrir; pero tambien es cierto que la desgracia agria el jenio, y cuando uno es siempre infeliz!... cuando no tiene a la vista otra cosa que la miseria...se busca el olvido de las penas en...

Teresa no continuó.

—¿En qué?

—No queria decirlo, pero se lo comunicaré a usted, que es tan buena; "y cubriéndose el rostro con las manos, añadió: "en la embriaguez!.."

Mercedes retrocedió como asustada... Era para ella tan repulsivo este vicio, que no fué dueño de ocultar su disgusto.

—Lo veo, dijo Teresa; esto la desagrada a usted muchísimo; pero ya que es tan bondadosa, es preciso que lo disculpe algo, sobre todo cuando es desgraciado; pues Santiago tiene buen corazon y solo la miseria lo hace beber...

Mercedes estaba ya arrepentida de su movimiento involuntario, que quizá habia ofendido a Teresa, agravando mas la causa de sus males; pero ya no era posible evitar el golpe, y se contentó con mirarla dulcemente.

—Sí, Santiago es bueno, volvió a decir Teresa, como si hablara consigo misma. Quizá su falta no es incorrejible... el mal ejemplo, la junta con malos amigos lo han estraviado... y la miseria!.. Ah! Mercedes, usted no sabe cuánto la miseria hace sufrir, y Dios quiera que siempre lo ignore!..

—Sin embargo, su marido tiene un oficio, y con un poco de contraccion al trabajo conseguiria evitar esa miseria y por consiguiente la desgracia...

—Ya lo veo; ¡pero el vicio!..no se deja y todo lo consume!.. antes teniamos con que trabajar!.. y ahora todo ha desaparecido!.. hasta las herramientas!.. y ahora es imposible volver a comenzar!..

Y la pobre mujer lloraba amargamente.

—Tenga usted mas esperanza, le contestó Mercedes. Usted dice que su marido tiene buen corazon entonces todo no está perdido... Para comprar herramientas, no se necesita una gran suma... tenga usted confianza en Dios...

—Usted es un ánjel, Mercedes... Siempre tiene usted palabras de consuelo para los desgraciados...Si fuera por usted, no habria un solo infeliz, pues sabe endulzar la amargura!... pues es capaz de evitar los arrebatos de la desesperacion!...

II.

Y en verdad: cuántas veces no es necesario mas que una palabra, una frase, una lágrima, un movimiento jeneroso, para evitar la desgracia, correjir el vicio y precaver el crímen!... Pero jeneralmente no hai quien pronuncie esta pa-

labra, ni quien derrame una compasiva lágrima!.. y el infeliz es víctima del dolor que esperimenta y se precipita en el abismo!....

Cuántas veces el mas lijero socorro bastaria para ayudar a un artesano y hacer vivir a una familia... para rehabilitarlo de nuevo y encaminarlo a la moderacion, al órden, a la virtud, por medio del trabajo!.. .Pero ese socorro no llegá jamas... y el hombre desfallece, y el mal cunde, hasta que marido, mujer e hijos son arrastrados por el torbellino que debe precipitarlos en una desgracia irreparable!...

¡Si los ricos supieran el manantial inagotable de felicidad que podrian encontrar en estos lugares!... Si en vez de ir a caza de placeres frívolos, transitorios, improductivos y dispendiosos, fueran en busca del infortunio para aliviarlo!... Si en lugar de gastar injentes sumas en caprichos insignificantes, dedicasen una pequeña parte para satisfacer las imperiosas necesidades de sus hermanos que sufren!... Si en lugar de correr las mas veces tras el vicio, hicieran vivir algunos desgraciados... ¡cuánto mayor no seria su contento y durable su felicidad!...

¿Qué son los placeres de la vanidad y las satisfacciones del amor propio comparadas al goce de poder decir: "¡He salvado a este hombre!" ¡Qué valen todos los refinamientos de la molicie, ante esta palabra, ante este pensamiento: "¡Vive por mí!" ¡Satisfaccion noble, santa, productiva, fecunda en virtudes y en progreso intelectual y material! ¿Cuál vendria a ser el término de esta cruzada humanitaria, sino el mejoramiento del pobre y la moralidad absoluta de las masas?...

En estos centros de miseria, de degradacion y de vicios, no se necesita muchas veces mas que una palabra, un lijero ausilio para arrancar del fango a seres que van a precipitarse en él;... pero esta palabra no se dice,... este ausilio no llega; y la desesperacion nos encamina al abandono!... Un consejo dado a tiempo, una lágrima de caridad o un socorro pequeño, haria, en muchas ocasiones, de un hombre perdido,

un esposo fiel, un padre tierno, un miembro activo, trabajador, útil para sí mismo y para sus semejantes; pero esto no sucede... y el mal cunde... y la sociedad se contamina... y la lepra del vicio se estiende por todas las partes del cuerpo... y desde las clases mas bajas hasta las mas elevadas cunde la corrupcion, sin que nada le detenga en la marcha... encontrándonos al fin sin patriotismo, sin elevacion, sin sentimientos, sin moralidad, y dispuestos a venderlo todo por el vil precio de unas cuantas monedas!!...

Esta es la desgraciada senda que corre nuestro siglo!... La sed insaciable de riqueza, del goce material, del egoismo desenfrenado, de la vanidad ridícula: hé aquí los ídolos ante los cuales sacrificamos gustosos honor, virtud, honradez y ciencia, para recojer, en seguida, miseria disfrazada con dorados galones, veneno servido en cinceladas copas, bebiendo a tragos la ignominia endulzada por un deleite impuro, pero que deja en el fondo de nuestra alma las heces del vicio, que, disecando el corazon, hacer jerminar el crímen!...

III.

Mercedes estaba conmovida... La situacion de Teresa era bien triste!... Era una realidad amarga contra la cual no tenia que oponer otra cosa que su ternura!... En efecto, nada habia en aquella miserable habitacion!... Pero esta alma jenerosa y fuerte a la vez, no se abâtia en la lucha, sino que en su sensibilidad encontraba el resorte de su poder; y levantándose como inspirada le dijo con un tono lleno de seguridad y de dulzura: "No desconfie usted, que Dios no la abandonará... espere," y salió...

—Pobre niña, esclamó Teresa cuando Mercedes habia partido... ¡Anjel de bondad! vos no sabeis todavia el abismo de mi infortunio!... ¡Voi a ser madre!... infeliz hijo mio!... Aun antes de nacer te espera la desnudez, el hambre, quizá la muerte! Ah! no... no...; Dios me protejerá para protejerlo a él!... Dios tendrá piedad de esta criatura desgraciada...;

y los sentimientos de madre hablaban mas fuerte que sus dolores, que su abandono, que su desnudez!... Ella nada queria, nada pedia para sí misma, sino para su hijo... y de rodillas delante de una imájen, imploraba la proteccion del cielo!...

Nada hai mas elocuente que el dolor, y la palabra mas espresiva jamas representa lo que una fisonomia angustiada y aquejada de un supremo sufrimiento!... En el rostro de Teresa se pintaba una angustia tan profunda, tan amarga, que el ser mas insensible no habria podido menos que conmoverse!... Pero sus lágrimas corrian silenciosas, y nadie habia allí para verlas!... y ninguna voz humana tenia a su lado que la consolase!.. y sin embargo, no se quejaba del abandono! ni habia exhalado un ¡ai!... ni habia pronunciado una palabra contra su marido!... Sentia dolor, pero no amargura; sufrimiento, pero no hiel...

Mercedes habia vuelto al cuarto de Teresa varias veces durante el dia, ya para acompañarla algunos instantes o ya para traerla algun alimento. Ella hubiera deseado estar mas tiempo con Teresa: pero sus ocupaciones se lo impedian, pues a una pobre no le es dado disponer de sus horas segun su voluntad, porque tiene que sujetarse a deberes mas imperiosos.

Como a la media noche, Mercedes sintió quejarse a Teresa. Alarmada por esta circunstancia, y temiendo quizás una catástrofe, se levantó sin decir nada y sin despertar a su familia, dirijiéndose sola al cuarto de su amiga. ¿Cuál seria su sorpresa al encontrarla con el rostro tan descompuesto y con una alteracion tan visible, que demostraban a primera vista los agudos dolores que esperimentaba la infeliz criatura?

—¿Qué es lo que siente usted? le preguntó Mercedes. ¿Está usted mala, querida amiga? ¿Por qué no me dijo antes cómo se encontraba, pues yo hubiera venido inmediatamente a cuidarla? ¿Qué puedo hacer?

—Nada, absolutamente nada... articuló Teresa apenas.

—Pero, en fin, voi a despertar a mi madre, que conoce muchos remedios, y a Enrique para que vaya en busca de un médico.

—Nó, no haga usted tal... con todo...

—Es preciso socorrerla.

—Tranquilícese usted. . no me faltan mas que unos momentos para estar buena...

—Póngase usted al menos en cama, Teresa.

—Nó; necesito estar de pié... voi a salir con bien... ¡Dios mio, favorecedme!...

Y esta esclamacion fué pronunciada con ese acento ténue y desgarrador que es el precursor de la muerte.

Mercedes no sabe qué hacerse. Turbada y despavorida no halla qué partido tomar... quiere arreglar la cama y se dirije hácia una especie de alcoba formada por una cortina; ¡pero cuál seria su sorpresa cuando no encuentra mas que una estera y una mala frazada!... Inmediatamente corre a su cuarto; y esta criatura débil toma su pesado colchon y lo trasporta donde Teresa, con una fuerza que nadie hubiera creido encontrar en su delicado cuerpo...

En este corto intervalo, su amiga habia dado a luz un niño...

Mercedes depositó su colchon y colocó en él a Teresa, que se dejó conducir sin proferir una palabra... Corre en seguida la cortina, cubre a la enferma y va en busca de su madre.

Marta se levanta; y como esperimentada en asuntos de esta naturaleza, hace cuanto es necesario en casos iguales, y ayudada de Mercedes, todo lo dispone con una prontitud admirable.

Concluidos los primeros y mas indispensables cuidados, y viendo a la enferma mas tranquila, dijo Marta a Mercedes: "Vete a dormir, que yo velaré a Teresa."

—Pero, madre mia, yo lo puedo igualmente hacer, sin necesidad de que usted pase una mala noche.

—No, hija, yo me entiendo en estos asuntos.

—Sin embargo, puede usted enfermarse.

—Está tranquila; no son unas pocas horas las que me pueden hacer daño.

—Me quedaré con usted.

—Es inútil; mañana tomarás mi lugar, pero ahora me quedaré sola.

Viendo Mercedes la decision de su madre, tuvo que resignarse y partir, no sin volver la cara para ver si no cambiaba de resolucion, pues sentia por una parte dejar a Teresa y por otra temia que su madre conociera lo que habia hecho, es decir que se apercibiese que habia trasportado su colchon, sobre el cual reposaba la paciente.

IV.

Mercedes se fué a su cuarto, se sentó al borde del catre, pues le era imposible dormir, y no tenia ademas colchon en que acostarse; de consiguiente, pasó en vela el resto de la noche, pensando en la grande miseria de Teresa y en el abandono absoluto en que se encontraba, como igualmente formando planes para ver por qué medios podria aliviar la suerte de esta infeliz.

—En la actualidad, decia para sí misma, tengo ganados siete pesos en casa de las señoras..., por las camisolas que les he bordado y que las entregaré hoi. Con facilidad me avanzarán tres pesos mas sobre otro trabajo, lo cual me hace la suma de diez. Segun me ha dicho Teresa, su marido tiene buen corazon, siendo solo la miseria la que ha contribuido en su mayor parte a separarlo del deber. De consiguiente, esta pequeña suma le facilitará el que comienze de nuevo su trabajo, y al mismo tiempo no podrá menos de compadecerse de la suerte de Teresa, lo cual volverá a traerle al cumplimiento de sus obligaciones, y quizá sean en lo sucesivo felices...

Combinado este plan, ya no pensó mas que en llevarlo a

cabo, gozando de antemano en los resultados que esperaba obtener de él.

¡Qué cosa mas santa que estas combinaciones filantrópicas, que estos cálculos de caridad!.. ¡Qué pensamiento mas noble que aquel que se dedica a aliviar la desgracia del prójimo!... ¡Qué dicha mas pura y mas durable que la de la beneficencia!...

El tierno corazon de Mercedes ¡cómo debia palpitar de satisfaccion con la perspectiva del bien que se proponia hacer! Esa alma que no habia sido disecada por el desengaño de la vida práctica, en que solo se ve ingratitud y egoismo... esa alma vírjen al sentimiento, vírjen a las emociones y que podia y era digna de aspirar todo el perfume que encierra en sí la caridad, ¡cómo no debia gozar con las espectativas de felicidad que iba a proporcionar su pequeña ofrenda! Cuando el bien se hace sin vanidad y sin la menor esperanza ni el menor deseo de remuneracion, ¡qué de satisfacciones no procura! qué de goces no encierra!

Mecida en estas ideas y con la intencion de realizar sus propósitos, Mercedes esperó la venida del alba, e inmediatamente se fué al cuarto de Teresa para reemplazar a su madre.

Marta ya habia arreglado todo y Teresa dormia; pero viendo llegar a su hija, le dijo: "Es necesario que este dia lo consagremos al bien de esta pobre mujer completamente desvalida... Por lo que he visto, no habia nada preparado para el caso... Yo no he encontrado ni un solo pañal, ni una sola mantilla .. y como esto es indispensable, vé a sacar de mi baul un par de sábanas viejas, y allí encontrarás mi rebozo de castilla y el tuyo, que tambien lo tengo guardado en el mismo lugar: todo esto ya no nos sirve ni se usa y podemos emplearlo útilmente."

Mercedes voló para cumplir la órden de su madre, encontrando, en efecto, las cosas que ésta le habia dicho sacar del baul y llevárselas en seguida.

La vieja Marta trazó en el acto los pañales, mantillas y

demas accesorios que necesita un recien nacido; y habiendo acomodado a la enferma, le dijo a Mercedes: "yo tengo que ir a preparar el café para Domingo y Enrique; mientras tanto, quédate aquí cosiendo estas cosas, y si algo se ofrece me llamarás en el acto."

—Está bien, madre mia, contestó Mercedes; y se puso a soplar el fuego para tener agua caliente, cosiendo en seguida las mantillas y pañales que Marta le habia dicho, pero con tal lijereza, que en mui poco tiempo tuvo arregladas seis mudas.

Mercedes, viendo que su madre no le habia hecho ninguna reflexion respecto al colchon, conoció que no se habia apercibido que fuese su propia cama la que ocupaba Teresa, y se alegró de ello, pues pensaba que talvez se hubiese disgustado, lo que habria sentido profundamente.

La intencion de Mercedes era prestar a Teresa su colchon, mientras buscaba medios de proporcionarle otro, y durante este tiempo ocultar en su casa la sustraccion hecha. Para llegar a este resultado le era necesario dormir algunas noches en el suelo, y ya tenia la idea de sacar de la montura del sarjento algunos pellones y acomodarse en ellos, los que, si no le hacian un lecho mui blando, no serian por lo menos insoportable.

No contenta con esta combinacion, mientras cosia los pañales y mantillas, pensaba en otra, es decir en la manera de realizar el plan combinado en la noche. Para llegar a este resultado necesitaba salir a la calle, lo cual le era de todo punto imposible, pues no podia dejar sola a la enferma, siéndole difícil conciliar lo uno y lo otro a la vez.

V.

Absorta en estos pensamientos se encontraba Mercedes, cuando vió aparecer a Santiago, que venia como avergonzado, no atreviéndose a pasar el umbral de la puerta de su habitacion.

Al verlo, Mercedes se puso un dedo en los labios como para reclamar silencio, y con la otra mano le señalaba a Teresa, que dormia profundamente, teniendo consigo a su hijo.

El zapatero se inmutó, no comprendiendo lo que significaba ese misterio y figurándose una desgracia mayor.

—¿Qué hai! por Dios! señorita? dijo a Mercedes, entrando precipitadamente en la habitacion.

—Nada... silencio!... le contestó ésta; su mujer duerme...

—Pero dígame usted, ¿qué es lo que ha sucedido?.. esclamó el angustiado artesano en voz baja y suplicante.

Mercedes miró a Santiago con fijeza. El semblante del artesano demostraba una afliccion verdadera; y la jóven conoció que Teresa no la habia engañado cuando le habia dicho:—"Mi marido tiene buen corazon."

—Lo que ha sucedido, continuó Mercedes, respondiendo a la interrogacion de Santiago y en el mismo tono de voz, pero con cierto acento triste y solemne, es para usted mas bien una felicidad que una desgracia...

—Esplíquese usted de una vez, señorita.

—Es usted padre!...

La palabra ¡padre!.. habia sido pronunciada por Mercedes con un acento singular: habia en la entonacion de su voz una especie de reproche al mismo tiempo que una plegaria...

El zapatero llevó las manos a la cara para ocultar su turbacion y las lágrimas que corrian en abundancia; y sollozando se dirijió a Mercedes.

—¡Feliz dice usted que soi, señorita! Usted no sabe cuán criminal me encuentro y me confieso... Padre! y no he estado aquí para ayudarla!.. y la he abandonado en la miseria!...

Y el pobre hombre lloraba...

—Cálmese usted, Santiago... Dios vela por todas sus criaturas... y Teresa no ha estado abandonada.

—Sí, ya lo veo; ustedes han tenido compasion de ella y la han socorrido;... ¡mientras que yo.. teniendo una obligacion sagrada, la he abandonado!...

—Pero, en fin, si usted ha obrado mal, se encuentra ahora apesarado, y el arrepentimiento es una virtud...

—Pero ¿qué puedo, qué debo hacer?

—Si su arrepentimiento es verdadero, su corazon mismo se lo dirá...

—Sin embargo, nada poseo!... Todo lo he perdido!...

—¿Tiene usted voluntad?

—Oh! sí: tengo voluntad, se lo aseguro a usted, señorita; y si ahora tuviera algunos recursos seria otro hombre; pero esto es imposible... imposible!... ¿Me entiende usted, señorita?

—No le comprendo a usted.

—No me comprende! y sin embargo usted tiene a la vista mi pobreza!...

—Pero esta pobreza es mas bien voluntaria; y si usted quisiera correjirse...

—Cierto, señorita, pues ella nace de mi abandono y es el resultado de mis vicios.

—¿Pues bien?...

—Ahora ya no puedo adquirir nada, porque nada tengo!..

—Se equivoca usted; si en realidad tiene usted deseos de trabajar, todo se adquiere con ésto.

—¿Puede usted dudarlo, señorita?

—No, porque creo que usted está arrepentido; y el arrepentimiento, como le he dicho a usted, es una virtud que Dios quiere mucho.

—Desgraciadamente, el arrepentimiento no es todo, pues me faltan los recursos...

—Yo trataré de proporcionárselos a usted; y aunque pequeños, le servirán para principiar.

—Señorita!... Usted es un ánjel!.., dijo Santiago enternecido, y como queriendo arrodillarse ante Mercedes.

—Dejemos esto, le contestó la niña con modestia. Ahora solo debemos pensar en Teresa. Es necesario que no lo vea a usted repentinamente, porque talvez le haria mal. Váyase usted a casa, pues de un momento a otro puede despertar...

—Comprendo, señorita.

—Yo le hablaré de usted, la prepararé, y entonces...

—Entonces le pediré perdon ¿no es verdad? pues he obrado mui mal...

—Usted hará lo que le dicte su conciencia.

Y Mercedes, con una dulce sonrisa y un ademan gracioso señaló a Santiago la puerta para que se retirase.

Santiago salió... ya era tiempo, pues Teresa habia despertado.

Un profundo suspiro se exhaló del pecho de la enferma: este es casi siempre el despertar de la desgracia.

—Sufre usted mucho? la dijo Mercedes.

—No, nada: ¡soi feliz!... y la pobre madre acariciaba a su hijo!...

VI.

La naturaleza tiene consuelos infinitos, y al lado de los mas agudos dolores se encuentra el placer mas inefable: la maternidad!

La vista de la criatura, si bien llenaba el alma de Teresa de esa tierna alegria que esperimenta la madre, le trajo a la vez un recuerdo triste, amargo, desconsolador... Habia pensado en su marido, en el padre de su hijo, e involuntariamente esclamó: ¡Santiago! y los sollozos embargaron su voz...

—No se aflija, usted, amiga mia, la dijo Mercedes con cariño. En este momento he sabido que viene, y mui pronto lo verá usted.

—¿No me engaña usted? Sí, conozco su intencion... y solo quiere consolarme.

—¿No me ha dicho usted que Santiago tiene buen corazon? ¿Por qué duda usted entonces que venga? Tenga confianza, Teresa. Yo sé donde está su marido... Sé tambien que siente el abandono en que la ha dejado y que le pedirá perdon de su falta; pero tranquilízese usted, pues puede agravársele su enfermedad.

—Ya estoi tranquila, resignada y contenta... ¡porque tengo a mi hijo!

—Me gusta verla así. Ahora voi a prepararle un poco de caldo que le servirá mi madre, pues yo tengo que hacer una pequeña y urjente dilijencia.

Y Mercedes salió.

Pocos momentos despues entraba Marta enfriando con la cuchara una taza de caldo.

—¿Se siente usted mejor, hija mia? preguntó Marta a Teresa.

—Sí, señora, gracias a Dios y a la caridad de ustedes.

—Tiene usted razon; Dios es nuestro padre comun y no se cansa jamas de socorrernos.

—Cierto; pero tambien la bondad de ustedes...

—No es ninguna, hija mia; nosotras no hacemos mas que conformarnos y hacer lo que Dios nos ordena practicar; si no obrásemos así, quebrantariamos sus preceptos y seriamos indignas de la doctrina que profesamos.

—¡Señora!

—No hablemos mas; tome este caldo y permanezca tranquila. Nada tiene usted de qué ocuparse, porque todo está hecho: pañales, mantillas, gorritas, etc., quedan listos. Por consiguiente, solo se debe usted a sí misma, al menos por el momento.

—¡Señora! yo no sé cómo pagar a usted tantos favores, sobre todo cuando son hechos para una desvalida de quien no hai nada que esperar.

—Hija mia, yo no busco la recompensa; por otra parte, se exajera usted mis servicios, pues no hai en nosotras sino buena voluntad, porque lo poco que hacemos no nos cuesta el menor sacrificio. Descanse, pues, tranquilamente, y no se apensione usted de servicios imajinarios y de una gratitud que nosotras no merecemos, a no ser por nuestro buen deseo...

Estas palabras de Marta, terminantes y benévolas, impusieron a Teresa un respetuoso silencio.

VII.

Santiago, mientras tanto, se habia hospedado en casa del sarjento Lopez; y éste, como su digna esposa y como su anjelical hija, lo recibieron con su acostumbrada bondad, especialmente Mercedes, que esperaba sacar de él algun provecho en beneficio de Teresa.

El pobre artesano, al ver aquel cuadro de buenas costumbres, al ver aquella moderacion, aquel órden y ese respeto y cariño mútuo que reinaba en todos los miembros de la familia Lopez, no podia menos de reflexionar sobre lo que tenia a la vista, y sobre lo que él y la suya eran.

Esta comparacion, que bajo ningun aspecto redundaba en favor de sus hábitos; este ejemplo práctico de órden, armonia y felicidad, operaba en él una reaccion: Santiago se sentia como agoviado por un peso enorme. No era el despecho que arranca la superioridad ajena y la humillacion propia; no existia el sentimiento de una autoridad impuesta, sino la idea de no encontrarse en las mismas circunstancias para igualarlos en el goce doméstico de que disfrutaban y en los beneficios que ejercian.

Esta emulacion provechosa es la mas digna, y quizá la única lejítima que al hombre le sea permitido sentir, sin que por esto deje de reconocer la superioridad y eficacia del bien.

Nada hai mas persuasivo que el palpar por sí mismo las ventajas e inconvenientes de una cosa; y esto era lo que hacia ver a Santiago la envidiable felicidad de aquella familia, que quizá tenia tantos o menos recursos que los que él hubiera debido proporcionarse, y a quien la moderacion, la economia y el órden daban un aspecto risueño y cierto aire de abundancia y bienestar del que jeneralmente carecen las habitaciones de nuestros artesanos.

El pensaba en su interior: "esta familia vive contenta y

satisfecha, porque sabe sacar partido de sus pequeños recursos; mientras yo, que podria hacer otro tanto, estoi en la indijencia!" Estas amargas pero saludables reflexiones, preparaban el terreno de la reforma y abrian un surco para que se produjera la buena semilla que mas tarde diese un sazonado fruto.

Inter tanto Mercedes, vuelta de su escursion, se presentó risueña, y la alegria de su semblante demostraba su contento interior; pues ella tenia sus motivos particulares para estar satisfecha, porque habia conseguido la realizacion de sus planes, trayendo consigo el pequeño capital que destinaba para Santiago.

—Y bien, querida madre, le dijo a Marta al tiempo de entrar a su casa: ¿ha tenido cuidado de Teresa?

—Sí, hija mia.

—Yo tengo mas confianza en mí misma, le respondió sonriéndose; aun cuando usted se enoje, yo voi a informarme personalmente.

Y diciendo esto salió, haciendo una graciosa reverencia a su madre y a Santiago.

Cuando hubo entrado al cuarto de Teresa, ésta se encontraba contemplando a su hijo con aquella dulce e inimitable mirada en que se refleja el tierno cariño de la madre.

—Amiga mia, esclamó Mercedes; parece que los sufrimientos han pasado, pues, si no me equivoco, creo verla mui contenta.

—Es cierto que lo estoi; pero usted trae tambien un aire de alegria que se nota a primera vista.

—Y con razon; todo sale a medida de mi deseo: mis planes se realizan sin obstáculo, o mas bien dicho, parece que se desenvuelven por sí mismos.

—Me alegro infinito; y aun cuando no me creo acreedora a su confianza, sin embargo, desearia saber esas combinaciones que la hacen a usted tan feliz; porque, créamelo, Mercedes, todo lo que a usted le afecta, a mí me interesa.

—Gracias; pero no le diré nada por ahora. Necesito ser reservada y no cometer imprudencias que podian perjudicar al estado en que usted se encuentra.

—Ya estoi mejor.

—Con todo... pero ya que muestra usted el deseo de que le cuente, lo haré en lo que respecta a usted.

—¡Respecto de mí!

—O de Santiago, que es lo mismo.

—¿Le ha visto usted?

—Sí... está bueno... está aquí, y solo desea que le perdone...

—Ah! Mercedes! Hágalo entrar y dígale que venga a conocer a su hijo!..

—¿Pero me asegura usted el no ser imprudente?

—Nada tema usted, mi buen ánjel, ya estoi prevenida.

—Voi entonces.

Y la encantadora y compasiva jóven salió alegre y satisfecha. Pocos momentos despues se apareció con Santiago, a quien conducia de la mano.

—Aquí lo tiene usted, dijo Mercedes a Teresa: le encargo solamente no ser severa con él, pues viene arrepentido como el hijo pródigo, y de hoi en adelante será otro hombre.

Diciendo esto, y llevando a Santiago hasta el lecho de Teresa, salió ella precipitadamente de la habitacion.

VIII.

Mientras los dos esposos se reconciliaban y las promesas y cariños de Santiago prometian a Teresa dias bonancibles, pasaba en casa de sus bienhechores una escena patética y sencilla, cuyo valor solo pueden apreciar aquellas almas que no han sido marchitas por el soplo abrasador de una sociedad egoista y corrompida y que han sabido conservar la pureza y elevacion de ideas necesaria para sentir la bella y sublime naturalidad de la abnegacion y del desprendimiento.

Era, pues, ya de noche cuando Domingo, Enrique y Mercedes estaban sentados a la mesa conversando alegremente sobre las próximas fiestas de setiembre, cuyo programa leian en el *Progreso*, que habia tenido Enrique el cuidado de traer. Marta, inter tanto, preparaba la cena, cuando acordándose que hacia dias habia depositado bajo de la cama de Mercedes una botella de vino que le habia obsequiado un amigo, fué a buscarla, llevando consigo una vela; pero apenas habia salido del comedor, cuando volvió asustada, diciendo:

—¡Le han robado la cama a Mercedes! colchon, frazadas, sábanas, todo ha desaparecido!...

La estupefaccion fué jeneral, y ya se dirijian al cuarto de la niña para averiguar el hecho, cuando Mercedes, llena de timidez y bañada en lágrimas, se echa a los piés de su madre, diciéndola:

—¡Perdóneme, madre mia, perdóneme!... Aquí no hai nadie de culpable, sino yo sola... yo he sido quien lo ha sacado todo...

—¡Cómo! ¡tú! ¿para qué?

Mercedes continuaba llorando... y los demas guardaban silencio.

—Vamos, continuó Marta, esplícate, hija mia.

Entonces Mercedes, sollozando siempre, respondió estas sencillas palabras:

—Teresa estaba gravemente enferma... y no tenia en qué dormir.

A esta humilde manifestacion, que aclaraba todo el misterio, Marta no pudo contener un grito de alegria y abraza tiernamente a su hija.

Enrique salta de su asiento, corre donde su hermana y la besa con efusion, con respeto, con entusiasmo.

Solo el viejo sarjento no se habia movido: pero dos gruesas lágrimas corrian silenciosas por sus tostadas mejillas, y sus ojos anunciaban la espresion de la mas cariñosa ternura.

Los actores de esta escena no habian pronunciado una palabra, ¡y sin embargo habia allí toda una historia, toda una vida de abnegacion!... El silencio y la espresion conmovida de sus semblantes, eran cien mil veces mas elocuentes que el mas persuasivo lenguaje y reflejaban el sentimiento de que estaban poseidos, con mas propiedad que lo que pudiéramos describir nosotros.

Mercedes levantó al fin la cabeza, que ocultaba en el seno de su madre, y su rostro divino, bañado todavia en lágrimas, tenia una espresion inimitable de esa alegria melancólica que revela el fondo de una sensibilidad esquisita y de una inocencia encantadora: y dirijiéndose al viejo soldado, le dijo:

—¿Y usted tambien, padre mio, me perdona?

—¿Qué es lo que dices, Mercedes? ¡perdonarte!... ¿quieres tambien ver llorar como un niño a tu pobre viejo? Y sin poder continuar prorrumpió en sollozos.

¡Santas y deliciosas lágrimas derramadas por la caridad, vertidas por el entusiasmo de la virtud! ellas sirven de riego a la existencia, en vez de disecarla, como sucede con aquellas que provienen del dolor o de la desesperacion.

Mercedes corrió donde su padre, se sentó en sus rodillas, y sonriéndose, enjugó los ojos de Domingo con su pañuelo.

—Vaya, dijo: ¡es curioso ver llorar a un veterano de la patria! a un hombre que se ha encontrado en cincuenta combates! Entonces, padre mio, usted debe haber sido una Magdalena a la vista de las víctimas de la guerra, cuando ahora por insignificantes pequeñeces llora como un niño.

—Yo no me comprendo, y no puedo esplicarme, en verdad, por qué esto me ha hecho tanta impresion. Yo he estado en muchos combates, he visto caer a mi lado a muchos camaradas, he sido mortalmente herido; ¡y, sin embargo, jamas he llorado! Pero esto ha sido mas fuerte que yo. Decididamente estoi viejo: los años nos vuelven al estado de niños!

—No, padre mio, es que usted tiene mui buen corazon y que las acciones jenerosas escitan mas nuestra sensibilidad que los sufrimientos físicos. Sí, señor, yo lo he leido y tambien lo esperimento: hai almas para quienes el dolor material es un juego, mientras que un hecho de simple humanidad les enternece. Esta es, padre mio, la causa porque ha llorado usted.

—Así será: pero mis lágrimas corren dulcemente y me alegran en lugar de entristecerme: son como el rocio para la flor marchita; (Domingo pensaba indudablemente en su jardin) y despues de haberlas derramado me siento revivir, me encuentro mas ájil, como si me hallara mas jóven.

—¿Es verdad lo que usted dice? Entonces soi mui feliz, esclamó Mercedes, abrazando nuevamente al buen hombre.

—Todo está bueno, interrumpió Enrique, pero ahora es preciso no dejar la cosa a medias; y ya que Mercedes nos ha trazado el camino, sigámosla y completemos su obra. Por lo que se ve, esa pobre familia se halla desprovista de todo. Santiago no tiene probablemente con qué principiar a trabajar; es necesario que lo ayudemos; la escasez quizá es causa de su abandono.

Domingo y Marta aplaudieron la idea de Enrique.

—El mismo propósito he tenido yo, dijo Mercedes; y ya que Enrique ha adivinado mi pensamiento y que ustedes lo aprueban, les voi a contar mi proyecto.

Por una conversacion que tuve con Teresa, supe su estremada indijencia y que ésta contribuia en gran parte a que su marido no trabajase, pues no tenia ni herramientas ni materiales para dar principio. Sabiendo esto, se me ocurrió la idea de que podia ayudarles con una pequeña cantidad que habia ganado a las señoras... bordándoles unas camisolas, cantidad que reservaba para comprar algunas cositas para el *dieziocho;* pero como Enrique me habia traido ya un regalo mui superior a lo que yo hubiera podido comprar empleando ese dinero, formé el propósito de prestárselo a

Santiago, por cuya razon salí esta mañana a pagarme de mis bordados. Siete pesos era lo que tenia ganados, y pedí a cuenta de un trabajo posterior tres pesos mas para completar diez, cuyo dinero está aquí.

Y Mercedes hizo brillar a los ojos de todos el dinero.

—Ya lo veis, continuó; ni me hace falta, ni puede ser mejor empleado.

—Tienes mucha razon, le dijo Enrique, apretando con cariño la mano de su hermana: tu dinero no puede ser mejor empleado; pero desgraciadamente vemos que lo has hecho todo, y que no quieres que nos asociemos a tu buena obra: eres una egoista, Mercedes.

—No tal, hermano mio, y si quieres tomar parte en la empresa, tendré el mayor gusto, pues de este modo aumentaremos el capital.

—Convenido, dijo Enrique. Tomo tambien una accion de diez pesos.

Domingo y Marta escuchaban esta conversacion enternecidos, pintándose la satisfaccion y el contento en sus semblantes.

Sin embargo, el sarjento, con ese buen sentido que suplia su falta de educacion y que muchas veces nos sorprende por la sensata rectitud y elevacion de las ideas, les dijo:

—Despacio, hijos mios. No es mi ánimo oponerme a que hagan una buena accion, pues, lejos de ello, siento mucho placer en ver sus jenerosos sentimientos; pero todo tiene su límite; y si el desprendimiento, llevado hasta la abnegacion y el sacrificio constituye la heroicidad, no es menos cierto que es indispensable la prudencia para no ir mas allá de lo que está en nuestras facultades. Que Mercedes dé sus diez pesos, convenido; ya ésta los tiene, por decirlo así, ganados, y ademas los dedicaba para comprar algunos efectos que le sirviesen en las próximas fiestas, y que tú Enrique le has regalado; de consiguiente no la envuelve ningun compromiso y puede disponer de su dinero con li-

bertad y sin que le haga falta; pero tú, hijo mio, es otra cosa distinta: tú tienes a cargo la familia, tú haces los gastos de la casa y has comprometido ademas tu crédito con la última compra que hiciste; de consiguiente, es preciso ante todo satisfacer esa deuda y que no nos falte lo necesario: hé aquí por qué me opongo a que te suscribas con esa suma.

En las grandes acciones, continuó el sarjento, y yo llamo grande lo que hacemos, porque lo es en efecto; en las grandes acciones, repito, hai las mas veces mucha vanidad; creemos dejarnos llevar de un sentimiento noble, y no hacemos otra cosa que ceder a las debilidades del amor propio. Talvez esto que digo a ustedes parecerá estraño, pero voi a esplicarme, porque son cosas que he visto y que yo mismo he esperimentado: el hombre que espondria hoi su vida por precaver una catástrofe o por socorrer una desgracia en un arranque inmediato, no seria capaz de ayudar a un infeliz con una pequeña suma que no hubiese de llegar jamas a lo que habia regalado en un instante, con tal que fuera necesario darla dia a dia de un modo preciso y obligatorio; de consiguiente, hijos mios, hai mas virtud en llenar su deber y en cumplir relijiosamente con sus compromisos, que en hacer esos rasgos brillantes que nos fascinan, y que con el encomio de todo el mundo quedan recompensados.

Con esos diez pesos, Enrique, que quieres dar, viviremos diez o doce dias: esto es, en verdad, poco poético, no seduce a la imajinacion, no alhaga a nuestra fantasía, no hace levantar alabanzas en nuestro favor; pero por la misma razon de que no hai brillo ni vanidad satisfechos en el cumplimiento de este deber, es que se necesita mas fuerza, mas resignacion y quizá mas grandeza de alma para llevarlo a término, sin cansarse jamas.

Lo mismo sucede en la guerra: un dia de combate no nos es tan pesado como el hacer la guardia y llenar las mil minuciosidades del servicio durante la paz. Así, hijo mio, es preciso aprender a resignarse con el cumplimiento del es-

tricto deber, que es, sin duda alguna, menos glorioso que esos arranques de magnanimidad, pero mas útil y provechoso. Yo no condeno esos hechos heroicos de valor o de abnegacion, sino que los admiro; pero creo que no deben anteponerse al cumplimiento del deber; con todo, amigo mio, para no contrariarte, pues veo que mi sermon te agrada poco, ayudarás a Mercedes con la mitad de la suma que te habrias propuesto; y si yo recibo mañana unos reales que me han quedado de pagar y con los cuales no contaba, pues provienen de una antiquísima deuda, completaremos la cantidad de veinte pesos

—Está bien, padre mio, seguiré con gusto los consejos de usted, que son para mí preceptos, pues veo en ellos la prudencia y la sabiduria.

—La sabiduria no, porque soi ignorante; pero hai una luz que proviene del corazon, y ésta nos alumbra y nos guia, enseñándonos mejor que la ciencia nuestra manera de conducirnos.

—Todo cuanto hacen y dicen es mui bueno, dijo Marta; ¿pero acaso yo no cuento por nada en los negocios de ustedes? Les he oido arreglar sus cosas, ¿y a mí me han dejado sin parte? Esto no es justo, y aun cuando ustedes no quieran que yo me mezcle, lo he de hacer.

Y diciendo y haciendo fué a su dormitorio, metió la mano al fondo de su baul y sacó un pañuelo de algodon con algunos nudos en las esquinas: desató en seguida uno de ellos y contó veinte reales, y dirijiéndose donde estaban su marido y sus hijos, les dijo:

—Aquí está mi racion. Soi tambien accionista en la empresa por una octava parte.

—Vaya en la vieja brava! esclamó Domingo con dulce ironía. ¿Con que así echas a volar los fondos de reserva? Esto no me hace cuenta, señora; ¿y qué deja usted entonces para nuestras provisiones de invierno? ¿Y cómo haremos despues para comprar nuestro lio de charqui, nuestra pan-

za de grasa, nuestra fanega de frejoles, papas, cebollas y las mil otras cosas que usted sabe?

—En esto no tienes que meterte, viejo avariento. La despensa está a mi cargo desde muchos años, y nunca te ha faltado nada, gloton! o de no, dilo; déjame en vergüenza delante de mis hijos...

—Es verdad; será necesario permitirle que haga sus caprichos, porque las mujeres llegando a cierta edad son incorrejibles y testarudas como el demonio. Pero en resumidas cuentas, yo soi el único que no he contribuido, y esto no es posible; seguiré entonces el mal ejemplo de mi pródiga mitad, y negocio concluido: ya tenemos los veinte pesos que pueden servir para que Santiago principie a trabajar.

—¡Qué felicidad! dijo Mercedes, palmoteando las manos.

—No tanto, hija mia, la interrumpió el sarjento, porque yo tenia hecho un lucido programa para que nos hubiésemos divertido en las fiestas del *dieziocho;* y ahora, con estos gastos, es preciso renunciar al paseo.

—¿Y por qué no? esclamó Enrique; me parece que así celebraremos mejor la independencia de nuestra patria.

—Tienes razon; pero tambien es preciso divertirse de vez en cuando, y a Mercedes le hubiese gustado mucho hacer un paseo a la Pampilla en una bonita carreta.

—Nó, padre mio, yo estoi ahora mucho mas contenta; ¿quiere usted que le diga una cosa?

—¿Cuál?

—Que despues de lo que usted me ha dicho sobre el paseo que proyectaba y que ya no podemos hacer, mi alegria es mayor.

—¿Y por qué?

—¿No lo comprende?

—A fé mia que no veo la razon por la cual la privacion de un placer puede causarte un placer mayor.

—Pues es así, padre mio, y hé aquí el motivo: si hubiésemos dado los veinte pesos, sin sacrificio, me habria alegra-

do siempre: pero darlos, privándonos de un placer, aumenta en mí la satisfaccion, y el contento que esperimento es mayor.

—Mercedes! Mercedes! dijo Marta; eres una buena niña.

—Mi hermana es un ánjel, esclamó Enrique, echándose en sus brazos.

—Hasta cuándo estos niños me han de hacer llorar, interrumpió el sarjento Lopez, pasando por sus ojos su áspera mano. Es preciso ser hombre y ahora no quiero ceder mas a los caprichos de estos muchachos, que hacen de mí lo que se les antoja. No, señorita: el paseo se hará de todas maneras; el divertirse es una cosa mui necesaria para la vida, y ya yo he de disfrutar poco, porque estoi viejo; asi es que no quiero privarme de nada: entiendes? Si ya no podemos ir en carreta, cambiaremos de decoraciones, como decia un amigo, comparsa de teatro, que tuve en el dichoso tiempo de mi juventud, y nos iremos y volveremos a pié. Tenemos buenas piernas, prosiguió el sarjento alegremente, y Marta no es tan vieja que digamos. Ahora: ¿les agrada mi plan?

—Magnífico! dijo Enrique.

—Pues bien, continuó Domingo, hagamos el prospecto, como llamaba tambien el comparsa de que les he hablado. Por la mañana almorzamos en casa un poco mas temprano que de costumbre, y nos vamos a la Alameda para ver salir las tropas, siguiéndolas de atras.

Por lo que hace a comestibles, no necesitaremos gran cosa. Llevaremos una botella de jarabe de naranja, del que fabrica Marta y que puede servirle a ella y a Mercedes para refrescarse. Por mi parte, meto en un pequeño envoltorio dos botellas de vino, un par de lenguas fiambres y un pedazo de queso de Chanco; que, por lo que hace al pan, allá no ha de faltar, y con todo esto, tendremos mas que suficiente para pasar el dia.

—Pero yo, entonces, no me encargo de nada? dijo Enrique.

—No; tú irás de *futre* acompañando a Mercedes, pues yo

solo me encargo de las provisiones. Ahora vamos a otro asunto.

Hoi es sábado. Ya tenemos la cantidad reunida para dársela a Santiago; pero, ¿quién se encarga de hacerlo? A mí me parece que este derecho corresponde a Mercedes.

—Sí, dijeron todos: a ella le corresponde, porque ella es la principal en este asunto.

—Pues yo delego mis facultades en mi padre, respondió Mercedes.

—Y nosotros tambien, añadió Enrique; ¿no es verdad madre mia?

—Nada mas justo, contestó Marta. El es el jefe de la familia y debe estar encargado de representarla.

—Pues bien, negocio concluido, dijo Domingo; acepto.

En seguida, estas buenas jentes se levantaron de la mesa para ir a acostarse, con su conciencia libre de cuidados y el alma satisfecha de sí misma.........................

....

IX.

En los conventillos, el dia de fiesta hai mayor actividad que en cualquier otro de la semana, porque es cuando las diversas clases de trabajadores que allí se albergan dan fin a sus obras. El zapatero, el sastre, el carpintero jeneralmente trasnochan. Las lavanderas no han pegado sus ojos. A cualquier hora de la noche que se penetre en estos lugares, se oye una especie de murmullo sordo en todos los cuartos. Solo los niños descansan, pues las mujeres y los hombres trabajan; las unas planchando su ropa o la ajena, que están obligadas a entregar sin falta el domingo por la mañana, y los otros concluyendo las obras que les han sido encomendadas, para recibir el *ajuste* (1).

(1) Los artesanos llaman así el saldo que se les queda debiendo por el trabajo encomendado.

La familia Lopez, a quien ya conoce el lector, es una de las pocas que no han alterado jamas sus costumbres, pues se acuestan jeneralmente a las nueve o diez de la noche, levantándose temprano para el trabajo, sin interrumpir sus ordenados hábitos.

El viejo sarjento se ha dicho a sí mismo y a sus hijos: es preciso descansar, pues la mayor ganancia que pudiéramos adquirir privándonos del sueño, no equivale a la pérdida de la salud; así es que por economia y conveniencia es necesario ser siempre arreglado y metódico. Este sabio réjimen lo ha sabido hacer adoptar a su familia con su ejemplo y con sus consejos; por esta razon, llegada la noche, ni Marta ni Mercedes se ocupan de sus costuras, y el último trabajo con que cierran sus faenas diarias consiste en pre parar la frugal merienda de costumbre.

Es un verdadero error en el que están nuestros artesanos. cuando piensan que lucran mas trabajando sin descanso, pues con este sistema pierden realmente, porque trae una vejez prematura y las fuerzas quedan agotadas cuando debieran estar en su mayor vigor.

Este dia, como de costumbre, Domingo y su familia se levantaron temprano, con la sola diferencia que el traje que llevaban todos era mas esmerado, tanto por su aseo cuanto por su calidad.

Marta y Mercedes vestian una basquiña negra de merino y un manto de la misma tela. Este traje, que se llama de iglesia, es comun en Chile a todas las clases y confunde todas las categorias sociales, pues desde la señora de la mas elevada alcurnia hasta la mujer del artesano, visten de la misma manera; así es que en la iglesia o en las festividades relijiosas es imposible conocerla, a no ser por cierto aire de distincion inimitable y por la fácil y elegante desenvoltura de las maneras que es peculiar a las clases elevadas y que probablemente es debida a la finura del trato y a la costumbre de mando en que han sido criadas desde la in-

fancia y que se demuestra en su andar y hasta en las ondulaciones graciosas de sus basquiñas.

Como acabamos de decirlo, Marta y Mercedes, con su traje de iglesia, se dispusieron para ir a misa, del mismo modo que Domingo y Enrique.

El jóven artesano, con su levita nuevo, su pantalon negro y su sombrero a la moda hubiera podido pasar por uno de nuestros elegantes, pues nada habia en él que revelase al obrero. Su aire desembarazado y sin la menor afectacion, tenia ese *cachet* de franca elegancia que es, se puede decir así, el tipo del hombre libre, culto y distinguido que carece de la necia presuncion de aquellos que se figuran que todo el mundo se ocupa de ellos, y que por lo mismo son ridículos y amanerados; sin embargo, la suave y severa fisonomia de este jóven, unida a cierta gravedad dulce, atraia las miradas de la muchedumbre, haciéndose notar tanto mas cuanto menos parecia que se ocupaban de él; es decir, cuanto mayor era su modestia; modestia que hacia un contraste singular con la petulante arrogancia de nuestros pisaverdes, tan presumidos como ignorantes, los que, si se pasean por las calles o van al templo los dias festivos, es solo con el único objeto de ser vistos.

Enrique era mui diferente; y nuestros presuntuosos y perfumados aristócratas hubieran tenido vergüenza de asimilarse a las maneras fáciles, sencillas y poco pretensiosas del artesano; pero todo observador imparcial, o diremos mas bien, toda persona de buen juicio, habria dado la preferencia a éste; porque la naturalidad y la modestia tienen un atractivo tanto mas irresistible, cuanto que los individuos que poseen estas virtudes parecen encerrar en su interior un fondo desconocido, una especie de misterio que nos empeñamos en penetrar, siendo éstos los caracteres que mas ganan a medida que mas se tratan, porque se aprecian mas mientras mas se conocen.

Perdónesenos estas lijeras digresiones; pero ya lo hemos

dicho: nuestro principal objeto no es tanto el narrar una historia cuanto el pintar nuestra sociedad para que se corrija de sus defectos; sin embargo, volveremos a tomar el hilo de los acontecimientos.

Vuelta de misa la familia del sarjento Lopez, éste se dirijió al cuarto de Teresa para informarse de su salud, y principalmente para hablar con Santiago y entregarle la pequeña suma que habia colectado en su casa.

Teresa se sentia bastante aliviada, por los cuidados de la familia de Lopez, la contemplacion de su hijo y el gusto de ver a Santiago correjido y atento a sus menores deseos, todo esto habia contribuido a restablecerla pronto. En efecto, la satisfaccion y contento interior es uno de los remedios mas eficaces y que nos mejoran con mayor rapidez; es, si se nos permite esta palabra, esa hijiene del alma que lleva su influencia benéfica hasta los miembros del cuerpo, siendo así como se esplica la parte activa que tienen en nuestra salud las afecciones morales y los cambios que en virtud de ellas se operan en nuestra constitucion física.

Cuando Domingo vió el estado de la enferma y el de su marido, presajió un feliz éxito; y dirijiéndose a Santiago, le dijo:

—Si no le es pensionoso, permítame usted oirme algunas palabras.

—Con el mayor gusto, señor; contestó el zapatero.

Ambos salieron de la habitacion.

X.

Despues de haberse dirijido los dos hombres a un punto apartado y desde el cual no podian ser oidos de nadie, Domingo dijo a su compañero:

—Lo he llamado a usted porque estoi al cabo de sus circunstancias. Sé cuán apuradas son éstas y que le impiden a usted el poder comenzar su trabajo. No es, amigo mio,

añadió el digno sarjento, una mera curiosidad la que me hace dar este paso, sino el deseo de serle hasta cierto punto útil.

—Señor Domingo, contestó el zapatero; conozco su bondad y estoi agradecido a sus favores.

—Mis favores no son muchos ni grandes, porque nuestras circunstancias no igualan a nuestros deseos; sin embargo, nosotros los pobres no tenemos grandes necesidades, y con mui poco llenamos éstas.

—Ya lo sé, señor, pero tambien es verdad que muchas veces nos encontramos imposibilitados para satisfacerlas.

—Rara vez, amigo mio; quizá nunca sucede lo que usted me dice, porque entre nosotros, el hombre que trabaja tiene siempre, si nó de sobra, al menos con que vivir desahogadamente.

—Tiene usted razon, pero...

—Pero los vicios, hé aquí donde está el mal. Esta es la principal causa de nuestra miseria y de nuestra ignorancia; sin ellos, no tan solo nos seria fácil vivir, sino tambien instruirnos; y ya que no fuéramos nosotros los que pudiésemos gozar de esos beneficios, redundarian al menos en bien de nuestros hijos y no pasaria una jeneracion sin que se estableciese una reforma radical en nuestras costumbres ¡y no pasarian diez años, dijo el sarjento, conmovido, que el aspecto de nuestro pueblo, tan miserable y desdeñado hoi, seria considerado y respetado mañana!

—Es verdad, señor.

—Pues bien, amigo; usted es jóven, usted es padre, usted tiene buen corazon; de consiguiente, es preciso que usted se reforme por amor a su mujer, a su hijo y por respeto a usted mismo. Si usted quiere formar su familia, es necesario que principie por formarse usted. El ejemplo es la mejor escuela, la mas provechosa y quizá la única que podemos dar a nuestros hijos.

—¡Pero, señor, yo me hallo en la imposibilidad de principiar!

—Hé aquí donde queria yo venir. Sé que muchas veces esta dificultad, insuperable en algunas ocasiones, hace que seamos malos por una miseria forzosa. Sabiendo esto, mis hijos han juntado una pequeña suma, de que yo no soi nada mas que el portador.

Y Domingo estendió la mano para darle el dinero a Santiago.

—Señor! esto es demasiado! yo no puedo ni debo aceptar lo que no he ganado! dijo Santiago conmovido.

—No es una limosna la que le ofrezco a usted, sino una ayuda: es un préstamo que satisfará mas tarde; pues aun cuando mis hijos habian destinado para usted esta suma sin devolucion, yo he pensado ahora de otra manera; y como tengo poder jeneral, y Domingo se sonrió, puedo hacer lo que me parezca.

—En tal caso, señor, si esto es un préstamo, lo acepto, y lo acepto con gratitud.

—Es un préstamo; pero un préstamo distinto a todos los otros, porque no le pagará usted a quienes le dan ahora el dinero, sino a otras personas.

—¿Cómo puede ser esto? No lo comprendo.

—Nada mas sencillo, dijo Domingo con aire solemne: esta es una obra de caridad que deseo se perpetúe. Yo le presto a usted esta suma con la intencion de que la devuelva, no a mí ni a mi familia, sino que cuando usted encuentre a un desgraciado, que se halle como usted ahora, le preste el mismo dinero con la misma condicion que yo lo hago, y que ese a quien usted le presta se obligue a hacer otro tanto y asi sucesivamente.

—Señor! No solo acepto su proposicion, sino que la agradezco; y no solo la agradezco, sino que la admiro, porque comprendo hasta dónde puede llegar; y mi conducta posterior le probará a usted cuán sensible soi a sus beneficios.

—Nada para mí sino para mis hijos, pues ha de saber,

Santiago, que son ellos y principalmente Mercedes, los que han hecho todo.

—Ah! cuán buenos y jenerosos son!

—Sí, son buenos, respondió el sarjento Lopez, con esa sencillez propia de la conviccion y que mas bien demuestra modestia que no arrogancia y vanagloria. Sí, son buenos, continuó, y me hacen esperimentar un placer indecible. No puede figurarse, Santiago, la felicidad de que gozo con mis hijos! Ah! si les sucediera alguna desgracia... Los amo tanto!...

Y el rudo soldado se enterneció.

—Merece usted ser tan feliz... y Dios le premiará haciendo que ellos tambien lo sean.

—¡Qué mas premio quiere usted que tenga! Ya estoi mas que recompensado, estoi mas que satisfecho, porque estoi orgulloso de lo que son e indudablemente seguirán siendo.

Santiago callaba, e impresionado por esta tierna y patética felicidad, se despertaban en su alma sentimientos que nunca habia esperimentado.

Este ejemplo de tan elocuente sencillez obraba en él una revolucion dulce y benéfica, y era atraido, sin pensarlo, por el magnetismo de la virtud.

—Ahora, Santiago, continuó Domingo, usted puede ser tan feliz como yo lo soi. Un poco de trabajo, un poco de contraccion y el cumplimiento exacto del deber lo llevarán a usted hasta allí... y tendrá hijos virtuosos, gozándose en ellos como yo me gozo en los mios.

—Sí, esclamó Santiago, arrebatado por la elocuencia atractiva de la virtud: de hoi en adelante se lo prometo, se lo juro por usted, por mi mujer, por mi hijo, que seré diferente de lo que hasta aquí he sido; y que en vez de arrepentirse usted de su accion, tendrá motivos de congratularse. Señor Domingo, en esta ocasion solemne y que ha decidido de mi porvenir, no quiero ocultarle mis sentimientos. Pues bien: debo mas a sus palabras y a su ejemplo y a la condi-

cion con que me ha prestado el dinero, que a la suma que me ha entregado usted; pues si me hubiese dado mil pesos, quizá no me habria reformado como lo he conseguido con el espíritu de sus palabras, que me hacen esperar un dichoso porvenir. Lo único que puedo asegurarle es que trataré desde este momento de cumplir con mis obligaciones y de merecer su confianza y amistad, que estimo en tanto.

Domingo y Santiago se separaron mui contentos de sí mismos; pues el sarjento estaba satisfecho de su proceder y de sus resultados, y el zapatero de su futura manera de obrar y de los beneficios que esperaba le reportaria el órden, la economia y el trabajo en union de su mujer y de su hijo.

El Diezìocho de Setiembre.

I.

Este dia, célebre en los anales de nuestra historia, es festejado por todos con entusiasmo.

Desde las mas elevadas clases de la sociedad, hasta las mas humildes, esperimentan el mismo sentimiento cuando brilla a sus ojos el sol de setiembre...

Entre los pueblos de la América del Sud que formaban antiguamente las grandes colonias españolas, Chile se distingue por el patriotismo de sus hijos, que nunca ven llegar indiferentes el dia de su emancipacion.

En cualquier parte del mundo donde se encuentre un chileno, el *Diezìocho de setiembre* no pasa para él desapercibido, y su cariñosa mirada se dirije hácia la patria; pues siempre hai en nuestra alma un recuerdo para el suelo que nos vió nacer, y nunca se deja de alzar una copa por su prosperidad.

Todas nuestras ciudades, en este dia, se visten de gala, y el tricolor de la libertad flamea por do quier. Hai una poesia que conmueve en el hecho de ver a un pueblo entero entregado a un solo recuerdo, movido por una sola idea y afectado por un mismo sentimiento.

Entre nosotros no son los hechos de armas ni las grandes batallas las que se celebran, sino la inauguracion de un principio, simpático para todo el mundo, pues es el principio de la independencia.

Los triunfos militares se pierden de la memoria de los pueblos, y solo quedan los acontecimientos consignados en la historia; pero la emancipacion de un pais vive siempre en palpitantes e imperecederos recuerdos, y sin necesidad de anales, se trasmite de jeneracion en jeneracion, de siglo en siglo, hasta la posteridad mas remota.

Nuestra historia es casi contemporánea, y todavia tenemos monumentos vivos de nuestra libertad... Todavia hai entre nosotros algunos héroes de nuestra independencia a quienes el pueblo acata como los gloriosos restos de su mayor gloria.

Esos nombres ilustres y esos recuerdos imperecederos pasan de boca en boca en el gran dia de la patria; y Santiago, que es la ciudad mas populosa y la capital de nuestra floreciente república, consagra espléndidas fiestas en su honor; y muchos dias antes de nuestro glorioso aniversario ya se ve afluir de las provincias un jentio inmenso, tomando nuestras calles y paseos una animacion y un aire de fiesta inusitado.

Los regocijos públicos principian el diez y siete de setiembre para concluir cuatro o cinco dias mas tarde; pero en este tiempo no solo se oye el bullicio del placer, sino que tambien se ven los adelantos morales e industriales del pueblo; pues, por una feliz idea de nuestros gobernantes, se han dedicado los dias de la patria para inaugurar las instituciones benéficas, para dar recompensas al trabajo, a la industria, al mérito bajo sus distintas formas, y para coronar la aplicacion y el estudio de nuestra juventud.

Es un cuadro verdaderamente grande, noble, imponente y sobre todo halagüeño y conmovedor, por las espectativas que nos ofrece el porvenir, el ver a esa multitud innumerable de niños que, en los sitios públicos, van a recibir en esos dias el premio de su aplicacion de manos de la mas alta autoridad!

Hai algo de poético, de sublime, de altamente civilizador

y patriótico, en esa union de los recuerdos de la libertad con los triunfos de la ciencia!

Hai algo de providencial en ver a la jeneracion que nace protejida por la otra que está en plena posesion de su fuerza; y esa infancia débil pero risueña y abierta a la esperanza, apoyada en el brazo de la virilidad, que aparta los obstáculos para que marche con facilidad en el sendero de la vida!

Esta es la impresion que nos ha causado siempre la vista de ese conmovedor espectáculo que presajia un dichoso porvenir para la patria, pues es el emblema de la civilizacion futura.

El diez y nueve de setiembre se consagra a una fiesta distinta. Las guardias cívicas de toda la provincia y los cuerpos del ejército acantonados en la capital, se dirijen al campo de Marte para hacer una parada militar, a la que pasa revista el Presidente de la República.

En este dia el jentio que cruza las avenidas de la Alameda y las calles que desembocan en el campo de Marte, es inmenso. Por todas partes se ven cabalgatas de jóvenes y de amazonas que manejan diestramente briosos corceles.

Las carretas con sus flemáticos bueyes tambien juegan su rol en estas festividades y contribuyen a aumentar el contento jeneral. Pocos años atras, la jente acomodada y elegante no se desdeñaba en emplear estos pesados vehículos, de que ahora solo el pueblo y las fondas o chinganas flotantes aprovechan.

Hai familias de artesanos que alquilan para este dia una carreta, la que, colocada desde temprano en la puerta de sus habitaciones, viene a ser el objeto de todos los cuidados de la alegre compañia que se dirije a la *pampilla*, y de las miradas envidiosas de los vecinos que no pueden ir a las fiestas.

El arreglo de la carreta no es una cosa tan sencilla como se cree; y si nuestros lectores recuerdan aquellos felices tiempos, no podrán menos de confesar que era un asunto

sério. Primeramente se sacaban los colchones de las camas y las alfombras de los estrados para ponerlas en el piso, y despues las almohadas para que las niñas se sentaran en blandura y en alguna elevacion. Las cortinas eran uno de los adornos mas importantes y que arreglaban de modo que presentasen el tricolor.

Una vez acomodada la carreta, se principia a echar dentro los comestibles, que van jeneralmente colocados en grandes canastos cubiertos con manteles o servilletas. En seguida se deja un lugar para la damajuana bien provista de chacolí, que desde la víspera se ha tenido el cuidado de comprar, practicando activas dilijencias para obtener el de mejor calidad; de suerte que por lo regular van a comprarlo a los padres de la Recoleta Domínica, cuya reputacion en este punto, como en el de santidad, es incontestable.

Libre ya la concurrencia de tan sérias ocupaciones, principian a subir al vehículo las niñas y los galanes, y la algazara se hace mayor, disputándose o cediéndose los lugares preferentes; al fin se deciden las mas buenas mocitas a tomar las puertas de la carreta en compañia de un galan que se pone en el pértigo y otro en la culata, siendo las viejas confinadas en el interior y en inmediato contacto con la damajuana y los comestibles, que se encargan de vijilar. Antes de *picarle a los bueyes*, se pide la vihuela, que ya está bien afinada o *templada*, como vulgarmente se dice, y el buque se hace a la vela, no sin que haya las recomendaciones de las dueños a los pocos que quedan en la casa para que tengan en su ausencia el cuidado de cerrar las puertas.

La animacion se hace jeneral, el entusiasmo de uno escita el entusiasmo de los otros, y no queda nadie a quien no se comunique, por mas frio y menos apasionado que en realidad sea.

Las carretas, marchando al mesurado paso de los bueyes, hacen oir desde el interior los acordes sonidos de las vihuelas y las arjentinas voces de las muchachas, que cantan aires

populares y principalmente nuestra picante zamacueca, con su cadencia monótona y animada a la vez.

Las carretas de venta y de paseo que llegan al campo de Marte tienen determinados de antemano los lugares en que deben colocarse, formando anchas calles para facilitar la libre circulacion de los paseantes. Una vez tomado el sitio, se desempertigan los bueyes, se sacan los comestibles, que regularmente consisten en fiambres y un cordero asado que se comienza a preparar allí mismo. Las alfombras que venian en el interior de la carreta se estienden sobre la verde yerba y entonces principia el canto y el baile.

Muchos paseantes de a pié y de a caballo y aun de carruajes circulan por aquellas improvisadas calles, ya buscando sus conocidos, ya parándose a ver bailar una zamacueca, reinando la mayor cordialidad; y una espansiva y abierta franqueza los une a todos, pues hasta las distinciones sociales casi desaparecen en este recinto, donde tiene la preferencia, al menos por un dia, la gracia y la belleza.

La tirantez de la etiqueta se olvida por algunas horas, hasta el punto de hacer alarde de popularidad, no siendo estraño en estos momentos ver algun presumido dandy con una troncha de pavo en una mano y sobre la que hinca sus dientes de una manera furibunda, sin hacer uso ni del tenedor ni del cuchillo, que, en estos casos, se proscriben casi completamente. Despues se destapan las botellas, y el burdeos, el oporto, el jerez, el champaña, la cerveza, el chacolí, son servidos con abundancia e indistintamente, brindándolos a todo el mundo, porque no es preciso haber frecuentado mucho a las personas para introducirse en este dia, pues basta un lijero conocimiento para ser admitido con cordialidad en esos círculos, cuyo salon de recibo es la culata de una carreta y cuyas poltronas consisten únicamente en el verde tapiz de la simple naturaleza.

En jeneral, los concurrentes no se detienen mucho en ningun lugar, sino que pasan de uno a otro círculo, saludando

aquí y allí y recibiendo en todas partes un convite franco, acompañado por lo regular de una copa de vino o de un vaso de espumante cerveza, que es aceptado sin ceremonia, brillando en todos los semblantes la alegria; y los dichos agudos, las risas, los brindis acalorados y entusiastas dirijidos a la patria, a la belleza, a la amistad, al amor, a las glorias y gustos pasados, se oyen por do quier.

Las amazonas y los jinetes acercan sus corceles y hacen círculos, ya sea para oir los dulces y melodiosos acentos de una cancioncilla graciosa, o los movimientos modestos y provocativos de una zamacueca, cuya pareja es animada por los gritos de los concurrentes y por los palmoteos que siguen las cadencias del baile. Aquí es preciso notar el empeño que ponen los espectadores para llegar a colocarse en primera fila. Los jadeantes corceles aplican sus poderosos pechos instigados por la espuela del jinete para desalojar a los que le estorban el paso, y esta es una lucha encarnizada donde sale triunfante la destreza y la fuerza, tanto del que dirije al animal como de éste mismo, y esta lucha semibárbara es considerada como una diversion.

Hemos trazado a la lijera y pintado sin colorido las diversiones públicas que tienen lugar en los dias de la patria, dejando de narrar muchas otras que llaman tambien la atencion del pueblo y que contribuyen a la admiracion jeneral, tales como los fuegos, los bailes, la parada militar, las carreras de caballos, el palo ensebado y mil otras distracciones que completan nuestras festividades y regocijos nacionales.

Hoi las diversiones, sin dejar de ser poco mas o menos las mismas, sin dejar de existir igual o mayor entusiasmo, se han modificado en parte; pero nosotros, que escribimos en el año de 1869, hablamos de las costumbres de 1850, época de los acontecimientos de esta historia, hácia cuyos personajes volvemos a llamar la atencion del lector.

II.

Segun el plan que habia combinado el viejo sarjento, éste y su familia, despues de haber tomado un frugal desayuno, se dirijieron a la Alameda para ver desfilar las tropas, diversion que causaba a Domingo un vivo placer, pues le traia los recuerdos de su juventud, pareciéndole que aun formaba una parte activa en esos batallones, de los que era ahora simple espectador.

No teniendo mas que ver en la Alameda, el sarjento Lopez y su familia se dirijieron al campo de Marte, caminando tras el último batallon que formaba la retaguardia.

Una vez llegados a la *pampilla*, y como no tenian plan determinado ni iban a visitar a ningun conocido, encaminaron sus pasos al acaso, parándose de vez en cuando en los grupos que se formaban, con objeto de ver bailar.

Enrique y Mercedes estaban contentos. Para sus jóvenes corazones todo era un motivo de admiracion y de alegria; pues, inocentes y sencillos, recibian impresiones desconocidas pero gratas, y el torbellino de jente como la jeneral algazara, causaban en ellos una especie de fascinacion, tanto mas deliciosa cuanto mas nueva era.

Enrique miraba con avidez, y sin darse cuenta de ello, las graciosas mujeres que ya a pié o ya en sus carruajes iban y venian en todas direcciones; y las mejillas de Mercedes estaban animadas de un rosado carmin, porque con bastante frecuencia oia decir a su lado: ¡qué hermosa niña!... y el rubor cubria su frente, dando mayor realce a sus hechizos esa tímida ignorancia que se traslucia en toda ella. Sus hermosos ojos se bajaban sumisos sin atreverse a mirar a las personas que le habian dirijido aquel elojio, y que a pesar suyo hacian palpitar su corazon de vírjen...y por un movimiento instintivo apretaba el brazo de su hermano, como buscando apoyo o refujio.

¡Qué linda pareja! esclamaron, con dulce y femenina voz, de un coche que estaba situado cerca de ellos. Enrique y Mercedes volvieron la cara como para buscar las personas a quienes se diria aquella esclamacion; pero viendo que eran ellos a los que miraban, bajaron sus cabezas como confusos y avergonzados; sin embargo, Enrique volvió a levantar la vista, y sus ojos se encontraron con los de la señorita del coche, que continuó mirándolo sin inmutarse. Enrique sintió entonces como una sensacion de frio... Su sangre afluyó al corazon y se puso pálido, deteniéndose como si un poder invisible paralizase sus movimientos, o como si se encontrase bajo la influencia de un magnetismo irresistible. Aquella mirada ardiente y fija lo fascinaba; pero era una fascinacion deliciosa, casi divina; era esa especie de éstasis en que el hombre, absorvido por un pensamiento único o por una impresion profunda, no se da cuenta de su existencia y de sus actos, desapareciendo hasta la conciencia de su ser, pues ignora si vive.

—¿Qué haces Enrique? le dijo su padre, viéndolo parado.

A esta voz, el jóven volvió en sí como si despertase de un sueño o saliese de un letargo.

—Nada, padre mio, le respondió; pero creia que nos habiamos detenido todos.

—No tal; sin embargo, si te parece, podemos descansar un momento.

—Está bien.

Por su parte, la señorita del coche habia bajado su vista, y sin dirijirla a ningun lado, parecia tambien absorta en una meditacion profunda. ¿Qué pensamientos atravesaban en ese instante por aquella frente hermosa? No lo sabemos.

Viéndose libre Enrique por un momento del imperio irresistible de aquella mirada, pudo a su vez contemplar a la jóven por algunos instantes, y sus ojos, inmóviles y dirijidos a un solo punto, parecian devorar los atractivos de la aristocrática belleza.

Mercedes, apoyándose en el brazo de su hermano y sin notar su actitud, le dijo:

—Mira, Enrique, a esa señorita del coche: ¡qué hermosa es! ¿no es verdad?

—Ah! sí, mui hermosa...

—¿Pero no la encuentras mui pálida?

—¡Pálida!.. Es cierto; pero esa palidez la hace todavia mas linda... mas encantadora!..

—¡Por Dios, Enrique! Advierte que nos está mirando.... vuelve tu cara hácia otro lado!

Pero el jóven ya no oia a su hermana, sino que era presa de un nuevo alucinamiento, volvia a esperimentar la misma fascinacion anterior. Los hermosos y brillantes ojos de la desconocida beldad operaban sobre todo su ser el mismo fenómeno que momentos antes habia sentido... Enrique seguia silencioso...

La partida del carruaje vino a sacarlo bruscamente de su alucinamiento mental, e instintivamente llevó su mano al corazon como para comprimirlo, pues habia sentido un dolor agudo al ver desaparecer la vision celestial que lo arrobara un instante y a la cual talvez no volveria a ver mas.

Sin embargo, al partir el coche, ya fuese efecto de la alucinacion en que se encortraba, o ya fuese realidad, él creyó distinguir como un movimiento imperceptible de cabeza que parecia significar un saludo o un adios.

Enrique siguió con la vista aquel carruaje, que, tirado por dos hermosos caballos tordillos, se alejaba con rapidez, y solo la separó de aquel punto cuando otros coches y grupos de jentes impedian distinguirlo.

Entonces le pareció a Enrique sentir una especie de desfallecimiento, como si le hubiera abandonado alguna parte de su vigor o de su vida... Creia encontrarse solo y abatido, y el movimiento mismo que se operaba a su alrededor no lo arrancaba de su postracion.

Hai muchas veces en la naturaleza impresiones súbi-

tas, simpatias profundas, magnetismos irresistibles, fluidos eléctricos que se comunican y que obran lo mismo que el galvanismo, sobre todo en individuos puros, vírjenes, fuertes!

A nosotros nos parecen exajerados estos sentimientos, porque nuestros cuerpos y nuestras almas, debilitadas desde temprano por el vicio precoz y por la ambicion rastrera, han perdido su fuerza y su resorte. La savia que la fecundaba se ha estinguido; y ya no se concibe el cariño, ya no se eleva el pensamiento a las altas rejiones del idealismo!... Todo es ahora cálculo y miseria, y nuestras naturalezas dejeneradas no se mueven sino al interes!... ¿Qué estraño entonces que neguemos los éstasis de la pasion que nace, si somos incapaces de sentirla? ¿Cómo concebir lo que no se esperimenta? ¿Cómo apreciar lo que no se conoce? Mas fácil será afirmar que no existe que confesar nuestra impotencia; y esto es lo que sucederá respecto a la súbita pasion de Enrique.

III.

Mientras esperimentaba esto el jóven obrero, su hermana Mercedes era el blanco de las ávidas miradas de varios jóvenes que caracoleaban al rededor, pero a quienes contenia la imponente fisonomia del viejo sarjento, que, con sus condecoraciones al pecho en su traje medio militar y medio paisano, infundia respeto y talvez temor.

Sin embargo, a poca distancia de donde ellos se encontraban, se habian colocado algunos jinetes montados en ricos caballos y que por el traje y maneras era fácil conocer que pertenecian a la primera sociedad. Uno de estos jóvenes, que parecia ejercer cierta especie de dominacion sobre los demas, miraba con fijeza a Mercedes, sin prestar oido a la conversacion de sus compañeros.

Al cabo de un momento este mismo jóven dijo a sus camaradas:—Hasta la vista, caballeros.

—¿Te vas? le preguntó uno de ellos, mientras los otros le decian adios con la mano.

—Sí; pero si quieres acompañarme te prometo que haremos un descubrimiento magnífico.

—Con mucho gusto; y largó su caballo en direccion del que lo habia convidado.

Perdiéronse los dos jóvenes entre la muchedumbre; pero el primero no apartaba su vista de un punto, o mas bien, volvia la cabeza a cada instante.

—Parece que buscas algo? le dijo el otro, notando la preocupacion de su amigo.

—Indudablemente. Temo perder de vista la muchacha mas linda que he visto en mi vida.

—Siempre aficionado, Guillermo!...

—Por supuesto! pero para esto no se necesita ser aficionado: esa niña seria capaz de enloquecer a un santo! Mira, Emilio, dijo Guillermo a su compañero, señalándole un grupo.

—En efecto: es encantadora; ¡qué ojos de lince tienes!

—Nada mas natural, querido amigo, porque las mujeres son mi placer favorito.

—Entonces no llegarás jamas a casarte?

—Me case o no ¡qué importa! ¿Se pierde o no por esto la aficion? El hombre con el ejercicio refina el gusto; y asi como el gastrónomo sabe apreciar un esquisito bocado y descubre al solo sentimiento del olfato sus cualidades apetitosas, asi el enamorado conoce a un solo golpe de vista lo que es bueno respecto a mujeres. Tanto el uno como el otro no se dejan engañar por las apariencias y pueden descubrir las virtudes y defectos secretos de que adolecen: si no fuera así, ¿cómo crees que el gastrónomo saborease con gusto un guiso, ni que el enamorado combinase los planes de un ataque que le ha de procurar una deliciosa victoria?

—Vaya! Parece que tú has hecho un estudio profundo de la materia.

—Y por qué no? Pero antes de entrar en esplicaciones, talvez impropias para este sitio, aunque no para las circunstancias, pues estoi viendo ese rostro anjelical que me inspira; antes de entrar en esplicaciones, te digo, tomemos aquel lugar, desde donde podemos examinar hasta los menores movimientos de esa jóven, pues me he propuesto saber quién es y dónde vive, porque yo no abandono tan fácilmente una buena presa.

Y como si la familia Lopez hubiese tenido intencion de cumplir los deseos de ambos jóvenes, pidió el sarjento unos cuantos asientos en una carreta que estaba vecina a ellos; y sacando sus provisiones, principió a hacer la reparticion de los comestibles, tomando primeramente un buen vaso de vino como para llamar el apetito, que, en verdad, no necesitaba estímulos pues, con la larga andanza, su estómago lo pedia con urjencia.

—A las mil maravillas! dijo Guillermo. Parece que el viejo militar hubiera adivinado nuestros buenos deseos.

—Ahora que estamos tranquilos, repuso Emilio, y que tienes la seguridad de que no se te vuele el pajarito, dime ¿cómo es ese estudio profundo que has hecho sobre el amor?

—Yo, amigo mio, y esto te lo digo a tí, porque tengo plena confianza y porque sé que jamas me has de traicionar, pues me debes mucho y me deberás todavia mas si te procuro lo que ambicionas; yo, repito, he analizado todos los sentimientos. Yo he hecho una anatomia, una especie de autopsia, si me es dado emplear esta palabra médica, de los secretos del corazon de la mujer, de sus móviles, como de lo que los estimula, de sus virtudes como de sus vicios, de sus heroicidades como de sus flaquezas; y asi como otros dedican toda su atencion a la química, a la botánica, a la astronomia, a la matemática, a la medicina, a las leyes, así yo he sondeado ese piélago inmenso que se llama el corazon de la mujer, y en el cual el vulgo se pierde, siendo víctima de sus engaños o no sabiendo apreciar sus virtudes.

—¡Buen estudio has hecho! A fé que no se requieren grandes conocimientos ni grande aplicacion para aprender tan decantada ciencia!

—Te equivocas medio a medio. La ciencia del verdadero enamorado es una ciencia mas difícil de lo que parece a primera vista. Podeis contar en el mundo muchos matemáticos, muchos teólogos, muchos jurisconsultos, muchos astrónomos, muchos mecánicos, pero no hallareis muchos Lovelaces! No, amigo mio; esto es raro, y es preciso no tan solo haber nacido con una fineza esquisita, con un tacto delicado, con una sensibilidad sutil, ardiente, apasionada, fuerte y flexible a la vez, sino que tambien es necesario haberla practicado, y lo que es todavia mas difícil, el haberse preservado de la mania de jeneralizar, que muchas veces pierde a los mas diestros.

En las ciencias hai principios fijos, hai axiomas, hai máximas invariables que señalan, con mas o menos precision, el sendero que uno debe seguir para obtener su objeto; pero en la mujer es todo diferente. Nada hai en ella que se pueda clasificar; cada una es una escepcion y una cosa distinta: y yo no he visto nada de mas ridículo que esas reglas infalibles de los enamorados de baja lei. Nécios! creen conocer a la mujer cuando han tenido dos o tres intrigas vulgares! cuando han aprendido algunas cuantas reglas de cortesia trivial! cuando poseen una cascarilla de buen tono que mas la deben a la costumbre de la sociedad en que han vivido que al análisis de sus actos y de sus pensamientos! En verdad, me dan lástima esos don Juanes tan presumidos como ignorantes.

—Nunca habia yo pensado que se necesitase de tantas reglas para conquistar a una mujer.

—Tú no eres otra cosa que un pobre presumido!

—Pero en fin, cuando se habla de una o de dos...

—Yo no quiero hablar de una o de dos; y aun en estas solas puede encontrarse un escollo insuperable. Pero quiero

hablar de la ciencia... quiero esplicarte el difícil rol de enamorado, que ustedes no han visto sino por la superficie, sin llegar jamas a comprender su profundidad. Voi a esplicarme; para obtener felices resultados (no hablo de casos estraordinarios) se necesita, no diré reglas, porque todas son falibles; se necesita cambiar de formas como otro Proteo; y lo que es mas, saber ser siempre natural en todas ellas: porque si en alguna ocasion os deslizais un ápice, la perspicacia instintiva de la mujer la advierte del engaño, y desde ese momento estaís perdido, contribuyendo todo a vuestra ruina, o lo que es igual, a vuestra esclavitud, pues llegareis a ser el esclavo de la que habeis pretendido dominar.

—Pues ¿cómo debemos conducirnos entónces?

—Estudiando primero el terreno, estudiando primero el carácter: y antes de todo, estudiándose a sí mismo para conocer si uno es bastante dueño de su yó: porque de otra manera, todo está perdido; y para alcanzar el triunfo, es necesario la derrota: el matrimonio!..

—Qué diablos! Tú tienes una manera estraña de esplicarte.

—Tú eres el estúpido, mi querido amigo; pero para que me comprendas, voi a ser mas esplícito:

Si pretendes seducir a una romántica, es necesario que sepas idealizarte; que des a tus miradas una espresion contemplativa y tierna, y a tu semblante un aire de éstasis vago e indefinido, así como tus palabras, por mas vulgares que ellas sean, sepan encontrar un cierto tinte de poesia y de misterio a la vez.

Si tratas con una devota, es preciso aparecer santulon: la cara debe estar siempre representando el dolor y sufrimiento resignado, la misericordia y la compasion por los pecados de los otros, el respeto por las prácticas relijiosas y por los ministros del altar, hablando de vez en cuando de los milagros, del poder de la gracia, de la eficacia del sacramento de la confesion; pero no de manera que te vayan a tomar

por un santo y crean tu castillo de virtud inespugnable, no: es preciso dejar algunas brechas para que ellas vengan por sí solas al asalto y puedan persuadirse que son gratas a la Divinidad si consiguen afianzar, por medio del amor, un corazon tan bien dispuesto de antemano y el que seria una lástima que fuera a ser conquistado por una de esas incrédulas que por desgracia principian a ser tan frecuentes en nuestra sociedad: hé aquí el modo de raciocinar de la beata; y cuenta de seguro que el confesor la apoyará en sus miras, haciendo cuanto él pueda para asegurar sus planes.

Ahora, si tiendes vuestras redes a una literata o a una filósofa, debes aparecer con un aspecto sério, meditabundo, pero tambien entusiasta; debes hablar de política, de sociabilidad, de economia, de literatura, apoyando tus discursos con citas adecuadas de los grandes autores, tales como Rousseau y Voltaire, Fourrier y San Simon, Smith y Say, Byron, Lamartine, Espronceda, atacándolos o defendiéndolos, segun sea el jiro de ideas que dominan en tu bella. Debes entusiasmarte al hablar de las pájinas ardientes y apasionadas de la Nueva Eloisa, para que ella vea que comprendes al mismo tiempo los fuegos del amor y los sublimes secretos de la filosofia y del pensamiento.

Pero si es una coqueta la que te ocupa, todavia es necesario mas arte, mas destreza, mas imajinacion; porque, de todas las mujeres, esta es la mas peligrosa al mismo tiempo que la mas difícil; pero al fin los obstáculos se vencen cuando uno ha llegado a ser siempre dueño de sí mismo: y en ningun caso mas que en éste necesitarás la lucidez de tu entendimiento, la posesion absoluta de tus facultades para estar preparado para el ataque y la defensa. Es preciso ser, con esta especie de mujeres, lijero y reflexivo, indiferente y apasionado, altanero y humilde, siguiéndolas en toda la volubilidad de sus caprichos, ya aparentando ceder, ya resistiendo, sin jamas dejarte dominar; pues, acostumbradas a vencer, tu superioridad escitará su orgullo, y vendrá por

fin a ser derrotada por vanidad, único sentimiento que domina en esta clase de mujeres, cuyo corazon está exento de la afeccion que aparentan, pues en fuerza de finjir el cariño han llegado a estinguirlo.

—Parece, querido amigo, que has hecho un estudio prolijo de la mujer.

—Y sin embargo, no estoi sino en los primeros rudimentos de la ciencia; pues lo que te he dicho no son reglas: son simplemente nociones sujetas a mil cambios, a mil accidentes que se modifican hasta el infinito, siendo imposible el clasificarlos; y en las pocas categorias que te he citado, hai todavia muchísimas clases de tintes mas o menos subidos que es necesario tener en cuenta y saber apreciar; y esta apreciacion no se obtiene jamas sin un profundo conocimiento del corazon, a que todo el mundo no alcanza.

—Al que llegan mui pocos, deberias decir, Guillermo; pero hablemos de esa encantadora muchacha que te ha llamado la atencion y por la que estamos aquí en acecho.

—De veras que esa niña tiene una fisonomia anjelical, dijo Guillermo, fijando en Mercedes una ardiente mirada.

—¿Y qué piensas de sus cualidades, ya que tu ciencia debe hacerte fisonomista?

—En ese semblante se puede leer como en un libro abierto: esa niña tiene una alma vírjen, sencilla y que no conoce todavia el engaño.

—Eso se está viendo y no es preciso ser mui perspicaz para adivinarlo. Por otra parte, su edad lo manifiesta demasiado.

—Es verdad, pero su mirada demuestra la intelijencia, la elevacion y la sensibilidad. Sus movimientos señalan nobleza; su vestido manifiesta ese gusto natural que caracteriza a pocas mujeres y que prueba mucho en favor de la que lo posee. Oh! esa niña es divina, esclamó Guillermo, mirándola nuevamente y con ojos mas apasionados. Ve como sube a sus mejillas ese rubor delicioso, ahora que se ha apercibido

que nos fijamos en ella. ¿Sabes lo que es el rubor, Emilio? El rubor es la túnica virjinal de que está cubierta la inocencia.... es el manjar mas esquisito... las doradas primicias con todo su vigor, con toda su sávia, con toda su naturalidad... ¡Capuz hermoso que cubre a la belleza y que al abrirse despide una fragancia que embriaga!.. ¡Si supieras cuánta delicia hai en imprimir el primer beso en esos labios descoloridos por la emocion y ardientes por el deseo! De esos labios que tiemblan y que os abrasan! ¡Oh, eso es divino! La electricidad se comunica hasta la médola de los huesos, y se siente uno desfallecer en la felicidad... morir en el deleite!.. Esa mujer ha de ser mia, lo juro, esclamó Guillermo entusiasmado, casi fuera de sí.

—Pero hombre! ¿qué significa esa pasion loca por una persona que apenas has visto?

—He visto mas de lo que tú piensas... he visto una dicha que tú no concibes.

—Entonces, ¿ya no piensas en casarte, como me lo habias dicho?

—Eres un niño: ¿lo uno impide acaso lo otro?

—Está bien; pero Luisa no es digna de la suerte que le preparas!.. Hermosa, espiritual, altiva, rica, es el partido mas brillante de todo Santiago, y la creo capaz, y la creo digna de fijar por sí sola al hombre mas inconstante, y de hacer virtuoso por medio del deleite, al mas calavera de entre nosotros! ¿Qué se puede desear poseyendo a esa mujer? Te lo confieso francamente: envidio tu suerte, y creémelo, Guillermo, no soi yo solo quien esperimenta este sentimiento, sino todos los jóvenes de nuestra sociedad. Luisa Valdes es la reina de nuestros círculos y la desesperacion de sus rivales, a quienes ella mira con esa majestad sin afectacion, que no es desprecio sino superioridad; que no desdeña, sino que domina sin pensarlo y talvez sin quererlo... ¿No has advertido cuán pequeñas son a su lado las demas mujeres? Guillermo: si quieres escuchar un consejo de amigo,

debes no pensar en otra cosa que en agradar a Luisa y desplegar a sus ojos el brillo de tus cualidades, realmente fascinadoras.

—Para todo hai tiempo. Es preciso, ¿me entiendes? es preciso que yo sea primeramente dueño de esta muchacha. Cada vez que la miro, mas me persuado del mérito que encierra y de los tesoros que oculta. Cualquiera que sea su posicion, este no es un triunfo vulgar.

—Pero hombre! El amor de Luisa debe ser de una voluptuosidad divina, de un encanto irresistible, sobrenatural: debe haber un deleite inefable en poseer los secretos, la confianza injénua y elevada de esa alma noble; en dominar esa altivez que a nadie humilla, pero cuya superioridad se reconoce; en enseñorearse de su mente y subir con ella a las altas rejiones del idealismo y del amor mas puro, mas virjinal, mas entusiasta!

—Mira, voi a ser franco contigo: tú sabes los compromisos que me ligan a la madre de Luisa. Sabes que mi enlace con ella es una cosa convenida entre nuestras familias; que estoi comprometido por mi palabra y que los intereses de fortuna tambien me arrastran. Te diré mas: este enlace debe efectuarse sin remedio, pues es el único modo de arreglar un pleito de muchísima trascendencia. Por otra parte, yo no desconozco el mérito real de Luisa: aprecio en todo su valor la elevacion de su espíritu y esa dignidad que impone al mismo tiempo que cautiva; pero, te lo confieso, esa mujer no me quiere. Toda mi táctica, toda mi astucia, toda esa seduccion que me conoces y a la que ninguna ha resistido ni resiste, va a estrellarse ante Luisa como ante un muro, no diré de bronce, sino de nieve; porque no es la resistencia la que se me opone, sino la frialdad! .. mientras que ésta me amará con delirio, dijo Guillermo, mirando a Mercedes...

—Pero esa frialdad se vence con la constancia y con el cariño. No podemos ser tan exijentes que baste el presentarnos para triunfar.

—Ya lo sé. Mi amor propio o mi vanidad, como quieras llamar las cosas, no llega hasta ese punto; y ademas, no es éste tampoco el caso en que yo me encuentro, pues no es la primera ocasion que me presento a Luisa, sino que la conozco desde la infancia; pero en estos últimos tiempos me he consagrado a estudiarla detenidamente y he encontrado siempre una frialdad glacial, contra la que he luchado, pero de la que no he podido triunfar. Momentos antes te decia: "el corazon de la mujer tiene secretos impenetrables y cada una de ellas es una escepcion, una unidad distinta de las otras, que necesita un sistema aparte y un ataque particular. Puede ser que yo dé al fin con el flaco de Luisa, que descubra el punto vulnerable, ¡y entonces! esa mujer será mia... Entonces doblegará esa altivez que me humilla, esa frialdad que me irrita, y a su turno se encontrará vencida... Sé que la he de poseer; pero no es tanto su posesion la que pretendo, cuanto su derrota la que necesito...

Y estas últimas palabras fueron pronunciadas por Guillermo con un tono que demostraba claramente rabia y despecho.

—Quizá Luisa tiene alguna pasion, algun cariño oculto que no has descubierto y que obra en ella de un modo mas fuerte por el misterio mismo de que se rodea, le replicó Emilio.

—A este respecto estoi mui tranquilo. Hasta la fecha sé que no ha amado a nadie, y ese secreto no se habria escapado a mi vista si hubiera realmente existido. Por otra parte, yo conozco todas las personas que frecuentan su casa: conozco el círculo de jóvenes que la rodea, y entre ellos no hai ninguno que pueda llamar la atencion de Luisa, no digo despertar un sentimiento mas tierno; pero es sobre todo en su frente donde se descubre la serenidad de su alma, porque esa fisonomia franca y altiva es un libro abierto en que se pueden leer de corrido las impresiones que se sucedan. Ademas, el carácter de Luisa es de un temple tal, que

no se tomaria jamas la pena de ocultar su cariño, en caso que lo esperimentara. Esa mujer está vaciada en un molde distinto; ella no participa de las pueriles preocupaciones de su sexo. Su franqueza misma constituye su fuerza. No oculta nada, y sin embargo es reservada; pero su reserva no es por sistema ni por cálculo, sino el resultado de instintos nobles y naturales; de consiguiente, estoi seguro que jamas ha amado, porque, si esa pasion la dominara, lo conoceria yo inmediatamente.

—Guillermo! tú haces la pintura mas interesante de Luisa, talvez sin quererlo; porque si no me engaño, tus palabras tienen algo de duro, y en la alabanza misma que haces de sus cualidades, hai un no *sé qué* de lacerante y de...

—No quiero ocultártelo: la amo y la aborrezco alternativamente.... La admiro y la temo.... Es la sola mujer que haya movido un tanto mi corazon helado; pero no, dijo Guillermo, como si le viniese a la mente un recuerdo, no; esta muchacha, señalando a Mercedes, me ha impresionado tambien; y cuando a primera vista he esperimentado esta especie de sacudimiento eléctrico, es señal inequívoca de que me esperan dulces impresiones.

En este momento se disponia la familia Lopez a marchar, lo cual interrumpió la conversacion de los dos amigos; y Guillermo, llamando a su criado, que se encontraba a poca distancia, le dijo:

—¿Ves aquellas cuatro personas?

—¿Cuáles, señor?

—Aquel militar que lleva unas medallas al pecho, y que va acompañado de una vieja y dos jóvenes.

—Sí, señor.

—Pues bien, es necesario que te informes dónde viven.

—Las seguiré como su sombra.

—Veo que eres un muchacho intelijente y estoi contento de tus servicios. Toma este escudo, y si esta noche me traes una noticia segura, te recompensaré mejor.

—Esté su merced seguro de ello.

—Bien, ya te he dicho que estoi contento de tus servicios; pero atiéndeme, Tomas: si por casualidad, por descuido, por pereza o por cualquier otro motivo no llegaras a traerme esta noche misma noticias de la habitacion de esa muchacha y de cuantos informes puedas proporcionarte, relativamente a su calidad, a su vida, a sus recursos, etc., te despido en el acto; ¿entiendes?

—Sí, señor, y puede su merced contar conmigo; pero solo respondo de saber la casa, porque en cuanto a los otros encargos no sé si los podré cumplir; pero trataré de hacerlo.

—Está bien, pero anda lijero, antes que se pierdan de vista.

Y Guillermo partió con su amigo Emilio para dar la última vuelta al campo de Marte.

La catástrofe.

I.

Era la tarde, y el sol marchaba hácia su ocaso, cuando Domingo Lopez y su pobre pero interesante familia se pusieron en marcha para volver a la ciudad.

Distraidos por las fiestas, el bullicio y la novedad del espectáculo, no esperimentaban el menor cansancio, a pesar del ejercicio estraordinario que habian hecho durante el dia.

Solo Enrique estaba pensativo. Su imajinacion no podia apartarse de aquella aparicion celeste que pocos momentos antes se le habia presentado y que ahora no era para él otra cosa que una ilusion o un sueño. Su pecho se oprimia, y la reflexion triste y descarnada de su estado, le hacia, quizá por la primera vez, reflexionar sobre las desigualdades sociales. ¡Aquella señorita que habia visto era probablemente rica y aristócrata... y él!... nada mas que un infeliz proletario sin fortuna y sin nombre!—y un despecho vago, incierto y sin objeto, pero triste y doloroso, se apoderó de Enrique, y el pobre jóven, poco antes tan alegre, marchaba sin decir palabra!...

—Sabes, Enrique, que te desconozco? le dijo Mercedes. Esta mañana estabas alegre, conversador, risueño, me hacias notar todas las cosas, divirtiéndome tus observaciones; mientras que ahora, cabizbajo y meditabundo, no me dices nada y pareces indiferente a todo; ¿qué te ha sucedido? dímelo.

—Me parece que no nos hemos apartado en todo el dia;

de consiguiente, nada puede haber ocurrido que tú no lo supieses.

—Pero, en fin, ¿no eres el mismo de esta mañana?

—Ah! esclamó Enrique dirijiéndose a su hermana, y sin responder a la observacion que le hiciera ésta; mira aquellos jinetes! qué hermosos caballos! Esos jóvenes deben ser ricos!

Esta última palabra fué pronunciada con una entonacion de voz tan estraña, que chocó fuertemente a Mercedes, no pudiendo menos de decirle:

—Cómo, Enrique, ¿tienes acaso envidia de la fortuna de los otros?

—Envidia, no, Mercedes; no es esta la palabra que debieras emplear, porque no es mi pensamiento; pero desearia tener su fortuna.

—Es estraño; jamas te habia oido hablar así.

—Cierto; pero uno cambia de ideas segun las impresiones que recibe.

—¿Pero qué impresiones pueden haber obrado en tí tan repentina transformacion?

—Dime, Mercedes, continuó el jóven sin contestar a su hermana: ¿no te gustaria a tí venir ahora en uno de esos elegantes carruajes, ser saludada de todo el mundo, obsequiada de los jóvenes, y...

—Qué ideas! Ni por la imajinacion se me habian pasado semejantes deseos; ¿no somos acaso felices en nuestra humilde posicion?

—Pero en ella nunca podremos obtener cuanto apetezcamos.

—¿Y para qué llevar sus aspiraciones mas allá de sus medios?

—¿Y cuando no es uno dueño de esas aspiraciones, cuando ellas se aparecen sin pensarlo y sin quererlo?

—Se combaten. ¿Qué se avanza con desear lo que no se puede obtener? Me parece que esto no seria otra cosa que

añadir un martirio a la existencia, sin operar por esto un cambio. Yo, hermano mio, aunque sin esperiencia y solo por un instinto interior que me guia, creo no ver en esos sentimientos de ambicion mas que una pérdida.

—Pero, supongamos, por ejemplo, que uno de esos jóvenes. . .

Enrique cortó la frase, arrepentido y pensando que habia ido demasiado lejos.

—Continúa, Enrique, porque no te comprendo. Lo único que puedo decirte es que me haces mal con tus palabras, y que debes combatir esos pensamientos que ahora te ocupan.

—Querida Mercedes, tus razones son poderosas, tienes un juicio recto, al que es preciso ceder. Ah! Mercedes, añadió Enrique como respondiendo a lo que pasaba en su interior. Si yo fuera rico, cuán feliz serias! Cómo estaria orgulloso con verte festejada y adorada de todos! . . Tú eres digna de una suerte brillante; y sin embargo, vivirás oscura. . . talvez abandonada!. . .

—Por Dios, Enrique, no pienses así; ¿tengo yo acaso otro deseo que el vivir y morir con vosotros? Estamos contentos, satisfechos, felices; ¿por qué no darle gracias a Dios de nuestro estado? ¿Por qué turbar nuestra tranquilidad con vanos deseos? Mira, Enrique: esto me parece falta de gratitud hácia la Providencia, que nos colma de beneficios.

—Pobre y sensible niña! dijo Enrique para sí mismo, pero sin pronunciar una palabra; y continuaron su camino silenciosos y mustios, pero cada cual entregado a sus reflexiones.

No hai cosa que haga madurar mas luego el juicio, no hai cosa que trasforme al jóven en hombre, como las pasiones. Cuando uno no las ha esperimentado, se puede decir que aun no ha vivido y que solo la mas imperceptible faz de la existencia es la que apercibimos; pero cuando ese huracan temible, necesario y talvez saludable se desencadena, entonces el hombre entra a penetrar en nuevos horizontes, recorriendo rejiones que no habia soñado todavia. Todo se anima

a su vista, todo toma nuevo aspecto, y su entendimiento trabaja por resolver los problemas que se le presentan confusos y de golpe. Su juicio no está aun formado, le es imposible usar del análisis para distinguir y clasificar; pero posee el entusiasmo, tiene el fuego de la juventud y el ardor de la accion. No hai mas que imprimir un movimiento a esas tendencias, y encaminareis al hombre, segun el impulso, a la virtud o al vicio, a la ciencia o al idiotismo, a la heroicidad o al crímen.....................................

....

Por esta misma razon, unas cuantas horas habian bastado para que Enrique se trasformase. Ya no era el jóven de pocos momentos antes. Ahora pensaba de una manera diferente: tenia aspiraciones y queria fortuna, aristocracia, gloria, y trataba de investigar las causas de esas distinciones sociales, pues deseaba levantarse de su esfera, hacerse un hombre ilustre, crearse una reputacion que atrajese hácia él las miradas... y entonces entraba en el inmenso campo de esos sueños dorados en que se mecen las imajinaciones ardientes y que son el resultado inmediato del desarrollo de la pasion del amor, que es la que despierta las otras, especialmente en la juventud; pero en medio de esas ideas placenteras y tras sus ilusiones brillantes, venia la realidad terrible y desconsoladora: le venia el pensamiento de que era artesano!... Pues Enrique, si bien no se habia fijado lo bastante, no ignoraba nuestras preocupaciones. Entonces, sin pensarlo, se obró en él una reaccion, y la justicia indignada se sublevaba en su conciencia contra todas esas monstruosidades sociales, y queria desafiarlas, queria ser fuerte para ahogarlas, despreciándolas. Esta es la lucha primera y los sentimientos que se levantan en las almas ardientes que se encuentran comprimidas por el peso de la sociedad; quieren luchar, quieren vencer y son arrastradas hasta la revolucion, hasta el delirio, hasta el esceso; pero tambien ese sentimiento es la fuente fecunda de las reformas y del progreso que se opera y que

nos lleva a la independencia, a la libertad, a la conciencia y dignidad del yo...

II.

Meditando en estas cosas, Enrique, absorto y cabizbajo, seguia su camino acompañado de su familia, por la calle del Dieziocho, cuando de repente sienten un ruido estraordinario que viene tras de ellos, y las voces de atajen! atajen! eran repetidas por muchas personas; pero nadie se atrevia a ponerse por delante de dos caballos que furiosos arrastraban un coche con mas rapidez que el viento, y el cual se habria hecho trizas al menor obstáculo.

Dos hermosos caballos tordillos, con sus crines levantadas al viento, sus ojos ardientes, sin nadie que los contuviera, y mas escitados que detenidos por la griteria, las carreras de los que iban tras de ellos y el tumulto, iban como rayo, dejando solo tras sí un torbellino de polvo. Atajen! atajen! continuaba gritando la jente, pero en vano; porque nadie era tan atrevido que fuese a arriesgar su vida poniéndose por delante de aquellas dos furias.

Enrique ve venir el coche, que ya está a corta distancia de él, cree reconocer los caballos, se desprende del brazo de su hermana, y con un arrojo impremeditado, inaudito, se coloca en medio de la calle y en la direccion que traian, para cruzarles el camino. Enrique estaba pálido pero resuelto, y hubo un instante en que todos pudieron contemplar aquel hermoso jóven de pié delante del peligro para arrostrar una muerte casi inevitable.

Sus padres, su hermana y todo el mundo le gritaba: quítese, quítese! pero él no oía y permanecia impasible, con la vista clavada en el coche, que ya llegaba hasta él. Hubo un momento de ansiedad jeneral, y la sorpresa de la angustia se veia pintada en todos los semblantes. Los caballos lo iban a atropellar, sin la menor duda, y a pasar sobre su cuerpo; pero Enrique, ájil y sereno, en el momento que llegaban

donde él, desvió un poco el cuerpo para evitar el choque, que indudablemente lo hubiera echado por tierra, y consiguió tomar por la brida a uno de los caballos, que, detenido por un brazo de fierro, se encabritó, cayendo, lo cual contuvo inmediatamente al otro. El coche sufrió un sacudon violento y casi se volcó. Un jeneral aplauso se hizo oir y todos corrieron a prestar ausilio; pero Enrique, lijero como el pensamiento, abandona el caballo que estaba tendido, y antes que nadie llegue, abre la portezuela, y sin distinguir quién va dentro, toma a una de las señoras, la saca, la deposita en tierra y vuelve al coche para hacer otro tanto con la que quedaba todavia en él; pero esta señora era gorda y corpulenta y estaba ademas desmayada; sin embargo, el vigoroso artesano la toma entre sus brazos y la levanta cual si fuera una pluma, depositándola al lado de la otra que acababa de libertar de una muerte cierta, infalible.

Pasado el peligro, Enrique reconoce, con un placer indecible, que es la misma jóven cuyos ojos le habian fascinado y que ya no esperaba ver, a la que él habia salvado. La alegria de su alma era inmensa, y no hubiera cambiado su suerte actual, su posicion y este solo y delicioso momento por cuantos tesoros encerrara el mundo, por cuanta gloria pueden apetecer los hombres, pues el que conquistara una corona no habria sido tan feliz.

III.

Mercedes, Domingo, Marta y un jentio inmenso rodea a las señoras; algunos felicitan a Enrique, otros tratan de levantar el caballo y ver si no ha sufrido averias el coche; pero la jóven, llena de emocion y como si no estuviera mas que Enrique a su lado, como si no conociera entre tantos a ninguna otra persona, le dice con un acento de suplicante ternura, mostrándole a su madre desmayada:—"Salvadla, señor, salvadla, y os seré deudora de la vida de aquella que mas amo en el mundo."

Enrique no le contestó una palabra; en su turbacion no halló una respuesta que poder dar, y por única contestacion tomó nuevamente en sus robustos brazos a la señora, que yacia en el suelo, dirijiéndose con ella a la habitacion mas inmediata, donde la colocó sobre una cama, sin pensar siquiera en pedir permiso a los dueños de casa. Todos siguen a Enrique; pero Marta y Mercedes, apoderándose de la enferma, tratan de reanimarla; y mientras una desabrocha su vestido y corpiño, corre la otra a traer un vaso de agua, rociándole el rostro y echando algunas gotas en los labios descoloridos de la moribunda; inter tanto la señorita jóven permanece arrodillada al lado del lecho, teniéndole ambas manos y en un estado de angustia indescribible y que paraliza sus movimientos, pues solo parece vivir por los ojos, que, sin derramar lágrimas, están fijos en la enferma.

A la impresion de frescura causada por el agua, la señora vuelve un tanto en sí, abre los párpados, da un profundo suspiro y esclama: "Luisa! hija mia!... ¿Dónde está mi hija?" La niña se levanta entonces, rompe en lágrimas y se echa al seno de su madre, permaneciendo por un largo rato abrazadas.

El espectáculo era tierno, y los que presenciaban aquella escena estaban conmovidos. Enrique, un poco apartado, derramaba lágrimas... ¿de felicidad o de angustia? El no habria sabido esplicarlo; pero jamas habia sido tan dichoso o tan infeliz, pues sentia palpitar su corazon con tanta fuerza, que le era imposible distinguir si era satisfaccion o dolor lo que sentia.

Momentos despues, Luisa, cuyo nombre ya conocemos, se desprende de su madre, mira a su alrededor, y conmovida pero majestuosa, se dirije donde Enrique, lo toma de la mano con una naturalidad y franqueza inimitable y lo conduce hácia el lecho, diciendo en seguida a la enferma: "Mírelo usted, madre mia: este es nuestro jeneroso libertador; a su temeridad heróica le debemos la vida!"

—Señor, dijo doña Juana, (este era el nombre de la dama) puede usted contar con nuestra gratitud eterna: hai acciones que no se olvidan y cuya sola y digna recompensa está en sí mismas, pues nada las paga en este mundo a no ser los sentimientos del corazon, y puede usted estar seguro de los mios y de los de mi hija.

—Señora, replicó Enrique, avergonzado y confuso, usted se exajera el valor de mi accion. Yo no he hecho por usted sino lo mismo que hubiera hecho por otra; ¿qué mérito hai en esto?

Al oir aquella respuesta, doña Juana se incorporó involuntariamente en la cama. Habia tanta grandeza en aquella sencillez, tanta elevacion en aquella humildad, que una especie de consideracion o de respeto por aquel que pronunciaba esas palabras, la hizo tomar otra actitud.

Mientras hablaba Enrique, Luisa habia fijado en él sus grandes ojos negros. El seno de la jóven se habia levantado con violencia, y aplicó una mano al corazon como para contener sus latidos y dominar sus impresiones.

—Dígame usted su nombre, señor, continuó doña Juana, para recordarlo siempre con respetuosa gratitud.

—Enrique Lopez, señora.

—Enrique Lopez! No conozco ninguna familia que lleve ese apellido; ¿no es usted quizá de Santiago?

—Sí, señora; pero no es estraño que usted no conozca a familias pobres y humildes: aquí tiene usted a mis padres; y Enrique señaló al viejo sarjento y a Marta, que estaban un poco distantes: esta es mi hermana; y mostró a Mercedes.

Luisa se levantó inmediatamente, y la jóven patricia se echó en brazos de la hermosa plebeya.

Domingo y su esposa se acercaron respetuosamente a la señora, la que los convidó a sentarse en la cama.

—Tienen ustedes una interesante familia, amigos mios, les dijo doña Juana.

—No lo negamos, señora, respondió Domingo con natural sencillez. Estamos orgullosos de nuestros hijos, porque son buenos, y damos de ello gracias a Dios todos los dias.

—¿Qué profesion sigue el jóven?

—Es carpintero de obra negra, señora; pero al mismo tiempo puede hacer toda clase de trabajos en su oficio.

Y el semblante del sarjento mostraba la interior satisfaccion que sentia.

—Tiene un aire distinguido y modesto que interesa, una fisonomia que atrae y que pocas veces se encuentra entre los artesanos.

—Es mui aplicada a leer, señora, y en el colejio aprovechó su tiempo, dijo Domingo, sin contestar a la última observacion de doña Juana.

Durante esta conversacion de los padres, Luisa y Mercedes se entretenian con una familiaridad dulce y simpática. Ambas se admiraban sin envidia. La altiva patricia estaba encantada de las gracias, del candor y de la bondad suave al mismo tiempo que elevada de Mercedes, y ésta a su vez no podia menos que notar la belleza y elegancia, la suavidad y la entereza de Luisa, que le inspiraba respeto y amor, franqueza y entusiasmo. Eran dos tipos enteramente distintos, pero a cuál mas hermoso. En los ojos negros y rasgados de la primera brillaba la intelijencia y la pasion; y en los de la segunda, la inocencia y la dulzura. Luisa era el tipo árabe llevado hasta el idealismo de la perfeccion; con su mirada ardiente y un tanto imperativa, con su tez un poco morena, pero fina y aterciopelada, con su boca un si es no es desdeñosa, pero resuelta y hechicera, y con su talle esbelto y aéreo, parecia mas bien el dechado seductor de una de esas huríes de que la imajinacion ardiente y sensual de los musulmanes ha poblado su Olimpo.

Los ojos de Mercedes, no menos bellos, eran contemplativos, pareciendo mas bien fijarse en el cielo que en la tierra; y todo su conjunto era el retrato fiel de una de esas

imájenes con que los mas célebres artistas cristianos han representado a la madre del Salvador.

En estos momentos vinieron a decir a las señoras que todo estaba arreglado y que podian montar en el coche, cuyos caballos se habian espantado en un instante en que el cochero, confiado en su mansedumbre acostumbrada, habia imprudentemente descendido del pescante para examinar un resorte que creyó se habia quebrado.

El pobre hombre, todo avergonzado, y temeroso talvez de que la señora lo despidiese, entró al cuarto con su sombrero en la mano.

—Fermin, dijo doña Juana al verlo, nos habeis hecho pasar un susto...

—Sí, señorita, yo tengo la culpa, pero...

—Pero sin este caballero, ¡quién sabe que hubiese sido de nosotras!

—Yo me bajé, señorita, porque creí que se habia roto un resorte, y sin el volantin de ese maldito muchacho, no habria sucedido nada.

—¿Y cómo volveremos a montar ahora? Y si nos sucede otra cosa igual? Yo tengo miedo.

—No tema su merced, yo le respondo con mi cabeza, pues sin esa casualidad....

—Está bien, pero anda primero y da una pequeña vuelta en el coche para ver si los caballos no se asustan.

Doña Juana se levantó entónces, y ayudada de Luisa y de Mercedes se arregló el vestido y el peinado; en seguida sacó su bolsa y dió a la dueño de casa un cóndor, que fué recibido con agradecimiento y como una cosa inesperada.

Quedóse un momento pensativa doña Juana, como si fuera a tomar una resolucion importante, y en seguida, dirijiéndose a Enrique y a su familia, les dijo con cierta emocion: "Para vosotros, sé que cualquiera recompensa os ofenderia, a no ser la del corazon: podeis, pues, estar seguros que siempre conservaremos, yo y mi hija, un recuerdo agrada-

ble de lo que habeis hecho y de lo que os debemos, y esa gratitud no se borrará nunca. Os ofrezco mi amistad, y seria mui feliz si alguna vez se pr sentase la ocasion de que la pusieseis a prueba."

Y alargó la mano a Enrique y a sus padres: acto mui significativo y cuyo valor hubiera comprendido la familia Lopez si hubiese sabido las ideas de doña Juana.

Esta señora, rica y criada con las preocupaciones de su época, tenia en mucho la aristocracia, siendo para ella el respeto al rango y a la nobleza como una segunda relijion. Dar la mano a un soldado y a un carpintero y ofrecerles su amistad, era una cosa que no se hubiera creido en los círculos sociales que frecuentaba doña Juana, pues era proverbial la rijidez de sus principios a este respecto. Y aunque dotada de un corazon noble, jeneroso y verdaderamente grande, no habia podido evadirse de esas creencias mamadas desde la infancia, y que la edad, la costumbre, la riqueza y el respeto de que se veia rodeada, habian arraigado todavia mas.

Luisa, al seguir a su madre, se acercó a Mercedes, y como llevándola un poco aparte de los otros, le dijo:

—Señorita, hoi ha sido uno de los dias mas felices de mi vida, y bendigo el accidente que me ha proporcionado la ocasion de conocer a usted. Le ofrezco mi amistad, asi como lo ha hecho mi madre; ¿quiere usted aceptarla?

—No solo con gusto, sino con agradecimiento, pues es un honor el que usted me hace; sin embargo, la pobre hija de un soldado y hermana de. . .

—Cállese usted, señorita, la interrumpió Luisa, porque las virtudes y las cualidades son las únicas cosas que constituyen el mérito de los individuos. Yo la creo a usted digna de mi amistad y se la ofrezco sin ceremonia y con franqueza.

—Ah! disponga usted de mí, señorita, dijo Mercedes; y como vencida por la noble y cariñosa independencia que

mostraban las palabras y el semblante de Luisa, añadió: "yo trataré de ser digna del precioso don que me ofrece usted."

—Así me gusta! abráceme usted ahora, pues desde este instante voi a poner en práctica nuestra amistad, exijiéndole a usted un servicio, porque los servicios son los que consolidan las afecciones.

—Ordene usted, señorita, estoi decidida a hacer cuanto quiera.

—Tome usted, añadió Luisa, sacándose una sortija de un solo y hermoso brillante, que tenia en uno de los afilados dedos de sus lindas manos; su hermano nos ha librado la vida esponiendo la suya; dele usted en mi nombre este anillo, y dígale que no lo considere como una recompensa de su accion, sino como una débil muestra de nuestra gratitud, como un recuerdo de nuestra amistad. Esta sortija, añadió la aristocrática jóven, tiene a mis ojos un gran mérito, pues ella encierra la memoria de una persona a quien he amado mucho, y este es el único valor que yo le doi y por el cual se la ofrezco. La piedra en sí nada significa, ella simboliza un recuerdo; esto es todo, y deseo ahora que sirva para hacer imperecedero otro recuerdo.

—¡Pero, señorita!

—Ni una palabra de escusa. Yo le presento a usted solo un valor moral, y en este concepto es que lo ofrezco y que espero sea aceptado, pues de otro modo me ofenderian y no enajenaria jamas este anillo.

Y Luisa, al entregárselo a Mercedes, besó la alhaja.

—Haré lo que usted desea, señorita. Por mi parte se lo agradezco, porque esto va a hacer mui feliz a Enrique, estoi segura de ello, y la felicidad de mi hermano es tambien la mia. Ya lo ve usted; de un solo golpe ha hecho a dos dichosos.

—Adios, querida amiga, dijo Luisa, abrazándola
mente.

En seguida dió la mano a Domingo y a Mart

profunda reverencia a Enrique, y salió a juntarse con su madre que la esperaba para montar al coche.

—Ah! esclamó doña Juana; se me olvidaba decir a ustedes que mi casa está situada en la calle de la Catedral.

—Mil gracias, señorita, respondió Domingo; bastante recompensados quedamos con sus bondades.

Doña Juana y Luisa subieron al carruaje.

Enrique estaba inmóvil, y la espresion de su semblante anunciaba una mezcla de satisfaccion y de dolor.

Un movimiento de cabeza y una mirada embriagadora, llena de voluptuosidad y de amor, fué dirijida a Enrique, y solamente a Enrique...

El coche partió.

IV.

Despues que hubo desaparecido el carruaje, dijo Domingo a su hijo:

—Has obrado mui bien, amigo mio, te has conducido con valor, estoi contento de tí; pero no lo hagas otra vez, ¡con todos los demonios! pues has estado en mucho peligro. ¡Y qué buenas señoras! prosiguió el sarjento, hablando con esa volubilidad que da la satisfaccion interior, ¡qué buenas señoras! qué sin vanidad! ¡Darle la mano a un pobre soldado! Y con que franqueza! Ella, que segun me parece, apenas se dignara estirar un dedo para un jeneral!

Enrique permanecia silencioso y sin responder a la charla de su padre.

—Vamos, continuó, sacudiendo a Enrique; tú que debias estar mas contento que nadie, eres el mas triste! Qué diablos! No te comprendo.

—¡Yo triste, padre mio, se equivoca usted! Jamas he sido mas feliz qué ahora y quizá no lo seré munca.

—Pero estás mudo, no te ríes, no hablas, no haces nada [illegible]fieste tu contento.

[illegible]rto, pero me parece que hai felicidades que hacen

al hombre reconcentrarse en sí mismo. Me parece, por lo que ahora esperimento, que hai dichas que refluyen al corazon y cuyo fuego se oculta en lo mas recóndito del alma. Yo estoi satisfecho, es verdad, pero mi satisfaccion, lejos de demostrarse esteriormente, me inclina mas bien como a buscar el retiro y la soledad para saborearlos con delicia. Ahora me parece que la suprema felicidad no es la risa la que la representa. El hombre que goza de un contento inefable, debe tener su semblante sereno; y aun creo que las lágrimas manifiestan mejor la verdadera alegria; y en prueba de ello, padre mio, ¿reia o lloraba Mercedes, reia o lloraba usted y mi madre cuando mi buena hermana habia dado su cama a Teresa? Y sin embargo, pocas veces los he visto a ustedes mas satisfechos, mas contentos, mas felices.

—Enrique tiene razon, a y mí tambien no me hace reir la felicidad, repuso Mercedes.

—A pesar del ejemplo que ha citado Enrique, y cuya verdad reconozco, yo creo que ustedes tienen ideas mui raras; ¿con que es preciso ponerse sério para estar contento?

Y el viejo Domingo soltó una estrepitosa y franca carcajada. Al menos, continuó, yo no he pensado nunca de tal manera, ni tu madre tampoco, porque era bien risueña cuando estaba niña: ¿no es verdad Marta?

—Es cierto, amigo mio; pero, si mal no me acuerdo, mi risa te daba rabia.

—Nada mas natural, porque cuando te hablaba formalmente sobre mi gran cariño, me respondias con una risita burlona que me desesperaba...

Entre estas y otras conversaciones, llegó la familia Lopez a la calle de San Pablo, mui contenta de las ocurrencias del dia...

....

V.

Una vez llegados a su casa y sentados tranquilamente, Marta les dijo:—¿Han notado ustedes a un hombre que nos ha seguido desde la Pampilla hasta aquí, ya quedándose atras, ya pasando adelante y mirándonos con atencion particular?

—¿Qué clase de hombre era ese? preguntó Mercedes a su madre.

—Un muchacho prieto, bajo, regularmente vestido. Me ha parecido como algun criado de casa grande: y la tenacidad con que nos miraba, es lo que ha llamado mi atencion.

—No lo hemos visto, contestaron todos.

—Ya lo creo, prosiguió Marta, venian ustedes con la imajinacion en el otro mundo, y no era estraño que no se apercibiesen de lo que pasaba a nuestro alrededor.

Al oir Enrique estas observaciones de su madre, penetró en él un rayo de esperanza, porque se figuró por un momento de que quizá podria ser algun emisario de las señoras del coche que habria sido mandado espresamente para saber dónde vivian; pero esta ilusion, que le habia hecho tan feliz al principio, se desvaneció al instante, porque, segun las palabras de su madre, el individuo venia siguiéndolos desde el mismo campo de Marte; de consiguiente, no era natural que fuese un criado de doña Juana de Váldes.

Pero nuestros lectores deben saber, o deben haber comprendido inmediatamente, que el astuto perillan no era otro que Tomas, que segundaba tan bien los amorosos intereses de su amo Guillermo.

—Dejemos esto a un lado, dijo Mercedes. Yo tengo una nueva mas agradable que comunicarles a todos, pues tengo un hecho mas cierto y positivo que ese cuento vago que acaba de decirnos mi madre y que talvez no son mas que presunciones de su parte.

—¿Cuál es? dijeron todos.

—Adivinen ustedes.

—Dínoslo inmediatamente, dijo Marta; pero nada de estraño debe ser que nosotros no lo sepamos, al menos si ha sucedido en este dia.

—Pues bien; ha sucedido en este dia, y ustedes no lo saben...

—Vaya! replicó el sarjento cariñosamente. Parece que hai misterios, y duendes, y hadas, y brujas, como se decia antiguamente, en nuestro paseo a la Pampilla, pues el uno estaba triste, la otra decia que venian siguiéndola, y ésta que trae un obsequio que ni siquiera se ve, a pesar que la estoi mirando de arriba abajo y que todavia no se ha desnudado.

—No se necesita mucho espacio para ocultarlo.

—Vamos, dinos de una vez el asunto.

—Es un regalo de esas señoras para Enrique.

—Para mí!

—Sí, ciertamente, es para tí, pues que me han encargado de dártelo.

Y Mercedes sacó de uno de sus bolsillos el hermoso anillo de Luisa, añadiendo: miren, ¡qué linda joya!...

—Pero no es a mí a quien te han dicho de darlo!

—¿Lo dudas?

—Ah! Mercedes! Por piedad, no me engañes...

—Engañarte! creia que tenias mejor opinion de mí, Enrique! Sabes que nunca miento; ¿qué razon habria, pues, para hacerlo ahora?

—Es verdad: ¡pero esto es tan inesperado! Esto sobrepuja a cuanto yo hubiera podido desear...

—Sin embargo, hermano mio, si la joya es hermosa, yo encuentro aun mas hermosas las palabras con que ella me fué entregada.

—Dímelas, Mercedes! dímelas!...

Hubo una pausa. Domingo y Marta escuchaban la conversacion sin proferir palabra, pero mui atentos y sobremanera interesados en el diálogo de sus hijos.

—Dímelas, Mercedes, volvió a repetir Enrique.

—Estás curioso?

—Mas que curioso, pues estoi impaciente...

—No quiero hacerte sufrir mas; porque, al contrario, deseo que te alegres; y tienes motivo para ello...

—Habla pronto!

—Lo voi a hacer... Cuando se preparaban a partir las señoras, me llamó aparte, ¿ya sabes quien? y me dijo despues de llamarme su amiga:—"Yo exijo de usted un favor que espero no me niegue."

Y diciéndole que jamas rehusaria cualquiera cosa que me pidiese, añadió:

"Dé usted esta sortija a su hermano; que no considere el valor que ella encierra, sino que la mire como un recuerdo: ella es una memoria de una persona que he amado mucho, y si tiene algun mérito, es solo considerado bajo este sentido moral."

—Por Dios! esclamó Enrique; ¿es verdad lo que dices? soi acaso acreedor a tanta dicha?

—Sin la menor duda, hermano mio! Tú has espuesto tu vida. ¿Qué menos podias esperar?

—La vida! ¿y qué es la vida? La volveria a arriesgar mil veces...

—Enrique! le interrumpió Domingo, ¿sabes lo que están diciendo? No, amigo mio, no has reflexionado lo bastante y por esto te espresas así; pero piensa por un momento en tu familia; considera nuestra desolacion, y entonces... Sabe, hijo mio, que no te debes a tí mismo solamente, sino a tus padres y a tu hermana, a quien harias para siempre infelices...

—Es verdad... he sido imprudente; ¡pero tanta jenerosidad, tanta elevacion!

Y tomando el anillo de manos de su hermana, lo miró por un momento, pasándolo en seguida a sus padres, que admirados decian: ¡qué hermoso! qué brillante! ¿cuánto podrá

valer? Dicen que estas piedras tienen un precio enorme...

Era talvez la primera ocasion que disimulaba Enrique, pues al tomar el anillo hubiera deseado besarlo: y sin embargo, lo pasó a los otros sin proferir una palabra y ahogando los ímpetus apasionados que sentia en su corazon.

—¡Qué amable y hermosa señorita! dijo Mercedes, interrumpiendo la pausa que habia seguido a la contemplacion de la sortija. ¡Si supieran ustedes cuánto tenian de cordial y franco sus palabras! cuán atrayente y seductora era su mirada! y cuánta animacion y nobleza se dejaba ver en aquella fisonomia pura y virjinal, envuelta en una aureola de superioridad imponente y dulce! Yo me sentia atraida hácia ella por un magnetismo irresistible, infundiéndome admiracion y amor: y a pesar de la franca cordialidad con que me llamaba su amiga, siento por ella mas bien respeto que familiaridad; pero no ese respeto que nace del temor, sino aquel que proviene de la admiracion: es mas bien ese sentimiento que tenemos por la madre de Dios.

—Has dicho la verdad, Mercedes, le respondió su hermano. Por mi parte, yo he esperimentado lo mismo, y puedo asegurar que hasta ahora no habia sido impresionado de una manera igual...

La cena fué servida por Marta, y durante ella la conversacion rodó sobre los diversos sucesos del dia. Todos estaban alegres, aunque de distinto modo. Domingo y Marta hablaban y reian; Mercedes los acompañaba alguna que otra vez en su contento franco y lleno de jovialidad; pero Enrique permanecia silencioso y como ajeno a la conversacion, sin embargo que era el mas feliz de todos.

Terminada la cena, Enrique trató de retirarse a su cuarto, pues tenia necesidad de encontrarse solo para vivir por las imájenes y por los recuerdos.

VI.

Cuando hubo entrado en su pequeña alcoba sacó el anillo e imprimió en él ardientes y apasionados besos, principiando esta especie de soliloquio:

—Yo amo, se dijo a sí mismo, y en esto no hai la menor duda! Lo que esperimento es terrible y embriagador. Se me asemeja estar en las profundidades tenebrosas de un abismo o en el recinto encantador de un delicioso paraiso. Por Dios! mi corazon palpita con una violencia inusitada y mi cabeza parece un volcan.

En efecto, una fiebre ardiente se habia apoderado de Enrique. Esta imajinacion fogosa y entusiasta, esta alma sensible y apasionada y que habia llegado hasta los veinte años sin que el vicio le hubiese debilitado, que estaba todavia intacta, pura, vírjen... no podia menos que esperimentar ese choque profundo que conmueve todo nuestro ser y que decide para siempre de nuestra vida.

Las grandes pasiones no pueden darse sino en la virtud. Solo a ella le es permitido embriagarse en ese perfume suave del amor; solo a ella le es dado aspirarlo en toda su ambrosía; solo por ella puede el alma levantar su vuelo hasta la idealidad.

Enrique amaba a Luisa, pero en este amor no habia nada de profano; todo era virjinal: era mas bien una especie de culto tributado a una divinidad, que un deseo ardiente inspirado por una belleza. Su imajinacion no habia levantado un pliegue a esa túnica de candor. No habia osado mirar uno de esos hechizos misteriosos y seductores que el velo de la inocencia cubria, haciéndolos impenetrables a la profanacion, porque Enrique creia a esa mujer de sentimientos nobles y elevados, y la creia así en fuerza de esa comunicacion misteriosa que une a los seres y por la que se asimilan y

aun se adivinan sin haberse jamas hablado: oculta irradiacion que emana de un alma para reflejarse en otra alma.

Enrique no se engañaba: habia al rededor de Luisa un fluido simpático y una aureola de virtud, de belleza, de gracia, de perfeccion moral, tan atrayente y tan deslumbradora, que nadie podia acercársele sin admirarla; pero este magnetismo se hacia sentir con mas fuerza en las personas buenas, nobles, sencillas; asi es que, mientras mas elevados fueran los sentimientos de un individuo, mas fuerte era el poder de atraccion que ella ejercia.

El destino de Enrique se hallaba para siempre fijado; pero una reflexion amarga, desgarradora y terrible lo atormentaba: esa reflexion era su estado, que poco antes miraba con cariño y ahora contemplaba con espanto. ¡Pobre artesano! ¿qué podia esperar? La indiferencia, el olvido, quizá la burla y el desprecio! A este pensamiento su alma se rebelaba y la justa indignacion del hombre le hacia levantarse superior a las preocupaciones.

—El desprecio! y por qué? se decia a sí mismo. ¿Es por ventura un crímen el trabajo? ¿Qué es lo que constituye el mérito? ¿Dónde está ¡por Dios! la verdadera grandeza, la verdadera elevacion del hombre?

¿Son, acaso, los vanos títulos de nobleza, el haber nacido rico por casualidad y el no encallecer sus manos en el trabajo, lo que es mas acreedor a las consideraciones humanas? ¿Es esto lo que forma la virtud? Nó! mil veces no! Y sin embargo, pensaba y decia Enrique, este es el hecho real, práctico y positivo de la sociedad! Esta es la apreciacion de los hombres, esta es la sancion lejitimada por el uso y por las costumbres!

Ahora bien, continuaba, ¿qué importa una opinion contra la aquiescencia universal? ¿Cambiaria acaso el sistema, la regla, las tendencias? No; esto es imposible.

Dejemos, añadia entonces, las cosas en su lugar y no reunamos a nuestros males el despecho de la impotencia.

¿Pero debo acaso huir? continuaba pensando Enrique. ¿Debo renunciar para siempre a esa niña divina que hoi hace toda mi dicha?

Tampoco, nadie hai que me obligue; y aun cuando asi fuera no lo podria hacer: de hoi en adelante, mi vida es suya, porque mi vida es su amor.

¡Me alimentaré de un imposible, pero no la olvidaré!

Olvidarla!... y aunque lo quisiera, ¿lo podria?

Pero si no la olvido voi a ser infeliz... ¡Infeliz! hé aquí la palabra, hé aquí mi destino...

Pues bien! sea... prefiero la desgracia al olvido, prefiero la muerte a la nada; porque sin su amor, la vida seria para mí un vacío infinito, inconmensurable, eterno.

¡Su amor!...

¡Insensato! ¿Y puedo yo contar con su amor?

Yo la amo, es cierto; ¿pero ella? ¡Ella no puede, no debe amarme! Hai una diferencia tan grande! Hai un abismo tan ancho, tan profundo entre ella y yo, que es imposible salvarlo.

¡Pobre loco! ¿Por qué pretender lo que jamas se ha de realizar? ¿Por qué sacrificar mi existencia a una quimera? ¿Por qué correr tras el sol para morir herido por sus rayos?

Y con todo, pensaba y se decia Enrique, este es el hecho, esta es la verdad. Yo no podré jamas libertarme, pues una atraccion irresistible me impele, me empuja, me arrastra: seré la mariposa que da vuelta incesantemente al rededor de la llama, hasta que perece, víctima de su imprudencia y de su pasion. Si este es mi destino, que se cumpla. Ya lo he dicho, estoi resuelto a todo, porque prefiero la muerte a la nada! ¿Para qué querria yo ahora la vida?

Y sin embargo, ¿me ha de consumir un sentimiento estéril? Y mis padres, y mi hermana, ¿qué seria de ellos? No, es preciso vencer, es preciso luchar.

¡Luchar! vencer! Palabras vanas! Yo lo siento, lo veo, lo palpo: luchar y vencer me es imposible.

¿Y no podré obtener ese rango, esa fortuna, esas consideraciones que tanto se ambicionan? Difícil! estoi mui abajo de la escala social para conseguir llegar a la cúspide.

Pero ¿por qué abatirse? Cuántos hombres, talvez inferiores a mí, han alcanzado lo que pretendian! Y yo, en vista de una tan hermosa recompensa, ¿habria de quedar sin resultados?

Pusilánime! volvia a esclamar Enrique; este es el punto a que debo aplicar toda mi enerjia, toda mi voluntad.

Se trata de luchar para conseguir el mas espléndido triunfo, y es preciso hacerlo.

Tengo una distancia inmensa que andar; pero tambien tengo una luz que me guie al puerto y un faro que me impedirá desviarme del camino... tengo a Luisa por recompensa!...

Y Enrique, ébrio de amor, besaba la sortija, recordando con delicia todos los incidentes de aquel dia, las miradas y movimiento de Luisa, en que creia ver brillar el mismo sentimiento que él esperimentaba; y lleno de esperanzas, combinaba en su imajinacion mil planes, hacia mil proyectos y se entregaba a mil ilusiones que lo hacian gozar.

Dejemos a Enrique dueño de las combinaciones que se proponia llevar a cabo, y vamos con el lector a ocuparnos de algunos otros personajes que toman parte en esta historia.

El interior de una casa aristócrata y la crítica de buen tono.

I.

En una suntuosa casa de la calle de las Monjitas, propiedad de la madre de Guillermo, se encontraba éste en el salon, conversando con ella y otra señora de edad que le hacia compañia.

Guillermo, despues de su paseo al campo de Marte, habia cambiado traje para irse a la Alameda, de la que habia vuelto con el propósito de esperar a su criado para que le diera cuenta de la comision que le habia encargado, por cuya razon no fué al teatro, prefiriendo quedarse en casa.

Pero antes de dar cuenta a nuestros lectores del resultado del encargo hecho al criado y de otros incidentes que tuvieron lugar esa misma noche en los salones de la madre de Guillermo, pasaremos a describir lijeramente lo que es el interior de estas casas en que vive nuestra aristocracia de familia o de fortuna, aun cuando pudiera decir con propiedad que en Chile no existe la primera, porque no hai antiguos y gloriosos nombres cuya série de abuelos aparezca figurando en la historia desde siglos remotos; y sin embargo, habrá pocos paises donde las preocupaciones de linaje o alcurnia estén mas ridículamente arraigadas y peor concebidas.

El fundamento de nuestra nobleza consiste principalmente en traer su oríjen de algunos pobres españoles medio

decentes que vinieron a estas comarcas en tiempo de la conquista, de unos cuantos agricultores, dueños de mas o menos estensos campos, *haciendas*, que cultivan por sí mismos, es decir, ayudados de los *inquilinos*, a quienes tiranizan y esplotan y que mas parecen siervos que hombres libres, como tambien de unos pocos traperos y usureros que han hecho fortuna detras del mostrador o por medio del ajio; asi es que el jénero de vida de lo que aquí llamamos aristocracia, se resiente mucho de su oríjen plebeyo, pues, con mui pocas escepciones, no se tiene el menor gusto por las bellas artes, ni se aprecia ni se adopta el confortable, creyendo buen tono lo que es ridícula vanidad y anteponiendo la ostentacion a las comodidades.

Los salones de recibo de nuestras casas ostentan ricos amueblados, y aquí está todo el lujo y aquí se limita el aseo, pero penetrad en el interior y vereis el desórden y la inmundicia. Criadas desgreñadas y sucias, a quienes pagan miserablemente y a quienes no les dan ni su ropa limpia, pues ellas de su corto salario tienen que pagar el lavado, son las que componen la servidumbre de los dueños de esos palacios, cuyo esterior anuncia la abundancia y en cuyo interior se ve la economia parsimoniosa de la miseria.

Entre nosotros todo se sacrifica a la ostentacion y no a la comodidad, al lujo y no al confortable; asi nuestras señoras regatearán un centavo al pobre artesano, reducirán cuanto es posible el salario de sus sirvientes, por los que no tienen jamas el menor cuidado; pondrán en sus mesas puchero, charquican o frejoles, no se cuidarán del aseo interior de sus personas; pero en cambio tendrán ricos vestidos de seda, brillantes equipajes, suntuosos salones; en fin, todo aquello que aparezca a la vista, mientras que lo demas solo presentará esa sórdida avaricia que en el acto permite conocer la ridícula vanidad del advenedizo, con su riqueza de oropel y su fausto de mal tono.

Nuestros aristócratas están, por esta misma razon, llenos

de pretensiones absurdas y no de orgullo verdadero; blasonan mucho su oríjen pero no saben ser nobles; aparecen con modales altaneros y cometen acciones impropias; ambicionan mucho el respeto, pero no han aprendido a tener dignidad; poseen una charra fanfarroneria y no la distincion sencilla de la elegancia real; quieren fascinar con la parada, pero les faltan los modales, la cultura, el talento, que nunca lo adquirirán, porque tienen la presuncion estúpida de la soberbia y porque están empapados en su importancia ficticia.

Este es indudablemente el motivo por que tienden a desaparecer y pierden su importancia de dia en dia esas familias que antes eran el todo en nuestra sociedad. Actualmente la clase media es la que, se puede decir así, ocupa los primeros puestos y donde se encuentran los hombres mas distinguidos, sea entre gobernantes, jurisconsultos, literatos e industriales, pues parece que la ciencia sube de abajo hácia arriba en lugar de venir de arriba hácia abajo, lo que manifiesta que la rejeneracion de nuestra aristocracia, la reforma de nuestras costumbres y el progreso de la nacion emanarán del pueblo, que absorberá en breve los últimos restos de esas preocupaciones que detienen la marcha y la civilizacion de estos paises.

En prueba de ello dejan ya apercibir entre nosotros este cambio favorable. Las costumbres se modifican en el verdadero sentido, pues vemos ya que la soberbia del noble tiende a desaparecer, asi como la abyeccion de las clases trabajadoras, estableciéndose poco a poco ese nivel que forma la grandeza de los pueblos, porque los hace libres, que cria la soberania individual, porque los hace fuertes, y que nos lleva hácia esa democracia que es la que trae la perfeccion moral, porque envuelve la dignidad y la independencia humana.

II.

La casa de Guillermo era poco mas o menos como lo son todas las de Santiago: un gran zaguan, donde está regularmente el portero, un espacioso patio, piezas a ambos costados y al frente tres departamentos que vulgarmente se denominan: sala, cuadra y dormitorio. Esta última pieza, impropiamente llamada así, pues no hai en ella ninguna cama, es una especie de segundo salon de recibo, donde se admiten las visitas de confianza y donde se quedan las señoras durante el dia haciendo sus labores.

En casa de Guillermo, la antesala estaba adornada con sillas de terciopelo de lana color rosa, cuyos grabados correspondian bien a su respaldar de forma gótica. Este amueblado, recientemente en moda, era poco mas o menos el mismo que se usó en América a mediados del pasado siglo, con la diferencia que en aquella época eran mui pocas las casas cuyos salones estuvieran tan lujosamente amueblados, mientras que ahora casi todas tienen el mismo tren, no distinguiéndose, al menos por lo que hace a la riqueza de los salones, cuáles son las personas que gozan de mas o de menos fortuna; pues en el espíritu de ostentacion que nos domina, los unos han seguido tras de los otros, las mas veces sacrificándolo todo al deseo de brillar; y asi no es estraño ver en la casa de un comerciante de hipotética fortuna o en la casa de un empleado que tiene una regular renta, pero que no está en armonia con el lujo que ostenta; no es estraño, decimos, hallar tan ricos amueblados como el que tienen las personas mas acaudaladas.

Completaban, pues, el aderezo de la antesala de la casa de Guillermo, dos mesas de arrimo con cubierta de mármol, que estaban colocadas una enfrente de la otra, coronadas de grandes espejos, cuyos dorados marcos tocaban con las molduras del techo. Hácia el fondo, y medio a medio de la

muralla, se veia una hermosa chimenea de mármol jaspe y sobre la cual habia un péndolo, dos jarrones de flores y algunos lindos juguetes o curiosidades de gusto por su finura o por su rareza. Una lámpara solar estaba colocada sobre una mesa redonda tambien de mármol y haciendo juego con las dos de arrimo. Esta lámpara daba suficiente luz al salon, que, como hemos dicho, podriamos llamar con bastante propiedad salon de confianza, porque era destinado para recibir diariamente las personas que no exijian una rigurosa etiqueta.

Contigua a esta habitacion, que se puede clasificar de mediano lujo, estaba el verdadero salon de recibo. Las sillas de este departamento eran de brocato, con respaldos dorados. Las murallas estaban tapizadas de raso color caña con pequeñas estrellas blancas que parecian de plata y que hacian un lindo efecto. Esta pieza tenia dos ventanas que daban al patio de entrada y en medio de las cuales estaba colocado un magnífico piano ingles de Collard & Collard. Frente a estas dos ventanas habia dos puertas que daban hácia el segundo patio, pudiendo divisarse un pequeño pero hermosísimo jardin, de flores tan variadas como raras, y cuya fragancia perfumaba aquella lujosa habitacion En medio de estas dos puertas y haciendo frente al piano estaba colocada la chimenea, coronada por un grande espejo ovalado. Dos jarrones del Japon contenian hermosos ramilletes de flores. Otras dos puertas colaterales correspondian, la una al dormitorio o salon de confianza, como lo hemos llamado, y la otra a la sala, que por lo regular estaba constantemente cerrada; pero de todas ellas lo mismo que de las ventanas pendian hermosas cortinas de seda.

Del techo se desprendian dos magníficas arañas de cristal con muchísimas luces, que parecian nacer de dos festones que formaba el estuque. El alumbrado de esta habitacion consistia en dos candelabros de bronce, que estaban colocados sobre la chimenea, reflejando una brillante claridad,

pues las arañas solo se encendian en las grandes festividades o cuando se daba alguna tertulia o baile, lo que sucedia con alguna frecuencia, pues la madre de Guillermo gustaba mucho de la sociedad.

En este suntuoso salon encontramos, como ya lo hemos dicho, a Guillermo reclinado lijeramente en una muelle poltrona conversando con su madre y otra señora, que estaban sentadas en un sofá inmediato.

III.

—¿De cuándo acá no has ido al teatro? preguntóle la madre.

—He vuelto de la pampa un poco cansado.

—¿Qué señoras has visto?

—Encontré a las señoritas L... que me dijeron que esta noche pensaban venir a ver a usted.

—¿Por eso te habrás quedado?

—No, madre mia.

—Quién sabe! dijo la señora sonriendo: Amable y Severa son buenas mozas; tu fama de calavera ha llegado hasta mí...

—Pero la mucha amabilidad y la mucha severidad no me agradan, y justamente las señoritas L... tienen las cualidades de sus nombres.

—Eres bien difícil de contentar.

—La una me empalaga y la otra me asusta.

—¿Y a Luisa Valdes la has encontrado en el paseo?

—Creí verla en un momento, pero se me perdió entre la multitud.

—Si ella te oyera hablar así, no quedaria mui satisfecha de tu contestacion; porque verla y perderla es una falta grave en un enamorado y no prueba mucho en favor de la intensidad de su cariño.

—Así será...

—Pero es preciso que te resuelvas de una vez...

—Nunca he puesto la menor objecion.

—¿A qué?

—A cumplir la voluntad de usted.

—Está bien; pero necesario es que te muestres mas obsequioso y no cometas en otra ocasion la inadvertencia de verla sin apresurarte a hablarla: estos descuidos son imperdonables para nosotras...

La madre de Guillermo fué interrumpida por la llegada de las señoritas L..., que entraban en ese momento.

Todos se pararon para recibirlas.

Amable se echó en brazos de la madre de Guillermo, estendiendo en seguida su mano a éste, mientras su hermana Severa se limitaba a hacer una profunda y ceremoniosa reverencia.

—Ustedes no desmienten sus nombres, hijas mias, dijo la madre de Guillermo a las dos niñas: justamente hablábamos de esto mismo con mi hijo no hace mucho tiempo.

—¡Han tenido ustedes la bondad de ocuparse de nosotras!... esclamó Amable, dirijiendo una cariñosa mirada a Guillermo, como para recompensarlo por su recuerdo.

Severa se contentó con hacer un saludo.

—Nada mas natural, repuso Guillermo; el mérito es siempre digno de alabanza y se recuerda con placer.

—No nos ponga usted orgullosas, pues esas palabras en boca de usted, que es el mas distinguido de nuestros jóvenes, es el elojio mas lisonjero.

—Y mas merecido...

—Vaya! callará usted, dijo Amable, con la sonrisa mas dulce que hubiera estudiado en su tocador...

—Ya que ustedes son modestas hasta la severidad, replicó Guillermo con un tonito medio burlon, espero me digan si se han divertido mucho y cuántos prisioneros han hecho sus gracias.

—Prisioneros!... ¿Está usted loco? ¿quién puede fijarse en nosotras? Por otra parte, solo hemos dado una simple vuelta y estuvimos en la Alameda sin bajarnos del coche.

—La Alameda!... ese es el verdadero palenque donde quedan ustedes siempre vencedoras...

—Usted es el mas amable embustero que he conocido; pero ya le he dicho que no nos hemos bajado del coche.

—Se han mostrado entonces demasiado crueles... ¡cuántos ojos tristes y lánguidos que no sabian donde posarse habrá habido en el paseo!...

—No nos diga usted eso, interrumpió Severa; nosotras no tenemos la pretension de llamar las miradas de nadie; pero si no hemos bajado del carruaje hoi, ha sido porque habia mucha chamuchina. Este dia, como usted sabe, invade el pueblo toda la Alameda, y la jente decente se encuentra oprimida y codeada, de tal manera, que el paseo se hace desagradable.

—Sobre este último punto tiene usted mucha razon, señorita Severa; pero sobre el primero no se ha dignado contestarme.

—Mi hermana le ha pedido a usted el no ser lisonjero; y yo a su demanda añado mi súplica...

—Tiene razon Severa, agregó Amable; usted nos dice cumplidos que debiera guardar para otras, como Luisa Valdes, por ejemplo.

Y una sonrisa significativa y burlona vagó sobre los rosados labios de la jóven, sin que su mirada dejara de tener algo de interrogativo e interesado.

Hubiérase dicho que trataba de descubrir un secreto, y que bajo las apariencias de la urbanidad mas esquisita se ocultaba un deseo que se asemejaba algo a la envidia o a esa rivalidad que esperimenta todo ser vulgar por la superioridad de los otros.

Guillermo, con su esperiencia de mundo y el conocimiento casi perfecto que tenia del corazon de la mujer, y sobre todo de las señoritas en cuya sociedad se encontraba, respondió a Amable con un aire en que se denotaba cierto respeto por la persona de quien hablaban y cierta preferencia por

las presentes, sin que por esto dejase ver una marcada adhesion.

—No seré yo de ninguna manera, contestó, quien ponga en duda el mérito y atractivos de la señorita Luisa Valdes; pero no por esto dejan de haber otras, si no superiores, al menos iguales a ella...

—Sin embargo, la llaman la reina de nuestra sociedad, y nunca le faltan admiradores!... No lo negaremos: ella es mui buena moza; pero tiene un aire de desdeñosa frialdad que choca; pero esto mismo talvez agrada a los jóvenes, porque es lo que jeneralmente les gusta: una beldad fria que no se conmueve, es algo que halaga la vanidad, pues todos se empeñan en derretir el hielo. No crea usted que yo trato, bajo ningun aspecto, de negar el mérito de Luisa, sino que, al contrario, soi la primera en reconocerlo; pero creo que le han puesto en la cabeza desde temprano que es linda, y esto, sin duda alguna, hace escusables sus desdenes, que se resienten de una vanidad tambien no menos escusable.

—Por la misma razon es preciso ser induljente, dijo Guillermo, riéndose maliciosamente.

—No hai la menor duda, replicó Severa; nosotras, lejos de criticarla, la escusamos.

—Esto es lo que hacemos, contestó Amable, y esto es lo que debemos hacer, porque es nuestra amiga.

—Ya lo veo, repuso Guillermo con un tono sardónico, pero en el que no se notaba la mas lijera descortesia. La bondad de ustedes se estiende hasta llegar a atribuir los defectos a aquellos que la rodean y a los que pueden haberle hecho crear la educacion mimada que ha recibido; pero todo esto es mui perdonable, como ustedes mismas dicen, ¿y cuál seria la niña que no se pusiera orgullosa y que no creyera en su mérito, cuando hai tantos que se lo dicen a cada instante con el deseo de agradarla?

—Amable encuentra siempre alguna disculpa para los pequeños defectos que ve en las otras niñas, dijo la señora

que estaba al lado de la madre de Guillermo y que, siendo tia de Amable y Severa, habia venido con ellas. Esta muchacha, añadió, nada halla malo, y en su ignorancia lo mira todo bajo el mejor lado. ¡Pobre niña! prosiguió, ¡todavia no comprende el mundo! Si supiera cuánto veneno hai en él! Si supiera que el mayor encanto y la ocupacion favorita de la sociedad se reduce a la crítica! Y que una no es espiritual y agradable mientras no habla mal del prójimo! Entonces talvez no se empeñaria en hacer el panejírico de las otras!

—Pero, señora, contestó Guillermo, la señorita Amable, lo mismo que la señorita Severa, hacen mui bien de obrar así y esa conducta las recomienda altamente ante las personas sensatas. Por otra parte, sus observaciones están llenas de juicio, sabiendo separar los defectos de las cualidades e investigando las causas de las unas y de las otras con una imparcialidad y un criterio que prueba no ser mala voluntad sino sagacidad; por esta razon han clasificado en su verdaderó punto la altivez de la señorita Luisa Valdes, encontrando al mismo tiempo su disculpa.

Y Guillermo, como su madre, se sonreian maliciosamente, pero sin que se pudiera notar en sus semblantes nada que revelase sus pensamientos interiores; pues, por el contrario, parecian mui satisfechos de las observaciones de la tia, como de las palabras de las sobrinas.

Sin embargo, Amable, a pesar de estar persuadida de la fuerza de sus objeciones y de que Guillermo estaba íntimamente convencido de lo que habia dicho, tributándole a la vez cierto respeto por su penetracion y por su lójica, replicó:

—Me parece que usted habla de un modo irónico, y estoi inclinada a creer que se burla de nosotras.

—Señoritas! No puedo figurarme que tengan tan mala opinion de mí para hacerme ese agravio, ni tanta modestia para que desconozcan la sagacidad benévola de sus obser-

vaciones y la admiracion respetuosa que ellas me causan. Por mi parte, creo mas bien que usted, o aparenta desconocer mis sentimientos, o trata de burlarse de ellos.

—No diga usted eso; somos Severa y yo demasiado verídicas para disfrazar la verdad, y demasiado sencillas para conocer el doblez, así es que damos entera fé a sus espresiones.

—El cumplimiento que ustedes se dignan hacerme no puede ser mas satisfactorio a mi amor propio; ¿con que mi veracidad está en relacion directa con su sencillez? Esto quiere decir que no miento sino porque ustedes me creen... lo que no es mui lisonjero, pues mi virtud depende de la de ustedes.

—Bajo ningun aspecto; usted, como nosotras, dijo Severa, puede poseer las mismas cualidades; lo uno no escluye lo otro.

—Quedo satisfecho, respondió Guillermo riéndose. La especie de asociacion que hacemos en la virtud, no puede menos de serme mui satisfactoria, y de hoi en adelante quiza me pongo mas presumido.

—Usted no lo será nunca, porque el verdadero mérito es siempre modesto; pero dejemos esta conversacion a un lado, porque usted jamas querrá consentir en sus cualidades, y hablemos del paseo y de las ocurrencias del momento, y dígame con franqueza: ¿Ha reparado usted en el mal gusto con que en estos dias han ido vestidas las B..? ¡Qué trajes tan chocantes!.. ¿no es verdad? ¡Cómo es posible tener tan mal juicio, y sobre todo tan mal gusto!

—¿Quiere usted que le diga la verdad, señorita Amable? Es que ya no comprenden la época.

—Tiene usted razon; ya son bastante viejas, segun dicen, pero no quieren confesarlo; y a mi modo de ver, se hacen mas ridículas mientras mas se afanan en aparecer jóvenes. ¿Para qué se pondrán esos colores vivos que solo pueden ir bien a las niñas de quince?

—Usted lo ha dicho: para ocultar sus treinta.

—¡Qué engaño! ¡Qué tonteria! ¿Acaso debe una ocultar su edad?

—Todas no están adornadas de esa franqueza que la hace a usted tan recomendable.

—Es verdad, dijo la tia: Amable y Severa nunca ocultan sus dieziocho o diez y nueve años, que es la verdadera edad que tienen.

—Y sin embargo, replicó Guillermo, todo el mundo no les da arriba de quince o dieziseis: ¡este es un prodijio de injenuidad, una leccion práctica que no dejará de avergonzar a las demas en sus pretensiones tan absurdas como injustificables!

—¿Y lo creeria usted, caballero, esclamó la tia: las envidiosas dicen que tienen de veinte y tres a veinte y cuatro.

—¡Qué maldad! y todavia mayor, cuando en sus rostros aun no demuestran la edad que confiesan!

—Pero la presuncion herida y un sentimiento de despecho las hace hablar, prosiguió la tia.

—Entonces vale mas dejarlas, contestó Guillermo, porque ellas llevan en sí mismas el castigo: en su desengaño.

—Pues esto es lo mismo que sucede, volvió a replicar la bondadosa tia, contenta de la aprobacion de Guillermo; y sin embargo, Amable y Severa no les pagan jamas con la misma moneda; pues ellas cuando hablan, no critican, sino que dicen la verdad.

—Dejemos esta conversacion, dijo Amable a su tia; y volviéndose hácia Guillermo, le preguntó: "¿Ha reparado usted los nuevos sombreritos que se están usando?"

—Son todavia mui poco comunes; solo he visto con ellos en el paseo a las señoritas P...

—Justamente las que no debieran ponérselos.

—Y en efecto, estaban admirables de estravagancia.

—Já... já... já... ¡qué pícaro es usted! me parece que lo voi conociendo.

—No hago otra cosa que ser justo y decir lo que pienso.

—¡Y qué mordaz! Yo me guardaria bien de su lengua. ¡Lo que son los hombres!

—¿Pero qué hai en esto?

—¿Qué hai? Que a pesar de sus críticas, usted le daba el brazo a una de ellas, y parecia ir mui complacido.

—¿Qué quieren ustedes? Nunca un hombre bien educado debe olvidar con las señoras la cortesania a que son en todo caso acreedoras.

—Y tras esa cortesania está el veneno de la maledicencia.

—Señoritas! Yo no he dicho una palabra que pueda en lo menor herir la reputacion de las señoritas P...

—Si no ha atacado usted la reputacion, ha señalado el ridículo; y no sé cuál de las dos cosas sea peor, dijo Amable, riéndose...

—Usted es mui maliciosa: yo he hablado únicamente de los sombreros.

—Sí... de los sombreros! y usted ha añadido que estaba admirables de estravagancia!

—Pero note usted que quien hizo la primera observacion...

—Sí! está bien... pero Dios me libre de caer en sus manos.

—Ustedes están exentas de todo, porque con dificultad se encuentran...

—Sí! nuevas lisonjas! Ya no le creo, porque me ha puesto mui desconfiada...

—Haria usted mui mal en ello, pues hai personas para quienes sé ser sincero.

—Bien temibles son en todo caso sus sinceridades.

Esta conversacion fué interrumpida por la llegada de nuevas visitas. Todos se pararon para recibirlas.

Eran doña Juana y Luisa Valdes, que entraban al salon.

Amable, que habia hablado de la altivez o vanidad de Luisa, fué la primera que corrió a abrazarla.

Guillermo permaneció parado mientras tomaban asiento, levando a doña Juana hasta el lado de su madre y retirándose en seguida al círculo de las niñas.

La demócrata.

I.

Pasados los primeros momentos, en que la volubilidad femenina hace una confusion de preguntas, de saludos y contestaciones tan rápidas como variadas, confusion que nos negamos a describir, porque no se puede dar una idea completa de esas voces y medias palabras dichas y contestadas con una rapidez prodijiosa, modulaciones apenas articuladas, pero comprensibles y de una gracia sin igual a la vez que inimitable; pasados, pues, estos primeros momentos, que, como hemos dicho, renunciamos a copiar, porque nuestra pluma no representaria con fidelidad un cuadro de tan animado colorido, doña Juana dijo a las demas señoras: "hoi hemos escapado a la muerte por un verdadero milagro. Yo no puedo atribuirlo a otra cosa, pues es imposible que en igual caso se salvara alguien."

—Vamos, dijeron todas las señoras con interes, ¿qué les ha sucedido a ustedes?

—Yo no puedo casi decir nada del principio, porque al momento de desbocarse los caballos me desmayé... y solo vine a recuperar mis sentidos cuando ya habia pasado el peligro, encontrándome en una pobre cama de un miserable cuarto. Pero les referiré lo que me ha dicho Luisa, que no perdió el conocimiento, como igualmente lo que ví despues de mi desmayo. Y doña Juana narró el acontecimiento tal

como se lo dijera Luisa y como habia podido juzgarlo ella misma, despues de pasado el peligro.

—Es verdaderamente un milagro, dijeron todas, y tiene usted mucha razon para afirmar, sobre todo en este dia, que han escapado a una muerte cierta...

—¡Qué desgracia tan grande hubiera sido, dijo Amable, apoderándose cariñosamente de la mano de Luisa!..

Guillermo estaba pensativo; no porque se hallase fuertemente impresionado, sino porque, segun la descripcion de las personas que habian socorrido a doña Juana y a su hija, no podia menos que ser la misma familia que él habia notado en el campo de Marte y que habia mandado espiar por su criado. Estaba pensativo, decimos, porque una especie de presentimiento vago e indefinido le hacia ver las cosas de un modo lúgubre, pareciéndole hallar en aquel acontecimiento casual una relacion misteriosa que hubiera de influir en el destino futuro de su vida; pero sacudiendo esta penosa impresion, dijo en un tono sarcástico y amargo:

—Esa pobre jente quedaria bien recompensada; y con algunos escudos que les habrán dado ustedes se irian a celebrar este fausto acontecimiento, que nada tiene de sobrenatural, en alguna taberna, brindando a la jenerosidad de ustedes, que no tardarán en esplotar mui luego.

Las mejillas, jeneralmente pálidas de Luisa, se cubrieron de un lijero carmin, y sus grandes ojos, vivos y ardientes, despidieron en esta ocasion chispas eléctricas, asi como su boca imperativa y desdeñosa tenia un ademan de desprecio tan marcado, que el mismo Guillermo, a pesar de ser tan dueño de sí, se sintió avergonzado y humillado ante aquella actitud tan elocuente y que revelaba de lleno la espresion de sus mas íntimos sentimientos.

—Parece, señor, replicó Luisa, despues de una lijera pausa, parece que usted tiene mui mala opinion de los pobres, pues no puede concebir que existan en ellos sentimientos de jenerosidad.

—Lo confieso.

—Es que muchas veces no se ve o se niega la grandeza de una accion porque somos incapaces de comprenderla o de practicarla. . .

Estas palabras, dichas con sencilla majestad, desconcertaron casi completamente a Guillermo; pues, si bien podian tomarse como una observacion jeneral, no eran por esto menos alusivas.

—Veo bien, señorita, balbuceó Guillermo, que se hace usted una ilusion juzgando a los otros por sus sentimientos, y este noble entusiasmo disculpa las espresiones que acaba usted de decir; pero no podrá menos de convenir conmigo en que esa pobre jente no está a nuestra altura, y que las personas de quienes tiene usted la bondad de ocuparse no se habrán hecho mucho de rogar para estirar la mano y recibir su jenerosa recompensa.

—Se equivoca usted, señor; esas jentes no han recibido una sola moneda, ni nosotras hubiéramos tenido la crueldad de ofrecérselas; y me parece que hubiera sido inferirles un grave insulto el haber pretendido pagarlas con dinero.

—Cada vez me persuado mas que es usted víctima de una alucinacion, creyendo ver en los otros lo que siente en sí misma.

—Asi es, señor, interrumpió doña Juana; lo que dice Luisa es la verdad; pues tal era la espresion de desinteres y jenerosa bondad que revelaba el semblante de aquella jente, que no me habria jamas atrevido a recompensar al jóven y a su familia con dinero; y sin embargo, estaria dispuesta, y lo haria con gusto, a darles tres, cuatro, o cinco mil pesos; pero mientras mas pienso en esto, menos me atrevo. . .

—Ensaye usted, y se desengañará...

—Quien se desengañaria seria usted, interrumpió Luisa; pues aun cuando nada tendria de humillante el que aceptaran una pequeña muestra de nuestra gratitud, no lo harian.

—Pues esto es un milagro mayor que el no haber sido

ustedes hechas pedazos en el coche, replicó Guillermo, un poco despechado, pero con la sonrisa en los lábios.

—No comprendo, dijo Luisa, por qué se niega tan redondamente a los pobres los buenos sentimientos; parece que fueran de una naturaleza distinta a la nuestra, para no concederles la menor elevacion.

—Si hemos de hablar filosofia y socialismo, respondió Guillermo con tono irónico, convengo con las opiniones de usted, y quizá iria mas lejos, señorita, pues llegaria a ser partidario de los principios de Proudhon; pero desgraciadamente, esas bellas utopias desaparecen o se pierden en el terreno de la práctica. Ustedes que, encerradas en su salon u ocupadas en su tocador, no han tenido ocasion de estudiar al pueblo, es fácil que lo vean bajo un dorado prisma; pero nosotros que estamos en continuo contacto con él, tenemos la desgracia de haber perdido completamente estas ilusiones que saben esplotar los novelistas, de donde ustedes toman esas ideas, pero que en realidad, si ustedes mirasen las cosas de cerca, desapareceria la poesia con que lo adornan. Por esto me es mui estraño que hayan encontrado ustedes tanta elevacion y jenerosidad en un triste soldado y un pobre artesano...

—Y sin embargo, ese soldado y ese artesano han sabido hacer una accion que me alegraria ver en un caballero, pues su arrojo era varonil, su desprendimiento inimitable y su modestia sin afectacion, porque no habia en ellos ese aire disimulado que aparenta apocar un servicio para darle mas mérito y que se lo reconozcan mejor. Agregue usted a esto, añadió Luisa con una malicia encantadora, que ese artesano tenia una fisonomia tan noble y distinguida como no la he encontrado nunca entre nuestros jóvenes aristócratas.

—Es todo un héroe de novela el que usted nos pinta, señorita Luisa, dijo Guillermo, conteniendo mal su despecho.

—¿Con que tan buen mozo es? preguntó Amable.

—Desearia conocerlo, agregó Severa.

—Y perderia usted la ilusion en el acto, repuso Guillermo, porque no hai en Chile ni en ninguna parte del mundo artesanos como a la poética imajinacion de la señorita Luisa agrada pintarlos. Yo he viajado mucho, pero todavia no he hallado ese ideal, porque en todas partes el pueblo es el pueblo, es decir, inmoral, grosero y estúpido.

—Pues bien, replicó Luisa; yo difiero completamente de su opinion: voi a decirle los motivos que tengo para ello.

—La escucharé a usted con mucho gusto, pero dudo que sus razones sean tan concluyentes e incontestables que puedan destruir convicciones formadas por una esperiencia jamas desmentida.

II.

Las personas que presenciaban esta escena estaban silenciosas y atentas, pues les parecia que bajo estas palabras dichas con toda la dignidad de la mas circunspecta cortesania, se envolvia un misterio y quizá un drama. No hai duda que el alma tiene afinidades que nosotros no comprendemos ni esplicamos; pero, sin embargo, ella juzga de las intenciones ocultas y aun presiente los futuros acontecimientos cuando las palabras mismas nada dicen o desmienten por su moderacion la hostilidad de las intenciones, pues sabe sacar la secreta significacion, a pesar de las apariencias.

Luisa era jeneralmente mui parca en palabras, pues por sist ma o por gusto hablaba poco; de manera que nadie conocia sus ideas, y hasta su madre misma las ignoraba en parte; pues si es verdad que siempre habia visto a Luisa tratar con dulzura a los pobres y llamarles delante de ella sus hermanos, no es menos cierto que este tratamiento lo consideraba doña Juana como una fórmula de caridad, no presumiendo que su hija fuese mas allá. Guillermo tampoco conocia con exactitud el secreto de los pensamientos de Luisa, pues a pesar de su finura, de su intelijencia y de su trato de mundo, siempre se le habia quedado algo por descubrir en esta

naturaleza escepcional y reservada sin afectacion. El no habia podido penetrar mas que la corteza; asi es que participaba, no diremos de la ansiedad jeneral, pero al menos del deseo de conocer bajo otra faz el interior de esta mujer que lo habia dominado siempre y por la que sentia, a causa de esta misma superioridad, una mezcla de amor y de odio de que él no se podia dar cuenta.

—Esta conversacion, dijo Luisa, en lugar de ser agradable, como lo esperaba, pues una accion heroica se recuerda con gusto y merece la alabanza de todos, ha dado márjen para una censura o para una manifestacion hostil contra los pobres, a quienes deberiamos protejer en vez de zaherir, porque ya son por sí mismo bastante infelices.

Luisa estaba un poco conmovida; talvez un presentimiento secreto, talvez una inclinacion oculta, talvez el recuerdo de Enrique vagaba en esos momentos por su imajinacion; sin embargo, ella continuó espresándose así:

—Quizá no esperaban ustedes encontrar en mí las ideas que voi a emitir. Mi juventud y mi inesperiencia no me han dado todavia una conviccion profunda sobre la materia de que voi a ocuparme; pero mi reflexion y el deseo de hacer el bien, han suplido en parte a mi falta de conocimientos. Nuestro sexo, ademas, no está llamado a tomar un rol activo en la investigacion de aquello que alivie a la humanidad y contribuya a su progreso; y sin embargo, no sé qué voz me dice que la mujer debiera ocupar el primer puesto; pero lejos de esto, nuestra sociedad ridiculiza a toda aquella que pretende salir de la estrecha senda que nos ha sido trazada; y con todo, me parece oir la voz de Dios en el interior de mi pecho, que dice a la mujer: "levantaos, porque vuestro destino es mas hermoso, mas grande, mas providencial."

Luisa calló por un momento, como para reconcentrarse en sí misma, y esta especie de preámbulo llamó aun mas la atencion de las personas que formaban esta pequeña pero aristocrática reunion.

—Los jóvenes de la primera categoria, añadió, tienen, a mi ver, un falso modo de raciocinar respecto de los pobres, y las palabras de este caballero, dijo, dirijiéndose a Guillermo, confirman mi juicio. No hai uno de ellos que no trate con un alto desprecio al infeliz artesano y que no afirme de una manera absoluta que esa pobre jente está degradada y que es incapaz de concebir una idea como de esperimentar un sentimiento noble y jeneroso. ¿No es verdad, caballero? le preguntó a Guillermo.

—Al menos no hai un hecho que haya venido a quitarme esta conviccion que emana de la esperiencia, contestó Guillermo.

—Y cuando se presenta alguno, ¿lo niega usted?

—Yo no afirmo sino lo que veo.

—Le doi las gracias por la poca fé que mi palabra le merece.

—Me olvidaba que usted habia sido tan feliz en hallar una escepcion.

—No se equivoca usted, pues he sido verdaderamente feliz; pero sin tomar en cuenta mis impresiones, ¿no valdria mas que en lugar de criticar tan amargamente a los pobres los compadeciésemos y ayudásemos?

—Yo no he sentado plaza de reformador, dijo Guillermo riéndose.

—Ya se ve: la crítica cuesta mucho menos; pero ya que usted prefiere esto a lo otro, sírvase decirme ¿cuáles son los méritos de nuestra dorada juventud?

—Señorita, usted con su rara penetracion será mejor juez.

—Yo no seré tan severa con ella como lo es usted con los pobres, pero hai algunas escepciones honrosas que hacer; sin embargo, la mayor parte de esa aristocracia es en jeneral presuntuosa, y su arrogancia solo puede compararse a la vanidad de sus preocupaciones; o de no, salvo unas pocas escepciones, ¿dónde ve usted esos hombres eminen-

tes? ¿Dónde esas glorias adquiridas en las diferentes carreras que se abren a la actividad humana? Casi se podria decir que entre nosotros hasta la avaricia es menguada, porque aquí no hai esos Cresos enriquecidos por las especulaciones atrevidas y las empresas jigantescas, sino unos cuantos usureros que a fuerza de estafa han llenado sus arcas. ¿Se ha fijado usted en las miserables aspiraciones de nuestros perfumados galanes? Su noble ambicion consiste, dijo Luisa sonriéndose con desden, en ir a caza de dotes, es decir, en cortejar a las niñas que tienen en perspectiva algun pingüe patrimonio; y para conseguir esto ¿cuáles son los medios que emplean? ¿Dónde esa emulacion santa y provechosa que les aconseje la adquisicion del verdadero mérito para hacerse distinguir y amar? Mui lejos de esto; orgullosos de su vestido, de su peinado, de su corbata, de sus guantes, se creen irresistibles cuando están tan perfumados como un peluquero, o tan *parados en el hilo* como un sastre.

—Señorita, usted es demasiado severa, dijo Guillermo con cierto enfado.

—Y añada usted: desgraciadamente exacta, replicó Luisa con un semblante triste; ahora bien, agregó, ¿qué clase de elevacion puede usted encontrar en almas de ese temple? Convengo con usted que el pueblo está degradado; pero esto es una consecuencia de la degradacion de aquellos de quienes reciben el ejemplo. Convengo con usted en que hai mucho servilismo entre los pobres y de que yacen en una postracion de espíritu y de cuerpo, digna de lástima; pero esto tiene su oríjen en nuestro vano orgullo y en esas ridículas pretensiones que solo sirven para destruir todo principio de libertad y de progreso, sin dar a los privilejiados ni mas mérito ni mas grandeza.

—Usted es una demócrata consumada y sus ideas van hasta el rojismo.

—Yo no sé lo que soi, caballero, me cuido poco de los nombres, pues solo pretendo ser justa, y equitativa; aliviar a

los que padecen, enseñar a los ignorantes, dar a los pobres y hacer cuanto se pueda por que salgan del abatimiento en que se encuentran: esta es mi política, mi creencia, mi relijion, mi fé y tambien mi esperanza; porque espero en Dios que ese porvenir se realizará algun dia.

—Ya le he dicho a usted, señorita, que esas utopias son mui hermosas, pero desgraciadamente irrealizables; que cuando uno ha visto y palpado la degradacion del pueblo, no puede menos que perder toda esperanza; y el árbol de los sueños y de las ilusiones se deshoja al soplo de un desengaño triste pero real y positivo.

—Esa es falta de fé en la obra de Dios! Es el escepticismo de la soberbia! Es la duda de la incredulidad, que todo lo niega, porque nada comprende! Y asi como usted, no há mucho, se burlaba de que unos artesanos tuviesen desprendimiento en el alma, asi tambien niega que los pobres puedan en algun dia llegar a conseguir la satisfaccion ámplia de sus necesidades físicas y morales, es decir, la sancion de la independencia y libertad del hombre. Y sin embargo, todo nos presajia esa verdad, todo concurre a ese fin: los derechos del pobre, si bien no se practican, se reconocen; la igualdad se difunde, los descubrimientos aumentan, la ciencia progresa, y este adelanto constante ¿qué es lo que presajia, lo que prepara, lo que inicia, lo que establece, sino el reinado de la caridad, de la paz, de la concordia, del evanjelio?

Veo bien, señoritas, prosiguió Luisa tristemente conmovida y dirijiéndose a las personas que la rodeaban, que os admirais de oirme hablar así, que mis palabras os chocan, que mis pensamientos los encontrareis impropios de una mujer y especialmente de una niña: veo bien que mi conducta os parece injustificable, cuando he perdido mi tiempo en semejantes utopias, como las llama este caballero; pero, amigas mias, talvez no es mi culpa el que mi entendimiento haya seguido esta pendiente, porque no soi dueño de mis impresiones cada vez que veo una desgracia, un dolor, una

lágrima; pues cada vez que contemplo el sufrimiento y la angustia en un rostro humano, mi corazon se siente oprimido, y cuando pienso que este infortunio es el patrimonio del pobre, mi pecho palpita de compasion, y ha sido entonces cuando me he preguntado a mí misma las causas, y ayudada únicamente de mi sensibilidad, he tratado de investigar su oríjen; de manera que lo que veis en mí no es ciencia sino el resultado de una manera de ser particular y que quizá tambien emana en parte de la soledad en que siempre he vivido.

La hermosa fisonomia de Luisa estaba animada por el entusiasmo de la caridad, y en su belleza verdaderamente aristocrática, irradiaba la sensibilidad profunda, el talento distinguido, la fuerza de una voluntad decidida y enérjica pero suave y simpática.

En lo que habia hablado, talvez habria hecho de sí misma el mas grande elojio, pero con una naturalidad tal, que era imposible distinguir la mas pequeña presuncion, pues se conocia claramente que no habia querido ponerse en evidencia ni hacer gala de sentimientos elevados, sino mas bien defender a los pobres, disculpándose a la vista de los demas, de su raro modo de pensar; y sin embargo, las personas que estaban presentes se encontraban fascinadas por esta elocuencia sencilla pero nerviosa, por esta superioridad franca y humilde, por la fuerza de este pensamiento atrevido pero humanitario, por esta concepcion elevada y llena de una caridad grande, por esta sacerdotiza de la democracia, que a los dieziocho años parecia no hacer caso de sus atractivos para consagrarse entera al alivio de los males de sus semejantes.

—Jamas hubiera pensado, esclamó Amable, hallar tales ideas en una señorita de tu rango, jóven, hermosa y cortejada de todos. Me habian dicho, es verdad, que diferias de nosotras por un no sé qué que te daba un carácter de singularidad picante, pero estaba mui lejos de creer en lo que ahora veo: eres una filósofa consumada.

—Yo no pretendo ni menos soi acreedora a ese alto puesto cuyo nombre se aplica como un sarcasmo a la mujer, cuando ella dedica su intelijencia a pensamientos serios. Acostumbrados los hombres a vernos solo ocupadas de pequeñeces y frivolidades, han empleado el ridículo cuando por casualidad salimos del recinto de los adornos y de la coqueteria; pero yo no veo en qué puedan oponerse esos pensamientos que mejoran nuestra naturaleza y que elevan nuestro ser, al cultivo de nuestras gracias y al brillo de nuestras seducciones. Es verdad que de esta suerte no constituimos a estas últimas como el solo y mas importante negocio de nuestra vida; pero creo que esta manera de juzgar, lejos de hacernos mal nos aprovecha, porque nos hace mas sencillas y humildes, y prepara nuestro corazon para esos sentimientos de caridad que debieran formar nuestro principal adorno, pues se hermana mucho con nuestra naturaleza y con el rol a que somos destinadas.

Al decir estas palabras, la voz de Luisa tenia una dulzura llena de languidez. Pocos momentos antes su acento podia considerarse como algo varonil, pero ahora aparecia conmovedor y blando. Su actitud, su mirada, todo anunciaba en ella la sensibilidad dulce y profunda cuyo hechizo irresistible es el mayor mérito de la mujer, pues hace el fondo de esa debilidad que seduce y cautiva, de esa debilidad despótica que manda cuando obedece y cuyo imperio se ejerce con mas fuerza mientras parece pedir mayor proteccion. Luisa representaba este raro contraste: altiva y humilde, dulce y enérjica, imperativa y blanda, poseia una voluntad severa e inflexible y al mismo tiempo una condescendencia estrema; orgullosa, hubiera resistido al mandato de un rei, mientras que se presentaria sumisa a la voz de un mendigo.

Guillermo, que estaba acostumbrado a dominar y a ver a sus plantas las mas aristocráticas bellezas de Santiago, que habia triunfado de las mujeres mas orgullosas; Guillermo, decimos, se encontraba pequeño ante aquella niña sin afec-

tacion, y cuyos mas lijeros sentimientos podian leerse en aquel semblante sin doblez. Guillermo no comprendia esa naturalidad franca y elevada y tenia vergüenza de verse vencido por la inocencia y el candor, sin embargo que no podia menos de considerarse feliz al pensar que él iba a ser el dueño de esa mujer codiciada de todos.

La posicion en que se encontraba Guillermo era embarazosa, pues no hallaba qué responder a la cristiana elocuencia de Luisa, sintiéndose humillado ante las demas; pero afortunadamente entró un criado a llamarlo, libertándolo asi de su penosa situacion.

Amo y criado.

I.

El sirviente que buscaba a Guillermo era Tomas, que habia vuelto del desempeño de la comision que le fué encargada en el campo de Marte, es decir, de ese espionaje infame a que no tienen escrúpulo de entregarse los criados, y que muchos, en su ignorancia, creen que entra en las obligaciones de la domesticidad, faltando a su deber si resistiesen a llenar las órdenes de sus amos; pero Tomas no era de este número, pues no pecaba por ignorancia sino por maldad y por avaricia; porque esta es la ocupacion mas lucrativa para un sirviente, dándole de otro lado cierta confianza y aun cierta independencia respecto de sus patrones, cuyos secretos posee.

Cuando un hombre o una mujer han sido criados en este jénero de ocupacion, adquieren por él cierto gusto, llegando a ser para ellos, no un trabajo, sino un agradable entretenimiento que, a mas del placer, da la propina. Pero es un error el creer a cualquiera idóneo para este ejercicio, que llega en algunos a convertirse en una profesion, profesion que para ejercerla con ventaja es necesario no tan solo la práctica, sino tambien la astucia y una imajinacion despejada, fecunda, viva para crear espedientes y aprovechar de todas las circunstancias, siendo el disimulo el elemento principal e indispensable para formar un buen espia.

Tomas reunia todos estos requisitos: él era intelijente,

astuto y práctico, gustándole ademas mucho el oficio, porque desde sus primeros años habia servido con este fin a los jóvenes en cuyas casas habia sido educado, y hacia tiempo que estaba al lado de Guillermo, del cual habia tomado sabias lecciones. Este trato con los caballeros, a mas de su natural despejo, habia dado a Tomas cierta cultura, ya fuese en la manera de espresarse o ya en la de vestirse, pero a primera vista podia distinguirse en él la fatuidad del plebeyo a quien esa especie de educacion superficial solo sirve para que despliegue una arrogancia tanto mas repugnante cuanto mas ridícula y afectada; pues con dificultad se encuentra un ser mas despreciable que esos lacayos de casa grande, como se decia antiguamente, o de la aristocracia, como se usa hoi dia.

Guillermo estimaba a este muchacho y conjeniaba con él, porque conocia su despejo, habiéndolo servido en muchas ocasiones con fidelidad, con intelijencia y sobre todo con buen éxito, de manera que lo habia separado, por decirlo así, del resto de la servidumbre de la casa de su madre, dejándolo esclusivamente para él, habiendo llegado a permitirle algunas confianzas que no rayaban, sin embargo, en familiaridad, porque Guillermo habia tenido el arte de conservarlo a cierta distancia, cuyos límites no le permitia traspasar, sabiendo por esperiencia que esto aumenta el prestijio sin disminuir la voluntad; pero en cambio de familiaridad, era con él escesivamente pródigo, escusándole tambien a tiempo ciertas faltas o ciertos defectos, pero haciéndoselos notar con bondadosa rijidez, lo que aumentaba el cariño que le tenia Tomas y el prestijio que ejercia sobre él.

Muchas veces lo habia ocupado en empresas difíciles, consiguiendo por medio de la astucia de Tomas un triunfo que él mismo no hubiera creido obtener con tanta brevedad. No hacia mucho tiempo que este perillan habia permanecido fuera de la casa por el espacio de dos meses. Todo el mundo creia que el señor don Guillermo, descontento de

él, lo habia despedido; pero era cuando justamente estaba mas empleado que nunca en una especulacion de amor en favor de su amo; asi que en lo sucesivo nadie estrañaba las desapariciones frecuentes de Tomas, porque presumian que se encontraba cumpliendo alguna órden del patron. Para dar una idea mas cabal del carácter y astucia de este muchacho, referiremos al lector lo que habia motivado esa larga ausencia de dos meses.

II.

Enamorado Guillermo de una jóven casada a quien veia con frecuencia y cuya gracia y hermosura habian despertado en él uno de esos caprichos irresistibles para un jóven rico, y sobre todo para un jóven como Guillermo, que, estimulado por la mas refinada sensualidad, al mismo tiempo que por la vanidad de acreditarse ante sus émulos como un hombre a quien todo cede y a cuyo imperio no hai virtud que no se doblegue, era natural que tratase de conseguirla a toda costa, para cuyo efecto echó mano de Tomas, obligándolo a que se alquilase como criado en aquella casa, cualquiera que fuese el salario que le ofrecieran, con tal de informarse del interior y tenerlo al corriente de todo para poder combinar con certeza sus planes.

El astuto muchacho, sabedor de las intenciones de su amo, halagado por la recompensa que le esperaba, e instigado principalmente por su instinto de maldad y de intriga, aceptó con gusto la proposicion y se presentó en casa de la jóven, solicitando un destino cualquiera con un aire de humildad tan bien finjido, que habria engañado al mejor fisonomista, exijiendo a la vez por su servicio condiciones tan moderadas, que la mas humilde familia las habria aceptado.

El marido de la niña no vaciló un momento en tomar al muchacho, tanto mas cuanto que le parecia intelijente, a

pesar de su finjida modestia, y quizá, sobre todo, a causa del módico salario, pues él era un empleado que, si bien tenia un regular sueldo, andaba, sin embargo, tas con tas con sus gastos mensuales; pues a su esposa y a él mismo le gustaba darse cierto tono para aparentar mas de lo que en realidad tenian: vanidosa costumbre, mui frecuente y mui aceptada entre nosotros, y que deja por lo regular a las familias en la mendicidad, despues de haber dado a los hijos una educacion y un ejemplo perniciosísimo; de donde sale probablemente toda esa infinidad de gandules que infestan nuestras poblaciones, y que, esperando empleos, porque se dicen caballeros, no se deciden a tomar un oficio, siendo la rémora de nuestra sociedad y talvez una de las causas de nuestras frecuentes revoluciones.

La dama, como hemos dicho, participaba de las mismas opiniones del marido, y por consiguiente, no podia ir demasiado lejos en sus gastos, pues las exijencias de la sociedad actual y esas esterioridades, tan indispensables ahora, absorbian el sueldo, viéndose obligados a economizar en los salarios de los sirvientes y en todos aquellos gastos que hacen la existencia cómoda pero sin esas apariencias deslumbradoras que tanto nos halagan y a las cuales todo se sacrifica.

Era, pues, consiguiente que marido y mujer se congratulasen de esta adquisicion, porque a mas de pagarle poco, no tenian que hacer ningun gasto en ropa, pues estaba mui bien vestido, manejando ademas el coche con suma destreza, cosa que no habia podido conseguir con ninguno de los anteriores criados, aun cuando les hubiesen dado mas salario que a éste.

Tomas servia a sus nuevos amos con una amabilidad, respeto y exactitud estrema, de manera que estaban encantados del hallazgo, tratándolo por este motivo con mas afabilidad que a los otros sirvientes, con quienes eran escesivamente duros y exijentes, persuadidos que este era el

mejor modo de que les tuvieran toda aquella consideracion que creian merecer.

Acostumbrado Tomas al manejo de una gran casa, como igualmente a ese órden y limpieza que reinaba, al menos en las habitaciones de su verdadero patron, Guillermo, y de las cuales él tenia únicamente el cuidado; acostumbrado a esto, decimos, habia desde el primer dia arreglado las cosas de tal manera en casa del empleado, que todo estaba listo, sabiendo, con sus acertadas disposiciones, dar un aire de opulencia al modesto ajuar; pues la mesa, perfectamente servida y arreglada con gusto, aparecia a la vista de sus patrones en un estado tal, que jamas se les habia pasado por la imajinacion; agréguese a esto que Tomas, perfectamente vestido a la hora del servicio, estaba atento a la menor cosa, sabiendo pasar los guisos y mudar los cubiertos en cada plato con tal lijereza, que parecia adivinar el pensamiento de cada uno. Esto habia hecho que el buen empleado se aventurase a convidar de vez en cuando al jefe de su oficina como algunos otros amigos, para ostentar el arreglo, abundancia y gusto con que era servido; pues bastaba, cuando tenia intencion de invitar a alguien, que diese a Tomas cuatro o cinco reales mas de lo ordinario, para que éste pusiese una mesa espléndida, de la que quedaban todos mui satisfechos, no dejando de admirar cómo haria el dueño de casa para armonizar sus entradas con sus gastos; pero todo esto era atribuido al buen órden de la mujer, conociendo a fondo la honradez del marido.

Muchas veces conversaba éste con su esposa a propósito de Tomas, y ambos no cesaban de elojiarlo al ver la distribucion tan acertada y la abundancia que resultaba del manejo intelijente del muchacho; y entonces suponian que los que habian tenido anteriormente no eran otra cosa que unos ladrones, porque Tomas hacia con el mismo dinero el doble de los otros, sin tomar en cuenta la esquisita atencion de sus modales respetuosos e intelijentes, que realzaban verda-

deramente el servicio, lo que no solo agradaba sino que halagaba la vanidad de los dueños de casa, pues creian que tenian el mejor criado de Santiago.

III.

Pero Tomas no se dormia sino que espiaba los secretos, atendia a las conversaciones y estudiaba los caracteres, para darle cuenta a su verdadero amo, haciendo, como es natural, valer en mucho sus servicios; y no contento con esto, determinó hacerle la corte a la criada de mano de la señora, que la servia a la vez de camarera y confidente, lo que consiguió fácilmente, pues era insinuante y jeneroso, siendo en esta empresa ayudado de la misma señora, que no se desdeñó de entrar en los secretos de la camarera, con la buena intencion de que se casase con tan apreciable muchacho, y tambien con el pequeño interes de que continuase sirviéndoles, pero sin pensar jamas que las relaciones que favorecia fuesen mas allá del justo límite, es decir, que no pasasen de un simple cariño que viniese a coronar el matrimonio. No eran, sin embargo, ni los deseos ni los propósitos de Tomas, sino que obró de distinta manera, seduciendo a la pobre muchacha, que, en la esperanza de casarse con él, no sabia rehusarle nada...

Dueño ya de la confidente de la señora, le fué fácil inducirla a que preparase el terreno y facilitase los medios de la conquista, revelándole en parte el inmenso amor que un rico caballero tenia para con su ama, y que ésta no podia ser menos que mui feliz con los obsequios de tan cumplido jóven; añadió a esto algunos regalillos, diciéndole que recibirian la proteccion de don Guillermo y que al lado de él nada les faltaria a ellos para ser felices, pues disfrutarian comodidades y talvez en poco tiempo podrian adquirir una fortunita que les permitiera trabajar por sí mismos sin servir a nadie.

Halagada la muchacha con tan hermosa perspectiva, se obligó a cumplir fielmente cuanto le decia Tomas, guardando un profundo secreto de esta infernal maquinacion para con la señora y el marido.

Guillermo, enterado de todas estas circunstancias por su criado, principió su plan de ataque. El no podia aparecer de improviso haciendo conocer sus intenciones, sin que salieran fallidas, a pesar de todas sus ventajas físicas, de su fortuna y de su apellido aristocrático, que tanta influencia ejerce entre nosotros; de consiguiente, obró primero sin descubrirse, y como tenia poderosos ausiliares en el interior de la plaza, no dudó rendirla en poco tiempo.

Sabedor de que la señora era mui aficionada a las flores, y especialmente a las camelias, Guillermo compró en el jardin del doctor Zeguet el mas hermoso ramo que hubiera salido jamas de ese acreditado jardin, lo llevó en la noche a casa de la señora y dijo a la criada, con quien ya estaba en relacion, de ponerlo en el dormitorio de su ama para que lo viera al despertar, pero sin decirle de quién venia, sino únicamente que un jóven se lo habia dado con recomendacion de entregárselo a ella. Asi lo hizo la muchacha, y al dia siguiente la señora fué tan agradablemente sorprendida al ver aquel hermoso ramillete sobre su cómoda, que se levantó casi desnuda para cerciorarse por sí misma de si no era una ilusion lo que veia. Jamas habia imajinádose ella un ramo tan hermoso de camelias, sobre todo en ese tiempo en que esta flor era rara y costosa; pero tampoco podia figurarse la manera como se encontraba en su cuarto, ni quién podria ser la persona que le hubiese hecho un obsequio de un gusto tan fino y delicado, porque a su marido no lo creia capaz de tal galanteria, sobre todo cuando el ramo debia haber importado bastante dinero, pues ella no ignoraba que esa flor se vendia entonces por tres o cuatro pesos cada una.

Agradablemente intrigada la señora con esta aventura,

llamó a su criada para averiguar la procedencia del hermo- so ramo. La criada le dijo entonces, con cierto aire de miste- riosa timidez, que encontrándose parada en la puerta de calle, se le habia aparecido un caballero mui buen mozo y le habia dicho de poner en el cuarto de la señora ese ramo, de manera que solo lo viese al levantarse; y asi lo habia he- cho, añadió la muchacha, creyendo ser a su merced agra- dable.

—¿Pero qué clase de caballero era ese? ¿No te dijo su nombre? preguntó la señora.

—Era un caballerito mui jóven y mui donoso, contestó la criada.

—¿Y no te dijo su nombre?

—No, señorita.

—¿Por qué no se lo preguntaste?

—Tuve vergüenza.

—¿Quién podrá ser? ¿Lo has visto en casa alguna oca- sion?

—Nunca, señorita.

—¿Y nada mas te habló?

—Nada mas.

—¿Lo conocerias si lo volvieras a ver?

—Sí, señorita.

—Es cosa estraña! dijo para sí la señora. Entre mis relacio- nes no conozco a nadie que fuera capaz de hacerme un ob- sequio tan costoso y de tan buen gusto; y cada vez admiraba mas las *alba-plenas* matizadas de camelias color rosa que formaban aquel hermosísimo ramo.

—En fin, dijo la señora a la criada, como disimulando su preocupacion; será algun conocido.

—Asi debe ser, señorita.

—Sin embargo, no digas nada a nadie.

—Está bien, señorita, ¿no se le ofrece a su merced otra cosa?

—Nada mas; y la señora principió a vestirse, no cesando

de admirar las flores y pensando de quién podrian haberle venido...

IV.

Guillermo fué informado al dia siguiente de lo ocurrido: y cuando supo la recomendacion que se le habia hecho a la criada de no hablar a nadie sobre el particular, se sonrió maliciosamente, lo que queria decir: "esta mujer es mia."

Pocos dias despues, las hermosas flores, a pesar del cuidadoso esmero que se habia tenido con ellas, estaban marchitas: ¡triste, pero necesaria condicion de todo cuanto existe, y con especialidad de esos bellos adornos con que se engalana la naturaleza y que recrean nuestros sentidos!...

La señora, con sentimiento habia tenido que botar las flores, y pensaba que ya no volveria a poseer un ramo tan hermoso, pues no habia oido hablar del misterioso emisario, aun cuando en varias ocasiones aventurase con disimulo algunas preguntas a su camarera; pero un dia temprano entró ésta al dormitorio llevando un papel en la mano, y diciéndole: "Señorita, señorita, levántese, que hai en el patio seis árboles llenitos de flores de las mismas del otro dia ¡qué cosa tan linda, señorita! Levántese..."

—¿Qué es lo que dices?

—¡Seis árboles vivos, señorita, lo mismito que las flores del otro dia!

—¡Seis árboles!

—¡Qué están en el patio!

—¿Y quién los ha traido?

—No sé... Tomas me dijo que esta mañana de alba habia [illegible]do un carreton con ellos y que un caballero que mon[illegible] un lindo caballo, le habia dicho: "pon esas flores en el [illegible]o y entregad a la señora, y solamente a ella, este papel;" [illegible]mediatamente se habia retirado.

—¿Y el papel? preguntó la señora.

—Aqui está, señorita.

—Dámelo; y la linda jóven, casi medio desnuda, lo abrió con precipitacion, esperando conocer el nombre de la persona que tanto se interesaba por ella; pero el billete no estaba firmado y solo contenia las líneas siguientes:

"Señorita: vuestro ramo de camelias debe estar marchito: "podria mandarle a usted otro, pero en poco tiempo suce- "deria lo mismo. Asi es que me he tomado la libertad (re- "clamando primero su induljencia) de remitirle seis pobres "plantas para que adorne su jardin y no carezca usted de "esas flores, que, aunque menos hermosas que usted, le agra- "dan tanto."

—¿Pero quién es el que manda esas plantas? esclamó la linda niña despues de leer el perfumado billete.

—Yo no sé, señorita; ¿no dice nada el papel?

—No hai firma ninguna.

—Talvez sepa algo Tomas, que fué el que recib[illegible] flores.

—Despues de vestirme lo llamarás.

Poco antes de pensar en vestirse corr[illegible] abrió un postigo para ver las flores: [illegible] ros pintados de verde y cada uno co[illegible] arbusto como de cinco piés de altur[illegible] y de botones... La jóven quedó estasiada... [illegible] tan frescas y preciosas camelias...

Pasado un momento volvió a cerrar su ven[illegible] tirse, pero mui preocupada de la persona q[illegible] tan lindo obsequio, permanecia oculta.

Si es algun conocido, decia entre sí mis[illegible] decir su nombre? si no lo es ¿por qué regalar[illegible] en su tocador se perdia en conjeturas y mira[illegible] mento la carta que tenia delante de sí y que [illegible] suave perfume, sin poder saber de quién seria [illegible] y elegante escritura, que le era completamente d[illegible]

Tomas entró en aquel instante aparentando mas [illegible] que nunca.

—¿Me llamaba su merced? preguntó a la jóven.

—Sí, Tomas: ¿de quién has recibido esas seis macetas?

—De un caballero, señorita.

—¿Lo conoces?

—No, señorita.

—¿Qué te dijo?

—Lo mismo que encargué a la Maria (este era el nombre de la muchacha) de decir a su merced.

—¿Nada mas?

—Nada mas señorita; y en seguida...

—¿Qué hubo?

—Se fué, señorita, poniendo en mi mano estos cinco pesos y diciéndome: "para tí;" pero como yo no los he ganado, puede su merced disponer de ellos.

—No, Tomas, son tuyos, porque te los han dado a tí.

—Mil gracias, señorita.

—No le digas nada a mi marido, qne ya le hablaré sobre esto.

—Como su merced quiera; sin embargo, si me pregunta el patron ¿qué le contestaré?

—Le dirás que no sabes nada.

—Mui bien, señorita, y haciendo una profunda reverencia, Tomas salió del dormitorio.

V.

La hermosa jóven, dominada por un sentimiento que no sabia clasificar, pues le parecia que no era conveniente informar a su marido, porque no conocia a la persona que la regalaba y porque creia que quizá no seria de su agrado un obsequio que a ella le gustaba tanto; en fin, sintiendo una especie de temor, se dirijió al cuarto del esposo, y con cara risueña, le dijo confidencialmente:

—¿Sabes que me han hecho un lindísimo regalo?

—¿De qué cosa, querida mia?

—De seis hermosísimos maceteros de camelias que luego vas a ver.

—¿Y quién te los ha obsequiado?

—Una amiga mia, contestó la jóven esposa ruborizándose.

—Pues es un buen regalo, porque esas plantas son costosas y raras.

—Pero creo que ella tiene muchas.

—¿Y cuál de tus amigas ha sido tan jenerosa y tan amable?

—Me ha encargado que no te lo diga.

—Qué misteriosa parece tu amiga! dijo el marido sonriéndose; pero como yo soi poco curioso, añadió, no insistiré en saber su nombre.

—Vístete, pues, luego para que vamos a ver los maceteros.

—Ya estoi listo.

Y ambos esposos salieron al patio.

Como ya hemos dicho, los maceteros eran seis, cuatro de ellos contenian *albas plenas* y los otros dos rosadas, pero tan cubiertos de flores y de botones, que cada uno era una maravilla.

Tomas recientemente los habia regado, pero con tanto cuidado, con tanta intelijencia, que parecia que el agua del cielo hubiese caido esprofeso para dar mas frescura a las flores y mas brillo a las hojas, pues se veian destilar trasparentes gotas de cada uno de los copos de estas hermosísimas plantas.

El pobre empleado, sin darse del todo cuenta del valor que representaban aquellos seis maceteros, y admirándolos cada vez más, no pudo menos de esclamar:

—¡Pero este es un regalo digno de una reina, y no conozco ninguna de tus amigas que fuera capaz de hacerlo!

—Eso es lo que tú no sabes; pero este es tambien mi secreto.

—Sin embargo, ahora tengo curiosidad de conocerla.

—Mas tarde; pero por el momento no puedo decírtelo.

El empleado se puso un poco serio; esas flores le causaban una impresion estraña, le hacian mal y se retiró a su cuarto, triste mas bien que complacido, sin poder clasificar lo que esperimentaba.

La jóven permaneció aun por algun tiempo, mirando no solo cada árbol, sino cada flor, y diciendo a cada instante: ¡qué linda! cuando contemplaba una, otra y otra...

Despues de almuerzo, su marido se fué a la oficina y ella llamó a su camarera para conversar un momento sobre un acontecimiento tan raro como inesperado, diciéndole:

—¿Qué te parece, María, este regalo?

—Mui lindo, señorita, pero creo que su merced merece mucho mas.

—¿Y no has sabido quién lo ha traido?

—No, señorita, pero debe ser el mismo jóven que trajo el ramo, segun me lo ha pintado Tomas.

—¿Qué te ha dicho Tomas?

—Nada mas, señorita, que lo que él y yo hemos dicho a su merced; sin embargo, me habló de la cara del caballero que le dió las plantas, y por lo que veo debe ser el mismo que me entregó a mí el ramo, con la diferencia que a él le dió cinco pesos.

—Ya lo sé.

—Y que él me los dió a mí.

—Tomas es un escelente muchacho.

—Mui bueno, señorita.

—¿Querrias casarte con él?

—Sí, señorita.

—Cuenta con ello. Yo haré todo lo que pueda y le diré a mi marido que se empeñe tambien y que aumente el salario de ambos, pues el que se casen no impedirá que se queden en casa.

—De ninguna manera, y seriamos mui agradecidos y mui felices, señorita.

—Pero dime, Maria, ¿cómo es el jóven que tú has visto?

—Es un jóven alto, delgado, blanco, de lindos ojos y de un bigote negro.

—¿Y qué te parece a tí?

—Lindísimo, señorita.

—¿No lo habias visto antes de ahora?

—Ya he dicho a su merced que no.

—Pero ¿quién podrá ser?

—A su merced le será facil saberlo.

—¿Cómo?

—Saliendo a la calle talvez lo encontraria su merced en el comercio, porque parece un caballero rico.

—Tengo curiosidad, Maria. ¡Quieres que vamos hoi mismo a dar una vuelta?

—Su merced no tiene mas que ordenar.

—Pues deja entonces todas tus cosas preparadas e iremos a las tiendas. Hace tiempo que tenia ganas de comprarte un vestido y lograremos de la oportunidad.

Maria se fué inmediatamente a preparar todas sus cosas para que no se notase su ausencia, pero antes tuvo cuidado de prevenir a Tomas de lo ocurrido para que éste se lo comunicase a su patron lejítimo.

Tomas, conociendo el valor de esta circunstancia, hizo parar un coche y se fué en el acto a casa de Guillermo, a quien comunicó lo que pasaba, como igualmente el misterio que la señora habia guardado para con su marido, y volvió con toda rapidez a su casa, de suerte que, con escepcion de Maria, nadie sabia que hubiera salido, teniendo tiempo de preparar el coche mucho antes que la señora concluyese su tocado, pues el astuto perillan suponia que en ningun caso mejor que en este haria la señora alarde del carruaje; asi es que, sin que nadie se lo mandase, se vistió con esmero, puso el coche a la puerta y se sentó tranquilamente en el pescante, teniendo de la brida a los caballos, que estaban perfectamente limpios y que parecian infinitamente mejores

de lo que en realidad eran, gracias al aseo y al cuidado intelijente que tenia de ellos.

Cuando la señora estaba vestida y pensaba llamar a Tomas para que pusiese el carruaje, ya vió que éste le tenia a la puerta, no pudiendo menos de sonreirse al notar la puntualidad y mas que todo el brillo del equipaje, que parecia nuevo, tal era la apariencia que el intelijente muchacho habia sabido darle a los arneces.

—¿Quién te habia mandado poner el coche, Tomas? dijo la señora.

—Nadie, señorita; pero la Maria me previno que su merced pensaba salir y yo presumí que lo haria en carruaje.

—Has adivinado, le contestó la señora con tono amable.

—¿Dónde irá su merced?

—A las tiendas.

—De manera que debo conducir a su merced a la plaza de Armas, en donde aguardaré nuevas órdenes.

—Justamente.

Maria venia ya lo mas compuesta posible, y la señora no pudo menos de sonreirse al verla, mirando tambien a Tomas, que se quedó como sorprendido de tanta gracia, con el aire de una sencilla admiracion lo mas bien imitado, a tal punto que la señora compadecida le dijo: "En poco tiempo mas os aseguro que sereis felices."

El gitano finjió esa alegria que emana de una cosa inesperada y que se la ofrecen cuando menos se piensa en ella.

La señora y Maria subieron al coche, ocupando la primera la parte de atras, mientras que la segunda estaba sentada en la de adelante, teniendo mucho cuidado con el traje de la señora para no ajárselo en lo menor; asi llegaron al portal viejo, como decian entonces, o al portal de Sierra-Bella, como se dice hoi dia.

VI.

Habiendo bajado del carruaje se encaminaron hácia la

galeria Búlnes, pasaje mui frecuentado por nuestros elegantes, ya sea porque allí existen varios peluqueros y tiendas francesas, o ya porque presenta mas comodidad al transeunte, pues no se encuentran entorpecidas las avenidas por baratillos, como sucede en el antiguo portal.

Habian trascurrido poca distancia cuando Maria, inclinándose respetuosamente hácia su señora, le dijo: "Aquel que viene allí es el caballero del ramo." La jóven miró inmediatamente con interes, pero tambien con disimulo, y no pudo menos de confesar en su interior que la persona que se le presentaba era irreprochable por su elegancia, por su figura y por ese desembarazo aristocrático que es inimitable para los que no han vivido en buena sociedad, pero que tambien lo percibe a primera vista todo el mundo.

El caballero, que no era otro que Guillermo, al ver a la jóven señora, pareció inmutarse; pero de manera que, aparentando ocultar su turbacion, fuera apercibida, o mejor dicho, que por el hecho de quererla disfrazar se hiciese mas patente.

Al ver la señora esta tímida modestia, no pudo menos que estar lisonjeada en su amor propio, pues veia, no solo la sensacion que causaba, sino el respeto que producia.—¿Y qué mujer no se fascina a sí misma con el poder que ejercen sus gracias, y mas que todo, con la respetuosa consideracion que infunde?

Esta primera entrevista, en la que no habia intervenido ni un lijero saludo, previno a la señora en favor del jóven; porque no hai nada que mas agrade al sexo que el amor mezclado al culto y la pasion unida a la reverencia.

Dando, pues, constantemente vueltas, se puede decir, al rededor del mismo centro, como sucede en el comercio de Santiago, se encontraron varias veces Guillermo y la señora, pero en todas ellas aparentaba aquel tanta afeccion como tristeza y respeto, sin atreverse una sola vez a dirijir, no diremos una palabra, pero una sola mirada que no estuviese

impregnada de un cariño profundo y de un acatamiento sin límites, haciendo que, sin mucho esfuerzo de intelijencia, se conociese ese amor puro, respetuoso y lleno de ilusiones que es el rico patrimonio que Dios concede a la juventud.

La señora entró en una tienda para comprar el vestido que habia ofrecido a su sirviente, y el mercader, en conformidad de su oficio, no se limitó solamente a presentar lo que le pedian, sino que mostró a la señora las muestras de lindísimos trajes recientemente venidos de Europa. La tentacion era grande, los deseos eran vivísimos, pero los precios mui elevados; y la señora tuvo la prudencia de rehusar redondamente todas las ofertas del mercader, que le decia de llevarlos y de pagarlos cuando quisiera; sin embargo, ella veia que la renta de su marido, por mas que economizase en su interior, no alcanzaria en mucho tiempo a cubrir el importe, y esta circunstancia la habia retenido, saliéndose sin comprar otra cosa que el pobre vestido de la sirviente.

Un momento despues que la señora habia salido, entró Guillermo a la tienda, y preguntando al comerciante lo que habia agradado mas a la persona que acababa de estar allí, le mostró éste los trajes que habian sido de su agrado y los cuales pagó en el acto, haciéndolos conducir por uno de los dependientes al coche en que se encontraba Tomas, dándole señales tan inequívocas que no se pudiera engañar.

La señora, intertanto, dió algunas vueltas por los portales, pero sin que nuevamente encontrase a Guillermo, el que, una vez comprados los vestidos, habia desaparecido del paseo; asi es que ella se volvió a su carruaje algo pensativa de la actitud en que habia visto al jóven, actitud que le daba mucho que reflexionar, porque veia que sin conocerla se habia presentado, si no de una manera insinuante, al menos con tanta sumision, con tanto cariño, disfrazado del mas profundo respeto, que ella por mas indiferente que fuera, no podia menos de comprender que en todo esto habia un

sentimiento de amor que, sin presuncion, vióse obligada a creer que era únicamente ella quien lo motivaba.

Cuando la señora llegó al carruaje acompañada de la sirviente, vió en el acto dentro del coche varios paquetes y no pudo menos de preguntar a Tomas quién habia traido aquellas cosas, a lo cual le respondió el criado: "Señora, un caballero las ha traido diciendo que su merced mandaba esas mercaderias."

—¿Qué clase de jóven es el que ha venido?

—No lo conozco, señorita.

—¿Seria acaso el mismo caballero de las flores?

—No, señorita, porque lo habria reconocido en el acto.

—Debe ser algun equívoco, esclamó la señora, y bajó del coche acompañada de Maria, a quien encargó de conducir los paquetes; y dirijiéndose a la tienda, dijo al comerciante: "Usted debe haberse equivocado en llevar a mi carruaje trajes que yo no he comprado."

—No, señorita, todo está comprado y pagado.

—Pero ¿cómo es esto?

—Nada mas sencillo: a pocos momentos de salir usted de la tienda se presentó un sujeto, preguntando cuáles eran las mercaderias que le habian agradado mas, y habiéndole mostrado los mismos vestidos y manteletas que usted prefirió, pagó su importe, encargando solamente que se lo llevasen a su coche que estaba situado en la plaza, y habiéndonos dado las señas de él, nos fué fácil conocerlo.

A esta contestacion del comerciante, la señora no tenia nada que añadir, pero permaneció por algun tiempo perpleja en si debia o no tomar aquel obsequio hecho de una manera tan estraña; sin embargo decidió llevarlo consigo para que el tendero creyese esto una cosa natural y no sospechase nada.

Cuando hubieron salido del almacen, dijo Maria a su ama:

—¡Qué lindas cosas, señorita! ¡Cómo su merced va a

estar elegante! ¡Qué caballero tan jenerosoy tan bueno! Y qué cara tan linda tiene! y qué chatre! ¡Ah, señorita, yo no habia conocido otro mejorcito! ¿Cómo supiéramos su nombre?

La señora continuaba callada, sin contestar una palabra a la animada y alegre charla de Maria, que no cesaba de ponderar la hermosura de los trajes y la amabilidad, elegancia y jenerosidad del jóven que, sin conocer a su ama, le hacia tan valioso regalo.

La señora llegó a su casa, resuelta a devolver aquellos vestidos sin usarlos; pero cuando estendió nuevamente las telas en su dormitorio para verlas mejor, esa resolucion desaparecia a medida que mas las contemplaba. Por otra parte, Maria, a quien habia informado de lo que pensaba hacer, le decia que seria desairar a un caballero tan bueno, tan cortés y tan respetuoso que no se habia ni atrevido a hablarla; y ademas, que era imposible devolverle aquellas cosas, puesto que no se sabia ni quién era, ni cómo se llamaba, ni dónde vivia. Estas observaciones, unidas a los deseos naturales de la señora, la convencian, y resolvió guardar para sí el obsequio, ocultándolo a su marido hasta que se presentase la ocasion de inventar alguna fabulilla verosímil con que engañarlo, lo cual no era difícil, atendiendo a que las mujeres en jeneral tienen una imajinacion fecunda y los maridos una confianza ciega.

Desde este dia principió la señora a salir de casa con mas frecuencia, ya con el pretesto de ir donde la modista o de comprar cualquiera friolera, y casi siempre encontraba a Guillermo en las calles, siguiéndola a alguna distancia, pero sin acercarse a hablarla, y esta respetuosa timidez agradaba mucho a la linda señora, si bien hubiera deseado conocer mas a fondo al obsequioso jóven, lo cual debia suceder mas luego de lo que ella pensaba, porque Guillermo queria dar término cuanto antes a aquella aventura y solo esperaba una ocasion favorable.

VI.

En estas circunstancias, sea efecto de la casualidad o de algun manejo oculto de Guillermo, el pobre marido se vió obligado a ir a Valparaiso por órden del ministro con una comision fiscal, en la que ocuparia por lo menos unos quince dias.

Al participar a su mujer esta noticia, estaba alegre, pues era para él una novedad el ir a Valparaiso, que aun no conocia, proponiéndose traerle a su regreso muchas curiosidades, de lo que no dudaba que su mujer quedaria mui contenta.

Ella lo vió partir esperimentando en su interior cierta inquietud de que no podia darse cuenta, pues sentia y se alegraba a la vez de encontrarse dueña de sus acciones por algun tiempo.

Al siguiente dia de la partida del marido, entró Maria al salon de la señora con una carta en la mano y el mas alegre semblante.

—Señorita, la dijo, el mismo caballero de siempre me ha entregado para su merced este papel.

La hermosa jóven tembló al tomarlo, y un lijero carmin subió a sus mejillas. El billete estaba concebido en estos términos:

"Señorita:

"Si usted tuviera la bondad de presentarse en el teatro "esta noche, su sola vista haria la felicidad de un hombre...

"La ópera es lindísima; y me tomo la libertad de mandarle "un palco y seis entradas para que pueda ir acompañada de "algunas de sus amigas.

"Acceda usted a esta humilde súplica y una alma angus-"tiada tendrá siquiera un momento de alivio."

Mientras ella leia estos renglones, Maria observaba la fisonomia de su ama, esperando conocer en el semblante lo que pasaba en su interior.

La señora continuaba con el papel en la mano sin proferir palabra.

Pero ya fuese casualidad o una combinacion premeditada, en ese mismo instante se presentó una modista trayendo concluido el mas hermoso traje de los que pocos dias antes le habia obsequiado Guillermo.

—¡Tan luego lo ha hecho usted! esclamó la señora, admirada y dirijiéndose a la modista.

—Sí, señorita. Nosotras queremos ser puntuales para que estén contentas las personas que nos favorecen. Sabiamos tambien que esta noche se da una lindísima ópera y presumimos que usted deseara asistir a ella.

—¿Sabia usted de la ópera? dijo la señora cada vez mas admirada.

—¿Qué estraño es esto, señorita, cuando todo el mundo se prepara para asistir esta noche al teatro; y nosotras hemos tenido por esta razon muchísimo trabajo, pues todas las principales señoras querian sus vestidos para hoi?

—¿Entonces habrá mucha concurrencia?

—Me parece que estará todo Santiago.

La señora la dijo en consecuencia de probarla el vestido, quedando mui complacida de la obra y de los adornos, que eran del mejor gusto.

La costurera por su parte no escaseaba los elojios, diciéndole a cada instante que iba a ser la reina del teatro y que todas las miradas estarian fijas en ella, de modo que si poco antes no sabia si iria o no, ahora estaba completamente resuelta.

Cuando la costurera se hubo marchado, la señora dijo a Maria: "esta noche voi al teatro, vé ahora a llamarme a las señoras J..., pues pienso convidarlas para acompañarme con ellas."

—Señorita! se me olvidaba preguntar a su merced qué es lo que debo decir a ese caballero si vuelve por la respuesta.

—Nada; porque su carta se limitaba a mandarme un convite para ir al teatro, y como estoi decidida a hacerlo, esto mismo le servirá de respuesta.

—Ya yo me figuraba, señorita, que algo vendria de bueno en ese papel, porque siempre que aparece ese caballero resulta algun provecho.

—Ahora quiero tambien que ustedes se diviertan: tú y Tomas irán esta noche al teatro, a la galería; pues es facil de que él consiga un muchacho para que se quede cuidando el coche mientra dure la representacion; pero es preciso que se porten con decencia y tú con mucha formalidad, al menos hasta el dia en que se casen, dijo la señora, sonriéndose.

—Lo que será mui luego, señorita, porque asi me lo ha prometido Tomas.

—Me alegro infinito, y creo que vas a ser mui feliz, pues es un escelente muchacho.

—Gracias, señorita.

—Vé, pues, a hacer lo que te he dicho; y encárgales a esas señoras que no dejen de venir en el acto, porque el asunto les interesa y es urjente; pero, aun cuando te pregunten el objeto, no les digas nada, porque quiero darles una agradable sorpresa.

Una hora mas tarde, todo estaba convenido. Las señoras habian aceptado gustosas la invitacion al teatro, pues habiendo oido hablar de la ópera y de la concurrencia, deseaban vehementemente asistir, tanto mas cuanto se les ofrecia un palco, cosa poco comun en su posicion de fortuna y de relaciones de familia.

A las siete de la noche ya todas estaban preparadas. La dueña de casa estaba radiante de hermosura. El traje que vestia era rico y del gusto mas esquisito. Su peinado, obra maestra de sencillez y de elegancia, habia sido hecho por un peluquero frances de gran nombradia, y que ella, a pesar del escesivo precio que exijia por su trabajo, habia hecho llamar en esta ocasion solemne. Una sola camelia blanca

adornaba su cabeza y parecia inclinarse hácia su cuello, mas puro, fresco y aterciopelado que los suaves pétalos de esta linda flor. Al verla sus compañeras no pudieron menos que quedar sorprendidas, y un poco de envidia, disfrazada con los mayores elojios, se notó en su semblante; pues ni en el mismo dia de su boda, al que ellas asistieron, se habia presentado tan elegante y tan hermosa; y en verdad, jamas su esbelto talle habia estado mas gracioso que ahora. Ella misma se sentia como trasformada, y su corazon parecia que se prestaba ahora no mas a impresiones nuevas: era la suave emanacion del deleite que se exhalaba a su derredor y que ella tambien aspiraba...

VII.

Guillermo, figurándose que serian de las primeras en asistir a la representacion, (porque las que no están acostumbradas a este jénero de diversiones se van desde temprano), se encontraba paseándose en el perístilo del teatro. En cuanto el carruaje desembocó en la plazuela, él conoció a Tomas y se colocó de manera a poder ver sin que lo vieran, porque queria juzgar de las personas con libertad, deduciendo de los pequeños incidentes los resultados posteriores.

Pero cuando a la luz de los faroles vió la gracia seductora de la jóven esposa, cuando contempló por un momento aquella belleza tan fascinadora, casi dió un grito de admiracion, porque, a pesar de haberla visto en varias ocasiones, a pesar de estar convencido de su hermosura, nunca se habia figurado que llegase a tal punto...

Al acercarse las señoras, Guillermo se presentó con un aire triste, pero en el que brillaba la gratitud y el amor, mas el amor sin esperanza... y finjiéndo una turbacion llena de graciosa amabilidad, se acercó a ellas y les dijo: "si ustedes no vienen con algun caballero que las introduzca al teatro, yo, aun cuando no tengo el honor de

conocerlas, les ofrezco con gusto mi humilde compañia;" y presentó su brazo a la jóven casada, viéndose ésta en la necesidad de aceptarlo, no sin una marcada confusion, que le fué imposible disimular.

El portero del teatro, que era el mudo Ramon Astorga, al ver a Guillermo entrar del brazo y acompañando a unas señoras, le hizo una profunda reverencia, y abriéndoles el paso no les exijió las entradas; pues, con el conocimiento perfecto que él tenia de toda la sociedad santiaguina, sabia que Guillermo pertenecia a una de las primeras y mas ricas familias de la capital, conociéndolo ademas particularmente, porque le gustaba con frecuencia reirse de las picantes agudezas del mudo, recibiéndole con agrado en su casa y dándole mensualmente una pequeña mesada.

El mudo, cuando hubieron pasado, volvió la cara, miró a la niña y llevó la mano a sus ojos, haciendo un signo negativo con sus dedos, como para decir que no la habia visto nunca; pero al mismo tiempo los juntó, los puso sobre sus labios y les dió un beso, significando con esta elocuente pantomima que la jóven era mui linda, esclamando en seguida el mudo con una maliciosa sonrisa que le es peculiar, diabo! diabo!... esta es una de las pocas palabras que puede pronunciar; y decimos que puede pronunciar, porque este célebre personaje vive todavia y es tan conocido como temido en Santiago a causa de su crítica aguda, burlona y mordaz. (1)

Guillermo, despues de haber dejado a las señoras instaladas en el palco, hizo una profunda reverencia y volvió otra vez al salon de entrada para ver llegar la concurrencia, que esa noche debia ser mui escojida y numerosa.

Dirijióse primeramente donde el mudo para entregarle los boletos; y éste, poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro, le dijo: "Patecueto la bonita." Lo que queria sig-

(1) Hace poco que murió don Ramon Astorga, pero en la época a que nos referimos estaba aun en vida.

nificar en su jerga,—si Guillermo se iba a casar.—Haciéndole éste señas de que no, volvió a repetir el mudo su frase favorita "diabo! diabo!" y un espresivo ademan, acompañado de un jesto y de una maliciosa sonrisa, cerró la conversacion entre estas dos personas.

Cuando comenzó la representacion, Guillermo entró a la platea y se colocó en un asiento frente a frente del palco que ocupaban sus protejidas pudiendo mirarles sin afectacion y ser visto de ellas. La jóven esposa se encontraba como fascinada, ya sea por el irresistible hechizo de la música o por la ardiente mirada de Guillermo, que de vez en cuando parecia abrasarla. En efecto, Guillermo, sin tener necesidad de recurrir al menor finjimiento, estaba impresionado deliciosamente con la contemplacion de aquella mujer tan hermosa y que se proponia poseer en poco tiempo. Ella, por otra parte, no era insensible a esta declaracion muda, y ocultándose algunas veces con su abanico, miraba tambien con satisfaccion hácia el lado donde se encontraba Guillermo; pero retiraba su vista tan luego como éste la fijaba en ella.

En el segundo acto ya no vió a Guillermo en su asiento y comenzó a buscarlo con la vista, lo mas disimu'adamente posible, por todo el teatro. Guillermo, que habia ido a tomar asiento al lado del presidente y que la miraba desde allí, conoció en el acto que era él el objeto a que se dirijia y no pudo menos de regocijarse, pues este era un buen presajio para la realizacion de sus planes. Al fin la señora miró al palco del presidente y se encontró con los ojos de Guillermo fijos en ella. Una espresion de rubor y de contento, que no pasó desapercibida para el jóven, se pintó en el semblante de ella, pues probablemente tenia gusto de haberlo encontrado y sentia vergüenza en que creyese que lo buscaba; por otra parte, no dejó de sorprenderle el verlo en aquel lugar, y desde entonces tuvo de él la mas alta idea sin por esto comunicar a sus amigas lo que habia observa-

do; sin embargo, ellas se apresuraron a decírselo, porque tambien habian reconocido al jóven que tuviera la amabilidad de entrarlas al teatro.

La interesante señora de quien nos ocupamos, y a quien damos este título por su estado y no por sus años, habia hecho sensacion entre los jóvenes *aficionados*, pero no habia uno solo que la conociera. Guillermo habia sido varias veces interrogado, pero habia guardado un prudente silencio o esquivado las preguntas, sin dar por esto a entender que no la conociera; porque él tenia una puntilla de amor propio en ser considerado por sus compañeros como el hombre mas afortunado en aventuras galantes, gloria que ninguno se atrevia a disputarle.

Durante la representacion, Guillermo habia hecho varias visitas en los palcos de las señoras de mas tono y mas a la moda, siendo en todas partes recibido con muestras inequívocas de interes y de complacencia, lo cual no habia pasado desapercibido para nuestra heroina, del mismo modo que la deferencia con que era tratado por los demas jóvenes, de donde deducia, y con razon, que era uno de los sujetos de mayor importancia de nuestra sociedad, complaciéndose interiormente al ver el respetuoso cariño con que ella era tratada por él mismo, cuyos obsequios las mas aristocráticas beldades parecian disputar.

Acabada la funcion, Guillermo se presentó a la puerta del palco y les dijo con el mas respetuoso tono: "Yo he sido, señoritas, el que las he introducido al teatro, y reclamo la gracia de conducirlas hasta su carruaje, si no han acordado a otro mas feliz que yo favor tan agradable."

No habia escusa que poner a un servicio reclamado como si fuera una gracia y en consecuencia ofreció su brazo a la misma persona con quien habia entrado.

A la salida del teatro habia un corrillo de jóvenes que regularmente se coloca en ese punto para ver desfilar a las damas o para ofrecer el brazo a sus conocidas que no lleva

un padre, un hermano, un pariente o un amigo que las acompañe, y todos ellos quedaron mui sorprendidos al ver que Guillermo daba el brazo a la misma hermosa niña de que antes le habian hablado y que él aparentara no conocer, pues no habia respuesto palabra.

Guillermo parecia mui orgulloso de la dama que conducia, pues a sus mas íntimos apenas hizo un lijero saludo, de donde dedujeron unos que era una señora de una alta arcurnia, y otros que no queria familiarizarse por temor de que no se la disputasen; pero todos se equivocaban, porque no era ni lo uno ni lo otro, sino un mero cálculo de vanidad, pues no solo habia llamado la atencion de los jóvenes, sino que muchas otras personas se habian hecho esta pregunta: "¿qué señoras son esas a quienes acompaña Guillermo de?..." y todos a una, confesando la belleza de la niña a quien daba el brazo, no habian sabido responder, pues era la primera vez que la veian.

Al tiempo de dejarlas montando al carruaje, Guillermo dijo a su compañera con un tono tan imperceptible como rápido: "hasta mañana a las ocho en la Alameda." Ella no podia contestar sin que se apercibieran sus amigas, y montó al coche sin decir si iria o no iria a la cita que se le hacia de un modo tan brusco a la vez que suplicante.

VIII.

Llegada la señora a su casa, se desnudó inmediatamente, echándose en cama sin poder dormir y sin contestar a las mil preguntas de su criada, que no cesaba de hablar de Guillermo, a quien ella habia visto en el palco del presidente, y que, segun su gusto, era el mejor mozo de todo el teatro; pero la señora estaba fuertemente impresionada y no se encontraba dispuesta para la charla sino únicamente para reconcentrarse en sí misma y pensar sobre todos los incidentes del dia y de la noche.

Su vanidad de mujer no podia menos de estar altamente lisonjeada, porque habia visto que no solo llamara la atencion de los jóvenes, sino que hasta las señoritas se habian ocupado de ella, pues en muchas ocasiones habia observado que los anteojos del mayor número se habian dirijido a su palco, siendo el blanco de las investigaciones femeninas, que, aun cuando aparentan desdeñar la belleza, son sin embargo, sus mejores y mas justas apreciadoras; pero, si hemos de decir verdad, no era tanto esto lo que al mismo tiempo la halagaba y la hacia temblar, sino la mirada apasionada de Guillermo, en que encontraba el fuego mas abrasador y la afeccion mas tierna; el arrojo del amante que todo lo exije y la timidez del adolescente que todo lo espera.

Ella no podia dudar de que era amada, y no podia nenos de reconocer en sí misma cierta afeccion nueva, cierto sentimiento al que no estaba acostumbrada; pero no sabia cómo debiera de obrar. Su deber, por una parte, la contenia, mientras que su reciente cariño la impulsaba; y como nadie hai mas injenioso que el hombre para engañarse a sí mismo y para disimular sus faltas, ella se hizo este argumento: nada pierdo con acordar una cita, puesto que estoi segura de mí misma. Por otra parte, es indispensable que conozca a este jóven para darme cuenta de sus miras y poderme precaver si fuesen peligrosas; y ademas ¿qué puede sucederme yendo acompañada de mi sirviente, que me es del todo adicta y de Tomas, que en caso de necesidad podria llamar en mi auxilio, pues lo dejaré con el coche en la Alameda, dándole órden de seguirnos a poca distancia?

A pesar de estas reflexiones, que le tranquilizaron su interior, tuvo, sin embargo, una noche de insomnio. Al dia siguiente se levantó temprano, fué a ver sus camelias, que parecian mas frescas que nunca, como para agradarla, e inmediatamente le vino el fascinador recuerdo de las emociones que hacia pocas horas esperimentara y de la imájen del interesante y misterioso jóven que no se habia atrevid

a decirle su nombre, a pesar de ser tan bien recibido en la mas alta sociedad, y cuyos delicados obsequios sabia hacerlos con tan modesta reserva, que lejos de ofender la mas grande susceptibilidad parecia tener cuenta de ella contemplándola.

Al fin llegó la noche, noche temida y deseada a la vez, pues le parecia distinguir en ella un peligro, pero tambien envuelto de un irresistible atractivo, atractivo que se asemeja al vértigo o a esa curiosidad temblorosa que se esperimenta en la contemplacion de un abismo o en las márjenes de un cráter y al que somos llevados con frecuencia por el amor a lo desconocido, que tanto influjo ejerce en la naturaleza humana.

Daban las ocho de la noche en el reloj del convento de San Francisco cuando ella se bajó del carruaje; y apenas habia dado algunos pasos acompañada de Maria, se presentó Guillermo. La fisonomia de éste aparecia radiante de felicidad y de tan inefable como modesta y respetuosa ternura, que la señora se encontró a un mismo tiempo atraida y tranquilizada.

—Señorita, le dijo el jóven; no tengo, en verdad, espresiones cómo manifestar a usted mi contento y mi gratitud, pues lo que esperimento en este instante no lo he sentido nunca: jamas habia sido tan dichoso!... y el acento con que pronunció estas palabras era tan suave y revelaba tan sencilla emocion y tan profunda ternura, que la jóven esposa se sintió atraida como por un magnetismo lleno de dulce encanto.

Guillermo le ofreció el brazo, y la hermosa pareja principió a pasearse por la ancha y principal calle de la Alameda. Maria los seguia de atras, pero a una respetuosa distancia.

Todos los temores de la señora habian desaparecido, y ya no se cuidaba de la compañia de su criada o de la presencia de Tomas, a quien, sin embargo, veia de vez en cuando pasar con el carruaje delante de ella, como para demostrarle que

estaba vijilante y pronto para obedecer a la menor señal que se le hiciese.

Los dos amantes parecian olvidarse del tiempo, pues las horas habian trascurrido sin apercibirse de ellas. Guillermo habia desplegado todas sus seducciones: habia sido elocuente, persuasivo, tierno y respetuoso; habia mostrado su amor, pero con tal sumision, que la mas tímida doncella no podia alarmarse de un sentimiento tan puro, tan ideal y sobre todo tan abnegado. Jamas la hermosa niña habia oido un lenguaje tan elevado y una espresion tan apasionada; de manera que se sentia deliciosamente subyugada por el placer de inspirar tal afecto y quizá tambien por el placer de esperimentarlo.

Dieron las once de la noche en el mismo reloj de los franciscanos que sonó las ocho cuando ella llegaba a la Alameda.

—¡Cómo pasa el tiempo! esclamó la señora admirada.

—Asi es la vida cuando uno es feliz!... dijo Guillermo.

—¿Ha sido usted mui dichoso?

—Mi existencia entera no vale estos momentos.

—No sea usted embustero.

—Desearia serlo, señorita, contestó Guillermo con el mas triste acento, porque lo que hace mi mayor dicha es a la vez mi mas agudo tormento.

—¿Cómo puede convertirse en desgracia la felicidad?

—Veo bien que usted no ama como yo, pues entonces me comprenderia...

La niña guardó silencio por un momento y en seguida añadió un poco turbada: "Es necesario que nos separemos, pero tambien es preciso que usted no sufra."

Y desprendiendo un boton de rosa que llevaba al pecho, le dijo: "Hé aquí un talisman."

Guillermo se apoderó de la flor, y una especie de delicioso éstasis se dibujó en todas sus hermosas facciones.

La señora le presentó su mano, y él se atrevió a acercarla a sus labios sin que ella la retirase... pero desprendiéndose

como avergonzada de lo que habia hecho, partió con lijereza.

Guillermo permaneció por un momento en el mismo sitio. Su fisonomia se habia transformado del todo; y el que lo hubiera visto pocos momentos antes y lo viera ahora, podia decir que no era el mismo hombre, tal era el cambio que se notaba en él. Hacia solo algunos minutos que su semblante representaba la dulzura, la sensibilidad, la sumision, el amor; y ahora se veia en él la dureza, la altivez, el desden y el triunfo impio de la soberbia: era la encarnacion del ánjel malo con la pérfida belleza de ese ser que el catolicismo nos pinta gozándose en la perdicion del hombre.

Guillermo volvió a su casa, tiró la flor, que por descuido habia conservado, sobre una mesa, se echó en la cama y durmió tranquilamente; pues aun cuando sentia un capricho, no era éste suficiente para turbar su imajinacion haciéndole perder el sueño; mientras tanto la jóven esposa, llena de emocion y de un delicioso sobre salto, no habia podido cerrar sus ojos en toda la noche a pesar que la anterior esperimentara igual insomnio.

Como a las doce del dia siguiente se apareció en casa de la señora un criado llevando un lindísimo costurero y una perfumada esquela que decia:

"Señorita:

"Si usted hubiera esperimentado lo mismo que yo, me "consideraria dichoso.

"Su bella imájen no se ha separado un instante de mi "vista. El recuerdo de los dulces momentos que pasé a su "lado han hecho mi mayor delicia. No he dormido un ins- "tante, pero he vivido una eternidad! porque hasta hoi no "habia sentido la suprema felicidad de amar!

"Que mi respetuoso cariño sirva de disculpa a la libertad "que me tomo de mandarle ese insignificante juguete: no he "tenido otra intencion sino que él me sirva para con usted

"como un débil recuerdo, ya que no me es dado aspirar
"a mas.....

GUILLERMO DE".....

La señora, despues de haber hecho esperar un largo rato al sirviente, porque no sabia cómo debia de obrar, pues esperimentaba una fuerte lucha interior, le entregó al fin la siguiente contestacion:

"Señor:

"Ignoro cómo contestar a sus sentimientos y a sus favo-
"res; pero no me son indiferentes aquellos y agradezco debi-
"damente éstos.

"Si usted encuentra algun placer en venir a mi casa, será
"recibido con gusto.

E. DE N."

Cuando Guillermo hubo recibido esta contestacion, dijo para sí: "El triunfo no ha sido difícil."

Mientras tanto, la señora examinaba el lindo costurero y se estasiaba ante aquella halaja, los perfumes que contenia y un rico terno que brillaba a su vista, no pudiendo menos de esclamar: "Pero todo esto es hermosísimo! Qué amable y jeneroso jóven! Si hubiera sido yo su esposa!" Esta última reflexion la hizo pensar en su estado, talvez en sus deberes, y se entristeció. Quizá habia ya en su interior la sombra de un remordimiento; pero ese efímero pesar se disipó en breve con la contemplacion de las brillantes joyas y con el recuerdo de los placeres de que habia gozado las noches anteriores y que talvez se repetirian en lo sucesivo con mayor delicia.

Por la respuesta que habia dado a la esquela de Guillermo, ella supuso que éste no dejaria de venir en la noche; y sin que dominara en ella ningun mal pensamiento, se vistió para esperarlo con la mayor elegancia, llevada únicamente por ese deseo innato de agradar que es peculiar al sexo y sobre todo en circunstancias como las suyas.

Su presentimiento no era infundado. Guillermo se presentó en su casa a las ocho en punto, es decir, a la misma hora

en que lo habia encontrado la noche anterior. El jóven iba mui elegante, y su distinguida y hermosa presencia era realzada por el brillo de las luces que iluminaban el salon; asi es que la pobre niña no pudo menos de conmoverse a su vista.

Para el astuto seductor no pasó desapercibida esta impresion. Acostumbrado a estos lances, desplegó en poco tiempo no ya la sencilla timidez de un cariño respetuoso, sino el fuego ardiente de la pasion que conmueve los sentidos y que nos arrastra a los deleites embriagadores del deseo... Guillermo triunfó..
....

IX.

Los primeros dias, esos placeres agudos de la sensualidad ahogaron en parte el remordimiento y la vergüenza; sin embargo, el pasar que acompaña a la falta renacia incesantemente y renacia con mas fuerza, mientras mas frialdad se notaba en la conducta de Guillermo.

Por otra parte, las cartas cariñosas del marido, que le escribia desde Valparaiso y en que le decia todas las pequeñas curiosidades que trataba de adquirir para llevarle, causaban su mayor tormento, produciendo en ella instantes de sombria desesperacion.

Los sueños de felicidad habian desaparecido para dar lugar a la melancolia. Guillermo venia rara vez; pero lo que mas la atormentaba era la insolencia con que la trataban Tomas y su criada Maria, que se habian tornado en amos despóticos y altaneros en lugar de sirvientes sumisos y a quienes ella se veia obligada a soportar por temor de que divulgasen su falta en público o se lo escribiesen a su marido. ¡No hai peor humillacion que la que esperimenta una persona delicada cuando está obligada a sufrir en silencio la soez desvergüenza de esos seres corrompidos y bajos que

se complacen en la difamacion y que no tienen otro gusto que el hacerles sentir todo el peso de la ignominia que sobre ellos gravita! En nuestro concepto, e independiente del deber que infrinjen, de la perturbacion doméstica que acarrean y de los males que ocasionan, bastaria esto solo, para sustraer a las mujeres que piensan, del deseo de delinquir.

Nosotros no tomamos en consideracion los graves males que la falta de una mujer trae jeneralmente al recinto de la familia, sino que nos concretamos únicamente a esponer la vergüenza a que está sujeta y la situacion difícil, penosa, intolerable en que se coloca. ¡Verse obligada a contemporizar con la canalla mas baja y mas inmunda, es el colmo de la degradacion! Y si no llega la mujer desgraciada a perder para siempre sus sentimientos de honradez con este contacto, debe, por lo menos, ser presa de la desesperacion mas profunda!

La señora, cuya falta hemos descrito y a la que tanto habia contribuido Guillermo con sus fementidos halagos y Tomas con su infernal astucia, se encontraba en esta situacion. El insolente criado habia llegado hasta el término de usar con ella de ciertas familiaridades que la habian herido a tal estremo de pensar en el suicidio... porque jamas hubiera llegado su débil complacencia hasta degradarse, y mas bien hubiera preferido morir que caer en tanta ignominia.

Tomas y Maria disponian en la casa como verdaderos amos, guardando solo las apariencias de sumisos sirvientes cuando venian algunas personas de visita; pero en esta sumision habia todavia un filtro de mas hiel, de mas amargura y de mas sarcasmo, que le hacian gustar gota a gota. Mientras mayores eran las aparentes consideraciones con que ellos la servian delante de los otros, y mientras mas elojios le hacian a la señora por tan buenos criados, mas profunda era la herida que recibia o mas concentrado el odio que con tanta justicia les profesaba, porque sabia por esperiencia

que luego le habian de hacer pagar bien cara la hipócrita humildad del momento.

En pocos dias esta infortunada mujer habia cambiado del todo. Su jenio festivo y alegre habia desaparecido. Su semblante fresco y hermoso se habia marchitado, y la pasion del rencor, que su pecho no habia esperimentado jamas, se hacia sentir con fuerza, no pensando mas que en la venganza, pero sin que supiera ni cómo ni cuándo la podria efectuar.

En estas circunstancias, recibe una carta de su marido en que le anuncia que para el dia siguiente tendria el gusto de verla; y esta carta, si bien la llenaba de confusion y espanto, le causaba tambien cierto placer; porque creia que teniendo su marido el derecho de asesinarla, la libertaria asi de tanta humillacion, castigando como merecian serlo esos infames que la habian perdido y atormentado.

Ella tuvo el cuidado de no decir nada a sus criados respecto de la venida de su marido, porque temia que abandonasen la casa; y aunque, como ya lo hemos dicho, no habia concebido ningun plan, pensaba, al menos, que su esposo, teniendo el derecho de castigarla, estaba tambien en la obligacion de defenderla, pues defendia su propio honor; porque era solidario de su desesperacion, puesto que él debia participar de ella.

Ese dia preparaban a la señora una nueva vejacion. Tomas y Maria habian convenido en que se sentarian a la mesa a comer y a almorzar con ella, pero afortunadamente no tuvo lugar este agravio, porque angustiada como estaba, no tenia ganas de tomar el mas lijero alimento, permaneciendo encerrada en su cuarto y con la llave por dentro para que nadie se introdujese en sus habitaciones.

Esta circunstancia no dejó de alarmar en algun tanto a la infiel camarera, porque al cabo era mujer y se compadecia mas de la desgracia de su señora, sintiendo en no pocas ocasiones la fria maldad de Tomas, que llevaba sus pretensiones todavia mucho mas altas, y por cuya razon no queria aban-

donar la casa donde ya era completamente inútil a su digno patron Guillermo.

Maria, temiendo una desgracia mayor, pues habia notado la melancolia de su señora, fué varias veces a mirar por el agujero de la llave para ver si no habia sucedido algo de terrible, con la intencion de impedirlo; pero notando que ella permanecia silenciosa, ya sentada o recostada en el sofá, se tranquilizó un poco y se dirijió donde Tomas para hablar de sus asuntos propios; porque si ella lo habia ayudado en esta intriga, habia sido solo con el interes de casarse, promesa que el tunante le hiciera desde un principio.

Maria dijo a su cómplice:

—Tú me has prometido, tú me has dicho que te casarias conmigo si secundaba los planes del señor don Guillermo, a quien tú sirves, y ahora ha llegado el tiempo de cumplir tu palabra.

—Con el mayor gusto, querida mia, pero falta una condicion.

—¿Cuál?

—No te la habia dicho antes, pero lo hago ahora.

—¿Qué mas deseas? Nada he reservado para tí, y he hecho cuanto podia para que triunfase tu patron... Ya hemos, por otra parte, martirizado bastante a la señora; ¿qué otra cosa quieres?

—Desearia que ella tambien me amase.

—¡Estás loco! ¿Cómo has llegado a imajinártelo?

—¿Por qué nó? No es la primera vez que esto sucede.

—Pero ¿cómo quieres que yo me preste?

—Si no lo haces, te aseguro no casarme contigo.

—La señora te aborrece.

—Lo que no hace el amor lo hace el miedo.

—¿Y tendrias valor?

—Para esto y mucho mas.

—Ah! malvado! Y despues serias capaz de decirme tambien a mí que no me querias.

—Contigo es otra cosa, porque yo pienso sacar de tí una buena compañera que me ayude a adquirir fortuna, sabiendo servir a mi patron, porque, como ya debes haberlo visto, él no repara en el dinero, y en prueba de ello, mira cuánto vale servirlo; y Tomas sacó del bolsillo un puñado de escudos.

—¿Tanto te ha dado?

—Y esto no es nada.

—¿Pero te casarás conmigo?

—Indudablemente, porque, como ya te he dicho, unidos hacemos buenas ganancias.

—¿Entonces no me quieres?

—Ni pizca, y esto debe darte mas seguridad en mi promesa, porque solo busco un socio, como se dice en el comercio; y para probarte mas la verdad de lo que digo, te prevengo desde luego que, aun cuando nos casemos, quedarás completamente libre de ir donde quieras y con quien quieras, pues no soi celoso; pero con la condicion espresa que obedecerás siempre a lo que yo te mande en todo aquello que medie, no el amor, sino el interes; ¿entiendes?

—Perfectamente, pero en lo que ahora exijes de mí no existe el interes de que me hablas.

—¿Quién sabe? Quizá esto nos procure mas dinero del que tú imajinas. Por otra parte, considéralo, si quieres, como un capricho, yo te dejaré tambien plena libertad para satisfacer los tuyos, y asi existirá siempre la armonia, conservando la paz, tan necesaria en el matrimonio; pues si se tienen las ideas que supongo, en este pobre hombre marido de la señora, todo se lo lleva el diablo.

—¿Sabes que nada hai de mas diablo que tú y que hasta ahora no he conocido a nadie peor?

—Mas manso, querrás decir; pues yo no tengo ese furor de los celos que a todos atormenta y pone coléricos; pero vamos al asunto: ¿convienes o no en mi proposicion?

—Lo pensaré.

—En todo caso debes de resolverte mañana mismo, porque ya me estoi fastidiando y hago mucha falta al señor don Guillermo que necesita de mis servicios.

Acabando de decir estas palabras, un birlocho de viaje paró a la puerta.

Al ruido salió Tomas, esclamando alborozado: El patron! el patron! y dirijiéndose a Maria, que no se atrevia a presentarse, le dijo por lo bajo: "Disimulo y prudencia."

Viendo el pobre empleado que su mujer no salia a recibirlo, le preguntó a Tomas:

—¿No está aquí tu señora?

—Sí, señor, está en el salon.

En el mismo instante la puerta se abrió; y ella, pálida, deshecha por el sufrimiento, angustiada por el temor y temblando de emocion, estendió los brazos al ver a su marido, y arrodillándose le dijo: "Cárlos! Cárlos! castígame, pero véngame!"

—Por Dios! ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Una desgracia inmensa... irreparable!... Yo no merezco, no quiero el perdon sino el castigo, pero tambien quiero la venganza! Quiero que me vengues y que te vengues de unos infames!

Tomas y Maria, al ver esta escena, se habian retirado como por precaucion hácia la puerta de la calle para tomar la huida en caso necesario.

—Pero en fin, prosiguió el marido, ¿qué es lo que hai? Hasta aquí nada sé; esplícate.

—Ellos, contestó la desgraciada mujer, si no son la causa principal de mi pérdida, la han preparado con la mayor malicia, y sobre todo!... sobre todo me han perseguido, me han insultado, me han infamado!

Entonces el marido, sin comprender bien lo que se le decia, pero conociendo a los que su esposa le designaba, se dirijió colérico sobre Tomas y Maria, que, al verlo venir, se lanzaron al medio de la calle.

—Pícaros! les dijo el marido con una irritacion concentrada; ahora mismo saldrán ustedes de la casa y...

—Cálmese, patron, le contestó Tomas desde el medio de la calle con sardónica ironia; mejor será el que no dé un escándalo, porque usted tendria mucho mas que perder, y sobre todo su fiel consorte.

A esta desvergüenza, dicha con tanto descaro, el marido no pudo contenerse, o mejor dicho, cayó como herido de un rayo, cuando arremetia contra Tomas. Este, al verlo caer, soltó una estrepitosa carcajada, y dirijiéndose a Maria, que estaba a su lado, le dijo:

—Ya ves lo que cuesta ser celoso. No ha mucho te hablaba sobre el particular, sin pensar que tan luego te hubiera de presentar un ejemplo palpable; ¿qué era lo que yo te decia? ¿No te parece mucho mejor mi doctrina?

—No lo sé.

—¿Pero no lo estás viendo tú misma?

—Me causas miedo, Tomas.

—Qué tímida paloma! pues entonces no eres buena para ser mi esposa.

Y el tunante se retiró del lugar, haciendo una profunda reverencia a Maria, la que estaba aterrada del espectáculo y de la fria maldad de Tomas.

El infeliz marido yacia en tierra. Multitud de curiosos se agrupan al rededor para ver lo que pasaba o para prestar algun ausilio. A la bulla de las unas, que gritan de llamar al médico, y de las otras que dicen: está muerto! sale la señora desgreñada y despavorida y se encuentra con el cuerpo exánime de su esposo, que algunos se empeñan en pararlo para volverlo en sí. Ella hace que lo conduzcan a su lecho... El desgraciado vuelve a la vida mediante los remedios del eminente facultativo don Lorenzo Sazie; pero una fiebre intensa se apodera de él. La desventurada esposa vela dia y noche al enfermo, y durante tres dias consecutivos no cierra un instante sus ojos ni toma el menor alimento; parecia que

todas las funciones de su cuerpo se hubieran paralizado, no viviendo mas que de la vida del enfermo; pero todo fué inútil. Sus desvelos y los recursos de la ciencia no bastaban para salvar al infeliz, que, al fin de este término, espiró. Tambien tres dias despues la pobre mujer habia muerto para la sociedad: era conducida a la casa de locos.... ...
....

X.

Hemos descrito esta aventura de tan trájico fin, entre otras muchas que hacian la gloria de Guillermo y de Tomas, formando la corona de triunfos del primero y la foja de servicios del segundo...

Y no se crea que exajeramos; entre nosotros, el seductor infame es mas considerado de nuestra juventud que el hombre virtuoso y modesto que pasa su vida en el trabajo haciendo la felicidad de su mujer y de sus hijos. Esos *Lovelaces* cuya existencia se pierde en la corrupcion y en el ocio, que se vanaglorian de la deshonra de una niña y cuyo principal placer consiste en introducir en el seno de las familias la discordia y la desolacion, son los que gozan de mas crédito en el mundo: son los dechados que todos tratan de imitar, y su inmunda fama, salpicada de lodo, de escándalo, de lágrimas, de sangre y de ignominia, es proclamada por la sociedad, siendo mas digno de consideracion mientras mayor número de intrigas, diremos mejor, de crímenes, *adornan* su existencia inútil para el bien y solo provechosa para el vicio...

¡Cómo rien! cómo se mofan de un infeliz marido cuando su esposa ha sido débil!... ¡cómo se pavonean de la flaqueza de una niña, cuando ésta ha sido crédula! ¡cómo se divierten de las lágrimas que han hecho derramar, de los martirios que han hecho sufrir, de las discordias que han ocasio-

nado, de las infamias que han inferido y de las inmensas desgracias a que han dado oríjen!...

Allí hai una familia cuyos lazos se han roto a causa de haberse introducido en ella un agradable seductor, y los hijos unos se ven abandonados, y la mujer perdida, y el hombre desesperado!.. Nada hai que aguardar ya, porque tanto los unos como los otros son víctimas de la infamia!... y los niños que hubieran podido ser hombres virtuosos y buenos ciudadanos, serán talvez mañana unos forajidos, porque les ha faltado el órden y el ejemplo de la virtud!... y la mujer, cuya existencia habria sido tranquila, feliz y provechosa, será para siempre desgraciada y miserable!... y el hombre, que siguiendo el curso normal, habria podido tambien ser un miembro útil para sí mismo y para la sociedad, se convierte en un monstruo al que gobiernan todos los vicios y a quien nada le importa quizá cometer el crímen, porque ha perdido la vergüenza habiendo caido sobre él la ignóminia...

Mas allá, y por diversas partes, se ven niñas hermosas que hubieran podido ser buenas madres, pero a quienes la primera falta de que han sido víctimas, por el engaño de un vil seductor, las precipita en la prostitucion mas inmunda, en el vicio mas degradante, para morir en seguida en un hospital, cubiertas de lepra y de infamia!...

De otro lado se ven los hospicios y las casas de beneficencia llenas de esos hijos abandonados que jamas han gozado del regazo de una madre... que no tienen nombre... que no conocen a los autores de sus dias, y en quienes no puede haber esas afecciones tiernas y sacrosantas que ensanchan el corazon y que endulzan la existencia, formando la moralidad de la vida!... y estos niños, marcados desde antes de nacer con el sello de la desgracia, son por lo jeneral los frutos de la seduccion!... son aquellos a quienes se les denomina *huachos.*

Por esta razon en todos y en cada lugar se distingue la desesperacion bajo faces diversas y terribles: aqui el in-

fanticidio, mas allá la muerte desastrosa y a cada paso el crímen!...

¡Y sin embargo, la sociedad se rie y se divierte!... y esa sociedad tiene aplausos, tiene consideraciones, tiene honras, tiene coronas para orlar la frente del vicio!... y no hai un solo jóven que no acate respetuosamente a un seductor!... y no hai uno solo que no se vanaglorie de algun crímen, llegando hasta el punto de inventarlo y hasta el punto de mentir, para que lo estimen en algo! Tal es la mala senda que han tomado nuestras ideas y la apreciacion errónea de nuestros pensamientos y acciones...

En otras sociedades, en otros pueblos cuyo ejemplo debiéramos seguir, el hombre corrompido, es decir, el seductor infame, es marcado con la ignominia del mas alto desprecio y no es recibido en ningun círculo cuando ha llegado a hacerse reo de semejante delito: hé aquí el motivo de esa moralidad que nos sorprende; hé aquí el orijen de esa confianza tranquila de los padres y de esa confianza sencilla y elevada de las niñas para acompañar en el paseo al amigo que una vez ha sido introducido honrosamente en la casa; porque los primeros tienen fé en la pureza de las costumbres, porque las segundas tienen conciencia de su dignidad, y porque los últimos, es decir, los jóvenes, aprecian su decoro, aprecian su honor y saben ser caballeros a despecho de su pasion y talvez a causa de esa misma pasion, pues no existe el amor sin el respeto por la persona amada, porque no existe el goce verdadero sin ir en compañia de la virtud; y esto es el motivo porque en Inglaterra, en Alemania, en Estados Unidos, donde están vijentes tan saludables prácticas, la mujer casada es, por lo jeneral, un dechado de laboriosidad, de honradez, de economia, de órden, que lleva al hogar doméstico la fortuna, la felicidad, la buena educacion de sus hijos y hasta su fuerza física, porque su espíritu y su cuerpo se robustecen con tan saludable ejemplo y con tan saludable práctica.

Pero dejemos a un lado las infinitas reflexiones que nos sujiere la manera de ser de nuestra sociedad, para concretarnos a nuestra historia; y aun cuando deseáramos ser mas esplícitos, talvez desagrademos con nuestras digresiones, si bien ellas nos proporcionan pensamientos tristes aunque saludables para la pobre e ignorante sociedad en que estamos y en que vivimos; porque, de nuestra parte, llamamos ignorantes a todas aquellas personas que hacen el mal y especialmente un mal de esta naturaleza; pues el hombre instruido y el hombre moral prevee las consecuencias y las evita; mientras que nuestros infatuados pisaverdes, en quienes domina la vanidad mas estúpida, lo sacrifican todo a un amor propio mal entendido y perjudicial; pues ellos creen, sin fijarse en el mal que hacen, que están tejiéndose un laurel de inmarcesible gloria con sus vicios: este es el galardon de los necios, que por desgracia abundan y dominan en Chile, y sobre todo en esa clase que se llama *noble*, porque vive en un ocio tan degradante como pernicioso y funesto.

Por la narracion que hemos hecho ya conocerá el lector el carácter del amo y del criado, y podrá presumir fácilmente cuál puede ser el plan que formasen estos dos hombres sobre la nueva víctima que se proponian hacer; vamos, pues, a oir la conversacion que entablaron.

XI.

—Y bien, Tomas, dijo Guillermo recostándose sobre un sofá; ¿qué has hecho? me traes las noticias que te he pedido? sabes donde vive? qué clase de jente es esa?

—Me hace su merced tantas preguntas a un tiempo, que me será mui difícil responder a todas.

—En fin, principia.

—Comenzaré por decir a su merced que la *pollita* es lindísima. Ah! señor! quizá no la ha visto su merced bien!...

pero no hai punto de comparacion con ninguna!... ¡qué cosa tan preciosa!...

—Ya lo sé; sobre este particular estoi mas informado que tú y no necesito que me lo digas.

—Pero es imposible que mi lengua resista, y que mi admiracion no se la comunique a su merced: ¡imposible, señor! Jamas he visto una muchacha igual! qué gracia! qué aire! qué cara! qué ojos! y sobre todo, qué talle y qué elegancia!... ¡Ah! señor, ese es un bocado digno de un príncipe!...

—Vamos, déjate de charla y entremos en la cuestion principal; ¿qué has hecho?

—Voi a decírselo, señor.

—Pero siéntate. Tus buenos servicios hace que tenga por tí consideraciones de preferencia sobre los demas; acerca una silla.

—Señor!

—Haz lo que te mando. Prefiero tratarte mas bien como amigo que como sirviente.

Tomas, orgulloso y agradecido de esta señal de deferencia que guardaba por él el aristocrático jóven, tomó una silla y se sentó respetuosamente.

—Ahora, le dijo Guillermo, habla; pero sobre todo te encargo la exactitud y la verdad de los detalles, porque de esto depende principalmente el éxito de toda empresa. No me ocultes nada, ni aun los mas pequeños incidentes, pues muchas veces son estos los que deciden de los acontecimientos y los que arrojan mas luz para poder arreglar el plan y tomar las medidas mas eficaces para el fin que uno se propone obtener.

—Las noticias, señor, que puedo dar a su merced por el momento, son mui pobres, pero tienen la ventaja de ser fieles y exactas.

—Eso es lo principal.

—Desde el momento, señor, continuó Tomas, que su merced me dió la órden en la pampilla de seguir a esa linda

muchacha, no la perdí un instante de vista, ya adelantándome un poco, o ya quedándome atras para escuchar sus palabras y espiar el menor de sus movimientos.

—Has obrado mui bien, interrumpió Guillermo, porque un jesto o una palabra revelan muchas veces una historia, poniéndonos a la vista el pensamiento oculto de la persona; prosigue.

—Ya su merced me habia dicho en otras ocasiones lo mismo, para que yo lo olvidase, sobre todo cuando sé que que su merced da mucha importancia a estas cosas, por cuya razon, viendo que mi caballo me era perjudicial para hacer bien este manejo, pues era mucho mejor ser soldado de infanteria, me resolví a encargárselo a un amigo para que lo trajese a casa y yo continuar a pié mi camino, porque, como su merced debe presumirlo, necesitaba estar cerca y marchar sin ruido para observarlo todo y no despertar sospechas.

—Has hecho mui bien.

—Desembarazado del caballo, me confundí entre la muchedumbre y pude ir cómodamente al lado de la niña sin llamar la atencion de ella ni de nadie. La muchacha iba del brazo de un hermoso jóven, (preciso es confesarlo) que era su hermano y la acompañaban dos viejos que son sus padres, como lo supe mas adelante.

La niña le hacia frecuentes preguntas al mancebo sobre las fiestas y lo que habian visto, pero éste apenas le respondia, tal era lo pensativo y preocupado que iba. En ese momento pasaron los caballeros... con los que su merced andaba esta tarde en la pampilla, montados en lindísimos caballos, y Enrique al verlos, dijo a Mercedes: (pues estos son los nombres de los hermanos, segun lo supe mas adelante) "mira, esos jóvenes deben ser ricos." Su hermana, viendo la envidia que encerraban esas palabras, se las reprochó con dulzura, haciéndole ver su pobre pero feliz estado.

—Este es un buen dato, interrumpió Guillermo, pues de

él deducimos que el jóven es ambicioso y por consiguiente fácil de comprar; continua.

—No forme su merced todavia su juicio, porque quizá mas tarde se veria obligado a correjirlo.

Como iba diciendo a su merced, ambos jóvenes continuaron haciéndose recíprocas reflexiones, de las cuales deduje que el muchacho queria figurar a toda costa, pero que le faltaban todos los elementos. ¡Pobre necio! esclamó Tomas, ¡que a un diablo de artesano se le meta en la cabeza el querer ser un eminente personaje! ¿no le parece a su merced eminentemente ridículo? Pero al fin yo dije para mi capote: "tanto peor para tí;" y su hermana pensaba lo mismo que yo, pues le hacia sus reflexiones, que me parecieron mui bien, con el objeto de quitarle de la cabeza tan tontos pensamientos.

—De donde sacamos por consecuencia, dijo Guillermo, que la niña no tiene ambicion y que estaremos obligados a hacer ostentacion de palabras sonoras, de frases virtuosas y de máximas evanjélicas en lugar de escudos, lo cual es cien mil veces preferible, porque al fin y al cabo es mas fácil decir lo que uno no siente que dar lo que tiene, y el metálico cuesta mas adquirirlo que la moral, pues esta se aprende en un abrir y cerrar de ojos en cualquier libro, mientras que el dinero es otra cosa...

—No hai nadie como su merced para sacar consecuencias y herir la dificultad... su merced tiene tanto talento! ¡qué niña resiste a su merced!

—Adelante, dijo Guillermo, complacido de las alabanzas del criado.

—Iban, pues, señor, entretenidos en estas conversaciones y yo mui atento escuchándolos, a pesar de la maldita vieja, que parecia mirarme e inquietarse de mi presencia, cuando oimos la griteria y el ruido de un coche cuyos caballos lo llevaban como el viento, e iban, por supuesto, a dar al diablo con las personas que estaban dentro, sin la intervencion

de nuestro amigo Enrique, que, como un verdadero loco, se puso en medio de la calle...

—¿Con que fué de veras él quien salvó a Luisa Valdes y a su madre?

—¿Lo sabia ya su merced?

—Me han contado el acontecimiento, pero ignoraba el nombre del héroe, dijo Guillermo, dibujándose en sus labios una especie de sonrisa sarcástica y burlona, producida indudablemente por el recuerdo de la reciente conversacion que habia tenido con Luisa y en que ella tomara la defensa del artesano con tanto calor.

—Y en efecto, señor, añadió Tomas, contestando a la observacion de su amo; se necesitaba tener el diablo en el cuerpo para haber hecho tal cosa. Le aseguro a su merced que ni por todo el oro del mundo me hubiera espuesto de esa suerte; pero lo cierto del caso es que nuestro amigo se mantuvo firme y que, a pesar de la griteria de la muchedumbre y de las lágrimas de sus padres y de su hermana, se quedó en el puesto con tal audacia, que todo el mundo se admiraba. Yo me quedé, lo confieso, con la boca abierta, y por un instante no me fijé en otra cosa que esperando lo que iba a suceder, pues de un momento a otro me figuraba que seria hecho trizas, y aguardaba esta oportunidad para hacer valer a los ojos de la hermosa niña mis buenos oficios, pues pensaba presentarme a ella como el mas decidido servidor.

Guillermo miró a Tomas con cierta curiosidad; este cinismo de parte de un muchacho, por mas corrompido que fuera, le parecia no ser natural, y por otra parte creia que atendia mas a sus propios intereses, no desempeñando del todo un rol meramente pasivo y en conformidad al encargo que le confiara y al cual debiera limitarse.

Por lo que respecta a Tomas, no se le escapó el imperceptible movimiento de su amo, y volviendo sobre sus pasos, continuó, como para disimular el efecto que habian causa-

do sus palabras, haciendo hablar el egoismo o los intereses de Guillermo, y asi dijo:

—Pero, señor, de esta manera me habria hecho el amigo íntimo de la casa, entrando de lleno en su confianza y haciendo valer todo esto en favor de los intereses de su merced; y no dudo un momento que su merced podria preveer fácilmente el punto a donde nos hubiese conducido este manejo.

—Sin embargo, nada ha sucedido y nada tenemos que esperar por ese lado.

—Por desgracia, señor, Enrique fué afortunado, pues sujetó los caballos con tal vigor...

—Ya sé todo lo que puedes decirme, le interrumpió Guillermo.

—Mas lo que su merced quizá no sabe son las conversaciones y manifestaciones que se siguieron despues de haber libertado milagrosamente a las señoras.

—¿Qué es lo que ha sucedido? te escucho...

—Cuando la señora doña Juana hubo vuelto a sus sentidos, la señorita Luisa tomó de la mano a Enrique y lo presentó a su madre como a su libertador.

—¡Lo tomó de la mano! dijo Guillermo admirado e incorporándose en el sofá: ¿lo has visto? continuó:—ten cuidado de no engañarme.

—Me encontraba en la misma pieza, y conmigo, muchísima jente que puede certificar el hecho, si acaso su merced duda de mi verdad.

—Si dudara de tu verdad no te ocuparia; pero este proceder me sorprende tanto, que no he podido menos de maravillarme. Prosigue.

—Doña Juana se incorporó, dando las gracias al jóven, y preguntóle a la vez su nombre, a lo cual el muchacho no dió otra contestacion que presentarle a sus padres y a su hermana, diciéndole: ellos responderán por mí; y la señorita Luisa, sin mas ni mas, se echó en brazos de Mercedes llamándola en repetidas ocasiones su amiga.

—¡Llamándola su amiga, dices!

—Esta es la verdad, señor, yo mismo lo he oido, porque estaba allí.

—Su amiga! Ella!... y murmurando entre dientes, volvió a repetir como si hablara consigo mismo: Ella!... la altiva Luisa, que se desdeña de dar este título a las personas de su calidad y de su rango! Luisa! esta mujer tan poco pródiga de sus cariños ¡llamarla su amiga! Imposible... esclamó Guillermo con un acento bastante pronunciado, y poniéndose de pié, añadió, dirijiéndose a Tomas: no te creo...

—Entonces, señor, es del todo inútil que siga adelante.

Guillermo se paseó un momento por el cuarto, y hablando consigo mismo se decia: estraña coincidencia! ¿por qué me preocupan tanto estas circunstancias? Hace un momento he esperimentado una impresion análoga cuando Luisa me referia esta aventura sin nombrar a las personas y sin esplicar los detalles... ¿cómo es ésto, que Luisa, siempre tan dueña de sí misma y tan reservada, la ví sin embargo, exaltarse al hablar del pueblo?... ¿seria capaz de haberse enamorado? Pero no puede ser, porque esto es del todo imposible... El primer choque no derritirá jamas a esa alma de nieve;... pero sin embargo, ese rasgo de valor del artesano puede haber obrado de un modo fuerte y desconocido sobre su imajinacion romanesca... Estas naturalezas son a veces las mas impresionables y las mas exaltadas... ¡quién sabe! pero lo cierto del caso es que ese es un motivo mas que me obliga a continuar en una aventura que se presenta llena de misterios y de encantos, y que, por ciertos presentimientos, me parece que va a influir en todo el resto de mi vida. Ahora bien, si Luisa ama, es indispensable que yo me ponga de por medio, siendo ésta la mejor prueba de que debo seguir adelante en esta aventura, para tener en mi mano los hilos de los acontecimientos que es evidente van a sucederse en breve.

Todas estas reflexiones se hacia Guillermo a sí mismo y

casi sin pensar ya en Tomas, a quien habia completamente olvidado; pero éste, por su parte, observaba con curiosidad los cambios de la fisonomia de su patron y a su vez tambien hablaba consigo mismo.

Parece indudable, se decia, que don Guillermo está verdaderamente enamorado de la señorita Luisa Valdes; porque si no fuera así, ¿qué le importaba a él que ella hubiera o no dado la mano a un artesano? Ella no es su pariente, de consiguiente, no puede haber en esto vanidad de familia, de donde resulta que la debe de querer... ¿y qué puedo yo sacar de ésto? ¡Quién sabe!.. En primer lugar será curioso ver enamorado a don Guillermo; y en segundo lugar el conocimiento de este secreto puede serme de algun provecho; y Tomas seguia observando y reflexionando.

Guillermo, despues de haber dado varios paseos por el cuarto, en cuyo tiempo se habian hecho amo y criado las reflexiones que acabamos de describir, volvió nuevamente a tomar su asiento, y dirijiéndose a Tomas, le dijo: continúa.

—Como iba diciendo a su merced, la señorita Luisa se echó en brazos de Mercedes y la llamó repetidas veces su amiga, conversando un largo rato familiarmente con ella, del mismo modo que doña Juana, la que convidó a los padres del jóven a sentarse en la cama: el espectáculo era tierno...

—¿Te estás chaceando? ¡Doña Juana convidar esa jente a sentarse amigablemente a su lado! ¿Estás loco, Tomas?...

—He prometido a su merced decir verdad, y esto es lo que ha pasado sin que ponga de mi parte la menor cosa. En seguida vinieron a anunciar que el coche estaba preparado, y doña Juana se levantó de la cama estendiendo la mano a los viejos y llamó a la señorita Luisa que estaba en tiernos coloquios con Mercedes.

—¡Pero esto es imposible! volvió a repetir Guillermo sin dirijirse a Tomas y como si estuviera solo. ¡La mas orgullosa mujer de nuestra sociedad, la que no transije jamas en

materias de aristocracia, ¡sentar a su lado y dar la mano a esa jentuza!...

—¿Continuo, señor? preguntó Tomas a Guillermo, con cierto tono de satisfaccion, pues le parecia que a cada instante leia mejor en el corazon de su amo.

—Sí, prosigue.

—Tambien la señorita Luisa, al tiempo de despedirse, estrechó a su amiga nuevamente en sus brazos y pareció darle algo, que Mercedes rehusaba aceptar.

—Ah! esclamó Guillermo, alborozado de las últimas palabras de Tomas; ya comprendo; seria algun bolsillo de dinero que le ofrecia Luisa en pago del servicio que les habia prestado el artesano.

—Nada de eso, señor, pues por mas cuidado que puse, no vi nada que me indicase que fuera dinero el que la señorita Luisa ofrecia a Mercedes.

—¿Y qué era entonces? repuso Guillermo con seriedad.

—No lo sé, señor, pero estoi seguro que no era plata.

—¿Por qué lo supones?

—Por las palabras que alcancé a oir y que poco mas o menos eran éstas: "Decidle que no lo acepte sino como un valor moral, porque es solo bajo ese concepto que se lo ofrezco."

—Entonces, la dádiva era hecha a una tercera persona?

—Claro está, señor.

—¿Y esta tercera persona seria Enrique?

—Así lo supongo, señor.

Guillermo frunció el entrecejo, y una espresion de rabia o de odio se pintó en su semblante; pero bastante dueño de sí mismo, moderó su disgusto interior, e hizo desaparecer de su fisonomia hasta el mas lijero rasgo de descontento; sin embargo, esa fugaz impresion no pasó desapercibida a la mirada investigadora de Tomas.

—Tienes un espíritu de observacion mui desenvuelto, dijo Guillermo a su criado, y lo que hai en tí de mas apre-

ciable es que ese espíritu está acompañado de un sano juicio; pues no solo narras con fidelidad los acontecimientos, sino que tambien deduces consecuencias mui precisas, sabiendo dar a las circunstancias y a los actos la importancia que en la realidad tienen. Ya eres un aventajado muchacho y estoi seguro que con el tiempo serás un hombre precioso del que no me desharé jamas.

—Su merced me lisonjea, señor, juzgándome mas de lo que valgo.

—No lo creas; lo que te digo no es otra cosa que la justa apreciacion de tus cualidades; pero sigue con tu relacion.

—Nuestra familia, prosiguió Tomas, se puso en camino luego que hubieron partido las señoras.

—Se me olvidaba, interrumpió Guillermo, preguntarte si doña Juana y su hija dieron o no a sus nuevos amigos las señas de su casa.

—Al tiempo de montar al coche, doña Juana se volvió para decirles que vivia en la calle de la Catedral; pero no oí si les dijo o no el número de la casa.

—¿Con que segun esto parece que es una amistad? ¿Y será acaso fundada en ese pié de igualdad por que hace un instante la séñorita Valdes defendia con tanto calor a esa pobre jente? Es mui curioso, mui estraño, mui singular lo que sucede.

—Yo no sé, señor, a lo que su merced hace referencia; pero me parece que existe una cosa mas grave.

—Mas grave, dices! ¿Y cuál puede ser ésta?

—Una cosa parecida al amor.

—Parecida al amor! repitió Guillermo, volviéndose a parar de su asiento sin que fuera bastante dueño de sí mismo para disimular su despecho. ¡Parecida al amor! ¡Luisa Valdes enamorada de un miserable artesano! Mientes! No te creo.

Tomas volvió a decir entre sí mismo: "Ya no puedo dudar del cariño de don Guillermo desde que lo estoi viendo, es decir desde que su rabia me lo manifiesta claramente,

¡quién sabe cuál es el provecho que puede resultar de todo esto!" y luego agregó:

—Me ha dicho su merced que mentia. Yo recibo este insulto hecho a mi honradez con el respeto y humildad que debo a su merced. No niego tampoco que puedo haberme equivocado, porque no tengo pruebas con que manifestar a su merced la verdad, y porque mis observaciones no tienen otro fundamento que mi propio juicio; pero mis palabras, señor, no son mas que una suposicion que talvez nada tiene de exacta, pues no me precio de tener ese conocimiento profundo de las cosas.

—Y entonces ¿por qué afirmas que hai amor?

—Dispénseme su merced; yo no afirmo ni niego nada; yo no hago mas que esponer o relatar los acontecimientos tal i cual se han pasado a mi vista, no olvidando los menores incidentes, como su merced me lo ha recomendado, para que de estas minuciosidades deduzca su merced lo que tenga a bien, y esto es, ni mas ni menos, lo que he hecho.

—Está bien; asi te lo he ordenado, contestó Guillermo con rabia; pero puedes quizá exajerar las cosas llevado por un celo escesivo.

—Suponga su merced, entonces, que nada le he dicho.

—Por el contrario, insisto en que me espliques los motivos que te han inducido a formar ese juicio.

—Esto mismo era, justamente, lo que iba a hacer cuando su merced me ha interrumpido. Para avanzar mi parecer no he tenido antecedentes graves, y faltaria a la verdad si dijese otra cosa, pues solo he fundado esa opinion, que tanto ha desagradado a su merced, en simples miradas.

—¿En miradas?

—Como lo oye su merced: en miradas y nada mas; pero esas miradas, señor, aun cuando soi un bruto y tengo poca esperiencia, revelaban tal sentimiento, que yo mismo, y otro mas ignorante que yó, hubiera conocido en el acto lo que querian decir.

—¿Y quién daba esas miradas?

—Uno y otro, señor; y habria dado mi vida por que su merced hubiera estado presente, pues entonces no me habria dicho su merced que yo mentia, conociendo como conoce estas cosas. Sobre todo, señor, la última mirada, cuando la señorita Luisa estaba en el coche y pronta a partir... En esa mirada, señor, habia tal fuego, que el pobre diablo del artesano se quedó plantado en su lugar sin poder moverse. Parecia una de esas estátuas de la Alameda; y era tal su inmovilidad, que su hermana, la linda Mercedes, se vió obligada a tomarlo del brazo para hacerlo andar.

Guillermo volvió a pasearse por el cuarto sin proferir palabra. Sentia cuánta verdad habia en las detalladas relaciones de Tomas, y estaba mortificado en su amor propio por varias causas: primero, porque no comprendia que Luisa se mostrase sensible al servicio de un artesano; segundo, porque él, a pesar de su aristocracia y relaciones de familia, y mas que todo, a pesar de su refinada seduccion, jamas habia obtenido de la jóven lo que Enrique, sin pretenderlo, hubiera conseguido; pues Guillermo sabia conocer y apreciar cuánto valor tienen esas mudas insinuaciones que son mas elocuentes y revelan mejor el alma que las frases mas apasionadas.

Al cabo de un rato, nuestro aristocrático jóven tomó otra vez su asiento, y mandó a Tomas con una calma perfectamente fingida, que le sirviese el té.

Pero, en cuanto salió el criado, dió rienda suelta a su despecho, comprimido hasta entonces por su presencia; y pegando un fuerte puñetazo sobre el escritorio, esclamó: ¡Hé aquí lo que son las mujeres! La altiva, la orgullosa, la aristocrática Luisa Valdes, enamorada de un carpintero! Mi futura mujer, y la única que yo he amado en mi vida!

Y luego, como discutiendo consigo mismo, añadia: ¿Pero es verdad que yo la amo? No lo sé. Sin embargo, lo que puedo decir de cierto, es que ella es la única que ha hecho

palpitar mi corazon, de amor o de odio! No importa, porque siempre me he conmovido a la vista de esa mujer. Todas las otras no me han inspirado mas que compasion o desprecio. ¡Y justamente, ella parece que ama a otro! ¿y a quién? a un artesano! Pero la haré arrepentirse... sí... se arrepentirá porque sabré vengarme. No sé por qué odio a ese hombre a quien no conozco; y sin embargo no puedo pensar en él, no puedo recordar la defensa de Luisa sin que lo aborrezca!

Con todo, continuó Guillermo, siempre hablando consigo mismo; nada hai todavia de alarmante, y quizá hago mal en incomodarme y en dar mas importancia a aquello que en realidad no la tiene. ¡Una mirada! ¿Qué significa una mirada? Nada; y aun cuando fuera cierto que existiese una inclinacion naciente, ¿qué consecuencias puede haber? Si ese jóven fuese de nuestra sociedad, habria, talvez, motivo para abrigar algun temor; ¡pero un artesano!... hasta ridículo es pensar en ello.

Y Guillermo, con un aire de orgullosa complacencia, se tendió sobre el sofá a esperar su té, con esa confianza individual que da la fortuna y el rango.

Tomas entró con la bandeja en que venia el servicio del té; y mientras Guillermo bebia a pequeños sorbos su taza, dijo al criado que habia vuelto a ocupar su asiento, pero a quien él no convidaba a hacerle compañia en su colacion, porque la familiaridad que le dispensaba no iba tan allá:

—Continúa tu historia, pues aun no hemos llegado a lo principal, es decir, a saber dónde vive esa linda muchacha que te señalé en la Pampilla. Hasta ahora te has ocupado únicamente de digresiones, sin entrar a lo sustancial y mas interesante de lo que te encargué.

—Justamente, señor, porque he querido hacer a su merced una relacion detallada de todo, me he detenido algo en los incidentes; pero si su merced tiene esto a mal, lo callaré e iré derecho al asunto.

—No creas que los desapruebo, sino que al contrario los

aprecio, los creo de mucho valor, y por otra parte, me divierten, porque veo por ellos tus buenas disposiciones naturales.

—Señor, si tengo algun mérito, es a causa de su merced, porque lo poco que poseo lo debo a su enseñanza.

Guillermo miró a Tomas fijamente, porque las palabras que acababa de pronunciar podian ser tomadas a la vez como un elojio o como un insulto; pero nada pudo notar en la fisonomia impasible del criado, que dijo esto con una naturalidad inimitable; sin embargo, parecia mas, por el aire de humildad con que hablaba, ser el resultado de la gratitud y de la admiracion que profesaba a su amo; pero no era así, pues el disimulado muchacho, creyendo encontrar alguna acritud en los cumplimientos de Guillermo, se propuso responder con una fina pulla, tan bien disfrazada, que su mismo patron se engañase en su verdadero sentido.

Tomas continuó:

—La familia Lopez, y digo los nombres para que su merced vea que tengo memoria y que lo sirvo con empeño, la familia Lopez, repito, continuó su camino y yo siempre tras de ella como si fuese su sombra. Mercedes, inter tanto hablaba con entusiasmo de la señorita Luisa, y Enrique le escuchaba con la mayor complacencia, pero casi sin decir palabra: tal era probablemente la conmocion que le habria causado aquella mirada de que ya he hablado a su merced.

Al fin de mucho andar llegaron a la calle de San Pablo, yo estaba verdaderamente cansado, pues el camino habia sido largo, viéndome obligado en varias ocasiones a hacer algunos rodeos, porque la vieja seguia observándome. Por último, bien cerca de la pirámide que está colocada al fin de la calle, se paró nuestra jente, entrando en uno de los conventillos que allí existen.

Sabido el nido, me restaba solamente tomar informes para que su merced quedara satisfecho de mi comision, para lo cual me dirijí a una picanteria que estaba del lado de afuera

y pregunté a la buena mujer si conocia a la familia que acababa de entrar.

—Sí, señor, me respondió.

—¿Viven en la casa? continué yo preguntándole;—pero talvez incomodo a su merced con estos detalles.

—No, prosigue, dijo Guillermo.

—La vendedora me contestó:—Hace mucho tiempo, pues son los mas viejos alquiladores del conventillo.

—Y mui buenos vecinos, segun parece.

—Escelentes, señor.

—Asi me lo he figurado, pues basta solo verlos para tener buena opinion de ellos.

—Y sobre todo la niña, señor, es un ánjel y por lo mismo querida de toditos.

Oyendo esto, pensé que de nadie podia tomar por el momento mejores informes y resolví quedarme, pidiendo a la mujer algo que beber.

—¿Qué es lo que le puedo servir, señor? me dijo la dueña con tono almibarado, probablemente halagado su amor propio de ver a un hombre de mi clase pedir alguna cosa en su miserable chinchel.

Al decir esto, Tomas se miró con burlona satisfaccion de arriba abajo, para hacer reir a Guillermo.

—La picantera me ofreció en seguida aguardiente, mistela, chicha, cerveza, chinchiví.

—Tiene usted, señora, la dije, un buen surtido.

—De todo un poquito, caballero, me contestó; ahora dígame lo que puedo servirle.

—¿Qué tomará usted?

—Yo, nada, señor.

—Cómo que nada! Es preciso que usted me acompañe.

—Será entonces lo que usted guste.

—Pues bien, tomemos mistela, al cabo esto es dulce y debe agradarle.

—De qué clase, señor? Tengo de apio y de canela.

—Que sea de apio; al fin es la mas estomacal.

—Tiene usted mucha razón, y ademas esta mistela es mu buena y hecha por mí misma con aguardiente de Aconcagua.

—¿Con que el aguardiente de Aconcagua es mui bueno?

—Inmejorable, señor, y no es dañino como el que hacen en Santiago.—Muchacha, gritó la buena mujer, llamando a la sirviente; trae dos copitas y una bandeja limpia.

A poco rato apareció la chiquilla con dos pequeños vasitos de vidrio ordinario, acanalados hasta la mitad y puestos en un platillo de hoja de lata con bordes altos y que estaba diciendo claramente que habia sido hecho con el objeto de contener el líquido que se desparramase de los vasos sin perderse, lo que sucede casi frecuentemente en esas casas, por los movimientos un poco bruscos de los concurrentes.

Pero yo no sé si fatigo a su merced con estas descripciones, dijo Tomas a su amo.

—Mui léjos de ello, sino que al contrario me divierten; no omitas nada, porque estoi complacido de tu memoria y de la facilidad con que narras las cosas.

—Pues bien, señor; en cuanto me pasaron la mistela, me eché al cuerpo un buen sorbo, e hice sonar el paladar con mi lengua como si fuera lo mas agradable que hubiera bebido en mi vida y dije en seguida a la mujer:

—Escelente mistela; jamas habia tomado otra igual.

—No se lo decía yo, señor? me contestó; es tan buena porque es hecha de aguardiente de Aconcagua.

—Pero tome usted y hablemos sobre esa hermosa niña que acaba de entrar.

—Oh! sí, la Merceditas: no hai nada que se le parezca.

—Y en qué se ocupa? Con qué vive?

—Viven mui bien y siempre tienen algo que darles a los pobres; porque, a mas de gozar de buenos sueldos, son mui ordenados. El padre es un sarjento retirado que tiene su mesada por el gobierno. El hermano es un escelente car-

pintero que gana mucha plata; de suerte que nada les falta y ademas hacen mucho bien: es, señor, la mejor jente de este mundo.

—Ya lo veo.

—La Merceditas es tambien una escelente costurera, bordadora y gana bastante con su trabajo, pues sabe muchísimas otras cosas.

—¿Con que es entonces una niña mui instruida?

—Es lo mismo que una señorita y talvez mas, porque es tan buena sin ser orgullosa.

En esta conversacion estaba, señor don Guillermo, cuando entró a la picanteria una antigua conocida mia a quien no veia desde hace mucho tiempo.

Esta muchacha se llama Teresa, y estuvo sirviendo en casa de los caballeros..... los que, como su merced sabe, me criaron, y de donde salió ella para casarse. Desde entonces no la habia vuelto a ver, asi es que entablé con ella una larga conversacion.

Despues de mil preguntas y respuestas sobre nuestras conocidas y la suerte que corriamos ambos, ella no pudo menos de felicitarme de mi buena fortuna, pues por mi esterior veia que me encontraba bien colocado. De esta manera vine a saber que ella vivia en el mismo conventillo que Mercedes y que ésta era su amiga.

Entonces Tomas refirió a Guillermo todos los pormenores obtenidos de la conversacion de Teresa, con los elojios que ella habia hecho de Mercedes, sin olvidar el esmero con que la habia cuidado durante su enfermedad, la dádiva del colchon, y por último el préstamo de veinte pesos que hicieron a su marido.

Despues de oir la narracion minuciosa de Tomas, Guillermo le dijo:

—Estoi mui contento contigo. Veo que sabes desempeñar como se debe una comision, y que nada has olvidado de todo aquello que puede serme útil. Por los informes que

me has dado con tanta exactitud como juicio, saco estas consecuencias:

Primero, que el hermano de la jóven tiene ambicion y basta este conocimiento para buscar el medio de seducirlo. Sus miras no pueden ir mui léjos, y en esa clase no hai pretensiones que uno no pueda satisfacer fácilmente; pero, aun cuando quizá tenga ese artesano alguna delicadeza, ésta se vence con maña, pues todo consiste en presentarle un sebo a su ambicion, sabiendo no herir de frente su susceptibilidad, y para esto no faltan medios infalibles.

Por lo que respecta a la muchacha, es otra cosa. Puesto que tiene virtud y esa elevacion de sentimientos, es necesario mostrarse todavia mas elevado que ella, siendo preciso abordarla haciéndole ver cualidades superiores que la seduzcan, representando el papel de un héroe de novela, es decir, que estaré obligado a herir su imajinacion por acciones grandes, a mostrar sencillez en la práctica, desprendimiento en la obra, en fin, esa mezcla de elevacion y de inocencia, de superioridad y de candor que es difícil aparentar, pero que no es imposible. Esa naturaleza debe ser por necesidad impresionable, y no podrá resistir al entusiasmo que le produzcan esos actos que tratan de envolver en el misterio la jenerosidad y la abnegacion. De esta suerte llegará a amar sin desconfianza, y llegará a amar con delirio; y entonces, no hai cosa mas fácil de estraviar que esa moral que se funda únicamente en los buenos instintos y no en reglas estrictas, en conocimientos profundos o en preocupaciones arraigadas; porque no hai nada mas sencillo que presentar al vicio con el oropel de la virtud, adornándolo de manera que represente la jenerosidad, y aun mas que la jenerosidad, el sacrificio.

La seduccion, continuó Guillermo, como entusiasmado de sus teorias, es una cosa fácil cuando una mujer siente en favor del hombre la afeccion; pues esas ideas de pureza, de honor, de castidad, son mui vulnerables, pudiendo uno, sin contrariarlas, y aun aparentando seguirlas, hacerlas servir

a sus designios: ese castillo, inatacable para los ignorantes, se rinde valiéndose de sus propias armas... Estoi seguro; esa muchacha no se escapará...

—Pero ¿cómo podrá obrar su merced? dijo Tomas. En el rango que su merced ocupa, no puede visitar a esa jóven. Su presencia en casa de ella, haria fracasar la empresa, porque no podrian menos que atribuir a su merced malas intenciones; y para que ellos lo comprendan así, no se necesita de mucha perspicacia.

—Lo creo, pero ya tengo formado mi plan: seré un artesano, pero un artesano distinguido, o mas bien dicho, seré un artista; pues esta es una especie de aristocracia que nace del pueblo y cuya elevacion ni los asusta ni los hiere, sino que por el contrario les agrada; ¿qué te parece esto, Tomas?

—Magnífica idea.

—Seré, pues, pintor.

—Pintor!... pero creo que jamas su merced se ha ocupado de pintura.

—Sin embargo, no se necesita ser un maestro, pues basta tener algunas nociones del arte para lo que es hablar y darse los aires...

—Pero, señor, ¿y los cuadros, y los aparatos, y el taller, y esas obras inacabadas que el pintor tiene siempre en su caballete?

—Todo esto se compra. Todo esto se consigue a fuerza de oro: nada hai mas fácil cuando uno tiene los medios y la voluntad.

—Ya voi comprendiendo a su merced.

—Por otra parte, pagaré a un artista para que vaya a trabajar a mi taller, con el solo fin de adornarme con su talento por algun tiempo, que despues él puede cargar con dinero, con taller y con cuadros; ¿qué me importa a mí todo esto?

—Indudablemente, su merced es el caballero mas fecundo en recursos de cuantos yo he conocido.

—Ya te he dicho en parte mi plan, pero te lo confiaré del todo, porque quizá, como ha sucedido en otras ocasiones, me vea obligado a echar mano de tí para que tomes algun papel.

—Mi mayor deseo, señor, es servir a su merced.

—Ya lo sé, porque eres un buen muchacho; y lo que es preferible, no te falta injenio.

—Su merced puede ordenar lo que quiera, seguro de ser ciegamente obedecido.

—Mi plan es el siguiente: pienso tomar una casita pequeña en la calle de San Pablo, pero que sea bonita, cómoda, y sencilla, o si no la encuentro así, la haré arreglar yo mismo, de modo que haya gusto y confortable, pero no lujo; porque éste no haria sino desterrar a las personas que quiero atraer. Vivirá conmigo la vieja Anastasia a quien ya conoces y que pasará por mi tia.

—Sí, señor, la conozco. ¡Qué recomendable señora! dijo el perillan riéndose.

—Escelente, respondió Guillermo con severidad; pues no se le ocultó lo malicioso de la sonrisa de Tomas.

—Una vez en posesion de la casa y de todo lo que se necesita y que ya te he esplicado, me haré notar de esas jentes por algunas buenas obras, que no dejarán de llamar la atencion de Mercedes, aparentando al mismo tiempo la mayor modestia, porque quiero que mis acciones tengan a la vez la publicidad y el misterio, cubriéndome así con un velo que me hará aparecer mas interesante mientras mas desprendido y modesto se me suponga. De esta suerte atraeré poco a poco y por el sebo de la virtud a esa jóven, que, segun los informes que me has dado, tiene inclinaciones tan nobles, de modo que esa misma virtud y esa misma elevacion venga a ser el arma que la hiera de muerte, y aquello que en todo caso debiera salvarla, contribuirá en esto con mayor eficacia a su pérdida.

—Estoi admirado, señor, de lo que me dice. Su merced,

vuelvo a repetirlo, es el rei entre todos los caballeros de Santiago, porque ninguno de ellos seria capaz de tener tanto injenio, y menos que sacaran recursos de allí mismo donde cada uno de ellos encontraria solo dificultades.

—Ya sabes, pues, mis planes, conoces mis deseos y mis intenciones y espero que en caso de necesitarte, obrarás con esa prudencia que te conozco y que te recomienda a mi vista.

—Haré, señor, cuanto guste; pues su merced no ignora, como ya lo he repetido tantas veces, que mi deseo principal es complacerlo.

—Tendrás, Tomas, tu recompensa; y como me conoces, no podrás dudar que sea proporcionada a los servicios que me prestes. Yo te trato mas bien como amigo que como criado; y en este sentido espero que me seas consecuente, pues tengo confianzas contigo que no le acuerdo a muchos. Respecto a dinero pídeme todo el que sea necesario; pero advierte solamente que no se debe ni arriesgar ni perder la empresa de que hemos hablado y en la que pienso que tomes una activa parte.

—No tenga su merced el menor cuidado. La plata todo lo hace; y la astucia de la tia Anastasia, junto al pequeño talento que he tenido el honor y la fortuna de adquirir al servicio de su merced, nos ayudaran eficazmente.

—Está bien. Ya te he informado de mis intenciones; ahora te encargo que busques los medios de realizarlas, dándome cuenta hasta de los mas mínimos detalles; porque muchas veces, de aquello que parece lo mas insignificante, es de donde los mas grandes resultados dependen.

—Cuente usted conmigo, señor.

—Vete y toma esto para principiar los gastos que deben hacerse y para inducir a la tia Anastasia a que entre del todo a secundar mis planes;—y Guillermo alargó un bolsillo con dinero a Tomas, el que este acarició, diciendo al retirarse:

—Su merced es la persona mas jenerosa que he conocido y por esto es tambien la mejor servida.

Las habitaciones de Luisa.

I.

Mientras se efectuaba este complot infernal, en que se echaba mano de todos los recursos del vicio y de toda la astucia del crímen para triunfar de la sencillez de la virtud, habia una jóven que formaba un plan opuesto y cuya alma, entregada a la dulce satisfaccion de hacer el bien, no tenia mayor goce que cuando le era posible evitar la desgracia ajena o llevar el consuelo y la felicidad allí donde reinaba antes la tristeza y el infortunio.

En tanto que Guillermo trataba, pues, de perder a Mercedes, seducido por sus nacientes gracias, Luisa Valdes, no menos sensible al hechizo de la misma jóven, pensaba en la manera de salvarla, porque no se le ocultaban los peligros que corria Mercedes, tanto por su hermosura cuanto por la pobreza de su condicion. Pero la bondad de Luisa no se limitaba solo a precaver el mal, sino que queria producir el bien: queria que ese tesoro oculto, que esos encantos todavia misteriosos, pero que, sin embargo, se revelaban de lleno en la fisonomía de la jóven obrera, diesen su fruto, fecundizados por el sol de la felicidad y de la virtud, que es la sola que desarrolla el alma en todo su esplendor y la única que puede hacernos comprender y amar la grandeza de Dios por la grandeza de sus obras; y la única, tambien, que nos inicia en esos placeres tan suaves como deliciosos, tan tiernos como reales, que procura la caridad, y que el mundo, en jeneral, no ve, ni comprende, ni aprecia...

Pero antes de entrar al fondo de los pensamientos de Luisa, antes de analizar sus ideas y su manera de sentir, nos permitiremos pintar su manera de ser material, es decir, sus hábitos, sus costumbres, sus ocupaciones, su cuarto, en una palabra; porque el cuarto, los muebles que lo adornan, la disposicion en que éstos se encuentran y hasta la calidad de ellos, revelan el espíritu, la intelijencia, las pasiones, el jenio y las tendencias de la persona que lo ocupa. Las habitaciones, sean de un hombre o de una mujer, no son tan solo el lugar del descanso, sino que ademas son la encarnacion, si nos es permitido hablar así, de las ideas de la persona y el daguerreotipo fiel de sus sentimientos; de manera que un observador puede juzgar casi con seguridad sobre el carácter y la mayor o menor elevacion de un individuo, sin nada mas que haber examinado su aposento; porque los objetos que él encierra diseñan la vida de la persona en todas sus faces, o por lo menos, en las tendencias que en ella dominan, siendo a tal punto exacta esta observacion, que, a la simple vista del alojamiento habitual de un individuo, es fácil decir si es viejo o jóven, feo o buen mozo, alegre o terco, sencillo o afectado, ordenado o calavera, necio o sabio; pues no solo la parte moral, sino la parte física del ser, se dibuja con exactitud.

Ahora bien, para que el lector pueda formar su juicio por sí mismo, vamos a introducirlo a la habitacion de Luisa.

La casa de doña Juana, como ya lo hemos dicho, estaba situada en la calle de la Catedral. Nada se habia alterado en ella desde su construccion primitiva, pues era uno de esos edificios suntuosos para la pasada época, pero que en el dia no llaman la atencion, sin dejar por esto de conservar su valor y aun de haberlo aumentado considerablemente a causa del acrecentamiento progresivo de la poblacion.

Doña Juana, aunque poseia una fortuna considerable, no habia querido, por una especie de culto hácia sus antepasados, o por esa relijion de recuerdos, que es una especie de

vida para las almas sensibles, no habia querido, decimos, hacer la menor alteracion en aquellos lugares que habian habitado sus padres, limitándose solamente a refaccionarlos para preservarlos de las injurias del tiempo; pero tampoco habia podido resistir a los caprichos de su hija única, de suerte que la habia dejado construir en el interior de la casa una especie de pabellon en conformidad a sus gustos, reservándose ella lo demas del edificio, que mantenia siempre en conformidad con los suyos.

Luisa, con la autorizacion de doña Juana, habia hecho levantar una morada sencilla, a la vez que encantadora y donde su naturaleza poética, elevada e independiente reuniera la elegancia a la sencillez, el gusto al arte, y la libertad de un ser esquisitamente dotado, a la sumision de una hija amante, y decimos la libertad, porque ella habitaba sola en compañia de su nodriza aquel recinto, sin dejar por esto de estar constantemente al lado de su madre, a quien queria con ternura.

Esta emancipacion de la jóven no provenia de altaneria sino de elevacion, porque la superioridad de sus instintos no disminuia en nada la obediencia de hija, sino que al contrario la aumentaba, pues hai naturalezas a quienes la compresion jamas amolda o domina, mientras que la libertad subyuga y aprisiona. Esta manera de vivir de Luisa habia dado márjen a mucha crítica, y doña Juana misma no habia dejado de recibir algunas advertencias amistosas de parte de sus conocidas, y hasta su confesor no dejó de hacerle observaciones a ese respecto; pero la señora veia la pureza de las costumbres de su hija, y mas que todo, llevada por el instinto interior, que, sin equivocarse, aprueba o desaprueba nuestras acciones, habia resistido a toda influencia estraña, dejando a Luisa en entera libertad de obrar, libertad de que jamas habia abusado la niña y que sin embargo era indispensable para su felicidad. En efecto, el corazon de una madre jamas o rara vez se engaña, y doña Juana pre-

sentia, y con razon, que si hubiese querido sujetar a Luisa a las vanas y aparentes fórmulas de la sociedad; que si hubiese querido esclavizarla o encerrarla en ese estrecho recinto de ideas que constituye entre nosotros la buena educacion de una jóven, la habria hecho desgraciada y talvez la habria perdido; porque esas naturalezas altivas a la vez que sinceras, no aceptan otro yugo que el de la bondad y el de la razon, y cuando quieren imponerles el capricho o la injusticia de las preocupaciones, se rebelan; y esa altivez que nace de la nobleza del corazon y que tantas virtudes da al que la posee, se transforma en terquedad, llegando a hacer jerminar en el alma las mas funestas pasiones, que nada es suficiente de correjir mas tarde.

II.

La habitacion de Luisa, consistia, pues, como ya lo dijimos, en un pabellon colocado al fondo de la casa y en el cual habia cuatro o cinco departamentos. El primero era una sala de labor, y contiguo a ella estaba el dormitorio, un peinador y una sala de baño, como tambien el aposento de la nodriza de Luisa.

La sala de labor contenia muebles sencillos pero elegantes. Las sillas, livianas como una pluma, eran de junco, con respaldos en forma de lira e incrustaciones de concha de perla y doradas a fuego, representando brillantes flores. El alfombrado blando y vistoso estaba en perfecta armonía con los asientos y las espesas cortinas que cubrian las ventanas como para amortiguar la luz del sol y conseguir durante el dia esa media claridad, misteriosa y pálida, que parece llevarnos a la meditacion o a las voluptuosidades de la pereza, sobre todo en el estío y en aquellas horas de escesivo calor que convidan al reposo.

Las paredes de esta pieza estaban adornadas con cuadros que representaban algunos paisajes, sea de nuestras costum-

bres nacionales o de las hermosas perspectivas que se encuentran con tanta frecuencia en nuestro vírjen pais y que Luisa, si no con arte, al menos con poesía, habia sabido pintar.

Un costurero, donde se veian todas esas infinitas pequeñeces, todas esas nadas insignificantes a la vez que valiosas de la mujer, se encontraba en medio del salon, y al rededor se notaban algunos trabajos de aguja y de bordado de diversas formas, ya principiados o por concluir, pero en los que no podia menos de admirarse el gusto y la elegancia, que revelaban tambien el gusto y la elegancia de la que trabajaba en ellos.

Frente de las ventanas habia un hermoso piano, cuyas melodiosas armonias se hacian oir con mucha frecuencia en aquel recinto de la belleza. Ramilletes de flores frescas y perfumadas se veian colocadas en lindos jarrones de porcelana sobre el mármol blanco de la chimenea, que estaba situada entre las dos ventanas. En medio de los floreros habia un reloj de bronce, que representaba a la jóven América rompiendo las ligaduras del coloniaje. Dos inmensas y muelles poltronas cuyo asiento y respaldo representaban canastos de fruta y que eran obras maestras de tapiceria hechas por Luisa, estaban colocados a uno y otro lado de la chimenea, con sus correspondientes pisos, tambien trabajados por ella, hermanándose a los sillones por la igualdad de los dibujos.

De esta sala pasábase al cuarto de dormir de Luisa, donde esta jóven, elegante pero severa, poetisa pero majestuosa, delicada pero enérjica, conservaba esa mezcla rara de perfume virjinal y de austeridad filosófica, de sensibilidad femenina y de voluntad viril que parece atraer a la vez que dominarlo todo, pero sin mandato, porque nadie resistiria a su mirada humilde e imperativa, simpática y dominadora.

A su lecho diáfano y blanco como esas nubes vaporosas del estio, se asociaba mui bien la severidad de un estante

de libros; y a los perfumes de un tocador de la mas refinada voluptuosidad, aparecerá el contraste de muchos aparatos de estudio; de manera que en ese recinto donde hubieran podido hacer su nido las gracias, se hallaba la vírjen y la pensadora, la coqueta y la filósofa, la mujer que aprecia el esmero del cuerpo y la mujer que vive solo de la intelijencia; en una palabra, se veía allí reunidos el culto de la belleza en estas dos acepciones que Dios le ha dado: la admiracion hácia las formas corporales y el entusiasmo hácia la superioridad del espíritu.

III.

¿Tenia o no razon Luisa Valdes de sentir y de obrar así? ¿Puede o no deificarse la materia? El culto a la perfeccion, es o no un culto tributado a la divinidad que ha puesto en el organismo del hombre esa tendencia innata? Por nuestra parte creemos que sí.

¿Quién ha dicho que una mujer hermosa no debe cuidar, no debe sentir, no debe apreciar la fuerza de sus atractivos? Esos hechizos son una perfeccion de la naturaleza, son un don del Creador, que es indispensable tener en cuenta, porque entra en el radio de nuestros instintos y porque el progreso mismo de la especie talvez asi lo ordena. ¿Quién seria capaz de asegurarnos que una mujer que cuida de su belleza, no obra, sin pensarlo, en conformidad de las leyes de Dios?

Hai en el orbe causas ocultas a las que obedecemos sin reflexionar sobre ellas, y esta es sin duda la razon por que Luisa Valdes amaba en su belleza propia la belleza de Dios, tributando un culto en sí misma que representaba el culto admirable de la creacion.

Nosotros estamos mui léjos de conocer la fisiolojia humana; pero con algunas escepciones del organismo, creemos por lo jeneral que la hermosura de las formas es una per-

feccion física que está en armonia con la perfeccion moral, es decir, que mientras mas regular es el hombre, mientras tiene lineamientos en su fisonomia mas agradables, debe tener tambien en su espíritu una intelijencia mayor; y sin entrar a los vicios que trae consigo la educacion, la sociedad o el ejemplo corruptor, somos de opinion que la persona mas o menos perfecta en su apariencia esterior, es tambien mas o menos intelijente; sin embargo, no negaremos que hai leyes desconocidas y ocultas que en muchas ocasiones nos demuestran lo contrario; ¿pero podemos acaso nosotros darnos cuenta de las mil fibras, de las mil modificaciones que obran, no diremos esclusivamente en el hombre sino en toda la creacion, ya sea sobre esa materia que se llama animada o sobre aquella que se considera muerta y que, sin embargo, no es quizá mas que una misma?

En el curso de nuestra historia haremos siempre digresiones, mal que le pese al lector, porque no tratamos tanto de complacerlo a él cuanto de emitir nuestras ideas; por consiguiente, sin pedir a nadie escusa, saldremos o entraremos en el cuadro de los acontecimientos.................

....

IV.

Hemos descrito ya algunos de los aposentos que ocupaba Luisa Valdes, y aun cuando no hayamos sido prolijos para presentarlos con esa exactitud minuciosa que tiene indudablemente su atractivo; sin embargo, hemos querido ser simples cronistas, o mas bien dicho, hacer aparecer las cosas tal cual son y tal cual han sucedido, sin quitar al historiador la inventiva del novelista.

Pero si en los otros departamentos Luisa Valdes aparecia la mujer fina, delicada y pensadora, en su sala de baño era donde se presentaba poética y sensual, sublime y sibarita, porque era donde se hermanaba, podremos decirlo así, la

materia al espíritu; era el altar en que se ostentaba la belleza física como irradiacion de la belleza intelectual; era el templo de la hermosura bajo todas sus formas, porque allí se veia la delicadeza de la vírjen con ese tacto que caracteriza a la mujer en su mas ideal espresion, con todo ese perfume de la poesia que la diviniza y de la perfeccion corporal que la adorna, haciéndola irresistiblemente graciosa y seductora.

Se estrañará quizá nuestra discrecion porque no está en nuestras costumbres haber de la sala de baño un cuarto principal; pero Luisa, por una de esas escentricidades que son tan peculiares a las naturalezas privilejiadas, habia tenido este capricho, talvez porque era allí donde no habia sombras que ocultasen sus hechizos.

En ese recinto, donde no podia penetrar ninguna mirada profana, recinto que no era conocido mas que de ella, se encontraba el refinamiento del arte, o diremos mas bien, el refinamiento de la voluptuosidad suave, balsámica, misteriosa... Para ese lugar consagraba Luisa las mas hermosas flores de su jardin, los mas delicados perfumes y los mas elegantes trajes de su tocador. Un aire embalsamado se respiraba allí; y esa atmósfera deliciosa adormecia los sentidos a la vez que estasiaba el espíritu, sepultándolo en una especie de molicie llena de encantos, molicie que producia los mas deliciosos ensueños de la fantasia y que convidaba a la contemplacion y al amor... pero al amor con todas las delicadezas del sentimiento, con toda la sublimidad de la intelijencia, con toda la poesia de la pasion!... al amor llevado a ese idealismo tan puro como indefinido, tan tierno como delicioso, tan grande y enérjico como virtuoso y moderado, y que solo sienten con su esplendor divino las naturalezas ricas por su imajinacion, poderosas por su pensamiento, suaves por su bondad como fuertes por su enerjia, y tan espansivas por su franqueza como atrayentes y simpáticas por su candor en las costumbres y por su elevacion en las ideas!

Luisa sentia así y queria amar así. Para ella el amor era una virtud, no un crímen; era una perfeccion, no un defecto, como se le hace creer a los jóvenes en nuestra ridícula y gazmoña educacion. Luisa, en lugar de ahogar ese sentimiento, lo fomentaba como el oríjen de las mas grandes virtudes, como una emanacion divina que purifica nuestro ser, que lo eleva y que lo idealiza. Ella queria ser digna de esa encarnacion de Dios, de ese soplo sublime que todo lo vivifica, ennoblece y ensalza; y por esta razon preparaba su espíritu y preparaba su cuerpo como para servir de templo, de altar, de tabernáculo al amor de un hombre! Pero ese hombre debia ser tan puro, tan poético, tan delicado, tan enérjico, tan virtuoso como lo era ella... De otro modo no concebia el amor, no concebia la pasion, no concebia la vida, es decir, no concebia el matrimonio, que, en su concepto, debia ser el complemento de la dicha, el lleno de las aspiraciones, la santidad de la existencia, el sagrado fin de la creacion!...

Amar y ser amado: hé aquí la felicidad, el bien, la perfeccion, la virtud!.... Pero ese contacto simpático de dos espíritus, esa comunicacion embriagadora de dos almas, ese deleite de dos existencias que se confunden en un solo éstasis, ese arrobamiento tan sublime no se da, no se esperimenta, no se comprende sino en la virtud que nos eleva hasta Dios y nos confunde con su esencia!..... El amor es mas que un culto, es mas que una relijion, es mas que una plegaria, porque es el mas puro destello del alma, la emanacion mas divina que puede tener y dar el hombre, y el que lo esperimenta con toda esa suave vehemencia, participa ya de las delicias que rodean al trono del Creador, porque participa de su luz!!....

En el mundo se llama amor a esos deseos de los sentidos, mas o menos fuertes, a esas pasiones comunes que la posesion amortigua y que las mas veces lleva hasta la indiferencia, el cansancio o el hastío, porque el elemento mate-

rial, la satisfaccion de la carne es la que nos gobierna; pero cuando se une el goce del alma al goce del cuerpo, cuando la perfeccion moral se agrega a la perfeccion física, cuando el sentimiento ennoblecido por la idea nos hace buscar nuestro principal encanto en el sendero de la espiritualidad, entonces el ser, depurado en el crisol de la virtud, entra de lleno en las rejiones vaporosas del amor... de ese amor que nada estingue, porque vive por sí, y cuya llama se aumenta a medida que se reconcentra, siendo mas intensa mientras mayor es su duracion, mientras mas interna y absoluta es la recíproca posesion de los seres que se asocian!...

Esta era tambien la aspiracion de Luisa y esta la causa por que habia permanecido fria e indiferente para todos y para sí misma, pues nada encontraba en la sociedad que frecuentaba que llenase ese deseo innato de su naturaleza y esa tendencia delicada de su virjinal, poético y elevado espíritu, que tan difícil es encontrar en este mundo........

....

V.

En derredor de la habitacion que ocupaba la encantadora jóven, se encontraba un pequeño pero hermosísimo jardin, que Luisa cultivaba con esmero y a quien dedicaba jeneralmente las primeras horas de la mañana, porque en ellas, las flores, asi como nosotros y asi como los demas seres, parecen abrirse para aspirar y recibir una nueva vida; y todo ese perfume de una existencia nueva se ve en la frescura de los tintes, en la animacion de los colores y en esa fragancia que embalsama el aire y que se esparce con profusion, como para saludar, con las primicias de sus favores, a quien les diera la existencia...

El pecho de Luisa se levantaba al respirar esa ambrosía, dilatándose con el ambiente impregnado de esa suavidad perfumada y deliciosa que esparcen las flores al rededor

de ellas; de modo que las mejillas de la niña parecian tambien colorearse con el tinte de las azucenas y de las rosas, pudiendo decirse con propiedad que absorvia en parte la vida de esas plantas, o que, como ellas, renacia tambien a impulsos del fresco rocío de la mañana.

Para Luisa, el jardin no era una ocupacion frívola, no era tampoco una distraccion de ociosidad que nace de la opulencia, era sí una ocupacion de gusto, casi de amor.... porque ella queria a sus flores, a esas flores que cultivaba con sus manos y cuya fresca belleza le hacia levantar su pensamiento hácia el Criador, pues traian a su imajinacion poética ideas de la armonía de los seres, de los misterios y de la bondad de Dios..... porque en realidad, no hai un templo mas hermoso y que hable al corazon un lenguaje mas persuasivo y elocuente que las mismas obras de la creacion. ¡Qué son esos monumentos levantados por el hombre al lado de un jardin, de un campo, de un valle, de una montaña! ¿Qué es todo eso al lado del musgo o de la hormiga? Puerilidades ridículas que admiramos un momento, pero que no hablan al alma; que escitan nuestro orgullo, pero que no hacen palpitar nuestro corazon; que descarrian nuestra intelijencia con esas mil ideas contradictorias de cien relijiones distintas, pero que no nos elevan hácia la contemplacion única y verdadera, hácia esa contemplacion que enjendran las obras de Dios...

....

Luisa Valdes tenia culto por lo bello; le gustaba encontrar la virtud unida a la gracia, y el contento en armonía con el deber. Para ella no tenia eco esa filosofía triste que condena el placer y esa relijion estéril que anatematiza la hermosura y que hace un crímen de las perfecciones del hombre!.... Que hace un delito de amar todo lo que es agradable y perfecto!.... Esa relijion y esa filosofía, decimos, pueden mui bien condenar a Luisa, porque Luisa queria lo que tenia el sello de la perfectibilidad...... porque Luisa

amaba lo que alhagaba sus sentidos y entusiasmaba su intelijencia!.....

VI.

Sabemos que en Chile nuestras beatas y nuestros clérigos anatematizarian esas tendencias, mirando como una falta imperdonable el culto que Luisa rendia a la naturaleza, asi como el cuidadoso esmero que empleaba para consigo misma y para todo aquello que vivia a su alrededor; pero esta predileccion por la belleza, simpatía que cada uno esperimenta, impulsado por esa lei oculta que nos lleva hácia el perfeccionamiento, era en nuestra aristocrática jóven el resultado de la delicadeza de sus gustos, de la finura de su intelijencia, de la bondad de su corazon y de la altiva e ilustrada libertad de sus ideas.....

Dígase lo que se quiera, pero a nosotros nos parece que, mientras mas perfecto es el individuo, aprecia tambien mas la perfeccion; y que, mientras mas cultivado es su espíritu, mas entusiasmo tiene por la hermosura; porque la sensibilidad se refina a medida que la razon se ilustra, y el gusto se estiende en proporcion a nuestro interior desarrollo.

Si nosotros, en vez de presentar la virtud con semblante adusto y severo, la hiciésemos aparecer risueña y alegre; si en vez de enseñar a los jóvenes que nuestra perfeccion moral consiste en el abandono físico, les dijésemos que tuvieran esmero en el aseo de sus personas y en el cuidado de sus atractivos; si en lugar de estrechar sus ideas con las prácticas absurdas de un ascetismo ignorante, como medio único de hacerlas agradables a la Divinidad, les mostrásemos las obras de la creacion y sus perfecciones, para que amasen en vez de temer a su Autor; si en lugar de señalarles el camino de la virtud, cubierto de abrojos y lleno de sacrificios y de privaciones, se lo presentásemos bello, suave y dulce como en realidad es; si las trajésemos al bien por el

bien mismo, empleando como motor al placer y no al sufrimiento, a la perfeccion física y no a la maceracion degradante, al raciocinio que ilustra, persuade y eleva, y no a la obediencia automática; al amor y no al rigor, ¡qué cambio no esperimentaria nuestra sociedad y nuestras costumbres! Porque es indudable que en la perfeccion de la mujer consiste el mejoramiento de la especie; pues ellas nos hacen dar los primeros pasos en la carrera de la vida, ellas forman nuestra moral, dirijen nuestras inclinaciones, son árbitras de nuestros gustos, dueñas de nuestros placeres y dispensadoras de nuestras mayores alegrías y consuelos; de manera que, mientras mas ilustrada sea la mujer, mas grande será el hombre; y mientras mas espansiva, mas buena, mas alegre, mas entusiasta y poética veamos a la primera, mas amante, mas ordenado, mas trabajador, mas fuerte y mas dichoso será el segundo;.... porque la felicidad no es individual sino colectiva, y la mitad de la especie no podrá jamas conseguirla sin el concurso de la otra......

Sentimos decirlo, pero en nuestra patria parece que se ha adoptado el peor sistema para la educacion de la mujer, cuya moralidad se hace consistir en que asista diariamente y por muchas horas al templo, cuya educacion descuidada se versa sobre esterioridades frívolas, cuyas tendencias son dirijidas a la vanidad, cuyas miras no van mas alto que a un enlace con un hombre que se dice *acomodado*, sin levantar su vista mas arriba del campanario de la vecina iglesia!..... Este es el mal que lamentamos y esta es tambien la causa en gran parte del atraso, de la ignorancia y de la desidia vanidosa que reina en nuestra sociedad y que hace el fondo de nuestras costumbres.

Un plan de bondad.

I.

Al principio del capítulo anterior hemos visto que Luisa se habia propuesto libertar a Mercedes de los peligros a que la esponia su belleza, mejorando en cuanto fuese posible la posicion de la familia de la jóven obrera; pues sin conocer el mundo, presentia Luisa que a causa de la hermosura de Mercedes no podia ésta menos de tener muchos adoradores y que por su pobreza quedaba espuesta a muchas acechanzas. Su plan, pues, consistia en ayudarla con sus consejos para formar su corazon y disponerla a la virtud y al bien, y con su bolsillo, para que la falta de recursos no echase por tierra quizá en un momento de abnegada desesperacion, esa flor de pureza que ella se habia propuesto sostener y cultivar.

¡Cuántas veces no vemos que la miseria es la principal causa de la prostitucion! ¡En cuántas ocasiones por la enfermedad o por el hambre de la madre, del hijo o del hermano, vende una niña su honor con tal de salvar a las personas que ama! Y despues!... el desprecio de la sociedad pesa sobre esa infeliz; y del crímen forzoso a quien salva una noble escusa y cuya fealdad se atenúa por la causa de donde emana, cae en el crímen voluntario, precipitándose en seguida en la degradacion y en el vicio, hasta el punto de llegar a ese cinismo en que ya no se siente palpitar la conciencia; a esa depravacion en que ya no se esperimenta el remordimiento, sino que al contrario parece complacerse en la maldad y

encontrar sus gustos allí donde debiera hallar su principal infortunio!

¡Cuántas víctimas no ha hecho la miseria! ¡Cuántas almas nobles, elevadas y jenerosas no han sucumbido por la indijencia! Y lo que es todavia peor, que las jóvenes que se pierden en fuerza de su necesidad, son aquellas cuya sensibilidad es mas esquisita y cuyas ideas han adquirido mayor vuelo, pues por ser mas impresionables se aumenta el peligro; y esas intelijencias que hubieran hecho el bien, que hubieran sido el ornato de su sexo, se tornan al mal, convirtiendo en ludibrio la virtud de la mujer; y el delicado pudor que la eleva y embellece, en desvergüenza vil que la afea y denigra!...

Nuestras palabras son débiles para espresar todo el entusiasmo que sentimos por la evanjélica caridad de algunos nobles sacerdotes chilenos como de muchos ciudadanos filantrópicos. Estas almas, verdaderamente cristianas, han fundado varios establecimientos que llevan nombres distintos y que sirven de santo asilo a niñas huérfanas y desamparadas que indudablemente se habrian perdido en el mundo, si la caritativa mano de estos respetables hombres no se hubiera estendido para ampararlas, albergándolas en cuerpo y alma.

Nosotros hemos tenido ocasion de visitar algunas de estas hospitalarias casas, quedando admirados y complacidos al ver el órden, la moralidad, la enseñanza, el aseo y el espíritu de Dios que reina en la mayor parte de ellas. En aquellos santos asilos de beneficencia aprenden esas pobres huerfanitas todas las labores peculiares de su sexo; reciben una instruccion bastante aventajada, adquieren hábitos de moderacion, modales distinguidos, costumbres puras y sencillas a la vez que ordenadas, saliendo de allí jóvenes útiles y virtuosas que pueden hacer la felicidad de cualquier hombre; que pueden llevar al seno de una familia la abundancia que nace siempre de la economia y del trabajo, y la moralidad

la actualidad se encontraba en uno de los monasterios de Santiago.

Hemos descrito los gustos casi sibaritas de Luisa, pero es preciso advertir que los placeres de la caridad era a los que daba siempre la preferencia, porque ella no solo amaba la belleza física sino la belleza moral; y no tanto cultivaba las perfecciones del cuerpo cuanto las del espíritu; pues su alma ardiente, tierna y apasionada, tenia un fondo de bondad que la hacia estasiarse en las obras de beneficencia, adquiriendo un nuevo vigor, un nuevo brillo y un placer siempre nuevo cuando con sus recursos podia socorrer la desgracia, cuando con sus limitados medios de jóven podia venir en apoyo de la miseria.

No habia, por consiguiente, necesidad de estímulos para determinar a Luisa a practicar la obra que proyectaba; asi es que llamó a su nodriza, en quien, como ya hemos dicho, tenia una entera confianza; sin embargo, antes de manifestarle el plan que habia combinado y antes de ocuparnos de la conversacion que tuvieron a este respecto, nos vemos en la necesidad de describir el carácter de la ama de Luisa, la que habia llegado a ser su compañera, su aya, su confidenta y su amiga, asi como habia sido su nodriza y su preceptora.

III.

Ceferina Carrasco pertenecia a una familia de la clase media, y en la época a que esta historia se refiere, tenia como unos cuarenta años de edad, conservando todavia rasgos de su hermosura pasada, y sobre todo manifestando en su semblante signos inequívocos de su bondad; porque era difícil encontrar una fisonomia mas dulce y mas atrayente; y si bien podia uno apercibirse de alguna falta de ilustracion, no podia menos de notarse la rectitud del juicio, porque hai personas que carecen de cultivo, pero a quienes ha protejido la naturaleza, sucediendo que a esa escasez de

conocimientos suple jeneralmente el cariño, que es un nuevo sentido que dirije el juicio y una especie de brújula que nos guia sin engañarnos, rectificando nuestras acciones, aun cuando no exista en nosotros la facultad o la posibilidad de apreciarlas; pero como el amor tiene una doble vista, como la afeccion rara vez se equivoca, sino que al contrario penetra en todos aquellos secretos, que el egoismo, por mas ilustrado que se le represente, no comprende ni aprecia, por esta razon el juicio de Ceferina era siempre certero, y lo que es mas, era en jeneral justo.

Luisa, conociendo el carácter de su ama de leche, sabiendo su inclinacion al bien y la parte que ella habia tomado y estaba dispuesta a tomar, cuando las determinaciones de su jóven pupila servian para socorrer la indijencia y protejer la virtud, no tuvo inconveniente en asociarla a sus planes de ahora, asi como la habia asociado a otros tantos del mismo jénero.

Pero la inclinacion de Ceferina por las jóvenes desvalidas iba todavia mas allá de una proteccion débil, porque ella, habiendo sido víctima en su juventud del engaño y de la pobreza, temia que otras cometiesen la misma falta y se sacrificasen por un motivo idéntico, por cuya razon se le veia mas dispuesta a segundar los actos de la jenerosidad de Luisa, cuando ellos iban dirijidos a socorrer la indijencia de una bonita y desvalida niña.

Ceferina, víctima de la seduccion y de la necesidad, habia tenido la fortuna de llegar a casa de doña Juana cuando la hija de ésta necesitaba una nodriza, y la jóven mujer, sin ocultar sus circunstancias y sin tratar de minorar su falta, habia narrado con injenuidad su estravio y su abandono. Doña Juana, seducida por su franqueza y compadecida de su desgracia, tanto como atraida por la dulzura de su fisonomia, la tomó en el acto. Ceferina, en los dieziocho años que habia permanecido en la casa de doña Juana, no solo se supo captar la voluntad y aun la consideracion de su ama,

sino que crió con el mayor esmero a la niña que se le confiara, y el cariño vino a hacer de ella una segunda madre, convirtiéndola este mismo afecto en un miembro integrante de la familia.

Ceferina amaba a Luisa con la misma ternura que la mas cariñosa madre, y a la vez de quererla la consideraba; no con el respeto servil de una criada, sino con el aprecio que infunde la virtud, con la admiracion que arranca el talento y con el hechizo que en torno de sí produce la gracia. Para ella nada habia en el mundo de mejor que Luisa, haciendo leyes de sus mas insignificantes caprichos, pues tenia el mayor placer en obedecerla; y esta obediencia, hasta cierto punto ciega, provenia de que su jóven ama no exijia jamas sino aquello que era justo, y no la ocupaba sino en aquello mismo que mas la complacia, y especialmente en los actos de caridad en que le servia de ajente y de que Ceferina gustaba; porque, teniendo buen corazon, sàbia, y sabia por esperiencia propia, los precipicios a que nos puede arrastrar la indijencia.

Con el conocimiento perfecto que Luisa tenia del carácter de su nodriza, se decidió inmediatamente a hacerla partícipe de su secreto, para consultar con ella los medios mas adecuados de llevar a cabo el plan que se habia propuesto y que no podia ejecutar sino con su ayuda; porque ella era la única intermediaria que pudiese servirla y la única que la habia servido en todos los actos de misteriosa caridad que con tanta frecuencia ejercia; pues Luisa, siguiendo el espíritu del Evanjelio, queria siempre que se ignorase la mano que producia el bien, ocultando con cuidado especial sus beneficios y haciendo única cómplice de su bondad a la mujer que la habia criado; pues hasta doña Juana ignoraba el empleo que hacia Luisa de la renta que le tenia asignada para sus gastos; y aun su misma nodriza no habria sabido jamas los secretos de la jóven si ésta no se viese obligada a divulgárselos para cumplirlos.

IV.

Por la anterior descripcion que hemos hecho sobre los gustos de Luisa, es mui probable que se la haya creido materialista, es decir, amiga u ocupada únicamente de aquellos goces que halagan los sentidos; pero no es menos cierto que su placer principal consistia en la beneficencia, privándose con gusto de todo lo que pudiera agradarla con tal de que su sacrificio de niña sirviese para socorrer alguna desgracia. Diremos mas en obsequio de los sentimientos de esta jóven: lejos de hacer un sacrificio, Luisa esperimentaba una satisfaccion real cuando posponia su contento juvenil y las necesidades o exijencias naturales de esa edad, a un acto que pudiera ser de algun modo útil para su semejante, sobre todo cuando ese semejante se encontraba en el infortunio, y del infortunio podia mui bien caer en la desesperacion, y de la desesperacion llegar hasta el crímen.

Para un alma pura, para un alma apasionada y sobre todo tierna, ¡qué mayor placer que el de la caridad! Valen acaso mas las satisfacciones del orgullo y los goces de la vanidad o del amor propio comparados con los de la beneficencia?.... Y cuánta mas gloria, y cuánta mas interior delicia no trae al corazon y no proporciona a la intelijencia el sacrificio momentáneo de un traje o de cualquier otro placer, con tal de enjugar las lágrimas de un aflijido, con tal de llevar el pan a una familia!.... Un adorno nos da una satisfaccion momentánea; pero un acto de caridad nos proporciona una satisfaccion eterna!.... Un acto de caridad, no solo lo paladeamos en el momento, no solo nos complacemos en el instante de efectuarlo, sino que al echar una mirada retrospectiva sobre nuestra existencia nos regocijamos en todo tiempo de él, y llega hasta equilibrar nuestros estravios..... y alcanza hasta disculparnos ante nosotros mismos, y talvez ante Dios, de los desaciertos de la vida!.... Pero para un alma

sin mancha, ¡qué manantial inagotable de satisfacciones no debe proporcionar la caridad!.... cuando el arrepentimiento no viene a horadar nuestra conciencia, cuando nada tenemos de que reprocharnos, mucho mayor debe ser el placer; porque ya no se considera éste como una especie de espiacion, sino que se le mira como un goce y como uno de aquellos goces sin hiel y sin acíbar que solo dejan en el paladar del alma el dulce sabor del bien .....

No se crea, sin embargo que la beneficencia es la limosna, porque la primera se practica con el corazon, mientras la segunda solo se hace con el dinero: para la una, no es necesaria la abundancia, mientras que para la otra es indispensable; pues la beneficencia es hija de la elevacion en los sentimientos, y la limosna depende de la riqueza: la primera se consigue con las dotes del alma, la segunda con las de la fortuna.... Por esta razon, la caridad, que es la primera y la base de todas las virtudes, está tambien al alcance de todos; pues no se encuentra sujeta a otras condiciones que las que Dios ha grabado en nuestra conciencia. Bien puede un individuo desparramar a manos llenas su oro y no ser por esto caritativo, asi como otro, con una escasa fortuna y hasta sin recursos, llegar a serlo; porque ese sentimiento está en el alma y solo depende de la voluntad, está en el corazon y solo consiste en el deseo: un vaso de agua dado a un desvalido, un ¡ai! de compasion, una palabra de misericordia, valen muchas veces mas que un talego, y siempre esto conquista la gratitud interior, en tanto que la dádiva fastuosa obtiene la gratitud aparente: la una está en lo mas recóndito del pecho, y la otra en la superficie de los labios; pues el sentimiento es la espresion de la primera y las palabras la de la segunda.....

Nosotros, lo hemos dicho y lo repetimos todavia, no escribimos solo los acontecimientos de una historia, no tratamos de seducir la fantasía, de escitar la curiosidad o de alhagar a nuestros lectores, porque nuestro primer empeño es

ilustrar y no fascinar, es hacer patentes las bellezas de la moral y los encantos de la virtud, en lugar de seducir la imajinacion del hombre.... Preferimos las buenas costumbres y la enseñanza provechosa a los placeres y a las efímeras distracciones del romance; sin embargo, volveremos nuestra vista hácia él, pues ambas cosas están íntimamente ligadas...

....

V.

Luisa llamó, pues, a su nodriza, y con una especie de rubor, rubor que no habia sentido otras veces en circunstancias análogas, y del que no podia darse cuenta, a pesar de esperimentarlo, le dijo a Ceferina.

—Ya sabe usted, mi querida ama, el gran peligro de que nos libertó un jóven el dia de ayer; pero lo que usted talvez ignora es que ese jóven tiene por hermana una bellísima niña, en cuyo semblante se dibuja la inocencia y la elevacion, en cuyas hermosas facciones se nota la pureza del alma unida a la pureza del cuerpo, la gracia al candor, la sencillez al méritc; pero esta jóven es pobre y......

—Te entiendo, hija mia, interrumpió Ceferina, como si adivinase el pensamiento de Luisa.

—Y puede caer, prosiguió ésta, en los mayores peligros, peligros tanto mas fáciles, cuanto mas sobresaliente es su hermosura.

—Lo sé, contestó Ceferina, con un aire de sentimiento y de reflexion profunda. Lo sé, añadió: nada hai en este mundo mas espuesto a la desgracia que la belleza de una jóven cuando se ve asediada por la necesidad, y cuando, en la ignorancia de sus primeros años, no tiene todavia el apoyo de la razon.....

—Asi lo creo; pero es preciso que los que se encuentran en situacion de socorrer la necesidad y de ilustrar el juicio,

—Sí, pero nunca te habia visto tan impresionada. Nunca te habia oido espresarte con el calor que ahora te espresas.

—Porque nunca habia sentido el interes que ahora siento.

—Pero ¿cuál es ese interes? Es el solo interes de la caridad?

—-Lo ignoro.

—Hija mia! hija mia!... No me engañes, ni te engañes a tí misma!

—¡Yo engañar a usted!... ¿Alguna vez, ama mia, le he ocultado o le he disfrazado siquiera lo que esperimentaba en mi interior?

—Pero ahora!...

—Ahora, como siempre, soi la misma.

—Sin embargo...

—¿Y qué puedo confiarle? ¿Conozco acaso lo que siento? Puedo definirlo? Puedo espresarlo? Nó; lo único que me es dado decirle es, que me encuentro tímida y feliz. Mi estado creo que se parece al de aquel que está en camino de hallar un tesoro, y que sin embargo, puede perderlo; que está en via de descubrir una verdad, pero que aun se le oculta; esa ansiedad punzante y dulce que a la vez halaga y desanima es lo que me figuro esperimentar actualmente. Na la mas le puedo revelar a usted, porque nada mas sé.

—Me haces temblar, porque creo distinguir un sentimiento distinto al de la caridad.

—Al menos, lo confieso, esto no es igual a lo que he esperimentado en otras ocasiones.

—Eso mismo es la causa de mi temor.

—Pero qué hai de malo, de criminal o de peligroso?

—Nada de malo, y menos de criminal; pero sí mucho de peligroso.

—Esplíquese usted.

—Yo no sé espresarme como tú, pero he vivido mas, y se me figura ver por tus palabras que ha penetrado en tu corazon un nuevo afecto.

—Hasta aquí nada me dice usted de estraordinario y sobre todo de peligroso.

—Hija mia! es que no quisiera ir mas allá.....

—Entonces ¿para qué haber principiado? y sobre todo ¿para qué alarmarse?

—Porque hai impresiones mui sérias...

—Vamos, ama mia, le dijo Luisa, poniendo cariñosamente su codo en el hombro de Ceferina; déjese de reticencias, y sobre todo de vanos temores, porque nada hemos hecho que los provoque. Hábleme con su franqueza de siempre y este será el mejor medio de entendernos y de disipar esos fantasmas que tanto la asustan y que en mí han despertado mucha curiosidad; porque ya usted sabe, añadió Luisa riéndose, lo curiosa que soi, ¿no es verdad?

—Déjate de chanzas, hija mia, porque el asunto de que nos ocupamos es mui serio.

—Tanta mas razon para que insista en saberlo.

—Pero, ¿y si me engaño y te ofendo?

—Si se engaña, ama mia, ¿quién no es susceptible de error? Y por lo que respecta a la ofensa, no la temo de usted, porque me quiere, y el cariño jamas ofende.

—Es que, dijo Ceferina a media voz y con una precipitacion tal como si las palabras que pronunciaba quemasen sus labios;... temo que ames!...

Una estrepitosa y franca carcajada fué la respuesta de Luisa, la que echándole inmediatamente los brazos al cuello y besándola con ternura, le dijo:

—¡Tanto misterio para tan poca cosa!

—¡Cómo poca cosa! contestó Ceferina entre asustada y perpleja.

—No le digo a usted que sea poca cosa el amor, pero sí su confusion.

—¡Pero si mi observacion fuese cierta!

—¿Qué mal habria? respondió Luisa con una sonrisa entre dulce y melancólica.

—Has reflexionado en ello?

—Yo he reflexionado mucho en el amor, ama mia, y lejos de ser un fantasma que me asusta, es una divinidad que me agrada; y lejos de pensar que sea la fuente de males y de desgracias, lo creo al contrario el oríjen de la felicidad y de la virtud; pero ni usted tiene nada que temer ni yo que esperar en este momento; pues para que llegase a amar, si esto sucede algun dia, necesitaria mucho... muchísimo.

—Todo tiene un principio.

—Sin duda alguna; pero descanse usted tranquila de que no llegaré al término... Yo tengo las ideas mas raras, talvez las mas estravagantes respecto al hombre que debe ocupar mi corazon, mi pensamiento, mi vida... Nada he visto en la sociedad que se asimile a ese ideal que me he forjado... talvez no lo encontraré nunca y entonces moriré sola... soltera... ¿Lo entiende usted, querida ama mia? Porque jamas uniré mi suerte a un ser que no aprecie, y diré mas, a quien no respete; y para que yo llegue a apreciar, respetar y querer, es preciso que me sienta subyugada por el mérito, por la elevacion, por el talento, por la virtud, y todavia faltaria cónocer el sentido, la interpretacion que yo doi a cada una de estas palabras; era preciso que se reuniera el valor a la modestia, la grandeza a la sencillez, la fuerza a la debilidad, la intelijencia a la pureza, el orgullo a la humildad, la nobleza a la despreocupacion, la elegancia refinada a la simple naturalidad, la laboriosidad al desprendimiento, la relijion al pensamiento libre y el amor infinito de Dios a la intensa pasion por la mujer.

Luisa hizo una pausa, y luego prosiguió en un tono triste:

—Ya ve usted que sus temores son infundados, pues lo que pido es casi un imposible.

—Así es, hija mia, pero esto me causa mas sentimiento que lo otro, porque me parece.....

—¿Que no me casaré jamas?

—Justamente.

—Pues bien; entonces me estinguiré...

—Hija mia! hija mia!... ¿Para qué tener tales ideas? Para qué desear lo que no puede realizarse? ¿Para qué querer vivir en el cielo cuando todavia estamos sobre la tierra?

—No lo sé; pero no soi dueña de mi naturaleza ni tampoco de mis aspiraciones; si ellas me vienen ¿cómo resistirlas? Pero vamos a otra cosa. Ahora, como ya no tiene usted miedo que yo ame, podemos volver a tomar el hilo de nuestra conversacion anterior, ocupándonos de la familia de ese jóven y de él mismo; pues puedo asegurarle, creo, dijo Luisa sonriéndose con malicia, que no he encontrado a ningun otro en nuestra elegante sociedad que me haya causado una impresion mas agradable; y hubo un momento en que su mirada ejerció sobre mí una especie de fascinacion que me hizo estremecer.

—A cada palabra que me dices, esperimento mas deseos de conocer a ese jóven y a su familia.

—Hoi mismo va usted a satisfacerlos.

—Con el mayor gusto, tanto mas cuanto ya creo estar segura de que no existe el menor riesgo; pues a mas de los sentimientos que acabas de manifestarme, sentimientos que es imposible que él posea, me has hablado tambien de nobleza, y ese jóven pertenece a la clase obrera; de consiguiente nada puede haber jamas de comun entre tí y él.

—Siento que se equivoque usted en la verdadera acepcion de mis palabras. Al hablarle yo de nobleza, he querido decir la nobleza del alma y no la nobleza de las preocupaciones; la nobleza que da Dios y no la nobleza que da el hombre; y la primera de estas noblezas puede encontrarse en cualquiera de las jerarquias sociales; pero aun asi, vaya usted sin el menor temor y en la confianza de que es mas bien un sentimiento de gratitud y de caridad el que me guia.

—Te creo, hija mia, y hoi mismo trataré de informarme de la residencia de esta familia.

—Pero antes, ¿no seria bueno que formásemos un plan? Porque, a decir a usted verdad, mi deseo es sacarlos de la indijencia por si se encuentran en ella; pues, aun cuando su aspecto era mas que decente, dando indicios de cierta comodidad, puede ser mui bien que todo no sea otra cosa que meras apariencias.

—Asi sucede las mas veces.

—Y particularmente en los dias de *dieziocho* en que los pobres sacrifican muchas veces lo necesario por aparecer decentemente vestidos.

—Es verdad, hija mia; pero ¿qué combinacion has hecho? Pues yo estoi mui lejos de tener tu inventiva.

—Yo tampoco he pensado bastante y quisiera, sin embargo, obrar luego. Tengo en mi cómoda algunas economias que guardo siempre para casos graves, y creo que las podia emplear ahora, porque este es uno de ellos, pero es preciso idear algun medio, porque, cualquiera que sea su necesidad, estoi íntimamente convencida que no le recibirian dinero.

—Lo mejor que puede hacerse entonces es ir a la casa e informarse por sí misma para hacer despues las cosas con acierto.

—Tiene usted razon; sin embargo, no está de mas que lleve consigo algun dinero.

—Sí; hai circunstancias en que se necesita obrar en el momento.

—Le encargo que tenga mucho tino, que lo vea todo, que lo examine y que lo juzgue para poderse formar en seguida una idea cabal.

—¿Pero de qué medios me valdré para introducirme?

—Luisa reflexionó un momento, y luego añadió:—"La verdad es siempre el mejor medio."

—Cómo la verdad?

—Que se presente usted en mi nombre.

—¡Que me presente en tu nombre!

—Nada mas sencillo y natural que informarse de las per-

sonas de quienes se ha recibido un favor y a quienes se está agradecida.

—Es cierto; pero qué les diré?

—Les dirá usted, que beneficios como el que nos han hecho, no se olvidan jamas, y que por esa razon le he encargado a usted averigüar su domicilio para pasar en seguida personalmente a verlos.

—¡Pasar tú a verlos!

—Y por qué no? Acaso no hemos ido varias veces juntos a visitar a pobres, y a pobres a quienes nada debiamos?

—Pero eso ha sido siempre con la intencion de socorrerlos.

—¿Con que hai derecho de visitar con el objeto de hacer una gracia, y no lo hai con el fin de pagar una deuda?

—Tienes razon, hija mia, y haré lo que me dices. Ahora mismo voi a informarme en algunas carpinterias; pues, segun creo haberte oido, el jóven ejerce esa profesion, y si obtengo las señas de su domicilio, iré a su casa en la tarde despues de comer.

Ceferina salió, en seguida, a practicar la dilijencia de que habia sido encomendada. Ella no sabia mas que el nombre de bautismo del jóven obrero, pero como entre nuestros artesanos siempre es éste el que emplean en vez del apellido, se lisonjeaba encontrarlo, y asi sucedió en efecto.

Vuelta a su casa, informó a Luisa que la familia por la cual se interesaba vivia en la calle de San Pablo, en un conventillo que hai cerca de la pirámide, es decir, a la estremidad de dicho barrio, preparándose alegremente para hacer la caritativa escursion tan luego que bajase el sol; porque la distancia para Ceferina, que no tenia costumbre de salir de casa, o que cuando lo hacia era siempre en carruaje, la encontraba mui larga; y justamente, en ese mismo dia se habia mandado el coche a la carroceria para ponerle un tornillo que se habia quebrado a causa de la escapada de los caballos, que ya conocen nuestros lectores.

El anjel bueno y el anjel malo.

I.

Como sabemos ya, existian dos combinaciones opuestas: la una que provenia de Guillermo para perder a Mercedes; la otra que nacia de Luisa para salvarla; pero sin que ninguno de los actores tuviera conocimiento del otro, sino que cada cual obraba por separado en conformidad a sus intenciones, desplegando cada uno sus recursos sin mas estratejia que la que necesitaban para conseguir el perverso o el buen intento.

Segun el encargo que Guillermo habia dado a su infame criado Tomas, este se dirijió inmediatamente a casa de la vieja Anastasia, que vivia en la calle de las Cenizas cerca de la Alameda, en donde alquilaba una casita reducida pero bastante bien acomodada y en la cual vivia sola con su criada y sin mas compañia que dos perros pelados, tan repugnantes como rabiosos y a quienes llamaba sus hijitos.

En la puerta de calle habia un letrero que decia *matrona examinada*, y esta era la profesion aparente que desempeñaba la vieja Anastasia, pues ejercia muchas otras.

La vida de esta mujer era un verdadero misterio. Ella iba a misa todos los dias, es decir, los que estaba en su casa, porque solia ausentarse por temporadas, diciendo siempre que, teniendo una numerosa clientela, estaba obligada a abandonar su domicilio, con harto pesar suyo, para visitar a sus enfermas, que la reclamaban con urjencia; pero en

verdad, nadie sabia cómo empleaba su tiempo ya fuera o dentro de casa, pues siempre permanecia con la puerta cerrada aun cuando estuviera en ella; sin embargo, habia una seña infalible para reconocer su presencia, y consistia ésta en una portañuelita pequeña que permanecia noche y dia abierta, cuando la tia Anastasia estaba allí; sin embargo era de notarse que el mayor número de visitantes venia de noche y siempre con cierto aire de misterio.

Independiente de la profesion de matrona examinada, la tia Anastasia tenia *casa de prendas*, donde encontraban sus parroquianos siempre *consuelo*, como ella decia, mediante el depósito de una buena prenda y un real en peso de interes, exijiendo ademas el agradecimiento de los pobres a quienes *desplumaba;* pues siempre les decia a cada uno, que solo por él hacia aquel sacrificio, quedándose, por ayudarlo, sin un solo centavo para mandar a la plaza.

Ella iba con frecuencia a los conventos de frailes, donde tenia íntimas relaciones, pues bastaba presentarse en la portería la tia Anastasia y preguntar por el padre tal, para que el mocho que sirve por lo jeneral de portero, volase a llamarlo y para que su Paternidad Reverenda viniese en seguida con la mayor solicitud y con la mas placentera cara, ni mas ni menos que si fuera una alta dama la que le mandara el recado.

Tambien entraba con mucha familiaridad en algunas casas ricas, donde era recibida con agasajo, ya fuese por la señora o por el caballero.

Clérigos, monjas, comerciantes, banqueros, capitalistas, hacendados, militares, alguaciles y sirvientes, en una palabra, en todas las categorías sociales, tenia la tia Anastasia numerosas relaciones. ¿A qué debia esta pobre *matrona examinada* tanta influencia? Solo ella lo sabia, pues esa mujer era un misterio impenetrable, era un abismo que nadie podia sondear..... Ella poseia secretos importantes que jamas divulgaba, pero que hacia servir en favor de sus intere-

ses, haciéndose pagar probablemente bien caro el silencio.

Pero con quienes ejercia la tia Ànastasia una especie de *patronato* y a quienes trataba con mas cariño era a las mujeres de dudosa moralidad, a quienes denominaba sus *palomitas* y de quienes obtenia cuanto deseaba, sirviéndolas a su manera, sin jamas comprometerse en lo mas mínimo, pues guardaba perfectamente las apariencias y no permitia la mas lijera familiaridad sino a solas y en el seno de la confianza, como ella les decia, porque de otra manera no las podia *socorrer* ni *ausiliar* en sus angustias y necesidades.

Cuando una de estas infelices, lodo inmundo de las grandes y corrompidas poblaciones, se presentaba ante la tia Anastasia, ésta le decia con voz melosa pero con ojo escudriñador: "ya sé a lo que vienes, picarona, te lo estoi conociendo en el semblante. Qué ¿han estado los fondos de baja? Así debe ser, porque ustedes no se acuerdan de la pobre tia Anastasia cuando están en prosperidad, sino solo cuando la necesitan. Podrian mui bien traerle algo cuando se encuentran en abundancia a esta vieja que las sirve con tanto cariño, pero solo se acercan a ella cuando no tienen donde volver los ojos, como dice el refran; y sin embargo, a mí no me falta jamas la caridad a pesar de toda la ingratitud de ustedes."

—Pero los tiempos son tan malos! solian responder tímidamente las pobres mujeres.

—Sí, *palomitas* mias, contestaba la vieja sonriéndose, dicen bien: en los tiempos malos es cuando les veo la cara, pero en los buenos *nequaquam;* mas en fin, añadia la horrible mujer, ¿qué es lo que se te ofrece y veré si puedo servirte, con tal que no seas mui exijente ni me pidas demasiado, porque la plata está mui escasa.

—Vengo a empeñarle este vestido, este pañuelo y esta sortija, respondia regularmente la infeliz víctima, desenvolviendo el atado.

—Siempre ropa! contestaba la tia Anastasia: esto se apo-

lilla y pasa de moda: ¿cuánto quereis que te preste? añadia, despues de haber examinado cuidadosamente las prendas.

—Tanto, decia la otra, haciendo observar que lo que llevaba valia cuatro veces mas de lo que pedia.

Pero la tia Anastasia rara vez acordaba lo que solicitaban de ella, a no ser que conociese que lo que se le llevaba en empeño valia diez veces el dinero que entregaba; y aun así, siempre les recomendaba el tiempo y particularmente el pago de los intereses, porque si no eran puntuales les decia que no volveria a prestarles mas.

Despues de hecho el negocio y sobre todo cuando éste estaba a su gusto, la tia Anastasia les decia de un modo alegre: Cómo es esto *pálomas* mias ¿han disminuido las conquistas? Vamos, es preciso estar siempre buenas mozas y elegantes y esto es de poco costo, porque el albayalde y el carmin están baratos y sobre todo no se usa mucha cantidad a la vez, porque entonces la cara se arruga y los dientes se pierden o se ennegrecen... ¡y despues! adios mi plata! y la vieja reia.....

Yo trabajo mucho por ustedes, añadia con frecuencia, pero ustedes no me lo reconocen. Siempre que la ocasion se presenta la aprovecho, y nunca dejo de recomendarles a ustedes a los viejos ricos, que son los mejores. Déjense ustedes de esos mocitos bonitos, de militarcitos elegantes, todo es *paja picada*, todo eso no sirve para nada, porque piensan que ustedes quedan suficientemente pagadas con sus lindos bigotes; no sean lesas: los viejos, eso sí que es bueno; con ellos no les faltará nunca nada y tendrán su honra a cubierto, porque ellos mismos tienen interes en no divulgar el secreto, mientras que los otros son unos habladores que apenas se les hace un jesto cuando ya lo sabe toda la ciudad.

Por último, terminaba la conversacion la tia Anastasia, recomendándoles vivamente el pago mensual de los intereses, diciéndoles que este era el modo de encontrar en otras

ocasiones con seguridad, y tanto mas cuanto ella era una persona de confianza que jamas hacia el menor uso de ninguna prenda, sino que por el contrario trataba de conservarlas cuanto podia.

En efecto, esta vieja usurera nunca se ponia los vestidos ni pañuelos de nadie; jamas echaba mano de ninguno de los numerosos objetos que le empeñaban, sino que los clasificaba, les ponia un número y los colocaba en lugares aseados, si eran trajes, o en un gran cofre de madera con sunchos de fierro y de una cerradura esquisita, si eran alhajas; pero siempre dando a la persona que depositaba la prenda un papelito en que estaba inscrito el nombre del dueño, el artículo, el plazo, y la condicion *indispensable* de que pasado *tal término*, la prenda se perdia sin lugar a reclamo. En seguida estas mismas condiciones, con todas las señales necesarias, eran copiadas en un gran rejistro que tenia la tia Anastasia y que guardaba cuidadosamente en el mismo baul en que depositaba las alhajas.

La tia Anastasia, a pesar de hacer un vasto *comercio*, era especial en su ramo, pues no recibia sino prendas de poco volúmen, diciendo siempre a los que le traian muebles, catres, pianos, etc., que ella era pobre y su casa pequeña, que solo hacia el *comercio del menudeo* (1), que no le alcan-

(1) Para vergüenza de nuestras autoridades, se ven en Santiago y en Valparaiso asi como en otras ciudades muchos *tios y tias Anastasias*, sin que hasta ahora se haya tratado de evitar este vicio y de correjir este mal que cada dia cunde con una rapidez espantosa y con un perjuicio inmenso para la sociedad. En vano la prensa se lo ha señalado al gobierno, repitiéndoselo hasta el cansancio; en vano le ha mostrado los medios mas conducentes, mas fáciles y mas eficaces para destruir de raiz este verdadero cáncer; porque todo ha sido inútil, dando vergüenza ver que no existe un solo barrio de las poblaciones citadas en que no se vea este letrero: AQUI SE RECIBEN PRENDAS, lo que equivale a decir: aquí se roba impunemente! aquí se saltea al pobre a la vista de todo el mundo y al amparo de la autoridad! Pero nuestros sabios lejisladores, nuestros sabios economistas, abogan por la libertad individual, por el privilejio del capital, que es el árbitro para poner la tasa del interes, ¡como si hubiera libertad para cometer el crímen! como si hubiera privilejio para apoderarse del trabajo, del sudor y de la vida del prójimo! Si hai esa libertad para robar, ¿por qué no la hai tambien para asesinar? No vemos qué diferencia existe entre uno y otro caso para que se permita aquel y se impida éste.

zaba para mas lo poco que tenia; y sin embargo, si le presentaban ricos ternos de brillantes, alhajas de oro o servicios de plata, no le faltaba cualquiera cantidad con tal de que la prenda garantizase bien el pedido, y daba muchas veces

Esos *montes de piedad*, que nosotros llamaremos mejor, *montes de iniquidad*, prestan su dinero, cuando son mui equitativos, con un cuartillo en peso, lo que equivale a un treinta y siete y medio por ciento! Otros con un medio, lo que es un setenta y cinco! y otros con un real, lo que hace un ciento cincuenta por ciento de interes! y todo esto gravitando sobre las clases mas necesitadas de la sociedad! Sobre el infortunio de la viuda y del huérfano! Sobre aquel que no tiene un pedazo de pan que comer y que se ve obligado a *empeñar* su vestido para satisfacer su hambre! y toda esta usura infame pesa sobre el dolor, sobre la angustia, sobre la desnudez, sobre la desgracia y cien mil veces sobre la virtud! Y estos ladrones *patentados*, mas perjudiciales que los salteadores de los caminos públicos, los tolera, los permite y aun hasta los proteje la autoridad! Y a pesar de las advertencias constantes, todavia no hai un mandatario celoso que ponga remedio! Ya se ve: es al pueblo a quien se estafa y asesina;—¡y qué importa el pueblo!—Ignorantes! Todavia no han comprendido que el pueblo es el alma, que el pueblo es el todo de una nacion! Hombres sin ideas, no saben dónde está ni en qué consiste la enerjia y el progreso de un pais! Hombres sin corazon, no se duelen ni del infortunio del pobre ni de las lágrimas del aflijido, y lo dejan que perezca! cuando no tendrian mas que abrir la boca para evitar la ruina en que los precipita su necesidad misma!

Nada mas fácil que las municipalidades de Santiago y de Valparaiso levantasen cada una un empréstito de cien mil pesos para fundar en ambas poblaciones un *monte de piedad.* Los capitalistas, viendo la inversion que le iban a dar al dinero, inversion que por sí misma servia de garantia al capital, prestarian con gusto sus fondos a un siete por ciento, en la época presente, que la tasa del interes es mas baja, porque esa institucion les daria mas confianza que la que pueden tener en las personas y hasta en las propiedades, pues éstas son susceptibles de cambio en sus valores. Ahora bien, ¿qué cosa mas fácil que establecer esos *montes de piedad* con el interes de centavo y medio en peso, o lo que es lo mismo, de un dieziocho tres cuartos por ciento al año? Salta, pues, a la vista que, pagado el interes del capital que se hubiese tomado a préstamo, dejaba una ganancia a favor del establecimiento de un diez tres cuartos por ciento anual, de cuyo producto se sacarian los gastos de la administracion, quedando un sobrante que podia dejarse para ir amortizando, si se queria, anualmente la deuda.

Tambien podia ser llevado a cabo este útil y lucrativo proyecto por medio de acciones, y estamos seguros que se encontrarian en el acto mas de los capitales que se necesitan.

Nuestro distinguido publicista don Benjamin Vicuña Mackenna, trabajó una estensa memoria sobre este particular, que presentó dos o tres años há al congreso; pero como entre nosotros todo se deja al tiempo, aun aquello que es provechoso, no dudamos que dormirá en la cartera de la cámara de diputados por siglos de siglos.

Nosotros, si bien rendimos justicia a la laboriosidad intelijente del señor Vicuña Mackenna, no somos en muchas partes de su opinion, sobre todo, en la tasa del interes que él fija y que debiera cobrar el *monte de piedad.* Tres centavos por peso es una verdadera *usura* que jamas debe adoptar un gobierno que trata de destruir esa usura; porque en ese caso no haria otra cosa que colocarse en el lugar de aquellos cuyo vergonzoso tráfico se ha propuesto aniquilar; pues, si no mienten nuestros recuerdos, hubo algunos que se conformaban a no exijir mas que lo que el señor Vicuña Mackenna

cheques por fuertes sumas en contra de un banco, donde eran inmediatamente recibidos y cubiertos, del mismo modo que si fueran jirados por un capitalista de nota que tuviera un depósito considerable o un crédito ilimitado en el banco.

II.

Con mucha frecuencia se veian a la puerta de la tia Anastasia hermosos equipajes de los cuales descendian elegantes señoras o respetables caballeros en busca de la dueña de casa con objetos diversos, pero que todo el mundo ignoraba; sin embargo, al despedirse, ya salieran risueños o mustios, siempre se veia en sus semblantes aquella cortesania del que, mal de su grado, trata de complacer a la persona con quien habla; y la tia Anastasia, por su parte, los acompañaba hasta la puerta, prodigando reverencias, sonrisas o dulces palabras, en conformidad del individuo a quien se dirijia. Pero, ¡contraste singular! a la par de una señora de alta categoria, de un respetable caballero, de un perfumado dandy o de un clérigo santulon, eran recibidos por la tia Anastasia y quizá con mayor agasajo, hombres andrajosos, de fisonomias groseras, repugnantes u horribles; mujeres sucias y de mirar siniestro, llamando a toda esa vil canalla, que quizá

proponia, con tal de dejarles el *negocio.*—¡Qué gracia! Si siempre hacian producir a sus capitales, no por el trabajo que aumenta la riqueza, sino por la usura que la destruye, ¡un treinta y siete y medio por ciento! Con todo, del informe del distinguido escritor que hemos citado antes, se pueden sacar muchos datos luminosos sobre esta materia, aunque en nuestra opinion es lo que hai de mas fácil y sencillo en el mundo.

Ojalá estas pobres observaciones, unidas a las intelijentes de nuestro honorable amigo, contribuyan pronto a desterrar el mal, haciendo que nuestros gobernantes fijen por un momento su atencion en un asunto, frívolo al parecer, pero de consecuencias mui trascendentales.

Podemos asegurar a nuestros mandatarios que no hai un pais en el globo donde este jénero de usura se ejerza con mas profusion y con mas descaro que en Chile; y ya que en otras cosas nos encontramos tan adelantados, ya que la caridad se practica aquí a manos llenas, ¿cómo es posible dejar por mas tiempo que permanezcan establecimientos no solo opuestos a la caridad sino a la decencia, sino a la moral, sino a la pobreza y a la desgracia que nos hemos propuesto destruir y que ellos, sin embargo, sostienen y fomentan!

solo vivia del crímen, sus *pobrecitos*, para hacer creer que los socorria, cuando en realidad eran los parroquianos que le daban mas utilidad! porque les compraba las *cositas* que traian ocultas bajo sus ponchos o rebozos, a precios mui ínfimos, despidiéndolos en seguida con el mayor cariño, pero encargándoles siempre por el *interes de ellos* el secreto de sus transacciones, porque asi no perderian tan buen *mercado*, diciéndoles tambien de vez en cuando:—"Yo podria perderos, hijos mios, pues está en mi mano echaros a la cárcel o a la Penitenciaria; pero como os tengo lástima y os quiero, por eso os protejo y os protejeré siempre; porque, ¿qué sacaria yo con abrir la boca y perjudicaros? haceros sufrir y nada mas. Yo tengo buenas intenciones, y vosotros tambien teneis bastantes pruebas de ello; con que asi, el silencio absoluto es vuestro principal recurso; y aun cuando os veais perseguidos, callad siempre, porque allí está la ganancia, que yo trataré de protejeros."

En efecto, la tia Anastasia dedicaba un dia todos los meses para visitar las cárceles, donde era conocida tanto de los guardianes como de los presos, siendo tenida en mui buen concepto por los primeros, porque veian que socorria a esos infelices, llevándoles vestidos, frutas y hasta un poco de dinero, que repartia a la vista de los guardianes. Los presos, por su parte, la esperaban con ansia, quizá no tanto por lo que les daba, sino por los recados o los papelitos que recibian de sus familias o *corresponsales* y que por el intermedio de la tia Anastasia podian responder; pero este tráfico se hacia, como es de presumirlo, a hurtadillas y con mucha destreza.

Al hacer estas *larguezas*, la tia Anastasia se proponia dos fines cuyos buenos resultados habia palpado muchas veces: el primero era hacerse agradable a sus parroquianos con quienes podia contar y a quienes, hasta cierto punto temia; porque, por mas astuta que ella fuera y por menos pruebas que hubieran en su contra, siempre era evidente que una

delacion o una imprudencia, podia, si no echar por tierra, al menos perjudicar su reputacion adquirida con tanto trabajo, reputacion ambigua, es verdad, pues unos la tenian en el concepto de una mujer buena y honrada, mientras que otros la consideraban el demonio; pero la apreciacion desfavorable de los últimos carecia de pruebas fehacientes y solo se basaba en ciertos hechos personales que ellos, mas que la tia Anastasia, tenian necesidad de ocultar, si bien les daba la certidumbre de lo que en realidad era esa infernal mujer, y esto que no la consideraban sino bajo una o dos de sus faces, pues nadie habia penetrado en los oscuros antros de aquella alma astuta, negra y corrompida.

El otro de los fines que se proponia la tia Anastasia era aparecer a los ojos del mundo o de aquellas personas a quienes le convenia engañar, como una mujer caritativa; y para esto, tanto como para no hacer ella el menor desembolso, la sagaz vieja pedia por todas partes unos deshechitos (ropa usada) para sus *pobrecitos*, diciendo, con las lágrimas en los ojos, que esta era su principal devocion, y que Dios se la tendria talvez en cuenta para perdon de sus pecados, añadiendo que si supieran las jentes cuánto sufrian aquellos infelices, le darian a ella mucho mas para que los socorriese.

La jente sencilla y naturalmente caritativa de Santiago, no podia menos que admirar la abnegacion de aquella pobre mujer, que corria de puerta en puerta, segun ella decia, con el fin de obtener algunos andrajos para esos desgraciados, cuya mayoria se encontraba sin tener con qué cubrir sus *carnes*, esta era la espresion que usaba con frecuencia; de manera que la tia Anastasia conseguia, como ya lo hemos dicho, los dos fines que se habia propuesto, sin que pusiera de su parte el menor sacrificio; pues hasta los pocos reales que les daba a los presos eran el resultado de las limosnas que colectaba con este objeto. Debemos, sin embargo, decir en su obsequio, que nunca se aprovechaba para sí misma de aquellas dádivas, que distribuia con honradez, aun cuando

fueran cosas de que ella podia sacar algun lucro; pero, ¡quién sabe si en sus cálculos la tia Anastasia no se decia para sí misma si acaso alguna vez tuvo la tentacion de apropiarse algunos dones, quién sabe, decimos, si no pensaba que podia ser descubierta por los unos y por los otros, granjeándose poderosos enemigos! Sin embargo, lo cierto del caso es que todo lo repartia, con la única diferencia que a los presos les hacia creer que era ella la que hacia el gasto, gasto que en algunas ocasiones era de consideracion, porque habia veces que le daban mas que otras.

III.

Ya conoce el lector bajo algunas de sus faces a la tia Anastasia, ahora lo introduciremos al interior de su casa, para que se forme, si es posible, una idea completa de esta mujer casi fenomenal en su jénero, pero que sin embargo ha existido, con algunas lijeras modificaciones que nos hemos visto obligados a hacer en atencion al romance.

Hemos dicho que la casa de la tia Anastasia estaba situada en la calle de las Cenizas, una cuadra, o poco mas, antes de llegar a la Alameda o a la plazuela de San Lázaro, que es donde desemboca dicha calle, marchando hácia el sud. La casa estaba construida del modo siguiente: a ambos lados de la puerta de calle habia dos espaciosos cuartos, cada uno con una ventana de fierro, que daban a la misma calle; despues del zaguan se veia un patio angosto con tres piezas a cada lado, cuyos usos vamos a describir. Frente a la puerta de calle y a la estremidad del patio habia otra puerta grande, que daba hácia otro patio interior, porque esta casa no tenia edificio al frente, como la jeneralidad de las de Santiago. El segundo patio era mas chico que el primero, y solo contenia una cocina, una despensa, un cuartito pequeño destinado para la sirviente, y un gallinero con algunas de estas aves, que, en su calidad de *matrona examinada*, la tia

Anastasia tenia el cuidado de criar, viendo modo de que nunca le faltase, pues a ella le gustaba tener todo a la mano en caso de apuro, y por otra parte se las hacia pagar a peso de oro a las enfermas que caian en sus manos.

Conocido ya el esterior de las habitaciones, vamos a ocuparnos del interior. Las dos piezas cuyas ventanas caian a la calle servian de salones de recibo; pero entre estos salones habia una diferencia chocante: el uno estaba amueblado decentemente, casi con lujo, mientras que el otro aparecia tan pobre, que rayaba en la miseria. En el primero se veian las paredes empapeladas, un alfombrado de tripe, sillas de caoba con asiento de crin, dos sofás de la misma tela y un par de poltronas de terciopelo de algodon. En medio del salon habia una mesa redonda con una elegante lámpara sentada en una especie de piso de croché, y a ambos costados de la ventana dos mesas de arrimo, coronadas por espejos de regular tamaño. La ventana tenia dos cortinas, una de gasa blanca y otra de damasco con pasadores de seda y ganchos de metal a ambos lados para sostenerlas, y hasta un hermoso piano completaba el ajuar de aquella pieza, que podia considerarse casi ricamente amueblada.

El otro salon era todo lo contrario. Las paredes estaban blanqueadas con cal y algo sucias; en el piso no habia ni alfombra ni estera, sino que se veian solamente los ladrillos desnudos; algunas sillas de paja desarmadas y otras de madera estaban colocadas sin órden, de distancia en distancia. Hácia la estremidad del cuarto habia una mesa larga de palo blanco, pero bastante sólida y en forma de mostrador; una barandilla de fierro, que hacia las veces de puerta, cerraba el espacio que dejaba la mesa entre ella y la pared. Todo esto parecia hecho de esprofeso como para ponerse a salvo de algun ataque brusco y repentino. Tras la mesa habia un gran sillon de baqueta con tachuelas amarillas de los que se usaron en América a principios o mediados del siglo pasado y de los cuales se ven todavia algunos en los anti-

guos conventos de Santiago. Este era el asiento que ocupaba la tia Anastasia siempre que tenia que recibir *ciertas visitas.* Completaba el singular amueblado de esta pieza, un par de grandes balanzas, qué se hallaba colocado sobre la mesa y al lado del sillon de la dueña de casa, las cuales servian para pesar las prendas de plata o de oro que le llevaban con frecuencia a vender o empeñar. Tambien se veian al lado de las balanzas unos frasquitos con ciertos ácidos que la vieja aplicaba siempre a dichas prendas y cuyo efecto examinaba con cuidado; despues de esta observacion, o desechaba la prenda desdeñosamente, o la ponia en la balanza para ver su peso.

Pasemos ahora a las demas piezas. Las tres que estaban contiguas al salon de lujo, eran todas uniformes en su amueblado, consistiendo éste en dos catres, un sofá y un lavatorio. Las camas estaban perfectamente aseadas, los colchones eran buenos, las almohadas blandas con forros de seda color lacre y fundas de finísimo hilo, adornadas con encajes a las estremidades. Los catres tenian cortinas blancas, los alfombrados eran de tripe, los lavatorios grandes, cómodos y con espejos, estaban cubiertos de ricos jabones, pomadas y aguas de olor; en fin, por todas partes se veia el aseo, el confortable y aun el lujo, y a estas piezas llamaba la tia Anastasia su *enfermeria.* Mas adelante veremos el inmenso lucro que le reportaba esta enfermeria y los destinos distintos a que era aplicada.

Las tres piezas del frente, es decir, las que estaban contiguas a la sala de recibo de los pobres, eran almacenes donde guardaba la vieja usurera todas las mercaderías que recibia en empeño. Dos de estos cuartos tenian en las paredes varias hileras de tablas formando estantes y con divisiones regulares. Todas estas divisiones estaban llenas de objetos tan diversos, que daban el aspecto aquellas piezas de un verdadero bazar. Cada una de las especies que allí se encontraban, y habian rollos que contenian diversas, estaban con un

papel en que se veian algunos caractéres y un número que probablemente coincidia con el rejistro del libro y con el boleto entregado a la dueña de la especie.

Cubrian estos estantes telones blancos que impedian la entrada del polvo; y sin embargo, la tia Anastasia sacudia los efectos una vez por semana, teniendo siempre el mayor órden y el mayor esmero, de manera que nunca padecia equívocos, yéndose las personas que venian a sacar sus prendas, contentas al ver que no habian sufrido el menor deterioro, cualquiera que fuera el tiempo que habian quedado empeñadas.

El tercer cuarto contenia un pequeño escritorio, la cama de la tia Anastasia, un ropero, algunas sillas y el inmenso baul con sunchos de fierro del que ya hemos hablado; pero ya que nos ocupamos de este mueble tan importante y tan esencial para el jénero de vida que llevaba la *matrona examinada*, justo es que lo abramos para satisfacer la curiosidad del lector y la nuestra, viendo lo que contiene.

Las dimensiones del baul eran considerables, pues tendria por lo menos una vara de altura por dos de largo con un ancho proporcionado al tamaño. Este baul, de fuerte madera de cedro, tenia ademas espesos sunchos de fierro que lo hacian todavia mas sólido y capaz de resistir los golpes redoblados de la mas acerada hacha. Su cerradura era de aquellas antiguas de muchos labores que hacian imposible el empleo de la llave ganzua, que no podia introducirse por impedírselo los cruzados y diversos filamentos de la chapa; pero, independiente de la seguridad que le daba la llave por sí misma, tenia tambien esta caja un secreto conocido solo de la tia Anastasia; de manera que, aun cuando forzasen la cerradura o hallasen el medio de abrirla, siempre era imposible levantar la pesada tapa, que estaba retenida por un oculto mecanismo.

Este baul o esta caja, como quiera llamarse, tenia en su interior muchísimas divisiones y era una verdadera arca de

Noé, si nos es permitido espresarnos así, respecto a alhajas, porque allí se encontraban de todos tamaños, de todas formas, de todas clases, pudiendo talvez asegurarse que el joyero mas acreditado no tendria en su tienda un surtido mas rico y variado que el que existia en el cofre de la tia Anastasia. Allí se veian ternos de brillantes, de oro, de topacios, de esmeraldas, sortijas infinitas y de todo jénero, cadenas de perlas con cruces hermosísimas, rosarios de oro, vinajeras, cálices, pilas de agua bendita con incrustaciones de piedras preciosas, servicios de mesa de un valor sorprendente por la riqueza y el trabajo, escupideras de oro y plata, cucharas y tenedores del mismo metal, candelabros de iglesia y de casas particulares, un gran número de relojes de bolsillo de todas calidades, de todas fabricas y de todos precios; y hasta una grande custodia de oro macizo y rodeada de diamantes se apercibia al fondo del cofre, cuya superficie estaba llena de cajoncitos pequeños en que habia onzas, (1) medias onzas, cuartos, escudos y plata menuda, lo cual servia a la usurera para sus operaciones diarias.

Cada una de estas joyas tenia su papelito con su número de órden, pero habia algunas que en lugar de número tenian una cruz, y otras dos cruces; ¿qué significaba esta señal? vamos a decirlo: las que tenian una sola cruz denotaba aquellas prendas que se habian perdido por recargo de interes o por no haberlas sacado al plazo convenido; y las que tenian dos cruces eran de propiedad esclusiva de la tia Anastasia, es decir, de adquisiciones *lejítimamente* hechas con el tráfico de esos *pobrecitos* que tenia costumbre de recibir en en el desmantelado salon y a quienes *socorria* con caridad ejemplar cuando se encontraban en *desgracia*, es decir, en prision.

Entre las prendas que tenian dos cruces habia muchas joyas de valor, contándose entre ellas a la custodia de oro,

(1) Entonces no estaba todavia establecido el actual sistema monetario.

ignorándose todo el tiempo que la tendria en su poder, a causa de ser una prenda de difícil circulacion.

Como era natural, a este ramo de industria, reunia la tia Anastasia otro que se hermana con el primero y que consiste en vender todas aquellas cosas que se consideran *perdidas*, esta es la palabra que emplean en los *Montes de piedad.* Este comercio no dejaba tambien de ser lucrativo y aumentaba considerablemente la clientela del establecimiento, pues venian muchas personas a surtirse de aquellos efectos que necesitaban y que obtenian a mas bajo precio del que les hubiera costado en cualquiera otra parte, sacando la vieja usurera un doble beneficio, tanto por la venta cuanto por las nuevas y numerosas relaciones que se procuraba.

Pero dejemos a un lado a la usurera, para ocuparnos de la matrona y de la... dos profesiones que la tia Anastasia agregaba a las que ya hemos narrado y a las que tenia quizá tanta o mas aficion que a las otras, pues encontraba en ellas cierto placer o cierta conformidad con sus instintos.

Sucedia frecuentemente una cosa singular en casa de esta mujer: una cosa que causaba horror por lo estraño del contraste; pues habia veces que se dejaban oir en el interior los gritos desgarradores del dolor o de la agonía, y otras en que se sentian las risas del placer o el bullicio atronador de la orjía; y los vecinos de la calle de las Cenizas no podian comprender la causa de este fenómeno, porque en un mismo dia o con pocas horas de intervalo, se apercibian de lo uno y de lo otro, llegando a figurarse los pobres de los cuartos cercanos, que la tia Anastasia habia hecho *pacto con el diablo*, encontrando sobrenatural la circunstancia de que se oyesen, se puede decir, a la vez, lágrimas y risas; sin pensar que todo esto provenia de una causa natural, que tenia su oríjen en el doble empleo de matrona y de... que desempeñaba la tia Anastasia.

En efecto, lo que ella llamaba su *enfermería*, y que ya el lector conoce, solia estar ocupada por personas decentes

que tenian necesidad de ocultar al mundo su estado y que iban allí a pasar uno, dos o tres dias, mientras duraba su enfermedad, confiando el secreto... a la prudente matrona que las asistia.

Se contaba tambien de algunos casos en que se habian visto salir en el silencio de la noche grandes bultos con apariencias de cadáveres, que se depositaban en coches para ser conducidos quién sabe donde...

Cuando sucedian estas desgracias, que poco importaban a la tia Anastasia, a pesar que hacia cuanto estaba en su mano o en sus conocimientos profesionales para evitarlas; pero cuando sucedian, creyéndose desligada del secreto con la señora que habia muerto, (porque no asistia sino a personas de alguna consideracion) iba inmediatamente a dar aviso a la familia a que pertenecia la niña, de lo que habia ocurrido, y entonces los padres, los maridos, las madres o los hermanos, por conservar intacta su honra y la de la infeliz, suplicaban a la tia Anastasia de guardar el secreto; sacaban de su cuenta y riesgo el cadáver, y al dia siguiente se oia decir en la sociedad o se publicaba en los *diarios:* "Ha dejado de existir la señorita tal... de una penosa enfermedad y en la flor de sus años, dejando un inmenso vacío en nuestra sociedad. Acompañamos a su familia en su justo dolor." Esto es cuando no se añade la palabra sacramental: *que la tierra le sea lijera...*

Pero, ya viviesen o ya muriesen las enfermas a quienes asistia en su casa la *matrona examinada*, siempre sacaba ésta una ganancia considerable; pues no solo se hacia pagar bien caro su asistencia, sus cuidados profesionales, el lujo de los aposentos en que las recibia y hasta las gallinas de que les hacia dieta y de que ella tambien aprovechaba, sino que esclavizaba a las personas y a las familias por los secretos que poseia, esplotándolas con frecuencia segun los haberes de cada cual, de donde provenia en gran parte la influencia y consideraciones de que disfrutaba en los círculos

sociales; pero, fuera cálculo o fuera carácter, la tia Anastasia jamas criticaba ni jamas hablaba mal de nadie, aunque ella, mejor que cualquiera otra, mejor que el mismo jefe de la policía, sabia los secretos del pueblo y los secretos de la aristocracia; mas sus labios siempre permanecian cerrados, aun cuando muchas veces era provocada por los unos y por los otros para que dijese lo que sabia, pues a pesar de su reserva, todos estaban convencidos de que esta mujer tenia en el fondo grandes cosas, pudiendo hacer si quisiera las revelaciones mas importantes; pero toda insinuacion a este respecto era inútil, porque la tia Aanastasia respondia: "yo soi una pobre infeliz sin familia y amigos; ¿qué puedo, pues, saber de lo que pasa en el mundo ni tampoco qué me interesa ni qué me importa?"

Sin embargo, en la *enfermería de la matrona examinada* no siempre ocupaba esos cómodos y lujosos lechos la angustia, el dolor o la muerte, sino que muchas veces eran el teatro de orjías.

Los dias en que tenian lugar estas escenas se le avisaba de antemano a la tia Anastasia para que estuviese preparada, teniendo ella cuidado de que para entonces se hallase desalojada la casa y limpias las habitaciones; pero este favor solo se acordaba a los ricos, porque los pobres no tenian entrada en ese *santuario.*

La *matrona examinada* no tomaba nunca parte en las diversiones, sino que se retiraba a su cuarto, anotando primero los nombres de los asistentes para apuntarlos en su *libro de memorias*, libro singular del cual daremos al lector algunas líneas. Hecha esta operacion, la vieja se sonreia y les recomendaba la prudencia, dejando sobre la mesa un platillo que todos conocian y que se llamaba la *alcancía* de la tia Anastasia, pues ella por sí misma no les pedia nada sino lo que buenamente querian darle, fiándose a la jenerosidad de sus parroquianos: cálculo que le salia mucho mejor que si fijase el valor de sus servicios, porque como siempre la que-

rian tener grata por esta como por otras causas, la pagaban jenerosamente.

Tan luego como se retiraba a su cuarto, hacia sus apuntes, tanto en su libro de cuentas como en el *libro de memorias* y en seguida se acostaba y dormia tranquilamente con su dos hijitos a los piés, es decir, con los dos perros negros y pelados que le formaban compañia.

La única criada, y que era una mujer medio idiota, se iba tambien a dormir, de modo que las tertulias quedaban en entera libertad, si bien tenian que servirse por sí mismos; pero ellos sabian el lugar donde estaba todo lo necesario que la tia Anastasia dejaba completamente a su disposicion.

IV.

Por costumbre y por conveniencia se levantaba la vieja usurera mui de mañana, y cuando tenia *jente en casa* despertaba a la criada y hacia poner agua caliente para servirles café, tocando en seguida a la puerta de cada *aposento* una campanilla para poner en pié a sus *ejercitantes*, segun ella decia. Los parroquianos, que conocian esta señal, se levantaban en el acto, porque en este punto era inflexible la tia Anastasia, que exijia que su casa estuviese desocupada temprano, para tener el tiempo de ir a misa.

Una vez que todo el mundo se habia arreglado lo mejor posible, pasaban al salon, donde encontraban servido el café y donde los esperaba la vieja para darles los buenos dias, no dejando de intercalar algunas chanzas que hacian reir a unos y avergonzarse a otros, pero que las recibian con buen semblante y como agudezas inimitables que solian pasar a proverbios.

Despedida la sociedad, lo primero a que dirijia la vista la vieja avara era hácia la *alcancia*, frunciendo el entreceño o sonriéndose segun la cantidad que veia depositada en el

platillo. Pasaba en seguida a los demas cuartos, arreglando con cuidado todos los desastres causados por la orjia.

Hmos dicho que la tia Anastasia, a mas de su libro de cuentas tenia un *libro de memorias*: el primero le servia para apuntar todas las operaciones de su misterioso comercio, y aun cuando no ha ia su entradas por *partida doble*, ella sabia a punto fijo el resultado de su negocio, las personas que le debian y el aumento diario de su capital. El segundo libro tenia, si podemos decirlo asi, un destino puramente moral, pues era donde anotaba sus recuerdos. En este rejistro se hallaban los acontecimientos mas importantes de las personas con quienes habia tenido relaciones buenas o malas la tia Anastasia. Todo estaba allí clasificado: la fecha, la accion, las circunstancias agravantes o atenuantes, la persona, la edad, la condicion, los resultados, el lucro, etc., era un libro de policia secreta que la vieja consultaba con frecuencia, haciendo en él constantes anotaciones segun se suce lian los acontecimientos que estaban en relacion con la persona o personas inscritas en el *libro de memorias*. Este libro servia, como ya lo hemos dicho, muchísimo a la tia Anastasia, pues refrescaba sus recuerdos sobre acontecimientos pasados, de que sacaba partido casi todos los dias.

La lectura de este inmenso manuscrito era la diversion favorita de la *matrona examinada*, viéndosela sonreir maliciosamente cuando recorria sus pájinas, y de vez en cuando decia a sus solas con marcada satisfaccion:—"Yo puedo hacer temblar a esos poderosos del mundo. En mi voluntad está ver de rodillas a esos señores tan ufanos y orgullosos de su alcurnia y de su riqueza. ¡Cuántas lágrimas podia hacer verter! Cuántas discordias, cuánta perturbacion en las familias podia provocar con una sola palabra! Cuántas reputaciones podria echar por tierra! Cuántas virtudes que el mundo cree acrisoladas podia anonadar de un soplo! Cuántas santidades que ejemplarizan al crédulo e ignorante vulgo, y que no son otra cosa que hipocresia, podria yo desenmascarar!

"Soi mas poderosa que esos grandes personajes que se ven rodeados de consideraciones y de respetos, porque yo puedo destruir en un instante esos respetos y consideraciones. Puedo condenar a la pública infamia a muchos que reciben la pública honra. Puedo mandar al patíbulo al que hoi vive tranquilo. Pero me basta con tener a todo ese mundo bajo mi mano y bajo mi planta; asi saco mas provecho y asi vivo mas segura. ¿Pero qué tengo yo que temer? ¿Soi acaso la que he cometido las faltas, los delitos, los críneness? No; yo no hago mas que ocultarlos y ponerlos en mi *libro de memorias*, y lejos de criticarme me lo debian agradecer, porque mi silencio les asegura su impunidad. Sin embargo, estos miserables me llaman la vieja usurera, la vieja bruja, la vieja que debia estar frita en aceite, cuando son ellos los que roban, los que asesinan, los que seducen la inocencia, los que viven en la prostitucion."

Y la tia Anastasia, despues de estos desahogos, despues de estas reflexiones, con que se disculpaba ante sí misma, cerraba el *libro de memorias*, guardándolo cuidadosamente.

Para dar al lector una idea, aunque incompleta, de este infernal manuscrito, vamos a copiar a la lijera algunas de sus anotaciones, que tomamos al acaso.

V.

AGOSTO 20 DE 1833 —*Con esta fecha fuí puesta por don Guillermo de... en casa de la señorita... rica heredera, de cuya fortuna estaba enamorado mas que de su belleza. Don Guillermo era casado, y me colocó en la casa con el fin de que le ayudase a perder a la niña, lo que consiguió en* 10 *de diciembre del mismo año. Nueve meses despues fué mandada por mí una pequeña criatura a la villa de San Bernardo, a casa de una mujer llamada Mariana Ponce para que la criase, dándole un buen salario... Don Guillermo consiguió por medio de amenazas y por mis consejos que la señori*

de... se entrara a las monjas de... haciéndole en vida una donacion de sus bienes, lo cual consiguió con la única condicion de que dejase gozar a su hermana y a su sobrina Luisa, mui tierna aun, de una parte de la fortuna durante su vida y otras condiciones que ignoro. Por mis servicios me regaló don Guillermo cincuenta onzas. Con lo cual y lo que yo ya tenia, estudié y me establecí como MATRONA, *habiéndolo desde entonces servido en varias aventuras.*

Al pié de este apunte se leia la anotacion siguiente:

Don Guillermo murió en un desafio que tuvo con el coronel G., que fué acusado de asesino en 1834, *pero se fugó de la prision y no ha vuelto a aparecer.*

ENERO 7 DE 1841.—*Tiburcio Peralta, ladron de profesion, me trajo una custodia de oro macizo, que la compré en quinientos pesos, con lo cual se hizo abastero y ahora tiene una fortuna regular y mucho crédito.*

OCTUBRE 5 DE 1848.— *Ayer estuvieron en casa varios oficiales de... disfrazados de paisanos a empeñarme unas alhajas y me dijeron que las sacarian luego, pues iban a dar un* GOLPE, *y este golpe era una revolucion que preparaban.*

NOVIEMBRE 6 DE 1849.—*Anoche estuvo el viejo senador D... con una niña de basquiña y manto, a la que me fué imposible verle la cara, pues venia mui tapada. Este viejo safiro tiene su flaco por las muchachas, pero paga bien y goza de influencia; asi es que se le debe servir, porque en caso necesario puede ser mui útil.*

DICIEMBRE 5 DE 1849.—*Juan Bustos, criado de la señora doña R. C., me trajo a vender un servicio de plata, por el cual le dí trescientos pesos, con cuyo dinero se fué a Valparaiso.*

NOTA.—*He sabido que este individuo se ha casado y se encuentra en via de prosperidad: vive actualmente cerca del Matadero de Valparaiso, habiendo adoptado el oficio de abastero.*

OTRA NOTA.— *Ha declarado en su testamento que debia*

esta cantidad a los herederos de doña R. C., pero dudo mucho que se les pague.

Por estas anotaciones, que nosotros tomamos a la lijera, teniendo cuidado de no poner aquellas que podrian lastimar ciertos oidos, puede comprenderse fácilmente el inmenso provecho que sacaria la tia Anastasia de este *libro de memorias*, que era un verdadero rejistro de cuanto escándalo habia sucedido en Santiago en la época a que nos referimos, lo que hacia de esta horrible mujer la persona mas peligrosa y mas temible, situacion que ella conocia perfectamente y que esplotaba en todos conceptos; porque le valia para obtener fortuna y consideraciones, pues nadie se resistia a sus deseos una vez manifiestos; sin embargo, era parca en sus pedidos, y solo en circunstancias escepcionales hacia valer la influencia que ejercia; pero cuando ella significaba una voluntad, debia cumplírsele y no habia uno que la resistiera, porque le convenia mas tenerla grata, como se dice vulgarmente, que no hostil, pues su enemistad podia traer resultados vergonzosos o funestos acontecimientos a los que les habia cabido el honor de ocupar. Las pájinas del libro de que hemos hablado estaban seguidas de anotaciones, que significaban actos posteriores concernientes a sucesos de la misma persona inscrita; asi es que la astuta vieja podia decirle a cada cual: usted ha hecho esto, esto otro y aquello, en esta y las otras fechas; de manera que les tenia siempre levantada sobre sus cabezas la espada de Damocles, y de aquí provenian las consideraciones que le guardaban y los agasajos que le hacian.

Ya que conocemos la parte moral de la matrona examinada, completaremos nuestra narracion con la parte física y con el relato de su oscura y criminal existencia.

VI.

Anastasia Pincheira, era en aquella fecha una mujer como de cuarenta y ocho a cincuenta años. La primera época de

su vida nadie la conocia y creemos que ella misma ignoraba su oríjen, pues nunca habia visto a los autores de sus dias, o al menos nadie se los habia oido nombrar.

En su infancia habia permanecido al lado de una pordiosera hasta la edad de doce años. Esta circunstancia la habia hecho disimulada, pues siempre se veia obligada a representar distintos roles, segun las personas a quienes se dirijia o donde la mandaba a pedir limosna la mendiga (1).

La muchacha Anastasia, de un natural sagaz y penetrante, con inclinaciones bajas, pero con un entendimiento despejado, adquirió en poco tiempo todo el disimulo de la maldad, y podia dar lecciones a su propia maestra, cuya circunstancia hacia que la mendiga la considerase, aunque nunca la participaba de las limosnas que recibia, las que en gran parte eran debidas a la astucia de la muchacha; pero por lo que hace al alimento, no le faltaba nada, si bien andaba siempre vestida de andrajos, y cuando ella le hacia alguna reflexion a este respecto, la pordiosera se escusaba diciéndole que asi *convenia*. Cuando en las casas le daban alguna ropa para que vistiese a la muchacha, la mendiga la vendia o la empeñaba, reduciéndola siempre a dinero.

Frente al rancho en que vivian, habia un pobre bodegon con algunas botellas de licores fuertes, un tonel para recibir chicha y unas cuantas fuentes con ensalada de patas, rábanos y aceitunas. Dueña de este afamado despacho, que a pesar de sus modestas apariencias daba una considerable utilidad, era una mujer gorda y rechoncha, íntima amiga

(1) Vense constantemente por las calles de nuestras ciudades a mendigos con niños que les sirven para conducirlos y que bajo el pretesto de escitar la caridad pública, no hacen otra cosa que inutilizar y pervertir a esas pequeñas criaturas que mas tarde se transformarán en holgazanes, en ladrones y aun en asesinos. La autoridad debiera tener un especial cuidado, no solo en hacer desaparecer la mendicidad, sino en preservar a esos tiernos niños de la carrera, por demas perniciosa, que les abre ese jénero de vida al que se acostumbran fácilmente, haciéndoseles odioso el trabajo y agradable el engaño, en que se ejercitan desde la mas tierna infancia y que despues jamas abandonan: todo pais en donde abunda la mendicidad, abunda tambien el desaseo, el ocio, la falsía y el crímen.

de la pordiosera y con cuyos fondos hacia el negocio en medias. Esta mujer tenia un hijo como de veinte años, el mas grande tunante de este mundo, pues a esa edad era ya el mas hábil jugador de naipes, amigo de las mujeres, borracho, pendenciero; en fin, no tenia por dónde desecharlo el diablo, como se dice vulgarmente, pero a quien soportaba su madre, ya por cierto cariño filial, o ya porque atraia la concurrencia al bodegon, haciendo que sus camaradas gastasen en licor.

Un dia este muchacho llamó a la sirviente de la pordiosera, y sin mas preámbulo, le dijo: "me parece que tú saldrás una escelente mujer, y creo que estás perdiendo tu tiempo con esa miserable mendiga que no te da nada. Si tú quieres venirte conmigo, haremos juntos buen negocio; pues aunque eres mui chiquilla, veo que tienes intelijencia, porque le he oido contar a tu patrona muchas de tus *travesuras*, que me han hecho reir; y esta es la razon por lo que te propongo que te asocies conmigo, pues yo sabré cultivar tu talento; ¿qué te parece?"

La muchacha reflexionó un poco y luego le dijo al tuno: "está bien, acepto."

—Así me gusta, le contestó el bribon; pero es preciso que principiemos bien nuestra carrera, dando un buen golpe. Yo sé que la vieja pordiosera es rica, porque he visto que siempre le presta plata a mi madre y hoi no mas le ha pagado ésta mucho dinero; de consiguiente es preciso robárselo, que yo por mi parte haré otro tanto con mi madre, y una vez que seamos dueños de esa plata, nos vamos a correr el mundo y pasar una vida alegre.

Anastasia convino en todo y quedó aplazado el dia y la hora; porque ya ella habia formado de antemano el mismo plan, pero no se habia atrevido a llevarlo a cabo, pues temia ser descubierta; mas en la actualidad, que tenia un compañero y un compañero *bueno*, segun ella decia, no habia el menor riesgo.

Anastasia sabia que la pordiosera tenia dinero, pues varias ocasiones, a media noche y cuando pensaba que ella se encontraba profundamente dormida, se metia la vieja debajo de la cama y aparecia en seguida con un saco que, sin hacer el menor ruido, vaciaba sobre la frazada, poniéndose a examinar o a contar el contenido... La astuta muchacha continuaba roncando, pero con los ojos abiertos; sin embargo, nunca habia tenido la proporcion de encontrarse a solas para examinar por sí aquello que tanto interes tenia la mendiga en ocultar y que por la misma razon despertaba en ella tantísima curiosidad.

La noche anterior al dia en que habia convenido escaparse con el hijo de la bodegonera, se propuso pasar toda la noche en vela para aguaitar el sueño de su patrona y deslizarse bajo de la cama, pues ya ella sabia poco mas o menos el lugar del escondite. Cuando la pordiosera hizo a su tesoro la visita de costumbre, hallándolo siempre en su lugar, la muchacha se hacia que dormia del mas profundo sueño, así es que la vieja sin cuidado y sin la menor desconfianza, apagó la vela y se fué a su cama. Pocos momentos despues roncaba a su turno...

Anastasia esperó sin embargo...

Pasado algun tiempo, y apretándose el corazon para que no se oyeran sus latidos, se dirijió con el mayor silencio y con la mayor precaucion hácia el mismo lugar en que poco antes habia visto encorvada a la pordiosera, pero solo encontró unos cuantos trapos viejos. Entónces se figuró que talvez estaba enterrado el saco sucio que acababa de verle, y pasó su mano sobre la superficie del suelo. Al tacto, creyó hallar una desigualdad en un ladrillo, y con las uñas lo levantó, pues estaba suelto... La alegría y el susto la hicieron detenerse y se quedó quieta con el oido atento y apoyando mas fuertemente la mano sobre su corazon, que latia con mayor violencia... Tranquilizada un poco con los ronquidos de la mendiga, que iban siendo mas sonoros por ins-

tantes, metió al fin la mano en el hoyo y se encontró con el codiciado tesoro... Anastasia volvió a tener otro momento de perplejidad; pero el espanto fué tanto mayor cuando sintió que la vieja se movia en el catre, articulando algunas palabras inintelijibles... La ladrona se quedó helada... Un rato despues volvió a sentirse el ronquido regular y pausado del que duerme profundamente... entonces la muchacha salió, se arrastró silenciosa y deteniéndose por intervalos a la manera de la víbora, hasta que llegó a su cama... la talega la llevaba consigo, habiendo tenido la prevision de dejar el ladrillo en su misma colocacion y con los trapos sucios encima como los habia encontrado.

Al dia siguiente la pordiosera, aunque se levantó temprano ya vió a la muchacha en pié, y despues de encargarle de hacer el fuego, le dijo que fuera donde la bodegonera a traerle un cuartillo de aguardiente para tomar un *gloriado*, (1) pues sentia malo el estómago: a la vieja le gustaba de cuando en cuando echar su trago.

La muchacha habia tenido el cuidado de amarrar fuertemente a la cintura el pesado saco, y sin hacerse repetir la órden fué inmediatamente a desempeñar la comision de su patrona... Anastasia encontró al perillan en la puerta del bodegon y le dijo antes de entrar: "Aqui tengo la plata."

—Y yo tambien, esclamó e[illegible]o; vámonos.

Los dos emprendieron la fuga y [illegible] dirijieron a las posadas de la calle de San Pablo, de donde salian diariamente carretas para Valparaiso.

Mientras tanto, la mendiga esperaba y se impacientaba de la tardanza de la muchacha... No pudiendo soportar mas, pues ya hacia una hora que la habia mandado, se dirijió ella personalmente al bodegon, y quedó sorprendida al ver que Anastasia no se encontraba allí y que ni aun la habia visto la bodegonera.

(1) Bebida que se hace con agua caliente, azúcar y aguardiente y que se toma por la mañana y particularmente despues de una trasnochada.

—¿Qué se habrá hecho esta picarona? preguntó la pordiosera a su amiga y comadre.

—Habrá ido a hacer alguna dilijencia, le contestó ésta.

—Qué dilijencia ni qué nada! Si solo la he mandado para que me llevara un cuartillo de aguardiente, porque tenia malo el estómago.

—Luego vendrá entonces, se habrá entretenido por ahí.

—Nunca le he pegado, pero ahora le voi a dar una vuelta de azotes.

—No será malo, comadre; pero mientras tanto, ¿quiere desayunarse con un gloriadito?

—Vaya, pues, por ser de su mano.

La pordiosera tomó su gloriado; y como para matar el tiempo, pidió otro vaso, mientras venia Anastasia para salir a la calle en busca de limosnas.

Pero Anastasia no llegaba y ya eran como las diez del dia. Entonces le entró una sospecha y dijo a su comadre: "¿Quién sabe si no se ha huido esta muchacha?"

—No lo crea, comadre, usted la trataba tan bien.

—Así es, pero estos huachos son tan ingratos como los gatos.

Diciendo estas palabras, pasó por la mente de la mendiga una nueva sospecha, cuyo solo pensamiento la hizo palidecer... y llevándose la mano a la frente dijo entre sí: "si me habrá robado!..." Esta sola idea, idea inverosímil, imposible, pues la pordiosera estaba segura de no haber sido jamas espiada, le causó un entorpecimiento tal, que le dió una verdadera fatiga.

—¿Qué tiene, comadre? le preguntó la bodegonera asustada de la descomposicion del semblante de la mendiga.

—Nada, comadre, pero deme un poquito de aguardiente puro.

La bodegonera se paró y le trajo un pequeño vaso de cristal, lleno de aguardiente.

La vieja lo bebió de un sorbo.

Un estimulante tan activo la reanimó en el acto y dijo con voz fuerte y sonora: es estraño que esta hija de... no parezca.

La pordiosera se levantó en seguida y se dirijió a su cuarto... la sospecha le atormentaba siempre.

Cuando hubo llegado a su habitacion se sentó en una silla de paja, la única que habia en el cuarto, y clavó la vista bajo de la cama.

Todo estaba en el mismo lugar que lo habia dejado la noche antes, despues de haberse cerciorado de la existencia del tesoro... Esta vista la tranquilizó un tanto.

Sin embargo, la sospecha volvia a asaltarla siempre...

Un vago temor la dominaba y no se atrevia a pararse del asiento y cerciorarse por sí misma...

Estaba casi segura de que el tesoro se encontraba allí y que nadie lo habia tocado, pero tenia miedo de ir a ver por sí misma.

Al fin, hizo un esfuerzo, se paró y se dirijió debajo de la cama... todo se encontraba bien... la sospecha desapareció dando lugar a la alegría...

Segura ya de que sus riquezas estaban donde las habia dejado, quizo verlas, mas por placer que por desconfianza, y apartó los andrajos que las cubrian...

El ladrillo estaba en su lugar...

Una sonrisa de satisfaccion vagó por los descoloridos labios de la mendiga y se quedó un momento tranquila como si la felicidad que sentia paralizara su accion.

Quizo entonces volver atrás y no ver su tesoro; pero cual si fuera atraida por una especie de magnetismo, se acercó mas y levantó el ladrillo...

Un grito!... grito de dolor, de angustia, de desesperacion, de espanto, grito que no tenia nada de humano, se escapó del oprimido pecho de la vieja y cayó exánime en el mismo lugar.

La impresion habia sido tanto mas violenta, cuanto era

inesperada... El golpe habia sido dado en lo mas vivo del corazon... La pordiosera habia dejado de existir casi instantáneamente.

Al dia siguiente la policía abria el cuarto en compañia de algunos curiosos, entre los que estaba la bodegonera que habia dado la señal de alarma; porque habia hallado mui estraño no ver a su comadre desde el dia anterior y que la puerta permaneciese por tanto tiempo cerrada.

La mendiga se encontraba tendida debajo de la cama y como envuelta en una porcion de harapos; sus manos crispadas apretaban con fuerza un ladrillo... Su rostro estaba junto a una pequeña cavidad... sus ojos permanecian abiertos y tenian todavia la espresion del espanto.. su boca como desencajada dejaba ver unos cuantos dientes largos y amarillos: era un espectáculo repugnante y horrible!...

La policía hizo venir un carreton y colocó el cadáver para conducirlo al hospital, despues de haber inventariado lo que allí existia y preguntado si no tenia parientes.

Fuera de los comentarios del momento entre los vecinos y la bodegonera, nadie se volvió a acordar de la mendiga, si esceptuamos a la tia Anastasia que probablemente conservaba siempre el recuerdo de su infancia y de su primera hazaña en la carrera del crímen.

VII.

Pero la tia Anastasia de hoi, la matrona examinada, la rica usurera, la impúdica mujer, la espion muda pero implacable, no era entonces mas que la muchacha Anastasia que se iba huida con un mozo llevandose mil doscientos pesos que habia robado a su patrona la mendiga, cuya muerte vino a saber algun tiempo despues.

Durante la travesía de Santiago a Valparaiso que se hacia entonces en siete u ocho dias, la astuta muchacha tuvo lugar de reflexionar, no para arrepentirse del mal que habia

hecho porque estaba alegre con su libertad, y mas alegre con el dinero que llevaba consigo, sino para engañar a su compañero de fuga. Ella preveia, y con razon, que si no le daba la plata se la quitaria por la fuerza y la abandonaria; y para impedir esto, la dividió en dos partes, y le dijo a Josesito, que así se llamaba el muchacho: "Mira, por tí he abandonado a la mujer que me habia criado, sacándole todo cuanto tenia, lo cual te lo voi a entregar, pero es necesario que me mantengas y que me trates bien."

—Ciertamente, querida Anastasia, vamos a vivir como hermanos, y verás que conmigo nada te faltará, respondió Josesito.

Anastasia le dió el bolsillo sin añadir palabra.

Josesito se puso a contar sin que nadie lo viera con escepcion de Anastasia que demostraba gran indiferencia. Cuando hubo concluido la operacion, dijo a su compañera: "vea que pícara vieja, ¿quién hubiera dicho que tenia tanta plata? y siempre pidiendo limosna!

—Ese era su negocio, contestó con frialdad Anastasia.

—Negocio que nos aprovechará bien ¿no es verdad?

—Así lo espero si eres bueno conmigo.

—¿Y por qué no habria de serlo cuando al fin nos hemos de casar?

Los siete dias de viaje se pasaron alegremente. Josesito compraba licor en todos los despachos y obsequiaba a los carreteros, pero siempre mostrando una sucia bolsita en que solo tenia unos cuantos reales, sin duda para no despertar la codicia de sus compañeros.

Cuando la feliz pareja hubo llegado a Valparaiso y despues de satisfacer la primera curiosidad, recorriendo el puerto en todas direcciones, alquilaron un pequeño cuarto donde pasaron esa noche en el suelo. Al siguiente dia Josesito fué acompañado de Anastasia a comprar algunos muebles indispensables y ya quedaron instalados en calidad de marido y mujer.

Esta union no duró mucho tiempo, pues Josesito era tahur y borracho; de manera que en pocos meses ya no quedaba nada de dinero, y con la pobreza vinieron los disgustos, hasta que Anastasia que tenia un carácter enérjico le dijo: "hasta aquí no mas te acompaño, pues ya no te puedo sufrir. Yo te he dado cuanto dinero tenia y tú no has hecho mas que gastarlo sin darme a mí nada. Desde ahora me separo de tí para siempre."

—Anda donde quieras le contestó el tuno, porque para nada te necesito, sino que al contrario me sirves de estorbo.

La muchacha cargó con su poco ajuar y salió a la calle; pero siempre llevando oculta su pequeña fortuna que habia conservado sin separarse jamas de ella.

Los pocos meses que habia estado en Valparaiso la habian llenado de esperiencia, si a esa edad se puede contar con alguna; pero la muchacha era precoz y sabia mucho mas que lo que podia presumirse de sus años.

Con un carácter frio, calculador, astuto e inclinado al mal, comprendió que estaba en su conveniencia, al menos en sus inclinaciones, el no buscar ocupacion en una casa decente y honrada, donde solo estaria limitada a una pasiva servidumbre, así es que se dirijió a casa de una de esas mujeres elegantes que llevan esa vida de intriga y de placeres, de angustias y de bajezas que disimulan siempre con una frivolidad afectada y con un lujo aparente.

Anastasia fué recibida por Silvia Aranjuez que en esa época hacia furor en Valparaiso... Allí acabó de perfeccionarse nuestra heroina en todos los secretos de la corrupcion y en los arcanos del vicio y del crímen.

La penetracion de Anastasia, su sagacidad, su disimulo, su carácter fuerte, enérjico, decidido, impusieron en poco tiempo a su señora, y dejó de ser considerada como criada, si bien siempre guardaba las apariencias, porque así convenia a sus intereses qne aumentaban de dia en dia, pues sabia sacar de todo recursos, o como se dice vulgarmente, *piltrafa.*

Durante el tiempo que permaneció con Silvia Aranjuez se dedicó a aprender a leer, escribir y contar, no tanto por el deseo de cultivar su entendimiento, cuanto porque veia que estos conocimientos le eran indispensables para progresar, cualquiera que fuese la carrera que adoptara, ¡y quien sabe si ya desde esa época, no tenia en su mente fijado el rol que iba o que queria desempeñar!...

La elegante Silvia, viendo desaparecer su prestijio en Valparaiso, trató, por consejo de Anastasia, de dirijirse a Santiago, que era, segun le decia su jóven compañera, un teatro nuevo que debia esplotar; en consecuencia fijaron ambas su residencia en la capital.

Anastasia continuaba siempre sus lecciones, sin descuidar todos los quehaceres de la casa, porque habia llegado a ser casi la esclusiva dueña, por la dominacion que ejercia sobre la hermosa Silvia y por los favores que le debia, circunstancias que le hacia aprovechar de las ganancias obtenidas por medio de la hermosura de la jóven; pero esto no era lo bastante para su ambicion, y como ella no podia hacerse valer, pues era fea, trató de buscarse una ocupacion lucrativa que la pusiera a salvo de cualquiera eventualidad y entró a estudiar en la sala de obstetricia que rejentaba el sabio doctor, don Lorenzo Sazie.

Su aplicacion, su constancia, su intelijencia, le hicieron hacer rápidos progresos en este ramo importante de la ciencia médica y adquirió en poco tiempo su merecido diploma.

Sin embargo, siempre continuaba viviendo con Silvia a quien esplotaba como queria, pues habia llegado a dominarla por completo, no haciéndose en la casa otra voluntad que la suya, aun cuando mantenia las humildes apariencias de sirviente.

En estas circunstancias entró a visitar a Silvia uno de los mas ricos jóvenes de Santiago, este era Guillermo de... padre del actual Guillermo que figura en la historia cuya narracion hacemos.

VIII.

El jóven Guillermo se cansó luego de Silvia Aranjucz, pues esta muchacha no era mas que bonita, pero concibió una alta idea de la criada a quien habia tenido lugar de conocer con el frecuente trato que le proporcionaba la intimidad de amante de Silvia.

Una vez dijo Guillermo a Anastasia:—"Conozco tus talentos, y puedes serme mui útil si quieres, y yo te recompensaré como mereces."

A la respuesta favorable de Anastasia, es decir, cuando éste le dijo que podia disponer de ella y que tendria mucho gusto en servirle, se decidió a darle las instrucciones siguientes:

'Te voi a colocar, la dijo, en una de las principales casas de la capital, donde hai una señorita que me interesa mucho y que deseo poseer a toda costa. Tú creo que puedes servirme y dejo la satisfaccion de mis caprichos a la sutileza de tu injenio."

Anastasia aceptó, y el éxito fué completo, como puede verse por la primera nota del *libro de memorias* de la matrona examinada que ya conoce el lector y que se refiere en totalidad a este acontecimiento.

Cuando salíó de la casa en que la habia colocado Guillermo de... ya estaba en aptitud de marchar de un modo independiente, pues las cincuenta onzas que le habia valido su infamia, el dinero que poseia anteriormente y sus buenos conocimientos de *matrona* eran mas que suficientes para que se estableciera y se estableciera con ventaja, porque podia ejercer en grande escala las profesiones que ya conocemos y a que habia consagrado su vida; de manera que a mas de la enseña que se ostentaba en la puerta de calle, habia establecido el *monte de piedad*, su salon y su enfermeria que en poco tiempo gozó de gran reputacion entre las

personas que tenian algo que ocultar a sus padres, a sus maridos o a la sociedad.

Conocidos los antecedentes de su vida pasada y el pingüe negocio de su vida presente, se hace indispensable que describamos a grandes rasgos la fisonomia de tan interesante personaje; porque no solo se adquiere celebridad por la virtud, sino tambien por el crímen, siendo este no pocas veces el que la da mas grande y con mayor brevedad.

IX.

La tia Anastasia, como ya lo hemos dicho, tenia a la fecha como unos cuarenta y ocho a cincuenta años. Alta, seca, huesuda, denotaba vigor y una salud inalterable, sin embargo su cara era pálida y al parecer enfermiza, pero jamas habia sentido el menor síntoma de indisposicion. La frente de esta mujer era angosta, sus ojos redondos como los del águila y romanos como los del gato, estaban cargados de electricidad y daban a su fisonomia un aspecto de crueldad fria, inalterable; era la mirada penetrante del ave de rapiña y feroz del tigre; sin embargo, ella bajaba con frecuencia los párpados como para velar el fuego de sus ojos, y entonces aparecia humilde, sencilla y como resignada. Una nariz larga y encorvada caia casi sobre su boca, grande, de labios delgados y descoloridos que apenas dejaban escapar una sonrisa triste, cuando esa sonrisa no era maligna, lo que sucedia con frecuencia. Su cabeza calva, punteaguda y con un cuello largo, arrugado y color de bofe, le daba cierta semejanza a la de esos grandes pájaros carnívoros que llamamos jotes; pero esta fea mujer era insinuante y persuasiva, y cuando queria agradar desplegaba cierta gracia picante, cierta sencillez injénua, segun las personas a quienes se dirijia, tanto que rara vez dejaba de conseguir su objeto. En otras ocasiones aparecia altiva, dura, casi feroz; y entonces la espresion de su fisonomia era aterrante y

causaba miedo aun a los mas fuertes. Sus ojos cuando era contrariada despedian chispas, revelándose una voluntad inflexible a la que todo cedia. Para ella no habia mas Dios que el dinero ni mas placer que la maldad: jamas habia entrado en esa alma cadavérica la compasion y el cariño, a nadie habia amado, a nadie habia sentido, no habiendo palpitado mas que una sola vez su corazon de piedra, y esta sola vez fué cuando le robó el tesoro a la mendiga. Nunca tampoco habia tenido el menor deleite, la menor espansion, el menor placer... solo la vista de la desgracia, del dolor, de la desesperacion la complacia, y entonces se la veia sonreirse. Nunca tampoco estaba dispuesta para socorrer a nadie, si bien aparentaba mucha caridad; y solo cuando podia hacer el mal, cuando estaba en su mano perder a alguna persona, y especialmente si esta persona era honrada y virtuosa, se la veia dilijente. No podremos decir si era instinto o envidia lo que la hacia obrar asi, pero lo cierto del caso es que siempre se le hallaba dispuesta para dañar y jamas para favorecer. con escepcion de aquellos criminales a quienes nada daba en realidad, pero a los que encubria sus faltas, sus vicios y aun sus monstruosas acciones.

X.

Esta era la mujer que habia escojido Guillermo para que lo ayudara a perder a Mercedes y esta era la misma a donde se dirijió Tomas por encargo de su patron. El astuto criado, conocia a la vieja matrona desde mucho tiempo atras, y sabia, si no el todo, al menos parte de sus manejos ocultos, porque él personalmente habia asistido a muchas lúbricas escenas cuando acompañaba a Guillermo a alguna diversion o *picholeo* dado en casa de Anastasia. Por otra parte, no pocas veces habia tenido necesidad de recurrir a la banquera, ya fuera por asuntos de Guillermo o ya por asuntos propios; pues, a pesar de la riqueza de Guillermo, como era

tan gastador, solia suceder que se encontraba en algunas ocasiones sin dinero, y entonces mandaba su criado donde la tia Anastasia con algunas joyas para que las empeñase: de aquí provenia las relaciones amistosas que existian entre Tomas y la usurera.

Estas dos almas se comprendian; cierto instinto secreto, cierta intuicion que existe en la naturaleza del hombre, tanto para el bien como para el mal, les habia revelado que el uno era digno del otro, y ambos se trataban con la mayor consideracion y aun quizás con cierto cariño, si puede darse algun grado de afecto en la maldad.

Cuando llegó Tomas a casa de la tia Anastasia, estaba ésta contando una fuerte cantidad de dinero que entregaba a un caballero; pero sin embargo, vió al criado y lo saludó con familiaridad.

—Tomasito, le dijo la usurera con su mas graciosa sonrisa, espérate un poco que luego estoi contigo, ¿cómo está Guillermito?

La vieja hablaba con esta familiaridad no solo a Guillermo de... sino a muchas otras personas altamente colocadas en la sociedad.

—Siga no mas, tia Anastasia, que yo sabré tener paciencia. El señor don Guillermo lo pasa bien y vengo en su nombre.

—Lo que se le ofrezca a Guillermito no tiene mas que mandar, pues la tia Anastasia está siempre dispuesta para servirlo.

Y hablando asi, seguia contando dinero, y su ojo investigador y penetrante se fijaba en la persona que lo recibia.

—Mil quinientos pesos, dijo la vieja, concluyendo la operacion, ¿están cabales?

—Sí, señora, respondió el caballero, habiendo a su vez concluido de contar.

—Me ha dejado usted seca; pero por tal de ser agradable a su señoria, dijo la vieja con tono bajo, soi capaz de cualquier sacrificio.

—Asi se lo diré, contestó su interlocutor con laconismo.

—Y no olvide tampoco decirle que para el primero de enero, ha de estar resuelta la cuestion favorablemente; pues de lo contrario...

—Está bien, está bien, no lo olvidaré.

XI.

La usurera, al cerrar la portañuela que daba a su cuarto y que le servia como de mesita para contar el dinero, saludó con afabilidad al sujeto a quien lo entregaba y fué en seguida a abrir la puerta de su cuarto que tambien cerró tras sí; y dirijiéndose al sirviente de Guillermo, le dijo:—"Ven para el salon, Tomasito, que allí hablaremos con mas comodidad, a no ser que sea dinero el que necesites; pues entonces volveré a mi cuarto de pago."

—Pero, ¿no acaba de decir usted que la habian dejado en seco?

—Es verdad, sin embargo para Guillermito o para tí, siempre queda un *conchito.*

—Yo no querria mas fortuna que el *conchito* de la tia Anastasia.

—Bien poco tendrias, hijo mio; y tú, segun mi opinion, irás mui lejos...

—Ese es un buen pronóstico, tia Anastasia, pero todavia no ha comenzado a realizarse.

—¡Quien sabe!... En todo caso eres mui jóven y tienes cualidades...

—¿Asi se le figura a usted?

—Ya lo creo! pero dejémonos de charla y vamos al asunto: ¿qué es lo que necesitas?

—El señor don Guillermo me manda ver a usted por si está en disposicion de serle útil.

—Para qué?

—Para... para ir en busca de una liebrecita.

—A quién quiere dar caza.....

—Por su puesto.

—Y necesita de un lebrel?

—Intelijente, astuto, y sobre todo acostumbrado...

—Pero tú eres bastante bueno, Tomasito.

—No me juzgará mi patron asi, cuando me manda donde usted está.

—Sin embargo, yo he sabido hazañas tuyas que te hacen honor y que te recomiendan mucho, como la de aquella casadita, por ejemplo, a cuyo marido hicistes morir de fiebre, mandando a la muchacha a la casa de orates y plantando a la criada, a quien engañastes, en la calle.

Tomas se puso serio. El recuerdo evocado por la tia Anastasia habia despertado en él un remordimiento. La catástrofe sucedida le habia conmovido a pesar suyo.

—Vamos, Tomasito, prosiguió la vieja: ¿por qué arrepentirse de una buena obra?

—Señora, a decir a usted verdad, no esperaba que las cosas llegasen a ese estremo.

—Pero en fin, a lo hecho pecho, hijo mio, ¿sabes que estoi por perder la buena opinion que me habia formado de tí? repuso la tia Anastasia, sonriéndose con malignidad.

—Lo siento, señora, contestó Tomas avergonzándose; pero yo no tengo una alma tan grande como la suya.

—Déjate de lisonjas, niño, y vamos al principal asunto. Me decias que Guillermito me necesitaba para dar caza a una liebre.

—Es la verdad.

—Y qué clase de liebre? Dónde se encuentra? Cuáles son las condiciones?

—La liebre es *comun*, está en la calle de San Pablo, y las condiciones son de que usted se vaya a vivir por algun tiempo a una casa que el señor don Guillermo alquilará en las cercanías, pasando usted por tia de él.

—¡Que yo vaya a vivir fuera! que abandone mi casa! Esto

es imposible!... Guillermito no sabe lo que dice, porque no sabe lo que mi tiempo vale, lo que mi negocio produce y la asistencia que mi profesion requiere; y a pesar de todo el deseo que tengo de servirlo, te digo que lo que me pide es de todo punto imposible.

—Pero él está mui encaprichado, y quiere que a toda costa se haga lo que desea.

—Qué!... De tanta importancia es esa niña? Porque, dejémonos de liebres, hablamos sin duda de una mujer; y tú me has dicho que es *comun* y que vive en la calle de San Pablo, ¿cómo puede en ese caso producir tanto interes, y tanto que Guillermo se atreva a hacerme proposiciones cuya importancia él conoce mui bien; pues el abandono de mi casa y la pérdida de mi tiempo, es de mucha consideracion?

—Yo no puedo decir a usted mas que lo que me han encargado.

—Está bien, repuso la tia Anastasia, reflexionando. Despues de un momento de silencio, añadió:—"Yo averigüaré la cosa por mí misma y juzgaré de la gravedad del asunto; pues no dudo que debe ser de consideracion, cuando Guillermito se empeña tanto, empeño que no haria por la mas pintada señorita de Santiago.

—Es que no hai ninguna que se le asemeje.

—¡Tan bonita es! Pero qué importa que sea bonita, siendo plebeya y pobre! La hermosura es un don natural cuyos favores nada cuesta obtener; mientras que los de la riqueza y la aristocracia no se consiguen asi no mas.

—Esa es la verdad, tia Anastasia, y basta con que usted lo diga; sin embargo, hai caprichos...

—Que es necesario examinar. ¿Dónde vive esa niña?

Ya se lo he dicho que en la calle de San Pablo, en un ... que está cerca de la pirámide.

...entillo, dices!

...onventillo. Su padre parece un antiguo sol-
... su hermano es un artesano.

—¿Y para esto es tanta bulla y tantas precauciones, y tanta exijencia, y pedirme que abandone mis ocupaciones? Por cierto que no lo comprendo!... y que mi curiosidad se aumenta cada vez mas!... estoi íntimamente persuadida que Guillermito ño es tonto, ni se deja arrastrar así no mas, por cualquiera carita...

—Yo sé que mi amo tiene un gusto esquisito; pero es justamente por esto que se empeña tanto.

—¡Entonces debe ser esa muchacha un ánjel de belleza, de candor, de inocencia y de virtud!...

—Ha dado usted con la palabra: la Merceditas es un verdadero ánjel.

—¿La conoces tú?

—La he visto una vez y tengo sobre ella los mejores informes.

—¿Pero es verdad que vive en un conventillo?

—Indudablemente.

—Entonces es una conquista vulgar, en qué no habrá ni gloria, ni placer para Guillermito; porque sù precio no debe ser mui *exhorbitante*, ni tampoco exijir sacrificios como el que se me pide. ¡La tia Anastasia abandonar su casa, su comercio, sus relaciones, su profesion por conquistar la muchacha de un conventillo, cuando quizá no lo haria por la mas alta y aristocrática señora!

—Obre usted como quiera, tia Anastasia, pero en mi opinion, creo que usted haria un buen negocio, ayudando al patron en su empresa.

—Yo sé que Guillermito es jeneroso, pero dudo mucho que rezarciese el valor de mi tiempo; sin embargo, voi al instante mismo a ver a esa interesanteb eldad... Dáte una vuelta, Tomasito, dentro de una hora y llevarás mi contestacion...

La vieja tomó su manto y se dispuso para salir.

—¿Me has dicho, añadió, que vive en la calle de San Pablo, en un conventillo que está cerca de la pirámide y que se llama Mercedes?

—Sí, señora, Mercedes Lopez.

—Está bien, hasta la vuelta.

XII.

La matrona echó llave a la puerta de calle, corrió la portañuela para denotar que estaba ausente, y dirijió sus pasos hácia la calle de San Pablo Cuando hubo llegado a ésta, caminó con direccion a la pirámide, es decir, hácia el llanito de Portales, como se llamaba entonces aquella parte de la poblacion, por haber pertenecido los terrenos a esa antigua familia de la que nació nuestro célebre y malhadado ministro don Diego Portales, a cuyos talentos y enerjía se debió en gran parte la organizacion del pais y quizás la prosperidad presente de la república.

Casi al fin de la calle se paró la tia Anastasia delante de una gran puerta cochera, sobre la cual habia una tabla en que se veian escritas estas palabras en gruesos caractéres: *Se alquilan piezas baratas* (1). La vieja dijo entonces entre sí: aquí debe ser, y se dirijió a preguntarle a una mujer que estaba parada en la puerta, ¿con quién se podia tratar para los arriendos?

—El dueño no vive aquí, sino mas arriba, contestó la mujer, pero puede verse con el sarjento don Domingo Lopez que tiene poder para arrendar.

—¿Y dónde lo encontraré?

—Sus piezas son aquellas tres puertas verdes que están en frente y a lo último de la calle.

—¿Será el sarjento Lopez mui duro? Preguntó humilde e hipócritamente la tia Anastasia con el fin de trabar conversacion.

—No, señora, es el hombre mas bueno de este mundo, lo

(1) Todavía se ve esa enseña con su falta gramatical, pues allí dice "varatas" en lugar de baratas. De estos crasos errores y aun muchos de mayor trascendencia se ven en Santiago en casi todos los letreros que sirven de avisos.

mismo que su familia. Vaya usted no mas y será bien recibida, aunque creo que no hai ahora piezas para alquilar por estar ocupadas.

—¿Con que tiene familia el sarjento?

—Sí, un jóven y una niña, tan buenos como sus padres.

—¡Qué lástima no haber algunas habitaciones en este conventillo, pues la hubiera preferido a cualquier otro, porque a mí me gusta vivir con jente honrada! Sin embargo, el sarjento podrá talvez decirme dónde podré hallar algunas piezas decentes o una casita pequeña.

—Sin duda, porque él tiene muchos amigos.

—Voi, pues, a verle.

Y la tia Anastasia tomó por la angosta calle del conventillo, parándose algunas veces y mirando con curiosidad por todas partes; pues ella sabia por esperiencia que no se debe desdeñar el dato mas insignificante, porque en muchas ocasiones son las pequeñas cosas las que determinan los grandes acontecimientos que no hubieran tenido efecto sin aquello que a primera vista parece una nimiedad; pero ella no ignoraba esto, siendo una de sus principales máximas el fijar su atencion en esos incidentes que nadie vé y de los cuales sacaba jeneralmente deducciones lójicas que la llevaban al conocimiento perfecto de los hombres y de las cosas: así, un mueble mal o bien colocado, una cinta, un vestido, una sonrisa, un ademan, le bastaban para juzgar del carácter de las personas sin equivocarse jamas; porque esos actos insignificantes y que se hacen sin premeditacion y sin estudio, son los que revelan, sin pensarlo, el interior de las jentes; y esta era la razon que hacia a la tia Anastasia fijarse de preferencia en aquello que para la jeneralidad pasa desapercibido.

Serian como las doce del dia cuando la horrible mujer golpeó a la puerta de la pobre pero honrada habitacion de la familia Lopez. Mercedes estaba sola y sentada a su bastidor en el cuartito que les servia de salon, cuando oyó que

llamaban y dijo con su dulce y melodiosa voz de pasar adelante.

—¿Aquí es la casa del señor don Domingo Lopez? preguntó la vieja con acento almibarado y dando a su fisonomía la espresion mas cariñosa y humilde.

—Sí, señora, le contestó Mercedes.

—¿Estará en casa?

—Sí, pase usted a sentarse mientras voi a llamarlo.

—No se incomode usted, señorita, yo aguardaré... talvez está ocupado y le incomode.

—De ningun modo, señora, y Mercedes se paró de su asiento dirijiéndose al jardincito interior donde se ocupaba el viejo sarjento retirado en cultivar sus plantas.

La tia Anastasia se quedó sola. Su mirada investigadora recorrió en un momento todos los objetos que se presentaban a su vista, y de su rápida observacion sacó las deducciones siguientes: esta familia es honrada y laboriosa, dijo entre sí misma. Aquí se ve, en medio de la pobreza, el aseo y el gusto, y no me estrañaria que aun gozasen de aquella abundancia que proporciona el órden...

Ese bordado que está en el bastidor es lindísimo, y él solo prueba que la niña tiene una educacion superior a su clase e instintos mas elevados que los de su condicion... ¡Pero qué muchacha tan hermosa! y qué jovencita! es un verdadero bocado de príncipe! Ese pícaro de Guillermito es el mas afortunado tunante!... Tenia razon Tomas en decirme que era un ánjel!... ¡Qué ojos! qué boca! qué cuerpo! Nunca he visto cosa tan linda!... ¡Y qué sencillez, qué elegancia, qué pudor se revela a primera vista! Si no lo estuviera viendo no lo creeria!... ¡Semejante tesoro en un conventillo!...

¡Cuánto no ganaria yo si me apoderase de esta muchacha!... ella sola vale una fortuna!... Estoi decidida... Despues que la haya poseido Guillermo, me pertenecerá... y entonces ya veremos el provecho que yo sacaré...

Pero quizá no es tan fácil la empresa, continuó, hablando

consigo misma. Por lo que veo, esta jente es virtuosa... Allí hai imájenes que denotan piedad sin gazmoñeria de beatas; y esto es lo peor... A las beatas se las engaña o se las alucina; pero a las mujeres de corazon, a las verdaderamente cristianas, no hai posibilidad de engañarlas, si no es aparentando lo mismo; si no es haciéndose superior por el desprendimiento, entusiasta por la devocion, grande y filantrópica por la caridad; y para representar este papel es preciso mas intelijencia de la que se cree vulgarmente; sin embargo Guillermito es un sabueso acostumbrado a estos lances, y talvez yo no tenga que torturar mi intelijencia sino usar de mi práctica para conseguir el objeto.

Estas reflexiones se habia hecho la tia Anastasia durante el tiempo que Mercedes fuera en busca de su padre.

El sarjento Lopez se presentó ante la persona que lo buscaba, con su blusa de trabajo y con un podon en la mano, y en seguida la dijo: "estoi a sus órdenes, señora."

—¿Es usted el señor don Domingo Lopez? preguntó la vieja, con el mas almibarado tono.

—No, señora; yo no soi el señor don... sino simplemente el sarjento Lopez.

—Veo que usted es modesto, señor don Domingo, volvió a replicar la tia Anastasia, y esto habla mui alto en favor de su verdadero mérito.

—No sé si usted trata de agradarme, señora, repuso el sarjento con brusca severidad; pero puedo asegurarle que ese no es el medio.

La tia Anastasia, a pesar de su aplomo, se turbó un tanto con la ruda franqueza del veterano, y mas que todo con su carencia de pretensiones; sin embargo, no se cortó hasta el punto de no tener que contestar, y así le dijo:

—Yo no quiero, señor, agradar a usted, ni tengo para ello el menor motivo. Le he hablado con la cortesanía propia en mí y digna de toda persona honrada; porque, sépalo usted bien, sarjento Lopez, a mí no me gusta agradar sino

al mérito y a la virtud, y si mis palabras de simple urbanidad le han disgustado, tenga usted la bondad de perdonármelas.

—Señora, replicó el sarjento Lopez; no ha sido mi ánimo hacerle a usted un reproche, sino el establecer simplemente mi humilde condicion, para no dar lugar a sentimientos de vanidad que mui bien podrian asaltarme dando oidos a lisonjas.

—Yo no lisonjeo, no agrado, no adulo, pero acato el valor de las personas, sabiendo apreciar el mérito que tienen en sí y que les corresponde de derecho.

La tia Anastasia habia acompañado estas palabras con tal espresion de sencillez y de benevolencia, con tal persuacion de sentimientos, que el sencillo militar, aun no queriendo, se encontró lisonjeado en su vanidad, o mejor dicho, en sus afectos, puesto que el amor propio tenia poco asidero en la conciencia del viejo soldado; sin embargo, para corresponder a la amabilidad de la astuta y solapada vieja, a quien creia sincera y bondadosa, le dijo:

—Si usted me conociera mas, veria cuán fuera de lugar es lo que me ha dicho; pero sin volver a hablar de mí, suplicaria a usted me dijese en qué puedo serle útil.

—Seré lacónica, señor Lopez, para no incomodarlo. Necesito unas piezas decentes para que viva un sobrino mio, cuya profesion es pintor y a quien yo acompaño, pues no tiene familia el pobre e intelijente jóven.

—Señora, si hubieran algunas piezas, aun cuando las del conventillo no serian buenas para usted, se las ofreceria; pero en el momento todas están ocupadas.

—¿Y no sabe usted de alguna casita decente y cómoda que exista por estos alrededores? porque a mi sobrino le gusta estar apartado del bullicio del mundo.

—Hai al costado una casa bastante buena, mas no sé si le acomodará el precio: su dueño pide quince pesos.

—A mi sobrino no le importa tanto el precio cuanto la

tranquilidad. Ya él ha adquirido cierto renombre y tiene muchas obras que le dan un buen resultado, pues el arte principia en Chile a tener aceptacion y por consiguiente a prometer beneficios. Figúrese usted que en el año anterior se ha ganado mi sobrino mas de cinco mil pesos; pero él lo gasta todo, porque es amigo de hacer el bien y se puede decir que casi da a los pobres en dinero la totalidad de lo que gana, salvo el que deja para sus mas indispensables necesidades.

—Eso es mui digno de alabanza, señora.

—Yo no quisiera que fuera tan pródigo, porque un artista que no tiene mas capital que su talento y su salud, es preciso que guarde por si acaso viene a sufrir ésta.

—La economía, cuando no está acompañada de la avaricia, cuando no es efecto del egoismo, es una gran virtud.

Mercedes escuchaba esta conversacion con sumo placer. Un jóven artista que se abre una gloriosa carrera por su talento, que gana sumas considerables y a medida que las gana las distribuye entre los pobres!... era para Mercedes lo que habia de mas hermoso, de mas noble y de mas ideal...

La bella niña, que se habia vuelto a sentar a su bastidor, dejó sus agujas; y con una mano en la mejilla y un semblante en que se revelaba el inocente entusiasmo, quedóse contemplando a la tia Anastasia y como si esperara que continuase hablando sobre su sobrino el pintor.

La astuta vieja conoció en el acto el interes que habia despertado y prosiguió, dirijiéndose al sarjento:

—No hai duda, señor, la economía es una gran virtud, y así lo pienso yo; ¿pero cómo contrariar instintos dignos de alabanza? Cómo tratar de ahogar una jenerosidad que lo honra a él y que a mí misma me admira y me hace quererlo mas, a pesar de mis contínuas advertencias. Talvez, señor, me dejo yo arrastrar de los mismos sentimientos de Víctor y mi amonestacion no es tan calorosa y persuasiva; ¿pero qué responderle cuando me dice: "querria usted que

dejara morir de hambre a este infeliz, por atesorar algunas monedas? Con este argumento me tapa la boca y en vez de enojarme lo abrazo...

La tia Anastasia se llevó el pañuelo a los ojos, como para enjugar una lágrima...

El seno de Mercedes se levantaba; sus puras y tersas mejillas se sonrosaban... y toda su fisonomía tomaba una espresion dulce, tierna, apasionada...

La tia Anastasia seguia observando...

—Es usted mui feliz, señora, en tener un sobrino tan bueno, tan jeneroso y tan hábil, dijo el veterano con voz cariñosa; y ojalá la tuviéramos a usted por vecina nuestra, aun cuando nuestra amistad poco vale, pues somos pobres.

—Pobres, pero honrados, ¿no es verdad? ¿Y no vale mas la virtud que el dinero y que la alcurnia? Mi sobrino tampoco tiene mas que su trabajo y es, como ustedes, hijo del pueblo; ¿por qué, pues, no se habia de creer honrado con la amistad de ustedes, y tanto mas cuanto yo asi lo pienso.

—Agradezco, señora, su buena opinion; pero usted no nos conoce para que se aventure...

—Tiene usted razon; esta es la primera vez que les veo; sin embargo, para una persona de mi edad, para una persona de esperiencia y de mundo, permítanme que me haga este elojio, le basta una sola ocasion para juzgar bien o mal de los hombres... Pero hablemos de otra cosa, añadió la tia Anastasia con afabilidad; y la casita que usted me ha propuesto, cuántas piezas tiene? ¿Habrá un cuarto grande y con bastante luz para el taller de Víctor? Hai algun jardincito para mí, que soi tan amiga de las plantas?

Con ese jenio de observacion que distinguia a la matrona, habia notado, cuando salió Mercedes a llamar a su padre, que el sarjento se ocupaba en el pequeño jardin; y como la conformidad de gustos sirve de vínculo a la amistad, por esta razon ella, con refinada astucia, se hacia aparecer como apasionada por las plantas.

—Siento decir a usted, señora, que si bien la casa, por lo que respecta a habitaciones, puede agradarle, carece, sin embargo, de jardin, como sucede casi en todas aquellas que sus propietarios dedican para alquilar.

—Qué lástima! dijo la tia Anastasia, aparentando sentimiento; pero no por satisfacer mi gusto debo privar a Víctor de su comodidad. Por otra parte, yo formaré mi jardincito, pues no puedo vivir sin flores y sin árboles.

—Y mi papá le ayudará a formar su jardin, dándole algunas de sus plantas, repuso Mercedes tomando parte en la conversacion.

—Con el mayor gusto, esclamó el sarjento.

—Gracias, señorita. Gracias, señor. Entonces haremos cambios, porque yo tengo algunos árboles y flores que puedo hacer trasportar, y de los cuales talvez carecen ustedes; asi es que ambos podemos sernos recíprocamente útiles.

La tia Anastasia mentia con el mayor descaro, pues quizá en su vida habia tomado una flor en sus manos y mucho menos habia cultivado. Esta alma fria, calculadora, egoista y que vivia solo del crímen, era insensible a esos placeres que requieren cierta sencillez de costumbres, cierta inocencia de gustos, cierta pureza de hábitos y de pensamientos.

—¿Quiere usted que vayamos a ver la casa? dijo el sarjento a la tia Anastasia.

—Si usted me hace el favor; pero no quisiera distraerlo de sus ocupaciones y menos incomodarlo.

—Bajo ningun aspecto, señora; y dirijiéndose a Mercedes, le preguntó:—"¿Quieres venir con nosotros?"

—Ciertamente, papá; y asi veremos con la señora el lugar mas adecuado para que forme su jardin.

—¡Qué amable es usted, señorita! Me dejaré guiar por sus consejos y los de su papá, puesto que son tan aficionados a las plantas.

—Discutiremos, señora, dijo el sarjento alegremente.

—Pero cómo dejan ustedes la casa sola?

—No importa; mi mujer no demora en llegar, y aun cuando se quede la puerta abierta, no hai el menor cuidado.

—¡Tan honrada es la jente que habita en el conventillo!

—Al menos con nosotros.

—Eso prueba mucho en favor de ustedes. ¿Serán ustedes mui queridos, desde el momento que son tan considerados?

—Vivimos en buena armonia con todos, respondió el sarjento con modestia.

La casita, como hemos dicho, se encontraba al lado de abajo del conventillo y era nueva, aseada y decente. La tia Anastasia la encontró inmejorable y le dió repetidas gracias al sarjento, diciéndole que le habia hecho un gran servicio y que su sobrino Víctor iba a estar mui contento, pues creia que llenaria todas sus exijencias. Respecto al jardin discutieron un poco, quedando siempre de acuerdo con las observaciones de Mercedes o del sarjento.

—La tia Anastasia tomó las llaves, y dijo que desde el dia siguiente principiaria a arreglar para mudarse.

Mercedes y su padre se le ofrecieron en todo lo que pudieran serle útil.

La tia Anastasia habia concebido su plan: para ella era provechosa la pérdida de Mercedes: primero, por lo que le daria Guillermo; segundo, por lo que ganaria con la niña, a quien le daria toda la importancia necesaria por medio de su fortuna, a quien haria brillar por el lujo, para en seguida sacar el correspondiente provecho; y aun cuando era un inconveniente la virtud de los padres y la natural elevacion de la hija, sin embargo, ella se creia bastante astuta para vencer estas dificultades, mucho mas cuando en el resto de su vida habia superado mayores.

Respecto al cambio de domicilio que le exijia Guillermo, era imposible, como se lo habia dicho a Tomas, pues no podia abandonar su triple clientela o su triple profesion de usurera, de matrona y de..., de que tan pingües ganancias

sacara diariamente; pero se lisonjeaba con que prestando algunas horas al proyecto de Guillermo, obtendria en poco tiempo el mas feliz éxito.

Entregada a estas cavilaciones llegó a su casa, en cuya puerta hacia rato que la esperaba Tomas para saber cómo le habia ido en su dilijencia, y cuál pudiera ser la respuesta que llevara a su amo.

—Hola! Tomasito, dijo la vieja; te he hecho esperar mucho?

—Se ha demorado usted mas tiempo del que me habia dicho.

—¿Qué quieres, hijo mio? cuando uno encuentra sociedad tan amable, se entretiene.

—Con que le han parecido bien?

—No hai palabras... Toda ponderacion es corta, y lo que tú me habias hablado de la niña está mui lejos de la realidad.

—Me alegro, tia Anastasia, porque otra vez dará mayor crédito a mis palabras.

—Indudablemente, ¡pero qué niña tan bonita, Tomasito! Esa muchacha vale un Perú; y ahora comprendo el empeño de Guillermito; todo sacrificio es poco en vista de la posesion de ese ánjel!

—¿Qué debo entonces decir al señor don Guillermo? Está usted resuelta a aceptar sus proposiciones?

—Le dirás que venga a verme hoi mismo y que lo demas depende de él.

—Pero no me dice usted ni sí ni no.

—Este es un asunto que debemos tratar él y yo, sin mas intermediarios.

—¿Tiene usted desconfianza de mí?

—Bajo ningun aspecto; pero hai dificultades que tú no podrias vencer; y sobre todo, ya te lo he dicho y esto basta: quiero arreglarme con él y solo con él, lo entiendes?

—Perfectamente, y me someto a su órden suprema, con-

testó Tomas, con cierta sonrisa irónica; y saludando a la vieja con afectada sumision, se marchó.

Pocos momentos despues el coche de Guillermo estaba a la puerta.

XIII.

—Ya sabia yo, picaronazo, que habias de ser bien solícito. Si te llamara la tia Anastasia para un asunto propio, estoi segura de que no vendrias tan pronto. ¡Lo que son los mozos! prefieren una linda cara que apenas han visto, a una antigua amistad que los ha servido! porque no tendrás que quejarte de mí, prosiguió la vieja con volubilidad; yo he satisfecho todos tus caprichos y te he tratado como a un niño mimado.

—Y le estoi agradecido, tia Anastasia.

—Agradecido! picaron... y si me estuviera muriendo eras bien capaz de no venir a verme.

—Afortunadamente, no ha llegado ese caso ni llegará tan luego; asi es que tiene usted esperanzas de no poner a prueba mi buena voluntad, de lo que estará usted mui contenta, ¿no es verdad?

—Nadie quiere morirse, hijo mio, sobre todo cuando todavia puede ser uno útil a sus semejantes.

Y diciendo esto la horrible matrona, hizo a Guillermo un jesto entre risueño y burlon, que probaba la confianza que existia entre ambos interlocutores.

—Indudablemente, tia Anastasia, replicó el jóven en el mismo tono: su muerte seria para el mundo una pérdida irreparable!!...

—¡Y la tuya, picaruelo! aun cuando no tan universalmente sentida como la mia, seria llorada por las lágrimas de las bellezas de Santiago.

—Lágrimas que al dia siguiente se cambiarian por sonrisas.

—Nada es estable en este mundo; pero si por tí se cam-

biaban en sonrisas ¡quién sabe si por mí no se cambiarian en blasfemias!

—A cada uno segun sus méritos. Esta es la doctrina de los sansimonianos.

—Vamos! vamos! no se puede altercar contigo, porque eres fuerte para la réplica y queda una siempre vencida; pero no perdamos tiempo y hablemos de lo que te interesa: he visto a la niña.

—La ha visto usted, y qué le parece?

—No solo bonita, sino hermosa; y no solo hermosa, sino anjelical.

—¿Tanto le ha gustado?

—Gustado! es mal dicho; estasiado! quieres decir.

—No la creia a usted tan apasionada de la hermosura.

—Pero hai hermosuras de hermosuras, y en mi vida he visto una igual a esta. Ahora comprendo todo el empeño que tienes.

—En efecto, haré cualquier sacrificio por obtenerla.

—Ya lo creo!

—Y me ayudará usted?

—Eso depende de las condiciones; y aun cuando ya he comenzado a hacer algo en tu favor, todavia el negocio no está concluido.

—¿Qué falta?

—Que nos convengamos.

—Por lo que hace a dinero, no repare usted. Acepto de antemano cuanto me pida, pero con la condicion de que la he de poseer.

—Tú y yo haremos cuanto esté de nuestra parte y espero que no saldremos burlados, porque si no se rinde por bien, la haremos rendirse por mal.

—Solo en un caso estremo... Soi poco partidario de esos triunfos violentos.

—Ya lo creo, pues lo que es voluntario es mas agradable;

sin embargo, suele ser tan tenaz la *enfermedad*, que se hacen necesarios remedios activos, y talvez el caso actual es uno de esos.

—Por qué lo juzga usted así?

—Porque esa niña es virtuosa a toda prueba y tiene una elevacion que proteje su inocencia: estos caracteres son jeneralmente los mas indomables y los mas enérjicos.

—Pero usted dice que es inocente?

—Allí está justamente la dificultad y el peligro.

—No comprendo.

—Cómo! El don Juan de Santiago, el héroe de lord Byron, el sabio por escelencia, el que ha pasado toda su vida en intrigas amorosas, el que conoce a la mujer bajo todas sus faces, ¿ignora esto?

—Siempre he pensado que la inocencia era mas susceptible de ser engañada.

—Pero no cuando esa inocencia es intelijente, elevada, pundonorosa. Cuando esa inocencia tiene encarnado el idealismo de la virtud resiste por instinto, y por un instinto invencible, a todas las sujestiones halagüeñas del vicio. Créemelo, Guillermito, en este particular tengo mas conocimiento que tú, por ser mujer y por... haber conocido tantas clases de mujeres...

—Entonces, no se atreve usted?

—No digo eso, sino que es difícil, y que es preciso mas tacto, mas finura, mas suspicacia, mas talento para seducir a esta niña que a cualquiera otra.

—Está bien, pero la conseguiremos...

—Asi lo espero: el dinero hace mucho.

—Gaste cuanto quiera.

—Sin embargo, hai otra dificultad: yo no puedo cambiar de residencia... Mi clientela...

—Le daré a usted el doble de lo que ella le produzca en ese tiempo.

—Sé que eres jeneroso y bastante rico para satisfacer tus

caprichos sin mirarte en el dinero; pero me es imposible dejar mi casa.

—Entonces tendré que abandonar la empresa?

—Quiero darte gusto, y para probártelo voi a hacer el mayor sacrificio. Este es mi plan: yo iré a la casa que he tomado ya a acompañar a mi querido *sobrino el pintor Víctor*, pero en aquellas horas en que sea necesaria mi presencia, haciendo siempre creer que vivo allí, que será justamente lo que tú hagas, pues no presumo que pases todo tu tiempo en aquella miserable habitacion: asi todo se armoniza, se llena el objeto y nadie se sacrifica. Tu criado Tomas puede quedar viviendo allí de efectivo y nos servirá muchísimo, pues de esta suerte creerán todos que estamos en casa. Los acontecimientos nos dirán por sí mismos cómo debemos obrar.

—Me parece bien lo que usted dice, pero al principio tendremos que estar mas asistentes.

—Indudablemente. Ahora falta que se preste el pintor a esa supercheria.

—Eso es mui sencillo y respondo de ello.

—Será necesario obrar con actividad, porque me traje las llaves y previne que mañana comenzaria la mudanza. La casa no puede estar mejor colocada, pues se encuentra al lado mismo del conventillo. Respecto al arreglo interior, déjalo a mi cuidado. Tú te encargarás únicamente de la sala del pintor. Yo me ocuparé de los muebles y de las plantas, porque es preciso que sepas que soi *desde hoi* mui aficionada al jardin, y es indispensable que mande comprar donde el doctor Seget una o dos carretadas de macetas de diversas flores, pues no puedo *vivir* sin árboles, me entiendes?

—Comprendo a usted perfectamente: aquellas jentes son aficionadas al cultivo de las plantas.

—No hai como hablar con una persona intelijente, que a media palabra adivina todo un pensamiento... Inocentes flores: ¡si supieran el uso para que se las destina! Bien digo

yo siempre que las cosas mas insignificantes son las que producen mayores resultados... Allí verás, Guillermito, el partido que saco de esas plantas: ellas van a afianzar mi *sincera* amistad con el señor don Domingo Lopez y a tejer el lazo de union entre vuestros juveniles corazones; y la vieja reia maliciosamente.

—Es usted admirable, tia Anastasia; y si esa niña vale tanto por su candor, por su juventud y por su belleza, usted no vale menos por su intelijencia. ¡Qué feliz no habria sido el hombre que se hubiese casado con usted! dijo Guillermo dando una carcajada.

—Pobre Josesito! esclamó la matrona con aire conpunjido: él no supo la joya que poseia y que perdió por su mala cabeza.

—Con que ha habido un hombre en el mundo que se haya atrevido!...

—A solicitarme, ¿no es esto? Entonces estás pensando que hasta ahora conservara mi...

—No voluntariamente pero sí obligada.

—No es malo el elojio que me haces, Guillermito!

—Es que hai virtudes que pueden desafiar impunemente las asechanzas de este mundo..

—Y una de ellas es la mia.

—Asi lo habia creido hasta este momento; pero veo que no le ha faltado a usted su Josesito.

—Búrlate cuanto quieras: talvez no está distante el dia en que me llegue a mí tambien el turno.

—Yo aceptaré con gusto todo lo que me venga de usted, tia Anastasia; porque siempre tendrá por lo menos el sello de la intelijencia.

—Quizá quieres decir de la maldad?

—No era mi intencion aventurarme a tanto; pero veo que su pensamiento la traiciona.

—Picaronzuelo, te conozco tanto como a tu padre...

—¡Como a mi padre! ¿Usted ha conocido a mi padre?

—Del mismo modo que al hijo, y puedo decirte que no ha desmentido la raza.

Guillermo se puso serio. El podia soportar las sátiras de la vieja matrona cuando se hablaba de sí mismo, pero no le gustaba ver a su padre en boca tan inmunda; porque él no ignoraba de todo lo que era capaz aquella mujer, y que su palabra y aun su aliento era suficiente para empañar una reputacion, por mas acrisolada que fuera.

—Parece que te has amostazado, Guillermito, prosiguió la tia Anastasia; sin embargo, no hai motivo para ello. Tu padre, como tú lo eres ahora, fué jóven, amigo del bello sexo, entusiasta adorador de la hermosura; y sin embargo, manejaba su negocio mejor que tú lo gobiernas; pues él, dándose toda clase de satisfacciones, sabia sacar partido, es decir, hermanar el placer al interes, haciendo que el primero sirviera para conseguir el último; mientras que tú eres, por el contrario: sacrificas el último al primero.

—No creo que mi padre haya entrado en esas cabalas, y menos aun en relaciones con usted.

—Eres orgulloso, Guillermito, pero yo soi siempre blanda, complaciente y humilde y no me ofenden tus dudas; con todo, siento que has dejenerado en algo, pues, si bien tienes todas las cualidades que hacian adorable a tu papá, careces de una de sus virtudes: el saberlas hacer servir en bien de sus intereses.

—Tengo mas mundo del que usted se figura, tia Anastasia, y sé que la calumnia es un arma que por lo regular emplean ciertas jentes...

—No niego la máxima, porque es mui verdadera, pero inaplicable al caso y a la persona. Yo jamas calumnio, hijo mio, y no digo calumnio, sino que nunca hablo, por mas que sepa la verdad de las cosas; sin embargo, como esta conversacion pasa entre tú y yo, puedo afirmarte que tu intelijente padre sabia hacer valer sus cualidades en provecho de sus intereses, y en prueba de ello puedo decirte... No

quiero continuar, porque te enfadarás y a mí no me gustan semblantes adustos sino placenteros y alegres.

—Prosiga usted.

—No, hijo mio, bástete saber una cosa: que hai pocos misterios que yo no conozca, pero que morirán conmigo... Ya he hablado mas de lo que debiera, Guillermito, vamos ahora al asunto que nos ocupa de preferencia: ¿Me autorizas para obrar como quiera?

—Indudablemente.

—Entonces, desde mañana comienzo la instalacion en la casa de la calle de San Pablo.

—Hágalo todo como mejor convenga y no se pare en gastos.

—Convenido, pero no olvides lo principal: el taller del pintor.

—Pierda usted cuidado: eso estará listo al mismo tiempo que lo demas, si se da prisa.

—Ahora, ¿cuál será mi ganancia?

—Póngala usted misma.

—No hai como hablar con jóvenes como tú... da gusto el servirlos; sin embargo, no soi partidaria de los términos vagos; fijemos una suma.

—La que usted guste; pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que he de salir bien en mi empresa.

—¿Y cuánto me darás en ese caso?

—En ese caso fije usted el precio, pues de lo contrario no le daré un centavo.

—Esta es una *iguala*, como dicen los abogados, y me adhiero a ella. Falta ahora saber la cantidad.

—Ya le he dicho que usted misma la señale.

—No quiero ser contigo cargosa ¿serán mil pesos?

—Está bien.

—Pero fuera de todos los gastos, de los cuales te pasaré una cuenta detallada.

—Convenido.

—Ahora que ya estamos arreglados y amigos como siempre, hasta la vista, pues necesito descansar un poco de lo que me has hecho trabajar hoi dia.

Guillermo dió la mano a la horrible vieja y partió; pero antes de salir, le dijo ésta:

—Se me olvidaba, Guillermito, una cosa principal, y es, que desde mañana debe quedar bajo mis órdenes y a mi esclusivo servicio tu perillan de criado, que necesito ocupar en muchas cosas. Conmigo, añadió la tia Anastasia, no ganará su plata tan de balde como en tu casa, porque yo sé aprovechar el tiempo y sacar partido de las aptitudes de cada cual... Hasta mañana.

—Hasta mañana; y si no hai victoria no hai premio.

—La recompensa no se dá sin el éxito... Yo no te exijo otra cosa..

....

XIV.

No hacia mucho tiempo que habia dejado la tia Anastasia la casa del sarjento Lopez, cuando llegó a ella Ceferina, es decir, la emisaria de Luisa, la que representaba al *ánjel bueno*, asi como la matrona examinada, emisaria de Guillermo, representaba al *ánjel malo*.

El sarjento y Mercedes contaban a Marta la visita que habian recibido durante su ausencia, y que era probable que luego tendrian vecinos agradables con quienes asociarse; pues, tanto la tia como el sobrino, segun el retrato hecho por aquella, eran personas dignas de la mayor consideracion. Mercedes, particularmente, decia que el arte de la pintura le habia agradado siempre y que estaria encantada al ver de cerca esos cuadros que solo habia podido contemplar en algunas galerías mirándolos a la distancia.

Engolfada en tan agradable conversacion se encontraba

la familia del honrado sarjento, cuando fué interrumpida por el inesperado arribo de una nueva visita: era Ceferina, que preguntaba si allí vivia don Domingo Lopez.

—Servidor de usted, señora, contestó el sarjento; tenga usted la bondad de pasar adelante.

Ceferina entró... Su dulce y franca fisonomía y la espresion de apacible bondad que se notaba en toda su persona previno favorablemente a los habitantes de aquel modesto albergue.

—Señor, dijo Ceferina, dirijiéndose al sarjento y mirando de una manera afectuosa a Mercedes y a Marta; usted es probablemente el padre de un jóven que ha salvado ayer de un inminente peligro a dos señoras que venian en su coche, cuyos caballos se desbocaron en la calle del Dieziocho, y sin el ausilio de él hubieran talvez perecido esas personas.

—Sí, señora; pero tenga usted la bondad de sentarse, respondió el veterano, cuya fisonomía se llenó de complacencia al recuerdo de este reciente suceso.

Ceferina tomó el asiento que se le ofrecia, y con franqueza llena de naturalidad y señorio, dijo:

—Vengo a hacerle una visita de parte de esas damas.

—Usted! esclamó Mercedes, parándose y acercándose a Ceferina.

—Sí, señorita, contestó ésta. Soi el ama de leche de Luisa Valdes, la mas jóven de las dos señoras que se encontraban en el coche.

—¿De esa tan amable, hermosa y buena señorita? volvió a repetir Mercedes, sentándose al lado de Ceferina con tan cariñoso abandono y con espresion tan afectuosa, que, Ceferina conmovida, le tomó una de sus manos, diciéndole:

—Sí, hijita, ella misma me ha ordenado venir a veros.

—Tanta bondad! esclamó Marta.

El viejo sarjento, haciendo un jesto de aprobacion, que queria decir que estaba complacido y gozoso, acercó su sillon hácia Ceferina con muestras inequívocas de simpatía.

—No es bondad, señora, la de mi hija Luisa al mandarme a casa de ustedes, sino que es una obligacion, un deber de gratitud hácia sus bienhechores.

—Hácia sus bienhechores! repuso Domingo Lopez; cuando somos nosotros quienes debemos estar reconocidos a esas señoras por la cariñosa afabilidad con que hemos sido tratados por ellas, particularmente mi hija, a quien abrazó repetidas veces la señorita jóven.

—En efecto, yo le estoi mui agradecida, si acaso,- dijo Mercedes, puede llamarse agradecimiento lo que esperimento por ella; y la hechicera jóven fijó su mirada de inefable ternura en la ama de leche de Luisa Valdes.

Ceferina se sintió dulcemente atraida por un magnetismo irresistible que parecia desprenderse a torrentes de los velados ojos de Mercedes.

Nada, en efecto, hai de mas elocuente que el semblante de una persona injénua. Nada revela mas el interior de un alma, nada espresa los afectos, y la palabra mas elocuente no pinta con tanta propiedad lo que sentimos, como el brillo de los ojos y el rubor o palidez del rostro. ¡Qué lenguaje ha sido nunca capaz de decir con propiedad todo cuanto espresa una mirada! Esa centella del alma que penetra en el interior, que se revela como el relámpago, que atrae como el iman, que rechaza y que quema, se siente y se concibe, pero no se esplica ni analiza: ese es un misterio cuyos efectos es patentizan, pero cuya causa se esconde entre los impenetrables arcanos del ser y en el secreto infinito que rodea al hombre, esparciéndose sobre la creacion...

Ceferina, como hemos dicho, se encontró subyugada por la amabilidad dulce y la gracia sencilla de Mercedes, y dirijiéndose a ella, la dijo con mucha efusion.

—Eres digna, hija mia, del afecto que te profesa Luisa, porque veo que se lo correspondes. Ella me mandó aquí con un doble objeto: el hacerles una visita y el ver si les podia er útil en algo; pero me cabe la satisfaccion de hallar en

esta casa la paz y la felicidad, de suerte que solo tengo que reiterarte su amistad, que, segun ella me lo ha dicho, te habia ofrecido ayer.

—Su bondad, señora, contestó Marta, ha llegado, es cierto, hasta espresarse con tan afectuosas palabras, pero nosotros conocemos bien la diferencia que existe...

—Y no debemos, interrumpió Mercedes, confundir las cosas.

—Pero no hai ni bondad ni confusion en los sentimientos de Luisa, porque ella, con mas razon que yo, pues tiene mayor motivo, si les he de hablar con franqueza, esperimenta la misma afeccion; y dispénsenme que se los diga, sin pensar en serles agradable: ella, aun cuando me habia hablado mucho en favor de ustedes, se ha quedado atrás de lo que en realidad son.

—Nosotros no merecemos nada y mucho menos sus elojios, dijo el sarjento. Si en la sencillez de nuestras costumbres, continuó, encuentra usted algo de favorable, es todo cuanto en realidad tenemos; pero por lo demas, es una ilusion que proviene de ustedes y no un efecto de cualidades que no poseemos.

—Señor, repuso Ceferina, con un tono en que se denotaba su complacencia; la humildad que ustedes manifiestan no puede menos que realzar el mérito que tienen.

—Suplico a usted que no prosiga, si no quiere avergonzarnos, dijo Mercedes, bajando sus ojos y cubriéndose sus mejillas del celestial carmin de la modestia.

—Vamos, vamos, replicó Ceferina apercibiéndose del rubor de la niña; te prometo que no hablaré mas sobre el particular, pero esto no impedirá que reflexione, piense y tambien te quiera.

—Me contento con lo último, señora, y se lo agradezco en el alma.

—Nada de agradecimiento, hija mia, pues solo te pido recompensa, es decir, que el afecto que me has inspirado me lo pagues con el vuestro.

—Ciertamente, la bondad de usted y el hecho de ser la ama de la señorita Luisa Valdes, son dos títulos para mi corazon.

—No digas la señorita Luisa Valdes, sino Luisa Valdes simplemente, porque eres ya su amiga y estoi persuadida que lo serás mucho mas en poco tiempo.

—Yo no soi digna de tanto honor.

—La virtud, hija mia, no reconoce jerarquias; pero como ya te he dicho que no quiero volver sobre el mismo punto, porque temo incomodarte, me permitirás que te pregunte por tu hermano, o por vuestro hijo, repuso, dirijiéndose al sarjento y a Marta; y aun cuando no ha precedido ninguna presentacion entre nosotros, y me he introducido en casa de ustedes sin consultarlos, creo de mi deber informarme por el jóven que tan valerosamente salvó de la muerte a la señora doña Juana y a Luisa...

—Enrique, señora, bien que no trabaja en estos dias por ser de fiesta, contestó el sarjento, ha sido llamado hoi por su maestro; pero no puede tardar mucho en venir, porque no hai trabajo en la fábrica. Respecto a lo que dice usted de haberse introducido en nuestra casa sin nuestro consentimiento, podemos asegurarle que nos ha causado un verdadero placer; y no crea, señora, que esto es un cumplido de mi parte, sino la espresion franca de un viejo soldado que no conoce otra política que la del corazon ni otro lenguaje que el de la verdad.

—Política y lenguaje mui apreciables y que debemos siempre preferir a cualquiera. Por mi parte, yo lo acepto y lo aprecio en todo su valor. Pero vamos a otra cosa, dijo Ceferina; dispensen ustedes mi curiosidad de mujer: aquí veo un bordado que probablemente es de Merceditas, y desearia examinarlo.

Mercedes se paró en el acto y trajo su bastidor al lado del asiento que ocupaba Ceferina.

—¡Qué hermoso! esclamó la ama de Luisa Valdes; ¿dón-

de has aprendido, hija mia, a hacer tan buenas cosas?

—He tomado algunas nociones en el colejio de... y despues, ayudándome de dibujos que he tratado de imitar, he adelantado algo; ¿pero en realidad lo encuentra usted regular?

—No solo regular sino magnífico. Creo que Luisa no trabaja tan bien, a pesar de tener mucha enseñanza y mucho gusto.

—Señora! ¿Quiere usted burlarse de mí? dijo Mercedes sonriéndose.

—Yo no me burlo de nadie, hija mia, sino que hablo con la misma franqueza con que ustedes hablan, franqueza propia de nuestra condicion, en la que no debe haber jamas ni engaño ni disimulo.

—Es verdad; pero creo imposible que mi trabajo merezca la aprobacion de una persona como usted, que debe conocer mejores, mientras que yo no tengo con qué comparar, si no es las muestras, que nunca puedo imitar con perfeccion.

XVI.

El sarjento y su mujer escuchaban esta conversacion sin tomar parte en ella, pero mui complacidos, ya fuese de las observaciones favorables de Ceferina, ya de las respuestas injénuas de Mercedes; sin embargo, como les pareció que su hija se encontraba turbada con los elojios de la señora, trataron de mudar el jiro de la conversacion, y Domingo Lopez convidó a Ceferina para ir a ver su pequeño jardin, que era el orgullo del viejo soldado.

Nada hai de comparable a un pequeño huerto cultivado por un militar, cuando este tiene aficion a las plantas. No sabemos si la vida de cuartel, bulliciosa pero aislada, o si los azares de la guerra, si ese peligro constante, hace que se dediquen con mas gusto a los trabajos de la paz y sobre

todo al cuidado de esos inofensivos seres que se llaman árboles o flores y que forman contraste con la vida anterior; pero lo cierto del caso es, y en fuerza de una observacion jeneral y constante, que siempre se encuentra mejor trabajada la tierra por un soldado que por cualquier otra persona, cuando aquel tiene la inclinacion. Por este motivo, el pequeño espacio de terreno de que disponia el viejo sarjento era en realidad una maravilla de órden, de limpieza y de fecundidad. Allí se encontraban las mas lindas flores, flores comunes, es verdad, pero no menos bellas, del mismo modo que las mas ricas frutas, que, siempre tomadas en sazon, hacia el placer de la familia y se repartian entre los vecinos; porque Domingo Lopez daba y no vendia sus es quisitos productos, complaciéndose únicamente en que le dijeran: "jamas habíamos probado cosa tan agradable;" y el antiguo soldado de la *Patria vieja* se retiraba satisfecho y orgulloso de la opinion emitida por aquellos a quienes regalaba, siendo ésta su vanidad mas marcada, porque le hubiera sido mui desagradable que encontrasen mala una pera o un durazno de su jardin.

Cuando Ceferina entró, por la invitacion del sarjento, en el huerto de éste, quedóse sorprendida al ver tanto órden, tanta limpiéza, tanta abundancia y tanta hermosura, comparativamente hablando, en un pequeño recinto. Allí no se veia un solo pedazo de tierra perdido. Las paredes mismas estaban tapizadas de verdura, y las flores y las frutas se alternaban, o mas bien dicho, se entrelazaban las unas a las otras, porque al pié del árbol se encontraban las matas de rosas, de claveles, de margaritas, de lirios y de mil otras hermosísimas plantas que no dañaban en nada la frondosidad del peral, del cerezo, del damasco o del durazno, pues Domingo Lopez nada desperdiciaba, sino que sabia armonizar la vista con el provecho, asi como si dijéramos, la poesía a la conveniencia, el espíritu a la materia y el pensamiento al lucro, porque todo estaba de tal manera colocado,

que alhagaba la vista y el apetito, el corazon y el paladar.

Ceferina, aunque acostumbrada al hermoso y aristocrático jardin de su casa, no tenia idea de todo el provecho, de todo el injenio que desplega la pobreza ordenada, limpia, poética que se suele ver en algunos, por desgracia, escasos lugares; porque entre nosotros reina jeneralmente la incuria, el abandono y la falta de intelijencia, que no sabe sacar partido de lo que se posee ni aprovechar lo que se tiene; asi es que ella no pudo menos de hacer los mas cumplidos elojios a Domingo Lopez, que era el rei de aquella pequeña monarquía que con tanto acierto y con tanto provecho dirijiera.

Mercedes, dejando a Ceferina con sus padres, se puso a cojer flores para hacer un ramo, asemejándose en su ocupacion a la abeja que corre de un lugar a otro, parándose por un momento en el cáliz de las plantas para chupar su néctar. Cuando creyó haber acumulado todas aquellas flores que necesitaba, se fué a su cuarto, habiendo salido en poco tiempo de él con dos hermosísimos ramos, hechos con tan esquisito gusto, que suplia a la sencillez de las plantas; pues como ya lo hemos dicho, solo habia en el jardin del sarjento flores comunes.

Al presentar Mercedes los dos ramos a Ceferina, siendo destinados uno para ella y otro para Luisa, quedóse admirada esta última no solo de la lijereza sino de la hermosura de ellos, pues se encontraba cierta simetría que hacia resaltar el valor y aun el brillo de las flores, denotándose, en esa pequeñez, el esquisito gusto de la artista que sabe hallar armonía en todas partes, realzando las cosas por la colocacion que el injenio proporciona y que la imajinacion asociada al arte embellece sobremanera.

—Señorita, esclamó Ceferina, en vista de aquellos dos hermosísimos ramos; no sé cuál alabar mas: si el brillo de las flores o el gusto con que están colocadas; pero lo cierto del caso es que habrá pocos ramilletes tan lindos como éstos y ménos personas que sepan acomodarlos iguales.

—Si, como usted dice, hai algun mérito en ellos, contestó Mercedes, todo es debido a la hermosura natural de las plantas.

—Pero el matiz, pero el órden, pero la simetría, no provienen de ellos, sino de tí, hija mia, y esta es una de las cosas que tambien es preciso admirar.

—Veo que usted es mui bondadosa, privándola quizá esto de ser justa.

—Quieres, hermosa niña, hacer desaparecer mis elojios, y yo aprecio esa modestia en todo su valor.

—Me ha hecho usted la promesa de no hablar de mí, y reclamo el cumplimiento de su palabra.

—Lo habia olvidado; pero es que a cada instante tengo mayores motivos para ello.

—Dejémonos de disputas, interrumpió Marta, y vámonos para la cuadra a tomar algunas frutas.

Es de advertir que la pobre mujer del sarjento Lopez llamaba cuadra o salon a la mas que modesta habitacion en que tenia sus urnas de santos y en que recibia a sus visitas, habiendo, por una especie de deferencia hácia Ceferina, acomodado allí una pequeña mesa, en lugar de llevarla a la pieza que les servia de comedor.

Ceferina aceptó gustosa la invitacion, pues esto le daba cierta familiaridad que podia hacerle descubrir cuanto queria a propósito de los recursos de la familia, del carácter, de la moralidad y aun de la ilustracion de cada uno de los miembros.

La conversacion se hizo luego jeneral; y la ama de Luisa Valdes, que se fijaba en todo, pudo conocer por la limpieza del servicio, que disfrutaba aquella familia de alguna comodidad, y por la sencilla elegancia de modales, que habian recibido una educacion superior a su esfera, principalmente Mercedes, que tenia esa distincion natural que es propia de ciertos seres privilejiados a quienes Dios ha querido colmar de sus favores.

Marta, sin la menor afectacion, dijo a Ceferina su modesto modo de vivir, los recursos con que contaban, la distribucion que hacian de ellos y el empleo del tiempo que repartian para el desempeño de sus ocupaciones diarias y aun para su descanso y placeres.

Ceferina estaba encantada al ver una vida tan útil, tan llena, tan feliz, y comprendia perfectamente cómo se puede ser dichoso en la pobreza, sin que sean indispensables los bienes de fortuna que la jeneralidad busca con tanto ahinco y en que hace consistir el mundo la felicidad. Ceferina tenia a la vista un hecho práctico, una leccion evidente que no podia negar, porque la estaba palpando, y un ejemplo digno de imitarse, pues esa sencilla existencia parecia esparcir a su alrededor la paz y satisfaccion del alma, como si un perfume de dulce tranquilidad se exhalara de aquel recinto donde no habia entrado jamas la negra envidia, la murmuracion hiriente, la cólera ni la venganza, compañeros inseparables de la triste miseria, que, degradando el corazon, lleva siempre consigo el vicio; sino que era un albergue en que se cobijaba el trabajo, el órden, la moderacion, la mansedumbre de los afectos, la ternura en los sentimientos y hasta la elevacion en las ideas a que nos conduce la práctica de la caridad; porque, dígase lo que se quiera, esta es la virtud que mas ennoblece al hombre, que mas ensancha el corazon, que mas depura y sublimiza el pensamiento, y esta era la virtud principal de la familia Lopez.

Fuera del recinto de Luisa Valdes, jamas habia contemplado Ceferina costumbres mas puras, hábitos mas sencillos, tendencias mas nobles, doctrinas mas sanas e ideas mas justas, razonables y humanitarias; asi es que su complacencia casi rayaba en admiracion, en admiracion hacia su complacencia, porque para las almas buenas se identifica lo uno a lo otro, sin que jamas pueda darse lo primero sin lo segundo o lo segundo sin lo primero.

XVII.

En disposiciones, podremos decir tan favorables, como en las que se encontraba Ceferina en esas circunstancias, fué cuando se presentó Enrique, que venia de casa de su maestro.

El jóven obrero no llevaba su vestido de costumbre, sino su traje del domingo, porque, continuando las solemnes festividades de la época de la independencia, los talleres de trabajo no estaban abiertos y solo habia ido a casa de su patron por un llamado especial que le habia hecho éste, de manera que apareció a su casa vestido de levita en lugar de blusa, y tan sencillamente elegante como el hombre mas acostumbrado a llevarla.

Ceferina quedó algo sorprendida, sin saber en realidad si era el hermano de Mercedes o un jóven de la mas escojida sociedad el que aparecia a la puerta, pues a primera vista se hacia notar un aire tan distinguido y tan natural, que era imposible atribuírsele a un obrero; y sin el movimiento de Mercedes, que se paró de su asiento inmediatamente y que tomando a Enrique de la mano lo presentó a Ceferina, diciéndole:—"Es mi hermano," no lo habria talvez creido la ama de leche de la señorita Luisa Valdes: tal era la aristocrática nobleza de aquella fisonomia pensativa y tierna, atrevida, dulce y melancólica.

Mercedes continuó en el acto de la presentacion:

—Esta amable señora ha venido a hacernos una visita a nombre de la señorita Luisa Valdes.

—Enrique, al oir esto de su hermana, se turbó... Una palidez mortal cubrió su rostro, poco antes sonrosado por la ajitacion de la marcha.

—Sí, señor, respondió Ceferina tendiéndole la mano; he venido con ese objeto y tengo gusto en desempeñar una comision tan agradable.

—Señora, no somos acreedores... balbuceó Enrique.

—Usted es digno de la gratitud que tengo encargo de presentarle, despues de la accion tan noble como valiente que ha hecho.

—Puedo asegurar a usted que el acto ha sido insignificante y que solo una casualidad ha podido hacer que recaiga en esas señoras, pues lo hubiera efectuado por cualquiera persona que se encontrase en el mismo caso; de consiguiente no merece tanto reconocimiento.

En la respuesta de Enrique, habia la misma injenuidad, la misma franqueza, podremos decirlo asi, despreciativa, que manifestara antes a Luisa en persona, y que él en realidad consideraba comun y sin ningun valor.

Ceferina no pudo menos de mirar al jóven para ver si en su desprendimienno no habia algo de afectacion; pero al notar la naturalidad con que era dada su escusa no pudo menos de responderle:

—Despues de lo que usted me ha dicho, el acto de que hablamos tiene mayor valor.

—No he tenido, señora, contestó Enrique ruborizándose, el deseo de alabarme, sino el de decir la verdad.

—Esto mismo es lo que constituye el mérito, pues si hubiera visto esa pretension, se habria disminuido el efecto que me ha producido.

—No sé, señora, repuso Enrique con cierta severidad, si usted se burla o si me halaga, pero creo no haber dado márjen ni para lo uno ni para lo otro.

—Líbreme Dios, amiguito mio, de lo primero, dijo Ceferina con cariñoso semblante y con una espresion de familiaridad espansiva; líbreme Dios de burlarme de lo que es bueno y de elojiar a nadie sin fundamento; porque tanto en un caso como en otro obraria mal y seria para mí el caso de decir que usted no me conoce lo bastante para atreverse a juzgarme asi.

—¿La he ofendido a usted, señora?

—Bajo ningun aspecto; yo no soi, como usted ve, tan susceptible, no dando jamas a las palabras otro sentido que aquel en que se dicen.

—Puedo haber cometido una falta sin saberlo.

—Y si la ha cometido usted, se la perdono, dijo Ceferina sonriéndose; ¿podremos entonces considerarnos como amigos?

—Y como amigos verdaderos, esclamó Enrique, dando afectuosamente la mano a Ceferina.

Este movimiento espontáneo del jóven obrero tenia tanta sinceridad como nobleza, mostrando esa injenuidad del hombre libre que no cede a sujestiones sino al impulso de sus sentimientos, y a quien no se ha puesto jamas el cartabon de la sociedad, al cual para ser elegantes y bien criados es preciso someterse; sino que él, conformándose con sus instintos, obedecia a ellos; de suerte que sus acciones estaban en armonia con sus pensamientos, sin desmentirse los unos por los otros.

Ceferina esperimentaba cada vez mas, y a cada instante y a cada palabra del jóven, esa seduccion misteriosa que se llama simpatia y que no es otra cosa que la revelacion del mérito, el predominio de la virtud, la influencia oculta que nos lleva al perfeccionamiento y que Dios ha grabado en todos los seres para llegar a fines que nos son desconocidos, pero cuya evidencia no podemos menos de patentizar por todas partes donde nuestra vista se dirija o donde nuestro escaso entendimiento llega.

Ceferina estrechó la mano que el jóven le habia estendido, y le dijo con cariño:

—De hoi en adelante seremos amigos y mui amigos; y para establecer desde luego estas relaciones, pienso venir a llevarme mañana a Merceditas, si ustedes tienen la bondad de darle permiso. Luisa va a tener un verdadero gusto en verla.

—Pero cómo quiere usted, señora? esclamó Marta; Mercedes no está acostumbrada a la sociedad.

—¡Sin embargo, tendria tanto placer! dijo Mercedes.

—No hai duda, repuso Enrique; dele usted permiso, madre mia.

—Tengo muchísima voluntad, y me considero mui honrada con la proposicion; pero temo...

—Nada tiene usted que temer, interrumpió Ceferina; pues si supieran cuán favorablemente se ha espresado Luisa en favor de su estimable hija, no haria la menor objecion.

—¿Se ha acordado de mí? preguntó Mercedes con injenuidad.

—¿No lo estás viendo, hija mia? Si no hubiera sucedido esto ¿estaria yo aquí?

—Es cierto; su bondad parece tan grande como su hermosura.

—Veo con satisfaccion que la correspondencia es recíproca, pues el afecto que tú manifiestas ahora por ella, hace poco lo demostraba ella por tí cuando me mandó a hacerles esta visita: pero, señora, dijo Ceferina, volviéndose hácia Marta ¿consiente usted?

—Con el mayor gusto, solo tenia algunos temores...

—Esté usted tranquila: su hijita, puedo asegurarlo, quedará tan contenta de la visita como satisfecha Luisa.

—Yo puedo responder de mí, y desde luego; pues volver a ver a la señorita Luisa será para mí el mayor gusto.

—Con que, si está convenido, yo vendré a llevarla.

—A la hora que usted guste, señora, contestó Marta.

—Esta noche no voi a poder dormir pensando en mañana, esclamó Mercedes con infantil alegría.

—No creas que sea menor el contento de Luisa.

—No tanto, no tanto, señora, porque yo la quiero muchísimo.

—Sin entrar en una nueva disputa como la que acabo de tener con tu hermano, repuso Ceferina con amabilidad, voi a retirarme, porque he estado aquí mas del tiempo que ha-

bia pensado y porque quiero darle cuanto antes a Luisa la buena noticia que le llevo.

—Si a usted le parece mucho el tiempo, dijo el sarjento, nosotros creemos que apenas acaba de llegar.

—Creia que los militares no eran tan políticos, repuso Ceferina sonriéndose.

—Pero, yo, señora, acabo de llegar, interrumpió Enrique.

—No es ese un motivo para que no haya estado largo tiempo, y por otra parte esta no será la última visita, sino que espero tener el gusto de repetirlas con frecuencia.

Y sin aguardar respuesta alguna se paró Ceferina para despedirse, abrazando con cariño a Marta y Mercedes, y dando la mano al sarjento y a Enrique... todos fueron a acompañarla hasta la puerta del conventillo, en donde volvieron nuevamente a despedirse.

XVIII.

—Qué dia tan feliz, esclamó Mercedes, luego que estuvieron en sus habitaciones, echándole los brazos al cuello de su hermano.

—Ya lo creo, y todavia lo será mas el de mañana, contestó Enrique besando a Mercedes en la frente.

—Indudablemente, porque tendré tanto gusto en ver a tan buena como linda y amable señorita.

—Tú eres mui dichosa, Mercedes, dijo Enrique, con dulce melancolia.

—¿Parece que sintieras mi felicidad, querido hermano, o que estuvieras envidioso de ella?

—Talvez...

—Tienes una manera estraña de participar de mi contento.

—Indudablemente, pero participo de él mas de lo que tú piensas.

—Entonces ¿por qué te pones triste?

—Yo triste!... ¡Esa sí que es estraña manera de juzgar!

—Está bien; si nos encontramos de acuerdo, no disputemos y hablemos sobre las ocurrencias del dia, pero principiemos por donde debiéramos de acabar si siguiéramos el órden de los acontecimientos, pues quiero hablar sobre la señora que se ha ido en este momento, antes de ocuparnos de la de esta mañana.

—¿Ha habido hoi otra visita?

—Sí, pero ya te he dicho que me gusta mas principiar por lo último. ¿Qué te parece la señora que acaba de salir?

—Buena, buenísima.

—Es la ama de leche de la señorita del coche.

—¿Y a qué ha venido?

—A hacernos una visita, y darte las gracias, como te lo ha dicho.

—¿Con qué pagaremos tanta bondad?.

—¿Con qué? con el cariño, hermano mio; ¿no es esta acaso la mejor recompensa?

—Talvez sea así; ¡pero el cariño nuestro vale tan poco!... ¿Qué puede esperar de unos pobres?

—Un afecto grande, desinteresado, sincero...

—Tienes razon; ¿pero quién aprecia esto en el mundo?

—Ella... mi corazon me lo dice...

—Dios lo quiera... Sin embargo, en el mundo lo único que se considera es el dinero; y cuando no hai éste, la honradez el talento, el cariño, el mérito, la virtud, todo, todo es de mezquino valor a los ojos de la sociedad.

—Ya vuelves sobre tan negras ideas; antes no pensabas así, querido Enrique.

—Es que en unas cuantas horas he reflexionado mas que en el resto de mi vida... y lo que antes miraba con indiferencia o pasaba casi desapercibido se me ha presentado ahora claro y distinto. Antes, Mercedes, apenas notaba las diferencias sociales, apenas conocia las prerogativas

de la fortuna, pero ahora veo todas sus ventajas y lament nuestra pobreza...

—Por Dios! No hables así, Enrique... Si supieras el ma que me haces!... Tus palabras caen sobre mi corazon como un hielo y echan de sí mi alegría.. ¡Estaba tan contenta!

—Y debes estarlo siempre, hermana mia; no me hagas caso, prosiguió Enrique, con dulzura: estas ideas pasarán luego; y ademas yo tambien estoi contento ya; mírame ¿no me encuentras alegre? Continúa, pues, tu conversacion, que me interesa mucho.

—Así me gusta verte, porque tenemos motivos de qué alegrarnos. Dime, Enrique, ahora que estamos solos, ¿no te agrada mucho que vaya mañana a hacer esa visita?

—Muchísimo.

—Hai una cosa que me estraña, Enrique, y de la cual no puedo darme cuenta y voi a preguntártela: ¿por qué habré esperado que mi madre y mi padre estén en la otra pieza para decirte esto? Yo nunca les oculto nada ni se me ha pasado por la imajinacion hacerlo, y sin embargo un instinto secreto me hace obrar así: ¿qué será?... La visita de mañana, ellos la saben; pero el gusto que esperimento, prefiero participártelo a tí, consultarlo contigo y hablar a solas de él. Me parece que tú tuvieras mas parte que nadie en mi alegría, o que me ocupe de un asunto que te pertenece a tí mas que a cualquiera otro.

—Tienes razon, querida hermana mia; yo siento el mismo placer que tú, y tanto!... mira: tócame el corazon: cómo palpita!... casi siento dolor...

—Verdaderamente! Esto no es natural, Enrique, ¿estás acaso enfermo? ¿Qué te ha pasado?

—No estoi enfermo ni nada me ha sucedido, Mercedes, a no ser una cosa de que debo congratularme y de la que venia mui satisfecho; pero esto no era bastante para impresionarme así; sino que...

Enrique se interrumpió a sí mismo guardando silencio.

—Continúa, hermano mio, ¿por qué te callas?

—Porque no debo hablar, puesto que yo mismo no sé lo que me pasa.

—¿No tienes confianza en mí?

—Mucha, muchísima.

—¿Y entónces?

Ya te lo he dicho, Mercedes, repuso Enrique bajando la cabeza, como temeroso de que su hermana leyese en su interior; no sé lo que esperimento.

—¿Pero es de la conversacion que tenemos sobre la visita de mañana de donde te proviene el mal, puesto que antes no lo sentias?

El jóven obrero no sabia qué contestar a su hermana. El no queria revelar su secreto: temia empañar la pura inocencia de Mercedes; sentia tambien vergüenza de su afecto, al considerarse tan inferior y tan elevada la persona a quien se dirijia; y esperimentaba una confusion en sus ideas que no le era posible esplicar, pues él mismo en su falta absoluta de mundo, en su candor y en su inocencia, no se daba claramente cuenta de las impresiones que esperimentaba...

Mercedes, viendo la perplejidad de su hermano, le dijo:

—¿Tú me ocultas algo, Enrique?

—¿Qué quieres que te oculte? ¿No conoces mi vida tanto como yo mismo?

—Es cierto, pero me parece que desde ayer tienes algo de nuevo.

—Pronto quedará satisfecha tu curiosidad, pues ahora en la cena voi a revelar delante de todos mi secreto.

El empresario.

I.

Enrique, que no queria o que no podia decir a Mercedes lo que pasaba en su interior, encontró una salida plausible en cierto proyecto de que acababa de hablarle su maestro y que aun no habia comunicado a su familia.

La cena fué servida a la hora de costumbre, y todos se sentaron alegremente a la mesa.

Domingo dijo a Marta de traer una botella de vino, porque se sentia en mui buena disposicion con las dos visitas que habian recibido en el dia.

—Solo me ha hablado Mercedes de la última, contestó Enrique.

—Ya lo creo, porque es la que le ha llamado mas la atencion, y sobre todo porque es la que ha prometido sacarla mañana a pasear.

—Y un paseo bien agradable, repuso Mercedes, pues a ninguna parte iria con mas gusto que a casa de esa señorita que tanto me ha agradado desde que la he visto.

—Pero en la otra señora tendremos una buena vecina dónde pasar algunos momentos entretenidos y sobre todo con su sobrino el pintor, cuyo trabajo debe ser mui curioso.

—¿De quién quiere usted hablar, padre mio? preguntó Enrique.

—De la primera visita de hoi que ha tomado las llaves de la casa inmediata y que desde mañana principiará, segun dijo, a acomodarse para hacer su mudanza.

—Un pintor de vecino! Esto va a agradar mucho a Mercedes, dijo Enrique.

—Indudablemente, hermano mio, y ya me parece que voi yo tambien a aprender el arte.

—Yo tuve la desgracia de no encontrarme aquí cuando vino esa señora, dijo Marta; pero cuando vuelva trataré de serle útil en lo que pueda, si es como me la ha pintado Domingo y Mercedes.

—Parecia mui cariñosa y mui intelijente, dijeron los dos a la vez.

—Aunque algo fea, añadió el sarjento.

—¿Qué importa la fealdad, cuando hai buen corazon? repuso Marta.

—Y ademas parece que el jóven gana mucho con su trabajo, continuó Domingo; pues segun recuerdo, la tia habló de cuatro o cinco mil pesos al año, pero que a la vez era mui pródigo.

—Y entonces, ¿cómo ganando tanto dinero viene a vivir en este barrio? observó Enrique.

—Porque le gusta el retiro y la soledad.

—¿Pero quién vendrá a buscarlo a la calle de San Pablo para encomendarle algun trabajo?

—Dice la tia que ya tiene hecha su reputacion y que ahora quiere satisfacer sus gustos.

—Yo comprendo la soledad, repuso Mercedes, cuando se vive de un trabajo de esa naturaleza, que debe necesitar el reposo que trae la inspiracion.

—Vamos, vamos, dijo Enrique alegremente; parece que la proximidad del pintor va despertando tu poesia... pero ya que hablamos de lo que produce el trabajo, estoi en camino de emprender uno que me dará una ganancia considerable; sin embargo, si bien por mi parte estoi decidido, no lo haré sin el consentimiento de ustedes.

—Para ganar honradamente la fortuna no se necesita consentimiento alguno, hijo mio.

—Pero tendré que ausentarme, padre mio, y este es el inconveniente.

—¡Salir fuera de Santiago!

—Sí, señor.

—Entonces no quiero, dijo Marta, pues me agrada mas que ganes poco a nuestro lado que mucho fuera de él.

—Vamos por partes, repuso el sarjento; es preciso ver las condiciones, porque si son buenas, no es razonable privar a Enrique de que adquiera su fortuna y talvez tendriamos que arrepentirnos de no haberlo dejado obrar.

—Soi de la misma opinion, padre mio.

—Pero fuera de Santiago no me gusta, esclamó Mercedes.

—Las mujeres son siempre las mismas, contestó Domingo; de todo se asustan y hai casos en que la razon aconseja no darles gusto. Esplícate Enrique.

II.

Ayer, como saben Vds., me mandó llamar el maestro, dejándome a comer en su casa, pues me dijo que tenia que hablar conmigo despacio, y cuando quedamos solos, se espresó poco mas o menos así:

"Yo te quiero, Enrique, casi como a un hijo, y no te ocultaré que eres el mejor oficial de mi fábrica y el único que puede continuar el trabajo con habilidad, con crédito y con provecho, porque ya yo me encuentro viejo."

El maestro hizo aquí una pausa, y yo seguí guardando silencio para que continuara.

"Casi estoi dispuesto, prosiguió, a abandonar del todo los negocios, poniéndote a tí a la cabeza del taller; pero para esto es preciso esperar todavia algun tiempo; miéntras tanto, han venido a ofrecerme una obra de consideracion y en la cual hai algo que ganar, aunque se necesita salir fuera, cosa que yo no puedo ya hacer por mis años y por mi familia, a quien me es imposible dejar sola; pero como el asunto es

de utilidad, he dicho que contestaria mañana, pensando en que tú te hicieras cargo de él. Me han traido los planos que te presento y ofrecen por la obra seis mil pesos. En mi opinion, trabajando con actividad, se puede concluir en tres o cuatro meses, ayudado de buenos operarios, y dejar un beneficio considerable. Ve ahora si a tí te conviene emprender ese trabajo y si tus padres te lo permiten. Yo quedaria mui contento en que lo hicieras, tanto porque tendrás una ganancia segura, cuanto por el crédito de la fábrica. Por lo que respecta a los beneficios, te cedo las tres cuartas partes, reservándome una octava para mí y otra para los trabajadores que te acompañen, para estimularlos al trabajo, independiente de su salario respectivo.

"Por lo que hace a tu familia, yo le pasaré diariamente o al fin de cada semana los dos pesos que ganas aquí, de manera que por lo que respecta a la subsistencia, no le harás la menor falta."

Yo di las gracias a mi buen maestro, como era natural hacerlo al ver tanto desinteres y tanta jenerosidad, y en seguida me puse a examinar los planos que él me presentó.

El trabajo consiste en la refaccion de una casa de campo, habiendo que hacer algunas modificaciones en toda ella, pues es un antiguo edificio que es preciso poner conforme al gusto modermo. Yo he hecho todos los cálculos con la mayor prolijidad, y dejándola en el estado que la piden, puede dar un resultado de tres mil o mas pesos; y ya ven ustedes que oportunidades como ésta de hacer algo no se proporcionan a menudo, asi es que creo no es de desdeñarla.

—Yo soi de la misma opinion, dijo Domingo.

—¿Y en qué parte va a ser ese trabajo? preguntó Marta.

—En una hacienda situada en la provincia de Colchagua.

—Tan lejos! esclamó Mercedes.

—Solo hai cuarenta leguas y cinco o seis dias de camino en carreta; ya ves que no es mucho.

—Y cuándo es el viaje? dijo Domingo.

—El maestro me previno que urjia; que habia quedado mañana de dar la contestacion, pues las carretas de la hacienda se encontraban en Santiago listas para partir, y que seria mui conveniente aprovechar esta oportunidad; de consiguiente, podria irme pasado mañana.

—Tan luego! dijo Mercedes.

—Mientras mas luego mejor: asi mi vuelta será tambien mas rápida, en caso que mi padre me dé el permiso.

—Por lo que hace a mí, Enrique, lo tienes, aun cuando siento mucho tu separacion; pero no por darnos satisfaccion a nosotros, debemos privarte que adelantes.

—¿Qué dice usted, madre mia?

—Ya que tu padre es de ese parecer, que encuentro justo, tambien te doi el mio, aunque a decirte verdad, preferiria que te quedases, porque me parece que algo va a sucedernos en tu ausencia.

—Aprensiones de mujer, repuso Domingo; ¿qué quieres que suceda?

—Tendrás razon, contestó Marta; pero cada uno es dueño de sus temores.

—Cuando estos son infundados no hai que hacer caso; por otra parte, allá verás el gusto que tengas a la vuelta y particularmente si le va bien en la empresa.

—Ya sabes que yo no soi interesada, Domingo.

—Asi es, madre mia, interrumpió Enrique; ¿pero no tendré yo una satisfaccion inmensa cuando haya ganado esa suma y pueda con ella comprarle un sitiecito, que es toda su ambicion? ¿Querria usted privarme de ese placer?

—No, hijo mio, sin embargo, debes pensar cuánto me cuesta, no habiéndote separado jamas de mi lado.

—Lo comprendo, querida madre, pero no veo tanto motivo para ese sentimiento, porque la distancia es pequeña y la ausencia corta, pues voi a trabajar como un negro para volverme luego.

Mercedes no decia una palabra sino que sollozaba en silencio, teniendo un pañuelo puesto en sus ojos.

—No te aflijas, chiquilla, dijo Enrique; ya verás el sitiecito que compraremos, la casita que yo les haré y el jardin que arreglará mi padre. Te aseguro que en mis horas de descanso voi a hacer el mas lindo plano para nuestro palacio, y despues verás como lo realizo en un abrir y cerrar de ojos, sobre todo teniendo las manos a ahorro, que es lo principal, y la voluntad, que es la que todo lo hace.

—A pesar de todo, yo tambien participo de los temores de mi madre.

—Vuelvo a repetirlo, interrumpió Domingo, temores sin fundamento.

—Ya lo sabemos que son sin fundamento, dijo Marta, pero no podemos menos de esperimentarlos.

—Madre mia, si usted no quiere que vaya, me quedo; pues prefiero mas bien vivir siempre pobre a causarle a usted el mas pequeño disgusto, a pesar, lo confieso, que quisiera ganar dinero...

—¿Usted no sabe, madre, que Enrique se ha vuelto ambicioso? dijo Mercedes.

—No quiera Dios, hijo mio, que te impida que te formes y que satisfagas tus lejítimas aspiraciones; cuenta, pues, con mi consentimiento.

—Yo desearia que ese consentimiento fuera dado con placer.

—Eso es imposible, pero te lo doi de buena voluntad puesto que ha de ser para tu bien.

—Para el nuestro, madre mia, porque usted sabe que mi felicidad es la de todos ustedes, o mejor, que la felicidad de ustedes es la mia.

—Ven a dar un abrazo a tu viejo padre, dijo el veterano con emocion.

El jóven saltó de su asiento y abrazó a su padre, a su

madre y a Mercedes, dándole a esta última una palmada en la cara y diciéndole a la vez:—"¡Llorona!"

—Con razon, porque eres tan bueno, querido hermano.

—Tú no te acuerdas de lo que haces?

—Dense la mano, hijos mios, para que yo los bendiga, esclamó el sarjento, conmovido y gozoso del tierno espectáculo de sus hijos.

III.

Cualquiera de esas personas que se llaman de mundo, se hubiera reido al ver la actitud del anciano y la sumisa confianza de los hijos; pero nada hai mas bello, nada mas tierno, nada mas grande que esa especie de autoridad providencial que ejerce un buen padre en el seno de una buena e ignorante familia: él hace las veces de Dios, y sus palabras no pueden menos que tener algo de divino, pues ejercen una benéfica influencia sobre los corazones que han nacido de él, que él ha formado y que están bajo esa tierna potestad basada y conservada por el amor mas puro y desinteresado.

La bendicion de un padre nos ha causado siempre un respeto profundo y relijioso; y cuando hemos asistido a algun acto de esta naturaleza, aun sin tocarnos de cerca, nos hemos prosternado, arrodillándonos en cuerpo y alma ante aquella augusta ceremonia... ¡Dichosos los hijos que la han recibido, y mas dichosos aquellos que nunca han perdido su santo y consolador recuerdo!...

La interesante familia del sarjento Lopez continuó durante la cena una conversacion alegre y animada, ya hablando sobre la próxima visita de Mercedes a Luisa Valdes, lo que agradaba sobremanera a Enrique, tratando con cierta astucia de prolongar el mismo tema; ya de la espedicion proyectada y de las utilidades probables como de su inversion, calculando desde luego la estension del terreno que

comprarian en la misma calle de San Pablo, que no querian bajo ningun aspecto abandonar, lo que dejarian en él para jardin y huerto, como de las piezas de habitacion que fuese necesario construir, estendiéndose los cálculos hasta el costo que podria invertirse, para lo cual Enrique hacia números, sumando y multiplicando segun su fantasia, de lo que resultaban diversas observaciones y disputas amistosas que los hacian charlar y reir, sin olvidarse la vecindad del pintor, a quien se le daba su lugar en el cuadro de las diversiones futuras, llegando hasta pensar que talvez podrian adornar su salon con algunas pinturas que conseguirian a bajo precio en calidad de amigos.

En tan agradable conversacion pasaron mas tiempo del acostumbrado, quedando mui sorprendidos de oir las doce de la noche en el reloj de Santa Ana, cuando tenian costumbre de acostarse a las diez; asi es que el viejo sarjento se levantó de la mesa y dijo a sus hijos, que no pensaban aun en dormir:—"Buenas noches, hijos mios, les deseo sueños tan felices como alegres han sido los castillos que hemos formado."

—Con tal que no se desvanezcan, señor, ¿no es verdad que seriamos mui felices?

—Pídele a Dios que se los conceda, repuso Marta, imitando a su marido, porque en él sólo debemos fundar nuestra dicha y nuestra esperanza.

Los dos jóvenes tambien se retiraron sin que por esto dejasen desde sus cuartos de continuar la conversacion hasta mui entrada la noche.

El éstasis.

I.

Ceferina, dotada de una alma sensible, afectuosa y por naturaleza entusiasta, habia salido mui favorablemente impresionada de casa de Mercedes; así es que al llegar donde Luisa para darle cuenta de su comision, le dijo:

—Hija mia, cuanto me habias hablado en favor de esa jente es poco; y ahora comprendo perfectamente el verdadero interes que tienes por ella No puedes figurarte la paz y el órden que reinan en aquella pobre pero dichosa casa, el cariño que se profesan los unos a los otros, el respeto dulce y confiado de los hijos para con los padres, la sencillez de buen tono de sus maneras, la humilde elevacion de sus pensamientos, lo caritativo de sus actos, el aseo y la elegancia de su pobreza; en fin, hija mia, yo no he encontrado durante mi vida una familia que me agrade mas y que con una sola vista me haya cautivado hasta este punto.

—Es preciso ama mia, le dijo Luisa, que esa familia tenga el don de la fascinacion, para que usted se esprese con tanto entusiasmo, porque la pintura que usted me hace de ella es poética y nunca la habia visto a usted llegar hasta ese grado de cariñosa exaltacion... estoi por ponerme celosa; pues si esto sucede a la primera vista, ¿qué será despues? Quizá corra el riesgo de que me arrebaten su afecto y que deje yo de ser, el dia menos pensado, la preferida de su corazon.

—Chancéate cuanto quieras, hija mia, porque estoi de humor para recibir tan dulces bromas.

—Con que en realidad es tan buena esa jente? Entonces no me habia engañado mi corazon? Pero al fin son pobres y deben tener necesidades; ¿qué ha averiguado usted sobre esto? Ya sabe que era mi principal encargo, para darnos el placer de ayudar la honradez, el trabajo, la virtud, que muchas veces se pierde por falta de un apoyo insignificante.

—Desgraciadamente, creo que nada tendremos que hacer sobre este particular, porque, segun he creido notar, los medios de subsistencia que poseen van mas allá de sus necesidades, teniendo un sobrante para socorrer a los demas.

—¡Tan ricos son!

—Son ricos porque son ordenados. Si vieras el arreglo que observa Marta, que asi se llama la madre de Mercedes y de Enrique, la economia intelijente con que gobierna y distribuye todo, la abundancia que de esto resulta, el desahogo y el bienestar de que en realidad disfrutan, te quedarias admirada y comprenderias en el acto que de nada necesitan.

—Me está usted dando tanta curiosidad, que desearia ver por mí misma ese portento.

—Añade, hija mia, a esto un aseo tan esmerado, tan prolijo, que llega a ser elegante y que casi parece rayar en lujo, pues esa limpieza transforma los sencillos muebles en un costoso ajuar que estuviera recientemente puesto, recientemente barnizado, tal es el brillo de cuanto se presenta allí a la vista. Pero mi sorpresa subió de punto cuando fuí invitada a tomar unas frutas. La pequeña mesa estaba elegantísima; los cubiertos y platos eran tan limpios, el mantel y las servilletas tan blancas y las frutas tan esquisitas, que la mas rica y aristocrática familia no podria presentar mejores a sus huéspedes. Admirada de encontrar duraznos, uvas y peras en esta estacion, y lo que es mas, como recientemente tomadas del árbol, no pude menos de preguntarles

cómo habian conseguido aquellas frutas, que en la actualidad debian ser carísimas; pero el viejo sarjento se sonrió, y con una complacencia que no trataba de ocultar, con una vanidad encantadora, me dijo:—"Son de mi jardin, y no tienen otro costo que el cultivo y el cuidado." A cuya reflexion agregó Mercedes que ese era el flaco de su padre y en que hacia consistir su principal orgullo.

"Usted no sabe lo que es mi padre con sus árboles, prosiguió la niña; pues no les deja parar ni las moscas, y luego los cria, los endereza, los limpia, casi los educa, con un cariño como si fuera jente, pudiendo asegurarle que toda ponderacion es nada comparada con la realidad."

Yo alabé este gusto, y se notaba en la franca fisonomia del sarjento el agrado que le causaban mis palabras, de manera que no escaseé mis elojios, mereciéndolos ademas en justicia.

—Veo que usted se ha fijado en todo y que tiene un espíritu de observacion poco comun.

—Pero no tanto como el tuyo, picarona, pues solo te ha sido necesario un momento, casi pudiera decir una mirada, para conocer aquello que en virtud de largas horas de observacion he podido apenas comprender.

—Sin embargo, yo no habia ido tan lejos en mis apreciaciones, como usted.

—¡No habias ido tan lejos, y me decias poco há que el jóven te habia conmovido de tal modo, que nunca hasta ahora habias esperimentado sensacion igual.

—Es verdad, dijo Luisa ruborizándose sin saber por qué; pero yo no hacia mas que presumir, mientras que usted afirma.

—¿Y qué he afirmado yo hasta aquí? He hablado del órden, de la economia, del arreglo, pero nada he dicho de él.

—Sin embargo, cuando se habla de una cosa, me parece que la observacion es aplicable a sus habitantes.

—Te has anticipado, confiésalo, y no me vengas queriendo engañar; con todo, voi a satisfacerte.

—Si usted está cansada no la obligo.

—Hipócrita! Yo sé bien que quieres que te hable de los jóvenes.

—Por qué mentir? Lo confieso.

—Pues bien, hija mia, jamas he visto dos personas mas encantadoras: la niña es la personificacion de la gracia y el candor representados por la belleza; y el jóven me parecia humilde, modesto y de una fisonomía viril y simpática; sin embargo, solo estuve algunos momentos con él; pero en las pocas palabras que atravesamos, creí descubrir esas cualidades; pues haciéndole presente la gratitud de la señora y la tuya por el servicio que les habia prestado, trató de disminuir el mérito de su accion y aun se avergonzó de que fuera objeto de tanta solicitud.

—Noble corazon!... dijo Luisa.

—Creo que no te equivocas, hija mia; ¿pero no te parece estraño encontrar tanta nobleza en esa pobre jente?

—Es raro, pero ya ve usted que no es imposible, como decia ayer Guillermo...

—¡Qué! ¿Has hablado con don Guillermo sobre esto?

—Se ofreció la conversacion sobre el accidente; y diciéndole mi mamita que no se habia atrevido a ofrecer plata al jóven que nos habia salvado, se espresó sobre los pobres con el mayor desprecio, a lo cual le contesté con alguna acritud, dijo Luisa, mostrando en su semblante signos inequívocos de disgusto.

—Será porque no conoce a éstos.

—Pero él hablaba de todos... de todos, ama mia, sin la menor escepcion... tratándome a mí de ilusa, pues decia que su esperiencia jamas lo habia desmentido a este respecto.

—Esa es mucha temeridad.

—O necedad, vileza, querrá usted decir, porque solo un fátuo o un criminal puede hablar así.

II.

En la fisonomía de Luisa, en que pocos instantes há se veia la ternura y el interes de la afeccion, se notaba ahora la enerjía de una voluntad altiva y desdeñosa, y podríamos decir, indignada.

Ceferina, viendo el jiro que tomaba la conversacion, y talvez teniendo motivos ocultos para desviarla, dijo a Luisa:

—Quizá eres demasiado severa, hija mia; pero volvamos a tomar el hilo de nuestra conversacion para prevenirte que mañana tendrás de visita a Mercedes.

—¡Es posible!

Y el semblante poco antes irritado de Luisa se serenó en el acto.

—Tan posible, repuso Ceferina, que es una cosa convenida.

—No podria darme, querida ama mia, una mas agradable nueva; ¿y a qué hora vendrá?

—A la hora que tú quieras, pues he quedado yo misma de ir por ella.

—Entonces que sea lo mas temprano posible, para disfrutar mas largo tiempo de su compañia. Váyase a las nueve y almorzaremos juntas; pues mi mamita, como usted sabe, no se levanta sino a las doce y a esa hora iremos a verla; mientras tanto nos entretendremos por algun tiempo solas.

—Algó temprano es y quién sabe si estará Mercedes dispuesta para venir, pero haré la dilijencia; inter tanto, me voi a recojer, pues la escursion ha sido larga y me siento un poco cansada.

Luisa dió un abrazo a su ama de leche y se quedó sola.

La luna brillaba en todo su esplendor, y la jóven, sentada en una poltrona, la veia pasar tras el follaje de los árboles, entregándose a esa contemplacion vaga, incierta, inde-

finida que por lo jeneral nos arranca la vista de esta inseparable satélite del globo en que vive y respira el hombre...

¡Quién es aquel que, en las horas de su juventud, en las doradas ilusiones, en los ensueños de felicidad o de gloria, tanto como en las amarguras de nuestra mísera y transitoria existencia, no ha mirado la luna como buscando en ella la solucion del porvenir!... Ya sea que lleve nuestro pensamiento hácia el idealismo del amor o hacia el desengaño del sepulcro!... Ya sea que acaricien sus rayos los goces del deleite, o se reflejen en el pálido mármol de la tumba de un ser que hemos querido... Siempre es cierto que la luna ejerce sobre el hombre un atractivo misterioso, siendo ella la confidente íntima de nuestros mas ocultos secretos!...

Luisa Valdes, de una alma ardiente, contemplativa y sensible, una de esas almas que, elevándose mas arriba que la jeneralidad, viven en gran parte por la poesía que encierra en sí la creacion, y cuya existencia se asemeja a la de esas avecitas aéreas que solo se alimentan del perfumado néctar de las flores, Luisa Valdes, decimos, abria mas que nunca su pecho virjinal a la dulce o profunda emocion del sentimiento, cuando el arjentino astro de la noche esparcia sobre la tierra la emanacion suave de sus rayos... Luisa sentíase en ese momento mas que nunca impresionada... La conversacion que tuviera poco antes, el recuerdo de aquel jóven pálido y resuelto que habia libertado de una muerte segura a ella y a su madre, la encantadora belleza de Mercedes, la manera de pensar de ella propia, tan distinta de la de las otras, la aspiracion a la libertad y al amor, que bullia en su pecho, las preocupaciones de la sociedad, la incertidumbre de su porvenir, todo, todo esto la arrastraba hácia una melancolía indefinible pero llena de encantos y que crecia por el silencio de la noche, el movimiento de los árboles, el ruido del céfiro, echándola, sin apercibirse de ello, en el mar inmenso del misterio, en el seno infinito de Dios... hasta que el fresco de la mañana y el canto de las

aves vino a sacarla de esa especie de éstasis en que el alma, casi desligada del cuerpo, parece solo vivir en el cielo o en una esfera mui distinta a la nuestra... y sin darse Luisa cuenta del tiempo que habia pasado así, se encaminó a su lecho, algo fatigada por tan prolongado insomnio.

Preparativos de viaje.

I.

Todo es nuevo para el hombre en un nuevo dia... La vida de ayer ya no existe y solo nos quedan de ella fugaces recuerdos, preparándonos para recibir las impresiones del momento, que son las que constituyen esto que se llama existencia en los seres dotados de voluntad y de accion, siendo esta la causa de afanarnos tanto por el porvenir, echando casi siempre en olvido el pasado; y sin embargo, ese pasado es tambien una parte de la vida física y moral del hombre; empero, como nuestra existencia no es sino una sucesion continuada de fujitivas impresiones, que nos determinan a obrar con la misma volubilidad con que las recibimos, no debe estrañarse que Enrique y Mercedes se ocupasen al dia siguiente, sin pensar demasiado sobre los acontecimientos de la víspera, en lo que debian hacer.

Enrique, a pesar de haber pasado una noche en *blanco*, como se llama vulgarmente; pues a mas de haber continuado hasta mui tarde la conversacion con su hermana, lo habian desvelado sus pensamientos propios, se levantó, sin embargo, casi mas temprano que de costumbre, porque queria estar prevenido para la marcha.

Desde el alba principió a arreglar sus baules, en los que ocupaban un lugar de preferencia sus libros de estudio y sus libros de recreacion, sin descuidar por esto todas sus herramientas de trabajo y aun sus instrumentos de ciencia, porque no solo era un simple carpintero, un ebanista de

primer órden, sino que tambien tenia nociones de mecánica bastante aventajadas y a las que se dedicaba preferentemente, tanto por el deseo de adelantar, cuanto porque su profesion está hasta cierto punto ligada a esta ciencia; y como conocia ya la primera en toda su perfeccion, le gustaba dedicarse a la última.

Hechos una vez estos preparativos, pensó en el medio de conquistar a cuatro o seis de sus compañeros mas intelijentes y menos viciosos; porque, sea dicho de paso, son mui raros entre nosotros aquellos artesanos que cumplen estrictamente con su deber y a quienes alguna mala inclinacion no les hace faltar a lo que han prometido. Esta circunstancia hizo que Enrique pasase revista en su interior, no solo a los trabajadores del establecimiento, sino a algunos otros; y como él tenia conocimiento, poco mas o menos, de las aptitudes y de la moralidad de muchos individuos de su profesion, formó la lista de las personas que a su parecer eran mas competentes y podian sacarlo bien de la empresa, sin dejar de disculpar faltas en obsequio de la capacidad, mirando tambien la buena conducta en lugar de la intelijencia. De esta suerte el jóven obrero, a la manera del jefe de un Estado o de un jeneral, anotó en su cartera los individuos que creia aptos para desempeñar la comision que le habian encargado y de la cual no solo dependia el crédito de la fábrica sino tambien el lucro, (1) y lo que aun era

(1) Es un gran defecto el que tienen nuestros artesanos de no mirar por los intereses de sus patrones, pues lejos de tomar en cuenta la prosperidad de las personas que los ocupan, tratan de perjudicarlos en cuanto pueden, creyendo que obran bien y hasta vanagloriándose del mal que pueden hacer a los individuos que los emplean: esta falta de honradez, esta falta de dignidad, esta falta de gratitud, los perjudica sobremanera, porque los desacredita estraordinariamente y ellos no comprenden cuánto es el perjuicio que se acarrean a sí mismos de aquí resulta en gran parte la poca consideracion que se les tiene, de aquí tambien resulta que los esploten asi como ellos esplotan, y de aquí finalmente nace la preferencia que se da al trabajador estranjero sobre el nuestro; pero una vez que se hayan reformado tan perniciosos hábitos, una vez que hayan comprendido cuánto provecho se obtiene con la laboriosidad honrada e intelijente, verán que desaparece el desprecio con que se les mira y del cual se lamentan, porque los hiere. Si nuestros artesanos, si nuestros empleados, cualquiera que sea la categoria en

un estímulo mayor, su ganancia y honra propia; pues, independiente de poner bien colocado el nombre de su patron, en lo que tenia un verdadero interes, mediaba tambien su lucro, lucro que se armonizaba perfectamente con las ideas, hasta cierto punto ambiciosas, que lo dominaban y que él consideraba como el escalon o la base indispensable para llegar a la altura que se habia propuesto en su mente y a la cual no queria renunciar; porque renunciar a esto era faltar a la esperanza mas bella de su vida y al pensamiento talvez único que le sirviera de guia y de estímulo.

II.

Nada mas natural que esta ambicion de jóven, y de jóven pobre a quien se le abria un camino de hacer fortuna, pues la ganancia que él tenia en perspectiva no podia sino considerarla como un capital o por lo menos como un principio para obtenerlo en breve; porque, a pesar de su desprendimiento, a pesar del deseo que tenia en realidad de partici-

que estén, vijilaran por los intereses de las personas que los ocupan, entonces gozarian de consideraciones y labrarian su fortuna: este es un hecho reconocido, un hecho fundado en la moral y sancionado por la esperiencia, pues podiamos citar escepciones honrosas, es decir, trabajadores que, a pesar de su oscuro oríjen, han surjido, sin embargo, y hoi ocupan un buen puesto en la sociedad ya sea por su fortuna adquirida, ya sea por la finura de sus modales, finura adquirida con el roce continuo de la jente decente. Lo volvemos a repetir y lo diremos siempre: es un mal negocio el no comportarse bien; y como decia un grande hombre, y un grande hombre nacido del pueblo, Benjamin Franklin, simple cajista de una imprenta, y despues una de las lumbreras de la gran república, "por especulacion debe uno ser honrado." Ojalá sigamos esta sábia máxima para que nuestros proletarios se levanten a la altura que les corresponde, para que nuestro pais llegue a ocupar un alto puesto entre las naciones civilizadas, para que sirvamos de norma al continente americano, al menos al continente latino que participa de nuestra sangre, que tiene nuestro mismo oríjen y por consiguiente nuestras virtudes y nuestros defectos, defectos demasiado trascendentales, pues hasta hoi nos perjudican y nos embarazan en la senda del progreso a que son llamadas las sociedades o la humanidad en jeneral... Que nuestros artesanos comprendan cuánto se gana con la honradez, con la laboriosidad, con el órden, con la economia, con mirar siempre por los intereses de los que los ocupan, es lo que deseamos, es lo que les aconsejamos para que lleguen a ser libres, independientes y sobre todo dignos, porque la dignidad, es decir, la apreciacion propia, la estimacion de sí mismo, es una gran virtud y por consiguiente una gran fuerza que hace prosperar a los hombres y en consecuencia a los pueblos.

par a su familia de todo aquello que él obtuviese, no era menos cierto que esta misma abundancia o posicion ventajosa en que la colocaba redundaria en su elevacion; y si Enrique no esperimentaba el menor sentimiento de egoismo, pues nunca habia mirado el provecho bajo el punto de vista de apropiárselo por completo, no podia tampoco menos de considerar que, engrandeciendo a su familia, se engrandecia a sí mismo; de manera que estaba estimulado por dos sentimientos que obraban poderosamente en él y a los cuales obedecia, pues se aunaban sus intereses propios y los intereses de la familia, que eran tambien los suyos.

Podria talvez creerse que un hombre de pensamientos elevados o que sale mas allá de la esfera vulgar, no debiera tener tales ideas ni tales aspiraciones; pero es preciso considerar que Enrique comenzaba apenas en la carrera de la vida; que veia acatada por todas partes la fortuna; que se sentia atraido por una señorita que pertenecia a una esfera social mui superior, y que era natural que él tratase de acercarse hácia el ídolo a quien se dirijian sus pensamientos todos.

A un jóven a la edad de veinte años como lo era Enrique, y un jóven sobre todo sin la menor esperiencia de la vida, se le puede mui bien disculpar la ambicion a la fortuna; principalmente cuando este mismo sentimiento lo vemos dominar en todas las esferas sociales casi sin escepcion alguna, porque es preciso mucha superioridad en el alma, mucha fuerza de carácter, mucha elevacion en las ideas, y principalmente muchos desengaños y muchos dolores, para que sea dado ir contra la corriente que impulsa al mundo.

Enrique no era una escepcion a la regla universal; y aun cuando estuviese dotado por su naturaleza de los mejores sentimientos, no es menos cierto que no le era posible dejar de pagar su tributo a las aspiraciones manifiestas y casi absolutas de nuestro siglo; de modo que no debe figurarse el lector que queremos hacer aparecer uno de aquellos jenios

a quienes la Providencia ha marcado con un síno divino, sino que pretendemos, como es la verdad, representar a un hombre con todas sus debilidades, pero tambien con las virtudes que es capaz de hacer producir una educacion honrada aunque pobre; porque ante todo deseamos correjir en nuestra sociedad ese desprecio que se tiene por el trabajador, a la vez que quisiéramos elevar a éste al rango que le corresponde y a los pensamientos y acciones que debieran siempre servirle de pauta o de guia, de regla y de principio así como de medio y de fin.

Como lo hemos dicho, Enrique no estaba de ninguna manera exento de ambicion, y en este concepto formó su plan, plan que debiera darle los mayores provechos sin quitarle a sus compañeros su justa ganancia, sino que por el contrario pensaba aumentársela para estimularlos al trabajo, ofreciéndoles mayor salario e interesándoles en una pequeña parte de las ganancias, como habia sido el pensamiento del maestro.

III.

Trabajado, dirémoslo así, el prospecto de la obra, nuestro jóven obrero se dirijió temprano a casa del patron para decirle que estaba dispuesto a tomar a su cargo la empresa, comunicándole las personas que pensaba llevar consigo y el aumento que en su concepto era justo abonarles, atendiendo a que estaban obligados a separarse de sus familias.

Siendo la primera dilijencia de Enrique ir a casa del maestro y en seguida buscar los trabajadores y arreglar con ellos, salió por esta razon de su casa antes que Mercedes, dejando todas sus cosas perfectamente listas.

Domingo y Marta asi como su hermana veian con sentimiento los preparativos de Enrique, pero tambien pensaban que era una empresa que redundaria en bien de todos; asi es que entre las lágrimas se notaban sonrisas, y en medio del sentimiento se dejaba ver en parte la satisfaccion.

El negocio de Mercedes, es decir su visita, no era para ella menos importante, preparando con el mayor cuidado sus pobres adornos, que, aunque sencillos, no dejaban de ser del mas esquisito gusto; pues el gusto no es una cualidad que se adquiere con la riqueza o con la buena sociedad que se frecuenta, sino que proviene de cierta predisposicion natural de que uno no puede darse cuenta, de la misma manera que nos es imposible averiguar por qué razon hai algunos seres que tienen en sí el sentimiento poético, mientras que hai otros que no han participado de sus beneficios: una cosa idéntica sucede con el gusto, que debe ser indudablemente alguna propension a la armonía, nacida de la mayor o menor perfeccion de los órganos.

Mercedes no tenia vestidos de ricas telas aparentando lujo, pero sus sencillos trajes eran, por lo jeneral, del gusto mas esquisito, no porque fuesen de esta o de la otra moda, sino porque sabia elejir la belleza de los colores o mas bien todo aquello que en todas las épocas es considerado como elegante; pues una cosa es la moda y otra aquellos tintes o aquellas gasas que agradan a la jeneralidad y que fascinan, podremos decirlo, el sentido de la vista, que es el que todo lo comprende y cuyo fallo se ejerce aun independiente de nosotros mismos, obedeciendo a una lei que nos es imposible analizar.

La visita.

I.

Desde temprano estaba Mercedes preparada para salir, como si hubiera presentido que vinieran a buscarla en breve o que participase Luisa de la misma impaciencia, del mismo deseo que ella esperimentaba por verla. Las previsiones de Mercedes no la engañaban; pues su futura amiga, sintiendo, se puede decir lo mismo, habia dicho a Ceferina, como lo sabemos, de ir en su busca a las nueve del dia.

Marta habia hecho a su hija algunas observaciones sobre su matinal compostura, diciéndole que en las *casas grandes* se levantaban jeneralmente tarde, y las visitas se hacian o se recibian cuando mas temprano a las doce o a la una del dia, de manera que ella estaria obligada a aguardar algunas horas antes que viniesen a buscarla, y que en ese intervalo podia mui bien ensuciar su traje; pero apenas acababa Marta de decir esto, cuando paraba a la puerta de calle un coche, bajando de él una señora a quien reconoció inmediatamente Mercedes, y saliendo, con su viveza de niña, de sus piezas, atravesó corriendo la larga calle del conventillo para recibir a Ceferina, que le abrió los brazos con la mas marcada espresion de cariño.

—¡Y mi madre que me decia que no era costumbre hacer ni recibir visitas tan temprano, sobre todo entre la jente rica! dijo Mercedes, conduciendo a Ceferina hácia su habitacion.

—Y te decia la verdad, hija mia, contestó Ceferina; pero la impaciencia de Luisa era tanta, que me ha hecho venir a estas horas.

—Pero no mayor que la mia, señora, porque ya usted ve que aguardaba... y Mercedes hizo un ademan de coqueteria infantil, como para decir que mirase su compostura, lo cual era una prueba inequívoca de que tambien ella esperaba, participando de igual impaciencia.

Domingo y Marta salieron tambien a recibir a Ceferina al medio del patio con la mas afectuosa y natural cordialidad.

—Esta chiquilla, dijo Marta riéndose y dirijiéndose a Ceferina, ha estado desde el alba mirándose al tocador.

—Madre mia! por Dios! esclamó Mercedes ruborizándose, ¿por qué dice eso?

—Pero basta verte para adivinarlo en el acto, pues la señora no dejará menos de notar que te encuentras tan temprano compuesta, y que esto no puede suceder si no se han gastado en ello algunas horas.

—Usted sabe cuán lijera soi.

—La crítica que hace tu mamita, repuso Ceferina con amabilidad, me es mui agradable, porque esto me prueba que usted participaba de los mismos deseos de Luisa.

—Indudablemente, señora.

—Pues entonces no aguardo mas y me la llevo cuanto antes.

—Tan pronto! ¿Por qué no se espera usted a tomar un mate, un pocillo de agua caliente, una taza de té? dijo Marta.

—Muchas gracias, señora. Tendria mucho gusto en quedarme mas tiempo, pero prefiero complacer a estas niñas; pues estoi segura que Luisa me aguarda con impaciencia y no me perdonaria ninguna tardanza.

—Yo tambien tengo la misma necesidad de verla,—vamos.

—En el acto, hijita, dijo Ceferina, dando la mano a Marta y a Domingo.

—No me encargan ustedes nada? repuso Mercedes dirijiéndose a sus padres.

—Que ofrezcas nuestros respetos a esa señorita, y a tí que te conduzcas bien.

Ceferina y Mercedes subieron al coche.

II.

A medida que se acercaban a la casa, no podia menos de esperimentar la jóven cierta inquietud. Jamas habia ido como visita a ninguna casa aristocrática; y aun cuando era recibida perfectamente y con marcadas consideraciones entre las señoras para quienes hacia algunos bordados, no era menos cierto que esto no debia considerarse con esa intimidad o bajo ese pié de igualdad con que se mira una visita; porque ella siempre se habia limitado a entregar su trabajo, entrando a los cuartos de las señoras, pero no presentándose en los salones, que tienen en la sociedad un carácter oficial, siendo esta circunstancia la que la atemorizaba.

¡Qué cosa mas natural en una jóven de dieziseis años, ignorante del mundo y de condicion pobre, que esperimentase timidez! Pero Ceferina, conociendo lo que pasaba en el interior de Mercedes, la dijo:

—No tengas, hija mia, el menor temor. Luisa es tan sencilla como tú misma, e independiente del gusto que ella va a esperimentar al verte, su naturalidad te quitará todo motivo de embarazo.

—Asi lo espero, señora, pero yo no soi dueña de mí misma. Voi a decirle a usted una cosa, agregó Mercedes: deseo que usted me haga el favor de no tratarme con cumplimiento; hábleme sencillamente y así puede ser que desaparezca en parte mi cortedad.

—Está bien, hija mia; desde hoi principiaré a tratarte,

ya lo ves, con la misma familiaridad que observo con Luisa, pero espero que tú tengas conmigo igual franqueza.

—Lo primero no obliga lo segundo; déjeme usted tratarla con la consideracion que merece; porque no creo justo que una muchacha como yo hable en el mismo tono de igualdad a una señora de respeto como usted.

—Acepto el cumplido, hija mia; y me someto a él, porque quiere decir que la vejez tiene sus prerogativas.

—No ha sido, señora, mi deseo el ofenderla, pues usted es todavia bastante jóven; pero no me negará de que seria impropio de mi parte que no tuviera por usted todas las consideraciones que está obligada a guardarle una niña como yo.

—Pero esto no me quitará tu confianza ni la franqueza que deseo uses conmigo?

—De ningun modo, sino que por el contrario, creo que contribuirá a aumentarla; el respeto que debemos a una madre, ¿no se hermana acaso con la injenuidad?

—Tienes razon, hija mia, y permíteme que te lo diga con esa misma naturalidad de madre: cada vez te admiro mas.

—Señora! usted me confunde, pero estoi infinitamente agradecida del afecto que me manifiesta y de las bondades que tiene conmigo, sin haberlas merecido de mi parte.

—Cortemos la conversacion... Hemos llegado.

En efecto, el coche se paró en una grande y hermosa casa de la calle de la Catedral.

El cochero, perfectamente vestido, bajó del pescante y abrió la portezuela con tanta consideracion y respeto, que parecia estar sirviendo a su misma y verdadera señora; pues Ceferina no era mirada en casa de doña Juana como simple sirviente, sino al igual de una persona de la familia, porque, aun cuando los criados sabian que no existia el menor vínculo, sin embargo las preferencias que le acordaba doña Juana y el cariño de Luisa la colocaban a una altura superior al resto de la servidumbre, no contribuyendo menos

su conducta venévola y digna para que le guardasen toda especie de miramientos sin que ella los exijiera jamas, siendo talvez esta circunstancia la causa por que se los rendian mas voluntariamente.

III.

La timidez de Mercedes se aumentaba a medida que veia el respeto que le guardaban a Ceferina personas que en su concepto eran por lo menos iguales o superiores a ella misma; pues no podia figurarse que individuos tan bien vestidos no fueran otra cosa que simples sirvientes, sobre todo cuando estaba acostumbrada en jeneral a tratar con los pobres inquilinos del conventillo de la calle de San Pablo cuya humildad era el resultado de la miseria; mientras que aquí encontraba tanta o mas sumision en medio del aseo y, podriamos decirlo, de la elegancia; pues tanto el cochero como los demas criados que se apresuraban a halagar a Ceferina, estaban vestidos bajo el mismo pié, no sabiendo la pobre niña si debia saludarlos o no con aquella cortesania que requiere el rango, de manera que se hallaba mui embarazada y los colores le subian al rostro a cualquiera pregunta que le hacian.

Ceferina, viendo la perplejidad de Mercedes, y como para ponerla en el lugar, el que le correspondia, dijo a la mas compuesta de las sirvientes:—"Vaya usted a decirle a la señorita Luisa que he conseguido traerle a su amiguita."

La muchacha a quien se diera esta órden partió en el acto, pero no por eso Mercedes se encontraba menos cortada; pues la riqueza siempre produce en nosotros cierta influencia respetuosa de la que es mui difícil se evada aun el hombre que ha reflexionado, siendo de consiguiente mui escusable que lo sufriese una niña que no tenia todavia ideas de mundo y de lo que es capaz el dinero, porque ella se habia criado en el modesto recinto de sus padres.

Al recado de Ceferina, salió corriendo Luisa de sus habitaciones y estrechó a Mercedes entre sus brazos de una manera tan afectuosa como no lo hiciera con las señoritas de su rango que iban frecuentemente a visitarla.

—Querida mia, la dijo, la estaba esperando y temia que no viniese usted tan luego.

—Señorita, contestó Mercedes entre alegre y sonrojada, mi impaciencia talvez era mayor.

—Esto me agrada; pero es preciso que no me diga usted señorita, sino simplemente Luisa: para que exista la cordial franqueza de la amistad es indispensable la igualdad.

Y Luisa, uniendo a la palabra la accion, tomó a Mercedes del brazo y la condujo a sus habitaciones.

La hermosa jóven del pueblo se sentia dulcemente conmovida. El tono noble, humilde y bondadoso de Luisa, la franca cordialidad de sus palabras y el respeto de todos los que la rodeaban, hacian en Mercedes una impresion estraña; pues a la vez que la arrastraba una simpatia irresistible hácia la niña que le brindara su amistad, obraba en ella la consideracion al rango, a la fortuna y a la altivez natural que espresaba la fisonomia de Luisa, de manera que Mercedes esperimentaba cierta timidez, no atreviéndose a emplear la misma familiaridad que usaban con ella.

En ese momento atravesaban el jardin; y Mercedes a la vista de tantas y tan hermosas flores, no pudo menos de esclamar entusiasmada:

—¡Qué jardin tan lindo! Cuán delicioso será vivir aquí!

—Nada mas fácil, Mercedes, la dijo Luisa; todo es tuyo, si quieres venirte conmigo.—Ya ves pues como te tuteo, haz tu lo mismo.

—Seria una felicidad, señorita.

—Si lo crees así, está en tu mano el obtenerla y no seria yo la que perderia;... pero vuelvo a notar que me hablas de señorita y esto me desagrada: ¿quieres o no ser mi amiga?

—Con toda mi alma.

—Pues entonces no esperes que te reconvenga por tercera vez.

—Sin embargo...

—No me hagas ninguna objecion, porque no la aceptaria; bástete saber que si deseas ser mi amiga, es preciso que me hables con la misma familiaridad con que yo te hablo; de otra manera no podria serlo.

—Y seria para mí el mayor sentimiento, porque tu amistad es mi gloria.

—Asi me gusta que te espreses... y Luisa tomó entre sus dos manos una de las de Mercedes.

Y ambas jóvenes presentaban el cuadro mas interesante. Sus fisonomias virjinales, animadas por el sentimiento de la amistad, resplandecian de belleza. Era imposible decir cual de ellas era la mas hermosa o a cual poder dar la preferencia, y sin embargo eran completamente distintas. El semblante de Luisa demostraba la pasion y el de Mercedes el candor; los ojos de Luisa, sus arqueadas y finas cejas, su frente pura y despejada dejaban adivinar una elevada intelijencia, una voluntad firme y la noble altivez de una conciencia sin mancha y de unos instintos delicados y poéticos; mientras que en Mercedes se veia la dulzura anjelical, inseparable compañera de la abnegacion y la pureza, de la resignacion y de la fé.

Las dos amigas se encaminaron hácia el pabellon.

Mercedes iba de sorpresa en sorpresa... Ya se habia estasiado en el jardin, y ahora contemplaba admirada la elegancia de aquel pabellon perdido entre el verdor de los árboles y las flores de las distintas enredaderas que se entrelazaban las unas a las otras como en ese grandioso desórden de la naturaleza, donde jamas se ha introducido el arte que nace de la mano del hombre!...

Mercedes volvió a esclamar: qué mansion tan hermosa! Parece un nido en medio del frondoso follaje de un árbol!

—Veo con gusto que la poesía es en tí un instinto, la dijo Luisa.

—¡Y cómo no admirar lo bello!

—Pues hai muchas personas que no son de tu opinion, y que en lugar de agradarles mi modesta morada, la critican duramente.

—Si tú no lo dijeras, Luisa, me seria imposible creerlo; porque con solo vivir en este recinto basta para ser feliz...

—Ya te he dicho que está en tu mano hacerlo y que con ello aumentaria mi felicidad...

Mercedes se quedó pensativa, y una nube de tristeza se pintó en su semblante; pero luego añadió:

—Gracias, amiga mia, tengo otras afecciones y otros deberes... y el palacio mas encantador se convertiria en dura prision si me ausentase de mis padres, porque ellos son toda mi dicha;... sin embargo, te amo...

—Y yo te comprendo, Mercedes... y lo que me dices aumenta en mí el cariño que te profeso...

—Dios recompense tanta bondad...

—Y en tí tanta ternura...

Las dos jóvenes entraron al salon acompañadas de Ceferina, que habia permanecido silenciosa, pero mui complacida al escuchar el diálogo de las dos amigas, al contemplar aquellas dos admirables criaturas en quienes parecia que Dios hubiera prodigado todos sus dones...

IV.

Mercedes habia visto los suntuosos salones de las señoras R... para quienes bordaba con frecuencia; pero nada era comparable con la elegante sencillez del saloncito o costurero de Luisa.

Como mujer, lo que primero llamó su atencion fueron los trabajos de aguja que estaban en los bastidores, y no se cansaba de admirarlos, mientras Luisa se sonreia con benevolencia al ver la sorpresa injénua de Mercedes.

—Yo te enseñaré todo esto, amiga mia, y verás que no es tan difícil como parece.

—¡Nunca sabré hacerlo con tanta perfeccion!

—No son menos hermosos los trabajos que ella ejecuta, dijo Ceferina a Luisa.

—Por Dios! señora, repuso Mercedes; no se burle de mí.

—Cada cosa en su especie, hija mia, y yo estoi segura que Luisa quedará encantada cuando vea tambien las obras que yo he tenido ocasion de examinar en tu casa.

—Como que lo haré y tendré mucho gusto, contestó Luisa.

—Pero a esto no hai nada de comparable! Qué armonía y belleza en los matices! Qué perfeccion y qué semejanza en los conjuntos! Ai! no habia visto cosa alguna de mas acabado y de mas inimitable.

—Entusiasta!... le dijo Luisa; ya verás cuán fácil es hacer todo esto y en cuán poco tiempo lo aprenderás; y entonces, llegará a serte tan familiar, que tú misma te admirarás de tu sorpresa de ahora...

—Creo que jamas lo conseguiré.

—El tiempo lo dirá; y como me prometo que de hoi en adelante seas mi compañera inseparable...

—Qué felicidad, Luisa! Qué felicidad el pensar que pasaré a tu lado algunas horas!...

—Horas, dias, meses y años, amiga mia; porque me parece que hemos de vivir siempre unidas...

—Siempre!... Dios lo quiera...

—Hai afectos que, una vez que principian, jamas se borran y jamas se olvidan.

—Y que son necesarios ¿no es verdad? porque si ahora me dijeran de separarme de tí, me harian desgraciada... y sin embargo, añadió Mercedes tristemente, nuestras condiciones son tan diversas que no puede haber union posible.

—¿Y por qué no? La virtud, amiga mia, dijo Luisa abra-

zándola, al mismo tiempo que todo lo realza, todo tambien lo nivela.

—Me haces llorar, Luisa, llorar de felicidad!... y Mercedes ocultaba su preciosa cabeza en el seno de su amiga para que no viera ésta las diamantinas lágrimas que corrian en abundancia por sus hermosas y virjinales mejillas.

Luisa, tambien enternecida y sin responder una palabra, tomó entre sus manos la cabeza de Mercedes, y desprendiéndola del pecho, imprimió en su rostro los besos mas tiernos, prodigándole las mas dulces caricias...

V.

¡Qué hai en la naturaleza de mas encantador, y, podríamos decir, de mas divino que la amistad de dos vírjenes!... Qué sentimiento mas puro, mas perfumado, mas ideal que aquel que esperimentan dos almas unidas por el inocente afecto de una admiracion recíproca!...

Luisa y Mercedes se amaban... y el amor habia hecho desaparecer las distancias y desigualdades sociales... la patricia y la plebeya se habian unido para siempre...

Pasado este delicioso momento y enjugadas las lágrimas de ternura que habian vertido las dos jóvenes, lo que llamó de preferencia la atencion de Mercedes fueron los cuadros en que el pincel de Luisa habia representado con admirable naturalidad algunos de nuestros paisajes y costumbres nacionales.

—Qué hermosas pinturas! esclamó Mercedes, acercándose a los cuadros para verlos mejor, y aun alargando el brazo como para tocarlos, pues le parecia que la tela no era lisa, sino que se destacaban de ella los hombres y los árboles que representaban. ¿Quién ha hecho esta maravilla? añadió.

—Yo.

—Tú!... Pero esto es admirable, prodijioso!...

—¿Te gustan mucho?...

—Muchísimo... Nada he visto hasta ahora que se le asemeje!...

—¿Tambien tienes el sentimiento del arte?

—¡Y quién, aun sin conocimientos, no admira lo bello!... ¿se necesita acaso saber las cosas para apreciarlas?

—Sin embargo, es preciso sentirlas...

—Pero el que tiene ojos ve, juzga y aprecia.

—Mas no todos perciben.

—Imposible!... ¿Quién no dirá que estas pinturas son bellísimas?

—Muchos, y yo una de ellos.

—Por modestia.

—Y por persuacion, por esperiencia y por convencimiento. Por otra parte, si estas pinturas tienen algun mérito, se lo deben a su autor.

—¿Pero no me has dicho que tú las has hecho?

—Estas no son, amiga mia, sino copias del distinguido pintor aleman Rugendas, que ha dejado en Chile algunos estimables cuadros; y hai una diferencia inmensa entre el inventor y el copista.

—¿Y si la copia es exacta, dónde esta la diferencia?

—En primer lugar ¿quién sabe si es realmente exacta? Y en segundo, no tienen el mérito de la invencion, que solo pertenece al jenio.

—Sea como tú quieras, no discutiré lo que no entiendo; pero de todos modos estos cuadros, invencion o copia, me parecen lindísimos... ¡Cómo me gustaria saber pintar!...

—En este ramo sí que no me atrevo a ofrecerme como maestra; pero las lijeras nociones que yo tengo del arte te las enseñaré con gusto.

—Y yo te las acepto con gratitud, porque es una cosa que desearia saber con preferencia a cualquiera otra... Ahora recuerdo una circunstancia que viene al caso y que puede ser que contribuya a que yo aprenda... Has de saber, Luisa, que

ayer no mas estuvo una señora en busca de una casa para alquilar, y que, segun ella nos dijo, es tia de un pintor afamado que ama el silencio y el retiro.

—Estos son jeneralmente los de mas inspiracion.

—Sin saberlo, así lo pensaba; porque me parece que el artista de jenio se aparta del bullicio, prefiriendo la soledad.

—Así es como se desenvuelven mejor sus facultades, y esto es lo que sucede jeneralmente.

—Sin embargo, yo me prometo desde ahora, en calidad de vecina, ir a turbar de vez en cuando su reposo.

—Espero que en alguna ocasion me convides, pues yo tambien soi mui curiosa.

—Esta seria una doble satisfaccion.

—¿Entónces quedamos convenidas?

—Indudablemente; pero será necesario que yo esplore primero el terreno; porque si el pintor tiene el jenio adusto, no me atreveria...

—Todo jenio adusto desaparecerá viéndote; y tú, para un pintor, eres una joya inestimable.

—¿Qué es lo que dices?

—Que para un hombre de arte eres de mucho precio.

—¿Te estás burlando?

—Nada de eso, Mercedes, yo sé lo que digo; y estoi segura que el dicho pintor, si tiene realmente jenio, bendecirá tu visita.

—¿Y por qué?

—Porque despertarás su inspiracion.

—Por Dios! Luisa, no me avergüences, dijo Mercedes, poniéndose encarnada...

—Ya lo veremos, querida mia; y si lo que te digo sale cierto ¿qué me prometes?

—Imposible... y espero que no seas cruel hablándome así.

—El tiempo lo dirá... Mientras tanto te mostraré mi pequeña morada, porque puede ser que la habitemos algun dia juntas y es necesario que la conozcas.

Luisa, al hacer esta proposicion a Mercedes no era con el ánimo de mostrarle sus riquezas, sino con el deseo de establecer desde luego esa especie de intimidad que nace de la confianza; pues cuando nada se tiene reservado para una amiga, los vínculos se hacen mas estrechos, y podremos decirlo asi, mas íntimos y sagrados. Y tan exenta de vanidad se encontraba Luisa, que jamas a sus numerosas relaciones las habia convidado para pasar mas allá del saloncito en que tenia costumbre de recibir a las niñas que la visitaban, aun cuando fuesen sus iguales en rango y aun sus superiores en fortuna: de modo que era una prueba de distincion, y de distincion mui marcada la escepcion que hacia con Mercedes; pues solo su madre y Ceferina tenian el derecho de penetrar en este recinto, sin que las que se decian sus amigas lo hubieran conseguido nunca, a pesar de la curiosidad que esperimentaban; porque conociendo la escentricidad de Luisa, deseaban por lo mismo darse cuenta del interior de una jóven que aparecia en la sociedad con gustos y costumbres, no solo distintas, sino opuestas a las de los demas.

Mercedes dijo, pues, a su amiga:

—Aun cuando jamas tenga la felicidad de ocupar contigo esta casa, porque no me es dado ni querria abandonar por nada de este mundo el modesto albergue de mis padres, aun cuando esto no suceda, siempre veré con interes todo lo que es tuyo, todo cuanto te rodea.

—Lo adivinaba, y por eso te he convidado; pues lo que voi a mostrarte nada tiene de particular ni de raro, porque es solo la habitacion de una niña soltera que vive en libertad y a quien le gusta estraordinariamente la independencia en todo y para todo...

Luisa y Mercedes penetraron en el dormitorio.

VI.

Esta última marchaba como de sorpresa en sorpresa. Nada habia visto de mas poético, de mas casto, de mas virjinal y de mas raro que el dormitorio de Luisa, porque, como lo hemos dicho, allí estaba unido el gusto a la severidad y lo voluptuoso a la rijidez del estudio.

Mercedes no se cansaba de admirar y pasaba del tocador al estante de libros, o del blanco lecho al exámen de los instrumentos de estudio que se veian por todas partes, sin darse cuenta de ellos y de su uso o utilidad, preguntándole a Luisa con infantil curiosidad para qué era bueno todo aquello.

Su amiga intertanto se reia y le esplicaba el destino de cada objeto.

Pero la jóven obrera, cada vez mas sorprendida, cada vez mas admirada, no pudo menos de esclamar:

—Y tú sabes todo esto?

—No, amiga mia; solo procuro instruirme.

Mercedes hizo una pausa, y con aire melancólico dijo a Luisa:

—¡Hai tanta diferencia entre ambas, que no sé cómo es posible que usted me llame su amiga!

—Ya te he dicho que nunca me hables de usted y espero no vuelva a suceder. Ahora, por lo que respecta a la amistad, tambien te he dado mi opinion; pero puesto que insistes en la misma idea, voi a hacerte a mi vez una pregunta: ¿Me quieres?

—No necesito responderte.

—Entonces tampoco necesitas averiguar nada mas; porque la amistad no es otra cosa que el afecto, y el que tú me profesas es tan sincero como el mio... ya ves que yo estoi segura de tu cariño; ¿por qué dudarias tú entonces del mio?

—Yo tengo mas que afecto, tengo veneracion; y no tan solo te quiero sino que te respeto, que te adoro.

Y Mercedes hizo un movimiento para arrodillarse ante Luisa, pero ésta lo impidió, estrechándola entre sus brazos y añadiendo en seguida:

—Seremos para siempre amigas, y amigas verdaderas.

—Yo recibo tu amistad como el don mas grande que pudiera hacerme la Providencia.

—Que pudiera hacernos, dí mejor; porque yo tambien la considero como un favor.

—¡Pero en qué puedo serte útil!... Nada sirvo, nada valgo; mientras que tú: rica, noble, instruida, buena...

—En la amistad no hai interes, sino afecto; y no es la utilidad la que tengo en vista, sino la simpatia.

—Sin embargo, yo te lo deberé todo; en tanto que de mí no tienes nada que esperar.

—El cariño vanal tiene por base el servicio recíproco, pero no sucede así con el cariño verdadero, porque entre amigas no hai favores. La gratitud es un sentimiento noble, pero distinto al de la amistad. La gratitud se funda en el beneficio, mientras que la amistad proviene únicamente del afecto.

—Entonces si tú me enseñas todo lo que me has dicho, ¿no debo estarte agradecida?

—No.

—Pero asi seria una ingrata y yo no puedo, no quiero ni debo serlo.

—Tampoco serias ingrata.

—No te comprendo; pero lo que sé decirte es que, aun cuando quiera no podria arrancar de mi corazon el recuerdo de tus favores, y si este llegara a desaparecer, me consideraria indigna de tu amistad.

—Es que confundes los sentimientos; y para que me comprendas mejor voi a ponerte a tí de ejemplo y tú misma decidirás. Supon de que me hicieras ahora un servicio ¿creerias que siendo tu amiga, como lo soi verdaderamente, debiera de estarte agradecida?

—No, porque yo no habria hecho mas que proporcionarme un placer.

—Asi es, hija mia, porque servir a su amigo es servirse a sí misma. Comprendes ahora?

—Perfectamente.

—Entonces si yo te enseño lo que te he prometido, ¿me estarás reconocida?

—No; pero te querré mas.

—Eso sí que acepto; dame cuanto cariño quieras, dame un mundo de afectos en un mar de caricias y las recibiré con gusto.

Y Mercedes, a pesar de su timidez, corrió donde Luisa y la besó con tierna efusion.

—Ahora, prosiguió Luisa, voi a ponerte otro ejemplo con personajes que tú conoces, para que defínas bien la gratitud; y aun cuando la sientes en tu alma, para que la analices con tus palabras; porque una idea no solo es preciso concebirla, sino que es necesario esplicarla; de lo contrario quedaria incompleta. Pues bien, tu hermano nos salvó la vida. Mi madre y yo no lo conociamos, ¿no es natural que le estemos agradecidas y que si no esperimentáramos ese sentimiento seriamos consideradas, y con mui justa razon, como unas ingratas?

—Pero Enrique es mi hermano y tú eres mi amiga.

—¿Y qué deduces de aquí?

—Que puedes ser la amiga de él asi como lo eres mia.

—Lindo modo de raciocinar! Puede acaso una niña ser la amiga de un jóven?

—No veo el inconveniente.

—Ya lo creo, dijo Luisa riéndose; ¿pero podria yo tener la confianza que tengo contigo? Podria yo abrazarlo como te abrazo? Lo harias tú con un hermano mio por el hecho solo de ser tu amiga? Vamos, responde, ¿lo harias?

—Tienes razon, no lo haria; pero esto no seria un motivo para dejar de tener confianza.

—Sin embargo, hai confianzas de confianzas y tú misma has concedido que no serias con mi hermano tan franca como lo eres conmigo.

—Me doi por vencida, Luisa; pero deseara que quisieras a Enrique tanto o mas que a mí, porque es tan bueno... y no sé qué presentimiento me dice que tambien te quiere muchísimo.

—Vamos por partes, hija mia, dijo Luisa un si es no es turbada; hablábamos de la amistad únicamente y estabas de acuerdo conmigo en que para que ella existiera era necesario una confianza casi o completamente ilimitada y que esa confianza no podia darse entre personas de otro sexo; ahora esto no priva que se tenga cariño, y yo te he confesado que siento gratitud; y como la gratitud lleva tras sí el afecto, no tengo el menor inconveniente en decirte que lo esperimento por tu hermano, ya sea por lo que le debemos mi madre y yo, o ya por el solo hecho de tener tan íntima relacion contigo, lo cual es a mis ojos un mérito.

—Te lo agradezco; pero ya que no quieres que te hable de agradecimiento, te diré que me llenas de alegria, y que esta seria mayor si me permitieras decírselo a Enrique, porque estoi segura que lo haria mui feliz...

Luisa permaneció un momento pensativa e indecisa. En seguida, con un aire de dignidad inimitable, dijo a Mercedes:

—No veo inconveniente en que comuniques lo que hemos hablado, pues yo misma no tendria embarazo en participárselo.

—Ai! cuán contento va a estar...

—¿Y por qué presumes que una cosa tan natural como es la gratitud, y tan sencilla como es el afecto que de ella emana, puede darle tanta satisfaccion?

—No sabré esplicártelo, pero estoi segura de ello.

—Ya se ve, comprendo que cuando se ha hecho una buena accion, cuando se ha prestado un servicio, se tenga

gusto en ver que aquellos que lo reciben no aparezcan como unos ingratos.

—Enrique no aprecia en tanto su conducta ni cree que le debes el mas insignificante favor, pues él se mostraba al contrario mui agradecido de tus bondades y tenia razon en pensar y en espresarse asi. Ademas le he oido decir cuando la señora Ceferina le hablaba de tu parte sobre este particular, que no habia motivo alguno para que tú le estuvieras reconocida, cuando él habria hecho lo mismo por cualquiera otra persona que lo que hizo contigo.

—La jenerosidad de tu hermano no me exonera de mi obligacion, y no porque él haya ignorado a quién favorecia, es una razon para dejarle de reconocer el servicio: asi lo que tú me dices, en vez de disminuir mi gratitud, aumenta mi aprecio.

—¿Sabes que me da mucho gusto en oirte hablar de este modo; pues no me habria agradado, a pesar de lo que dice Enrique y a pesar de lo que yo misma pienso, que disminuyese a tu vista el mérito de su accion?

—Ya ves que no; y tambien te autorizo para que se lo manifiestes.

Ceferina entró en ese momento y dijo a Luisa:

—No tomas hoi tu baño? Poco falta para que tu mamá se levante y pida el almuerzo.

—Se me habia olvidado del todo; pero poco importa que no lo tome hoi.

—No, Luisa, interrumpió Mercedes; si mi visita te hace quebrantar tus hábitos o privarte de tus gustos, me retiro.

—¡No faltaria mas!

—Pero entonces es preciso que lo hagas; yo te aguardaré.

—Se me ocurre una idea feliz ¿quieres que nos bañemos las dos?

—Qué locura!...

—Locura o no, tengo un capricho que quiero que satisfagas;... y para que me vayas conociendo, te advierto que

he sido tan mimada por esta señora que está aquí presente (haciendo alusion a Ceferina) que nunca me ha ido a la mano en mis caprichos, criándome lo mas voluntariosa; de suerte que es preciso que se haga lo que yo deseo, pues de lo contrario me enojo y me pongo de un humor insoportable; y ya ves que no seria nada agradable para tí tener que sufrir por un dia entero mis impertinencias.

—Y la mayor de las impertinencias es la presente, dijo Ceferina con el tono mas placentero.

—Lo confieso, pero es necesario llevarla a cabo, porque quiero arreglar a mi amiguita segun mi humor o segun mi capricho. ¿Quieres ser condescendiente, hijita?

Luisa apoyó su brazo en el hombro de Mercedes, interrogándole no solo con la palabra sino con su afectuosa mirada.

—Quién puede resistirte, contestó Mercedes.

—Bravo! y despues yo te voi a peinar, vestirte y acomodarte a mi gusto pues quiero darle a mi mamá una sorpresa.. Ahora, prosiguió Luisa, dirijiéndose a Ceferina, a usted le encargo, en caso que no estuviésemos listas, que con algun pretesto retarde el almuerzo; sin embargo, creo que antes que mi mamá lo haya pedido, ya nos encontrará desocupadas.

—Está bien, pero no se vayan a tardar mucho en la compostura, para que no se impaciente misia Juanita por la demora.

—Pierda cuidado, que seremos mas lijeras que el viento...

Y las dos jóvenes, o mejor dicho, las dos sílfides, entraron al salon de baño.

La bañadera.

I.

Si Mercedes habia quedado sorprendida con lo que habia visto antes, lo estuvo mucho mas al contemplar aquella elegante sala de baño que ya el lector conoce, y en que Luisa, como lo hemos dicho anteriormente, habia acumulado, si se nos permite espresarnos así, todo lo agradable que tiene el lujo y toda la voluptuosidad que existe en el mas refinado confortable; pues aquella pieza no era una sala de baño, sino un templo erijido a la belleza corporal, donde se le rendia culto adornándola con todos los atavios propios a una divinidad; y hasta el embalsamado ambiente que allí se respiraba tenia cierta semejanza con las nubes de incienso que se esparcen en las imponentes naves de una iglesia católica...

Mercedes estaba estasiada, o mas bien, no comprendia lo que todo aquello significaba; y solo salió de su admirativo estupor cuando vió que Luisa se desnudaba para entrarse al baño, sin poder adivinar donde se encontraba el agua y el recipiente destinado a este fin.

—Voi a bañarme primero, dijo Luisa a Mercedes, porque tengo necesidad de algun tiempo para preparar tu tocado, el que arreglaré mientras tú sigues mi ejemplo.

En seguida tocó un resorte en un magnífico mueble y apareció a la atónita vista de Mercedes la mas elegante bañadera. Luisa movió dos llaves de bronce ricamente cince-

ladas y al instante aparecieron dos gruesos chorros de agua cristalina.

A Mercedes le pareció que estaba en un encanto y aun se restregó los ojos como para cerciorarse que no soñaba o que no era víctima de alguna alucinacion; pero su sorpresa creció, cuando vió cerrarse por sí solo el mueble, desapareciendo Luisa a su vista.

Pocos momentos despues se presentó nuevamente la aristocrática belleza envuelta en una hermosísima bata que solo dejaba ver los pequeños, delgados, blancos y sonrosados piés de la jóven... piés divinos que hubiera sido un placer imprimir en ellos sus labios!... y no se crea esto exajerado ¡a cuántos hombres no seduce esta parte, al parecer insignificante, del cuerpo de una niña? Y si unos lindos piés coquetamente calzados nos atraen, es indudable que desnudos nos electrizan...

II.

Luisa se dirijió a Mercedes, que aun permanecia en el mismo sitio contemplando atónita cuanto la rodeaba y sin poderse dar una razon clara y distinta de lo que veia.

—Vamos, amiga, la dijo Luisa, ahora es tu turno.

—Estoi admirada de tanto prodijio hasta el punto de creer que eres distinta de las demas mujeres... que eres de una especie superior a la nuestra...

—¡Qué ocurrencia! esclamó Luisa, riéndose a carcajadas.

—Pero lo que veo es tan estraño... y tú eres tan linda, que se me figura ver a un ánjel o a una aparicion celestial...

—Picarona! ¿Con que tambien sabias decir lisonjas? Yo no te creia tan adelantada.

—No es lisonja, Luisa, sino la pura verdad. ¿Me tomarias acaso por una embustera?

Y habia en el semblante de Mercedes una espresion tan sincera y a la vez tan afectuosa, tan apasionada, que Luisa no pudo menos que estrecharla contra su corazon y decirle:

—Querida amiga mia, tu admiracion es el resultado de tu afecto, y así es como la tomo y como me agrada, porque es una prueba inequívoca del cariño que me profesas; pero yo disiparé tus ilusiones sin perder tu voluntad y haré que desaparezca lo fantástico para que me estimes solo en lo que valgo; y estoi persuadida que no perderé en que me consideres como una simple mujer, en lugar de mirarme como un ser distinto o superior... Es verdad, Mercedes, que soi la mujer mas sibarita; no sé si hago mal o bien en ello, pero obedezco a los instintos de mi naturaleza, que en vez de contrariar quizá he impulsado. Me gusta el lujo, amiga mia, no por la ostentacion, sino por la belleza; no tengo el sentimiento de la vanidad, sino el del arte y por esta razon he puesto en mi cuarto de baño, en lugar de colocarlos en mi sala de recibo, todos estos caprichos de mi fantasía, porque me agrada rodearme de lo que alhaga los sentidos, principalmente cuando salgo del agua, en lo que soi talvez algo musulmana; y no estoi distante de considerar esta costumbre como una especie de purificacion, con la sola diferencia que para aquellos pueblos es un precepto relijioso, mientras que para mí es un placer... Este es el motivo por qué ves aquí esos lindos jarrones siempre cubiertos de flores frescas tomadas por mi mano o por las de mi nodriza, esas estátuas, esos divanes y todos estos perfumes que embalsaman el aire y se impregnan en el cuerpo; porque has de saber que soi apasionada por los perfumes, pero me gustan de una delicadeza y de una suavidad tal, que parezcan como una emanacion imperceptible pero deliciosa, que no vayan mui lejos sino que se queden solo en derredor de una...

Ahora por lo que hace a la bañadera, que quizá te habrá sorprendido verla alternativamente aparecer y desaparecer; no hai nada de mas sencillo, como lo examinarás por tí misma. Hice construir este espacioso mueble, y tomando una parte de la muralla, coloqué el baño, encerrando aquí todo cuanto es necesario; pues he hecho colocar hasta una

lámpara de gas para alumbrarlo interiormente, cuando uno quiere cerrar las puertas; pero como siempre estoi sola no necesito de luz. Por la parte esterior hai dos recipientes de agua, el uno frio y el otro caliente para dejarlo a la temperatura que es mas agradable o a la que se está acostumbrada.

Te prevengo que tú eres la primera persona que penetra en este cuarto con escepcion de mi madre y de mi nodriza; porque estoi segura que si las amigas, como vulgarmente se dice, y cuya sociedad frecuento, lo hubiesen visto, me considerarian como mas estravagante y loca de lo que en la actualidad me creen.

Pero voi viendo que con estas esplicaciones perdemos el tiempo, siendo necesario que no hagamos esperar a mi madre cuando nos llame para almorzar, de consiguiente si quieres bañarte ven y desnúdate.

Luisa tomó de la mano a Mercedes y luego añadió cuando se encontraron enfrente del baño.

—Ya ves; por este resorte del fondo ha desaparecido toda el agua que me sirvió. Ahora voi a abrirte las llaves para que tengas agua nueva y tú misma dirás en el estado de calor en que quieres que te deje el baño.

—Ninguna observacion he podido hacer a lo que me has dicho anteriormente y me dices ahora, pero hablaremos mas tarde.

Y Mercedes tocó con sus afilados dedos el agua de la bañadera, principiando a desnudarse, no sin cierta timidez, aun cuando solo se encontraba en presencia de Luisa.

Cuando creyó que el baño estaba en una temperatura conveniente se lo dijo a Luisa. Entonces ésta vació el contenido de un frasco de agua de colonia, y antes de cerrar el mueble mostró a Mercedes un saco de baño y una bata para salir, todo lo cual estaba colocado en el interior del mueble.

—Inter Mercedes se bañaba, Luisa se vistió con una ele-

gancia y lijereza sorprendentes, preparando a la vez el traje que destinaba para su amiga, pues queria adornarla segun su capricho.

En pocos momentos apareció Mercedes tan fresca y linda como un boton de rosa; y Luisa, sorprendida a su vez, no pudo menos de decirle:

—Estoi hechizada, amiga mia; jamas habia visto una hurí mas pura y mas bella. La ardiente fantasía de un musulman nunca habra soñado cosa igual.

—¿Qué es lo que llamas una hurí?

—Las huríes son esas vírjenes siempre hermosas, siempre jóvenes, siempre castas que esperan en los cielos a los hijos del profeta.

—Yo podria decirte ahora lo que tú me dijiste poco há: embustera!...

—No entraremos en nueva discusion, porque es necesario que te vistas pronto: aquí tienes tu ropa.

—Pero esta no es la mia.

—Me has prometido satisfacer mis caprichos y es preciso someterse en todo a mi voluntad: esta es tu ropa.

—¿Cómo quieres que yo use cosas tan ricas? Quizá me haces un mal, porque despues talvez no me podria habituar a la pobreza a que estoi acostumbrada ahora; si te he agradado pobre y modesta déjame como soi.

—Lejos de mí, amiga mia, el deseo de que pierdas la sencillez de tus costumbres, en la cual yo misma encuentro un verdadero encanto; ¿pero seria un motivo mi pequeño obsequio de hoi, para que desapareciesen en un momento tus modestas virtudes? En mi opinion, querida Mercedes, esto no es mas que un pasatiempo de niñas; ¿querrias rehusármelo? Si te contrario demasiado, no insisto. Dímelo.

—Haz lo que quieras, Luisa, porque esperimento gusto en satisfacer tu voluntad.

—¿No te impogo un sacrificio?

—No puede haber ni sacrificio ni gratitud donde hai

cariño, tú misma lo has dicho; por consiguiente yo estoi decidida a hacer lo que tú quieras.

—Pero yo hubiera deseado de tu parte mas espontaneidad.

—No tomes en cuenta mis escrúpulos; mi voluntad es la túya...

—¿No te haces ninguna violencia?

—¡Cómo puede haber violencia en el placer que uno esperimenta! Y yo siento este placer, porque es el tuyo.

—Veo que vás comprendiendo mejor que yo el sentimiento de la verdadera amistad.

—No creo comprenderlo mejor; pero si no lo analizo, lo esperimento.

—Entonces, ¿te vestirás como yo quiero?

—Sí.

—Gracias, por tu condescendencia, y manos a la obra.

III.

Luisa hizo vestirse a Mercedes de piés a cabeza con los trajes sencillos pero elegantes que habia preparado de antemano, consultando en la eleccion la modesta posicion de la jóven. En seguida se apoderó de su cabeza y le hizo un peinado segun su fantasia.

Mercedes estaba bellísima, y Luisa al contemplarla, se estasiaba hasta cierto punto de su propia obra.

Ceferina entró en esos momentos y dijo a las dos jóvenes que misia Juana las esperaba para el almuerzo.

—Yo no me atrevo a presentarme ante la señora, dijo Mercedes, porque me encontraria mui embarazada en su presencia, y mucho mas cuando me vea adornada de una manera que no corresponde a mi condicion.

—Estás mui sencillamente vestida, ¿no es verdad, ama mia? preguntó Luisa a Ceferina como para aquietar los escrúpulos de su amiga.

—Asi es, contestó la buena nodriza, y luego dirijiéndose a Mercedes, la dijo: —"Si te asustas, si te avergüenzas de tus adornos, te asustas y avergüenzas de tí misma, porque el principal adorno eres tú."

—Bravo, esclamó Luisa, aplaudiendo con sus lindas manos: no hai como mi vieja para hablar la verdad de las cosas, y volviéndose hácia Mercedes, añadió: ya ves que tenia razon.

—Esto es demasiado, contestó Mercedes, cubriéndose las mejillas, sonrosadas por el divino carmin de la modestia.

—Vamos, amiga mia, no tengas el menor cuidado ni menos cortedad, porque mi mamita tendrá un verdadero placer en verte; y ya verás como te encontrarás bien con ella.

Y tomándola del brazo se la llevó consigo.

El dormitorio de doña Juana.

I.

Doña Juana hacia dias que, sintiéndose indispuesta, almorzaba y comia en su dormitorio, acompañada únicamente de Luisa, habiendo aumentado la indisposicion de la señora desde el lance del coche; sin embargo, el estado de su salud no era alarmante, pues solo le habian prescrito que evitase en cuanto fuera posible los cambios de la temperatura, tan frecuentes en Santiago, por cuya razon permanecia encerrada, no saliendo de sus habitaciones sino cuando el aire era mui templado.

El dormitorio de la aristocrática matrona era estenso y severo, y la antigüedad de los muebles que le adornaban lo hacian aun mas imponente. El catre alto con colcha y cortinas de damasco de seda lacre y flecadura del mismo color, parecia mas bien una especie de altar, y como para aumentar la ilusion, distinguíase en el fondo, por el espacio que dejaban abierto las cortinas, un gran cuadro que representaba a la madre del Salvador. Los sillones de aquel aposento estaban en armonia con el lecho, pues tenian el asiento y el respaldo de la misma tela; pero tan frescos e intactos, que a pesar de la larga vida de una larga centuria, podia creerseles fabricados recientemente. Por único adorno en las paredes pintadas al fresco y no empapeladas o tapizadas como se usan hoi dia, veíanse cuatro grandes retratos de cuerpo entero. El uno representaba a un militar, jóven aun y vestido a la antigua y en cuyo semblante se notaba la desdeñosa altivez

que caracterizaba a los nobles de los pasados tiempos, que, mui de buena fé, se consideraban superiores al resto de la humanidad. Al lado de este retrato estaba el de una señora que, a pesar de lo grotesco del traje y del peinado, segun los gustos de nuestra época, ténia la fisonómia mas dulce y mas bella. Estos dos cuadros, con anchos marcos dorados, representaban a los padres de doña Juana y por consiguiente a los abuelos de Luisa, cuya fisonomia participaba de la altiva arrogancia del primero y de la belleza y dulzura del segundo. El tercer retrato era el de una monja jóven y hermosa, esta pintura se conocia que era moderna, lo mismo que el cuadro de enfrente, que representaba al primer arzobispo de Chile don Manuel Vicuña, antiguo director de conciencia de doña Juana y por cuyo virtuosísimo varon conservaba la aristocrática matrona tan queridos como respetuosos recuerdos. Veíase tambien un retrato en miniatura que estaba a los piés de la Vírjen y por consiguiente hácia el fondo del lecho: era el de su marido.

Esta habitacion, que hemos descrito a la lijera, era la misma en que pasara su larga existencia la abuela de Luisa; y doña Juana, por esa veneracion lejítima que algunas personas conservan por sus antepasados, no habia querido alterar nada en el suntuoso dormitorio de su madre, ocupando ella hasta el mismo lecho con sus propios adornos, pues la colcha y cortinaje del catre eran las que habia usado la señora durante su vida. La única modificacion que podia observarse desde largos años en aquel cuarto, que parecia desafiar al tiempo, era la introduccion de los dos últimos cuadros que hemos hecho conocer al lector, es decir, del que representaba a la monja y del otro en que se veia al reverendo arzobispo de Santiago. Tambien podia notarse una poltrona de construccion moderna y en que se sentaba doña Juana, pues los taburetes antiguos no tenian la comodidad de los muelles sillones de hoi dia. Por lo demas, el resto del amueblado era el mismo, no notándose la menor alteracion; pues

hasta el polvo y el aire de aquella pieza parecia a primera vista que no hubieran sido nunca renovados.

II.

Luisa, conduciendo por la mano a Mercedes, la introdujo a la habitacion de su madre, y presentándosela la dijo: "mi mejor amiga."

Doña Juana no conoció de pronto a Mercedes, y se paró de su asiento para responder al profundo saludo que le hacia la jóven; y en seguida añadió dirijiéndose a Luisa:

—¿Por qué no me has avisado nada? ¿Quién es esta señorita?

—¿No la conoce usted? Es mi mejor amiga, volvió a repetir Luisa.

—Creo haberla visto, dijo doña Juana, volviendo a fijar en ella su mirada; y en seguida, como si de un golpe se le presentasen sus recuerdos, esclamó: "es la hermana del jóven!..."

—Que nos salvó la vida, repuso Luisa; la misma que tengo el honor de presentar a usted.

—Ven para acá hija mia, dijo doña Juana: al principio no te habia conocido, talvez a causa de mi mal estado; pero es imposible olvidarte una vez que se te ha visto, y tengo un verdadero placer en que hayas venido.

—No es ella, querida mamita, la que ha hecho esa gracia, sino que yo me he tomado el trabajo de mandar a traerla, porque de otro modo esta picarona jamas habria venido a vernos.

—Has hecho mui bien, Luisa, y yo misma estaba impaciente por saber donde vivia el hermano y la familia de ésta jóven a quienes debemos un gran servicio.

—¿Y querrá usted creer, mamita, que todos ellos pretenden que nada les debemos?

—Me parece, señora, dijo Mercedes, con timidez, dirijién-

dose a doña Juana, que ustedes exajeran la accion de mi hermano, la que ha recaido en ustedes por casualidad; y aun cuando hubiera realmente algun mérito en ella, la bondad de ustedes y en especial de esta señorita (señalando a Luisa) seria mas que suficiente para recompensarnos.

—Ya te he dicho que no me digas señorita sino simplemente Luisa, y ahora te lo repito delante de mi madre para que sepa la amistad que te profeso y para que no vuelvas a incurrir en tan grave falta.

—Tienes razon, dijo doña Juana con benevolencia: ustedes son casi de la misma edad y tambien parecen casi hermanas ¿por qué, pues, no ha de reinâr la misma familiaridad?

Como ya lo hemos dicho, en los hábitos aristocráticos de doña Juana y en su respeto ciego por las ideas de nobleza, esta concesion de su parte era la prueba mas evidente que podia dar respecto a la simpatía que la arrastraba hácia Mercedes. ¡Estrechar la mano a un sarjento y permitir a su hija, único vástago de tantos ilustres antepasados, que tuviera relaciones íntimas con una niña del pueblo, podia considerarse como un milagro, como una cosa inaudita y de que no habia otro ejemplo en toda la existencia de esta matrona, que jamas habia transijido con los principios en que fuera educada y por los que tenia un respeto casi relijioso! Pero al ver a aquella hermosa niña, al contemplar aquel semblante que revelaba el candor, la pureza y la mas dulce y tierna bondad, al fijarse en aquella mirada que parecia solicitar la proteccion de Dios y de los hombres, todo sentimiento de orgullo desaparecia en el acto, no atreviéndose nadie a hacer pesar su superioridad sobre aquel blanco lirio que no tenia otra proteccion que su belleza y su inocencia...

Doña Juana, impresionada en favor de Mercedes, dijo a las dos niñas, que aun permanecian de pié: "Sentaos, hijas mias, puesto que teneis la bondad de venir a hacerme compañía."

El almuerzo estuvo lo mas animado y entretenido. Doña Juana no se cansaba de hacer preguntas a Mercedes; y las contestaciones de ésta eran tan sencillas y oportunas, que la admiracion, el cariño y aun el respeto de la señora, crecian a medida que Mercedes hablaba, siendo tanto mas favorable la opinion que se granjeaba cuanto aparecia Merces con mayor modestia, pues en nada manifestaba la mas pequeña vanidad ni el menor deseo de aparecer otra cosa que lo que en realidad era, aceptando con agradecimiento los cariños y aun las alabanzas, sin enorgullecerse de ellas.

Las melodias.

I.

Concluido el almuerzo, doña Juana manifestó el deseo de oir tocar en el piano a Luisa, y las tres se dirijieron al pabellon que ya hemos descrito.

—Mi hija es una filósofa, mui amante de la independencia y de la libertad, dijo la señora a Mercedes con cariñoso tono; pues ya ves como no vive con su madre, sino que se ha venido a ocupar el fondo de la casa, que ella ha hecho arreglar a su fantasía.

—Pero esa libertad no me quita el cariño, ni esa independencia la sumision que vuestra hija os tiene, contestó Luisa, sin dejar responder a Mercedes.

—Es inútil argumentar con ella, volvió a decir doña Juana con un aire lleno de bondad y de satisfaccion, porque siempre ha de salir vencedora; y con la miel de sus argumentos la envuelve a una haciéndole creer todo lo que ella piensa y aceptar cuanto ella quiere, de manera que su voluntad es lei.

—Y una lei mui suave y mui razonable ¿no es verdad, señora? dijo Mercedes.

—En eso está justamente el peligro, hija mia, pues si tú la dejas que hable, te persuade de tal modo, que no te queda otro partido que ser de su misma opinion.

—Y yo tendria el mayor gusto en seguirla.

—Ya veo que no ha necesitado mucho tiempo para fascinarte.

—Para amarla querrá usted decir.

—Así es, Mercedes, interrumpió Luisa: para amarnos...

—Esta es la prueba mas evidente de lo que yo decia.

—Pero, mamita, si usted habla de lo que denomina mi fascinacion, no es menos poderosa la que ejerce Mercedes respecto a mí, y me atrevo a creer respecto a usted misma.

—Dices la verdad, hija mia; yo quiero a esta niña como si la conociera desde mucho tiempo atrás.

—Señora! interrumpió Mercedes, yo seria la mas ingrata si fuera insensible a tanta bondad.

—Dí mas bien a mi cariño, hija mia.

—Nada he hecho aun por merecerlo.

—Pero ya lo tienes.

—Gracias!... señora, dijo Mercedes con una emocion que espresaba mucho mas que lo que hubiera espresado su palabra.

Doña Juana hizo sentar a su lado a Mercedes y ordenó a Luisa de ponerse al piano.

Luisa, animada por el placer, llena de una delicia vaga y desconocida que nunca habia esperimentado y que no se sabia esplicar, arrancó del piano sonidos tan dulces, tan tiernos, tan melancólicos y tan apasionados, que ella misma se sentia como inspirada, dejándose llevar hácia esos mundos sin horizontes del idealismo donde solo ciertas almas penetran!... De sus afilados dedos, tan blancos como las teclas, y que se desligaban sobre ellas con una rapidez asombrosa, nacian como por encanto raudales de armonía... Un éstasis celestial, casi divino, se dejaba ver en el semblante de Mercedes, y doña Juana no podia menos de esclamar a cada instante: lindísimo! hermosísimo!...

Cuando Luisa dejó de tocar, hubo un profundo silencio... y aquel pequeño auditorio, en lugar de aplaudir, se calló... como si permaneciera todavia oyendo las melodías de la música!... pero esto sucede siempre que el alma se arroba por algun sentimiento que la posee por entero; pues tiene

que hacer un esfuerzo para volver a la vida habitual, transcurriendo mas o menos tiempo antes que el cuerpo ejerza su acostumbrado dominio...

Doña Juana dijo al fin: "jamas te habia oido, Luisa, tocar de esta manera... has producido en mí una impresion tan agradable, que creo no haber sentido otra igual en toda mi vida...

—No hai palabras, repuso Mercedes para esplicar esto... ¡Qué voz humana podria conmover así!

—Lo confieso, respondió Luisa, creo haber tocado hoi mejor que en otras ocasiones, porque he sentido un gusto particular... pero la voz humana, querida amiga, es mucho mas armoniosa y atrayente que la musical, pues es el primero de los órganos y el primero de los instrumentos.

—Imposible...

—Es que tú no habrás tenido ocasion de oir cantar bien.

—Puede ser, porque nada he oido que se asemeje a esto.

—Yo no pretendo ser una cantatriz, no tengo una voz melodiosa; y sin embargo, compara y juzga por tí misma...

Luisa se sentó nuevamente al piano, y despues de algunos preludios, salieron de su garganta sonidos tan arjentinos, que parecian desenvolverse y tomar consistencia y pedir espacio, pues a medida que adelantaba eran gradualmente mas llenos, melodiosos y sentimentales; pues a la armonía de la música se unian las armonías del canto y a éstas la ajitacion de un seno palpitante, la animacion de la fisonomía que reflejaba el pensamiento del poeta y la dulce cadencia del verso...

Mercedes, sin poder permanecer en su asiento, habia ido poco a poco acercándose al piano, como atraida por un iman, hasta el punto que se arrodilló al lado de Luisa, sin que ésta, arrobada por el encanto que ella misma produjera, se apercibiese de la postura de su amiga.

De repente dejó de tocar como si se encontrara escesivamente fatigada... cerró sus hermosos ojos y reclinó su cabe-

za de la misma manera que una persona que va a desmayarse...

Mercedes la estrechó en sus brazos, colocando sus labios rojos en los labios descoloridos de Luisa...

Doña Juana lloraba, contemplando aquel cuadro tán sencillo, tan tierno y tan interesante...

Una sonrisa! sonrisa de satisfaccion, sonrisa impregnada de afecto, vagó por los labios de Luisa...

—Te ha gustado, amiga mia? le preguntó al fin, sin que por esto la soltara de sus brazos.

—No solo me ha gustado, sino que me parecia que era el canto de los ánjeles... Creia estar en el cielo y que tú eras uno de esos seres de que debe estar rodeado el trono de Dios!...

—Ya ve, mamita, cuán lisonjera es esta niña que usted creeria tan sencilla.

—Y no es, señora, la primera vez que esperimento esta ilusion, agregó Mercedes.

—Y prosigue!... dijo Luisa.

—Y quién sabe si no será éste el parecer de toda mi vida... ¿Por qué no puede haber ánjeles en la tierra?

—En ese caso tú tambien serias uno de ellos, replicó doña Juana.

—¡Qué comparacion, señora!... Entre Luisa y yo, ¿qué semejanza puede haber?

—Talvez mas de lo que tú piensas, hija mia.

—Yo querria imitarla; esto es todo.

—Pues ya ese es un principio, independiente de las cualidades que te adornan.

—Y que la hacen tan buena como interesante, ¿no es verdad, mamita?

—Asi es, Luisa, y a cada instante voi comprendiendo mas tu afecto.

—La querré toda mi vida.

Mercedes, ni sabia como espresar su gratitud, su cariño,

su amor, podríamos decir; porque la pobre jóven esperimentaba por doña Juana un afecto casi igual al que le inspiraban sus padres, y por Luisa una inclinacion desconocida hasta entonces, pues a nadie habia querido de semejante manera. Si Luisa le hubiese pedido su vida, se la habria sacrificado gustosa.

La noble matrona y su hija comprendieron el silencio de Mercedes; pues hai circunstancias que la mas elocuente palabra no espresa todo lo que encierra una mirada y lo que se revela en el semblante de una persona agradecida, sucediendo en jeneral que aquellos que mas sienten son los que menos hablan, porque la intensidad de sus impresiones hace enmudecer su lengua.

Mercedes permaneció el resto del dia con su nueva y única amiga, entregadas ambas solamente al placer de estar juntas sin dedicarse a nada, reservándose sí para lo sucesivo los trabajos que se habian propuesto hacer, sin mas que arreglar por ahora el plan o el réjimen que debian observar para su mejor desempeño; pues Mercedes queria aprenderlo todo y Luisa enseñárselo, para lo cual distribuian el tiempo que debian dedicar diariamente al bordado, a la pintura y a la música.

II.

Llegada la noche, Mercedes pensó en retirarse; pero ántes trató de ponerse los vestidos con que habia venido y que solo dejara por satisfacer un capricho de Luisa; mas ésta se opuso con tanta tenacidad, que se vió obligada a aceptarlos.

—Llévalos, le decia Luisa, como un recuerdo del primer dia de nuestra amistad.

—No necesito de ellos, le contestó Mercedes, para que quede grabado eternamente en mi corazon tan dichoso recuerdo.

—Sin embargo, cuando te los pongas, cuando los veas, me tendrás presente.

—Me parece que nunca te has de apartar un momento de mi memoria. Por otra parte, ¿no hemos prometido vernos con frecuencia?

—Asi es: de hoi en adelante nos separaremos cuanto menos sea posible.

—Mil gracias, Luisa; porque yo soi la que voi a ganar, la que voi a aprovechar del beneficio de tu amistad.

—Y yo del de tu afecto.

—Pero yo, a la vez que obtengo esto mismo, consigo tambien aprender algo de lo que tú sabes.

—Si tú encuentras ventaja en aprender, yo hallo gusto en enseñártelo; de consiguiente, todo queda equilibrado; pero antes de partir quiero hacerte otro obsequio.

—No mas, por Dios, Luisa! no mas...

—No te asustes, querida, que lo que voi a ofrecerte no tiene ningun valor.

—Asi dices de todo. ¿Quieres que no recuerde lo del hermoso anillo que me regalaste para Enrique? Tambien decias que no tenia sino un valor moral; ¡y sin embargo esa joya debe ser de gran precio!

—Pero yo no la ofrecí ni quiero que la acepten por la importancia que podria darle un lapidario, dijo Luisa con cierta seriedad.

—Yo sé que mi hermano no la considerará jamas asi, sino que la guardará como una reliquia, estoi segura de ello; pero te suplico que no hagas conmigo lo mismo.

—Tranquilízate, pues lo que voi a darte solo tendrá valor para tí, si es que me quieres, como me lo has dicho.

—¿Y puedes dudarlo? dijo Mercedes tristemente. La mas lijera desconfianza seria para mí una ofensa real y un sentimiento grande...

—No dudo ni desconfio, Mercedes, de tí, porque no dudo ni desconfio de mí misma.

—Y entonces, ¿para qué me haces esa advertencia?

—Porque lo que voi a ofrecerte es tan insignificante, que

solo lo puede apreciar el cariño. Lo que voi a darte es mi retrato.

—Oh! sí! dámelo, dámelo pronto, mi querida Luisa.

—¿No tienes escrúpulos en recibirlo? preguntóle Luisa riéndose.

—Fuera chanzas... No podias hacerme mas valioso obsequio.

—Y si es tan valioso, ¿por qué lo recibes? Me has dicho o me has manifestado que no aceptarias ninguna cosa de precio, y si ésta lo tiene en realidad, y lo tiene, porque a nadie, con escepcion de mi madre, he hecho semejante regalo, es natural que tú lo rehuses.

—No! no! Luisa, dámelo... me lo has prometido... no te arrepientas, tendria tanto gusto!... seria tan feliz, dámelo!

—Con una condicion.

—Impon las que quieras.

—Que no me pongas nunca resistencia a mi voluntad cuando yo quiera hacer algo.

—Te lo prometo, porque estoi segura que todo lo que venga de tí será justo y bueno.

—Agradezco tu confianza, Mercedes; y para que haya reciprocidad de dádivas, en uno de estos dias me regalarás el tuyo.

—Si no tengo ninguno!

—Nada mas sencillo, puesto que vas a tener por vecino a un pintor; pero como esto seria costoso y exijiria mucho tiempo, vé a una fotografia, lo cual se hace en un momento.

—Te lo prometo.

Luisa fué entonces a un costurero, de donde sacó una cajita que entregó a Mercedes.

La jóven no pudo resistir a la tentacion de ver el retrato, y se acercó a la lámpara.

—Curiosa! le dijo Luisa; ¿pensabas acaso que iba a engañarte?

Mercedes no contestó sino que abrió la caja e imprimió en ella sus labios.

—¿Qué estás haciendo, cuando aquí tienes el orijinal?

—Es verdad; pero esto no impide... respondió Mercedes abrazando a su amiga.

Ceferina vino a avisar que el coche estaba listo.

—Si no estuviera mi mamita indispuesta te acompañari a con gusto; pero en otra ocasion no me privaré de este placer.

—Yo quisiera despedirme de la señora, dijo Mercedes a Luisa.

—Ahora es imposible, contestó Ceferina, porque está en cama y está traspirando.

—Hágale usted presentes mis respetos y lo que siento en no saludarla.

—Asi lo haré y tendrá mucho gusto.

Mercedes hizo el ademan de despedirse de Luisa, pero ésta la dijo que iria a acompañarla hasta la puerta de calle.

—Allí se dieron las dos amigas el último abrazo, no sin quedar Mercedes comprometida a volver al dia siguiente.

III.

Ceferina subió con ella al carruaje, en el que habia un paquete y dos hermosísimos ramos de flores que llamaron en el acto la atencion de la jóven, no pudiendo menos de decir a su compañera:

—¡Qué lindos ramos, señora Ceferina!

—Son tuyos, hija mia.

—¡Cómo mios!

—Luisa, al ver tu admiracion y gusto por las flores, me hizo que los preparase, ordenando que fueran puestos dentro del coche.

—Ai, señora! ¿Con qué pagaré yo tantas bondades?

—Profesándole el afecto que ella tiene por tí.

—Mi afecto!... qué vale!... yo se lo debo.... ¿qué mérito puede haber en tenerlo?

—Ella no quiere ni exije mas.

—Ya lo sé; ¿pero yo puedo contentarme con tán poco?

—Cuando ella se contenta debes estarlo tambien tú.

—Asi es, señora; ella es tan buena como jenerosa, tan linda como anjelical.

—Me das satisfaccion en oirte hablar asi, porque tus palabras me prueban tu cariño hácia ella y porque le haces justicia.

—Y quién podrá no amarla! y quién no reconocerá su mérito!

—Quizá haya algunos.

—Imposible, señora.

—Cuando conozcas mas el mundo verás que no hai mérito, por manifiesto que sea, que no se ponga en duda, que no se niegue y aun que no se censure.

El coche habia parado en la puerta del conventillo y Mercedes instaba a Ceferina para que entrase un momento; pero ésta le respondió que lo habria hecho con el mayor gusto, pero que hallándose indispuesta la señora doña Juana no podia ausentarse por mucho tiempo, y que talvez al dia siguiente tendria ocasion de verlos.

Mercedes tomó entónces sus ramos de flores, y se despedia de Ceferina cuando ésta le advirtió que se le olvidaba el paquete que contenia su ropa y que Luisa habia tambien hecho colocar en el coche; y como para cortar toda observacion le dijo:—"No olvides que mañana vendré nuevamente por tí, aun cuando no será tan temprano como hoi, porque tengo que hacer algunas dilijencias. Adios, hija mia; dale memorias a tus padres y a tu hermano.

La narracion.

I.

Los briosos caballos partieron, y Mercedes con sus hermosos ramos pasó corriendo toda la calle del conventillo, como si necesitase no perder un minuto; pero la amante jóven tenia tantos deseos de abrazar a sus padres como de contarles las maravillas que habia visto; asi es que entró a sus habitaciones con la precipitacion de una persona a quien van persiguiendo.

—Qué te ha sucedido, Mercedes, dijeron todos, parándose simultáneamente al verla llegar con tanta precipitacion.

—Nada, nada; pero me parecia que no llegaba bastante luego, tales eran mis deseos de verlos.

—Y nosotros, dijo Marta, que te hemos echado tanto menos. Ni tu padre ni yo hemos comido a gusto, pues no estabas con nosotros ni tú ni Enrique.

—Y yo que he estado tan contenta! Si hubiera pensado en ello me habria venido antes; pero estaba tan entretenida! y Luisa es tan buena, tan amable, tan cariñosa. Ah! madre mia, si usted supiera lo que es esa señorita, disculparia mi olvido.

—No solo lo disculpo, sino que me alegro, hija, puesto que has estado tan contenta.

—Contenta, no es bastante; encantada seria mejor dicho.

—¿Con que tan bien te ha ido? le dijo el sarjento.

—Con que has estado encantada? añadió Enrique.

—Yo no tengo palabras; pero todo lo que he visto es tan lindo, tan maravilloso!... y Luisa!... Luisa no es como las demas mujeres... Luisa es un ánjel.

—Asi me ha parecido, dijo Enrique a su hermana; pero cuéntanos todo lo que te ha pasado, todo lo que has visto, todo lo que has oido, todo lo que te ha dicho... no olvides nada, ni una palabra.

—Imposible, hermano mio; porque no sabria espresarte lo que he sentido; hubo momentos que me parecia no estar en la tierra sino en el cielo.

—Y por eso vienes tú tambien hecha un querubin, interrumpió Marta, notando el lindo traje y el lindo peinado de su hija, en que no habian reparado por la sorpresa que les habia causado la repentina aparicion y la animacion de sus palabras.

—En verdad que vienes mui buena moza, dijo Enrique; jamas te habia visto tan interesante.

—Esto fué un capricho de Luisa, que, despues del baño, quiso vestirme y peinarme a su gusto.

—Lo que prueba que lo tiene bueno, añadió el sarjento; caramba, yo soi de la misma opinion de tu hermano; nunca habia visto tan *guapa chica*, como dicen los godos; con que, esplícate lijero, que nosotros tambien tenemos cosas buenas que contarte.

—No cuentes nada todavia, interrumpió Marta, porque voi a preparar la cena y yo quiero oir toda la relacion. En la mesa nos dirás tus maravillosas aventuras... ¡Y qué lindos ramos! esclamó Marta, tomándolos de manos de Mercedes y acercándolos a la vela. ¡Qué camelias tan hermosas! Voi a ponérselas inmediatamente a la Vírjen.

—Seria mejor que los colocara en la mesa para mirarlos durante la cena, dijo Enrique.

—Yo soi de la misma opinion, añadió el sarjento; esto dará un aire de fiesta a la cena, y como la Vírjen, agregó, los ha de tener para siempre, hasta que se sequen, se en-

tiende, bueno será que nos los preste por un momento; ¿no te parece, mujer?

—Consiento en ello, por ser la última noche que estamos con Enrique. Y Marta se retiró para ocultar el pesar que le causaba esta separacion.

—Con que se efectúa el viaje? dijo Mercedes tristemente.

—Sí, hermana mia, salgo mañana; pero esto no debe turbar tu alegria, porque nos volveremos a ver bien pronto.

—Ai, Enrique, yo participo del mismo sentimiento de mi madre. Ten mucho cuidado por tu salud.

—No abrigues el menor temor; yo soi fuerte, robusto y nunca cometo escesos, de consiguiente no hai motivo para alarmarse, sobre todo cuando la ausencia es tan corta; tres o cuatro meses se pasan en un momento y despues tendremos mas comodidad.

—Siempre la ambicion. ¿Que no estás contento con lo que tenemos? ¿Qué no has sido feliz?

—Feliz y mui feliz! pero es necesario que progrese; no podemos quedar toda la vida así.

—Por qué nó?

—Porque si viene una enfermedad o cualquier otro accidente, es preciso que estemos preparados; "quien no mira adelante atras se queda," dice el adajio.

—Enrique tiene razon, dijo Domingo, no sin que se apercibiese alguna tristeza en el tono resuelto y en el semblante sereno que el digno sarjento se empeñaba en hacer aparecer.

—Ya lo veo, padre mio, contestó Mercedes; pero ¿cómo quitarle a uno lo que esperimenta en su interior?

—Cosas de niño!... allá verás como va a ser doble el placer que tengas cuando lo veas llegar bueno y con harto dinero.

—Con lo primero me contento.

—Está bien, pero lo segundo irá de llapa.

Intertanto Marta habia preparado la cena, habiendo puesto sobre la mesa algunas provisiones más que de costumbre.

II.

Cuando entraron al comedor, el viejo sarjento dijo con tono alegre, para disipar la tristeza que notaba en todos y principalmente en su mujer:—"Vamos, hijos mios, creo que la vieja nos regala: aquí están sus mejores conservas, aceitunas, queso de Chanco, jamon, pastelitos; qué diantre! Si asi vas nos arruinamos, ¿o quieres que me dé una indijestion? ¡Tan cansada estás de mi compañía! Yo creia que me querias mas; pero pierde cuidado, el viejo sarjento conserva su estómago de militar, y sobre todo, recurriré a una botella del mosto añejo, con lo cual desafio a que se me queden en el estómago todos los pavos, chanchos y tortas que quieras darme.

—Ya me lo figuro, respondió Marta empeñándose por reir; si estuviera en tus manos, viejo traga-aldabas, te lo comerias todo en un dia.

—¡Por supuesto!... Para eso son las cosas; pero vamos a la mesa, niños, antes que se enfrie; y atencion, que parece un ramillete hecho para un dia de bodas, segun lo adornada que se ve con los dos ramos y con la cantidad de apetitosas golosinas que esta vieja desperdiciadora ha colocado en ella! Qué profusion ¡Dios mio!... ¿Qué dejas para el dia de mi santo?

—¿Han visto, dijo Marta, dirijiéndose a sus hijos, lo de buen humor que se pone este viejo goloso cuando olfatea algun bocado? Ya se ve, a su edad todo se reduce a comer y dormir...

—A la nuestra, dí, pícara desvergonzada, porque ya no eres tan niñita ni te cueces a dos hervores...

—Vamos, no hai que pelear la edad, dijo Enrique, aparentando una alegria que estaba lejos de tener; los dos son todavia jóvenes y vivirán muchos años para nuestra satisfaccion y felicidad. Sentémonos ahora a la mesa y que Mer-

cedes nos cuente su historia del dia, que parece ser mui interesante.

—Está bien, rencillas a un lado, pero principiemos por donde debemos principiar, por comer, para estar conformes con aquella sapientísima sentencia: "*a barriga llena corazon contento.*"

—¡No decia yo que solo pensaba en comer!

—A la obra, muchachos, como nos decia nuestro bizarro coronel Carrera cuando cargábamos sobre los godos; que no quede ni uno vivo; asi os aconsejo yo que no dejeis nada sobre la mesa; y para daros el ejemplo y abrir mas el apetito, principiaré por un vaso de vino...

Y el buen sarjento, que sentia tanto como Marta la próxima partida de su hijo, se bebió de un sorbo una copa entera de mosto, haciendo en seguida sonar el paladar con la lengua para demostrar la escelencia del vino.

—No hai como Chile, continuó despues de una pausa; que se vayan al diablo el burdeos, el jerez y todas esas drogas que nos traen los estranjeros y que nos hacen pagar tan caro. Nada se puede comparar al buen mosto de Cauquenes, de Penco y de Concepcion, que todo es al fin el mismo, porque en esas tierras de Dios debia nacer nuestro padre Noé, que fué, segun dice la historia, el que inventó el mosto. Otro tanto sucede con el coñac: el aguardiente de Aconcagua vale el doble y solo cuesta un real la botella del superfino, mientras que por el otro se dejan pedir hasta dos pesos!... y hai necios que por estranjerizarse lo compran!...

—Mui edificante la plática que nos has echado, dijo Marta, riéndose a pesar suyo.

—Si no es edificante, por lo menos es divertida, porque te ha puesto alegre, lo cual es la cualidad principal del mosto, pues distrae el espíritu aun cuando no se haga mas que hablar de él.

—Para los aficionados como tú.

—Y tambien para Enrique—vamos, tómate una copa, hijo mio, y ya verás como cambia el humor.

—No tengo costumbre.

—¿Qué importa? Ensaya una vez... tu padre no te ha de dar un mal consejo... y por esos mundos a donde te dirijes y que yo conocí en mi juventud, se acostumbra mucho el mosto; "*y a la tierra que fueres haz lo que vieres,*" dice el adajio.

Y Enrique, arrastrado por el buen humor de su padre, que habia conseguido disipar del ánimo de todos la triste preocupacion de su próximo viaje, alargó su copa, que el viejo sarjento llenó hasta el borde, diciéndole:

—Ahora bebe a nuestra salud y a tu fortuna.

—Porque Dios me los conserve a todos buenos, dijo Enrique con emocion.

—Y a tí tambien, picaron, respondió el viejo soldado, pasándose la mano por sus ojos un tanto humedecidos.

—Marta, tráeme otra botella, agregó Domingo con voz áspera e imperiosa, para que no se echara de ver su turbacion y como para darse valor; pero esta táctica era mui conocida de sus hijos y de su mujer, la cual se paró en el acto, no tanto por obedecer a su marido, cuanto por tener un pretesto y tiempo de enjugar las lágrimas que no podia ya contener.

Cuando volvia Marta, el buen sarjento notó que habia llorado, y entonces esclamó, con tono al parecer enfadado:

—Siempre he sido enemigo del profeta Jeremias. ¡No faltaba mas que entristecerse por lo que uno debe mas bien alegrarse! Principiemos la cena, que se enfria, y viva el buen humor!... A tu fortuna, Enrique... y Domingo se vació una segunda copa, y como para dar el ejemplo, se sirvió su plato y principió a comer, aun cuando en realidad no sentia mucho apetito.

Todos lo imitaron, y hubo un rato que fué interrumpida la conversacion, si bien apenas comian.

—Pásame esas aceitunas, Mercedes, dijo el sarjento, pues tengo una hambre devoradora, y el refran nos enseña que "*de aceituna una, y de vino una arroba*"...

—¡Buenas las máximas! repuso Marta; si te oyeran dirian que eras el mas insigne calavera.

—¿Y quién te ha dicho que soi un santo? mi coronel Carrera, que Dios tenga en el cielo, me decia siempre que era un diablo.

Enrique y Mercedes no pudieron menos que reirse de la ocurrencia de su padre, cuyas ejemplares costumbres y buen corazon eran conocidas de todo el mundo.

—Ahora, volvió a esclamar el sarjento, que Mercedes nos cuente sus aventuras de allá, que nosotros les referiremos las de por acá, es decir, la visita de nuestro vecino el pintor y de su respetable tia Anastasia, que desde mañana ocuparán su casa.

—¿Estuvieron aquí? preguntó Mercedes.

—¡Por supuesto! si no hubieran venido ¿qué tendriamos que contarte?

—¿Y Enrique les vió?

—Andaba paseando lo mismo que tú; y la tia Anastasia manifestó mucho sentimiento por no haberte encontrado aquí; pero no me preguntes mas sobre el particular hasta despues que nos hayas referido lo que te pasó a tí.

III.

Mercedes entonces comenzó su historia, principiando por describir los trajes de las criadas, que fué lo que primero llamó su atencion, sin duda por el contraste que notaba entre ellas y los habitantes del conventillo.

Enrique no perdia una sola palabra, pero su fisonómia se animaba a medida que Mercedes iba narrando. La descripcion del jardin, de ese pabellon perdido entre los árboles, del saloncito, de los bordados, de los cuadros, del dormito-

rio, de los libros, de los aparatos de estudio, tenian a Enrique como en un éstasis y de vez en cuando interrumpia a Mercedes para hacerle preguntas o para que repitiese lo que le habia dicho ya.

La jóven se gozaba al ver que su hermano participara de su mismo entusiasmo, y a cada instante le decia: "si tú hubieras visto, Enrique, todo aquello, hubieras pensado lo mismo que yo, es decir, que te encontrabas en el paraiso y no al lado de la mas hermosa niña sino al lado del ánjel mas bello y mas encantador, sobre todo en su saloncito de baño, donde aquello parece fantástico y sobrenatural, pues hasta el aire que allí se respira tiene algo de divino; pero todo esto es nada en comparacion de aquella música y de aquella voz!... te aseguro que realmente creí que la niña que tenia delante de mi no era una mujer, ni podia ser de nuestra especie; y a tal punto llegó mi ilusion, que todavia la creo distinta a los demas, distinta a nosotros... pero lo que es imposible poner en duda es que es mui superior a cuanto existe en este mundo... Añade a todo esto la bondad, la finura, la elegancia y ese rostro que tú conoces, Enrique..! y dime si habrá algo que se le asemeje en la tierra!...

El jóven obrero estaba absorto... Su vida entera parecia reconcentrada en un solo punto, sus ojos... No miraba sino los labios de su hermana, no oia sino su voz, pero esa voz penetraba hasta lo íntimo del corazon, ajitándolo con violencia... Domingo y Marta tambien estaban, no solo entretenidos con aquella relacion apasionada y poética, sino dulcemente impresionados, habiendo llegado hasta olvidar el motivo de su tristeza, es decir, la pronta partida de Enrique.

Mercedes continuó diciendo: "pero lo que me ha encantado mas es el cariño que me ha manifestado, la amistad que me ha ofrecido... Figúrese, madre mia, dijo la jóven dirijiéndose a Marta, que no ha permitido que le diga señorita, sino simplemente Luisa, habiéndome reconvenido por

esto varias veces y hasta delante de la señora su madre... ¡y ella tan linda, tan noble, tan rica, tan instruida, tan sabia, tan encantadora mostrar esa confianza, ordenar esa familiaridad a una niña como yo, pobre e ignorante y sin el menor mérito! ¿No le parece una cosa portentosa?"

--Así es, hija mia; no se ven en el mundo muchos ejemplos como este.

—La señora doña Juana tambien estuvo conmigo mui amable y hasta podré decir afectuosa, a pesar de su aire imponente, que me causa respeto y veneracion pero igualmente cariño. Por otra parte, Luisa me ha ofrecido enseñarme cuanto ella sabe, como el bordado, la pintura y la música; pero lo que yo quisiera aprender seria a ser tan buena como ella y a tener algo de su porte tan lleno de distincion y de gracia... ¿y querrán ustedes creerlo? En estas pocas horas que he estado con ella, se me figura haber ganado, haber aprendido mucho, porque yo misma me encuentro como si fuera otra de lo que era antes de verla y de hablarla...

—Así lo creo, dijo Enrique, pues te hallo algo distinta... me parece que estás mas buena moza, que te espresas mejor, que tienes un *no sé qué* que antes no poseias.

—Que está mas buena moza es indudable, contestó Marta, con el orgullo natural de la madre, pero esto consiste en el traje y en el peinado.

—Traje que me regaló y peinado que ella misma me hizo... y por cuya razon, si fuera posible, lo conservaria siempre.

—Te lo ha regalado! esclamó Enrique.

—Indudablemente; pues todo lo que traigo puesto es de ella, y la ropa con que fuí la envolvieron en un atado que venia dentro del coche y que la señora Ceferina me obligó a tomar cuando me bajé de él.

—Eres la niña mas feliz, dijo Domingo.

—Lo confieso, padre mio, y le doi gracias a Dios; porque teniéndolos a ustedes, a Enrique y a ella, soi una criatura mui dichosa.

—Tienes razon, Mercedes, tienes razon, contestó Enrique; yo te envidio tu suerte.

—Pero mi suerte es la tuya, mis afectos son tuyos, hermano mio, ¿qué mas quieres?

—No es lo mismo.

—¡Cómo no es lo mismo! qué! ¿estás celoso de que me quieran?

—Enrique se puso colorado como un tomate, y en su turbacion no supo qué responder.

—Vamos, confiésalo, volvió a preguntar Mercedes; ¿estás celoso?

—Qué locura!

—Locura o no, así lo estoi viendo; pero no tienes motivo, porque Luisa me habló de tí.

—De mí!... y el encarnado semblante de Enrique se puso pálido.

—Por qué te asustas?

—No me asusto, sino que me estraña.

—¿Y qué cosa mas natural que una amiga hablase a otra de su hermano y tanto más cuanto a este hermano se le debia un gran servicio.

—Ya sabes que yo no hago mérito de esa insignificancia, que mas es el placer que me ha proporcionado a mí que lo que en realidad valia la accion.

—Pero el que tú pienses así no es un motivo para que los demas piensen del mismo modo.

—Pero en fin, ¿qué te ha dicho?

—¿Tienes mucha curiosidad?

—Lo confieso.

—Tambien nosotros tenemos la misma, dijo el sarjento, porque todo lo que les interesa a ustedes es natural que nos interese a nosotros.

—Pues bien, hablando sobre la amistad y el agradecimiento y para hacerme conocer la diferencia que habia entre uno y otro sentimiento, me sacó por ejemplo la accion

que habia hecho Enrique y me dijo que por mí sentia amistad y por él agradecimiento.

—¿Y por qué no puede existir lo uno y lo otro? Yo preferiria lo primero a lo último.

—Ya lo creo; pero para que haya amistad es preciso que haya familiaridad y confianza, segun Luisa me lo esplicó, y no puede darse esa familiaridad y esa confianza entre una mujer y un hombre; ¿me entiendes ahora?

—¿Y tú no quieres que esté celoso cuando te llevas la mejor parte?

—¿Tengo yo la culpa? Porque no naciste mujer? dijo Mercedes alegremente; pero no te entristezcas; porque yo haré de modo que lleguen a quererte...

IV.

Mercedes dijo esto con tal naturalidad, con tal sencillez, con tal inocencia, que ni siquiera reparó el efecto que sus palabras habian producido en su hermano; pero no sucedió así a Marta, que desde el principio de la conversacion habia notado el entusiasmo de su hijo y las diversas emociones que habia esperimentado durante la narracion de Mercedes; y la pobre madre tuvo un momento de dolor al considerar que Enrique podia llegar a querer a una persona de tan distinta condicion a la suya y por consiguiente tan imposible de conseguir; pero sus temores desaparecieron al instante considerando que la ausencia y el trabajo borrarian en breve esta impresion pasajera, pues no habia el menor motivo para que llegase a ser un sentimiento duradero y profundo.

—Vaya, Mercedes, dijo el viejo sarjento, que habia escuchado a su hija con la mayor atencion; vaya que lo que nos has dicho nos ha alegrado mas que el mosto, y la prueba es que ahora todos están contentos.

—Todavia me falta lo mejor.

—¿Tienes mas que decirnos?

—Por supuesto que he guardado para los postres lo mas agradable.

—Esto merece otra copa, esclamó Domingo, que se habia puesto de mui buen humor; cuenta ahora, hija mia.

—Voi a narrárselos en dos palabras: cuando ya estaba para despedirme me dijo Luisa: "voi a hacerte un obsequio..." Yo le pedí por favor que no me diese nada; pero me aseguró que no era ninguna cosa de valor, y así consentí; adivinad ahora qué seria.

—Claro está: estos dos hermosos ramos, dijo Domingo.

—Lo traes contigo? le preguntó Marta.

—Sí, mi querida madre.

—¿El traje que vistes, entonces?

—No.

—¡Su retrato!... dijo Enrique, parándose de su asiento.

—Adivinó mi hermano...

Y Mercedes sacó de su bolsillo una lindísima cajita de concha de perla, que abrió en el acto y se la pasó a su madre.

Todas las cabezas se agruparon al rededor de Marta para ver el retrato.

—Qué cosa tan preciosa, esclamó el viejo sarjento entusiasmado. Yo no la habia visto sino a la lijera el otro dia... bien dice Mercedes que es un ánjel. Anda, Enrique, trae los dos velones de la vírjen, que son de esperma, para alumbrar mas y verla mejor.

Enrique obedeció al instante y encendió las luces.

—¡Oh! es divina, volvia a decir Domingo, uniéndose a los elojios que hacian Marta y Mercedes.

Solo Enrique no decia una palabra; pero sus ojos espresaban mas que todas las alabanzas juntas.

—¿Y no dices una palabra, bárbaro?... le preguntó el sarjento a su hijo, con tono entre incómodo y burlon. ¡Parece que no fueras jóven!

Enrique no contestó.

—¡Pero hombre! ¿qué tienes en los ojos que no ves o en la lengua que no hablas?

El mismo silencio.

—Es imposible que no te parezca hermosísima, dijo Mercedes a su hermano.

—Para qué hablar, contestó al fin éste, si no encuentro espresiones que digan todo lo que es y todo lo que yo pienso...

—Es decir que estás en adoracion lo mismo que ante un santo... Me gusta la nueva manera de alabar a una niña o a su retrato, dijo Domingo, riéndose de la mejor gana... Pues en mí ha hecho un efecto mui singular; me ha alegrado el espíritu y me ha abierto el apetito; y diciendo y haciendo, nuestro valiente veterano volvia a engullirse algunas aceitunas mezcladas de pastelitos y rociadas con sorbos de vino.

. . . .

V.

—Ahora, prosiguió, ¿para qué les cuento lo que ha pasado por acá y que estaba en la persuasion de que los iba a entretener? Pero estoi viendo que ya no me escucharán con interes, porque entre lo de Mercedes y lo nuestro hai mucha diferencia.

—No importa, padre mio; díganos lo que ha sucedido durante nuestra ausencia.

—Ya que lo quieren ustedes, han de saber que a eso de las nueve del dia, mui poquito despues que habia salido Mercedes, se nos apareció la señora Anastasia con su sobrino el pintor y una porcion de jente que venia para acomodar la casa. En la puerta de calle ya habian varias carretas cargadas de muebles. ¡Que actividad, hijos mios! Yo y Marta, que nos trasladamos a la casa a invitacion de la tia y para ver si podiamos ser útiles en algo, estábamos sorprendidos

de la lijereza de aquellos hombres y de las disposiciones tan acertadas de la señora y su sobrino, no impidiéndole sus ocupaciones el tener con nosotros las mas delicadas atenciones, tomando de vez en cuando nuestra opinion sobre la colocacion que se debia dár a este o al otro mueble.

A eso de las doce del dia dije al oido a Marta que hiciera preparar algunas frutas y otras cosillas para que refrescasen y descansasen un momento, y en seguida los convidé, habiendo aceptado sin la menor ceremonia, lo que me agradó mucho, pues, como ustedes saben, me gusta la jente llana; mientras tanto los hombres seguian trabajando.

La tia Anastasia me preguntó varias veces por tí (y el sarjento se dirijia a Mercedes) haciendo los mayores elojios e informándose dónde habias ido y si no volverias durante el dia. Yo no quise decirle el nombre de la casa en que estabas, porque no fuera a creer que era por jactarme, y me limité a contestarle que estabas donde una amiga y que no vendrias hasta la noche, a lo que ella manifestó sentimiento, diciendo que se iria sin tener el gusto de verte.

Por lo que hace al jóven, me pareció cumplido, porque es mui buen mozo, afable y modesto; y si tiene el talento que dicen, y que yo no pongo en duda, pues se revela en su fisonomia, es un caballero cumplido. Pero lo que no puedo menos de estrañar, a pesar de lo que dice la tia, es que un jóven de sus cualidades y un artista tan distinguido haya venido a un barrio tan pobre i tan apartado como es el de la calle de San Pablo; sin embargo, tendrá sus razones, puesto que lo hace, y esto no me incumbe a mí averiguar.

—Dicen de que eso es justamente lo que busca, la soledad y el retiro.

—Bien puede suceder, pero yo lo encuentro mui raro, porque la señora Anastasia parece una mujer de sociedad, lo mismo que el sobrino, i no representan ser pobres, tanto por los muebles que han traido cuanto por la manera de gastar; porque, figúrate que en un abrir i cerrar de ojos

empapelaron la sala principal, que dicen que será el taller, y colocaron una linda estufa o chimenea, no sé cómo se llama, haciendo otro tanto con lo que sirve de pasadizo; por otra parte, los muebles parecian flamantes, es decir, como si no hubieran tenido ningun uso.

Se me olvidaba decirles que el criado, a quien daban el nombre de Tomas, parece el muchacho mas listo y mas bien hecho, porque se desempeñaba con una lijereza sin igual, guardando por la señora y su sobrino mucho respeto, lo mismo que por nosotros, a quienes no conocia ni tenia motivo para agradar.

En una palabra, yo estoi maravillado de lo que han hecho hoi, y dicen que mañana se mudan, pues nos convidaron a cenar con ellos en caso que alcanzasen a tener todo arreglado, lo que no dudo en vista de la prontitud con que trabajan.

—Y a pesar de tanto agasajo, dijo Marta, no sé qué encuentro en esa señora que no me agrada, lo que no me ha pasado con doña Ceferina, que al momento me cayó en gracia, queriéndola desde que la ví.

—Porque la una es fea y la otra buena moza, contestó Domingo.

—No es por eso, sino porque en un momento creí ver en la señora Anastasia una mirada tan dura, que me causó miedo.

—Yo tambien te confieso que mas me gusta doña Ceferina; pero nó por eso la señora Anastasia me desagrada, pues es verdaderamente amable.

—Con que, en resumidas cuentas, ¿vamos a tener, se puede decir, en nuestra misma casa, un pintor afamado? y a mí que me parece tan linda la pintura y que me ha prometido Luisa enseñarme ¡cómo me gustará ver los cuadros de nuestro vecino y hacer comparaciones! ¿Será mui difícil aprender a pintar?

—Dicen que sí, contestó Enrique, pero al fin todo se

alcanza; y aun cuando no llegues a ser una artista, al menos te servirá de mucho y te entretendrá.

—¿Y la música? cuando tú vuelvas, Enrique, ya yo sabré algo y podremos algunas veces acompañarnos... ¡Cómo nos divertiremos entonces!... ¡Qué felices vamos a ser!...

—Dios lo quiera, hermana mia... tú eres digna de mejor suerte...

—¿Ya vuelves a las mismas? Yo estoi satisfecha y no ambiciono mas.

—Mercedes tiene mucha razon, dijo Marta: el que se contenta con lo que posee, nunca es desgraciado, y tiene mucho camino ganado en la gracia del Señor... Vámonos ahora a recojer y roguemos al Altísimo que nos preserve de todo mal, concediéndonos lo que sea de su voluntad...

Habia tanta fé, tanta resignacion, tanta confianza en estas sencillas y cristianas palabras, que todos se sintieron con la misma uncion de la madre; porque nada hai de mas dulce y de mas consolador que esa creencia en Dios que fortifica nuestra moral y produce las buenas obras y los buenos pensamientos, y sobre todo, cuando esa creencia es inculcada por la boca de una madre querida y respetada.

Mercedes y Enrique se dirijieron a sus cuartos, mientras Marta iba a prosternarse ante las imájenes de su devocion para rogar por su querido hijo, que por primera vez se separaba de su lado, levantándose mas satisfecha despues de su plegaria, porque no hai cosa que fortifique tanto el espíritu como la oracion, cualquiera que sea la forma, el rito o la relijion del que la practica, pues Dios está sobre todas esas pequeñeces o invenciones humanas que los hombres han denominado cultos, creyéndose cada uno de ellos depositario de la verdad y anatematizando al que no es de la misma opinion o no tiene la misma creencia... Sin embargo, a despecho de nuestras controversias, Dios recibirá nuestra plegaria, ya seamos judios, católicos, herejes, protestantes o idólatras; pues todo esto no es mas que la fórmula o la apariencia,

mientras que el dogma, la oracion, la verdad, Dios, son siempre los mismos y siempre inalterables..............

....

Yo la amo!

I.

Pero si Marta dirijia una fervorosa peticion a la Vírjen, no era menos ardiente y talvez mas apasionada la que Enrique hacia a Mercedes.

Cuando los dos jóvenes se hallaron en sus respectivos cuartos, que estaban contiguos, Enrique cerró con cuidado las puertas, y en seguida dijo a Mercedes:—"No te acuestes, que tengo que hablarte."

—¿Qué quieres, Enrique? le respondió la jóven, algo alarmada por el tono y la manera misteriosa que empleaba ahora su hermano, cuando siempre se espresaba con tanta franqueza, y delante, no solo de sus padres, sino de todo el mundo, porque entre ellos no habia secretos ni tenian que ocultar acciones que no pudieran ejecutarse a la luz del dia.

—Lo que quiero es pedirte un favor mui grande.

—Habla; ya sabes que nada tengo reservado para tí, y puedes contar con él de antemano.

—Quién sabe, hermana mia, si me lo concederás!... No me atrevo casi a decírtelo, porque temo...

—Que te lo niegue?

—Sí.

—Qué puede ser entonces, Enrique?... Me das miedo!... ¿Qué hai en mí? Qué tengo que no te pertenezca? ¿Quieres mi vida? estoi pronta a dártela.

—Quiero el retrato! dijo Enrique, echándose a los piés de Mercedes.

--El retrato de Luisa!

--Sí.

--Levántate, Enrique, y dime para qué lo quieres.

--No lo adivinas? Yo la amo... ¿Entiendes ahora? La amo...

—¡Pobre hermano mio! pobre loco! dijo Mercedes, tomando entre sus manos con compasivo cariño la cabeza de Enrique.

—Dime de una vez, Mercedes, ¿me lo das?

—Sí.

—Hermana mia! mi dulce hermana! mi ánjel!... No sabes el bien que me has hecho!

—¿Con que la quieres tanto?

—No la quiero... no la amo... la idolatro! ¿Cómo podria yo atreverme a quererla? No es amor, sino que es culto el que tengo; y si hubiese partido sin ese retrato, habria sido infeliz!... mientras que ahora... mírame, Mercedes, ahora me voi contento.

—Enrique! Enrique! Pero tú no la has visto mas que una sola vez; ¿cómo puedes amarla así?

—No me lo preguntes, porque no lo sé; pero yo la ví en la Pampilla, la ví antes que tú, y desde ese momento esperimenté en mi corazon una cosa desconocida,... una especie de dolor agudo pero dulce, que sacudió de tal manera todo mi cuerpo, que quedé por algun tiempo como anonadado; ¿te acuerdas que mi padre me preguntó qué era lo que hacia que no caminaba cuando él ya habia marchado? Pues no era otra cosa, Mercedes, sino que estaba inmóvil, sin accion, sin vida... era una estátua y no un hombre!

--Te compadezco, Enrique.

—Me compadeces porque la idolatro?

--¿Y quién mas digna de serlo que ella? Tú misma no lo has dicho? tú misma no lo sientes? ¿Por qué, entonces, aflijirte por mi cariño, cuando te gozas en el tuyo? ¿Por qué hai motivos de pena en lo que tú encuentras motivos de fe-

licidad? Nuestro afecto hácia ella no es acaso afecto? ¿Cuál es la diferencia? ¿Por qué causa te es dado a tí amarla y no a mí? ¿Porqué lo que en tí produce la dicha ha de transformarse en mí en dolor?

—Yo lo ignoro, Enrique, y sin embargo, lo presiento.

—Si tú has conseguido su amistad, ¿por qué no la alcanzaré yo? Confieso mi inferioridad respecto de tí; no tengo ni tus méritos ni tus virtudes para que me distinga ella; pero hai en mí tanto o mas cariño que el que tú esperimentas; y si a tí te estiman y te quieren por él, ¿por qué no me han de estimar y querer a mí, aun cuando sea en un grado inferior, pues no por esto me pondria celoso, como tú has dicho mal, porque yo no tengo celos, sino que tengo envidia...

—La envidia es un mal sentimiento.

—Ya lo sé, y yo nunca creo haberla esperimentado; pero la que ahora siento es dulce en vez de amarga, pues me agrada muchísimo que ella te quiera.

—Tú tambien participas de su afecto, aunque de una manera distinta.

—De veras, Mercedes? ¿Y por qué distinta? Dímelo.

—Porque te está agradecida y porque eres hombre, segun Luisa misma me lo esplicó; y me dijo que no podia ser tu amiga asi como lo era mia.

—¿Y por qué no olvidar esa gratitud y dejar de pensar en mi sexo?

En la ardiente pasion de Enrique habia tan pura inocencia, y dijo estas palabras con tanta naturalidad, que hasta Mercedes, que era la sencillez por escelencia, no pudo menos de reirse.

—Entonces querrias no haberla salvado y tambien dejar de ser hombre?

—Seguramente, en cambio de obtener su amistad.

—Pero si no hubieses evitado ese peligro, habria muerto Luisa, y si dejaras de ser hombre no socorrerias a nuestros padres ni a tu hermana Mercedes.

—Tienes razon; en lugar de progresar, cada dia estoi mas estúpido; ¿cómo he podido decir tamaño disparate?

—Conténtate, Enrique, con el sentimiento que has inspirado.

—Imposible, hermana; es tan poco... y yo deseo tanto, porque amo tanto!...

—Esto es lo que me asusta.

—¿Temes que no lo conseguiré nunca?

—Enrique, piensa que hai una diferencia tan grande entre Luisa y nosotros. Piensa que ella es casi un ánjel. Piensa que está en una esfera tan elevada.

—Ya lo he pensado, Mercedes, y por eso ambiciono.

—Ahora te comprendo. Por eso me hablabas de aquellos jóvenes ricos que veíamos en el paseo... por eso deseas la fortuna, cambiar de posicion y ganar oro, mucho oro; por eso te vas ahora a trabajar al campo.

—Justamente.

—Pero Luisa no solo es rica, sino que es noble; y no solo es noble, sino que es instruida, sábia, virtuosa, elevada, pura!... mientras que nosotros...

—Por Dios! Mercedes, no me desalientes... no desgarres mi corazon de por sí tan abatido!

—¿Qué quieres que haga, Enrique? ¿Qué quieres que te diga si no es lo que pienso y lo que siento?

II.

El jóven obrero, fuera de sí, se paseaba por el pequeño cuarto sin poder dominar ni ocultar su ajitacion interior. Al cabo de un momento y como poseido de una súbita inspiracion, se acercó a su hermana. El semblante de Enrique brilllaba con un fuego divino, era imponente y atractivo, dominador y suave, absoluto y eterno; era la imájen de la belleza unida a la fuerza y de la mansedumbre, armonizada con la voluntad y la enerjia. Si Luisa lo hubiera visto en

aquel instante, hubiera sido envuelta en ese torrente de electricidad, en ese mar de atraccion que parecia brotar de sus ojos, de su frente, de su actitud; y el golpe habria sido decisivo, porque lo habria amado indudablemente! Mercedes misma sintió una conmocion estraña al contemplar a su hermano, que nunca se le habia presentado así, y que le parecia otro hombre, pero un hombre mui superior. Entonces, Enrique, mirando de frente a Mercedes, le dijo, con una entonacion de voz que tampoco le habia oido hasta ese momento:—"Si ella es rica, yo tambien conseguiré serlo; si ella es noble, yo seré grande; si ella es instruida, sábia, virtuosa, pura y elevada, yo seré lo mismo y de esta manera no habrá la menor diferencia y podrá amarme!... Y lo seré, Mercedes, porque quiero serlo, porque esta es mi voluntad y no habrá nada que me resista, te doi mi palabra, y si es necesario te lo juro." Y acto contínuo de pronunciadas estas palabras, desapareció como por encanto la enerjia del semblante de Enrique, para dar lugar a la dulzura, y tomando las manos de su hermana con sumision, casi con respeto, se las acarició, regándolas a la vez con sus lágrimas.

—Hermano mio, mi querido hermano, le dijo Mercedes; casi me has intimidado con el fuego que salia de tus ojos, pero me han gustado muchísimo tus palabras; sin embargo, no confies tanto en tu voluntad y sigue el consejo de mi madre; pídele a Dios lo que deseas, que él te dará los medios y al fin lo alcanzarás.

—Lo crees, Mercedes?

—Estoi segura de ello, contestó la jóven con tono profético; porque cuando se le pide a Dios, la intelijencia se eleva, el corazon se ensancha, la esperanza crece y la virtud se aumenta, como dice mi madre y como yo misma he tenido ocasion de esperimentarlo en algunas pequeñeces de mi corta y pobre existencia.

—Eres un ánjel, hermana mia, de la misma especie que Luisa, y me dejaré llevar en todo de tus saludables consejos.

—No hables así, Enrique; no hagas comparaciones falsas: tú no conoces a Luisa y por eso me comparas a ella; pero advierte que hai una diferencia inmensa que me complazco en reconocer; hai una superioridad que tengo gusto en acatar y confesar.

—No, Mercedes, tu alma debe ser igual a la suyá, y tu intelijencia es mui superior a tu edad y al poco cultivo que has recibido; cuando tengas su instruccion, cuando adquieras lo que a ella le ha dado su fortuna, entonces no habrá la menor diferencia.

—No me envanezcas, Enrique, ni pretendas que éntre en mi corazon el amor propio, porque mi madre dice que es mui malo y que uno debe combatirlo; con que así, no me des malos consejos.

—Bueno, obedece a mi madre, que ella sabe mas que nosotros y te conducirá como nos ha conducido hasta aquí. Ahora déjame pedirte otro favor.

—Cuál?

—Que me guardes el secreto de lo que te he revelado, tanto con la señorita Luisa como con mis padres. Tendria mucho temor en que lo supiera la primera y mucha vergüenza en que llegaran a penetrarlo los segundos; porque la señorita Luisa me consideraria como un insolente y los otros como un insensato. Déjame, Mercedes, adquirir algo; déjame que crezca en virtudes, en talento, en dinero para justificar miosadia, y entonces serás dueña de divulgar el secreto; pero nunca sin que yo te lo advierta, porque quiero ser primero el juez de mí mismo.

—Mucho me costará tener algo de oculto, algo de reservado en mi corazon para mis padres y para mi amiga; pero te lo prometo. Ahora puedes irte a acostar tranquilo, pues creo que ya viene el dia.

—Y no me das el retrato? preguntó Enrique a su hermana, con tímido embarazo.

—Mañana cuando te vayas, porque quiero tenerlo con-

migo toda la noche, antes de carecer de él por tanto tiempo.

Enrique obedeció, besó a su hermana cariñosamente y se fué a acostar, no para dormir sino para soñar.

V.

Nuestro héroe, de una condicion humilde, sin mas fortuna que la de sus brazos, sin porvenir, porque pertenecia a la clase obrera, que todo el mundo humilla y desprecia, sin instruccion sólida y casi en la imposibilidad de adquirirla, porque estaba en la obligacion de alimentar a su familia por medio del trabajo manual, que absorbe jeneralmente todo el tiempo de que puede disponer el pobre; nuestro héroe, decimos, sobre cuya cabeza pesaba ese cúmulo inmenso de preocupaciones injustas que es casi imposible vencer aun a los que se encuentran mejor colocados, no tenia mas que su amor que le sirviera de espada para combatir y de cuando en cuando para defenderse. Y sin embargo, se habia propuesto adquirir virtud, nombre, gloria, fortuna! Y se lanzaba en el vasto campo de la vida, en medio del tumulto de las sociedades, del estrépito de los intereses encontrados, del torrente de las envidias, del mar insondable de la corrupcion descarada o encubierta del vicio audaz o solapado, sin mas guia, sin mas brújula, sin mas faro que un sentimiento; pero este sentimiento era el amor!... El amor que todo lo depura, que todo lo engrandece, que todo lo eleva!

¿Quereis abrir el pecho de un jóven a la virtud? Quereis que tenga santas y sublimes inspiraciones? Quereis que sea susceptible de entusiasmo? Quereis encaminarlo a la abnegacion y al sacrificio? Quereis que marche impávido y sereno hácia la muerte? Quereis llevarlo hasta la heroicidad? Quereis blindar su corazon al vicio? Pues enseñadlo a amar; porque esta pasion divina, esta pasion que es el gran código de la naturaleza y la lei eterna del Evanjelio, lei en que

está basado el desarrollo y el perfeccionamiento de la creacion y de la especie, fecundiza cuanto instinto noble hai en el alma del hombre.

No anatematiceis el amor, divinizadlo; no os empeñeis en estinguirlo, sino en ayudarlo; no lo presenteis como un mal, sino como un bien, y el suave aroma de la virtud se exhalará del pecho del jóven en medio del deleite y se estenderá a la familia y comprenderá a la sociedad...............

....

La partida.

En la

Pronto vino el nuevo dia sin que ninguno de los de la casa, escepto Domingo, hubiera pegado sus ojos, porque Marta y Mercedes se habian llevado pensando en Enrique, aunque de una manera distinta, y éste en Luisa; asi es que todos se levantaron mas temprano que de costumbre, sin contar, como ya lo hemos dicho, al honrado sarjento, que en la noche antes habia hecho mas libaciones que de ordinario.

Enrique principió a acomodar sus bagajes, que, aunque no mui numerosos, eran, sin embargo, mui superiores a los que poseen jeneralmente nuestros artesanos; pues independientemente de una buena cama colocada en un limpio almofrej, de un baúl lleno de ropa, de un cajon de libros, tenia tambien su silla inglesa de montar a caballo y una escopeta de dos cañones, con todos sus útiles, como polvorines, saco, etc.

Marta y Mercedes, ambas llorando y ambas consolándose, preparaban un canasto bien provisto en que no faltaban los pollos fiambres, los huevos duros, el queso, una gran troncha de jamon, aceitunas, vasos, platos, cubiertos, y hasta la sal no se habia olvidado a esta amante y previsora madre.

Nos detenemos en todas estas minuciosidades, que parecerán a nuestros lectores mui insignificantes, porque en jeneral nuestros artesanos no viajan sino con lo *encapillado*, durmiendo donde les pilla la noche y comiendo lo poco que se les presenta en las pobres ventas que encuentran en el camino, sin que piensen jamas en mejorar su condicion; se-

gun esto, el equipaje de Enrique podia pasar por el de un caballero acomodado, del que en verdad no se diferenciaba, gracias al órden, a la economia y prevision de Marta, que habia inculcado tan buenos hábitos en sus hijos con su práctica, con su ejemplo y con su enseñanza.

Llegada la hora de partir, Enrique abrazó a sus padres diciéndoles que no tuvieran el menor cuidado y que les escribiria con frecuencia.

Marta no le respondió ni una sola palabra, sino que lo apretaba entre sus brazos, sollozando y articulando apenas el nombre de hijo, mi querido hijo... Al viejo sarjento caíansele las lágrimas en sus espesos bigotes, que chupaba con frecuencia. Mercedes tenia las manos de su hermano y trataba de aparecer serena para no entristecer mas a su madre, cuya sensibilidad conocia.

Al fin Domingo dijo con voz bronca para aparentar enerjia:—"*El mal paso andarlo luego.* Es preciso que esto concluya, danos el último abrazo, y abur"...

Enrique volvió a abrazarlos nuevamente, y cuando llegó donde Mercedes, ésta le pasó ocultamente el retrato. Un rayo de alegria brilló entre las lágrimas del jóven obrero y su semblante pareció animarse.

Por tercera vez se acercó donde su madre y le dijo:— "Míreme... yo voi contento, porque estoi seguro que no me ha de suceder nada; asi, es necesario que se tranquilice y que no tema por mí." Y dando a todos el último beso, partió como un rayo. En la puerta de calle se detuvo; volvió a saludarlos y se entró al coche. Despues lo seguiremos nosotros.

Marta se arrodilló ante sus imájenes, acompañada de Mercedes, oró un momento y luego se levantó mas tranquila, yéndose a sentar al lado de Domingo, que permanecia en silencio.

II.

Una hora mas tarde aparecia con cara risueña en medio de aquella sociedad, la tia Anastasia, que reparando en el aire mustio de los circunstantes, preguntó, aparentando el mayor interes:—"¿Qué ha sucedido? Los veo tan melancólicos, tan diferentes de lo que estaban ayer, que temo haya acontecido alguna desgracia."

—No nos ha sucedido ninguna desgracia, respondió Marta con sequedad, pues estaba mui contrariada con aquella visita; sentimos solo la ausencia de nuestro hijo.

—Dios mio! se ha fugado! Calaveradas de jóvenes; no hai que hacer caso...

—Enrique, señora, volvió a contestar Marta con mayor terquedad, no es de esos que se fugan de su casa... Enrique ha ido a trabajar para mantener a sus padres.

Al oir esto la tia Anastasia pensó que se hacia alusion a ella, y miró con fijeza a Marta; pero conociendo que no habia el menor doblez en lo que se le decia, respondió:

—Esa sí que es virtud, y no de estos tiempos: ustedes son mui felices, porque ahora la juventud está tan corrompida! ¡Cómo va a sentir mi sobrino Víctor esta ausencia, pues es indudable que habria tenido mucho gusto en ser su amigo!

La tia Anastasia continuó hablando con volubilidad, haciendo cumplidos a Mercedes y elojios a Marta y su marido, que apenas le contestaban.

Viendo que en este terreno nada conseguia, porque no era la vanidad el flaco de aquella jente injénua y sencilla, pero de un alto buen sentido, cambió de rumbo, y dirijiéndose al sarjento le dijo:

—Qué le parece a usted, señor Lopez, nuestro trabajo? Para hoi antes de la oracion ya nos tendrá usted de vecinos, pues todo estará concluido; y si ustedes nos hacen el honor de acompañarnos, tendremos una cenita de confianza como

a mí me gusta para celebrar la nueva habitacion y la nueva amistad, que espero en Dios (y Anastasia hizo una reverencia) ha de ser eterna; porque con vecinos tan recomendables como ustedes, y perdóneme su modestia, las relaciones, una vez contraidas, son mui durables.

—Usted nos dispense, señora, respondió el sarjento, pero hoi no tenemos el ánimo mui a propósito para ir a ninguna parte. ¿No es verdad, Marta?

—Así no mas es, señora.

—Pero es una manera de distraerse: las penas es preciso desecharlas.

—Le agradecemos a usted; será para otra ocasion.

—Lo siento, pero al menos dejen ustedes ir a Merceditas.

—Imposible, señora, dijo Mercedes, porque estoi comprometida de antemano a ir hoi donde una amiga.

—Qué se ha de hacer!... he salido mal en mi empresa, pero otra vez no será tarde...

Y la tia Anastasia, sin abandonar su tono zalamero, aunque en realidad estaba contrariada, porque hubiera deseado conocer mejor las fuerzas del enemigo para entrar luego en campaña, se despidió, no sin exijir que la acompañasen la noche siguiente.

III.

Cuando quedaron solos, Domingo observó a Marta que habia usado un tono un poco duro y que no era justo emplearlo con una persona que tenia la amabilidad de venir a convidarlos; pero Marta dijo que no estaba casi en ella el obrar así, porque sentia una antipatía invencible por esa señora, a pesar de sus maneras obsequiosas, pues ese obsequio mismo no le parecia natural y le disgustaba.

Domingo no quiso contradecirla en aquellas circunstancias, pensando tambien que la ausencia de Enrique podia

haber alterado en algo la habitual mansedumbre de su mujer.

Mercedes, viendo a su madre así y sobre todo tan contristada, le propuso quedarse en la casa, y que, aun cuando vinieran a llevarla, no iria donde Luisa, pues se encontraba ella misma con el ánimo abatido; pero Marta no quiso aceptar, calculando que su hija tuviera allá distracciones de las que no queria privarla, ya que ella no podia proporcionárselas.

En vano Mercedes le hizo presente que no hacia el menor sacrificio; porque si era verdad que le gustaria ver a Luisa, no era menos cierto que tambien le agradaba el quedarse, tanto mas cuanto que en su visita se estaria acordando de ella a cada momento; sin embargo, a pesar de todas estas reflexiones, Marta fué inflexible, ya fuera porque desease quedarse sola para entregarse a su dolor sin testigos a quienes pudiera contristar, o ya porque deseaba que Mercedes cultivase una amistad que tanto la honraba y que podria serle mui provechosa; y aunque no obraba en ella ninguna idea de cálculo, es decir, de interes bajo, deseaba ardientemente que su hija se instruyera mas, pensando, y con razon, que en ninguna parte ni con ningun maestro podia adelantar tanto como con el trato familiar de Luisa. En consecuencia, dijo a Mercedes de irse a arreglar para estar preparada y no hacer esperar a la señora Ceferina, que seria la que indudablemente viniese por ella, como en la ocasion anterior.

Mercedes obedeció, aunque con cierto sentimiento, porque en realidad le dolia dejar a su madre; pero ésta se puso como de costumbre a desempeñar sus quehaceres, distrayendo y ocultando a la vez su pesar con el trabajo.

El almuerzo, retardado por la partida de Enrique y por la visita algo matinal de la tia Anastasia, fué servido sin que nadie le hiciera los honores, pues hasta Domingo, por lo regular de buen diente, no sentia apetito ese dia. En va-

no Marta, que talvez era la mas acongojada, trató de animarlos y hasta de sonreirse; pero tanto Mercedes como su padre comian poco, viéndose claramente que lo hacian por complacer a Marta y por distraerla. Esta maniobra no surtia el menor efecto, pues el contenido de la fuente no disminuia, y habiéndolo observado Marta, dijo: "aprovechemos al menos nuestro almuerzo y veamos quiénes son los que mas lo necesitan entre los habitantes del conventillo;" y despues de reflexionar un poco tomó la fuente y se la llevó en persona al cuarto de una viuda enferma que tenia algunos niñitos y que al parecer era mui miserable, aun cuando jamas se quejaba.

Consuelos de una amiga.

I.

Como a las doce del dia paró el coche de Luisa a la puerta de calle y bajó de él Ceferina. Mercedes salió a recibirla a la mitad de la calle del conventillo, manifestando con naturalidad el placer que le causaba aquella visita, pero notándose a traves del gusto real que esperimentaba, un fondo de tristeza. Ceferina, sin apercibirlo, en el momento se dirijió al interior de la casa.

—Buenos dias, señora Marta, buenos dias, señor Lopez, dijo a los padres de Mercedes, que se pararon en el acto, contestándole con cariño su saludo.

Si no hubiera estado obligada a hacer algunas dilijencias indispensables me habrian tenido ustedes mas de mañana, porque Luisa estaba impaciente y queria que viniese cuanto antes a llevar a Mercedes.

—Agradecemos tanto, contestó Marta, el interes que toma la señorita por nuestra hija, que no tenemos espresiones para manifestárselo, pero que Dios le pagará, ya que nuestra gratitud vale tan poco.

—No hai nada, señora, mas apreciable ni de mas valor para Luisa que el afecto de la jente buena y honrada; pero noto que ustedes esperimentan algun pesar.

—Sí, señora, dijo Domingo; nuestro hijo se ha ido hoi para una hacienda a hacer un trabajo que lo tendrá fuera de su casa por algunos meses, y como nunca se habia separado de nosotros...

—Lo comprendo, están ustedes con ese sentimiento: nada mas natural; un buen hijo debe echarse tanto menos!

—Así es, señora.

—Entonces no me llevo conmigo a Mercedes, porque seria una crueldad dejar a ustedes solos.

—Yo le decia lo mismo a mi mamá, repuso Mercedes.

—Bien hecho, hija mia, y Luisa, aunque se prive de una satisfaccion, verá que es por un justo motivo.

—No, señora, replicó Marta; mi deseo es que vaya Mercedes a distraerse; y ya se lo tenia ordenado desde antemano, pues me habia hecho las mismas observaciones.

Ceferina y Mercedes insistieron, pero todo fué inútil, viéndose obligadas a marchar.

Cuando hubieron partido, Marta dijo a su marido:

—¿Has notado la diferencia que hai entre la conducta observada por la señora Ceferina y la señora Anastasia?

—No, porque ambas me parecen mui amables con nosotros.

—Pero la una queria llevarse a nuestra hija y la otra queria dejarla. ¿Qué te parece esto?

—No comprendo, ni sé lo que tú puedas inferir.

—Pues yo deduzco que la una nos quiere y la otra no; que la una se compadecia de nuestra afliccion y queria dejarnos a Mercedes para que nos distrayese, mientras la otra no tenia este miramiento, es decir, que la amistad de la primera es verdadera, y no la de la segunda.

El sarjento se puso a reflexionar sin contestar a su mujer.

Marta habia adivinado, porque hai en la sensibilidad de las personas bien dotadas, cierta presciencia que suple a la educacion y al talento y que algunas veces las aventaja. A una naturaleza delicada le hiere la mas pequeña cosa; una mirada, un jesto imperceptible, una palabra, un movimiento, la entonacion de la voz, que para otros pasan desapercibidos, aun siendo instruidos y sabios, le basta a ella para juzgar y conocer las intenciones de las personas, sus

virtudes y vicios y hasta sus cualidades y defectos, pues la sensibilidad tiene su criterio propio y esa intelijencia peculiar que algunos llaman instinto sin serlo, pues el instinto es comun a todos y desarrolla bajo una misma forma, mientras que la sensibilidad es un don especial de ciertas y determinadas almas, si bien hai ciertos grados, como en todas las cosas.

II.

Cuando Mercedes vió a Luisa, se echó llorando en sus brazos, con esa espontaneidad que produce el dolor y que se desenvuelve mas a la vista de las personas que queremos y que sabemos que simpatizan con nuestra afliccion.

—¿Qué es lo que tienes? preguntó Luisa a Mercedes, con sobresalto.

Mercedes contó entonces a su amiga la partida de su hermano.

—Pobre niña! la dijo Luisa; tienes razon para estar afligida, desde que es la primera vez que se separa de ustedes; pero segun lo que me has manifestado, no hai motivo para abatirse tanto: el hombre, hija mia, es preciso que trabaje, este es su rol y este es tambien el medio único que tiene para formarse, segun lo he oido decir a muchos sujetos respetables, y segun una misma, a pesar de su inesperiencia, puede fácilmente comprenderlo. ¿Cómo estarias tú, cómo lo estarian tus padres de contentos, si tu hermano llegase a hacerse una posicion ganada con su honradez y con su trabajo? y cómo lo estaria él mismo? Yo creo que el mas satisfecho de todos seria indudablemente tu hermano; de consiguiente no debes entristecerte de lo que será mas tarde un motivo de gusto para todos. Nada mas natural que ahora llores, pero tambien debe mitigar tu afliccion el resultado que él espera obtener y que redundará en beneficio de él y ustedes.

—Nunca dejas de tener razon, Luisa, y de tus labios parece brotar el consuelo. Si mi madre te oyera, estoi segura que se consolaria mucho, porque es la que mas lo siente.

—Madre al cabo!... Pero el mejor medio de divertir el dolor, segun el dicho de un escritor célebre, es ocuparse de alguna cosa; en consecuencia ¿qué es lo que quieres que hagamos? Principiaremos nuestras lecciones por la pintura, por la música, o por el bordado? Lo que tú elijas es lo que se hará.

—Para la música o para la pintura me parece que se necesita cierta alegría en el espíritu, alegría que no tengo ahora a pesar de estar a tu lado.

—Ingrata! ¿Entónces quieres que nos pongamos al bordado?

—Si no te fastidia...

—Fastidiarme! ¿Estás loca? ¿Cómo podria sentir el fastidio estando a tu lado?

—La pulla está buena, Luisa!... Sabes herir con tanta suavidad y dulzura, que es de agradecer tus invectivas y pedirte que las repitas con frecuencia.

Las dos jóvenes se sentaron al bastidor. En esta postura, que tanto favorece a la mujer, parecian dos jemelos por la gracia y la hermosura, aunque de tipos completamente distintos; pero un célebre pintor al copiarlas habria podido hacer el mas animado e interesante cuadro.

A las pocas lecciones, Mercedes habia comprendido lo que le enseñaba Luisa, admirándose ésta de la sorprendente facilidad de la primera; así es que le dijo:

—Si en todo continúas de la misma manera, tendré el pesar de que en poco tiempo me veré obligada a dejar de ser tu maestra, y quién sabe si no estaré forzada a pasar por la humillacion de ser tu discípula.

—No me lisonjees, Luisa.

—Yo no lo acostumbro, hijita, como tú, pues por el contrario se tiene de mí la idea de ser mui seca y mui exijente; pero vamos a ver si aprendes con la misma facilidad esta

otra clase de bordado, porque ese ya lo sabes y solo te falta un poco de práctica para que lo hagas perfectamente; y Luisa llevó a su amiga hácia otro bastidor, en el que principiaron un nuevo trabajo.

En medio de sus tareas, pues la primera leccion no se limitó al bordado sino a varias otras cosas, fueron interrumpidas por una criada, que dijo a Luisa:

—Señorita, el jardinero de la hacienda desea hablar con su merced, porque la señora, como está indispuesta, ha dicho que no podia recibirlo.

—Dile que entre.

En el instante apareció un hombre de mediana estatura, con pera y bigotes, y tan decentemente vestido, que parecia un caballero, sin mas diferencia que sus manos gruesas y callosas en que se conocia al trabajador.

Este hombre, quitándose respetuosamente el sombrero, dirijió la palabra a Luisa en un idioma que Mercedes no entendia, admirándose que Luisa contestara con la misma desenvoltura y facilidad que si lo hiciese en su propia lengua.

Cuando el jardinero hubo partido, Mercedes dijo a Luisa.

—No sabia que hablases otro idioma que el nuestro.

—El que te enseñaré tambien, aun cuando para nosotras no son mui necesarias las lenguas, porque no hemos de ser ni diplomáticas, ni jurisconsultas, ni comerciantas; sin embargo, es un adorno y una utilidad, porque prueba una educacion esmerada y porque nos da facilidad para leer muchos libros útiles que no están traducidos. El frances, en la actualidad, ha llegado a ser casi indispensable, tanto por sus célebres escritores y las producciones que aparecen diariamente, cuanto por lo universal que se ha hecho: el frances es el idioma de las personas de buen tono; el ingles el de los comerciantes.

—¿Y tú los sabes ambos?

—Me he dedicado mas al primero, pero entiendo algo del segundo.

—Tú no ignoras nada, Luisa!...

—Ai, hija mia! Díme si sabré algo cuando uno de los mas grandes jenios que han existido en este mundo, dijo estas palabras que han llegado hasta nosotros, y que pasarán a la posteridad mas remota: "lo único que he alcanzado a saber es que nada sé."—Pero dejémonos de filosofías y vamos a hacerle una visita a mi mamita, que sigue indispuesta y que tendrá mucho gusto de verte.

III.

Doña Juana recibió a Mercedes con el mismo cariño que el dia anterior y permaneció un rato largo mui entretenida conversando con ella, porque la natural intelijencia de Mercedes unida a su sencillez y modestia, agradaban a todo el mundo y con especialidad a las personas de buen corazon, como doña Juana, que dan gran valor a las dotes del alma, cuidándose poco de las que proporciona la fortuna, especialmente cuando la tienen.

Mercedes trató de despedirse mas temprano que el dia anterior y Luisa no la detuvo, teniendo en consideracion el móvil que la hacia marcharse, móvil tan santo y necesario como lo es el deber; sin embargo, le previno que al dia siguiente mandaria por ella mas temprano para tener lugar de comenzar a la vez todas las clases, haciendo una distribucion conveniente y proporcionada del tiempo que les era dado disponer.

Domingo y Marta habian pasado el resto del dia tristes y solos, ocupados únicamente, y con cierta languidez, como la que se tiene cuando el ánimo se encuentra abatido, en los quehaceres de la casa, sin mas interrupcion que un recado cariñoso que les mandaba la tia Anastasia, acompañándolo con una gran sopera de helados de naranja, que el sarjento depositó en un cubo de lata para que se conservasen hasta que llegara Mercedes, la que aparecia cuando to-

davia no la esperaban, presumiendo que se vendria a la misma hora que el dia anterior.

Contenta la niña de ver a su madre, se empeñó en consolarla así como lo habian hecho con ella y contó a Marta la larga conversacion que habia tenido con Luisa, y las reflexiones tan justas que le hiciera respecto a la partida de Enrique como a las muchas esperanzas y quizá a la fortuna real que de ella dependia.

Cada una de las palabras que decia Mercedes la apoyaba Domingo con un signo de aprobacion, como quien dice: eso era lo que yo pensaba, eso era lo que yo mismo les decia y no querian creerme.

La vista de su hija, (porque no hai cosa que consuele mas que un ser amado) el pensamiento de Luisa, de que ella era el mensajero y el intérprete, volvieron su buen humor a la vieja Marta, que principió a reirse y a hacerle caricias a Mercedes, con lo cual el pobre Domingo mudó tambien de semblante y de tono, no con afectacion estudiada sino naturalmente; pues el regocijo de su mujer era el suyo, así como era tambien la tristeza, estando acostumbrado a vivir con ella y por ella, sin que jamas existiera entre ambos el menor choque, lo que hacia su felicidad, sirviendo a la vez de ejemplo a sus hijos y de estímulo a los vecinos.

La union en el matrimonio, es como se dice vulgarmente, *honra y provecho.* Cuando ella no existe, no puede haber ni órden en la casa, ni progreso en los intereses, ni moralidad en la familia, perdiendo los hijos el respeto a sus padres y el padre el amor a los hijos, perdiendo el marido y la mujer la honra propia y la consideracion ajena; mientras que cuando reina esa venturosa armonía, todo florece: riqueza, bienestar, virtud, respetos, consideraciones, cariño, todo nace de ella; y la buena simiente se difunde;... y la patria, lo mismo que la sociedad, aprovecha de esa union, porque es el buen grano que ha producido una buena espiga y la buena espiga una escelente sementera...

El pintor Víctor.

I.

Durante ese dia, Guillermo, o diremos mejor, Víctor, el querido sobrino de la tia Anastasia, el pintor célebre que buscaba la soledad para evocar la inspiracion, se paseaba furioso de un estremo a otro del pretendido taller, sin conseguir que sus emisarios le trajesen buenas noticias de la vecindad. La tia Anastasia habia andado rondando, pero sin atreverse a entrar, porque no habia sido tan bien recibida en la mañana. Tomas, el célebre y virtüoso criado, habia ido varias veces en busca de Teresa, su antigua amiga, y a quien recordará el lector por los beneficios que le hiciera Mercedes en un dia de tribulacion, sin llegar jamas a encontrarla; de manera que Guillermo o Víctor, como lo llamaremos durante el tiempo que dure la intriga que se habia propuesto llevar a cabo, estaba escesivamente contrariado, porque le parecia mucho perder el espacio de un dia cuando solo habia fijado un mes o mui poco mas para la consecucion de sus proyectos; pero habia tenido que conformarse con su mala fortuna, viéndose obligado a retirarse, dejando a su criado de guardia, el que estaba bajo las órdenes inmediatas de Anastasia y que era el único que no debia abandonar el puesto; porque, tanto la matrona examinada como el elegante petimetre, tenian que atender a otras obligaciones, es decir, la primera a su profesion y el segundo a sus intrigas amorosas, a su club, a su tertulia, en una palabra, a sus placeres, que eran los que componian toda

esa brillante existencia llena de egoismo, de vicio y de maldad, que se denomina aquí, como en todas partes, la *juventud dorada*, la que no es otra cosa que una especie de pólipo o escrecencia que se adhiere al cuerpo de una sociedad corrompida por el sensualismo brutal, por la avaricia rastrera y por la incredulidad estúpida, ¡y sin embargo, esto es lo que se llama mundo, elegancia, cultura, conveniencia, civilizacion, progreso!....

II.

El dia siguiente llegó como llegan todas las cosas, y cada ser viviente vuelve a anudar sus proyectos de la víspera: Luisa mandaba en busca de Mercedes y Guillermo, Anastasia y Tomas tendian sus redes con el mismo objeto.

Ceferina llegó a las nueve en punto a casa de Mercedes, y ésta la estaba ya esperando, y, salvo el tiempo gastado en saludar a Domingo y a Marta, que recibieron al aya de Luisa con su franca amabilidad, subieron luego al coche.

No tardó mucho en aparecer tambien la tia Anastasia; y cuando preguntó por Mercedes y le respondieron que habia salido y que no volveria hasta la noche, la maldita vieja no pudo casi ocultar una espresion de disgusto al oir esto, espresion que no pasó desapercibida a Marta, a pesar de ser instantánea; pero como la acreditada matrona tenia un grande predominio sobre sí misma, pudo componer casi en el acto su semblante, no figurándose que la hubieran notado tan rápida alteracion.

—Veo que pasea mucho la señorita Mercedes, dijo Anastasia a Marta, con el tono mas natural y mas amable del mundo.

—No, señora, hace solo tres dias que está yendo a visitar a una señorita que se ha dignado ofrecerle su amistad.

—Cuidado mi sia Marta! mire que suele haber mucho peligro en esas amistades y en esa libertad dada a las niñas.

—Señora! agradezco su interes, pero yo sé lo que hago y mi hija sabe cómo obra.

—No ha sido mi intencion poner en duda su prudencia y la virtud de la niña, sino que era una advertencia amistosa.

—Que debo agradecerle tanto mas cuanto que no se la he pedido.

La tia Anastasia se mordió los labios: el buen sentido triunfaba de la astucia; pero volvió a la carga y replicó con afectada sencillez:

—Parece que no le ha agradado mi observacion o que equivoca mi buena intencion.

—Creo no haber manifestado lo primero y puedo asegurarle que no he pensado lo segundo, pues si así fuese se lo habria dicho claramente.

—Yo tambien soi partidaria de esa franqueza, porque es la que conserva la buena intelijencia en las relaciones.

—Tiene usted razon y cuente usted con encontrarla siempre en mí. Ya que en esto estamos de acuerdo, uso de esa misma franqueza para convidarla esta noche a tomar alguna friolera en casa, lo que agradará mucho a mi sobrino, pues me ha hablado de ustedes mui bien, diciéndome que así son las relaciones que le agradan, y esto a pesar de no haberlos visto mas que un momento.

—Agradezco las buenas ausencias del señor Víctor. Respecto a su convite, lo acepto con gusto en caso que Mercedes venga temprano.

—Temprano o tarde, señora, nosotros aguardaremos

—Siento que ustedes se apensionen.

—No es pension ninguna, señora. Quedamos convenidos, ¿no es verdad?

—Está bien, señora.

La tia Anastasia se despidió mas contenta de lo que habia estado al principio; pero no por eso dejó de reflexionar y decir entre sí misma: "la vieja ésta es mas difícil de lo

que yo creia, no le falta malicia y es preciso *pisar con tiento;* pero al *freir de los huevos lo veremos:* con la tia Anastasia no hai bromas."

Advertido Guillermo o Víctor Escobar (pues este era el nombre y apellido del supuesto pintor) de que vendrian en la noche, hizo prepararlo todo de manera a producir el efecto que deseaba, dando sus órdenes hasta en los mas minuciosos detalles, pues muchas veces sucede que aquello que parece insignificante es lo que decide del éxito.

Una persona observadora y fina, y de éstas era Marta, no por educacion sino por naturaleza, lo mismo que la tia Anastasia, pero con intenciones diversas, se fija siempre para juzgar del carácter de las personas, no en las grandes frases, ni en el grande aparato, sino en aquellos deslices que se escapan sin pensar: en un mueble mal puesto, en un trasto ordinario en medio del lujo, en una vulgaridad cualquiera cuando se hace ostentacion de finura, porque todo esto habla mas alto que ese barniz con que se disfrazan los defectos y se ocultan las miserias; y por esta razon Víctor Escobar, a quien le habia bastado una sola entrevista para conocer el escelente juicio de Marta, por esta razon, decimos, tomó todas aquellas precauciones necesarias para que no se revelase lo que él era en realidad sino lo que queria aparecer; de consiguiente, hizo arreglar la mesa con gusto, pero sin lujo, como era propio de un artista y no de un hombre de fortuna y del gran mundo.

III.

Cuando Mercedes volvió en la tarde de casa de Luisa, donde no quiso quedarse a comer por acompañar a sus padres, le dijo Marta: "arréglate, hija mia, pues esta noche tenemos que hacer una visita los vecinos."

—Mucho lo siento, porque estoi recargada de trabajo, habiéndome dado Luisa una leccion de frances para mañana, que debo llevar aprendida.

—De frances! ¿Y para qué te servirá el frances?

—Luisa me ha dicho que desea enseñarme todo cuanto sabe y yo quiero darle gusto. Hoi me ha dado la primera leccion de música, de dibujo, de bordado y de frances, y estoi contentísima, solamente que en la última tengo que aprender algo de memoria, y me ha regalado su gramática. Por lo que hace a la utilidad, madre mia, ella me ha dicho que, a mas de ser un adorno, servia para poder leer libros mui buenos que se publican en este idioma.

—Cuánta bondad, hija mia! Cómo debemos estar agradecidas a esa señorita...

—Ai! yo la quiero... la quiero muchísimo!

—Con razon, hija mia; pero a mas de quererla es preciso estarle agradecida.

—Ella me ha dicho que no, porque soi su amiga y entre amigas no existen favores sino cariño, y por consiguiente no debe haber gratitud.

—Esa es una esquisita delicadeza de su parte, que en lugar de disminuir debe aumentar nuestro agradecimiento y nuestro cariño.

—Así pensaba yo.

—Y pensabas bien.

—De cualquiera manera que sea puedo asegurarle que siento por ella un amor mui grande; pues la admiro, la respeto y la quiero con todo mi corazon.

—Bien hecho, hija mia; sus bondades y su poco orgullo me prueban que es mui digna de ese afecto.

Madre e hija hablaron en seguida de Enrique, de la falta que hacia, cuánto lo echaban de menos, por dónde iria, si estaria pensando en ellas, y todas aquellas cosas de que nos ocupamos cuando se ausenta una persona querida.

Llegada la hora de la visita, se dirijieron Domingo, Marta y Mercedes a casa del pintor. El viejo sarjento estaba con su traje del domingo y su gorra militar con galon de oro, que cuidaba con esmero. Marta llevaba la basquiña de seda

negra que le regalara Enrique pocos dias há, y Mercedes se habia arreglado el peinado que le habia hecho Luisa y puéstose el mismo vestido.

En cuanto se presentaron en la puerta de calle, Anastasia salió a recibirlos con el mayor agasajo, abrazando a Mercedes, estendiendo la mano al sarjento y diciendo a Marta con su mas afable sonrisa:—"Ya creia que ustedes no vendrian."

IV.

Víctor, con su blusa y una faja de charol que ceñia su delgada cintura, tenia un pincel en la mano. La camisa blanca y fina de cuello volteado y con una corbatita sencilla y neglijentemente amarrada, dejaba ver una lindísima garganta que habria envidiado la mas hermosa mujer. Este traje sencillo, traje de artista y de una elegancia esquisita, realzaba de tal manera su interesante fisonomia, que el sarjento y Marta, que ya lo conocian, quedaron como sorprendidos, en tanto que Mercedes bajaba su vista, deslumbrada, se puede decir así, por la hermosura casi ideal de aquel jóven.

La tia Anastasia, dirijiéndose a su sobrino, le dijo:—"Ya conocias al señor y a la señora, ahora me tomaré la libertad de presentarte a su interesante hija, Merceditas Lopez."

Víctor se inclinó respetuosamente sin proferir palabra.

—Creo que lo turbamos a usted en su trabajo, dijo Domingo a Víctor, fijando su vista en el pincel, que éste conservaba en la mano.

—De ningun modo, señor; ya habia concluido por la falta de luz, y solo estaba limpiando el instrumento, contestó, acompañando su frase de cierta modesta sonrisa.

—Pasen para adentro, repuso la tia Anastasia; aquí no hai mas salon que el taller de mi sobrino, a no ser que quieran entrar a mi cuarto.

—En cualquier parte estamos bien, señora, respondió Domingo.

—Ustedes son lo mismo que todos... Nadie quiere pasar a mi cuarto sino que prefieren quedarse en el taller, aun cuando no hai regularmente mas que una o dos sillas. Tomas, vé a traer asientos, agregó la dueña de casa, dirijiéndose al sirviente.

A Víctor le habia bastado una sola mirada para apreciar la deslumbrante hermosura de Mercedes, pareciéndole ver una aparicion divina en vez de una mujer; pues la hallaba muchísimo mas bella que pocos dias antes cuando por primera ocasion la viera en la Pampilla.

—Aquí, prosiguió la tia Anastasia, no hai otra cosa que ver que cuadros; si ustedes son aficionados, les gustará.

—Nosotros los pobres, como usted puede figurárselo, señora, no conocemos nada de esto y de consiguiente no sabremos apreciarlos.

—Sin embargo, mi sobrino pretende que hai personas que sin haber visto nunca un cuadro conocen mas o menos su mérito por un oculto instinto o predisposicion natural: sin embargo, por lo que hace a mí, a pesar de haber vivido con ellos, no sé distinguir; pues me parece bien lo que es malo y malo lo que es bueno; de tal suerte, que mi picaron de sobrino se suele reir a carcajadas de mis juicios y luego añade: usted no sirve para otra cosa que para el arreglo de la casa; lo que es mui necesario, señorita, dijo, dirijiéndose a Mercedes, porque estos caballeros que se denominan artistas dejan todo sin piés ni cabeza, no pensando mas que en sus monos; asi es que uno tiene que arreglar hasta su cuarto, su cama y cuanto es preciso en la vida, y luego si no está bien hecho, se incomodan y se enojan, porque solo tienen gracia para reparar.

—Tia, contestó Víctor con afabilidad, usted tiene un buen modo de recomendarme, poniéndome desde el principio mal con personas que no me conocen; ¿qué juicio irán a formar de mí?

—Que formen el que quieran, yo digo siempre la verdad,

¡Estaba bien que yo fuera a mentir por tí! ¿No es acaso cierto que solo te ocupas de tus mamarrachos?

El sarjento se reia de buena gana.

—Pero señora, interrumpió Mercedes con timidez; unos se ocupan de una cosa y otros de otra segun sus facultades.

Víctor miró a Mercedes de cierta manera que queria decir: Mil gracias, señorita.

—Justamente, esa es la misma respuesta que me da siempre mi sobrino, pero yo quisiera saber cuál de los dos es el mas útil, y quien hace mas: yo que me ocupo de todo, o él que está solamente con sus tintas y sus monos, sin contar que algunas veces se lleva paseando con la cabeza gacha o levantada, sin decir palabra.

—Estará pensando, señora, contestó Marta.

—¿Y esto puede llamar usted hacer algo?

—Seguramente.

—Vaya, has encontrado, flojonazo, buenos defensores, dijo la tia, mostrando tanto cariño por su sobrino como benevolencia por los que lo defendian; pues aun cuando sea en mi contra, añadió, me gusta que te hallen razon.

—Gracias, tia, yo conozco mejor que nadie su buen corazon.

—Lo conoces, y por eso abusas, ¿no es verdad? Cuando estemos solos me las pagarás. Ahora te dejo con las visitas para ver cómo está aquello; con permiso de ustedes, señoritas... y salió.

—Mi tia, dijo entonces Víctor, dirijiéndose a los huéspedes, es el alma mas sencilla y benévola de este mundo. Aparenta que se enoja, y hace la pobre cuanto puede por satisfacerme el mas lijero capricho; ella quisiera siempre que no me incomodase, que no pensase en lo menor, y por esto se toma un trabajo indecible, pues es ella quien todo lo acomoda, lo arregla y lo dispone, teniendo cuidado que nada me falte: es para mí una madre, y una madre amante.

—Se le conoce, contestó Domingo, pues en su mismo enojo se revela su cariño.

—Sin ella, ¡qué seria de mí! dijo Víctor con emocion y como si hablase consigo mismo.

—¿Mucho tiempo que lo acompaña? preguntó Marta con interes.

—Desde que nací, señora; pues mi madre murió al darme a luz.. pero no es esto todo: ella, con su pequeño montepio, porque es viuda de un militar de la patria vieja...

—¡Viuda de un militar de la patria vieja! interrumpió Domingo, ¿y cómo se llamaba?

—El capitan Cárdenas.

—El capitan Cárdenas... no lo he conocido.

—Pues, como decia a ustedes, con su pequeño montepio me crió, me vistió, me educó... y a ella le debo lo que soi...

Habia dicho esto Víctor con un tono tan conmovido como lleno de gratitud y de cariño, que Marta no pudo menos de esclamar entusiasmada:

—Qué buena señora!

Domingo y Mercedes estaban tambien impresionados.

V.

En ese momento entraba Anastasia, que dijo con un tono regañon a su sobrino:—Cómo es esto, Víctor! Tienes a las visitas a oscuras! ¿Por qué no has pedido velas?

—Todavia está un poco claro, tia.

—Para tus ojos, pero no para los de nadie, y ademas esta es una impolítica.

—No, señora, dijeron todos a la vez.

—Sí, es un inadvertido; y llamó al criado para que trajera luces.

Inmediatamente apareció Tomas con una lámpara, y antes de pasar del umbral de la puerta, se quitó la gorra y la tiró al suelo.

La luz, colocada sobre una mesa, alumbró los diferentes cuadros de que estaba, se puede decir, tapizado aquel salon, pero sin que se pudiera distinguir bien.

—¿Todo esto es obra suya? preguntó Mercedes a Víctor, admirada de ver tanta pintura.

—La mayor parte, señorita.

—Estos y muchos mas, añadió Anastasia; porque aquí no están todos los que ha vendido.

—Caramba! esto sí que es trabajar! ¿Cómo se atreve usted a llamar perezoso a su sobrino? dijo el sarjento a la tia Anastasia.

—Lo llamo perezoso porque no hace mas que esto.

—Y le parece poco! Apostaría a que usted no es capaz de hacer el mas chico de estos cuadros en toda su vida.

Víctor y Mercedes se rieron de la injenuidad y de la defensa del viejo sarjento.

—Es cierto, señor Lopez, que no podria hacer, no digo uno de esos monos, sino ni una de sus manos; pero esto no quita que Víctor tampoco haria en un año lo que yo hago en un dia y hasta en un rato.

—Cada uno con su mérito, señora, repuso Marta.

—En fin, dejemos la disputa y vamos a la merienda, que ya está en la mesa.

Y la tia Anastasia, con cariñosa familiaridad, tomó de la mano a Marta y al sarjento con la intencion de dar lugar a su sobrino Víctor para ir junto a Mercedes, lo que en efecto sucedió, pero sin que éste se deslizara en lo menor, sino que, al contrario, se mostró mas respetuoso, dirijiendo solamente a Marta la palabra.

La merienda. (1)

I.

La mesa estaba, no rica sino elegantemente puesta, consistiendo su principal lujo en la limpieza de toda ella y en la brillantez de los cristales.

Por lo que hace a Domingo, nunca habia visto una mesa tan bien acomodada, ni aun en casa de su antiguo coronel Carreras. Anastasia le cedió el asiento de honor, es decir la cabecera de la mesa, que se vió obligado a aceptar, por mas resistencia que opuso. La complaciente tia habia preparado un asiento a su sobrino al lado de Mercedes; pero el intelijente jóven le rehusó para colocarse al lado de Marta, y esta cortesania delicada agradó interiormente mucho a la madre y a la hija.

La mesa estuvo mui animada. Los buenos tragos de opor-

(1) Con esta palabra se designaba, no há mucho tiempo, la *colacion* que se tomaba jeneralmente a las ocho o nueve de la noche en toda casa, cualquiera que fuera su condicion, y que hoi vemos reemplazada por el *té*. Cena o merienda eran casi sinónimos; pues alternativamente se hacia uso de una u otra voz para espresar el mismo acto: vamos a *merendar* o vamos a *cenar* se consideraba lo mismo; y la cena o la merienda era mas o menos espléndida, segun los haberes de cada cual. Tambien decíase y aun se dice *merienda de negros*, toda especie de *zafarrancho*, toda clase de *despilfarro*, toda *piñata*, como la acontecida últimamente con los veinte millones votados por el congreso para la guerra con España; y esta palabra *piñata*, inventada por los mismos hombres del gobierno actual contra el empréstito levantado por el gobierno de don Manuel Montt para la construccion del ferrocarril entre Santiago y Valparaiso, ha venido a servir ahora para calificar el desperdicio, la mala inversion y quizá cosas mas graves de una administracion que hasta la época no ha podido dar satisfactoria y lejítima cuenta de la inversion de esos caudales que el pais puso a su disposicion para la defensa de él y no para que se desperdiciasen sin el menor lucro y sin la menor honra.

to, al que el sarjento llamaba esquisito mosto, le hicieron perder poco a poco la cortedad, poniéndolo de un escelente humor. Víctor, por su parte, estuvo obsequioso con la madre y atento con la hija, sin desmentir una sola vez, ya fuese de palabra o con la vista, su respetuosa y fina urbanidad.

Mercedes no habia visto jamas a un hombre de maneras mas distinguidas, pues le parecia superior a su hermano mismo, lo que era mucho decir atendiendo al afecto que le profesaba y a la elevacion natural de Enrique; pero Víctor tenia para todo un tacto tan delicado, un aire tan señor, una simplicidad tan majestuosa, una humildad tan digna, que Mercedes, sin saber cómo recordaba a cada momento a su amiga Luisa Valdes, pensando, sin darse bien cuenta de ello, que el artista Víctor era el único hombre digno de aquella niña tan noble y hermosa a quien ella amaba tanto; pero al mismo tiempo sentia la superioridad de Víctor al acordarse de su hermano, porque creia imposible que una vez que Luisa conociese a este jóven no le diera la preferencia; sin embargo que ella consideraba que, por lo que hace al corazon, no lo aventajaria nadie.

II.

La conversacion rodó largo tiempo sobre la pintura y la vida y hechos de los mas célebres maestros, que Víctor narró con la mayor gracia, criticando sus defectos con cierta deferencia y elojiando sus méritos con exaltacion, pero confesando que su juicio no pesaba en la balanza, porque ni tenia el talento ni la esperiencia suficiente para emitirlo con acierto, pues él habia visto bien poco en pintura; y con escepcion de algunos cuadros de Monvoisin, tales como Ali Baja, Luis de Baulieu, el Pescador, etc. (obras inimitables de ejecucion y de talento) y otras mas que habia tenido ocasion de observar en algunas casas particulares o claustros

de antiguos conventos, podia decir con propiedad que hasta aquí estaba ciego en el arte, y que solo su aficion decidida lo habia sostenido; pero que toda su aspiracion era hacer un viaje a Europa para estudiar allí las obras orijinales y portentosas de los grandes maestros.

—¿Entonces no sabe usted todavia bastante? le preguntó Mercedes admirada.

—Señorita, yo no soi todavia ni aprendiz, respondió Víctor, con desconsolado tono.

—Lo dirá usted por modestia, dijo Marta.

—Lo digo por conviccion, señora.

—Esa ciencia no se aprende entonces jamas! agregó Mercedes.

—Jamas, señorita; esa ciencia depende del jenio... es el resultado de la inspiracion, es como la poesia, es una chispa del Altísimo; porque para ser pintor es preciso haber nacido poeta, es preciso sentir la armonia en toda su grandeza; porque la pintura no es el trabajo material del pincel, asi como la poesia no es el verso; pues aunque hai muchos que pintan y muchos que hacen estrofas, no son, sin embargo, ni pintores ni poetas.

—Entonces es preciso desmayar, esclamó Mercedes con desaliento; y yo que tenia tanta aficion...

—No es preciso desmayar, señorita. El gusto por un arte ya es una prueba de aptitud; ¿y quién puede decir que usted no sea una de esas naturalezas privilejiadas a quien solo falta los conocimientos, la práctica, la materialidad para volar a las altas rejiones del jenio?

—Señor, por Dios! contestó Mercedes sonrojándose; no diga usted eso.

—Yo no he dicho nada, señorita, porque nada afirmo ni niego; pero usted misma no puede saber lo que es, y asi solo me he limitado a aconsejarle, que, si tiene esa inclinacion, la siga; y desde luego, si yo pudiera serle útil, me pro porcionaria usted un placer verdadero...

La tímida niña estaba turbada y sin saber qué responder, porque dar simplemente las gracias le parecia una manera de espresarse mui trivial y que no estaba en armonia con la jenerosidad de la oferta, ni con lo que ella esperimentaba; pues Víctor habia ejercido en ese poco tiempo una especie de fascinacion sobre ella; asi es que Marta tuvo que venirle en ayuda, contestando:

—Sin desechar ni aceptar su jenerosa oferta, no podemos menos de agradecérsela. Mercedes tiene casi todo su tiempo distribuido, asi es que seria mui difícil por ahora aprovechar de ella, sin decir por esto que despues no lo haga.

—Creo innecesario, señora, insistir; pero en cualquier tiempo estaré dispuesto, y dispuesto con gusto, a enseñarle lo poco que sé... Ahora es de noche, pero cuando ustedes quieran venir al taller de dia, les presentaré mis modestos trabajos.

—En esto no nos haremos de rogar y mañana o pasado estaremos aquí, contestó Domingo.

—Ya es bastante tarde, dijo Marta, preparándose para despedirse.

—¡Cómo ha pasado la noche! esclamó la tia Anastasia mirando su reloj: ¡las doce menos un cuarto! Yo creia que apenas serian las nueve! Es preciso, señora, que nos proporcione con alguna frecuencia unos ratitos como éstos, pues ni yo ni mi sobrino salimos jamas de noche; asi es que no hai motivo de escusa.

—Para nosotros seria el gusto, contestó Marta parándose, cuyo ejemplo siguió Domingo y su hija.

Tomas, con una lámpara en la mano, salió a alumbrarles, acompañándoles la tia Anastasia y su sobrino hasta la puerta de calle, desde donde se despidieron.

III.

Entre ambos personajes se cambiaron las siguientes palabras:

—La intriga principia bien, dijo Guillermo a la tia Anastasia. La hermosa niña, porque es mas hermosa de lo que yo habia pensado, lleva algo en el corazon, y caerá...

—Yo no digo que no; pero la empresa me parece mas difícil de lo que creia.

—Si hai mas dificultad, tambien hai mas hermosura, y esta es una compensacion que me agrada.

—Ahora vámonos a nuestras respectivas casas: es preciso que Tomas quede siempre en su puesto de observacion.

Guillermo y la tia Anastasia salieron, no sin haber tomado antes la precaucion de colocar al criado en la puerta para que les advirtiera si podian ser o no vistos.

Mientras tanto, en la casa del sarjento Lopez se hacia otro jénero de observaciones.

—Qué buena jente! dijo Marta; ahora me arrepiento de mi temerario juicio, que sin ser ofensivo estaba inclinado a la sospecha.

—Bien te decia yo que no se debe juzgar el fruto por la corteza, ni la bondad del alma por la fealdad del rostro.

—Y qué jóven tan cumplido y tan intelijente!

—Y agrega, tan buen mozo, dijo Domingo, porque yo he visto bien pocos como él.

—Personas así, añadió Marta, son con las que uno debe tener amistad.

Las confidencias.

I.

Cuando Mercedes se presentó al dia siguiente a casa de Luisa, pues ya habian convenido en que iria diariamente por ella Ceferina, entre las nueve y las diez, llevaba cierta satisfaccion en el semblante, que fué notada en el acto por Luisa y que motivó la pregunta siguiente:

—¿Algo traes de nuevo y de favorable, Mercedes?

—¿Cómo me has conocido?

—Por la cara.

—Qué perspicacia! Pues bien, es verdad: tengo que contarte cosas agradables y que para tí serán de interes.

—¿Por qué para mí?

—No digo que exista todavia la menor relacion, pero puede ser que la haya mas tarde.

—No te entiendo.

—Ya lo creo! pero luego sabrás lo que es.

Y Mercedes contó entonces a Luisa la invitacion de la noche anterior, lo que habia visto en el taller, la elegancia del pintor en su traje de trabajo, su finura, su porte noble, su talento, su lenguaje escojido, su naturalidad y hasta lo que habia hecho por él la tia Anastasia, y la conmocion que habia mostrado al narrar en dos palabras esta sencilla e interesante historia; en suma, todo aquello que la habia seducido a ella, porque nada existia que le hubiese chocado de una manera desventajosa para el artista.

Luisa la escuchaba con interes, y no pudo menos de decirle:

—He esperado hasta el fin sin interrumpirte, porque estaba encantada de tu elocuencia y del colorido que sabes darle a las cosas. No te habia juzgado bajo esta faz; y en verdad no sé lo que debo admirar mas, si al retrato o al re tratista.

—¿Cómo es eso si el retrato o el retratista?

—Si al jóven que me has pintado o a la que lo ha pintado.

—No te chancees, Luisa.

—Lo digo sin chanza; pero está bien: en todo lo que me has dicho no veo nada que tenga o pueda tener relacion conmigo.

—Es que...

—Vamos, dí...

—Es que me ha parecido tan cumplido...

—¿Y qué tengo que hacer yo con eso?

—Es que un hombre tan cumplido solo puede ser digno de tí; y esto, Luisa, te lo digo a mi pesar; pero yo te quiero tantísimo que no me habria perdonado nunca si te hubiese ocultado que existia un hombre así...

—Noto en lo que me dices una contradiccion: si te interesas tanto por mi felicidad y segun tu opinion ese jóven es digno de mí; ¿por qué me lo dices a tu pesar? Aquello que haria mi dicha no te agrada?

—No puedo contestarte.

—¿Tienes entónces para mí secretos?

—Este solo, Luisa, este solo... pregúntame cuanto quieras sobre lo demas y te responderé en el acto sin mentirte jamas...

—Ya creo que no me mentirás, porque es contrario a tu naturaleza y a la mia; pero en fin, ¿tienes un secreto que no puedes o que no quieres revelarme?

—Sí; que no puedo, no que no quisiera.

—¿Deseas que yo te lo diga?

Mercedes se asustó.

—No te asustes, niña, el secreto es el siguiente; pero si lo adivino me lo confesarás?

—Te lo prometo.

—Pues bien: a tí te ha agradado ese jóven, y haces el sacrificio de tu persona por cedérmelo.

—Qué idea! no es eso.

—¿No es esto?

—La verdad, no lo es.

—Entonces, no comprendo nada.

—Ya me lo figuraba.

—De todos modos, has picado mi curiosidad y quiero conocer a ese jóven, no porque tenga el menor interes, te lo confieso, y te confieso que para tí no guardo secretos, sino por la pintura que me has hecho. Mañana es jueves, dia de asueto en los colejios, y nosotras tambien lo tomaremos. Ya habia pensado prevenírtelo, pero ahora lo hago con doble motivo. Voi a decirte la primera causa: tenia determinado ir a hacer a tus padres una visita.

—Tú, Luisa!...

—¿Y quién otra quieres?

—¡Cómo van a estar de contentos!

—No veo motivo para que se alegren; creo que les gustará solamente.

—No solo les gustará, sino que serán dichosos, te lo aseguro...

—Despues de la visita, pensaba, o diré mejor, pienso llevarte a tí y a ellos donde un fotógrafo para que le manden a tu hermano sus retratos.

—Ai, Luisa! solo a tí se te pueden ocurrir pensamientos tan buenos! Cómo va a estar Enrique de contento! Pero no querrán venir, no querrán acompañarte... tendrán vergüenza!...

—Con vergüenza o sin ella yo los obligaré.

—Imposible que acepten.

—Ya sabes que cuando se me pone una cosa ha de ser... y como te decia, ahora hai doble motivo; porque despues de hacer estas dilijencias, iremos a ver al pintor, al jóven sin igual... y Luisa se echó a reir de la mas buena gana.

—¿Que no crees lo que te he dicho, Luisa, que tanto te ries?

—En lo que no creo es en él, aunque crea en lo que me has contado.

—¡Cómo es eso de no creer en él y creer en lo que yo te he dicho!

—Fácilmente te lo esplicaré: es que no tengo tan buena opinion de tu conocimiento de mundo, y a tu edad no se es todavia buen fisionomista.

—¿Es decir que me habré equivocado?

—Puede ser mui bien.

—Tú misma te desengañarás.

—Eso es lo que quiero.

II.

Despues de esta conversacion, las dos jóvenes principiaron sus tareas y pasaron el dia, ya en el cuarto de doña Juana, ya en el pabellon de Luisa, sin abandonar, ya estuviesen aquí o allá, sus labores.

Luisa estaba maravillada de la facilidad de Mercedes para aprender todo; de manera que no le daba el menor trabajo y era mas bien un entretenimiento agradable que una enojosa enseñanza el estudio que hacian ambas jóvenes, alternándolo con conversaciones amenas e instructivas, de las que sacaba Mercedes cada dia mayor provecho.

Cuando volvió a su casa contó a sus padres el pensamiento de su amiga, advirtiéndoles que estuviesen preparados para el dia siguiente, porque estaba convencida que no habria objecion ni obstáculo que hiciese desistir a Luisa de un proyecto que habia concebido de antemano.

El pobre Domingo y la pobre Marta se hallaban confundidos, sin saber cómo evadirse de aquel compromiso; ya pensaban salir, pero veian que este paso era mui impolítico, o ya pretestar alguna enfermedad, pero tambien se figuraban que Luisa no les daria crédito y los haria marchar de una manera o de otra.

Mercedes les decia que cuando vieran a Luisa perderian sus temores; que a ella le habia pasado lo mismo, y que ahora no le tenia la menor cortedad, pues en vez de ser orgullosa, como la creian algunos, era la señorita mas natural, sencilla y afable.

Marta dijo entonces a Mercedes que probablemente tendria en la noche la visita de la tia Anastasia y su sobrino, la que durante el dia habia estado la primera, habiendo preguntado por ella.

En efecto, la tia Anastasia, con pretesto de saludar a sus buenos vecinos, pero con el interes de saber a qué casa iba Mercedes diariamente, pues Tomas les habia dicho que la habia visto partir en coche; con este interes, decimos, hizo su visita, aunque en vano, porque nada habia podido averiguar a pesar del cariño con que fué recibida por Marta en esta vez. Entonces, para realizar lo que esperaba, se decidió a ir con Víctor en la noche, llegando poco tiempo despues que Mercedes, pero tampoco en esta ocasion pudieron sacar nada de cierto sobre lo que les interesaba, si bien adquirieron mayor confianza y estimacion, pues la tia Anastasia y su sobrino se condujeron perfectamente.

Al despedirse, dijo Mercedes a Víctor que talvez al dia siguiente tendria el gusto de ir a visitar con una amiga su taller, si no le era desagradable que llevase a otra persona.

—Bajo ningun aspecto, le contestó Víctor: sola usted o acompañada, recibiré siempre su visita como un favor; y diciendo esto desapareció.

III.

Cuando se encontraron en la calle, le dijo Víctor a la tia Anastasia: "muchas veces las cosas vienen por sí mismas y entonces los resultados son mejores, porque son mas naturales. Mañana sabremos quién es esta amiga que tanto nos empeñábamos en descubrir, porque es indudable que sea ella la que la acompañe; pero es preciso ser precavido, y Tomas quedará todo el dia en acecho en la puerta del pasadizo para que nos advierta si es alguna persona conocida o no la que viene con Mercedes, porque si fuese conocida y nos tomase desprevenidos, es decir, que supiesen quién soi yo y quién es usted, todo nuestro plan iba por tierra y ya era imposible pillar al pajarito, porque se pondria *matrero*."

—Has pensado, Guillermito, perfectamente. Esa linda cabeza no puede producir sino buenas cosas. ¿Cuándo te nombrarán ministro, hijo mio, tú que despliegas tantos recursos y te vales de tantos espedientes? El Estado ganaria mucho en esta eleccion.

—Ya vendrá, tia Anastasia, y entonces haremos mejores negocios, porque será usted mi consejera íntima asi como es ahora mi mejor amiga.

—Tu mas complaciente, querrás decir, picaron... pero allá veremos los resultados; mientras tanto, adios, que quién sabe si no estará esperando alguna pobrecita en busca de mi protectora asistencia. Es preciso que te advierta, Guillermito, que la plata que me diste, ha volado; trae otro poco mañana y despues te formaré la cuenta... Buenas noches.

—Buenas noches, demonio, a quien quisiera ver frito en aceite, murmuró Guillermo entre dientes.

Luisa en el conventillo.

I.

Mercedes despertó al dia siguiente mas temprano que de costumbre. La felicidad y la esperanza quitan el sueño casi lo mismo que la desgracia y el desengaño. El pensamiento de que en pocas horas veremos realizarse un acontecimiento halagüeño nos desvela tanto como el temor de una considerable pérdida: dos cosas distintas producen en nuestra naturaleza el mismo efecto, aunque los incidentes sean diversos. Un médico os esplicaria este fenómeno, diciendo que el pesar asi como la alegria, escitando el sistema nervioso, trae consigo el insomnio; talvez tenga razon el discípulo de Hipócrates, pero nosotros nos limitaremos a constatar el hecho por lo que sucedia a Mercedes, que, llena de alegria, habia dormido poco y se habia levantado mas temprano para prepararlo todo y recibir a su amiga del mejor modo posible.

Mercedes sentia, por otra parte, que Luisa viniera a su casa, porque se figuraba que esperimentaria una impresion desagradable al entrar por aquella angosta calle, desordenada y sucia; ¡ella que llegaba a ser exajerada en la limpieza! ella que estaba siempre rodeada de objetos bellos, que, halagando los sentidos, meciesen su imajinacion con risueños y poéticos pensamientos! ¡Qué contraste el que se le iba a presentar a la vista! Esto confundia y martirizaba a la pobre niña, que para salvar en parte tan grave inconveniente, se fué de pieza en pieza suplicando a cada uno de los

vecinos de limpiar y colocar sus trastos del mejor modo posible, barriendo a la vez su pertenencia para que estuviese toda la calle, ya que no en perfecto aseo, al menos presentable; y como todos los inquilinos del conventillo querian a Mercedes, se prestaron gustosos a hacer lo que ella les exijia, quedando con la cooperacion de cada cual, arreglado todo en mui poco tiempo.

Nada tenia que hacer Mercedes en su casa, porque en ella todo se encontraba en buen órden y con tan esmerada limpieza, que el mas exijente sobre este particular se veria obligado a confesar que era cuanto se podia esperar de una habitacion tan modesta.

El viejo sarjento, imitando a su hija, se puso a limpiar, no diremos el suelo, que parecia soplado, sino hasta las hojas de las flores y de los árboles del pequeño jardin en que hacia consistir su gran vanidad. Una vez libres de estas ocupaciones, se vistieron con aseo, pero con sencillez, para esperar a Luisa. Mercedes se colocó frente a la puerta de calle para ser la primera que viera llegar el coche y volar al encuentro de su amiga. No tardó ésta mucho en aparecer, y antes que el criado bajara del pescante para abrir la portezuela, ya Mercedes se encontraba a poca distancia. Luisa, cual una de esas hadas benéficas, bajó del carruaje y abrazó a su amiga, la que creyó verla mas linda que nunca, porque tiene cierto encanto irresistible una hermosa niña cuando al descender del carruaje descubre un finísimo pié elegantemente calzado, viéndole tambien parte de una torneada pierna y de la blanca ropa interior, que se asemeja a diáfanas nubes en que viniera sentado y envuelto el ánjel... y todavia mas hermosa que el ánjel... la mujer!...

II.

Domingo y Marta salieron a recibir a la aristocrática jóven, que les estendió la mano con el mayor cariño, diciéndoles con jovialidad:

—Ya Mercedes les debe haber prevenido mi visita y el objeto de ella; porque creo que no será tan reservada ni guardará secretos para ustedes, como lo hace conmigo.

—Es verdad, señorita, pero usted se servirá disculparnos, dijo Marta.

—Tambien les habrá dicho que yo soi mui voluntariosa y que cuando quiero una cosa es preciso que se haga.

—Pero, señorita...

—No acepto ningun pero, ninguna escusa; lo deseo y será.

Este modo imperativo estaba acompañado de un tono de voz tan afectuoso y dulce, que parecia a la vez un mandato y una súplica tan irresistible el uno como el otro.

Domingo y Marta callaron, es decir, cedieron, viendo que toda oposicion era inútil.

Luisa miraba con cierta curiosidad aquella habitacion tan modesta pero tan aseada: no habia nada que reprochar en ella.

El viejo sarjento, menos avergonzado ya por la franqueza natural con que lo trataba Luisa, la convidó a ver su huerto, convite que aceptó Luisa con regocijo, parándose inmediatamente para acompañarlo.

—Esto es hermosísimo, le dijo Luisa: todo está aquí mui bien dispuesto, el terreno perfectamente aprovechado; veo que usted tiene un gusto particular por las plantas.

—Asi es, señorita; no tan solo me gustan, sino que me parece que las quiero, y algunas veces me llego a persuadir que me conocen.

—Puede ser...

—No, señorita, no piense usted que creo ese disparate, dijo Domingo medio confuso, temiendo haber dicho un despropósito.

—Nada podemos afirmar ni negar, señor Lopez; ¿quién sabe si usted no ha dicho una verdad? Pero sin entrar a investigarlo, dijo Luisa sonriéndose, este pedacito de terreno es una maravilla.

—Querrá usted tomar, señorita, una taza de té, un pocillo de chocolate, preguntó Marta a Luisa con tono obsequioso.

—Si no se incomoda usted, acepto un pocillo de chocolate, porque, se lo confieso, salí de casa sin desayunarme, esperando pedírselo a usted.

—Qué felicidad! Hasta ese punto eres de buena, Luisa! le dijo Mercedes, que, por su raro instinto, habia penetrado el pensamiento de su amiga.

—En efecto, Luisa no habia querido tomar nada en su casa para tener lugar de pedírselo a Marta y de esta manera inspirarle confianza; porque no hai nada que mas familiarice como esos pequeños servicios que da tanto gusto hacer y recibir.

Marta se fué contentísima a preparar el chocolate, mandando buscar bizcochuelo y algunos dulcesitos donde los Blancos (1).

Inter tanto, Mercedes mostraba a Luisa sus bordados, que tanto habia admirado Ceferina y que a Luisa le parecieron magníficos; le señaló tambien su cuartito, que nada tenia de rico ni elegante, pero en el que parecia respirarse el suave y virjinal aroma de la sencillez y de la inocencia; tambien le mostró el comedor y la despensa, en que estaban todas las provisiones de la familia perfectamente ordenadas, lo mismo que el aparador, donde se hallaba el servicio pobre pero aseado de la familia.

Luisa, acostumbrada a una vida fácil, elegante, rica, no desdeñaba ocuparse de todo aquello que para otra señorita de las de su clase hubiera sido insignificante y talvez aburridor; pero ella veia en esa modesta habitacion una existencia tranquila y feliz; veia en cada uno de esos muebles ordinarios una prenda del amor filial, pues Mercedes le habia dicho que eran obras de Enrique; veia el órden, la economía, la caridad, la paz interior, la pureza de las costumbres

(1) Dulceros famosos que viven en la misma calle de San Pablo.

y la elevacion del espíritu diseñarse en todo lo que la rodeaba, y esto le hacia mirar aquello con sumo interes, pues reflejaba una historia y un episodio, la historia y el episodio de la virtud...

El chocolate fué servido y Luisa se sentó a la pobre mesa con tanta o mayor complacencia que en el sarao mas espléndido rodeada de la mas fina y elegante sociedad, porque aquí sentia ella que su presencia hacia tan feliz a esta honrada familia, mientras que allá habria talvez pasado desapercibida: aquí el cariño que inspiraba era real y verdadero, aunque no se lo manifestaran con pomposas frases, mientras que allá, bajo seductoras apariencias, se ocultaba la envidia, la rivalidad, el ódio o por lo menos la glacial indiferencia vestida de galante etiqueta, y donde el empeño de cada cual consiste solo en hacerse notar a sí mismo, aparentando ocuparse de los demas: atmósfera pesada e insalubre donde no se esplaya ni eleva el alma, porque solo reina el engaño y la vanidad frívola;... pero en casa de Mercedes todo era atencion sincera, gratitud sentida y afecto puro, desinteresado y tierno, que haciendo gozar a Luisa, gozaban tambien los demas, porque el cariño lleva consigo la reciprocidad...

III.

Terminado el lijero desayuno, subieron al coche Marta, Luisa y Mercedes, a pesar de la resistencia que la primera hizo. En cuanto a Domingo, le dijo Luisa: "nosotras no nos atrevemos a ir acompañadas de un sujeto tan grave; tendrá, pues, usted la bondad de tomar un coche de posta y de dirijirse a la calle del Estado, fotografía de..."

El viejo sarjento quedó mui complacido de la escepcion que hacian de él, pues su corpulencia temia no caber en el coche o por lo menos incomodarlas.

Cuando hubo concluido el fotógrafo de tomar los retratos de Domingo, Marta y Mercedes, le dijo Luisa que queria

que hiciese un grupo incluyéndola a ella. El fotógrafo se prestó gustoso y dispuso las personas en conformidad con la opinion de Luisa, que queria ser representada con Mercedes como en actitud de darle una leccion, y que Domingo y Marta, tomados de las manos, las estuvieran mirando.

Terminado el trabajo, Luisa preguntó al fotógrafo para cuándo estarian las tarjetas, previniéndole que deseaba no se hiciesen mas retratos que los que debia entregarle, pues exijia que se rompiese la plancha, poniendo por condicion que ninguno de ellos seria colocado en las vidrieras del establecimiento, como se acostumbraba, aun cuando costase mas de lo que se cobraba jeneralmente.

Convino el fotógrafo, y dijo que para el dia siguiente podria mandarlos buscar.

—Ahora, si ustedes no tienen que hacer alguna otra dilijencia, vamos a ver a nuestro famoso pintor, dijo Luisa a Mercedes y a Marta cuando hubieron subido al coche.

El carruaje paró en la puerta de la casa que ya conocemos, inmediata al conventillo, o lo que es lo mismo, en el nuevo domicilio del célebre pintor don Víctor Escobar.

Tomas estaba en acecho. Inmediatamente que vió a Luisa la reconoció y dijo con precipitacion a Guillermo y a la tia Anastasia: "misia Luisa Valdes."—Dí que hemos salido le respondieron...

Y Tomas volvió a su puesto...

Las visitantes venian ya por el medio del patio.

Luisa, reconociendo a Tomas, le preguntó, algo sorprendida:

—¿Ya no estás con Guillermo, Tomas?

—No, señorita. El patron se disgustó conmigo hace pocos dias, y ahora estoi con el señor don Víctor Escobar, célebre pintor, que su merced quizá conoce...

—No lo he oido nombrar... pero creo, dijo Luisa con insistencia, haberte visto a tí en la noche del diezinueve todavia en casa de Guillermo.

—Es verdad señorita, mas esa misma noche me despidió el amo, porque estaba de mui mal humor.

Luisa recordó la conversacion que habian tenido y en que ella defendiera a la familia con quien se encontraba ahora y a quien la ligaba una sincera amistad fundada en el aprecio.

—Es estraño! volvió a decir Luisa; pero parecia que Guillermo estaba mui avenido contigo, pues te daba la preferencia sobre los demas criados.

—Tiene mucha razon, su merced; pero... no es por hablar mal del amo... pero el señor don Guillermo tiene algunas veces sus arranques...

—¿Y estás bien hallado con tu nuevo patron?

—Sí, señorita, es mui buena jente.

—¿Está en casa?

—No, señorita, acaba de salir en este instante.

—¿Y la señora? le preguntó, Mercedes.

—Tambien salió, señorita.

—¿Se puede ver el taller? agregó, Luisa.

—Creo que no habrá inconveniente, balbuceó Tomas, incierto si debia o no permitirlo; pero como no habia recibido instrucciones sobre el particular, las dejó pasar.

—Esto no es un taller propio de un pintor. Aquí no hai la luz que se necesita y la esposicion es mala, el mas chambon conoceria esto, lo que no arguye mucho en favor del mérito de tu celebridad, dijo Luisa a Mercedes, al momento de entrar; y fijándose en seguida sobre varios cuadros agregó:

—Parece que he visto estas mismas pinturas en otra parte, o al menos algunas de ellas, pero no puedo recordar en dónde...

Y Luisa quedó algun rato pensativa; y luego volviéndose donde estaba Tomas, le preguntó:

—¿Cómo me dijiste que se llamaba el pintor?

—El señor don Víctor Escobar.

—Víctor Escobar! Víctor Escobar! repitió varias veces

la jóven como si hablara consigo misma. Víctor Escobar!... No recuerdo ningun pintor de este nombre; y sin embargo, yo conozco a casi todos los de Santiago, tanto estranjeros como nacionales.

—Yo no puedo dar a su merced otra noticia.

—¿Estará recien llegado?

—Tampoco lo sé, señorita.

—No debe estar recien llegado, contestó Marta, porque recuerdo que su tia me dijo que habia adquirido ya alguna celebridad.

—Y para adquirir celebridad se necesita tiempo o el haber ejecutado alguna obra maestra; pero en este caso el nombre de Víctor Escobar me seria conocido, porque yo soi mui aficionada a la pintura; sin embargo, algunos de estos cuadros no carecen de mérito y se reconoce en ellos la maestría y el trabajo paciente, ya que no brilla el jenio.

—No le ha dicho a usted a qué horas llegaria? preguntó Mercedes a Tomas.

—No, señorita; pero si sus mercedes quisieran esperarlos, les traeré asientos.

—Es inútil, contestó Luisa; en otra ocasion puede ser que seamos mas felices... Adios, Tomas.

—Dios guarde a su merced, señorita. En cuanto venga el señor don Víctor le haré presente que ha estado su merced a buscarlo.

—Le dejaré mi tarjeta... y Luisa sacó del bolsillo un pequeño librito, de donde tomó una finísima tarjeta, escribiendo en ella la fecha, la calle y el número de su casa, añadiendo en seguida: "de esta manera no tendré el temor de que te olvides, y solo te encargo que le digas de pasar a verme, pues tengo algunos trabajos que encomendarle."

—Está bien, señorita, no me olvidaré.

—Las visitantes salieron del taller.

IV.

Apenas habian desaparecido cuando entraron Guillermo y Anastasia preguntando a Tomas lo que habian dicho. Tomas les refirió con la mas escrupulosa exactitud las pocas palabras de Luisa, y hasta sus observaciones.

—¡De la que nos hemos escapado! esclamó el pretendido Víctor.

—Así es, mi amable sobrino!... Todo se lo hubiera llevado el diablo... pero quieres que te diga una cosa?

—Cuál?

—Que he estado tentada a salir y decirle que tú estabas aquí, para ver la figura que ponias: ¡qué chasco!... Cómo me hubiera reido!

—No hubiera usted reido mucho tiempo, le contestó Guillermo con mal disimulada cólera; y no sé cuál de los dos hubiera puesto peor figura...

—Tú, pues, sobrino mio, que eres el mas interesado en la partida.

—Sí; pero la fiesta hubiera comenzado por usted, porque la habria estrangulado sin misericordia...

—Cáspita! y qué intenciones!... ¿Y hubieras tenido valor de hacer eso conmigo?

—Tan cierto como que el sol nos alumbra, contestó Guillermo con un tono tan frio y resuelto, que casi hizo estremecer a la tia Anastasia, porque, como todo avaro, le tenia sumo apego a la vida.

La terrible vieja no respondió una palabra, pero sus ojos de víbora parecia que echaban chispas o destilaban veneno; sin embargo, dominándose un poco, dijo con ironía:

—Segun eso, me quieres mucho, mi apreciado sobrino.

—Tanto como quiere a su sobrino, mi amable tia.

—Entonces estamos pagados; pero advierte, hijito, que puedo llevar mi cariño mui lejos...

—Y yo el mio...

—Hablemos, sin embargo: sabrás, Guillermito, que si se me antoja, ahora mismo puedo descubrir esta trama, que libertaria a esa pobre niña de tus garras, y que esto traeria para tí, no esas, sino mas fatales consecuencias; porque yo lo sé todo...

—Vete, Tomas, dijo Guillermo, con imperio: y luego volviéndose a la tia Anastasia, añadió: ya ve que le enseño a ser prudente, pues hai cosas que no deben oir los criados.. Ahora, si usted cumple lo que me dice, yo cumpliré lo que pienso...

—Esplícate sin rodeos, que a mí no me gustan los misterios.

—No le gusta el misterio! y sin embargo, usted tiene mas misterios que el mismo diablo.

—Esto te probará mi poder.

—Sea como se sea; pero si usted cumple su amenaza, yo cumpliré la mia..

—¿Y cuál es esa?

—Que si usted revela mi secreto, yo la haré poner en la correccion, diciendo muchos de los suyos...

La vieja Anastasia reflexionó un momento, y luego continuó:

—Amiguito, no creas que me asiste el menor temor por lo que tú pudieras decir o suponer; no me agradaria, te lo confieso, pero no me harias mucho mal, porque las faltas de que puedas acusarme no son de aquellas que pierden para siempre a una persona, sobre todo cuando se tiene dinero y se cuenta con apoyos poderosos, y yo tengo lo uno y lo otro; mientras que a mí me seria fácil, atiende bien, me seria fácil hacer que mañana, hoi mismo, desapareciese tu honor y tu fortuna.

—Y cómo? contestó Guillermo, riéndose con desden.

—¿Cómo? Descubriendo el secreto de tu honrado padre, que adquirió la fortuna que posees por medio de la seduc-

cion y del engaño... fortuna que pertenece en su totalidad y con todo derecho a la señorita que acaba de salir, doña Luisa Valdes, con quien quieres casarte, por una parte para lejitimar el despojo; por otra para cubrir el escándalo...

—Miserable! esclamó Guillermo, fuera de sí... lanzándose sobre la vieja, que retrocedió asustada, ganando la puerta para escaparse.

—No se vaya usted, tia Anastasia, dijo Guillermo con tono menos duro, y haciendo un esfuerzo casi sobrehumano para dominar su cólera.

—Yo te conozco, sobrino mio, lo mismo que conocí a tu padre, respondió la vieja con cierta cachaza, viéndose ya en seguridad, pues se encontraba fuera de la puerta; y no me fio del tigre, continuó, cuando menea la cabeza en señal de cariño, porque es entonces cuando va a dar el salto. Si tienes algun interes en hablarme, vé a casa esta noche cuando se te haya pasado la rabia y haya venido la reflexion. Te dejo esta tregua para que veas que soi mas amiga tuya que tú mio; si no la aprovechas, mañana principian las hostilidades;... y acabando de pronunciar estas palabras se marchó sin despedirse.

El sibaritismo de la caridad.

I.

Una mui diferente escena pasaba en casa de Mercedes; en aquellos momentos el contraste no podia ser mayor: aquí reinaba la alegría y la confianza, allá la rabia y el insulto; aquí la caridad, allá la venganza; aquí la paz y la amistad, allá la guerra y el odio; aquí se hacian planes virtuosos y allá planes criminales; pues mientras Luisa, asociada a la familia Lopez, trataba de socorrer a sus semejantes, allá Guillermo y Anastasia se empeñaban en perderlos, y en tanto que la aristocrática vírjen tendia su bienhechora mano hácia el desvalido y el enfermo, el caballero de la alta sociedad que estaba destinado a ser su esposo, ponia en juego su infernal astucia para destruir la felicidad y manchar la inocencia de un ánjel...

Luisa Valdes, saliendo de casa del pintor, habia dicho a Marta y a Mercedes: "ya que no hemos podido ver al pintor, hagámosle una visita a cada uno de los habitantes de este lugar, que me han parecido mui pobres, y ya que no hemos podido darnos aquel gusto, busquemos otro; porque tengo por costumbre el no pasar un dia sin proporcionarme una satisfaccion: esto es lo que llaman ser sibarita, señora, continuó Luisa, dirijiéndose a Marta, y yo lo soi.

—No sé lo que quiere decir sibarita, contestó Marta, con sencillez, pero me parece que lo que usted hace es cristiano.

—Pero es que yo busco el placer y no el sacrificio; me

gusta el goce y no el sufrimiento; de manera que si soi cristiana, repuso la linda niña, haciendo el mas gracioso jesto, lo soi únicamente por mi satisfaccion y comodidad, y no por obligacion y deber.

—Pero si la colocaran a usted, señorita, entre el deber y la felicidad, ¿qué haria?

—Yo creo que no se puede obtener la felicidad sin cumplir el deber y que llenando éste se obtiene aquella.

—No sé qué responderle, señorita, porque no soi otra cosa que una pobre mujer ignorante; sin embargo ¿si usted deseara ardientemente una cosa y estuviera obligada a hacer otra?

—Es que yo no desearé aquello que no debo hacer.

—Dios quiera, señorita, que jamas se encuentre en ese caso y que su vida sea tan virtuosa como feliz.

—Mil gracias, señora, por sus buenos desèos; pero si alguna vez sucediera lo que usted dice, yo cumpliria el deber, porque creo que es una felicidad bien amarga aquella que se consigue infrinjiéndolo, y una desgracia bien dulce y satisfactoria cuando se ha obedecido a él.

—Oyes, Mercedes!... Oyes? dijo Marta a su hija, con sus ojos llenos de lágrimas: así debes obrar siempre.

—Sí, madre mia: yo lo siento tambien así y ella lo dice!... pues lo que dice Luisa es siempre la verdad...

—Basta de palabras y vamos a la práctica, repuso Luisa levántandose. Las dos me acompañarán a hacer la visita inquisitorial, ¿no es verdad? Desde el momento que yo no conozco a nadie, me tomarian como una curiosa impertinente.

—No sucederia eso; pero vamos...

II.

Luisa visitó todos los cuartos, viendo lo que faltaba en cada uno de ellos y apuntándolo en su cartera juntamente con el número de la pieza, informándose a la vez del estado y de la salud de todos.

Cuando hubo concluido aquella visita, la hermosa jóven, tomó una espresion de tristeza, casi de abatimiento en su semblante... Talvez no se habia figurado que pudiera existir tanto abandono y tanta miseria; sin embargo que ella habia socorrido ya muchas desgracias, pero no habia tenido ocasion de palparlas tan de cerca... y la vista de tanto infortunio, y mas que esto, la imposibilidad de aliviarlos como quisiera, le desgarraba el alma...

—Lo que es este mundo! esclamó, llevando su pañuelo a los ojos... Qué contraste! Mientras unos nadan en la abundancia, otros no tienen ni aun lo necesario!... Mientras gastamos tanto en proporcionarnos un capricho, hai seres que mueren de necesidad!... ¡Y nos llamamos civilizados y cristianos!

Mercedes, viéndola tan triste, le dijo:

—¿Cómo es esto, que dónde te proponias encontrar un goce hallas un motivo de pena? Dónde está la alegría que te ibas a proporcionar? Dónde el gusto que buscabas?

—Me entristezco, no tanto de lo que he visto, cuanto de mi impotencia...

—Consuélese, señorita, dijo Marta, acercándose a Luisa. Uno no está obligado a hacer mas de lo que puede, y la desgracia de tanto infeliz no la ha causado usted...

—Pero no es menos cierto que hai muchos que sufren...

—Así será la voluntad de Dios...

Luisa no contestó, sino que volvió a sacar su libro de memorias, lo recorrió detenidamente y en seguida dijo a Marta:

—Vamos, señora a tratar de arreglar un poco a estos infelices y espero que usted me ayude.

—Con el mayor gusto, señorita.

—Yo soi de opinion que las cosas se hagan con rapidez. Mañana mandaré seis albañiles con la cal suficiente para que blanqueen interior y esteriormente todos los cuartos, y en seguida arreglaremos lo demas.

—Domingo se encargará, señorita, de que todo quede hecho en el dia.

—Así me gustaria, porque al dia siguiente vendrá mi ama Ceferina con algunos trastos que son indispensables, pues estas jentes casi carecen de todo.

Luisa se despidió. Todo el resto de ese dia lo ocupó en buscar aquello que necesitaba para acomodar a las familias del conventillo, y cuando regresó a su casa en compañia de Ceferina, estaba ya alegre con la idea de lo que gozarian aquellos pobres con las pocas comodidades que iba a proporcionarles.

¿Quién ha dicho que no existe una especie de sibaritismo en estas combinaciones filantrópicas? La caridad tiene goces inefables e imperecederos a la vez que misteriosos, y mayor es su encanto cuanto mas grande es el silencio con que se practica. Por esta razon decia nuestro divino Maestro Jesus: "lo que hagas con tu mano derecha no debe saberlo tu mano izquierda;" porque él en su alta sabiduría, y mas aun, en su inmensa y esquisita sensibilidad, comprendia y apreciaba en todo su valor esas sensaciones inefables que nos trasportan desde la mansion de la tierra hácia la mansion de los cielos; pues es tanta la elevacion que produce en nosotros el ejercicio de la caridad, que nuestra alma se desprende, podemos decirlo así, de los lazos del mundo, se emancipa de todas las pequeñeces humanas, entrando desde luego a gozar de las grandezas divinas... ¡Qué de placeres, qué de alegrías ocultas, pero no menos reales, en medio de sacrificios aparentes, no deben haber esperimentado las personas que se han consagrado al bien y progreso de la humanidad! La pobreza con todos sus desengaños, el desprecio de sus semejantes con todos sus sinsabores, el martirio con todos sus tormentos crueles, no han sido suficientes para apagar esa sed de caridad, ese sibaritismo celeste, ese goce divino que deben haber sentido los santos al llenar su mision evanjélica!... Qué debe haber esperimentado Jesus en el Calvario al pensar que su sangre iba a fecundizar su doctrina, a propagarla por todos los pueblos, a conservarla en

todos los siglos y en todos los tiempos!... Así es que en medio de aquella soberana angustia debió haber esperimentado una mas soberana alegría!!...

El ejercicio de la caridad, como ya lo hemos dicho, produce sensaciones tan suaves y tan duraderas, que nada basta ni a quitar su dulzura, ni a borrar su memoria; y aquellas personas que han saboreado semejante néctar, como la señorita Luisa Valdes, se embriagan cada vez mas con ese licor divino que siempre se desea y que nunca sacia, pero que nuestro egoismo, emanado de una civilizacion tan bastarda como presuntuosa, dejenera y corrompe; sin embargo, el ejemplo y la palabra del Maestro barrerá los estorbos, y el reinado de la verdadera caridad cristiana, del que estamos aun tan distantes, que ni siquiera lo comprendemos, vendrá para hacer la dicha del hombre...

Revelacion y reconciliacion.

I.

Llegada la noche, el señor don Guillermo de... mui preocupado y solo, marchaba despacio por la calle de las Cenizas con direccion a la Alameda.

La amenaza de la tia Anastasia le habia hecho reflexionar profundamente. El sabia que su madre y la madre de Luisa se habian propuesto unirlos para evitar un pleito sobre intereses mui considerables; pero ignoraba las circuns tancias o motivos que tenian ambas familias; sin embargo, la tia Anastasia le habia dicho que la fortuna pertenecia a Luisa, con quien querian casarlo, por una parte para lejitimar el despojo y por la otra para cubrir el escándalo; de consiguiente era indudable que existia un gran secreto desconocido de él. Pero, cuál podia ser éste? Hé aquí lo que le interesaba saber, y una de las causas que lo llevaban donde aquella infernal mujer.

Llegado a la puerta de la casa que ya conoce el lector, y que tan frecuentada era por personas de condiciones y de categorias tan diversas, golpeó Guillermo de un modo particular, conocido únicamente por los afiliados o los mas íntimos de la dueña de casa. La puerta se abrió en el acto como si estuviesen esperando aquella visita, y se dejó oir la voz de tia Anastasia que decia:—"Ya me lo figuraba yo, Guillermito, que habias de ser puntual; ¿vienes de paz o de guerra?"

—De paz.

—Asi me gusta: yo tambien me encuentro en la misma disposicion y será fácil arreglarnos.

—Con tal de que usted no sea mui exijente y que condescienda conmigo en ciertas cosas.

—Y con tal tambien de que no te dejes llevar de tu mal jenio, porque te prevengo que la violencia ahora no te servirá de nada... He tomado mis precauciones y estoi en mi casa.

—Vengo armado de paciencia.

—Confiesa, mi querido hijo, que has sido mui lijero.

—Pero usted fué quien me provocó.

—Yo hablaba de chanza y tú lo tomaste a lo serio; ¿cómo te figurabas que hubiera podido hacer tal cosa?

—Ya lo veo, disculpémonos ambos y entremos en materia. ¿Está usted dispuesta a ayudarme en la empresa?

—Sí.

—¿Con qué condicion?

—Sin otra que hagas los gastos y me dés lo que habíamos convenido.

—Corriente. Ahora deseo saber otra cosa.

—Cuál?

—Que usted me esplique el sentido de las palabras que me dijo esta mañana en la calle de San Pablo.

—¿Qué palabras?

—Aquellas de que la fortuna que yo poseo pertenecia a Luisa Valdes y que querian casarme por lejitimar un despojo y cubrir un escándalo.

—Ese es un secreto que no puedo revelarte, porque yo tengo la costumbre de oir, ver y callar, y que por otra parte seria mejor que no lo supieras.

—¿Por qué seria mejor?

—Porque sabiéndolo perderias el buen concepto que tienes de tus padres.

—Pero basta con lo que usted me dice para esto, y la

ignorancia seria mil veces peor: uno debe saber siempre a qué atenerse.

—Puesto que tanto lo deseas, te lo diré; pero con una condicion.

—Imponga usted la que le agrade.

—En el choque que tuvimos me dijiste que si yo frustraba tus planes me mandarias a la correccion, y así como tú quieres saber el secreto de tu fortuna, así no quiero ignorar los motivos o las pruebas que tienes para perderme.

—No tengo inconveniente en manifestárselas.

Y acto continuo Guillermo, le dijo que, independiente de ser usurera, etc. lo que muchos sabian, tenia en su poder: primero, la confesion de Josesito el amante con quien se fugó de casa de la mendiga, la que habia encontrado entre los papeles de su padre, ignorando cómo habia llegado a sus manos; y en seguida la declaracion de un reo, muerto en la Penitenciaria, que habia confesado haberse robado una custodia y otras muchas cosas y que las habia vendido a una matrona llamada Anastasia.

—¿Y cómo has conseguido estos papeles?

—Ya le he dicho a usted que el primero lo he hallado en el escritorio de mi padre; el cómo estaba allí, no lo sé; pero talvez temiendo alguna indiscrecion de parte de usted, se aseguraria de esa prueba.

—Así seria, pero eso no es bastante para condenarme.

—Pero es bastante para poner a la justicia sobre la pista; porque allí hai detalles curiosos.

—¿Y el segundo?

—El segundo lo he conseguido poco há de un amigo que no le nombraré, porque seria inútil, pues debe bastar para usted la existencia de ese documento.

—Y con qué fin lo has guardado?

—Con el mismo fin que tuvo talvez mi padre.

—Ya se ve: de tal padre tal hijo.

—He sido franco, dijo Guillermo, sin responder a la ob-

servacion de la tia Anastasia; ahora espero que usted tambien lo sea.

—Ya que lo quieres, no tendré mas trabajo que mostrarte mi *libro de memorias.*

Y la vieja salió, volviendo con un grueso volúmen que ya el lector conoce, lleno de anotaciones. Abriólo en seguida y sin vacilar ni equivocarse, presentó a Guillermo el párrafo siguiente, que ya hemos visto y que repetimos nuevamente para refrescar la memoria del lector.

II.

"Veinte de agosto 1833. Con esta fecha fuí colocada por "don Guillermo de... en casa de la señorita... rica here-"ra, de cuya fortuna estaba enamorado mas que de su be-"lleza... Don Guillermo era casado y me colocó en la casa "con el fin de que le ayudase a perder a la niña, lo que con-"siguió en diez de diciembre del mismo año.

"Nueve meses despues fué mandada por mí una pequeña "criatura a la villa de San Bernardo, a casa de una mujer "llamada Mariana Ponce, para que la criase, dándole un "buen salario...

"Don Guillermo consiguió por medio de amenazas y por "mis consejos, que la señorita de... se entrara a las monjas "de... haciéndole en vida una donacion de sus bienes, con la "condicion de que dejara gozar a su hermana y a su sobrina "Luisa, mui tierna aun, una parte de la fortuna durante su "vida y otras condiciones que ignoro.

"Don ¡Guillermo me regaló cincuenta onzas por mis ser-"vicios, con lo cual y lo que ya yo tenia, estudié y me esta-"blecí como matrona, habiéndole desde entonces servido "en varias aventuras... etc., etc."

Cuando Guillermo hubo concluido de leer aquel curioso documento, se quedó pensando un largo rato, y al fin dijo a la tia Anastasia, arrojando el libro con mas rabia que vergüenza.

—Pero esto no es una prueba suficiente.

—Te contestaré lo mismo que tú me contestaste a una observacion idéntica: "pero es lo bastante para poner a la justicia sobre la pista;" y ademas, como lo has visto en mi nota: "hai otras condiciones que ignoro" y estoi segura que doña Juana está en posesion de algunos papeles que, puestos en manos de un buen abogado, ¡quién sabe lo que resultaria si a ellos se añade mi declaracion, declaracion a la que puedo darle mucha luz y mucha verdad, por otras piezas que se refieren al mismo asunto, tales como la fé de bautismo del niño, las declaraciones de la nodriza y otros papelitos de tu padre que he guardado por *curiosidad!*...

—¿Y mi madre sabe todo esto?

—De que lo sabe estoi segura; y la mejor prueba es el empeño que pone en que te cases con esa niña, pues ella ve que puede perder su fortuna si este matrimonio no se realiza; sin embargo, sabe que doña Juana teme mucho al escándalo y que por nada permitiria que sufriese el honor de su familia y especialmente el de su hermana, a quien siempre ha querido con delirio; esto sin contar que tambien teme comprometer la fortuna de su hija.

—¿Y cómo sabe usted que mi madre no ignora nada de esta infernal intriga?

—Esta condicion no ha entrado en mi compromiso. Por otra parte, no exijas mas revelaciones, porque mas bien te conviene ignorar las cosas que saberlas, sobre todo aquellas que, si se relacionan en algo con este asunto, afectan otros intereses y otras personas...

—Está bien.

—¿Nos entendemos?

—Sí; el tanto por el tanto, ¿no es esto?

—Cabal: tú y yo tenemos interes en callar.

—Esta es la mejor garantía.

—Indudablemente.

—Tratemos ahora de nuestro asunto.

—Tratemos.

—La amistad de Mercedes con Luisa veo que es mui peligrosa.

—No hai la menor duda.

—Convendria ver modo de separarlas.

—Es lo que debe hacerse.

—Pero, ¿de qué medios valerse?

—Indisponer la una con la otra.

—Esto es difícil; yo conozco el carácter de Luisa y sé que no da crédito a los cuentos; y ademas, ¿cómo formarlos cuando no debe haber relaciones intermediarias entre ella y Mercedes que pudieran favorecernos para sembrar la discordia.

—Tienes razon... Entonces es preciso buscar otro espediente.

—Esto es lo que estaba pensando.

—Y hacer que se retire al campo, ¿no seria bueno?

—Mui bueno, pero todavia no es el verano, y quizá se haria acompañar por Mercedes... y adios proyecto...

—Lo primero no es un inconveniente, y lo segundo no sucederá.

—¿De qué modo?

—Como doña Juana se encuentra un poco enferma, seria fácil insinuarle al médico que lo que conviene a la salud de la señora es el campo.

—Esto puede suceder y no habria en ello la menor dificultad, porque el médico que la asiste es mi amigo; pero ¿cómo haríamos para evitar lo segundo?

—Te he dicho que no tendrá lugar.

—¿Por qué?

—¿No lo adivinas?

—No.

—Porque estando ausente su hermano, no abandonará Mercedes a sus padres.

—Tiene usted muchísima razon... La cosa es hecha... Hasta mañana, tia Anastasia, y sea usted prudente con To-

mas; que no conozca mas que lo indispensable, mire que es un bribon de siete suelas.

—Es inútil tu recomendacion, Guillermito, y mas bien debiera hacértela a tí, que gastas con él de tanta familiaridad.

Hecho este pacto infernal, despues de la infame revelacion que habria llenado de desolacion y de espanto a cualquier otro que no fuese Guillermo, tendió éste cordialmente su mano a la tia Anastasia y ambos malvados, reconciliados y unidos mas y mas por los lazos del crímen, se despidieron como dos íntimos y buenos amigos.

Ausilio provechoso.

I.

Luisa, como ya lo hemos dicho, habia empleado gran parte del dia anterior en recorrer todos aquellos lugares donde se venden cosas baratas y del uso propio de los pobres. Habia estado en la plaza de abastos, en cuyos alrededores se encuentran frazadas trabajadas en el pais, ropa y muebles ordinarios. En una gran herreria compró diez y seis catres a bajo precio, y en cuanto a los colchones, los halló en una tapiceria que tenia este esclusivo negocio (1), dándolos al precio fijo de tres pesos, porque no eran de lana sino de pelo lavado.

Cuando Luisa habia mandado a Ceferina a casa del jóven que las habia salvado, tenia, si se recuerda bien, una cantidad reservada que provenia de sus ahorros y que destinaba para socorrer las necesidades que tuviera la familia del jóven obrero; pero viendo despues que de nada carecian y notando la pobreza de las jentes del conventillo, tuvo la idea de ocuparla en ellas.

Vamos a poner la cuenta del gasto que habia hecho Luisa para habilitar de lo mas indispensable a un solo cuarto y con esto puede deducirse el costo de todos.

(1) Este colchonero, muerto poco há, llamábase Santa Cruz y era mui conocido en Santiago a causa de su beodez constante.

1 catre de fierro	$	5	
1 colchon		3	
1 frazada		1	
1 par de sábanas		1	25
6 sillas de paja		3	
1 mesa		1	
6 platos			50
6 vasos			50
6 cubiertos		1	25
2 fuentes		1	
	$	17	75

De manera que el costo total para dar este pobre confortable a aquellos infelices, montaba solo a trescientos pesos mas o menos; suma insignificante si hemos de compararla al bien que resultaria y a las comodidades que les proporcionaba: y decimos al bien, porque es fuera de duda que la decencia y el arreglo son unas de las cosas que mas civilizan y mejoran las costumbres. Cuando los individuos se habitúan a vivir limpios, son mas morales y trabajadores, tienen mas dignidad y mas aspiraciones, de donde resultan tantos y tan grandes beneficios para las personas y los pueblos, que es imposible calcularlos con precision; pero del que depende indudablemente el engrandecimiento y prosperidad de las naciones.

Si los gobiernos tuvieran en vista la relacion íntima que existe entre la vida material y la vida moral de los individuos, se empeñarian mas, mucho mas en tratar de hacer fácil y cómoda la primera; y aunque parezca que no entra en el radio de las atribuciones de la autoridad, no es menos cierto que ésta puede influir mucho en las costumbres del pueblo por ese medio; porque nada le impide decretar acertadas medidas a este respecto, como por ejemplo, construir por cuenta de los municipios en los grandes centros de poblacion, edificios cómodos, ventilados, sanos y limpios,

para arrendárselos a los obreros y familias pobres; de manera que sin ser oneroso al gobierno, pues talvez podria sacar hasta provecho, haria un gran bien a las clases trabajadoras y a la sociedad en jeneral, porque no solo se evitaria la mortandad espantosa de párvulos que se nota en Chile, sino que, como ya lo hemos dicho, se acostumbrarian al aseo y al órden, y del aseo y el órden viene la riqueza, la robustez, la moralidad y hasta el talento. Pero los gobernantes se dejan estar, sin preocuparse de cuestiones tan vitales, tan importantes, tan necesarias, desde el momento que de ellas depende el progreso bajo cualquier aspecto que se le mire,

Vemos en Chile que los mismos particulares construyen habitaciones destinadas esclusivamente para las clases pobres, encontrando en este jénero de especulacion un considerable lucro o un crecido interes del capital invertido. ¿Por qué, pues, los municipios no podrian hacer otro tanto? Los gobiernos departamentales, principalmente en nuestras dos grandes ciudades, Santiago y Valparaiso, parecen terrenos que les pertenecen, y nada les seria mas fácil que el construir cómodas y sanas habitaciones para la clase obrera y para todos aquellos cuyos escasos medios de subsistencia los obliga a buscar un albergue barato, aunque sea jeneralmente insalubre. Es fuera de duda que si las municipalidades hicieran por su cuenta este jénero de construcciones donde los pobres encontrasen un aire puro, agua abundante, facilidad para sus trabajos diarios, limpieza y economia en todo, no buscando la especulacion como la buscan los particulares, sino la comodidad y bienestar del indijente, es fuera de duda, repetimos, que encontrarian, no ganancia, porque no seria justo especular con el pobre, pero sí un módico interes de los capitales, que, aun recibidos a préstamo, siempre serian ámpliamente cubiertos; mas en donde hallarian su compensacion, compensacion inmensa, seria en la salubridad pública, en la estirpacion de las pestes, en la robustez de los individuos, en el mejoramiento de la raza y

hasta en la moralidad e ilustracion del pueblo en jeneral... Por Dios! no se nos crea utopistas, porque lo que decimos es un hecho práctico, un hecho manifiesto, un hecho que está al alcance de todos y que no emana únicamente de nuestra reflexion, sino que ha sido jeneralmente reconocido y puesto en ejecucion en otras ciudades... Hombres de gobierno, lo mejor, la única, la mas saludable, la verdadera política consiste en hacer el bien... Dejaos de esos hechos estériles, de esas intrigas perniciosas, de esas personalidades ridículas, de esas ambiciones bastardas y tened la noble ambicion de ayudar a vuestros semejantes, de libertar al pueblo de la inmundicia que lo degrada, de la miseria que lo agovia, del servilismo que lo esclaviza y lo mata. Haced por que el trabajador sea libre y fuerte, sano de cuerpo y sano de espíritu, y vereis poco a poco desaparecer las desigualdades sociales bajo el nivel de la democracia y del derecho individual que Dios ha acordado a cada uno de los hombres.

II.

A Luisa Valdes no la hacia obrar este móvil sino únicamente el sentimiento de caridad; pero sin comprender todo el alcance de su accion, la ponia en práctica, y sin penetrar en el gran problema de la vida de las sociedades, lo resolvia; porque la caridad, que debiera ser la lei en que se basara el mundo y la que debiera tener en vista las instituciones que nos rijen, zanja todas las dificultades, salva todos los inconvenientes, dirijiendo al hombre a la fraternidad, al progreso, a la relijion y a la felicidad.

Mercedes, sin esperar ya que le mandaran el coche, se fué acompañada de su padre hasta la casa de Luisa, de manera que cuando ésta la vió entrar quedó agradablemente sorprendida, pues aun no habia dado la órden de que fueran por ella.

—¿Cómo has venido, amiga mia? le preguntó.

—Acompañada de mi padre.

—Y dónde está? ¿Por qué no lo has hecho entrar? Hubiera tenido tanto gusto en verlo mi mamita y yo.

—No quiso ni se lo exijí.

—Mal hecho, amiga mia; si otra vez viene dile a mi nombre que entre.

—Creo que no lo conseguiré... ¿Pero qué es esto? esclamó Mercedes, al ver tantas frazadas y jéneros ordinarios en aquel saloncito tan elegante.

—Adivina.

—Imposible... pero ya sé: vas a vestir a algunos pobres?

—Sí, hija mía.

—Hoi han principiado en casa a blanquear los cuartos. Todos están mui contentos.

—Y mañana me acompañarás a arreglarlos, porque yo iré de alba con mi nodriza para concluir temprano aquella operacion.

—Luisa! Luisa! qué buena y qué grande eres!

—Ai! amiga mia! quién sabe si yo no hago todo cuanto debiera!

—Si los otros fueran como tú no habrian pobres ni desgraciados!

—La desgracia las mas veces se la labra uno mismo; pero no entremos a profundizar cuestiones que no están a nuestro alcance. Dime ¿cuál es la persona mas desgraciada de todas las que habitan en el conventillo? Y Luisa sacó la cartera en que habia puesto el número de las piezas con las anotaciones correspondientes.

—Segun creo, la mas desgraciada, porque es la mas pobre, es una viuda enferma que vive en el número ocho, y que tiene tres hijos pequeños; pero soporta sus miserias sin quejarse nunca.

—Esto me gusta mucho... Y Luisa hizo otra anotacion en el libro.

Ahora ocupémosnos de nuestros estudios.

Las dos jóvenes se pusieron a trabajar con empeño.

III.

Despues de almuerzo, que tomaron, como de costumbre, en el cuarto de doña Juana, se dirijieron al piano por pedimento de la señora, quitándoles asi el tiempo de que podian disponer para sus faenas ordinarias, pero dándolo por mui bien empleado, porque le servian de distraccion, pues hacia dias a que se sentia triste y melancólica, sea por efecto de su indisposicion o por otras causas interiores que no esplicaba.

—Dentro de dos dias, dijo con espresion de dolor, cumple años mi matrimonio, y nunca he dejado pasar uno solo sin hacer una obra buena que premedito de antemano, y ahora no he pensado en nada; ¿no vendrán ustedes en mi ayuda? ¿No sabrán señalarme algo para ahorrarme el trabajo de reflexionar?

—Para hacer obras buenas no se necesita pensar, mamita, porque nunca falta la ocasion.

—Pues yo no la tengo ahora.

—Quiere usted que yo se la busque y la haga por usted?

—Gracias, hijita; este es un cuidado que siempre he reservado para mí.

—Y si no quiere que nos entrometamos en él, ¿por qué pedirnos nuestra opinion?

—Yo no les he pedido su opinion ni su cooperacion, sino que les preguntaba únicamente para ver si se les ocurria algo, quedando yo libre de adoptarlo o no, pero sin comprometerme a nombrar un reemplazante; pero ya no tengo necesidad de ustedes, agregó alegremente; se me ha venido a la imajinacion la idea mas feliz, y éste va a ser el mejor año, porque estoi segura, con lo que se me ha ocurrido, de obrar ahora mejor que en ninguna otra ocasion.

—¿Y no podremos saber lo que se le ha ocurrido y que la satisface hasta el punto de ponerse alegre cuando poco há la veíamos tan abatida?

—Tú lo sabrás esta noche, hijita, y Mercedes pasado mañana; es cuanto puedo decirles, viéndome obligada a causa de este mismo asunto a abandonar la amable compañia de ustedes, porque necesito hacer algunos arreglos prévios.

—¿Qué habrá pensado mi mamita? dijo Luisa cuando se quedó sola con Mercedes. Pocas veces la he visto con un semblante tan alegre; la satisfaccion brilló en su cara como si hubiese sido alumbrada por una repentina luz.

—Medita, probablemente, alguna buena accion.

—Esto es indudable; ¿pero cuál puede ser? Ella tiene la costumbre de hacer obras de caridad, y por regla inviolable, en el aniversario de su matrimonio, como para recordar su felicidad y honrar la memoria de mi padre; pero como te he dicho, no la habia visto tan satisfecha de sí misma, es decir, tan contenta en otras ocasiones.

—Tu curiosidad no tiene mucho que esperar para satisfacerse, y yo agradezco infinito a mi sia Juana que tenga la bondad de asociarme tambien a sus secretos.

—Lo que es una prueba inequívoca de cariño y mui grande de confianza, porque mi mamita es mui reservada, pues hasta conmigo guarda algunas cosas.

IV.

El criado interrumpió esta conversacion diciendo:—"Un jóven trae estos papeles para su merced."

Luisa los tomó y dió esta sola respuesta:—"Dile que me mande la cuenta."

—¿Sabes lo que es esto, Mercedes? añadió inmediatamente.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pues es una cosa que te pertenece.

—¿A mí?

—A tí y a tu familia.

—Ah! ya sé... los retratos.

—Justamente, amiga mia... vienen seis de cada clase y

están a tu disposicion... Yo solo me reservo los del grupo, porque así los tengo todos, incluso el mio.

—No, Luisa, dame uno de esos siquiera.

—¿Y para qué?

—Para tener tu retrato.

—¿Pues no te lo he dado antes de ayer?

—Es verdad... pero... contestó Mercedes con timidez y poniéndose encarnada; pero querria este...

—¿Y qué mas tiene éste que el otro?

—Nada, pero...me gustaria mucho mirarme allí a tu lado.

Luisa, sin notar la turbacion de Mercedes, le respondió afectuosamente:

—Creo lo que me dices, pues a mí me sucederia lo mismo: aquí está el retrato.

Mercedes lo tomó, con trasportes de alegría, porque le habia costado mucho deshacerse del anterior, cosa que solo habia podido llegar a efectuar por cariño a su hermano y por el oculto amor que éste profesaba a su amiga.

Luisa miraba detenidamente uno de los grupos que era el solo que venia con marco, y volviéndose repentinamente hácia Mercedes, pero con cierto embarazo que no era propio en ella, le dijo:

—He resuelto dar otro de estos cuadros.

—¿A quién?

—A una persona de tu familia.

—¿A mi padre?

—No.

—¿A mi madre?

—Tampoco.

—¿A Enrique?

—Sí.

—A Enrique!... cómo va a ser feliz!... Mi querida Luisa mi noble amiga, ¿qué oculto instinto te enseña el modo de hacer dichosos?... Porque mi hermano va a serlo como no tienes idea!...

—No veo tan gran motivo para ello, mi querida Mercedes; si fueras tú la que lo recibiera, comprendo que te causase gran placer; pero a él...

—A él lo mismo que a mí... mas que a mí!... dijo Mercedes impremeditadamente, dejándose llevar por el recuerdo del intenso amor que le habia manifestado su hermano dos noches antes.

—Te equivocas, Mercedes, no es posible... yo no soi para él mas que una desconocida, mientras que él es para mí un bienhechor a quien debo gratitud.

—Una desconocida!... un bienhechor!... No hables así mi adorada Luisa; ¿puede ser una desconocida para Enrique la amiga de su hermano? ¿Puede ser él un bienhechor cuando eres tú la que nos colmas de favores?

—¿Y qué quieres entónces que sea? Y a qué título le puede causar tanta satisfaccion una cosa tan insignificante; pero ya se ve, tienes mucha razon: tu hermano va a ser mui feliz, porque va a ver en este cuadro a los seres que mas quiere en la vida, como son sus padres, y su hermana...

—Así es, dijo Mercedes conmovida...

Ya habia dicho talvez demasiado y temia revelar un secreto que tanto le habian encargado guardar... Sin embargo, no pudo menos de añadir:—Pero en ese cuadro va tambien unida tu imájen.

—Es verdad, y tuve esta idea por dos motivos: el primero, porque me gustaba estar junta contigo, y el segundo, para manifestar a tu hermano mi gratitud por medio de este recuerdo.

—Ya te lo he dicho, Luisa, Enrique será mui feliz por lo uno y por lo otro.

—Tanto mejor, pues a mí me gusta que las personas estén siempre contentas... Y en seguida Luisa, como para cortar la conversacion, se dirijió al piano, llevándose consigo a Mercedes para darle su leccion de música.

Despues que Mercedes se hubo retirado, fuése Luisa al

cuarto de su madre para hacerle compañia, como tenia de costumbre, pero se estrañó mucho de hallar a doña Juana en su cuarto con un caballero desconocido, el que, al pasarle un legajo de papeles, le dijo: "esta es la escritura, señora, que usted me ha mandado estender, y hoi la traigo para que la firme."

Doña Juana, sin responder palabra, tomó los papelas y firmó; despues de lo cual se acercó el caballero a la mesa, escribió algunos renglones sobre el mismo papel y tambien firmó, tomando en seguida su sombrero y saludando profundamente...

Los papeles quedaron sobre la mesa.

La donacion.

I.

—Acércate, hija mia, dijo doña Juana a Luisa, y pon una cubierta a estos papeles.

La jóven obedeció.

Lácralos y pónles mi sello.

Luisa hizo lo que le decian.

Escribe ahora el sobre:

"A la señorita Mercedes Lopez."

Al oir este nombre, Luisa miró a su madre con cierto asombro, levantando la pluma.

—¿No te he dicho que escribas, hija mia, ese sobre?

—¿Qué contiene esto, mamita?

—Ya lo sabrás, curiosa; mientras tanto haz lo que te mando.

—Luisa escribió: "A la señorita Mercedes Lopez."

—Ahora bien, ya sabes que me he impuesto un deber, que durará mientras yo viva, y es el hacer alguna buena obra en cada aniversario de mi casamiento con tu padre.

—Sí, mamita.

—Hasta hoi, nada habia resuelto. Nada tenia pensado sobre este particular, y por este motivo consulté el asunto con ustedes para ver si se les ocurria alguna cosa buena y digna de esa memoria que tanto amo y venero... De repente, como si fuera una inspiracion, y una inspiracion del cielo, me fijo en Mercedes... pareciéndome oir una voz que me decia: "no busques en ninguna parte... a tu lado está lo

que necesitas...” y al contemplar aquella niña tan hermosa, tan anjelical, tan pura... pero tan espuesta por su pobreza... tan digna de ser feliz, y tan difícil que lo sea; porque en este mundo, virtud, talento, belleza de nada valen si no son acompañadas por el dinero... entonces, Luisa mia, formé el propósito de hacer a esa jóven una posicion regular;... y acordándome de la quinta que tenemos en Yungai, me resolví a dársela... Esta fué la causa de haberme levantado en el acto para mandar a mi mayordormo donde un escribano para que estendiese la escritura de donacion, que es la que me has visto firmar y a la que tú has puesto el sobre.

—Mamita!... esclamó Luisa, bañada en lágrimas, echándose en los brazos de su madre. ¡Qué accion tan buena y tan noble! Qué pensamiento tan hermoso!

—No lo niego, hija mia, dijo doña Juana conmovida; este rato me causa un placer indecible y me parece que he honrado dignamente la memoria de tu escelente padre.

—Mi padre, respondió Luisa como inspirada, la bendecirá en este momento desde el cielo.

Doña Juana levantó la vista como para ver si era realidad lo que su hija decia... y luego añadió: “¡qué felicidad tan pura y tan incomparable es la de hacer el bien!”

—Y sobre todo bienes como éste.

—En efecto, hija mia, la idea de que esa niña, por su posicion, se viese espuesta a un peligro, o por lo menos que no pudiera unirse a un hombre igual a ella en virtud y en delicadeza, pues en la clase a que pertenece es mui difícil encontrarlo, me martirizaba; mientras que ahora puede esperarlo, y esto me llena de regocijo; porque no es tan solo su propia felicidad la que obtengo, sino tambien la de sus padres y mas tarde la de su marido y de sus hijos...

—Pero Mercedes por sí sola es digna, mamita, de ocupar el primer rango y de aspirar al enlace mas elevado.

—No lo dudo, hija mia, y lo que mas me lo prueba es tu amistad por ella; sin embargo, ya te he dicho que en este

mundo se miran en mui poco las cualidades y en mucho la fortuna.

—Mercedes estoi segura que no se casaria con un hombre que no mirase primero a aquellas antes que a éstas.

—Aun dado ese caso, en la situacion en que se encuentra, no se le presentará nadie, a no ser personas de su esfera, que ella no aceptará; en tanto que de este modo estará en aptitud de rolar entre una sociedad mas distinguida.

—Le aseguro, mamita, que si yo fuera hombre rico y noble, no trepidaria en unirme a Mercedes, creyéndome mui feliz y mui honrado.

—Yo sé de que tienes unas ideas mui romanezcas; que te picas de independiente, pero la sociedad, hija mia, tiene sus leyes, y las mujeres debemos siempre acatar la opinion.

—Pero yo me suponia hombre, mamita, repuso Luisa riéndose.

—En ese caso cambia algo la cuestion, pues como dice Mme. Stael: "el hombre debe arrostrar la opinion y la mujer sujetarse a su imperio;" sin embargo, hombres o mujeres, pero especialmente éstos, no deben hacer jamas enlaces desiguales que choquen con las costumbres establecidas.

—Sin embargo, puede haber casos, como el de Mercedes, por ejemplo, en que la regla se vea obligada a ser una escepcion; y en prueba de lo que afirmo, ¿no dejaria usted casarse con ella a un hijo suyo?

—Talvez no, a pesar de la alta opinion y del mucho cariño que tengo por esa niña; en primer lugar porque iria en contra de mis principios, que tú conoces a fondo; y en segungundo lugar, porque en la desigualdad de condiciones no existen los elementos de la felicidad sino aquellos de la desgracia, porque están mas dispuestos a disolverse que a unirse. Un matrimonio desigual, ya sea por parte del hombre o de la mujer, y ya sea a causa de la edad, de la fortuna o del linaje, no debe hacerse, porque casi nunca es feliz.

—Pero, mamita, la elevacion del alma y la nobleza del

corazon ¿no se toman en cuenta? No igualan y aun sobrepujan todas esas otras ventajas sociales?

—Sí, hija mia, y esto justamente va a probarte cuán razonable es mi opinion: una persona de sentimientos nobles y elevados haria mui mal de unirse a otra que no tiene los mismos, porque estaba segura de ser mui desgraciada; pues otro tanto sucede con las demas desigualdades, sin escepcion alguna.

—Usted me convence, mamita, pero no me persuade; nada le puedo responder, y sin embargo, veo que existe un vacío; mi entendimiento se calla, es verdad, pero mi corazon habla; no resisto a la fuerza de su lójica, pero tampoco puedo desoir una voz interior que me dice que hai vallas que uno puede salvar, que hai desigualdades que uno debe vencer, y así, refiriéndonos a la persona que nos ocupa, a Mercedes, creo que aun siendo de una condicion humilde y no poseyendo bienes de fortuna, honraria mas bien ella a un hombre que un hombre a ella, por mas elevada que fuera su alcurnia y por mui grande que fuera su riqueza.

—Lo que sientes es justo, Luisa, y lejos de haber contradiccion entre tu pensamiento y el mio, lo compruebas, porque no haces otra cosa que buscar el equilibrio, que buscar la igualdad de condiciones por el contrapeso de las cualidades o ventajas de que gozan dos personas.

—¿Entónces Mercedes no seria indigna de unirse a un hombre noble y rico?

—No, hija mia.

—Esto es lo que yo queria saber.

—Pero es preciso que adviertas que vivimos en este mundo donde el nombre y la fortuna lo pueden todo y son los únicos que gozan de las humanas consideraciones. Por otra parte, en uniones tal cual la que me propones, siempre existirian diferencias, porque no habria la igualdad que se requiere para la armonía, y estas diferencias traerian al fin la discordia y con ella la desgracia.

—Segun usted, mamita, no habria matrimonio feliz, porque es imposible que se encuentre esa perfecta igualdad de condiciones; sin embargo, usted ha dicho que ha sido tan dichosa.

—Por desgracia es la verdad: hai mui pocos matrimonios felices, y si yo he hecho una escepcion, es porque habia esa igualdad de que te he hablado. Tu padre era pobre, pero noble lo mismo que yo; pues la fortuna que tenemos, dijo doña Juana con cierto dolor, y mirando el retrato de la monja, nos viene de mi hermana, que la heredó de su padre, pues, como tú sabes, es solo mi hermana de madre.

—Nunca me ha contado usted, mamita, las circunstancias por qué mi tia entró a las monjas, pues segun me han dicho era mui elegante y buena moza y el retrato así lo demuestra.

—Esa seria su vocacion, contestó doña Juana con triste acento, pero que significaba que no queria que la interrogasen a este respecto.

II.

Luisa mudó entonces de conversacion, porque cada vez que se ofrecia hablar sobre la monja, su madre sufria; y sin embargo, iba a verla al monasterio con mucha frecuencia acompañada de su hija, a quien habia enseñado a amarla y respetarla, hablándole siempre de las virtudes y elevacion de sentimientos de esa mujer, que en toda su juventud y belleza habia abandonado el mundo, encerrándose para siempre en el retiro y soledad del cláustro.

—Mamita, dijo en seguida Luisa a su madre, anudando la interrumpida conversacion: ¿sabe usted que me parece que Mercedes va a rehusar su donacion?

—Y por qué te parece, hija mia?

—Porque he notado en ella un sentimiento de delicadeza levado quizá hasta la exajeracion; pues la he visto sufrir

a la sola idea de que le pudiera hacer yo una dádiva de algun valor.

—Pero esto que, si no es una fortuna, asegura al menos su porvenir, lo aceptará.

—Lo dudo mucho.

—En caso que no aceptara, lo que no creo, sus padres serán mas prudentes y la aconsejarán.

—Tambien me parece difícil.

—Tú eres algo ilusa, hija mia, y algunas veces juzgas de los demas por tí misma. ¿Cómo te figuras que una pobre jente que debe conocer las penalidades de la vida, vaya a desechar una dádiva que les asegura para siempre un mediano e independiente bienestar?

—Puede ser que usted tenga razon, pero yo, por lo poco que los conozco, he formado una opinion distinta.

—Dado caso que asi fuese, yo los obligaria a aceptar.

—Y si es necesario, yo me uniré a usted para convencerlos; porque, en resumidas cuentas, no lo deben considerar ellos ni nosotros como una dádiva, sino como una deuda que pagamos, puesto que debemos la salvacion de nuestras vidas al arrojo de su hijo, que espuso la suya.

—Tienes razon, hija mia, y esto me hace pensar que lo que hago ahora no es bastante para llenar debidamente la manda que me he propuesto cumplir en el aniversario que celebro.

—¿Por qué?

—Porque yo no hago un bien sino que pago una deuda.

—Es verdad que usted paga una deuda, pero no es menos cierto que hace un bien.

—Sin embargo, no tiene el mérito que yo habia creido.

—Tiene el mismo, mamita, porque el beneficio es igual tanto en un caso como en otro.

—El resultado, querrás decir, pero no el beneficio.

—No entro en esas sutilezas, sino que veo su intencion y la alabo; veo los resultados y me congratulo de ellos; por-

que usted proporciona los medios de que sea feliz esa niña a quien tanto quiero y que es mi única amiga, a pesar de nuestra diferencia de clase y de fortuna, agregó Luisa con cariñosa malignidad.

—Te comprendo, picarona, le contestó doña Juana, atrayendo a Luisa hácia sí; eres fina para contradecir mis argúmentos y siempre te sales con la tuya: pero de la amiga al marido hai mucha diferencia, añadió besándola y diciéndole de irse a recojer porque ya era tarde.

Esa misma noche regresaba Mercedes contentísima a su casa con los retratos de ella y de sus padres y con el pensamiento de lo feliz que iba a ser Enrique cuando los recibiera, particularmente el grupo en que se encontraba Luisa; y llena de esa idea entró corriendo por la calle del conventillo, sin reparar que Anastasia y Víctor venian saliendo.

III.

Reconciliados éstos en la noche anterior o anudadas sus relaciones por el interes de cada cual, se habian presentado juntos en casa de Marta para dar una escusa de su ausencia, desvaneciendo las sospechas que hubieran podido producir en el ánimo de la perspicaz Marta las palabras que fueron dirijidas a la esposicion del salon, a los cuadros y al nombre del pintor; pero Marta, que no tenia la menor sospecha y que mas bien estaba prevenida a su favor, creyó de buena fé cuanto le dijeron y se entretuvo con ellos, haciendo los elojios de la señorita amiga de Mercedes, que con su buen corazon habia mandado asear todas las habitaciones del conventillo, inclusa la calle, que se veia clara a causa de la limpieza.

Anastasia y Víctor no habian escaseado ni su admiracion ni sus alabanzas por la caridad sin igual de la aristocrática jóven, y el pintor, como en un arranque de entusiasmo, habia dicho a Marta:—"Yo deseara asociarme en

algo a la buena accion de esa señorita y quisiera repartirles una friolera para que mañana comieran bien y a la salud de su bienhechora, pero con la condicion de que lo ignore ella, porque talvez no le agradaria esta especie de oculta asociacion." Y diciendo y haciendo, sacó veinte pesos del bolsillo y se los entregó a Marta, diciéndole de repartirlos por iguales partes.

Marta no vió inconveniente alguno en recibirlos y prometió dárselos y guardar el secreto.

Víctor y su tia se habian retirado, como lo hemos dicho, al tiempo mismo que llegaba Mercedes, la que abrazó a sus padres con mucho contento, mostrándoles en seguida, con esa viveza de la niñez, los retratos y las nuevas de que era portadora, contándoles cómo Luisa vendria al dia siguiente para ayudarles a arreglar las piezas.

Los dos viejos, alegres y admirados, no hallaban espresiones como pintar su agradecimiento y ensalzar a Luisa, prometiéndose estar de pié bien de mañana para prevenir a todos los habitantes del conventillo que estuviesen listos para el arreglo.

Todavia no echaba Dios sus luces, como se dice algunas veces, cuando Domingo y Marta iban al dia siguiente de puerta en puerta repartiendo el dinero de Víctor y dando aviso para que no saliesen, pues aquel dia tenian que arreglar sus habitaciones, ayudándose los unos a los otros para concluir mas brevemente.

La alegria era jeneral. Aquella pobre jente rebosaba de contento, no sabiendo esplicarse por qué les venia un bien tan inesperado, pues son tan raras las obras de caridad, que no nos figuramos puedan hacerse sino movidos de cierto interes. Los comentarios que se hacian, pues, eran diversos, emitiendo cada uno su opinion en conformidad a sus ideas.

No tardaron mucho en pararse a la puerta del conventillo carretones cargados de muebles, que todos miraban sorprendidos, sin saber si aquello seria para ellos, pues Mar-

ta les habia dicho únicamente que estuviesen preparados para arreglar sus cuartos; pero un presentimiento secreto les anunciaba que todas aquellas cosas no venian destinadas sino con el fin de socorrerlos. La alegria, los comentarios y los cálculos crecian, sin poder dudar ya de la realidad de aquel hecho, viendo que los carretoneros descargaban y depositaban los objetos en medio de la calle del conventillo, cuyos habitantes rodeaban al sarjento, a Marta y a Mercedes haciéndoles mil preguntas.

Los semblantes de las tres personas que acabamos de nombrar manifestaban contento, admiracion y ternura; pero no ese contento que nos lleva a la hilaridad sino aquel que nos hace verter lágrimas.

"Hijos mios, dijo el sarjento a los hombres, mujeres y niños que lo rodeaban y que en jeneral tenian por él gran respeto y cariño: todo lo que aquí veis es para vosotros. Una señorita tan noble como hermosa y buena, compadecida de vuestra miseria, se ha propuesto aliviarla; imitad su ejemplo y obrad como ella con aquellos mas infelices que vosotros, porque Dios ha dicho: "Quien socorre al desvalido me socorre a mí, y el que hace obras de caridad nunca es perdido." Esperad un momento y vereis a vuestra bienhechora."

La distribucion.

I.

Parece que el buen sarjento hubiera adivinado, porque al terminar su sencillo discurso paró un coche a la puerta, bajando dos señoras envueltas en trajes de abrigo, porque aunque a fines de setiembre, hace todavia en las mañanas mucho frio en Santiago, a causa sin duda de la proximidad de las jigantescas cordilleras de los Andes, en cuyo pié se encuentra la hermosa capital de nuestra floreciente república.

Mercedes y sus padres habian salido al encuentro de Luisa y Ceferina, que miraban con curiosidad todos aquellos grupos de jentes de fisonomias tan raras y distintas, los que las saludaban quitándose el sombrero o inclinando la cabeza sin proferir palabra, porque no sabian qué decir, imponiéndoles el aire distinguido y aristocrático de la jóven a la vez que les atraia la espresion de dulce conmiseracion que se pintaba en ella; pero el temor de decir alguna cosa impropia los retenia de espresar su gratitud, que sin embargo se dejaba ver en el semblante de la mayoria.

Luisa, dirijiéndose al sarjento, le dijo: aquí tiene usted, señor Lopez, la lista de lo que corresponde a cada uno: distribuya las cosas en conformidad a ella, principiando por órden.

Varias voces dijeron: gracias, señorita, gracias! Dios se lo pagará dándole el cielo! Dios la haga feliz en este mundo!

Dios la guarde!... y mil otras espresiones llenas de gratitud con que querian manifestarle su reconocimiento.

Aquel espectáculo era tierno, imponente, conmovedor... y Luisa gozaba y sufria alternativamente al ver el contento de aquellos infelices y al pensar que habria infinitos como ellos que era imposible socorrer.

El sarjento Lopez, en conformidad a la órden que le habia dado Luisa, y con la seriedad de la disciplina militar, y cual si fuera a tomar lista en el cuartel, llamó a los habitantes del cuarto número uno, que se presentaron en el momento, y a los que dijo, siempre con su impasibilidad de soldado: "tomad para vosotros un catre, un colchon, una frazada, un par de sábanas, seis silletas, una mesa, seis platos, seis vasos, dos fuentes y seis cucharas, cuchillos y tenedores;" y luego llamando a varios hombres les dijo: "venid a ayudarlas a acomodar para que nos desocupemos pronto."

Otro tanto hizo con el cuarto número dos, y asi sucesivamente con los demas, simplificando la operacion por el trabajo simultáneo de todos para cada uno.

Concluida la reparticion, Luisa, acompañada de la familia Lopez, fué a visitar cada una de las piezas, arreglando todo aquello que creia que no estaba bien colocado, dirijiéndoles a la vez palabras de consuelo y de conformidad, y aconsejándoles el trabajo, el órden y la limpieza, pues así vivirian mas cómodos y serian mas arreglados y felices.

Cuando llegó al cuarto número ocho, donde le habian dicho que estaba la viuda enferma, se aproximó a su cama, se informó con solicitud del mal que padecia, le prometió mandarle a su médico, y acercándose mas al lecho de la enferma le dijo en tono bajo para no ser oida de los demas: "aquí tiene usted un poco de dinero que le servirá para este mes; pero con esta tarjeta se presentará usted todos los meses a casa, donde en vista de ella le darán a usted lo que he ordenado que le entreguen." La pobre mujer lloraba, mientras que los niñitos, sin darse cuenta de lo que ocurria, ro-

deaban la cama de su madre, mirando a Luisa, que les acariciaba, con ojos atónitos, pero sin mostrar el menor temor ni esquivez, porque era imposible que la dulce y bella fisonomía de la jóven inspirase ese sentimiento.

Terminada la visita, Luisa, con esa familiaridad que acostumbraba emplear con las personas que queria, pidió a Marta, como en dias anteriores, un pocillo de chocolate, que se apresuró a servirle la buena mujer, pues lo tenia preparado, previendo lo que iba a suceder.

—Se me ha ocurrido una cosa, dijo Luisa que estaba mirando, desde la puerta de las habitaciones de Marta, hácia el patio, y es que seria mui conveniente poner en el largo de la calle algunos árboles, que a la vez de dar sombra, recrean la vista, purifican el aire y hacen mas sano un lugar, sobre todo aquí donde hai tantas personas reunidas en tan corto espacio.

—Magnífica idea, contestó el sarjento, pero difícil de realizar.

—Nada mas fácil, repuso Luisa, pues mi mamita tiene una quinta en Yungai, donde hai muchísimos árboles, y sin que hicieran la menor falta se podrian hacer trasplantar los que aquí se necesiten. Vamos, señor Lopez, agregó, no sea usted perezoso; tome las distancias, vea los árboles que puedan colocarse, hágame abrir los hoyos, y hoi mismo los tendrá usted aquí si se encarga de hacerlos acomodar.

—No solo con el mayor gusto, sino hasta no sé con qué decir, contestó el sarjento alegremente, porque así quedará esto lindísimo, y cuando venga el propietario ¡cómo me voi a reir de la cara que ponga! porque no sabrá ni cómo ni quién, ni cuándo se han hecho estos milagros.

Luisa se despidió, llevándose consigo a Mercedes, y el sarjento Lopez se puso en el acto a tomar las distancias, convocando a los habitantes del conventillo para abrir los hoyos.

II.

Ese dia Luisa estuvo mas festiva que de costumbre, porque no hai cosa que abra mas el corazon al contento que una buena obra; así es que no cesó de chancearse con Mercedes a propósito del pintor invisible, segun ella lo llamaba; pues ese mismo dia, queriendo irle a hacer una visita, le habian respuesto que no estaba en casa; "¿o será que me tiene miedo a mí?" agregaba Luisa riéndose; y sin embargo, no me creo tan fea que espante: ¿no es verdad Mercedes? le preguntaba a su amiga mirándose al espejo y haciendo algunos jestos llenos de gracia y coquetería.

—No creo que sea ese el motivo, respondió Mercedes con un tono no menos festivo, sino que por casualidad no se habrá encontrado en casa.

—Es natural que tú lo disculpes, puesto que solo contigo se muestra complaciente; porque casi estoi segura que si yo voi otra vez, no lo encuentro.

—¡Qué ocurrencia! ¿Qué motivo puede tener para ocultarse de tí?

—Yo lo ignoro; pero no sé qué presentimiento me dice que jamas he de tener la dicha de encontrarlo; y sin embargo, tengo tanta curiosidad de conocerlo, por el retrato que has hecho de él.

—Yo me alegraria infinito.

—¡Qué! ¿no te gusta?

—Por la misma razon que me gusta y que me parece un hombre cumplido es que me alegraria que te viese...

—¿Y no temes que yo pueda agradarle?

—Por una parte sí y por otra no.

—Ya estamos con el mismo misterio del otro dia...

—Es mejor que dejemos esta conversacion.

—Sea como tú quieras; pero yo tengo muchas ganas de conocerlo, y tú eres la culpable.

—Podemos ir a su casa hoi o mañana si te parece.

—No; prefiero ahora que él venga a la mia, y tú vas a servir de intermediaria.

—Con mucho gusto.

—Mañana me he propuesto tener un pequeño almuerzo en la quinta de Yungai, y lo convidarás para que venga. No habrá mas convidados que tú y él, y solo seremos cuatro de mesa con mi mamita, que nos acompañará.

—Se lo propondré esta noche, aun cuando no tengo confianza con él.

—Para esto no se necesita de tanto, y espero que no se resistirá a tu invitacion y al gusto de pasar contigo algunas horas, lo que tambien me proporcionará a mí el placer de conocerlo.

La acechanza.

I.

El célebre Víctor, que tanto ocupaba a Luisa y a Mercedes, lo que no dejaba de ser un gran paso refiriéndonos al afecto o a la estimacion que habia inspirado a la última, se encontraba mui contrariado con las visitas de Luisa al conventillo, mucho mas cuando habia sabido lo que hiciera en el dia en favor de los habitantes de él, porque temia, y con razon, encontrarse con Luisa por alguna casualidad, lo cual echaria por tierra, no solo la conquista de Mercedes, sino su proyectado casamiento.

Por otra parte, estaba obligado a presentarse mui humano y jeneroso, porque, aun cuando este era su plan, tenia que hacer mayores desembolsos para ponerse al nivel o sobrepujar a Luisa en sus dádivas y llamar así la atencion de Mercedes, despertando su cariño, no solo ya por su atractivo personal, que estaba seguro de ejercer, sino por las virtudes de que debia creerlo dotado.

Como necesitaba estar al cabo de todo lo que sucediese en el conventillo para arreglar en conformidad su conducta, ordenó a Tomas que se relacionase íntimamente con Teresa, a quien, como sabemos, conocia de antemano el criado de Guillermo, granjeándose su confianza, pues ella tenia la de Mercedes, pudiendo por este medio ser mas certeras sus combinaciones e infalibles sus resultados.

En consecuencia, el astuto muchacho se dirijió donde su

antigua conocida, por la que supo lo que en la mañana habia hecho Luisa en favor de los pobres, siendo ella partícipe de sus dones. Le habló tambien Teresa de la amistad que la unia a Mercedes, de cuya amistad, dijo, nacen todos estos favores, ensalzando como merecian las cualidades de Luisa.

Tomas, por su parte, hizo iguales confidencias a Teresa respecto al noble carácter de su nuevo amo, el célebre pintor don Víctor Escobar, manifestándole que en los pocos dias que estaba a su servicio lo habia colmado de beneficios, y que no se limitaba a esto, sino que le habia dicho que nunca dejase de comunicarle las desgracias que viese para remediarlas si era posible, o las personas honradas y trabajadoras que por falta de un pequeño capital no pudiesen progresar.

Por ahora, habia añadido Tomas, movido don Víctor sin duda por el noble ejemplo de mi sia Luisa Valdes, tengo el encargo de informarme, ya que esa señorita les ha dado todos los útiles indispensables a una casa, qué es lo que les falta respecto a ropa, y usted, añadió, podia siquiera ayudarme en tan caritativa obra.

Teresa, como es de suponerlo, se prestó con gusto al encargo que le hiciera Tomas, quedando de contestarle para el dia siguiente.

Tomas, por su parte, dió aviso de todo lo ocurrido a su amo Guillermo, asegurándole que a pesar del misterio que él habia recomendado a Teresa, era casi seguro que Mercedes sabria en breve todo lo que él hacia y que la acechanza daria un resultado tan favorable como infalible.

II.

Guillermo o Víctor, como quiera llamársele, habia quedado satisfecho, como siempre, de la astucia de su criado, sabiendo el golpe que aquella maniobra produciria en el corazon de Mercedes; y para que este golpe fuera mas cer-

tero, autorizó al criado para que le ofreciera en su nombre a Teresa quinientos pesos en calidad de préstamo, cuya suma permitiria a su marido trabajar en mayor escala, lo cual lo haria prosperar en poco tiempo, no viéndose obligado a vejetar como ahora con su pequeño comercio, que escasamente podria darle para vivir.

Puesta esta nueva bateria en contra de la plaza, esperó que los acontecimientos se presentasen por sí mismos, seguro de que se rendiria por bien o por mal, pues a toda costa queria el triunfo, ya fuese por un acto de libre voluntad, lo que seria mucho mas agradable y menos riesgoso, o ya por uno de arbitrariedad o de violencia, cualquiera que fuese el peligro o el sacrificio.

Y no se estrañe esta tenacidad, porque las pasiones de los hombres corrompidos son en jeneral mas violentas, y tanto mas en Guillermo cuanto estaba acostumbrado a que todo cediese a sus caprichos, hallándose ahora mas instigado que nunca por la dificultad, por el trabajo que personalmente le costaba y por los obstáculos que, sin saberlo, Luisa le oponia.

La inocente niña Mercedes, cuyo porvenir amenazaban tan cruelmente, gozaba mientras tanto de todas las delicias de una amistad como la de Luisa, y su alma, satisfecha y contenta, no veia ni una sombra de nubes en su horizonte claro y despejado. Embriagada en el bien, en la virtud, en el deleite de poseer a tan buenos padres y escelente hermano, asi como en el de haber conseguido sin merecerlo, tal era su humildad y su modestia, la amistad de una señorita como Luisa, no pensaba en el mal ni aun suponia casi que existiera, creyendo que todos eran, si no felices, al menos no criminales; de manera que, aun cuando le hubieran dicho que ella iba a ser víctima de la mas infernal intriga, habria pensado que era un engaño con que pretendian intimidarla, y si hubiesen agregado que seria Víctor el autor de su desgracia, lo habria desechado como una vil calumnia, porque

era imposible que aquella fisonomia tan noble encerrase la maldad, que aquel espíritu tan elevado cobijase la bajeza, que aquel corazon tan benévolo ocultase el mortífero veneno de la víbora.

Mercedes, mas que nunca llena de esas ilusiones indefinibles y que sin embargo ocupan tanto a la juventud, porque las siente sin comprenderlas; llena de esperanzas, porque ella misma notaba los rápidos progresos que hacia en los ramos que Luisa le enseñaba; llena de satisfaccion, porque todo a su alrededor le sonreia, pasaba de vez en cuando por su poética imajinacion la imájen de Víctor como luminoso meteoro, sintiéndose agradablemente impresionada de aquel recuerdo; pero sin determinacion fija, sin cálculo premeditado, sin nada que se pareciera a un plan concebido y que tiene su objeto y su fin, sino que aquel recuerdo era inocente y desprendido como el que se esperimenta por un amigo ausente a quien se desea ver por simpatia y sobre el que no existe otro interes o la mas remota idea de conveniencia.

III.

Dispuesto el ánimo de Mercedes de esta manera, entró a su casa, donde se encontraba Víctor con la tia, a quienes estendió cordialmente la mano, abrazando en seguida a su madre y haciendo a su padre una burlona reverencia, que el viejo Domingo no perdonó hasta que hubo atraido a Mercedes donde él estaba y besádola en la frente en señal de castigo.

La conversacion rodó en seguida sobre las ocurrencias del dia, y Mercedes dijo que tenia que contar una que interesaba a cierto caballero que estaba presente. Como en la sala no habia mas que dos hombres, Domingo y Víctor, ambos a la vez preguntaron si seria a él.

—Es al señor, contestó Mercedes señalando a Víctor.

—¿A mí, señorita?

—A usted, señor.

—No puede ser sino favorable, desde el momento que lo sabré por conducto de usted.

—En efecto, porque no me habria encargado de referirle una ocurrencia mala o penosa.

—Entonces usted está encargada de comunicármela?

—Sí, señor; estoi encargada por la señorita Luisa Valdes de convidar a usted para un almuerzo en su quinta de Yungai.

—Imposible, señorita, contestó Víctor con cierta turbacion, que trató de ocultar en el acto.

—Imposible! ¿y por qué? Ella me previno que estaria solamente con su mamita y sin otros convidados que usted y yo.

—Señorita, no puede usted figurarse el sacrificio que me cuesta rehusar un convite cuya aceptacion me seria tan agradable.

—¿Y por qué no acepta entonces?

—Porque!... porque!... repuso con tono dolorido Víctor, porque el deber me lo impide, señorita...

—¿Y no puede usted postergar ese deber?

—He dado mi palabra, señorita, y creo que usted no me aconsejaria faltar a ella.

—Por cierto que no; pero es una lástima que usted no asista... ¡Habria tenido tanto gusto Luisa! Luisa que tiene tan vivos deseos de conocerlo!

—No son menores los mios, basta que sea su amiga y que tenga un corazon tan bien puesto, segun los bellos informes que me han dado.

—Es cierto; Luisa es digna de todo elojio, de todo cariño, estimacion y respeto; y yo lo compadezco, señor Víctor, de que usted no la conozca.

—Pero puede ser que tenga en breve este placer, puesto que viene aquí con tanta frecuencia.

—Solo ha venido dos veces, señor: la una con el objeto principal de conocerlo, y la otra, que ha sido hoi, con el fin de hacer el bien a muchos pobres.

—Con la intencion de conocerme, ha dicho usted?

—Sí, señor.

—¿Entonces tenia algunas noticias mias?

—Yo misma se las he dado, respondió Mercedes, ruborizándose.

—¿Y qué he hecho yo para merecer que usted se ocupe de mí?

—Señor, no lo sé, volvió a contestar Mercedes poniéndose aun mas encendida; pero ahora que recuerdo, añadió, dominándose un poco, hablábamos de pintura; y como ella ha comenzado a darme lecciones, no pude menos de decirle lo que habia visto.

—Ah! hablaban ustedes del pintor!... Y Víctor dejó notar en estas palabras una especie de amargura, de que Mercedes no pudo menos de apercibirse, por cuya razon respondió en el acto, como para correjir el mal que pensaba haber causado.

—Del pintor y del individuo.

—Yo debo de estar agradecido de todas maneras, señorita, porque tanto el pintor como el individuo son indignos de llamar la atencion de ustedes.

—No diga usted eso, repuso Marta, interviniendo en la conversacion para venir en ayuda de Mercedes, a quien veia perpleja; sus méritos como artista y sus cualidades como hombre son dignos de la mayor consideracion y de que se ocupen de ello con gusto.

—Señora, contestó Víctor con finjida humildad; yo nazco del pueblo, no tengo antecedentes de familia ni de fortuna, y mi mérito como artista, si es que alguno poseo, es escesivamente mediocre; de manera que no debe usted admirarse el que yo me estrañe de ocupar por un momento la atencion de tan apreciables señoritas.

—Lo que usted dice, interrumpió el sarjento, me da a mí mas alta idea y una opinion mas elevada de usted.

Víctor aparentaba estar confundido con tanto favor, y su tia se vió obligada a hablar por él.

—Yo no tengo esa humildad, dijo Anastasia. Yo creo a mi sobrino digno de que se ocupen de él... Podrá ser esto un orgullo de familia, pero lo tengo y lo confieso, no pudiendo menos de ser de la misma opinion del señor don Domingo. ¿Por qué, añadió, como arrastrada por el entusiasmo, han de ser únicamente dignos de mencion los aristócratas o los ricos? ¿Acaso no merece nada el trabajo y la honradez del pobre? Acaso, porque mi sobrino no es noble ni tiene fortuna, deja de ser digno de aspirar al aprecio y consideracion de sus semejantes? Acaso no le ha costado a él mas que a cualquier otro luchar para conseguir un puesto honorable y una reputacion labrada por la constancia, el trabajo y la intelijencia? Los ricos y los aristócratas hallan en todas partes proteccion y apoyo, y les cuesta bien poco el figurar en la sociedad; pero a nosotros es mui diferente,... pero él se ha visto obligado a vivir lleno de privaciones, ¡y sin embargo ha triunfado!... ¿Por qué no ha de ser entonces digno de estas y de mas grandes consideraciones?

Todos quedaron electrizados con la peroracion de la tia Anastasia; todos fueron de su misma opinion; y el buen sarjento, en señal de aprobacion, se paró para darle la mano como diciendo: "Ha hablado usted igual al Evanjelio." Solo Víctor permaneció triste y pensativo, sin tomar parte en ese arranque de entusiasmo que su tia habia despertado en aquellas jentes justas, sencillas y honradas, las que, perteneciendo al pueblo, no podian menos de congratularse viendo ensalzado a ese mismo pueblo, a quien representaba Víctor como una de sus glorias y a quien tambien representaba Enrique, en el concepto de sus padres y hermana. Esto hacia que Mercedes estuviese en el apojeo de su felicidad,

pues veia que a su hermano le era posible levantarse mui alto y llegar a ser otro hombre igual al que tenia presente, desde el momento que a ambos, nacidos, se puede decir asi, de un mismo oríjen, les era dado llegar a los mas altos grados de la escala social.

Víctor, como hemos dicho, permanecia triste y meditabundo, y no contestó mas que estas pocas pero significantes palabras:

—Lo que ha dicho mi tia es la verdad, pero es todavia un problema que no se ha resuelto: el trabajo tiene valor si lo corona la fortuna; en el caso contrario es un idiotismo despreciable. El talento solo es reconocido cuando llega al poder y no cuando oculto y sin pretensiones ha servido para ilustrar la sociedad, porque esa sociedad no ve sino lo que brilla y nunca lo que vale; y la virtud no es mas que una mera palabreria que todos imitan, un traje de que todos se visten, una inscripcion de que todos se acaparan, de que todos hacen alarde, pero que ninguno practica y de que ninguno se aprovecha.

La amargura de estas espresiones, la ironia con que fueron dichas, la conviccion del que las pronunciaba y el desaliento que aparentaba sentir, hicieron una impresion profunda en las personas que lo oian y que simpatizaban con él... Domingo, Marta, Mercedes estaban electrizados de esa elocuencia justa, elevada y hasta cierto punto misántropa que habia pintado la sociedad tal cual era; y sin embargo, si hubieran penetrado en ese corazon frio y desapiadado, al que no animaba sino la pasion brutal; en esa alma lóbrega que solo la pira del vicio y de la maldad alumbraba; en esa sangre helada que únicamente el crímen y la orjía podia entibiar, hubieran quedado espantados y talvez no habrian ni comprendido ni podido sondear toda la profundidad de ese abismo, toda la inmensidad de ese mar de corrupcion y de cinismo, porque era imposible ser mas comediante, mas falso, mas hipócrita, mas pérfido que lo que

era ese jóven, que se presentaba lleno de una finjida nobleza y de una fuerza de concepcion a la vez que de una modestia incomparables.

—¡Qué lástima, esclamó Mercedes, fascinada y atraida por un encanto irresistible; qué lástima que mi amiga no lo haya oido espresarse a usted!... Estoi segura que la verdad y la elocuencia de sus palabras habria producido en ella una sensacion que yo no puedo definir, pero que hubiera sido cien veces superior a la que yo esperimento, porque ella tiene una naturaleza mas poética, una educacion mas refinada y un tacto mas esquisito; pues allí donde yo nada comprendo, ella ve claro, adivinando, segun me parece, lo que la jeneralidad ignora!

—Mui lejos de mí, señorita, el criticar en lo mas mínimo ese santo entusiasmo por la amistad; peró yo estoi persuadido, y persuadido hasta el convencimiento mas íntimo, que si usted no es superior, es a lo menos igual a su amiga, y por consiguiente digna y mui digna de su afeccion. Ahora, por lo que respecta al pesar que usted manifiesta por no haber estado aquí ella y por no haberme oido espresarme, sufre usted una equivocacion, no respecto a su primer deseo, porque hasta yo mismo lo hubiera querido, sino respecto al segundo, que no tiene ningun fundamento, y esto me lo permitirá usted decir, porque a mí me concierne esclusivamente.

—Lo confieso, señor; yo habria gozado el doble si Luisa hubiera estado presente; pero bajo ningun aspecto me considero su igual, como usted me lo dice, para juzgar las cosas, y esto no es modestia sino que es conviccion. Luisa es mui superior a todo, porque yo no encuentro ni encontraré, al menos en mi concepto, otra que la iguale, y esto era y es uno de los motivos que me interesan para que se conozcan recíprocamente.

—Sus espresiones mismas dan testimonio de su mérito, señorita; y yo, con mas esperiencia que usted, puedo asegu-

pues veia que a su hermano le era posible levantarse mui alto y llegar a ser otro hombre igual al que tenia presente, desde el momento que a ambos, nacidos, se puede decir asi, de un mismo oríjen, les era dado llegar a los mas altos grados de la escala social.

Víctor, como hemos dicho, permanecia triste y meditabundo, y no contestó mas que estas pocas pero significantes palabras:

—Lo que ha dicho mi tia es la verdad, pero es todavia un problema que no se ha resuelto: el trabajo tiene valor si lo corona la fortuna; en el caso contrario es un idiotismo despreciable. El talento solo es reconocido cuando llega al poder y no cuando oculto y sin pretensiones ha servido para ilustrar la sociedad, porque esa sociedad no ve sino lo que brilla y nunca lo que vale; y la virtud no es mas que una mera palabreria que todos imitan, un traje de que todos se visten, una inscripcion de que todos se acaparan, de que todos hacen alarde, pero que ninguno practica y de que ninguno se aprovecha.

La amargura de estas espresiones, la ironia con que fueron dichas, la conviccion del que las pronunciaba y el desaliento que aparentaba sentir, hicieron una impresion profunda en las personas que lo oian y que simpatizaban con él... Domingo, Marta, Mercedes estaban electrizados de esa elocuencia justa, elevada y hasta cierto punto misántropa que habia pintado la sociedad tal cual era; y sin embargo, si hubieran penetrado en ese corazon frio y desapiadado, al que no animaba sino la pasion brutal; en esa alma lóbrega que solo la pira del vicio y de la maldad alumbraba; en esa sangre helada que únicamente el crímen y la orjía podia entibiar, hubieran quedado espantados y talvez no habrian ni comprendido ni podido sondear toda la profundidad de ese abismo, toda la inmensidad de ese mar de corrupcion y de cinismo, porque era imposible ser mas comediante, mas falso, mas hipócrita, mas pérfido que lo que

era ese jóven, que se presentaba lleno de una finjida nobleza y de una fuerza de concepcion a la vez que de una modestia incomparables.

—¡Qué lástima, esclamó Mercedes, fascinada y atraida por un encanto irresistible; qué lástima que mi amiga no lo haya oido espresarse a usted!... Estoi segura que la verdad y la elocuencia de sus palabras habria producido en ella una sensacion que yo no puedo definir, pero que hubiera sido cien veces superior a la que yo esperimento, porque ella tiene una naturaleza mas poética, una educacion mas refinada y un tacto mas esquisito; pues allí donde yo nada comprendo, ella ve claro, adivinando, segun me parece, lo que la jeneralidad ignora!

—Mui lejos de mí, señorita, el criticar en lo mas mínimo ese santo entusiasmo por la amistad; pero yo estoi persuadido, y persuadido hasta el convencimiento mas íntimo, que si usted no es superior, es a lo menos igual a su amiga, y por consiguiente digna y mui digna de su afeccion. Ahora, por lo que respecta al pesar que usted manifiesta por no haber estado aquí ella y por no haberme oido espresarme, sufre usted una equivocacion, no respecto a su primer deseo, porque hasta yo mismo lo hubiera querido, sino respecto al segundo, que no tiene ningun fundamento, y esto me lo permitirá usted decir, porque a mí me concierne esclusivamente.

—Lo confieso, señor; yo habria gozado el doble si Luisa hubiera estado presente; pero bajo ningun aspecto me considero su igual, como usted me lo dice, para juzgar las cosas, y esto no es modestia sino que es conviccion. Luisa es mui superior a todo, porque yo no encuentro ni encontraré, al menos en mi concepto, otra que la iguale, y esto era y es uno de los motivos que me interesan para que se conozcan recíprocamente.

—Sus espresiones mismas dan testimonio de su mérito, señorita; y yo, con mas esperiencia que usted, puedo asegu-

rarle que la prueba mas inequívoca de su bondad es la negacion que usted hace de ella.

—Vamos, esclamó la tia alegremente; los niños se esplican. ¡Qué diferencia a nuestro tiempo, señora Marta! ¿Cuándo hubiéramos sabido nosotras decir otro tanto y defenderse tan bien? Parece que ahora la jente nace sabiendo. Pero dejemos aparte tanta ciencia y vámonos a casa a tomar un patito que yo misma he preparado. ¿Qué le parece a usted, señor Lopez?

—Por mi parte con el mayor gusto, pero no sé lo que digan los demas.

—Queriendo usted, todos querrán, contestó Marta; con que así, en marcha.

—En marcha, añadió Víctor parándose, porque hoi debemos tambien festejar nosotros una buena accion, uniéndonos a la alegría de todos...

—Bien dicho, interrumpió Domingo, y la primera copa debe ser tomada a la salud de la señorita doña Luisa Valdes...

—Ese era mi mismo pensamiento, agregó la vieja Anastasia, y para honrarlo como corresponde tengo algunas botellas de escelente champaña, que conservo todavia de un regalo que entre otras cosas le hizo a mi sobrino el escelentísimo señor Presidente don Manuel Bulnes, por haberle retratado un perro de caza a quien su escelencia queria mucho... pero es preciso, agregó que yo vaya primero a preparar la mesa, porque, aun cuando Tomas es mui intelijente y mui entendido por haber servido en las principales casas de Santiago, siempre es bueno el ojo del amo, que nadie reemplaza; y diciendo esto, salió con la lijereza de una niña.

La señora Anastasia, dijo Domingo, tiene el jenio mejor de este mundo y las disposiciones mas acertadas. ¡Cómo se conoce que ha sido mujer de un militar, y de un militar de aquellos tiempos que eran francos, naturales y buenos, por-

que entonces no se usaban tantas palabras, sino que todo se reducia a la práctica.

—Solo temo, repuso Víctor, dirijiéndose a Domingo, que los convites de mi tia no le sean tan agradables. Ella, con su naturalidad, no toma nunca en cuenta el gusto de los otros, sino que piensa que basta con que a ella le agrade para que crea que no puede haber nadie de distinta opinion. Se los advierto a ustedes para que no estrañen si es alguna friolera para lo que la tia los ha convidado, pues no es la primera vez que soi yo el que tengo que pasar las vergüenzas, mientras ella se figura que todos están mui satisfechos.

—Pues, señor, dijo el sarjento, a mí me gusta esa naturalidad mas que nada, y si me convidara para un *valdiviano* o un *charquican*, (1) estaria mui satisfecho que si otros me invitasen para un pastel; con que así, no hai que avergonzarse, señor Víctor, porque soi capaz de acusarlo de sus escrúpulos a la señora Anastasia.

—No lo haga usted ni por pienso, señor Lopez, porque tendria para incomodarme con sus recriminaciones durante una semana o quince dias.

—Está bien, guardaré el secreto, pero pongámonos en marcha para no hacer tanto esperar a la honorable tia.

La tia Anastasia, segun la opinion de todos, habia hecho prodijios para arreglar en un momento una mesa talvez mejor que la que les habia servido en noches pasadas, sin pensar que todo lo tenia preparado, pues entraba en los cálculos del sobrino dicho convite y solo queria hacerlo aparecer improvisado, como en realidad lo habia conseguido.

Víctor se mostró esta vez mas brillante, mas entusiasta, mas fino e instruido y hasta mas alegre que en la otra ocasion, haciendo este jóven sencillo y complaciente un singular contraste con el que acababa de pronunciar esas pala-

(1) Guisos esencialmente chilenos y que se confeccionan con carne de vaca secada al sol y que últimamente han llamado la atencion de los europeos.

bras amargas, propias únicamente de la esperiencia y del desengaño, y sin embargo ahora se le veia suave, sumiso, casi inocente... Su respeto por Marta y Mercedes rayaba en la mas esquisita delicadeza, pero sin cortedad, de modo que a cada paso se la hacia notar con ese tacto fino del hombre de mundo que sabe con admirable sutileza hacer que vean las cosas sin decirlas o enseñarlas. Solo con el viejo sarjento se permitia Víctor algunas chanzas, entre copa y copa; pero de tan buen gusto, que agradaban muchísimo a la señora y tenian encantado al viejo.

Esta noche se levantaron de la mesa aun mas tarde que la vez anterior, porque Víctor, con su gracia lijera, con su talento despejado, con sus agudezas sencillas y espirituales los habia tenido sumamente entretenidos. El pintor habia ganado por completo la confianza de Marta, la estimacion de Domingo y las simpatías de Mercedes: en una palabra, el corazon y el cariño de todos.

La quinta de Yungai.

I.

A doña Juana, tan luego como hubo concebido el proyecto que conocemos, la hemos visto abandonar la compañia de su hija y de Mercedes para ordenar a su mayordomo que fuese donde el escribano a hacer estender la escritura sobre la que Luisa pusiera el sobre a la señorita Mercedes Lopez; pero tambien mandó en el acto que se arreglara y limpiara la quinta; y con aquella prontitud que se hace todo cuando se dispone de dinero en abundancia, habian bastado solo dos dias para dejarla en órden y en estado de aseo tan perfecto, como si diariamente se hubiera tenido cuidado de ella.

Cuando Mercedes llegó a casa de Luisa ya estaban poniendo el coche y doña Juana se encontraba en pié, lo que era mui raro, pues tenia la costumbre de levantarse tarde, especialmente desde que se sentia indispuesta; pero ese dia, ya fuese efecto del gusto que interiormente sentia por el bien que iba a hacer, o ya de que en realidad se encontrase mejor, lo cierto del caso es que a las diez del dia ya estaba dispuesta para marchar.

Luisa, al ver llegar sola a Mercedes, sin que la acompañara Víctor, como lo esperaba, le dijo en el acto:

—¿No te decia yo que tu pintor es invisible para mí?

—Esta será la última vez, pues lo retenia el deber.

—Qué deber, ni qué deber, cuando señoritas como nosotras, tenemos la bondad de convidar a un hombre!

—¿Pero cómo querias que faltara a su obligacion?

—Te aseguro que si yo hubiera hecho la mas lijera insinuacion con cualquiera otro, fuera éste el Presidente de la República, habria dejado sus ocupaciones para otro dia y se habria presentado gustoso....

—Si tú le hubieras oido decir ¡cuánto sentia el tener que privarse del placer de venir, y que solo por no faltar a su palabra!....

—¿Y cómo sabes si esa palabra no es un pretesto dado para escusarse?

—¿Y con qué objeto? Por otra parte, se le conocia en sus espresiones que lo sentia tanto.... pues no es menos el deseo que él ha manifestado por conocerte.

—Pero si hubiera querido venir, como tú dices, todo lo habria podido arreglar; porque esa palabra puede ser por algun trabajo que tiene que concluir o entregar, y nada habria sido mas fácil que ir a ver al sujeto a quien se la habia empeñado para que lo disculpase por unas cuantas horas.

—¿Y cómo saber si era para un trabajo o no? y aun cuando fuera así, yo te he oido a tí misma decir: "que entre la obligacion y el placer, no vacilarias;" pues bien, él tiene tus mismos principios y los practica como lo habrias hecho tú.

—Vaya, Mercedes, que lo defiendes con calor! Es preciso que te agrade mucho el invisible artista para que llegues a contradecir a tu mejor amiga.

—Yo no te contradigo sino que encuentro justo y razonable lo que él ha hecho; y veo que si tú no fueras la que te empeñas en contradecirme a mí, serias de su misma opinion y habrias obrado como él ha obrado.

—Si se tratase de una cosa grave, está bien, yo no diria nada; pero como supongo que es alguna pequeñez, estoi realmente picada que nos posponga a ella.

—Si es una pequeñez la que ha querido cumplir, tanto mas grande es su delicadeza y tanto mas prueba en su favor.

—Estás intratable hoi, Mercedes, dijo Luisa riéndose; tienes una lójica desesperante. Veo que me roban tu corazon. ¡Apostaria a que has estado con él anoche!

—Es cierto, Luisa; ¡pero que otro ocupe en mi corazon el lugar que tú ocupas! Nunca! jamas!...

—Quién sabe!... talvez no está lejos el tiempo que llegue a suceder...

—No hables así, te lo suplico... no hables así, porque me haces mal...

—Mercedes dijo esto con un tono tan triste, tan suplicante, que Luisa la tomó en sus brazos, y añadió:

—No seas niña!... ¿No notas que hablo de chanza? ¿Cómo es posible que crea que no me quieres, cuando yo tengo por tí tanto cariño?

—Hasta de chanza me desagrada que me digas esto.

—Está bien, no te lo volveré a repetir; pero cuéntame ahora tu entrevista con el pintor.

Mercedes, con su fiel memoria, no olvidó ni los mas pequeños incidentes de la noche anterior, refiriéndoselo todo a su amiga con la mayor exactitud, sin ocultarle ni las deducciones que ella habia hecho entre sí misma.

—Si es ese jóven como me lo pintas, Mercedes, no puede menos de ser un hombre distinguido y de un mérito sobresaliente; pero ¿cómo es que yo no lo conozco? Hé aquí lo que me admira; pues como ya te he dicho, no solo las notabilidades, sino las mediocridades de los pintores de Santiago me son familiares, y nunca he oido hablar de las obras de éste, ni pronunciar su nombre, lo cual me estraña y pica mas mi curiosidad; pues hai cuadros en su taller que no carecen, como ya lo he observado en otra ocasion, de mérito, y son dignos de honrar a un artista.

Un criado interrumpió esta conversacion diciendo: "la señora espera a sus mercedes, y el coche está listo."

Ambas jóvenes se dirijieron a las habitaciones de doña Juana, que recibió a Mercedes mas afable que de costumbre.

—Vamos, hijas mias, que ya se hace tarde, dijo la noble matrona con bondad.

Las tres subieron al carruaje, que partió como una flecha, tirado por los mismos dos briosos caballos tordillos cuyo espanto habia causado el accidente en la calle del Diez y ocho...

II.

Esta circunstancia dió motivo a doña Juana para que hiciese la observacion siguiente:

—¡Qué casualidad, dijo, que ahora hayan puesto los mismos caballos que estuvieron en riesgo de despacharnos a la eternidad, y que conduzcan a la hermana del que nos salvó la vida!

—En efecto, mamita, es una rara coincidencia que me hace pensar en el valor sereno del hermano de mi amiga que se encuentra ahora ausente.

—¿A dónde ha ido? preguntó doña Juana con interes.

—Ha ido a trabajar a una hacienda y permanecerá allí tres o cuatro meses.

—¡Y que yo no haya hecho por él la menor cosa! repuso doña Juana; esto es imperdonable.

—Y todo lo que hacen ustedes por mí, señora, ¿no es mas, infinitamente mas que el pretendido favor de Enrique?

—No, hija mia; ya arreglaremos las cuentas, pues a mí no me gusta quedarme con lo ajeno.

—Y entonces, señora, ¿con qué podria pagar yo tantos y tan grandes beneficios como recibo diariamente?

—Ya te he dicho, interrumpió Luisa, que entre amigas no hai beneficios y por consiguiente no hai deudas, no hai pago ni hai recompensa. Dame tú lo que quieras y yo lo recibiré con muchísimo gusto, pero no te daré las gracias.

En ese momento pasaba el coche por la verja de fierro de un hermoso jardin, parándose enfrente de una casa colocada en el interior.

—Gracias a Dios que hemos llegado sin novedad, dijo doña Juana; porque no dejaba de traer algun temor con estos caballos.

—Son tan mansos como una paloma, señorita, contestó Fermin, que, como recordará el lector, era el nombre del cochero que los conducia en los dias de las fiestas cívicas.

Las señoritas del coche bajaron a una señal de la señora.

—¿Qué te parece esta quintita? preguntó doña Juana a Mercedes, que estaba agachada cojiendo violetas.

—Hermosísima, señora! cuántas flores! cuántos árboles! cuánta estension; y todo tan arreglado, tan limpio!... es lo mas agradable, lo mas delicioso que yo he visto. ¿Cómo no viene usted a pasar algunas temporadas aquí?

—Está esto tan apartado del centro de la poblacion y yo estoi tan acostumbrada a mi cuarto, que cada vez que tengo que salir de él es para mí un sacrificio.

—Pero unos pocos dias, señora!...

—Vengo con frecuencia a dar mis paseos, pero en cuanto a quedarme a vivir, no me agrada. Entremos ahora a las piezas: aquí no hai lujo, añadió, pero se encuentra todo lo necesario.

—¿Y esto está solo? Y nadie vive aquí? preguntó Mercedes, admirada de que se dejase abandonada una casa tan cómoda.

—Por ahora está sola, pero luego se ocupará.

—Mui conveniente seria, porque da lástima que nadie goce de estas comodidades, y es lo mismo que un tesoro perdido.

—¿Te gustaria vivir aquí?

—Cómo no! pero tendria sentimiento en dejar el albergue donde han vivido tantos años mis buenos padres y donde hemos nacido nosotros.

—Y suponiendo que esto fuera tuyo, ¿no cambiarias de residencia?

Mercedes quedó por un momento pensativa y luego respondió.

—Talvez, señora, porque mi padre se encontraria aquí como en el Paraiso.

—Yo no te pregunto por tu padre sino por tí.

—Por mí no tanto, pues yo me encuentro mui bien donde estoi.

—¿Eres entonces como yo, que no quieres salir de tu cuarto?

—Es cierto, señora, y comprendo perfectamente lo que usted hace.

—Estas son rarezas que no se deben imitar y que por fortuna nadie sigue, porque siempre se ha de buscar la comodidad, y donde ésta se encuentra mayor, allí es donde uno debe vivir.

III.

El almuerzo estaba servido y todos pasaron a un saloncito pequeño pero de una vista lindísima, porque se distinguia desde allí el jardin, el huerto, el gallinero y el establo, en el que se apercibian dos hermosas vacas, de cuernos pequeños y de la mas pura raza inglesa.

Despues del almuerzo, doña Juana mostró a Mercedes todos los departamentos de que se componia aquella casa de campo en que se encontraban reunidos el recreo, la comodidad y el provecho. En seguida Luisa y Mercedes fueron a correr bajo los estensos parrones que circundaban casi toda la quinta, visitando las gallinas, los conejos y las dos mansísimas vacas, a quienes llevaron de comer acariciándolas como antiguas conocidas.

Cuando las niñas volvieron, brotando carmin de sus mejillas por el ejercicio que habian hecho, doña Juana estaba en el salon, viéndose en la mesa del medio un grueso paquete, que Luisa reconoció en el acto ser la escritura de donacion hecha en favor de Mercedes.

—Veo que ustedes se han ajitado mucho, dijo doña Juana a las dos jóvenes, y talvez puede hacerles daño un ejercicio tan violento. Ven a sentarte al sofá, Mercedes; y tú, Luisa, tócanos una cosita cualquiera en ese viejo piano, que fué en el que aprendiste lo que sabes y que ahora has confinado en Yungai, a pesar de ser mui bueno.

Luisa, obedeciendo a su madre, tocó unas variaciones del mejor gusto.

—Ya ves, le dijo doña Juana, que el instrumento, a pesar de su antiguedad, no ha dejenerado: estos pianos de Collard y Collard son eternos.

—Y a éste le tengo un especial cariño.

—¿Por qué no te lo llevas, entonces? le dijo Mercedes.

—Porque lo voi a dejar aquí para el uso de una amiga.

—¿Va a venir alguna niña a habitar esta casa?

—Espero que sí; y como no hace mucho tiempo que ella está tomando lecciones de piano, no le vendrá mal éste para ejercitarse.

Doña Juana no sabia cómo llevar la conversacion al terreno que deseaba, y llamó a Luisa para consultarse con ella.

Luisa fué de opinion de no decir nada a Mercedes, porque seria avergonzarla y ponerla en un conflicto, y dijo que seria preferible hacer de modo como que le mandasen de fuera aquel escrito, con la condicion de no leerlo hasta que llegue a su casa.

Doña Juana convino.

Entonces Luisa de un modo disimulado tomó los papeles y salió, volviendo a entrar en poco tiempo.

Cuando estaban ya para retirarse, llegó al salon un criado con una pequeña bandeja en que se veia un rollo de papeles, y dijo que un caballero que habia partido inmediatamente le habia encargado de poner estos papeles en manos de la persona a quien venian dirijidos; pero como él no sabia leer y como suponia que no podian ser sino para la señora, venia a presentárselos.

Doña Juana tomó con la mayor naturalidad los papeles, y mirando el sobrescrito, dijo:

—Son para tí, Mercedes.

—Para mí, señora? Es imposible...

—Tan imposible es, que no tienes mas que leer el rótulo.

—Es verdad! pero no comprendo... ¿Quién puede escribirme?

—Será talvez tu hermano?

—No es su letra.

—Será el pintor, le dijo Luisa al oido.

Mercedes se puso colorada y luego contestó:

—No veo el motivo.

—Hai veces que no se ven, pero se adivinan.

—No, no, es imposible... respondió Mercedes, cada vez mas turbada, comprendiendo a lo que Luisa podia aludir...

—Hai cosas que parecen imposibles, pero que se realizan sencillamente.

—Salgamos de dudas, dijo Mercedes, y dirijiéndose a misia Juana le preguntó:—¿Me permite usted señora? preparándose en el acto para romper el sello.

—No, hija mia, tengo prisa de irme. Leerás esos papeles en tu casa, pues pasaremos a dejarte.

Mercedes los guardó sin decir palabra, pero mui preocupada de una cosa tan inesperada.

Luisa ordenó al cochero de tomar la calle de San Pablo para dejar a Mercedes, no sin quejarse de que esos papeles vinieran a privarle de su compañia.

La solucion del enigma y el sarjento en casa de doña Juana.

I.

Llegada Mercedes a la casa de sus padres, la recibieron con mucha alegria, diciéndole que habian tenido carta de Enrique, pero que no la habian abierto porque era para ella.

—Parece que este es el dia de las cartas, contestó Mercedes; pues en la quinta de Luisa me entregaron otra, que tampoco he abierto.

—No importa, dijo Marta, sin fijarse mucho en esta circunstancia; pero primero leeremos la de Enrique.

—¿Y por qué no lo ha hecho usted antes?

—Venia dirijida para tí.

—¿Qué importaba esto? Tengo acaso secretos para Uds?

—Creo que no, pero yo tengo mis costumbres.

—Vamos a ver la carta.

Y Mercedes rompió el sello, leyendo en alta voz lo siguiente:

"*Setiembre* 24 *de* 1850.

"Mi querida hermana:

"Solo hoi he llegado a mi destino. Nada les puedo comu-
"nicar todavia sobre mis futuras ocupaciones, pues mi pri-
"mera dilijencia ha sido escribirte para que mis padres estén
"sin cuidado. Mi viaje ha sido mui entretenido, porque nos

"divertimos durante el camino cazando; y para el que nunca "habia visto el campo, como yo, tiene éste mucha novedad "y atractivo. No sé por qué me parece ahora que los hom- "bres de la ciudad son como los pájaros encerrados en una "jaula. Aquí se siente uno como que respira mejor, y la es- "tension le ensancha el ánimo.

"No dejes de escribirme todo lo que ocurra.

"Dime cómo están mi madre y mi padre. Si se consuelan "algo de mi ausencia; pero prevenles que no tengan cui- "dado.

"Lo que me diste me ha servido muchísimo: es como un "talisman que me consuela y alivia: mirándolo solo me basta "para estar contento...

"Háblame todo lo que puedas de mis padres y de tí, de "tu amiga la señorita Luisa y de tus adelantos; pero hábla- "me largo, mui largo... ¿Me entiendes? No olvides ni los "mas pequeños incidentes, pues debes suponer que todo me "interesa.

"Dirije tus cartas a San Fernando y haz de manera que "llegüen los domingos, que es el dia en que yo podré ir a "buscarlas, pues la hacienda no está mui distante, y aun "cuando lo estuviera, haria con gusto el camino, sobre todo "no faltando caballos, que los hai aquí en abundancia.

"Dale un abrazo a mis padres a nombre de tu hermano "y que ellos te den otro en el mio.

"Tuyo

ENRIQUE."

—Pobre hijo mio! ¡qué carta tan afectuosa! dijo Marta.

—Ya ves, observó Domingo, que nada ha sucedido y que al contrario parece, el picaron, mas contento que nosotros; pues mientras tú llorabas y rezabas, él se entretenia cazando. ¿Y qué le has dado tú, Mercedes? ¿De qué talisman habla ese tunante, que dice que basta mirarlo para ponerse contento?

—Ese es un secreto entre Enrique y yo, dijo Mercedes sonriéndose.

—Estamos bien! ¿Y no se puede saber ese secreto?

—Desde que es un secreto, no se puede revelar.

—Te estás haciendo la misteriosa... Apostaria que es alguna sonsera de chiquillos;... pero guarda cuanto quieras tu secreto y danos lo que Enrique te recomienda.

—Un abrazo... aquí está; y Mercedes se echó gozosa en los brazos de sus padres.

—Ahora, continuó la jóven, veamos estos otros papeles que parecen cosa grave, si hemos de juzgar por el volúmen.

Y Mercedes rompió la cubierta.

—Papel sellado! esclamó admirada. ¿Qué significa esto?

—Lee... lee, hija mia.

Y Mercedes principió la lectura, sin comprender nada al principio, hasta que llegó al punto en que decia:—"Cedo en favor de doña Mercedes Lopez la quinta situada en Yungai con todo lo que en ella se contiene, etc., etc.."

El papel cayó de manos de la jóven, y ella tuvo que apoyarse en su padre.

—¿Qué sucede? dijo Marta asustada.

Mercedes, vuelta en sí, esclamó:—"¡Esto es increible! No puede ser... ha habido un error!"

—¿Pero qué contienen esos papeles? repitió Marta.

—Contienen, madre mia!... Contienen que me hacen la donacion de la quinta de Yungai donde he almorzado hoi...

—¿Y quién te hace esa donacion?

—La madre de Luisa!... la señora doña Juana!...

—¿Te habrás equivocado?

—Lean ustedes.

—Domingo tomó los papeles y leyó en alta voz, pero interrumpiéndose a cada momento por los sollozos, que, a pesar de sus esfuerzos, se escapaban de su pecho henchido de gratitud.

No habia que dudar... la escritura de donacion estaba en

regla y ese era el título de propiedad que la acompañaba.

—Ahora veo bien el objeto del convite, esclamó Mercedes... Ahora comprendo lo que misia Juana dijo en dias pasados: "que en cada aniversario de su matrimonio estaba obligada a hacer una obra de caridad." Ahora sé lo que querian decir sus preguntas sobre si me agradaba aquel lugar, si viviria en él contenta;.. ¡y yo que le respondia que sí, porque en efecto me agradaba! ¡Si habrá pensado que habia adivinado su proyecto y que para que no se retractase hacia yo esas alabanzas! Si esto hubiera pensado me moriria de vergüenza!

—No creas que haya pensado eso, contestó Domingo. Un alma tan buena como la suya es incapaz de tal sospecha, sobre todo cuando debia estar visible la sinceridad de tus palabras; ¿pero debemos aceptar tan valiosa dádiva? Esto es lo que quiero consultar con ustedes, porque sin darme cuenta, sin pensar si tengo o no razon, hai algo en el interior que me dice que debemos rehusar.

—Yo soi del mismo parecer, dijo Mercedes.

—Y yo tambien, agregó Marta.

—¿Pero cómo rehusar sin ofenderla?

—Ella leerá en tu semblante que no es por ofenderla;... pues es indispensable que tú vayas a hablar personalmente con la señora.

—¿Y qué debo decirle?

—Que se sirva retirar su dádiva y emplearla en personas mas necesitadas, pues esto seria mas grato a Dios.

—¿Dirá talvez que somos orgullosos y que queremos aparentar riqueza?

—No, amiga mia, tú le responderás que siempre le estaremos mui agradecidos, y que, aunque pobres, no carecemos de lo necesario y estamos satisfechos...

—En fin, dijo el sarjento, ensayando cómo debia conducirse, (lo que hacia su actitud lo mas cómica), no se doma un caballo sin ensillarlo, y yo, cuando me encuentro en el

peligro sé salir de él, porque solo entonces es cuando me viene el talento; esto lo he probado mil veces en tiempo de a patria vieja; pero ya que vamos a rehusar el regalo, bien podemos hablar de él para saborearlo siquiera.

¿Qué tal era la quinta, hija?

—Qué tal es, querrá usted decir, porque todavia está en su lugar.

—Es cierto, pero decia *eso*, porque como ha dejado de ser nuestra, me parecia un tiempo pasado.

—Ai! yo no he visto cosa mas linda... cuántas flores! cuántos árboles!... Inmediatamente que ví todo aquello, me acordé de usted, y me figuraba lo feliz que seria allí, ¡usted a quien le gustan tanto las plantas!...

—¿De veras, hija mia?

—Y la casa tan cómoda! tan aseada! tan bien amueblada!... y las gallinas y los conejos y las dos vacas tan mansitas....

—Y qué! ¿Todo eso entra tambien en la donacion?

—Todo. ¿Que no ha leido u oido usted la escritura?

—Es verdad.

—Y aquellos grandes parrones donde se puede correr!

—Ya me están dando ganas de no ir, dijo el sarjento riéndose; mejor seria que nos quedásemos con ella, ¿qué te parece, Marta?

—Mui bien, contestó ésta, conociendo la jocosidad de su marido.

—Y la cocina tan limpia como el mejor salon!

—Cómo le hubiera agradado a mi mujer!... No es posible que la devolvamos... quedémonos con ella...

—Quedémonos.

—Y el piano!

—¿Tambien habia un piano?

—Por supuesto.

—¿Y entraba aun en la donacion?

—¿Será necesario que le pregunte otra vez si no ha leido la escritura?

—Y cada cuarto acomodado!

—¿Entónces aquel es un palacio encantado?

—Para nosotros no solo es un palacio, sino un paraiso.

—Y un paraiso en el que habremos estado menos tiempo que el que estuvo nuestro padre Adan en el suyo; pero dejémonos de bromas, dijo el soldado cambiando de tono: es preciso que me vista para ir luego a ver a esa señora, a quien estoi queriendo mas que a mi Marta, lo que no es poco decir.

Domingo fué en seguida a hacerse la barba, se mudó su camisa, se puso su leva de parada, escobilló su gorra de galon y quedó preparado para marchar, esperando solo la aprobacion de Marta.

—Estás buen mozo, amigo mio, dijo al fin ésta; lo que ahora debes tratar de hacer es que tus palabras correspondan a tu esterior.

—Ah! si yo tuviera el talento de nuestro vecino el pintor! ¡cómo echaria flores! A fé mia que no me habria ganado ni ese padrecito a quien llamaban *pico de oro*.(1).

—Anda no mas y no te empeñes mucho en pulir tus espresiones, porque lo echarias todo a perder; pero ten cuidado de no ir a salir con algunos de tus dichos familiares.

—¡Si siquiera tuviera el lenguaje de Enrique o de Mercedes! entonces no tendria vergüenza en presentarme.

—No tenga usted cuidado, padre mio, le dijo Mercedes, porque siempre lo hará bien, pues basta el buen sentido y la buena intencion para no equivocarse y para que los otros tampoco se equivoquen.

—En fin, resulte lo que resulte, es preciso marchar. Con que hasta la vuelta, y ponle unas velas a tus santos para que me vaya bien.

II.

Llegado que hubo nuestro buen sarjento a la casa de do-

(1) Un orador sagrado del convento de Santo Domingo, a quien por su elocuencia denominaban así.

ña Juana en la calle de la Catedral, preguntó al portero por la señora, y éste le respondió que estaba en su cuarto; pero que no se permitia entrar a nadie, mientras no dieran su nombre.

—Dígale usted que soi Domingo Lopez.

—Domingo Lopez! repitió el criado con una impertinencia que mortificó bastante al honrado sarjento; pero se vió obligado a ocultar su disgusto, porque hubiera dado bien mala idea de sí si se hubiera dejado llevar por su jenio, que, en jeneral, era estremadamente bondadoso, pero que no dejaba pasar cosas que herian su dignidad, porque él era respetuoso con sus superiores, afable con sus iguales, y humilde con sus inferiores; y consideraba, y con razon, mui inferior a él al impertinente lacayo que no tardó en volver diciéndole que entrase, pero ya con diferente tono.

El sarjento se presentó ante doña Juana, pero tan turbado, que solo se acordó de sacarse su gorra y hacer una profunda reverencia. Mas hubiera preferido Domingo encontrarse cara a cara con su jeneral que no con la señora, pues a éste le hubiera dicho: "Qué ordena usia;" mientras que con doña Juana no podia hablar...

Viendo la señora la turbacion del sarjento, cuya cara varonil reconoció en el acto, lo convidó a sentarse, con tal afabilidad, que el corazon del viejo soldado parecia ensancharse.

Doña Juana habia adivinado el objeto de aquella visita. Sabia que debia referirse al asunto de la donacion que habia hecho a Mercedes, pero ignoraba si el padre vendria para darle las gracias por su jenerosidad o para rehusar esa misma jenerosidad.

—¿Podria saber, señor Lopez, a qué debo el honor de esta visita? preguntó doña Juana, siempre con la mayor afabilidad.

—Señora, contestó el sarjento, sacando el legajo de su bolsillo; es que traia a usted estos papeles...

—Ellos pertenecen a su hija y no son mios.

—Es que... señora... no podemos aceptar...

—¿Por qué?

—Porque... porque... porque no podemos: está claro.

—Todavia no me ha dado usted una razon.

—¿Y qué mas razon quiere usted, señora, que la que ya tengo dicha?

Doña Juana se sonrió.

—Usted ha dicho que no puede, pero no ha esplicado el motivo.

—Justamente: ahí está todo el motivo.

—Doña Juana volvió a reirse, y Domingo no pudo menos de pensar que talvez habia dicho algun gran disparate; y como para correjir el error en que pudiera haber incurrido, añadió con mucha seriedad:

—Usted se hace la que no me entiende.

Esto, que hubiera pasado por una grave impertinencia en boca de cualquier otro y dicho de distinto modo, hizo tanta gracia a doña Juana, que lanzó una franca y estrepitosa carcajada.

Domingo quedó mas cortado que nunca, y sin saber qué hablar, hasta que, despechado él mismo de su torpeza, añadió con humildad:

—Señora, yo no sé espresarme, pero creo que en lugar de reirse debia usted compadecerme. Hai ocasiones en que puedo hablar bien; pero ahora se me ha tupido el entendimiento... y Domingo llevó su mano a la frente... y sin embargo, continuó, me parece que he hablado bien claro, cuando le he dicho que usted se hacia la que no entendia.

Esta nueva salida del sarjento aumentó mas la hilaridad de doña Juana, que sin embargo le dijo con el mayor cariño:

—No crea usted, señor Lopez, que mi risa es maligna.

—No, señora, eso es imposible: yo no creo nada malo de usted, porque esto no podria ser en una persona tan buena y jenerosa; pero...

—¿Pero usted viene a devolverme lo que yo he dado?

—Esto es, señora; se lo devolvemos, porque no hemos hecho nada para merecerlo...

—Usted no tiene el derecho de devolver lo que a usted no se le ha dado.

—Lo mismo es, señora, porque yo soi el padre...

—Y un padre modelo, escelente y como no hai muchos, dijo Luisa, que entraba a ese tiempo y habia oido las últimas palabras del sarjento.

—Señorita! esclamó Domingo con alegría al verla; usted me sacará de apuros.

—Cómo! ¿Qué es lo que pasa?

—Lo que sucede, repuso doña Juana, es que el señor Lopez viene a traernos una cosa que no le pertenece.

—¡Y yo que lo creia honrado!... Atreverse a tomar lo ajeno!... La acusacion es grave!... y estos deben ser los apuros de que usted habla. Pues bien, mamita, yo salgo de fianza del señor Lopez y declaro desde ahora que es una calumnia... Que debe ser un equívoco, porque el señor es incapaz de apropiarse lo que no le pertenece.

—Y sin embargo, el cuerpo del delito lo tiene en su misma mano. ¿Lo negarás tú?

Domingo estaba atónito, sabia que lo embromaban, pero no podia contestar.

—Señorita, usted me viene a confundir mas de lo que estaba, repuso al fin.

—¿Usted confiesa?

—Embrómenme cuanto quieran, que no me he de enojar por tan poco; pero recíbanme los papeles, porque los traigo a nombre tambien... a nombre de Mercedes...

—Ya ve usted, mamita, que no me equivocaba en decir que el señor es un hombre honrado, pues viene con autorizacion del dueño.

—Cierto, señorita.

Hablemos sériamente, interrumpió doña Juana, ¿cuál es

el motivo porque no quieren ustedes aceptar lo que de buena voluntad le he dado a su hija?

—El motivo?... me parece habérselo dicho, señora.

—No lo recuerdo.

—Que no hemos hecho nada para merecer este favor; que tenemos lo suficiente para vivir y que aceptándolo privaríamos a los pobres de un bien que nosotros no necesitamos.

—Señor Lopez!... ya que ustedes no quieren recibir un favor será sin duda por no tener que agradecerlo.

—No es eso, señora, lo que mi familia y yo sentimos... Puedo asegurarle con todo mi corazon, con toda verdad, y la fisonomía del sarjento lo revelaba mas que sus palabras; puedo asegurarle que nuestro agradecimiento es real y sincero y que será mayor si usted tiene la bondad de retirar su dádiva...

—Imposible, señor, porque no es una dádiva, sino el pago de una deuda.

—De una deuda!

—Y de una deuda que no alcanzo a cubrir ¿o cree usted que vale tan poco mi vida y la de mi Luisa que su hijo nos salvó?

—Pero eso es una insignificancia; mientras que esto!...

—Cómo una insignificancia!... ¿Le parece a usted insignificancia nuestra vida? Muchas gracias por el cumplimiento... pero nosotras nos valorizamos en mas que eso.

—No he querido referirme a la preciosa existencia de ustedes, por la que daria la mia gustoso, sino a la accion de Enrique...

—Ya vemos que su lengua se va desatando, señor Lopez, y que si antes no podia decir lo que pensaba, ahora espresa mas que lo que siente.

—Nunca, señora, nunca!... Yo podré tener muchos defectos, pero siempre digo la verdad; y la verdad es que daria mi vida con gusto, con mucho gusto por ustedes...

—¿Y usted querria que le aceptásemos su vida y no acepta usted una insignificancia?

Vaya que usted es orgulloso! ¿Con que se ha propuesto ganarnos en todo? ¿Con que quiere que todo se lo debamos y usted nada a nosotras? Pero esto no puede ser, ni será... La quinta no es una dádiva, sino una pequeña indemnizacion de un servicio mayor al que todavia somos deudoras.

—Por Dios, señora! ¿Qué van a decir mi mujer y Mercedes?

—Que digan lo que quieran; pero es preciso que usted, como jefe de la familia, sea mas cuerdo, mas razonable y mas prudente que ellas. Una de sus escusas era que ustedes tenian lo suficiente para vivir y que aceptando mi dádiva privaban a los pobres de un bien que no necesitaban. Voi, pues, a ocuparme de lo primero, porque lo último es de mi esclusivo dominio, y si yo obro mal, no tienen ustedes que intervenir en ello, sino solamente Dios que me ha de juzgar. Yo no dudo, continuó doña Juana, que ustedes tengan lo suficiente para llenar sus actuales necesidades y aunque les sobre; pero creo que no es lo bastante para hacerle un porvenir a Mercedes. Su hija, señor Lopez, es delicada por naturaleza y tiene instintos elevados y nobles. Llegará un tiempo en que sea preciso establecerla, y en la posicion de ustedes y con sus actuales recursos, les será difícil, sino les es imposible, encontrar un partido ventajoso, es decir, que esté en armonía con sus gustos, con las inclinaciones y con la instruccion de Mercedes, porque, entre la clase pobre, y espero que no se ofenda usted de lo que digo, no se hallan si no como una escepcion y una rarísima escepcion, hombres dignos que la merezcan y que ella pueda apreciar; de consiguiente, teniendo esto en vista, y aun cuando no debiera a ustedes un gran servicio, si no tomando únicamente en consideracion que es la amiga de mi hija, he querido ponerla en actitud de que sea feliz...

—Señora! interrumpió el sarjento echándose a los piés de doña Juana y tomándole las manos sobre las que, caian sus

gruesas lágrimas... Señora! usted es mas que un ánjel... es la Providencia!...

Doña Juana igualmente enternecida, porque el verdadero sentimiento se comunica, se empeñaba en vano en levantar a Domingo, hasta que Luisa, testigo de esta escena y que no estaba menos conmovida, le dijo: "Señor Lopez, mi mamita está indispuesta y toda impresion, aunque sea la mas favorable, aunque sea de placer como ésta, le es perjudicial a la salud, levántese y conversemos tranquilamente."

El sarjento se paró sin decir palabra; pero besando primero las manos de la señora que se las habia abandonado sin pensar en retirarlas.

—¿Conque, repuso Luisa con tono festivo, hemos conseguido convencerle?

—No es convencerme, señorita, sino obligarme a que tenga por ustedes la gratitud mas profunda; y no me pesa, porque me creo capaz de reconocer eternamente su beneficio.

—Así es como me gustan los hombres, dijo doña Juana; no crea usted que lo que he hecho ha sido de valde, porque independiente de lo que debo a ustedes estoi remunerada con usura, pues los goces que me ha hecho usted esperimentar son de aquellos que no se compran, y de aquellos que no se olvidan.

—Es verdad, porque uno no puede ni comprarse a sí mismo, ni olvidarse de sí mismo; y como todo el bien viene de usted, es natural que usted esperimente toda la satisfaccion: la práctica de la virtud lleva en sí la recompensa...

—¿Cómo es esto? Usted casi no podia decir una palabra al principio, y ahora, no solo se espresa con facilidad, sino que llega hasta la elocuencia, y hasta esa elocuencia que, no solo seduce, sino que penetra y convence?

—Lo confieso, señora, estaba turbado; pero la escesiva bondad de usted me ha dado aliento.

—Y mas que la bondad de mi mamita, el corazon de us-

ted, dijo Luisa, porque el corazon tiene una manera de espresarse inimitable. Pero es necesario, añadió la niña, que yo convide al señor Lopez para mis habitaciones; ¿querria usted venir, mamita, con nosotros? Le prometo tocarle cuanto sé de mas bonito y aquello que mas le gusta.

De la mejor voluntad contestó doña Juana, que realmente se sentia del mejor humor. Deme usted el brazo, señor Lopez, añadió, porque me siento pesada.

¡Cosa inaudita! cosa nunca vista que doña Juana se apoyara en el brazo de un hombre, y de un hombre como el sarjento!...

Luisa misma, si bien se felicitaba de la manera de obrar de su madre no podia creer a sus ojos. Era necesario que aquel hombre le hubiera fascinado para que llegase a olvidarse de sus ideas, y así habia sido en efecto, porque Domingo con su bondad, con su franqueza, con su rudeza misma, le habia agradado muchísimo.

Los criados estaban mas sorprendidos aun; porque sin conocer a fondo la dulzura del carácter de su señora, sabian cuán aristocrática era, no perdonando el menor desliz, la mas lijera palabra, la alusion mas insignificante que estuviese en contra de ese respeto ciego que exijia por la nobleza; ¡y verla ahora dar el brazo a un militar que no pasaba, segun las apariencias, de ser un soldado, o cuando mas, un oficial de baja graduacion, era lo que no podian comprender!

Luisa, contentísima de ver tan alegre y tan complaciente a su madre, de ver tan honrado al padre de su amiga, de ver que triunfaba el mérito y la virtud sobre las preocupaciones, se mostró mas afable y mas encantadora que nunca, les tocó y cantó los trozos mas escojidos de la Norma, del Trovador, de la Lucía, de la Traviata, desplegando tanta animacion y tanta gracia que al pobre sarjento le sucedió lo que le habia pasado a su hija, que creia hallarse en un mundo distinto, pensando que no estaba con mujeres sino con

ánjeles, porque todo lo que le rodeaba contribuia a aumentar la ilusion y era para él una especie de encanto.

Las horas pasaron para Domingo tan rápidas, y estaba tan enajenado que no se habia apercibido que se aproximaba la noche; y a no ser porque doña Juana dijo a Luisa que se iba a retirar, porque tenia frio, él se habria quedado quien sabe hasta cuando y hasta sin acordarse de su familia que probablemente no sabria qué pensar sobre su prolongada ausencia.

Antes que se separara doña Juana, trató pues Domingo de retirarse, no encontrándose menos embarazado para despedirse que lo que habia estado al principio de ser introducido; pero, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo se paró y dijo a doña Juana:

—Señora, Dios quiera que alguna vez se me presente la ocasion de probarle lo que es el viejo sarjento retirado, Domingo Lopez, lo mismo que su mujer Marta y sus dos hijos.

Esta manera tan estraña de despedirse y en la que no se conocia claramente lo que queria decir, no pudo menos de volver a hacer reir a doña Juana que le estendió la mano afreciéndole su amistad y su casa.

Luisa le encargó que no se olvidase de traer al dia siguiente a Mercedes lo mas temprano posible para recuperar el tiempo perdido.

Domingo salió sin volver la espalda y haciendo cortesias hasta la puerta, lo que volvió a celebrar la señora, que dijo en seguida a Luisa: —"He pasado uno de los dias mas agradables de mi vida y me voi a recojer contenta."

III.

Vuelto Domingo a su casa, fué rodeada de su mujer e hija, que le preguntaban alternativamente varias cosas sin dejarlo hablar.

—¿Cómo te ha ido?

—¿Qué le ha sucedido?

—¿Por qué te has demorado tanto?

—¿Qué le han dicho?

—¿Dejaste los papeles, etc., etc?

—¿Y cómo demonios quieren que conteste a tanta pregunta?

—Pero diga algo, padre mio.

—Pero si ustedes no me dejan principiar!

—¿Mas no te habrás estado todo este tiempo en casa de la señora?

—Por Dios! ¿Quieren dejarme comenzar o nó?

—Comienza cuando quieras, pero responde a lo que se te pregunta.

—Verdaderamente, esto es de nunca acabar... Vamos, cállense la boca y oigan:

A pesar de todo, somos dueños, o diré mejor, Mercedes es dueña de la quinta, porque no es a nosotros sino a ella, y solamente a ella, a quien se la han dado.

—Ya sabíamos que era para ella. ¿Pero cómo somos dueños de la quinta? ¿No llevabas el encargo de devolverla?

—Sí. Una cosa es decir y otra cosa es hacer; y yo las hubiera visto a ustedes en mi lugar...

—Habla, al fin, hombre.

—¿Y no son ustedes las que me interrumpen? Ya yo habia principiado, pero comenzaré de nuevo.

Y el buen sarjento contó en seguida lo que le habia sucedido, sin ocultar su turbacion, las burlas que le habian hecho, lo que se habian reido de él, etc, etc; pero de todos modos, agregó, yo me dejaria matar por tan buenas señoras, y tuve el gusto de decírselo; porque casi me ahogaba, sí, de veras... Me hablaron de mi Mercedes tan bien que cedí... y lloré... lo confieso... lloré de reconocimiento... asi como lloro ahora al solo recuerdo...

Y al honrado veterano se le cain las lágrimas sin poderlas contener, por mas esfuerzos que hacia. Es digno de risa,

continuó, ver llorar a un soldado... y ellas varias veces que lo hicieron! pero no estaba en mí moderarme, y por otra parte la señora tambien lloró; de consiguiente nada hai de estraño...

Marta y Mercedes, que conocian a su padre y que presumian lo noblemente que se habria conducido, porque la nobleza del corazon siempre se manifiesta, lo abrazaron, prodigándole los mas tiernos cariños.

—Ya estás rica, dijo al fin el sarjento a Mercedes, y ahora tienes asegurado tu porvenir, como decia la señora, lo que significa, segun tambien me manifestó, de que puedes casarte cuando quieras teniendo la libertad de escojer un sujeto que te acomode, porque ahora puedes regodearte. No creas que esto me desagrada y fué lo que mas me persuadió y lo que me hizo llorar, pero llorar de alegria y de gratitud, se entiende.

—Démosle gracias a Dios, dijo Marta, porque asi como le pedimos consuelo en nuestros pesares, debemos mostrarnos agradecidos en nuestra alegria.

Y la devota mujer se arrodilló ante sus imájenes en compañia de Mercedes, cuyo ejemplo imitó Domingo desde el lugar que ocupaba.

IV.

Estaban todavia en oracion cuando entró Teresa, la mujer del zapatero a quien Mercedes socorriera en una crítica situacion, la que viendo la actitud en que se encontraban, no quiso perturbarlos, sino que se arrodilló tambien.

Cuando Marta y Mercedes se levantaron, vieron a Teresa hincada como ellos.

—Teresa, le dijo Mercedes yendo hácia ella y abrazándola con cariño; ¿se te ofrece algo? Habla... En cuanto podamos serte útil, dínoslo sin cortedad, porque, te lo aseguro, nos proporcionarás con ello el mas grande placer.

Domingo y Marta apoyaron a su hija.

—Muchas gracias, contestó Teresa; nada he venido a pedirles, porque de nada necesito; pues parece que Dios ha bendecido esta casa, y no puede menos de ser así, porque en ella habita un ánjel, y este ánjel eres tú, Mercedes, porque de tí y por tí nos vienen tantos beneficios.

—¿Estás loca, Teresa?

—Yo sé mui bien lo que digo, y no solamente soi yo quien lo dice sino todos los habitantes del conventillo.

—Sin razon, Teresa, porque a quien debemos estar agradecidos es a la señorita Luisa Valdes... ella sí que es el ánjel tutelar, el ánjel de guarda que tenemos, porque es ella la que hace con nosotros las veces de Providencia.

—Es verdad, Mercedes, pero si no fuera por tu intervencion...

—Te equivocas; yo no he intervenido en nada. Todo lo que ha hecho ha sido de su propia voluntad, sin que yo le haya insinuado lo menor.

—Te creo, Mercedes, y siento por esa señorita afecto y gratitud; pero es indudable que tú tienes mucha parte en los beneficios que ella nos ha hecho y en los que nos está haciendo otra persona.

—¿Quién?

—Me han encargado el secreto.

—Entonces no lo digas, repuso Marta.

—Sin embargo, con ustedes nada tendria de particular; porque nadie me quitará de la cabeza que Mercedes tiene parte en esto.

—Vamos, vamos, ya voi teniendo parte en todo, y en resumidas cuentas no tengo parte en nada.

—Al fin, dijo Teresa que estaba deseosísima de contar lo que sabia, esto es un secreto que a nadie perjudica y cuya revelacion hace bien, sobre todo cuando se hace a personas tan buenas y caritativas como ustedes.

—Ya que lo has de contar, dilo luego, porque has picado mi curiosidad y me han dado ganas de saberlo.

—Ayer estaba conversando con Tomas, que es el nombre del sirviente de nuestro vecino el caballero pintor, a quien conozco desde muchos años.

—¿Al criado o al patron?

—Al criado, se entiende, desde que hablaba de él; pues bien, estábamos conversando sobre lo que ocurria en el conventillo, (Teresa no quiso decir los grandes elojios que habia hecho de Mercedes) cuando él me dijo que tenia encargo de su patron para informarse sobre la ropa que podia faltar a las personas de los cuartos, porque habiéndoles dado todos los trastos necesarios para una casa la señorita Luisa, queria él, pero sin que lo supiera nadie, para que se figuraran mas bien que era la misma señorita Luisa, regalarles un poco de ropa; pero como a mí me será imposible hacer la dilijencia convenientemente y sin que me conozcan, que es lo que mas me ha recomendado mi patron, repitió Tomas, por cuyo motivo vengo a ver si quieres tú desempeñar esa comision. Yo me presté gustosa, como ustedes pueden figurárselo, e hice la dilijencia lo mejor que pude, y hoi he recibido diez y seis piezas de jénero blanco de veinticuatro yardas para dar una a cada cuarto, juntamente con algunas otras cosas que ya les he repartido segun su voluntad y sin decir a nadie nada.

—¡Qué accion tan caritativa! esclamó Marta.

—¡Qué buen jóven! dijo Domingo.

—¡Y qué nobleza de proceder! agregó Mercedes. ¡Empeñarse tanto por ocultar lo que todo el mundo debiera saber! Es mui bonito.

—Asi es como a Dios agrada la caridad, repuso Marta.

—Ahora, señora, añadió Teresa, ¿he hecho bien o mal en revelar este secreto?

—Bien, mui bien, se anticipó a decir Mercedes, porque así tendremos mayores motivos para apreciarlo.

—Y para quererlo, agregó Domingo.

—Pero esto no es todo. Tambien me habia encargado Tomas que me informase si no habia allí algun artesano honrado, porque su patron le habia dicho que le prestaria dinero, sobre cuyo encargo no dí ninguna respuesta, temiendo comprometer el dinero de una persona tan buena; pero ¿quiéren saber lo que ha sucedido? A mas de la ropa que me habia traido para repartir y la que me dió a mí en particular, me dijo Tomas:—"Aquí traigo, por órden de mi patron, quinientos pesos para que tu marido pueda trabajar con desahogo; no se los dá sino que se los presta, devolviéndoselos cuando quiera, es decir, cuando haya podido ganar algo y trabajar por sí mismo."

Yo le contesté que no podia aceptarlos sin consentimiento de Santiago, que habia ido a la plaza a vender unos zapatos y que no tardaria en volver. En efecto, apenas acababa de decir esto, cuando él apareció. Tomas le hizo la proposicion y Santiago aceptó con gusto y con agradecimiento; pues él se propone poderlos pagar en seis meses, quedándole otro tanto para trabajar. Tomas dijo a mi marido de firmarle un pagaré a la vista, pues era inútil ponerle plazo, porque él lo pagaria cuando quisiese, no siendo el papel sino como constancia que él tenia que dar a su patron para hacerle ver que habia invertido el dinero segun su voluntad. Nada mas lejítimo y natural que esto, y Santiago firmó en el acto, siendo ahora dueño de quinientos pesos que va a emplear mañana mismo para poner un activo trabajo.

—Esto sí que es bueno, volvió a repetir Domingo, con mas entusiasmo que en la vez anterior. Ayudar al trabajador! confiar en su honradez! es darle los medios para que gane la fortuna y enseñarlo a tener probidad!... Ese interesante jóven, de tanto talento como de tanto corazon, conoce a los pobres, porque él ha nacido pobre y sabe que entre nosotros se encuentra tambien la virtud y que lo que

jeneralmente necesitamos no es mas que un débil apoyo.

—Pero usted, señor don Domingo, repuso Teresa, habia ya hecho tanto o mas que él, porque usted ha prestado a Santiago una cantidad sin que se la devuelva a usted sino con la condicion de que la preste él a otro aflijido, bajo las mismas bases y sin el menor papel, sino fiándose únicamente a su conciencia; y no crea usted por esto, señor don Domingo, que yo y Santiago dejamos de estar agradecidos al favor del caballero pintor, sino que tambien se lo reconocemos a usted.

—Yo he tenido una buena idea, lo confieso, pero esta buena idea me ha sido inspirada y se la debo en gran parte, podria decir en su totalidad, a mis hijos, porque yo no he hecho mas que servir de medio.

—Ojalá Dios, señor, les remunere tantos beneficios; pues nadie me quitará de la cabeza que todo el bien que recibimos nos viene de ustedes y especialmente de Mercedes.

—Si algo hemos hecho, dijo Marta, nuestro *Señor* nos ha recompensado ya mas de lo que merecíamos.

Y Marta contó a Teresa la donacion de la quinta de Yungai, que en ese mismo dia les habia hecho la madre de la señorita Luisa Valdes, convidando a Teresa para que al dia siguiente de madrugada fueran a ver la quinta.

—Ahora, dijo Domingo, es nuestro deber convidar a nuestros vecinos; pues aun cuando nosotros no tenemos tan buenas cosas como ellos, verán al menos nuestra voluntad, y como sabemos querer y honrar el mérito, se contentarán con nuestra admiracion; y tú y tu marido tambien eres de la partida, Teresa; ¿no te parece bien mi pensamiento, querida Marta?

—Mui bien, amigo mio, y desde luego puedes ir a convidarlos.

El sarjento salió en seguida, y Marta, Mercedes y Teresa principiaron a acomodar las cosas del modesto festin.

Proyecto de enlace y partida de Luisa.

I.

La tia Anastasia y su sobrino, que estaban en espectacion de cuanto pasaba en la vecindad; que habian visto que el coche de doña Juana habia pasado como al medio dia, dejando a Mercedes, y que el sarjento habia salido en seguida de gran parada, no sabian qué conjeturar de todo esto y habian despachado a Tomas para que averiguase lo que significaba ese movimiento, cuando llegó Domingo personalmente a convidarlos, convite que aceptaron en el acto, informándose préviamente de las personas que habian; y cuando supieron que solo estarian los de casa, se dispusieron a ir, no sin haber pedido al sarjento que les permitiera mandar algunas de sus provisiones, a lo que el bueno de Domingo accedió tanto mas gustoso cuanto que sabia que en su casa no habia tan buen mosto, como él llamaba al Oporto, ni tan buena chicha fermentada, como decia por el Champaña, aun cuando conociera lo que era; pero por un espíritu de nacionalidad, tan natural entre nosotros, sostenia que él habia tomado en Aconcagua una chicha mui superior al Champaña, lo que no le impedia tomar sus sendos tragos y hacer sonar el paladar a cada copa.

La cena fué mui animada. El sarjento, que no queria tener secretos para tan buenos y jenerosos vecinos, les habia contado el asunto de la donacion, sus embarazos y cuanto ha-

bia sufrido, visto y agradádole en aquel dia que no tenia para él igual en su vida.

Víctor y Anastasia, si bien sorprendidos de la jenerosidad y del comportamiento de doña Juana respecto a aquellas pobres jentes, las habian alabado con mucho entusiasmo su jenerosidad, aun cuando en la conversacion deslizaron algunas espresiones que iban dirijidas a probar que doña Juana y su hija, cediendo la quinta, pagaban a bajo precio el favor que recibieran al libertarlas de una muerte segura; pero insinuando esto con tal arte, que nadie pudo notar el verdadero espíritu de sus palabras, porque se apoyaban ademas en lo mismo que doña Juana habia dicho. Pero Domingo, Marta y Mercedes sostenian, y sostenian con calor, que todo era efecto de la jenerosidad de aquellas señoras, a quienes se consideraban obligados a estar mui agradecidos.

Víctor, como es de presumirlo, no dijo una palabra sobre sus dádivas, si bien adivinó en el acto que el secreto habia sido divulgado por Teresa, pues tanto la actitud de ésta y de su marido, cuanto algunas espresiones que se escaparon durante la conversacion, se lo habia hecho conocer.

Cuando los convidados se retiraron y que Mercedes habia ido a acostarse, Domingo dijo a su mujer:

—¿Sabes, Marta, que la donacion de hoi me ha hecho pensar en una cosa?

—Cuál?

—En el casamiento de Mercedes, porque esta fué la principal idea de doña Juana y lo que en realidad me hizo mas fuerza.

—Ya sé donde quieres venir.

—¿Lo adivinas?

—Sí.

—¿Al casamiento de Mercedes?

—Lo acabas de decir.

—¿Pero no con quién?

—Tambien te he adivinado.

—¿Con Víctor?

—Con Víctor.

—¿Esto prueba que tengo razon?

—Indudablemente, pero nuestra hija es todavia tan jóven que no quisiera verla esclavizada tan temprano.

—¿Qué llamas esclavizada, mujer? ¿Acaso podia ser mas libre y mas feliz que unida a un jóven tan bueno y tan intelijente como lo es Víctor? Por otra parte, si tú no lo has notado, a mí me parece reconocer cierta inclinacion en ambos.

—Yo creo lo mismo.

—Si a tí te parece, bueno seria que nos esplicásemos francamente con la tia, porque ella debe gustar de este enlace, sobre todo cuando está de manifiesto que no es por interes, puesto que Mercedes tiene su fortuna asegurada mediante el favor de mi sia Juana.

—Nosotros no debemos dar el primer paso, esperemos que ellos lo hagan.

—¿Cuál es el inconveniente? En mi opinion, la tia estaria contentísima de esta alianza, pues creo que me ha hecho algunas insinuaciones.

—Deja que si lo desea se esplique claramente. Una niña no se ofrece, Domingo, sino que se aguarda a que la soliciten.

—Yo no digo que se la vayamos a ofrecer, pero se tantea el terreno.

—¿No dices tú que te ha hecho insinuaciones?

—Así me lo he figurado.

—Aguardemos a que se manifiesten del todo.

—Como tú quieras; pero a mí me parecia que seria lo mejor una esplicacion y este es camino mas breve, desde que este matrimonio te gusta.

—Me gusta muchísimo, porque cuanto conocemos del jóven es digno de elojio; pero quién sabe si no tiene cariño por Mercedes y todos sus obsequios no pasan mas allá de

la política que la buena jente guarda con vecinos honrados y que les son agradables.

—¿Te figuras eso?

—No me lo figuro sino que debo de suponerlo.

—Tu humildad y tus precauciones te conducen hasta la tontera, Marta; ¿cómo piensas que se pueda ver a Mercedes sin quererla?

—Advierte que esto lo dice su padre.

—No tomo en cuenta el que sea yo su padre, sino que me fijo en sus cualidades y tambien en su hermosura. Cáspita! ¿Dónde quieres encontrar una niña mas linda que nuestra hija? Si esceptuamos a la señorita Luisa, yo no he visto nada igual, inclusa tú cuando tenias tus quince o diez y seis años; pero vamos por el camino derecho: ¿te gusta o no el proyecto?

—Ya te lo he dicho.

—Pues entonces déjame obrar, que yo arreglaré las cosas militarmente.

—No, amigo mio, en este particular quiero yo ser el único juez y el único árbitro.

—¿Y yo no entro en cuenta para nada?

—Sí, porque tanto te interesa a tí como a mí; pero te pido el favor que me dejes conducir el asunto, o mas bien, que no te entrometas, pues mi idea es dejar que las cosas marchen por sí mismas.

—Haz como quieras, pero no vaya a suceder que lo perdamos todo por ser tan precavidos.

—No, Domingo, el casamiento se hará si el jóven tiene cariño a Mercedes, pues él sabrá esplicarse, y si no, nada se ha perdido y no habremos dado un paso en falso.

Habiéndose puesto de acuerdo Domingo y Marta, sobre la conducta que debian observar en un asunto tan delicado como éste, y convenidos en no hablar tampoco a Mercedes, se retiraron a sus cuartos por ser mui entrada la noche y

tener que levantarse temprano, para ir a ver la propiedad que les habia venido tan impensadamente.

II.

Mui de madrugada pusiéronse todos, incluso Teresa, en marcha para Yungai; ¡pero cuál seria la sorpresa de Domingo y Marta al ver aquella quinta con sus jardines, arboledas y hermosa casa, y que esa quinta era de su propiedad! La pintura que les habia hecho Mercedes, les parecia nada respecto a lo que veian, y casi no podian dar crédito a que todo aquello fuese de su hija, y por consiguiente de ellos! Y sin embargo, el hortelano que estaba trabajando se acercó a Mercedes con el mayor respeto para pedirle órdenes, "pues se le habia dicho, añadió, desde el dia anterior que el fundo habia cambiado de dueño y que ella debia ser la propietaria, porque la señorita Luisa se la habia retratado para que él la conociera, y que creia no equivocarse.

Mercedes, confusa con su nueva posicion de propietaria no sábia qué decir al hortelano, hasta que su padre, mas acostumbrado a mandar, por su vida de cuartel, le dijo:

—Es verdad que la señorita es la dueña, y yo que soi su padre, mediante la jenerosidad de la señora doña Juana, y de su incomparable hija la señorita Luisa. Respecto a lo que tiene usted que hacer, veremos mas tarde: mientras tanto acomode lo que le parezca.

El hortelano hizo una reverencia, volvió a tomar su azadon y se dirijió a su trabajo, no sin llamar a su mujer para que trajera las llaves.

Luego vieron venir a una aldeana todavia jóven, y a quien reconoció Mercedes por haberla visto el dia anterior, con un manojo de llaves en una mano, conduciendo un niño con la otra.

La pobre mujer, un tanto intimidada, preguntó a Mercedes si queria que abriese la casa.

La sorpresa del sarjento, de Marta y de Teresa iba en au-

mento a medida que se les presentaban nuevas cosas. ¡Verse dueño de todo aquello que para ellos era de una riqueza incomparable, les parecia un prodijio, un encanto, un sueño, y no cesaban de preguntar a Mercedes si aquello tambien estaba comprendido en la donacion, a pesar de haber leido que ésta decia terminantemente "con todo lo que en la quinta hubiese."

—El gallinero, las vacas, los conejos, la cocina, llamaron particularmente la atencion de Marta, no cansándose de admirar la limpieza y la comodidad de la última.

La mujer del hortelano las acompañaba, mostrándoles cada cosa, especialmente en lo que tenia relacion con el esterior, con el cultivo y con el provecho que se sacaba diariamente de todo.

Marta le preguntó las condiciones con que estaban allí.

—Mi marido y yo, señora, respondió la aldeana, no hemos hecho trato ninguno con la patrona, sino que somos sus inquilinos porque hemos nacido en su hacienda, y su merced dijo a mi marido de venirse para acá a cuidar esta quinta, que segun he sabido se la han vendido a la señorita. Su merced la patrona, nos dejaba todo con tal de llevarle a su casa diariamente fruta, verdura, huevos y leche; pero el resto lo vendíamos para nosotros.

—Quédense ustedes bajo las mismas condiciones, llevando siempre a la señora lo que le llevaban ántes.

—Y a su merced, qué le llevaremos?

—Nada por ahora; mas tarde lo arreglaremos.

Domingo, despues de haber conversado largo con el hortelano, visto cada árbol y preguntado por cada flor que le era desconocida, habia dicho a su mujer y a su hija:—"Creo que será tiempo de retirarnos, porque prometí ayer a la señorita Luisa llevarte desde temprano, y si no encontramos un coche, el camino es largo y llegaremos tarde." Con lo cual todos se pusieron en marcha.

III.

Aquel dia doña Juana y su hija estuvieron mas cariñosas, si esto era posible, con Mercedes, como para hacerle olvidar la dádiva que le habian hecho; pero la delicada niña se hallaba avergonzada, y sin saber por qué esperimentaba cortedad, sintiéndose con menos confianza que antes, hasta que Luisa, comprendiendo lo que pasaba por su amiga, la distrajo de manera que no se volvió a acordar en aquel dia de que era propietaria de una hermosa quinta.

Vuelta a su casa pensó que no le habia contestado la carta a su hermano, de donde provenia toda la felicidad de que gozaba y todos los beneficios que recibian, porque sin él, sin su valor, sin su arrojo temerario, nunca hubiera tenido ocasion de conocer a Luisa; asi es que llena de gozo y de gratitud, tomó la pluma y le escribió la siguiente carta:

"Mi querido Enrique:

"No sé cómo principiar esta carta... Tengo tanto que decirte, tanto que contarte, tantas cosas que nos han sucedido y que van a serte tan agradables, que, verdaderamente, no sé por cuál de ellas comenzar.

"Pero principiaré por tí, porque me parece que te estuviera viendo, Enrique, cuando recibas y abras este paquete en que va lo que no esperabas, en que van nuestros retratos y el de *ella!* El de *ella!* que te lo manda de su propia voluntad y no como el que tienes, que me lo arrancaste por la fuerza!

"Qué contento vas a estar! Qué feliz vas a ser, Enrique!... Y yo tambien lo soi, porque yo me alegro de todo lo que tú te alegras, ¿no es verdad, hermano mio? Figurarme la dicha que tendrás cuando rompas esta carta y cuando veas lo que ella contiene, me hace a mí saltar de contento escribiéndotela!...

"Pero nada te he dicho todavia! Ya ves cuán atolondrada soi! Sin embargo, discúlpame; porque no es atolondra.

miento sino ignorancia... La falta de costumbre de escribir y el gozo que esperimento, me embarazan realmente.

"¿Qué te diré, hermano mio? Ya sabes que voi diariamente a casa de Luisa y que ella me enseña muchas cosas, lo que es de su parte mucha bondad; pero no se ha limitado a esto, sino que ha venido ella misma a casa!... ¿Lo creerás, Enrique? Ella, tan rica y tan noble, venir a la casa de unos pobres! ¿No te parece increible? Y no contenta con esto, nos obligó a ir con ella a una fotografia para sacar nuestros retratos y mandártelos! ¡Qué pensamiento tan delicado! ¿no es verdad? Figurarse el placer que tú tendrias al ver a tus padres estando separado de ellos y proporcionarte este gusto, ¿no demuestra un fondo de bondad infinito? Y en seguida, querer tambien ponerse en un mismo grupo con nosotros, ¿no es de una humildad y de una ternura sin ejemplo? Y cuando me dijo de mandarte uno de esos grupos, no puedes figurarte el placer que sentí, pues me acordé en el acto del que tú tendrias! Y a tal punto llegó mi contento, que casi, casi habia, sin pensar, revelado tu secreto! ¡Ai por Dios! ¿Qué habria dicho? Si se hubiese incomodado por tu causa, era capaz de no haberte vuelto a ver en mi vida... pero afortunadamente me contuve a tiempo...

"Si no te contara mas, quedarias mui satisfecho, porque lo que te he dicho es suficiente para que te vuelvas loco de alegria; pero aun tengo otras cosas que te admirarán mas... Si vinieras ahora, no conocerias ni el conventillo ni á sus habitantes, de tal manera ha cambiado todo esto Luisa en un solo dia, cual si poseyera esa *varillita de virtud* de las Hadas, que tanta admiracion nos causaba cuando leíamos el *Almacen de los niños*... Los cuartos interior y esteriormente están aseados, una hilera de árboles ha sido plantada en medio de la calle, que la adorna muchísimo, dando a la vez sombra y frescura. Cada habitacion tiene su catre de fierro, colchon, sábanas, mesa, sillas, vasos y todo cuanto es necesario en una casa; y esto, que te parecerá un prodijio, como

es en realidad, ha sido hecho por Luisa en un solo dia! Y si tú hubieras visto la bondad con que trataba a los enfermos, tu admiracion no habria tenido límites!... La habrias adorado, Enrique, como se adora a Dios! ..

"Pero hai otra persona que ha tomado parte en tan buena obra. ¿Te acuerdas de los nuevos vecinos, la tia Anastasia y su sobrino, que ocuparon la casa inmediata el mismo dia de tu partida? Pues bien, este interesante jóven, que tiene tanto talento como buen corazon, se ha valido de Teresa, encargándole el secreto, para darle a cada uno toda clase de ropas, y a Santiago le ha prestado quinientos pesos para que trabaje con desahogo! Tan felices acontecimientos sucedidos en tan corto tiempo, nos tienen a todos de un humor inmejorable, y solo sentimos que tú no te encuentres aquí para que gozaras juntamente con nosotros.

"Y todavia, mi querido hermano, no te he comunicado todo, todavia me queda lo mejor, y estoi segura que vas a pensar que deliro o que me he vuelto loca...; y sin embargo, cuanto te digo no es un sueño, sino una realidad! Sabrás, hermano mio que ya no soi la niña pobre que tú dejaste y para la que querias trabajar y ganar dinero... ahora soi rica, soi propietaria y puedo disfru tar de muchas comodidades, las que son igualmente tuyas, porq ue todo cuanto tengo te pertenece. Te diré luego lo que sucede, porque sé que estarás impaciente de saber cómo se ha hecho este milagro. No te contaré los detalles sino que te diré solamente que la señora doña Juana me ha regalado ayer una hermosa quinta en Yungai con todo cuanto ella contiene. No te comunicaré tampoco todo lo ocurrido, porque cuando vengas lo sabrás de viva voz y te esperamos para tomar posesion de la quinta, pues mi madre no quiere habitarla mientras tú no llegues, en lo que hemos estado todos de acuerdo, porque tú eres el verdadero propietario... Sin tu accion, querido Enrique, ¿habria yo conocido a Luisa? Y sin conocerla, ¿habríamos obtenido tantos beneficios? De consiguiente todo viene de

tí y por consiguiente todo es tuyo, incluso el corazon de tu hermana

MERCEDES."

"P. D.—Si nada te he escrito sobre nuestros padres, es porque tú mismo debes figurarte que lo único que sienten es no tenerte a su lado."

IV.

Un mes pasó Mercedes al lado de Luisa, y cada dia que trascurria afianzaba mas la amistad de ambas jóvenes, y sin los cuidados que les causara la salud de doña Juana, habrian sido completamente dichosas; pues el cariño que se profesaban bastaba a sus inocentes corazones.

Un dia encontró Mercedes a Luisa sumamente triste; y alarmada de verla asi, le preguntó la causa.

—Es que anoche, amiga mia, le dijo ésta, el médico que asiste a mi mamita le ha dicho terminantemente que si no sale luego al campo se agravaria mas. Mi mamita, añadió, habia pensado irse en el verano, para lo cual me dijo anoche que habia mandado arreglar las casas; pero ahora está decidida a irse en pocos dias y hoi ha ordenado que vengan algunos inquilinos para preparar el viaje: esto es lo que me tiene triste.

—En efecto, Luisa, le contestó Mercedes ¿qué va a ser de mí mientras tú estes lejos? Yo estaba tan satisfecha que me parecia que nunca me habia de separar de tí... ¿Qué haremos? Yo creo que no podré vivir o que va a sucederme una desgracia. Te acompañaré, Luisa... Yo serviré a doña Juana en todo... ¿quieres que les proponga a mis padres?

—Yo habia pensado lo mismo, pero mi mamita me dijo anoche: "ese es mucho egoismo, hija mia, Mercedes hace falta a sus padres; y aun cuando ella quisiera acompañarte no estaria tranquila por estar privada de su familia." Yo ví que tenia razon, y no insistí. Por otra parte, talvez mi ma-

mita se restablezca luego y entónces volveremos a Santiago en buen tiempo.

—Mercedes lloraba... ella no podia conformarse con esa separacion y pensaba que ya no volveria a ver a su amiga... y en su dolor le decia: "talvez no soi buena hija al separarme de mis padres, pero querria acompañarte: hai algo en mi corazon que me dice que voi a ser mui desgraciada...

—No seas niña... ¿Qué puede sucederte al lado de tu familia? Si yo no supiera el pesar que tendrian tus padres, si los dejaras solos, y si no supiera que te habias de arrepentir en el acto, te diria ven, porque yo tambien siento esta separacion; pero no es justo ni tú lo harias.

—Si no me puedo conformar...

—Y sin embargo, es preciso, porque la salud de mi mamita así lo exije.

Las dos amigas se abrazaron sollozando; pero como al fin todo se calma, vino un poco de serenidad que, sin disipar la tristeza, dió lugar a la reflexion.

Tres dias transcurrieron antes que llegaran los mozos de la hacienda y todo ese tiempo lo empleó Mercedes ayudando a Luisa, y a doña Juana en sus preparativos de viaje habiéndose abandonado del todo las lecciones.

El último dia, dia tanto mas triste cuanto mas próxima era la partida, porque en los últimos momentos es cuando el sentimiento crece y cuando se esperimentan los temores que siempre trae consigo la ausencia, en ese postrer dia, Luisa llamó a aparte a Mercedes y la condujo hasta su dormitorio donde la hizo sentarse a su lado.

Hubo una pausa antes de principiar el diálogo; pues jeneralmente necesita el alma reconcentrarse un poco en sí misma, para que venga, en los momentos solemnes o en aquellos instantes de angustia, a espresar por medio de la palabra los pensamientos que nos ocupan...

Luisa tomó una mano a Mercedes y con una voz en que se revelaba la emocion interior, la dijo:

—Hasta ahora, Mercedes, no habia esperimentado jamas el sentimiento de la amistad. He podido tener hácia algunas personas afectos mas o menos fuertes, simpatías mas o menos grandes; pero tú eres la única que has hecho en mí una sensacion profunda, porque solo tú me has hecho conocer lo que hai de sublime, lo que hai de desprendido, lo que hai de suave, de balsámico y de consolador en esa relacion íntima, injénua, franca, afectuosa y desinteresada que se llama amistad, palabra que desgraciadamente se encuentra en boca de todos, que todos confunden, de que todos se vanaglorían y que sin embargo ninguno aprecia, y cuya estension, y cuya profundidad, y cuyos deberes recíprocos pasan desapercibidos a la gran mayoría de los hombres... Para mí la voz de amiga es sagrada y por eso no la he prodigado ni la prodigaré nunca... La amistad, lo mismo que el amor, no puede darse sino en la virtud que nos eleva, en el aprecio mutuo nacido de la estimacion y que no se sujeta a los vaivenes de la fortuna, que no apaga nada ni nadie, porque resiste a cuanto contratiempo pueda darse, con tal que queden siempre subsistentes las cualidades que lo han producido, y tú las tienes en abundancia y mui privilejiadas, mi querida Mercedes.

—Luisa! ¿quieres hacerme con tus palabras aun mas penosa, aun mas terrible tu separacion?

—No, amiga mia; pero quiero en realidad hacerla mas tierna y que se te quede mas grabada.

—Podria entonces decirte que no me conoces.

—Sí, querida Mercedes, te conozco y por lo mismo que te conozco te aprecio y te quiero...

—En ese caso ¿por qué me dices que deseas hacer la impresion mas profunda?

—Porque me he propuesto servirte de apoyo... y es imposible saber lo que puede acontecer durante mi ausencia...

—Temes algo?

—Sí.

—Pues bien, un presentimiento igual esperimento yo.

—Ya lo ves; y cuando se da esa identidad de impresiones, ¿por qué dudar? Dicen que en el alma hai secretos que se revelan únicamente por una especie de intuicion; y en este caso ¿debemos poner en duda los presentimientos?

—Me haces temblar!...

—Nada afirmo sin embargo; pero no sé por qué temo.

—Y yo tambien.

—La ausencia de unos cuantos dias, o de unos cuantos meses significa bien poco; pero presiento algo de terrible en esta separacion.

—¿Estaria acaso mi destino comprometido en ella?

—El tuyo y el mio, si he de dar crédito a una voz interior que me dice que hemos de sufrir mucho, muchísimo...

—Y entonces ¿por qué partes? y entonces ¿por qué me dejas? y entonces ¿por qué no me permites que te acompañe? Las dos seríamos felices...

—Así lo creo; pero parto y te dejo porque es mi deber; y no te permito que me acompañes, porque tienes que cumplir con el tuyo...

—Tienes razon, Luisa, y es preciso que nos esperemos a todo: la resignacion en la desgracia tiene gran mérito.

—Puede ser que los temores que nos asaltan sean infundados y efecto solo de una organizacion impresionable y fantástica, pues hasta ahora no tenemos el menor motivo de alarma, porque la separacion de tu hermano es momentánea y la mia no lo será menos...

—Con todo...

—Es verdad que, a pesar de no existir motivo alguno, nos alarmamos; pero esta alarma es nacida de un presentimiento que sin motivo alguno, produce en mi imajinacion ciertas sombras que me hacen entrever un oscuro horizonte.

—Esplícate claramente, porque estos temores vagos, de

los cuales tambien participo, aumentan el penar de la separacion y de la ausencia.

—Pues bien, amiga mia, voi a ser contigo franca, voi a revelarte lo que pienso, sin que por esto me creas infalible, porque yo puedo equivocarme, y creo en verdad que me equivoco...

—Habla.

—Temo quizás herirte.

—Jamas, porque la amistad nunca hiere desde el momento que, por falsos que sean los conceptos, solo se tiene en vista el interes de la persona a quien se aprecia y que por el hecho de apreciarla se favorece.

—Así es como yo lo concibo, y por el mismo motivo voi a decirte de a donde creo que nos venga todo el mal y talvez toda nuestra futura desgracia.

—¿De quién?

—Del pintor Victor.

—De Victor! Imposible!... Tú no lo conoces; pues si supieras lo que él es, formariais una idea distinta...

—Puedo equivocarme; pero justamente porque no lo conozco es porque temo.

—¿Pero qué es lo que temes?

—No me es dado penetrar en los arcanos del porvenir; sin embargo, hai un *no sé qué* que me hace temblar.

—Eres injusta, Luisa.

—Lo deseo, y ojalá mi vaticinio no sea verdadero.

—¡Ah! si supieras los temas de bondad y de caritativa abnegacion que encierra el alma de ese jóven!...

—Ya me has contado muchos de sus actos jenerosos; pero no puedo concebir la razon por qué se oculta de mí... Hace mas de un mes, querida Mercedes, que nos liga una estrecha amistad y una simpatia que nada puede destruir ni borrar, y hace el mismo tiempo tambien que tú conoces a ese jóven; ¿por qué, pues, sabiéndonos tan unidas, no se ha presentado a mi vista? Debia él comprender que me seria mui

agradable tener relaciones con la persona que tú apreciabas y que talvez admiras ¿por qué ha sentado este conocimiento a pesar de mis visitas, a pesar de tus insinuaciones, a pesar de mi convite?

—Lo ignoro, pero habrá tenido sus motivos.

—No hai pretesto alguno que sirva para rehusar asi la amistad de una persona como yo; y no creas que digo esto por vanidad, pero tengo la justa apreciacion de mí misma.

—Es quizá que él no te conoce.

—Bastaria que te conociese a tí, para tratar de conocerme a mí.

—Dices bien; ¿pero qué infieres de allí?

—Nada infiero, y sin embargo, temo mucho.

—¡Cómo! ¿tan lijeramente formas un juicio?

—Te he dicho y te repito que nada puedo decir, que nada puedo determinar; pero ¿soi dueño acaso de mis presentimientos?

—¿Y cuáles son esos presentimientos?

—Creo habértelo dicho: que todo el mal nos vendrá de él...

—¡Por Dios, Luisa! ¡Por Dios, que me haces temblar!

—No aceptes mis juicios, pero precávete...

—¿Y qué desgracia puede sobrevenirme?

—Es imposible que te la esplique, porque no la concibo, y a pesar de todo esto, la temo...

—Por ahora me parece que te has engañado.

—Dios lo quiera.

—Al contrario, debemos esperar el bien de un corazon tan bueno y de una intelijencia tan superior.

—Si tienes esa persuasion, está bien; pero no mires con indiferencia las palabras y las advertencias de tu amiga.

—No necesitabas decírmelo, y a pesar del aprecio que esperimento por Víctor, no olvidaré tus observaciones.

—Ellas son dictadas por un sentimiento noble, el sentimiento de la amistad que nos posee a ambas y que tambien nos honra.

Ahora, añadió Luisa, este es el último dia que vamos a estar juntas y sin disminuir el pesar que trae consigo la separacion, espero que pienses en tu Luisa y en poco tiempo mas tendremos el placer de volvernos a ver, y quizá de no separarnos, pues me he propuesto que, sin arrebatarte a tus padres, sin alejarte de ellos, pases conmigo gran parte del tiempo... A la vuelta te comunicaré mi plan que nos hará felices.

A pesar de estas esperanzas, que eran un verdadero consuelo, las dos amigas se separaron tan tristes como si hubiera sido una distancia inmensa la que iba a separarlas, o una ausencia mui prolongada la que tenian que esperimentar.

Mercedes, despues de despedirse de Luisa y de la señora doña Juana, haciendo esfuerzos, cuanto era posible, para ocultar su afliccion y sus lágrimas, volvió a su casa en un estado de tristeza imposible de describir y que ni Domingo ni Marta combatieron, porque ellos esperimentaban el mismo pesar, aunque no tan profundamente.

Víctor y su tia se mostraron mui solícitos con sus vecinos, y el primero especialmente apareció mui sensible a la desgracia de Mercedes, aun cuando, como debe presumirlo el lector, esa partida lo regocijaba y era el resultado de su combinacion, pues él mismo, sin descubrirse, habia hecho de manera que el médico ordenase la pronta salida al campo. Ah! si Mercedes hubiese podido penetrar en aquel corazon habria quedado abismada, talvez no habria comprendido tanta hipocresia y tanta maldad!... pero ella agradecia infinito las atenciones delicadas de Víctor y el modo como la consolaba hablando con frecuencia de su amiga, y ensalzándola como merecia.

Dejaremos que se desarrollen mientras tanto los acontecimientos en Santiago, para ocuparnos de Enrique y de Luisa a quien seguiremos a su hacienda.

FIN DEL TOMO I.



